GLENN MEADE

OPERACIÓN LOBO ÁRTICO



Lectulandia

William Massey, periodista de investigación, descubre unos documentos escondidos en la antigua casa de su difunto padre. El hallazgo no solo revela que la muerte se su padre no fue un suicidio, como le hicieron creer, si no que además fue un miembro activo de la CIA que desapareció en Rusia durante una operación secreta.

La investigación le lleva a desenmascarar una trama urdida más de cuarenta años atrás y que aún permanece en el más estricto secreto. Una estratagema en la que el sanguinario dictador Stalin, el político más poderoso de la época, era el objetivo a exterminar, y el padre de Massey el hombre encargado de la ejecución. Con una idea fija en la mente, el agente secreto recorrió la gélida estepa rusa acosado por dos organizaciones bien distintas: una era previsible, la otra, sin lugar a dudas, no.

Glenn Meade

Operación Lobo Ártico

ePub r1.0
Titivillus 13.03.2020

Título original: *Snow Wolf*
Glenn Meade, 1995
Traducción: Ana Juandó Llimona

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Geraldine y Alex,
y a la memoria de Julie-Anne

Lo más difícil de predecir no es el futuro, sino el pasado.

(Proverbio ruso)

Ahí afuera hay un lobo que aúlla, ávido de mi sangre. Tenemos que exterminar a los lobos.

(Comentario atribuido a Iósif Stalin. Se dice que lo hizo al embajador hindú en Moscú, el último extranjero que lo vio con vida, el 17 de febrero de 1953, dos semanas antes de morir)

AGRADECIMIENTOS

Algunos de los hechos que se relatan en esta novela son históricos y están documentados. Aunque se mencionan determinados personajes históricos que vivieron en la época en que se desarrolla el argumento, este libro es una obra de ficción y no es mi intención que ninguna persona viva pueda sentirse aludida. El término KGB se refiere al Comité Soviético de Seguridad del Estado; recibió distintos nombres antes y después de la época en que transcurre la mayor parte de la novela, hasta que finalmente, en 1954, adoptó el de KGB. Si bien algunos de los acontecimientos relatados a lo largo de estas páginas son hechos históricos y documentados, los he recreado libremente —aunque sin excederme— en cuanto al tiempo, el lugar y el contenido.

Cuando emprendí el trabajo de documentación, muchas personas me prestaron su ayuda, ofreciéndome interpretaciones de los hechos que resultaron muy esclarecedoras. Me gustaría expresar aquí mi agradecimiento a las siguientes:

En Estados Unidos: a la Association of Former Intelligence Officers (AFIO, Asociación de Antiguos Mandos de los Servicios Secretos).

En Finlandia: al personal de la Embajada de Estados Unidos en Helsinki; al SUPO (Servicio de Contraespionaje Finlandés), por su inestimable ayuda y cortesía al permitirme el acceso al material depositado en sus archivos.

En Estonia: a Arzeny Zaharov, superviviente del gulag, por contarme sus recuerdos de la época y transmitirme información fundamental. Y a Ave Hirvelaan por su amabilidad y su apoyo.

En Rusia: a antiguos miembros del KGB, que, por razones comprensibles, han expresado su deseo de permanecer en el anonimato, pero que saben por qué les estoy agradecido. A Alexander Vishinsky y a Valeri Nekrasov, por sus profundos conocimientos sobre la época y sobre algunos de los episodios históricos que se narran en este libro.

Asimismo quisiera dar las gracias a Steven Milburn y al personal de la Embajada finlandesa de Dublín, especialmente a Hannele Ihonen y a Leena

Alto, que nunca me fallaron cuando necesité su ayuda.

Hubo otras muchas personas, en especial antiguos miembros de organizaciones de espionaje, que me dedicaron su tiempo y aportaron conocimientos de primera mano, pero he descubierto que esos hombres y mujeres prefieren permanecer en el anonimato y no ver alterada la tranquilidad de sus vidas de jubilados.

EL PRESENTE

1

Moscú

Fui a Moscú a enterrar a los muertos y a resucitar fantasmas, de modo que no parecía fuera de lugar que la verdad y las mentiras del pasado empezaran en un camposanto.

Aquella mañana llovía en el cementerio de Novodevichy, adonde había acudido para enterrar a mi padre por segunda vez; algo insólito, porque no es nada frecuente dar sepultura dos veces a la misma persona. Yo estaba solo debajo de los castaños que chorreaban cuando vi que un Mercedes negro cruzaba las puertas del cementerio y frenaba con suavidad hasta detenerse cerca de la tumba. De él salieron dos hombres; uno de ellos era de mediana edad y cabello gris; el otro era un sacerdote ortodoxo y llevaba barba.

En Rusia es tradicional abrir el féretro antes de inhumarlo, así los amigos y los familiares del fallecido tienen ocasión de besarlo y darle el último adiós. Pero en aquel día lluvioso de junio no iba a seguirse esta tradición; se celebraría una sencilla ceremonia con la que finalmente daríamos testimonio de la defunción de un hombre que había fallecido cuarenta años atrás.

Recuerdo que alguien había colocado una corona de flores rojas junto a la sepultura. Y también recuerdo cómo el horizonte gris quedó iluminado por el resplandor de los relámpagos. Todavía me parece estar oyendo el retumbar de los truenos. Era una de esas típicas tormentas estivales en las que el cielo de Moscú estalla como fuegos de artificio y el firmamento desaparece: un escenario muy apropiado para un entierro y, en el caso de mi padre, un final harto espectacular para una vida igualmente espectacular.

El convento de Novodevichy, una antigua iglesia ortodoxa del siglo XVI rodeada de muros blancos, se halla en el sur de Moscú. Lo coronan cinco cúpulas doradas y al otro lado de las puertas por las que se accede al cementerio se despliega un laberinto de callejones cubiertos de maleza y repletos de lápidas de mármol y viejas tumbas.

El cementerio había permanecido cerrado al público hasta hacía poco. La tumba de Jruschov, un imponente monumento de mármol negro y blanco, se alzaba cerca de allí. Un poco más lejos, a la derecha, estaban enterradas la

mujer de Stalin y su familia. Y también estaban las tumbas de Chéjov y de Shostakovich. Grandiosos edificios de mármol erigidos a los héroes de la Unión Soviética, a los escritores, actores, hombres y mujeres que habían dejado su huella en la historia de esta nación. Mi padre, un norteamericano, estaba extrañamente entre ellos.

Desde el rincón del cementerio al que había ido a guarecerme de la lluvia torrencial bajo los árboles mojados, vi cómo el hombre de cabello gris que había salido del Mercedes abría el paraguas y le decía algo en voz baja al sacerdote, que asintió y fue hacia uno de los árboles que crecían a escasa distancia de allí.

El hombre del pelo gris era un cuarentón alto y de complexión robusta; debajo de la gabardina mojada llevaba un elegante traje azul. Se acercó a mí con una afectuosa sonrisa en los labios.

—Un día un tanto desapacible para celebrar la ceremonia, ¿no cree? —Me tendió la mano—. Soy Brad Taylor, de la Embajada de Estados Unidos. Usted debe de ser Massey.

Me estrechó la mano con firmeza.

—Por un momento he llegado a pensar que no iba a venir —le comenté al retirar la mano.

—Siento llegar tarde. Me han retenido en la Embajada. —Sacó una cajetilla de Marlboro del bolsillo y me ofreció un cigarrillo—. ¿Fuma? Espero que no lo considere una falta de respeto.

—No, no lo considero una falta de respeto. Y gracias por su ofrecimiento. Me apetece un pitillo.

—Es un hábito nefasto, pero muy reconfortante en un día de perros como el de hoy —dijo Taylor.

Me ofreció fuego y, una vez hubo encendido su cigarrillo, miró al pope, que estaba un poco alejado, acomodándose las vestiduras blancas que llevaba debajo del impermeable negro. Luego sacó una biblia del bolsillo; parecía preparado para empezar.

—Bob me ha comentado que es usted periodista y que trabaja para el *Washington Post* —dijo Taylor—. ¿Había estado en Moscú con anterioridad, señor Massey?

—Solo una vez, hace cinco años. Una visita de trabajo, muy breve. ¿Qué más le ha comentado Bob?

Taylor sonrió, exhibiendo una dentadura blanca y perfecta.

—Lo justo para que no me sintiera totalmente perdido cuando me encontrara con usted. Me ha dicho que es usted un viejo amigo suyo de la

infancia y que estudiaron en el mismo internado. Y que usted sirvió en la misma unidad que él en Vietnam. También me ha pedido que me encargue de que su estancia en Moscú sea satisfactoria. Eso es algo que al parecer le preocupa mucho.

Taylor iba a añadir algo, pero titubeó y volvió a mirar al sacerdote, que ahora sí estaba listo y se acercaba hacia nosotros, después de haber encendido un pequeño incensario.

—Ya casi podemos empezar. Por cierto, el sacerdote habla inglés. He pensado que usted lo preferiría así. Creo que me he ocupado de todo lo que Bob me ha pedido —dijo Taylor.

Alguien había dejado apoyada contra un árbol una lápida de mármol nueva, en la que había grabado un sencillo epitafio escrito en cirílico que no me fue difícil descifrar.

JAKOB MASSEY
Nació el 3 de enero de 1912
Murió el 1 de marzo de 1953

Cerca de allí había una lápida vieja y sin ninguna inscripción que habían arrancado de la tumba; estaba recubierta de liquen y deteriorada por el paso de los años. Al lado de la tumba de mi padre había otra, encima de la cual podía verse una lápida que todavía no habían clavado en la tierra y que también parecía vieja. De refilón, vi dos sepultureros, vestidos con capas, que esperaban debajo de unos árboles, no muy lejos de allí, para dar comienzo al trabajo: levantar la lápida mortuoria de mi padre.

Comprendí de pronto que la concatenación de circunstancias parecía responder a un plan. Uno de esos golpes de fortuna que algunas veces se presentan en la vida y que te obligan a creer en el destino. Una semana antes había recibido en Washington una llamada telefónica desde Langley, que se halla a más de siete mil kilómetros de distancia, en la que se me comunicaba que habían tomado las medidas oportunas para que se celebrara la ceremonia funeraria en honor a mi padre y que Anna Khorev estaría esperándome en Moscú para hablar conmigo. En tres días había ultimado los preparativos y apenas podía contener la excitación y los nervios.

El pope dio un paso adelante y me estrechó la mano.

—¿Empiezo? —me preguntó en un perfecto inglés.

—Sí, gracias.

Se dirigió hacia la tumba —¡qué aspecto tan lúgubre le daban el sombrero negro, el impermeable también negro y las vestiduras blancas!— y empezó a recitar con monotonía plegarias fúnebres en ruso, al tiempo que balanceaba el incensario, que desprendía un fuerte olor. Taylor y yo escuchábamos el murmullo quejumbroso de su voz, que llegaba a nosotros a través del aire húmedo y dulzón, hasta que finalmente el sacerdote leyó en voz alta un fragmento del Apocalipsis.

—«Y enjugará toda lágrima de sus ojos. Y no habrá ya muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado». La ceremonia acabó en un santiamén. El sacerdote se retiró y se dirigió al coche; los sepultureros, por su parte, se acercaron y se dispusieron a colocar la lápida nueva en la tumba de mi padre.

—Bien, la ceremonia ha concluido. En cuanto a su amiga, Anna Khorev, ha llegado de Tel Aviv esta mañana a primera hora. Por eso he llegado con retraso —dijo Taylor.

Me ofreció otro cigarrillo y fuego. Él también encendió un pitillo.

—Me imagino que Bob le habrá explicado las normas que hay que seguir.

—Por supuesto. Nada de fotografías, nada de grabaciones. Todo es extraoficial.

Taylor sonrió.

—Entonces supongo que no hay mucho que añadir. Ella está hospedada en una casa que se halla en los Montes de Lenin, en las afueras de Moscú. Pertenece a la Embajada de Israel, que ha sido desalojada para la reunión. —Me entregó un papelito—. Aquí tiene las señas. Le esperan a usted a las tres de la tarde. —Vaciló—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Pregunte.

Señaló la tumba de mi padre con un movimiento de cabeza.

—Bob me ha dicho que su padre murió hace cuarenta años. ¿Por qué ha querido usted que la ceremonia se celebrase hoy aquí?

—¿No se lo ha contado?

Taylor sonrió.

—Yo no soy más que un intermediario. Se limitó a contarme lo imprescindible para que yo no estuviera totalmente en blanco y pudiera organizarlo todo satisfactoriamente. Al parecer no quería darme excesivas explicaciones, y cuando trabajas en el cuerpo diplomático de Estados Unidos aprendes que no hay que hacer demasiadas preguntas sobre cuestiones que no te incumben. Sabes lo que tienes que saber y punto. Supongo que es así como lo expresan.

—Todo lo que le puedo decir es que mi padre trabajó para el gobierno americano y que murió en Moscú en 1953.

—¿Trabajaba para nuestra Embajada?

—No.

—Yo creía —dijo Taylor, desconcertado— que durante la guerra fría los americanos, salvo aquellos que trabajaban en la Embajada, no podían trabajar en Moscú. ¿De qué murió su padre?

—Eso es lo que he venido a averiguar.

Taylor parecía confuso. Iba a añadir algo más, pero en aquel momento se oyó el retumbar de un trueno y alzó la vista.

—Bueno, me encantaría quedarme y charlar, pero el deber me llama. —Aplastó el cigarrillo con el tacón del zapato—. Tengo que llevar al sacerdote a la ciudad. Si lo desea, puedo dejarlo a usted donde me diga.

Tiré el cigarrillo.

—No es necesario. Cogeré un taxi. Me apetece quedarme un rato más. Gracias por su ayuda.

—Como quiera. —Taylor abrió el paraguas—. Buena suerte, señor Massey. Y espero que encuentre lo que busca.

Eso es lo que recuerdo.

Una noche fría y ventosa de principios de marzo de 1953. Tengo diez años. Estoy en el dormitorio del internado, en Richmond, Virginia. Oigo pasos que suben por la escalera, que cruje, y la puerta que se abre. Alzo la vista y veo al director y a otro hombre que se ha quedado rezagado detrás de él. No es ningún miembro del personal administrativo. Lleva abrigo y guantes de piel; se me queda mirando fijamente y luego esboza una débil sonrisa.

—William, este caballero ha venido a verte —dice el director, que dirige una mirada significativa a los otros dos muchachos que están conmigo en el dormitorio—. ¿Podéis salir un momento y dejar a William solo?

Los chicos se van del cuarto. El director también se va. El hombre entra y cierra la puerta. Tiene la cara ancha, la expresión severa y los ojos hundidos. Todo en él delata al soldado: el pelo corto, los relucientes zapatos marrones.

Se queda un buen rato en silencio, como si le resultara difícil expresar lo que hubiese venido a decirme.

—William —dice de pronto—. Me llamo Karl Branigan. Yo era colega de tu padre.

Hay algo en su tono de voz que me pone en guardia. Su manera de decir *era colega*. Alzo la vista.

—¿Qué ocurre, señor Branigan? —le pregunto.

—William, me temo que tengo que darte una mala noticia. Es sobre tu padre… Ha muerto. Lo siento… lo siento de veras.

Aquel hombre se queda de pie sin añadir nada más. Yo me pongo a llorar, pero no se acerca; no intenta consolarme ni tocarme. Por primera vez en la vida me siento totalmente solo en el mundo. Al cabo de un rato vuelvo a oír sus pasos, que se alejan, y el crujir de la escalera. Fuera, el viento brama y lo zarandea todo. Una rama de un árbol golpea el muro y se resquebraja. Oigo el crujido que suena al romperse. Llamo a mi padre, pero no contesta.

Grito. Un grito que me sale de las entrañas y que sigue resonando en mi cabeza. Lanzo un terrible grito de dolor y no puedo contener las lágrimas.

Recuerdo que después salí corriendo. No quería ir a ningún sitio en particular. Crucé las puertas de roble del colegio y corrí por los campos húmedos y fríos de Virginia. La pena me pesaba sobre el corazón como una losa. Llegué al río que atraviesa los campos y me tendí en la hierba mojada; me cubrí el rostro con las manos, deseando que mi padre volviera conmigo.

Más tarde me enteré de ciertas cosas sobre la muerte de mi padre. Nunca me dijeron dónde había muerto exactamente, solo que había muerto en Europa, sin especificar el lugar, y que se había suicidado. Cuando hallaron el cuerpo, llevaba semanas en el agua, y no me lo dejaron ver porque presentaba un aspecto nada agradable para un muchacho de mi edad. Hubo un funeral, pero no me dieron más explicaciones, ni tampoco contestaron a ninguna de mis preguntas, porque nadie se toma la molestia de contarle esas cosas a un niño. Pero años más tarde estas preguntas sin respuesta seguían obsesionándome. ¿Por qué? ¿Dónde? Me llevó mucho tiempo enterarme de la verdad.

Hace diez días, al morir mi madre, fui al piso donde vivía y me entregué al ritual de examinar sus pertenencias. No vertí ni una lágrima porque en realidad no la conocía. Nos habíamos visto en contadas ocasiones y solo habíamos intercambiado alguna postal, y muy de tarde en tarde una breve carta, porque no existía entre nosotros ninguna intimidad. Yo solo había tenido una relación estrecha con mi padre. Mis padres se divorciaron al poco de nacer yo y mi madre se fue por su lado, dejándome al cuidado de mi padre. Había sido bailarina en uno de esos espectáculos de Broadway. Conociendo a

mi padre, aunque lo conocía solo de niño, siempre he creído que no estaban hechos el uno para el otro.

Mi madre alquiló un apartamento en la parte alta del East Side de Nueva York. Recuerdo que estaba desordenado. Había una cama individual sin hacer, una única silla, algunas botellas de ginebra vacías y un frasco de tinte rubio para el pelo. En una vieja caja de lata que guardaba debajo de la cama conservaba, atadas con gomas elásticas, cartas de antiguos novios y alguna de mi padre.

Hallé una carta de mi padre. Estaba vieja y amarillenta como el papiro; la tinta estaba descolorida por los años y sus bordes, ondulados. Llevaba fecha del 24 de enero de 1953.

Querida Rose:

Unas líneas nada más para decirte que William está bien y que en el colegio sigue los estudios sin problemas. Voy a estar una temporada en el extranjero; si me ocurriese algo, quiero que sepas (como siempre) que en mi cuenta hay suficiente dinero para que no paséis estrecheces y que por otra parte cuentas con la indemnización de mi seguro. Parece que vivimos tiempos peligrosos. Me han dicho que en Broadway están construyendo refugios antiaéreos como respuesta a la amenaza rusa.

Yo estoy bien y espero que tú también lo estés. Otra cosa: si me sucediese algo, te agradecería que fueras a mi casa; si en el estudio encontraras documentos dispersos, sin archivar, o si estuvieran en el rincón del sótano en el suelo o sin guardar, te pido por favor que los mandes a la oficina de Washington. ¿Lo harás?

JAKE

Leí las otras cartas por curiosidad, pero no contenían nada de verdadero interés. Algunas eran de hombres; notas que le mandaba entre bastidores alguien que la había visto en la fila del coro, se había prendado de sus piernas y la invitaba a cenar. Había otras dos más de mi padre, pero ninguna de ellas dejaba entrever que se hubieran amado. Me imagino que esas las destruyó.

Seguí cavilando en el renglón de la carta que mencionaba los documentos. La casa que había sido de mi padre, ahora me pertenecía. Era una vieja construcción de madera que compró cuando él y mi madre se trasladaron a

Washington. Después de morir él, la casa se fue deteriorando durante mucho tiempo; cuando tuve edad suficiente, la restauré, pero me llevó años devolverla a su antiguo estado. Oculta en el suelo del estudio, mi padre tenía una caja fuerte Diebold de acero en la que solía guardar documentos y papeles. Recuerdo que una vez comentó que no se fiaba de las cajas fuertes, porque siempre existía la posibilidad de que alguien que se lo propusiera, o que fuera lo suficientemente listo, la abriera. La caja fuerte hacía mucho tiempo que ya no estaba, la habitación había sido renovada y yo no tenía ni idea de dónde podía haberla escondido.

El día que regresé a casa después de haber estado ordenando las cosas de mi madre, bajé al sótano, un lugar de la casa al que casi nunca iba y que estaba repleto de trastos antiguos y olvidados que habían pertenecido a mis padres y de cajas que yo había ido llenando de objetos inútiles aunque me había prometido deshacerme de ellos. Al recordar la caja fuerte del estudio, retiré las cajas de cartón y de madera e inspeccioné el suelo de cemento. Pero no encontré nada. Luego empecé a escudriñar las paredes. Tardé mucho en dar con los dos ladrillos rojos sueltos que había en la pared trasera, encima de la puerta del sótano.

Recuerdo que el corazón me latía, aunque no muy fuerte. ¿Encontraría algo? ¿Habría hecho mi madre lo que mi padre le había pedido hacía tanto tiempo o no le habría hecho caso, como era habitual en ella? Me subí a unas cajas y saqué los ladrillos. En el interior había un hueco profundo. Entonces vi los folios amarillentos metidos en una carpeta de papel de Manila, vieja y descolorida.

Hay cosas que te cambian la vida para siempre. El matrimonio o el divorcio son algunas de ellas, o alguien que, al otro lado de la línea telefónica, te anuncia la muerte de un familiar. Pero yo no estaba preparado para lo que descubrí detrás de aquellos ladrillos de la pared del sótano.

Cogí los folios, me los llevé arriba y los leí. Había dos páginas escritas con tinta azul, de puño y letra de mi padre.

Cuatro nombres. Unas fechas. Detalles y anotaciones incompletas, como si mi padre hubiese estado intentando resolver un problema, aunque para mí aquello carecía de sentido. Y un nombre en clave: Operación Lobo Ártico.

Mi padre había trabajado para la CIA. Fue un militar toda su vida. Durante la guerra trabajó para el Ministerio de Servicios Estratégicos detrás

de las líneas alemanas. Eso sí lo sabía, pero apenas sabía nada más. Hasta que encontré los folios amarillentos.

Me quedé un buen rato sentado, intentando dilucidar aquel enigma. El corazón me brincaba dentro del pecho y la cabeza me funcionaba a una velocidad de vértigo. Hasta que vi la fecha en una de las páginas y por fin atisbé una luz.

Cogí el coche y me fui al cementerio de Arlington. Me quedé no sé cuánto rato mirando la tumba de mi padre y el epitafio, que decía:

JAKOB MASSEY
Nació el 3 de enero de 1912
Murió el 20 de febrero de 1953

Leí varias veces estas palabras hasta que los ojos me escocían de tanto mirar. Luego volví a casa, hice fotocopias de las páginas escritas que había encontrado y mandé los originales a mi abogado dentro de un sobre lacrado.

Una hora más tarde llamé a Bob Vitali, que trabajaba en Langley, para la CIA.

—Bill, ¡cuánto tiempo hacía que no oía tu voz! —dijo Vitali, jovial—. No me digas nada. Hay una reunión de antiguos alumnos, ¿verdad? ¿Por qué se les ocurre siempre organizar esas cosas cuando estás a punto de superar el pasado? No sabes cuánto dinero se me ha ido en pagar facturas al psiquiatra por aquel colegio de Richmond…

Le conté lo que había encontrado y cómo lo había encontrado, aunque no le dije nada del contenido.

—¿Y qué importancia tiene haber encontrado unos viejos papeles de tu padre? Sí, es cierto que trabajó para la CIA, pero de eso hace más de cuarenta años. Lo mejor que puedes hacer es quemarlos.

—Creo que debería venir alguien y leerlos.

—No lo dirás en serio. ¿Para eso me has llamado?

—Bob, lo digo de veras: debería venir alguien y leerlos. Vitali suspiró; casi podía ver cómo miraba su reloj de pulsera.

—De acuerdo. ¿Cuál es el contenido? Dame algún dato para que pueda investigar de qué se trata. Tendré que hablar con alguien y averiguar si lo que has encontrado es importante. Recuerda que esos papeles tienen más de cuarenta años. Estoy convencido de que, sea lo que sea lo que has encontrado, se trata de material que ya ni tan siquiera es secreto. Creo que te has puesto nervioso por nada.

—Por favor, Bob, ven y léelos.

—Bill —dijo Vitali, impaciente—, no tengo tiempo de ir ahora a tu casa. Por el amor de Dios, dame algún dato para que pueda investigar de qué se trata.

—Operación Lobo Ártico.

—¿Y eso qué es?

—Es lo que hay escrito en la primera página, arriba.

—Es la primera vez que oigo ese nombre. ¿Qué más?

—Hay más cosas.

—¿Qué quieres decir con «más cosas»?

—Ven y léelo.

Vitali volvió a suspirar.

—Bill, te diré lo que voy a hacer. Lo consultaré con alguno de los antiguos que todavía están aquí o a algún encargado de los archivos y veré qué saco en limpio. Quizá encuentre a alguien a quien eso del Lobo Ártico le diga algo. —Estaba impaciente, se lo noté en la voz—. Escucha, ahora tengo otra llamada, ya hablaremos. Y no hagas tonterías.

Oí un clic y la línea enmudeció.

Me levanté y me fui a la cocina a prepararme café. Tenía la sensación de que llevaba horas sentado, con el corazón latiéndome con fuerza, concentrado en aquellas páginas y su posible significado. No quise contárselo todo a Vitali porque quería saber qué sabían en Langley. La cabeza me daba vueltas y no sabía qué hacer.

Al cabo de una hora oí el chirriar de neumáticos. Miré por la ventana y vi dos limusinas negras que aparcaban. De ellas salieron precipitadamente seis hombres. Entre ellos estaba Vitali, muy pálido.

—¿Puedo entrar? —me preguntó, nervioso, cuando fui a abrir la puerta—. Tenemos que hablar.

Los otros se quedaron en el porche y Vitali entró con otro hombre. Era alto, debía de tener unos sesenta años, de aspecto distinguido y con el cabello plateado. Su porte era arrogante y no sonreía ni decía nada.

—Bill, me imagino que habrás comprendido que hemos venido por esos papeles que has encontrado…

El otro hombre lo cortó en seco.

—Señor Massey, me llamo Donahue. Soy jefe de sección de la CIA. Bob me ha explicado lo que usted le ha contado. ¿Puedo ver los papeles, por favor?

Le entregué los papeles y palideció.

—¿Son copias?

Por su tono de voz era evidente que exigía una explicación. Me quedé mirándolo.

—Los originales están en lugar seguro.

Donahue apretó las mandíbulas, adoptando de pronto una expresión muy severa. Echó una mirada a Vitali antes de leer con detenimiento las fotocopias. Finalmente se sentó, con una expresión preocupada en el rostro.

—Señor Massey, esos papeles pertenecen a la CIA.

—Esos papeles pertenecían a mi padre, que trabajaba para la CIA.

—Señor Massey —dijo Donahue con voz firme—, podríamos pasarnos toda la noche discutiendo este punto, pero los papeles que usted tiene son documentos estrictamente confidenciales, y como tales son propiedad del gobierno.

—Tienen más de cuarenta años.

—Eso no cambia nada: siguen siendo estrictamente confidenciales. Nada de lo que contienen puede salir a la luz. La operación de la que se habla en este documento era extremadamente delicada y secreta. Todo lo que pudiera decirle para recalcar esas dos palabras sería poco. Los originales, por favor…

—Haré un trato con ustedes.

—Nada de tratos, señor Massey. Entrégueme los papeles, por favor… —exigió Donahue.

Pero yo no iba a dejar que me achantaran.

—Creo que haría bien en escucharme, señor Donahue. Mi padre murió hace más de cuarenta años. No sé dónde ni cuándo, ni tampoco cómo murió. Y quiero respuestas. Quiero saber qué era exactamente esa Operación Lobo Ártico en la que intervino.

—Me temo que eso es imposible.

—Soy periodista y puedo hacer que publiquen estos papeles, puedo escribir un artículo, investigar, contactar con alguien que trabajara por aquel entonces para la CIA y averiguar si recuerda algo. No se puede imaginar cuáles podrían ser las consecuencias si decido hacerlo.

Donahue volvió a palidecer.

—Puedo asegurarle que ningún periódico del país publicará nada de lo que usted escriba sobre este tema, la CIA no lo permitiría. Y sus investigaciones no darían absolutamente ningún fruto.

¡Qué pomposo era Donahue!

Me lo quedé mirando fijamente.

—Entonces, puesto que no vivimos en un país democrático, puede que no pudiera publicarlo aquí —dije—, pero en el extranjero hay periódicos que ustedes no controlan.

Donahue se quedó callado, con el entrecejo fruncido. La cabeza debía de funcionarle a toda velocidad.

—¿Qué es lo que quiere, señor Massey?

—La respuesta a esas preguntas. Quiero saber la verdad. Y quiero hablar con las personas que intervinieron con mi padre en aquella misión y aún estén vivas.

—Eso es totalmente imposible: han muerto todas.

—No puede ser que estén todas muertas, alguien debe de haber vivo. En el cuaderno había cuatro nombres: Alex Slanski. Anna Khorev. Henri Lebel. Irina Dezov. No sé quiénes son, pero no quiero que sean terceras personas las que me informen sobre los hechos, porque podrían contarme lo que les diera la gana a ustedes. Quiero testimonios. Testimonios de carne y hueso. Quiero hablar con alguien que conociera a mi padre, alguien que sepa qué era esa operación y que pueda decirme cómo murió. Y —añadí con firmeza— quiero saber también qué hicieron con su cuerpo.

—Su padre está enterrado en Washington.

—Eso no es más que una mentira, y usted lo sabe muy bien. Mire las copias, señor Donahue. En la última página hay una fecha: 20 de febrero de 1953, y la letra es de mi padre. Ustedes me dijeron que mi padre murió en Europa ese día. Esa es la fecha que hay inscrita en la lápida de su tumba: 20 de febrero. Puede que sea tonto, pero sé que los muertos no escriben notas, a menos que sean Lázaro. Y aun así, ni siquiera Lázaro podía estar en dos lugares a la vez. La CIA dijo que mi padre murió en el extranjero, pero aquel día mi padre estaba aquí, en esta casa. ¿Quiere que le diga una cosa? Creo que ni tan siquiera lo enterraron. No tenían su cuerpo, por eso no me dejaron verlo. Y por eso me soltaron aquella sarta de mentiras. Que llevaba muchos días en el agua, me dijeron. Yo era un niño, y un niño no pone objeciones cuando no le dejan ver un cadáver. Pero ahora sí las pongo. Mi padre no se suicidó, no se ahogó. Murió en esa operación. La Operación Lobo Ártico. ¿Verdad?

Donahue esbozó una débil sonrisa.

—Señor Massey, creo que está aventurando hipótesis arriesgadas e insostenibles.

—Pues dejemos las hipótesis. He ido a ver a mi abogado porque quiero que exhumen el cadáver. Cuando abran el ataúd, no creo que vaya a ver a mi

padre, señor Donahue, y entonces usted va a tener serios problemas porque los voy a arrastrar, a usted y a sus superiores, ante un tribunal. Y no les quedará más remedio que dar explicaciones.

Donahue enrojeció y no dijo nada. O bien estaba completamente azorado o bien no estaba acostumbrado a que le hablasen en aquel tono. Echó una breve mirada a Vitali, como pidiendo auxilio, pero Bob estaba absolutamente aturdido; ni se movió.

Parecía un estúpido o alguien que tuviese un miedo atroz. O las dos cosas.

Finalmente Donahue se levantó y me miró como si deseara pegarme.

—Quiero que comprenda una cosa, Massey. Si hace lo que acaba de decir, será usted quien tendrá serios problemas.

—¿Y quién me los creará?

No contestó, se limitó a seguir mirándome fijamente. Yo lo miré a él a la vez, pero luego adopté una actitud más conciliadora.

—¿Qué daño puede hacer si me dice qué le ocurrió de verdad a mi padre? Me avendré a devolver los papeles. Y si se trata de documentos estrictamente confidenciales, estoy dispuesto a firmar lo que ustedes quieran y me comprometeré a guardar silencio. Y no me hable a mí de problemas, señor Donahue. He pasado cuarenta años de mi vida sin saber la verdad sobre la muerte de mi padre; lo único que me dijeron fue que se había suicidado. Han sido cuarenta años de sufrimiento y dolor. —Miré a Donahue, decidido—. Pero, créame, si alguien no me cuenta la verdad, haré lo que le he dicho.

Donahue suspiró y me miró airado, con los labios prietos.

—¿Puedo llamar por teléfono?

—Está en el vestíbulo, ha pasado por delante al entrar.

—Creo que debo decirle que hemos llegado a un punto en que este asunto se escapa de mis manos. Voy a hacer una llamada, señor Massey, una llamada muy importante. La persona con la cual hablaré tendrá que llamar a otra persona. Estas dos personas tendrán que ponerse de acuerdo antes de satisfacer su petición.

Me lo quedé mirando.

—¿A quién va a llamar?

—Al presidente de Estados Unidos.

Me tocaba a mí reaccionar.

—¿Y a quién va a llamar él?

Donahue echó una mirada a Vitali y luego me miró a mí.

—Al presidente de Rusia.

Había dejado de llover; entre jirones de nubes había salido el sol, que se reflejaba en las doradas cúpulas del convento de Novodevichy. Miré las dos sencillas sepulturas que había a mis pies: la de mi padre y la lápida vieja y deteriorada colocada junto a ella en la que no figuraba ningún nombre ni ninguna inscripción; no era nada más que una losa lisa, así era mi padre.

En los cementerios rusos hay unas sillitas frente a las tumbas para que los familiares puedan sentarse con una botella de vodka en la mano y hablar a sus difuntos. Frente a aquellas lápidas, sin embargo, no había ninguna silla: estaban abandonadas y el suelo estaba cubierto de maleza y de hierba.

Mil dudas me asaltaron al contemplar la segunda sepultura, pero era absurdo hacerse preguntas que no podía contestar, aunque la cabeza no dejaba de darme vueltas y algo me decía dentro de mí que aquella lápida, sencilla y lisa, guardaba alguna relación con la muerte de mi padre. Sabía muy poco y tenía mucho que averiguar… Esperaba que Anna Khorev me lo contara todo.

Me dirigí hacia las puertas del cementerio y tomé un taxi. Iría al hotel y esperaría. Las calles de Moscú eran un hormiguero y hacía calor. Una vez en la habitación del hotel me tendí en la cama y cerré los ojos, aunque no dormí. Ya no llovía y el aire retenía el calor como humo en un día sin viento.

Había esperado más de cuarenta años para conocer el secreto de mi padre. ¿Qué importaban unas cuantas horas más?

En los Montes de Lenin lucía el sol y los jardines de las amplias casas de madera que daban al río Moscova estaban llenos de flores.

Las señas que me habían facilitado correspondían a una de las viejas villas de la época zarista. Era un edificio de grandes dimensiones, irregular, discretamente alejado de la calle; delante había una verja blanca de barrotes puntiagudos y macetas con flores en las ventanas. El taxi me dejó en la puerta. Junto a una garita había dos hombres vestidos de paisano, dos guardias israelíes, que me pidieron el pasaporte. Uno de ellos examinó el ramo de orquídeas blancas que yo llevaba en la mano y luego telefoneó a la villa antes de abrir la verja y dejarme entrar. Llamé al timbre e inesperadamente me abrió una joven de veintitantos años, alta, de pelo oscuro y muy bronceada, que vestía vaqueros y un suéter.

—Señor Massey, entre, se lo ruego —dijo en inglés, sonriendo afectuosamente.

La seguí por el vestíbulo de mármol, en el que resonaron nuestros pasos, hasta la parte trasera de la villa. El colorido del jardín era deslumbrante, pero

bajo la intensa luz estival moscovita el mal estado del edificio saltaba a la vista. Los muros estaban cubiertos de yedra que trepaba desordenadamente y necesitaban una buena mano de pintura.

Cuando llegamos al patio vi a una anciana sentada a una mesa, esperando. Era de elevada estatura, delgada, elegante; tenía uno de esos rostros bien proporcionados cuyas facciones parecen cinceladas y a los que no afea la edad.

Debería de tener unos setenta años, pero no los aparentaba. Era notablemente hermosa. De pómulos prominentes, había algo en su cara inconfundiblemente eslavo y, aunque tenía el pelo totalmente gris, parecía diez años más joven. Llevaba un sencillo vestido negro ceñido, gafas oscuras y un fular blanco al cuello. Antes de levantarse y tenderme la mano alzó la vista y se me quedó mirando intensa y largamente.

—Señor Massey, qué alegría conocerlo.

Le estreché la mano y le ofrecí las orquídeas.

—Es una forma de saludarla. Sé que a los rusos les encantan las flores.

Sonrió y olió el ramo.

—Qué amable es usted. ¿Le apetece beber algo? ¿Café? ¿Coñac?

—Una copa me vendría bien.

—¿Coñac ruso? ¿O es demasiado fuerte para ustedes los americanos?

—No, en absoluto, lo tomaré encantado.

La joven que estaba a su lado se levantó, llenó una copa que había en una bandeja y me la pasó.

—Gracias, Rachel; ahora déjanos solos —dijo, colocando las orquídeas encima de la mesa auxiliar. Cuando la joven hubo salido, añadió—: Es mi nieta, ha venido a Moscú conmigo. —Lo dijo como si quisiera explicar la presencia de la joven en aquel lugar. Volvió a sonreír—. Y yo soy Anna Khorev, aunque eso sin duda ya lo sabe.

Me ofreció un cigarrillo de una cajetilla que había encima de la mesa y yo acepté; ella también cogió uno. Después de darme lumbre y de encenderse su pitillo, miró por la ventana. Seguro que sabía que yo la estaba mirando, y que no le extrañó, porque debía de estar muy acostumbrada a que los hombres la mirasen. Al volver a fijar la mirada en mí, sonrió.

—Me han dicho que es usted muy persistente, señor Massey.

—Gajes del oficio, me imagino.

Se rio con mucha naturalidad.

—Dígame lo que sabe de mí —preguntó.

Bebí un poco de coñac.

—Hasta hace una semana, cuando me enteré de que usted estaba viva y de que vivía en Israel, no sabía casi nada.

—¿No sabe nada más?

—Bueno, sé unas cuantas cosas más.

Parecía animada.

—Por favor, siga.

—Hace más de cuarenta años usted escapó de un campo de prisioneros soviético, donde cumplía cadena perpetua. Es la única superviviente de una misión secreta de la CIA cuyo nombre en clave era Lobo Ártico.

—Veo que sus amigos de Langley le han informado bien. —Sonrió—. Dígame qué más sabe.

Me recosté en mi asiento y la miré.

—No me han contado casi nada, me parece que quieren que sea usted quien lo haga. Lo único que me han dicho es que mi padre no está enterrado en Washington sino aquí, en Moscú, en una tumba sobre la que no hay ninguna inscripción. Y que murió en un acto de servicio por su patria. Y que usted estaba con él cuando ocurrió.

Con un movimiento de cabeza me indicó que prosiguiera.

—Encontré unos documentos. Unos viejos papeles que él guardaba.

—Eso me han dicho.

—En sus páginas había escritos cuatro nombres, que se repetían varias veces. El de usted y otros tres: Alex Slanski, Henri Lebel, Irina Dezov. La última línea, escrita al pie de una de las páginas, decía: «Si nos cogen, que Dios nos asista». He abrigado la esperanza de que usted podría aclararme el significado de estas palabras.

Se quedó un rato sin decir nada, mirándome. Luego se quitó las gafas de cristales oscuros y le vi los ojos. Eran grandes, castaños y muy hermosos.

—¿Esa frase le dice algo?

Vaciló.

—Sí, me dice algo —contestó enigmáticamente. Después se quedó callada y desvió la vista. Cuando volvió a mirarme, añadió—: Cuénteme qué más sabe.

Me erguí en el asiento.

—¿Desea ver la carpeta que encontré?

Anna Khorev asintió. Extraje la fotocopia de mi bolsillo y se la entregué. La leyó atentamente y, muy despacio, dejó la hoja encima de la mesa. Bajé la mirada, aunque la había leído tantas veces que no necesitaba volver a leerla.

OPERACIÓN LOBO ÁRTICO. SEGURIDAD, AGENCIA CENTRAL DE INTELIGENCIA, DIVISIÓN SOVIÉTICA.
DE MÁXIMA IMPORTANCIA: TODAS LAS COPIAS DE LOS DOCUMENTOS Y TODAS LAS NOTAS SOBRE ESTA OPERACIÓN DEBEN DESTRUIRSE UNA VEZ LEÍDAS. REPITO: DEBEN DESTRUIRSE. MÁXIMO SECRETO. REPITO, MÁXIMO SECRETO.

Cuando volvió a mirarme no vi en la expresión de su rostro ninguna alteración.

—Cuando usted leyó esta página y las restantes, y se enteró de que su padre no se había suicidado y que no había muerto el día que le habían dicho, comprendió que su muerte estaba plagada de incógnitas y quiso averiguar la verdad. ¿Es así?

—Fue entonces cuando me ofrecieron un trato: si les devolvía los originales, me darían algunas explicaciones y podría asistir a la ceremonia fúnebre que por fin se celebraría por mi padre. Pero me comunicaron que el asunto seguía siendo extremadamente confidencial y que yo debería firmar una declaración por la que me comprometía a respetar ese carácter secreto.

Apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Sí, de sus amigos de Langley lo sé todo, señor Massey —dijo como si aquello la divirtiera.

—Entonces también sabrá que me comentaron que la decisión de contarme a mí lo que quiero saber dependía únicamente de usted.

—¿Y qué es lo que quiere saber?

—La verdad sobre la muerte de mi padre. La verdad y nada más que la verdad sobre la Operación Lobo Ártico; y quiero saber por qué mi padre acabó en una tumba aquí, en Moscú, cuando la guerra fría estaba en su punto culminante.

No contestó nada. Se levantó y se fue hacia la terraza. Yo seguí sentado en el sillón, aunque me incliné hacia adelante.

—Entiendo que mi padre participó en una misión ultrasecreta de la que ni siquiera ahora quieren hablar. No me refiero solo a que fuera secreta sino que, además, era absolutamente extraordinaria.

—Extraordinaria ¿por qué?

—Porque las personas de Langley con las que he hablado, todavía hoy, al cabo de más de cuarenta años, no quieren desvelar la verdad. Porque mi padre participó en una operación en un momento en que los rusos y los americanos estaban dispuestos a aniquilarse mutuamente. Y usted es la única persona que sigue viva y que puede ayudarme. La única que quizá sepa lo que le sucedió a mi padre. —Me la quedé mirando—. ¿Tengo o no razón?

No dijo nada y yo seguí mirándola.

—¿Puedo decirle algo? Perdí a mi padre hace más de cuarenta años. Cuarenta años sin un padre con el que poder hablar, sin un padre que me quisiera. Fue como si durante mucho tiempo hubiera habido un vacío en mi vida hasta que finalmente, y poco a poco, se convirtió nada más que en un recuerdo nostálgico. He tenido que vivir con la mentira de que se había suicidado. Y usted sabe cómo y por qué murió. Y es más, creo que usted me debe una explicación.

No me contestó, solo me observó, pensativa.

—Me gustaría hacerle una pregunta: ¿por qué ha querido que nos viéramos en Moscú y no en cualquier otra parte? Si escapó de este país, ¿por qué ha querido volver aquí?

Anna Khorev reflexionó un momento, sin decir nada.

—La verdad pura y simple es que hubiera deseado asistir a la ceremonia celebrada en memoria de su padre, señor Massey, pero consideré que tenía usted derecho a celebrarla en la intimidad. Tal vez venir a Moscú era la manera de sentirme más cerca de él. —Vaciló—. Además, nunca había visto la tumba de su padre y era algo que quería hacer.

—La segunda tumba, la que está al lado de la de mi padre… tenía una lápida en la que tampoco figura ninguna inscripción. ¿De quién es?

Por primera vez adoptó una expresión casi de tristeza.

—De alguien que fue extraordinariamente valiente. Una persona fuera de lo común.

—¿Quién era?

Miró por los cristales, desde los que se veía una panorámica de la ciudad, deteniéndose en los rojos muros del Kremlin. Parecía estar dudando hasta que finalmente volvió a fijar su mirada en mí. De pronto su expresión se dulcificó. Miró un momento las flores que había encima de la mesa baja.

—¿Sabe que usted se parece mucho a su padre? Era un hombre bueno, un hombre buenísimo. Todo lo que usted ha dicho es verdad. —Se interrumpió —. Tiene razón, señor Massey: el dolor, el silencio de los cuales ha hablado, merecen una explicación. Dígame qué sabe de Iósif Stalin.

Lo inesperado de su pregunta me desconcertó y me la quedé mirando un buen rato. Me encogí de hombros.

—No sé más de lo que sabe la mayoría. Para unos era un dios y para otros el demonio, según el bando al que pertenecieran. Lo que sí es cierto es que fue uno de los déspotas más crueles de este siglo. Se dice que es responsable

de tantas muertes como Hitler, si no de más. Murió de una hemorragia cerebral ocho años después de la guerra.

Anna Khorev sacudió la cabeza con rabia.

—Veintitrés millones de muertos, sin incluir los que murieron en la última guerra por su estupidez. Mató a veintitrés millones de compatriotas suyos. Hombres, mujeres, niños. Fueron exterminados, fusilados o murieron en unos campos de concentración cuyo horror superó el soñado por los nazis. Fue uno de los hombres más crueles que han existido.

Me recosté, sorprendido ante la furia de su voz.

—No la entiendo. ¿Qué tiene esto que ver con lo que estábamos hablando?

—Tiene mucho que ver. Stalin murió, sí, pero no de la forma que cuentan los libros de historia.

Me quedé sin habla. Anna Khorev tenía una expresión mortalmente seria.

—La historia que voy a contarle se remonta a muchos, muchos años atrás. Empezó en Suiza —dijo finalmente.

De pronto sonrió.

—¿Sabe una cosa? Es usted la primera persona a la que le hablo de esto en más de cuarenta años.

EL PASADO

Primera parte
1952

2

Lucerna (Suiza)
11 de diciembre

Aquel año, en toda Europa no se oían más que malas noticias.

En Alemania, el pasado volvió a resurgir en Nuremberg, donde se inició la vista ante un tribunal de la matanza que había tenido lugar en 1940 en el bosque de Katyn. En las afueras de un pueblecito polaco se habían exhumado cuatro mil cadáveres. Todos habían sido maniatados y les habían disparado con armas de pequeño calibre. Eran los espeluznantes restos de lo que fuera en el pasado la flor y nata del ejército polaco.

El mismo año, por otro lado, los franceses tuvieron que hacer frente a una encarnizada ofensiva de los vietminh. En Corea, una guerra sangrienta asolaba el país, y en Europa se bajó el telón de acero entre el Berlín Occidental y la zona soviética: un gesto del Kremlin que hacía imposible la paz una vez acabada la guerra.

En Gran Bretaña, el racionamiento de los tiempos de la guerra seguía vigente. Moría Eva Perón, y el republicano Dwight D. Eisenhower vencía a su rival demócrata, Adlai Stevenson, en las elecciones presidenciales de Estados Unidos. En Hollywood, una joven estrella rubia y muy atractiva llamada Marilyn Monroe hacía su deslumbrante debut y protagonizaba uno de los pocos momentos memorables de un año por lo demás gris.

Una fría mañana de diciembre, Manfred Kass paseaba indiferente a estos hechos por el bosque que hay en las afueras de la vieja ciudad suiza de Lucerna. Aunque no podía saberlo, aquel día iba a marcar un comienzo, y también un final.

Kass trabajaba en el turno de noche en una pequeña aunque próspera panadería familiar situada en el casco antiguo de la ciudad. Aquel sábado por la mañana había acabado de trabajar a las siete y, en lugar de regresar directamente a su casa, había decidido ir a cazar conejos. Es lo que solía hacer los fines de semana porque su mujer no soportaba que trabajase por las noches. Hilda Kass no estaba de muy buen humor por las mañanas, y los fines de semana le gustaba dormir hasta muy tarde, por lo que los sábados por la

mañana Manfred, deseoso de mantener la paz, se iba a cazar al Gütshwald, el bosque que hay al oeste de Lucerna.

Cuando Kass aparcó su viejo Opel negro a la entrada del bosque, estaba amaneciendo. Del asiento trasero cogió una escopeta de un solo cañón que guardaba debajo de una manta. Era una Mansten del calibre 12 ya un poco vieja, aunque seguía siendo fiable. Salió del coche y cerró las puertas, antes de cargar el arma, que dejó con el cañón doblado. Se metió el contenido de una caja de cartuchos en los bolsillos de su zamarra de cazador y se adentró en el bosque.

A sus treinta y dos años, Kass era alto y desgarbado. Tenía unos andares torpes y cojeaba ligeramente. Torpe lo era desde niño, pero la cojera era una secuela no deseada de la batalla de Kiev, que había tenido lugar once años atrás. Aunque había nacido en Alemania, ser reclutado para el ejército de Hitler no había constituido precisamente una de sus ambiciones. Antes de la guerra había planeado emigrar a Lucerna, donde el tío de su mujer tenía una panadería, pero, como le ocurría con demasiada frecuencia, cuando se decidió ya era demasiado tarde.

—Créeme, Hilda —le había dicho a su mujer cuando empezaron a soplar aires de guerra, y ella había sugerido que se fueran sin perder tiempo a Suiza, donde ella tenía familia—. No habrá guerra, *liebchen*.

A los dos días, Hitler invadía Polonia.

No era la primera vez, ni mucho menos, que Kass se equivocaba. Por ejemplo, había sido un error alistarse voluntario en el frente cuando se inició la campaña rusa. Creyó que, dada la facilidad con la que el ejército alemán avanzaba por la estepa ucraniana, y puesto que los *ruskis* eran campesinos estúpidos y sucios, la guerra contra ellos sería coser y cantar.

En una cosa sí había acertado. Los rusos con los que se había encontrado eran, en general, campesinos estúpidos y sucios. Pero eran también fieros combatientes, aunque el enemigo más feroz resultó ser el invierno ruso. Hacía tantísimo frío que cuando orinabas, los meados se congelaban y tenías que partirlos, convertidos en hielo sólido. Los vientos bálticos y siberianos eran fríos y cortantes como el filo de una navaja, hasta el extremo que a los pocos minutos de defecar los excrementos se quedaban duros como el cemento.

La primera vez que vio sus propias heces congeladas, Kass se había reído, pero en realidad aquello no tenía ninguna gracia. Al pinchar aquel portento con la bayoneta, le alcanzó la bala de un francotirador. Un certero disparo efectuado desde doscientos metros que le había dado en la nalga derecha, desnuda. El *ruski* que disparó debió de reírse lo suyo, pero Kass no se rio:

estuvo tres semanas en un hospital de campaña, de donde salió cojeando para el resto de sus días.

Manfred Kass estaba acostumbrado a cometer errores. Pero el error que iba a cometer aquella mañana de diciembre en el bosque de las afueras de Lucerna sería el mayor de su vida.

Conocía el bosque bastante bien; sabía adónde conducían los senderos y dónde se encontraban las mejores madrigueras de conejos. El asado de conejo era un acompañamiento muy sabroso para el pan tierno y delicioso que amasaba seis noches a la semana. Mientras avanzaba cautelosamente por el bosque, al pensar en la comida se le hizo la boca agua. Al acercarse al claro, cerró la escopeta.

Apenas alboreaba, pero la claridad permitía ver razonablemente bien. Sobre el suelo flotaba una débil capa de neblina. La visión no era perfecta, pero suficiente para orientarse sin dificultad.

Manfred Kass sabía qué era la muerte violenta, en la estepa rusa cubierta de nieve había visto atrocidades, pero lo que iba a ver excedería todo lo anterior. Aquello era el mal, o casi.

Se acercaba sigilosamente al claro, cuando oyó unas voces. Se detuvo y se frotó la rechoncha mandíbula con la mano. A esas horas de la mañana nunca se había encontrado con nadie en el bosque y las voces despertaron su curiosidad. Pensó que podría tratarse de una pareja de amantes que habría ido al bosque a hacerse el amor al salir a las tantas de alguna sala de baile de Lucerna, puesto que era viernes. Esas cosas ocurren a veces, se dijo. Pero no había visto ningún coche aparcado en el camino, ni tampoco surcos de ruedas de bicicleta en el bosque.

Después de avanzar entre los árboles hasta el límite del claro, se detuvo en seco, con los ojos fijos en lo que veía, y muy abiertos. En el centro del claro había un hombre que llevaba un abrigo oscuro y sombrero; en la mano sostenía un revólver. Pero lo que más le chocó a Kass, hasta dejarlo paralizado, fue que con el arma apuntaba a un hombre y a una muchacha que estaban arrodillados en el suelo, con las manos y los pies atados con una cuerda.

Kass se tambaleó y dio un paso atrás; se le revolvieron las tripas y su cuerpo se cubrió de un sudor frío. El hombre sollozaba lastimeramente; era de mediana edad, tenía la cara chupada y grisácea, como de enfermo, y Kass vio que tenía unos cardenales muy oscuros bajo los ojos y cortes en las manos, signos de que había sido salvajemente golpeado. La niña también estaba llorando, pero la habían amordazado con un trapo blanco, atado a su cabeza

de cabello largo y castaño. «A lo más tiene diez años», se dijo Kass. Cuando vio el espanto en su rostro y su cuerpo temblando de miedo, sintió náuseas.

De pronto, sin embargo, le acometió una furia inmensa. La sangre —puro hielo hacía unos instantes— le ardía, porque había algo a la vez perverso y digno de compasión en aquella escena: el hombre y la niña arrodillados en el suelo esperando la muerte. Miró al hombre que los estaba apuntando. El arma tenía un silenciador largo y delgado. Desde donde él estaba no podía verle el rostro, solo el perfil, pero vio con claridad una cicatriz roja que nacía sobre su ojo izquierdo y le llegaba hasta la boca. A la distancia a la que se hallaba, el color cárdeno de aquella mancha era tan intenso que parecía que le hubieran pintado la cara. Le estaba hablando al hombre que estaba arrodillado en la hierba y que entre sollozos emitía palabras de súplica, aunque Kass no podía oírlas. Pero sí vio que el hombre de la cicatriz no le escuchaba y comprendió que iba a asistir a una ejecución.

Ocurrió todo tan rápido que a Kass no le dio tiempo a reaccionar. El hombre de la cicatriz apuntó con el revólver a la frente del hombre que estaba arrodillado y se oyó un ruido sordo. Una bala le atravesó el cráneo y sacudió violentamente su cuerpo, que se desplomó en el suelo. Aunque estaba amordazada, se oyeron los gritos de la niña, que miraba aterrorizada, con los ojos saliéndole de las órbitas.

Kass tragó saliva. También él quería gritar. Tenía la cara empapada de un sudor helado y tuvo la sensación de que iba a estallarle el corazón. Quería irse de allí, huir corriendo, para no presenciar lo que iba a suceder, pero de pronto se percató de que tenía una escopeta en la mano y de que, a menos que hiciera algo, aquella niña iba a morir.

Vio cómo luchaba inútilmente cuando el hombre de la cicatriz apretaba la punta del cañón del arma contra su cabeza y se disponía a apretar el gatillo.

Kass levantó torpemente la escopeta y con voz áspera gritó:

—Halt!

Un rostro brutal y duro se volvió a mirarle. Su mirada era penetrante y fría, y tenía unos labios tan delgados que parecía que le hubieran rajado la cara con una cuchilla. El hombre de la cicatriz miró fugazmente a derecha e izquierda, hacia el bosque, como si quisiera captarlo todo a la vez, y luego volvió a posar sus ojos sobre Kass. No lo miraba con temor, solo con la frialdad de alguien que hace una valoración de su enemigo. Parecía un hombre para quien estar expuesto a la muerte y causarla constituía una segunda naturaleza.

—¡Deténgase! ¿Me ha oído? —gritó Kass con voz temblorosa—. ¡Arroje el arma!

Oyó el terror desnudo de su propia voz. No le había dado tiempo de apretar el gatillo, cuando su adversario le apuntó con la pistola con silenciador y se oyó otra vez un ruido sordo. La bala se incrustó en la mandíbula derecha de Kass, destrozándole los huesos y las muelas y rasgándole la carne. A causa del impacto fue arrojado contra un árbol, y la escopeta que tenía agarrada con la mano saltó por los aires. Kass gritó de dolor y entonces vio que aquel hombre le disparaba a la niña en la cabeza. El pequeño cuerpo dio una violenta sacudida y cayó al suelo.

Kass se puso a andar trastabillando por entre los árboles, pero el otro iba tras él corriendo. Mientras emprendía aquella huida desesperada, olvidándose del dolor que sentía en la mandíbula destrozada, únicamente pensaba en sobrevivir y poder llegar al coche.

Le faltaban solo cincuenta metros. Entre los árboles podía ver el Opel. Y también podía oír al hombre que se acercaba velozmente a él a través del bosque.

Cincuenta metros que le parecieron mil. Kass corría como un poseso, cubriéndose con una mano la cara ensangrentada. Su cuerpo ardía, dominado por su voluntad de sobrevivir. Le perseguía como una pesadilla la horripilante imagen de la ejecución de la niña.

Dios mío, ayúdame.

Treinta metros.

Ayúdame.

Veinte.

Diez.

Dios mío, ayúdame.

Entre los árboles zumbó una bala y oyó a su izquierda el resquebrajarse de la madera.

Dios santo… De pronto se encontró fuera del bosque.

Cuando llegó al Opel, abrió la puerta violentamente, pero justo en aquel momento su perseguidor salió del bosque tras él. Kass no oyó el disparo pero sintió cómo la bala se enterraba entre sus costillas como un puñal al rojo vivo. Lo arrojó sobre la capota del coche. Chilló y volvió la cara ensangrentada, mientras iba deslizándose hacia el suelo. Vio un arma que le apuntaba. Volvió a chillar y se tapó los ojos.

La primera bala le atravesó la mano derecha y la cuenca del ojo izquierdo. Le reventó la retina y le dejó ciego al instante. Gritó de dolor y resbaló.

Entonces vio al hombre de la cicatriz en la cara que daba un paso hacia adelante, cargaba tranquilamente el arma y le apuntaba. El último disparo le perforó el cráneo y le explotó en el cerebro.

Kass ya estaba muerto cuando cayó al suelo.

Hallaron los cadáveres en el bosque dos días más tarde.

Un cazador al igual que Kass, aunque más afortunado, porque no había estado donde no debía en el momento en que no debía. Cuando vio el cuerpo de la niña, vomitó. Su bonita cara estaba helada y blanca. Los roedores del bosque le habían mordido la carne de la herida que tenía en la cabeza.

Incluso los encallecidos policías del Departamento de Homicidios de Lucerna afirmaron que se trataba de uno de los crímenes más brutales con que se habían encontrado en su vida. El cuerpo de un niño asesinado siempre despierta un inmenso horror, porque se trata de un crimen especialmente brutal.

Los subsiguientes exámenes forenses y patológicos concluyeron que la niña tenía entre diez y doce años. No presentaba signos de violación, pero sí importantes contusiones en las piernas, los brazos, el pecho y los genitales, que apuntaban a que había sido violentamente golpeada y torturada unas horas antes de recibir el disparo que le causó la muerte. El hombre que estaba en el suelo junto a la niña presentaba las mismas contusiones. Los dos cuerpos fueron trasladados al depósito de cadáveres de la policía de Lucerna.

El único cadáver que pudieron identificar fue el de Manfred Kass. En el bolsillo encontraron un permiso de conducir y una licencia de caza. También llevaba un reloj de pulsera con una inscripción: *A Manni, con amor, Hilda*.

La policía averiguó que Kass trabajaba en una panadería y que había ido a cazar el viernes al acabar el turno de noche. Dedujeron que quizá se acercó sin saberlo al lugar de los hechos y que había pagado con su vida el presenciar el asesinato del hombre y de la niña.

No tenían ni la más remota idea de quiénes eran aquel hombre y aquella niña, ni por qué habían sido asesinados, pero se pusieron a trabajar en el caso con la proverbial eficiencia suiza.

Se alertó a los aeropuertos y las aduanas, pero fue un paso que se reveló absurdo e inútil, porque la policía suiza no tenía ni idea de a quién buscaban, ni tampoco disponían de ninguna descripción del asesino. Por las huellas que había en el bosque, y también por el hecho de que Kass, el hombre y la niña habían sido asesinados con balas que procedían de la misma arma —

seguramente un revólver del calibre 38, un tipo de arma que en Europa se encontraba con facilidad desde que acabó la guerra—, dedujeron que quizá fuera obra de un solo hombre.

Pero no había rastro alguno del asesino ni de su identidad.

Un mes más tarde todavía no contaban con pruebas que relacionaran los dos cadáveres con la desaparición de alguien. Ninguno de los dos llevaba documentos de identificación y la ropa que vestían podía proceder de cualquier establecimiento europeo. El vestido de la niña y su ropa interior habían sido comprados en unos grandes almacenes de París. El traje del hombre, en una tienda perteneciente a una cadena de ropa masculina muy popular de Alemania.

En cuanto a los cuerpos, la única pista era un descolorido y sencillo tatuaje dibujado en el brazo derecho del hombre. Era una paloma blanca, muy pequeña, a escasos centímetros de la muñeca.

3

Washington, D.C.
12 de diciembre

Poco después de las ocho de la tarde, un DC-6 en el que viajaba el presidente electo Dwight D. Eisenhower y que procedía de Tokio aterrizó en la base aérea de Andrews, en Washington.

Aunque no iba a empuñar las riendas del poder hasta el mes de enero siguiente, Eisenhower había ido a Seúl un mes después de su elección con el fin de supervisar personalmente el desarrollo de la guerra en el Extremo Oriente, porque deseaba ver con sus propios ojos las operaciones que se realizaban en los cenagosos campos de batalla coreanos.

Al día siguiente debía reunirse con el presidente Harry Truman. Se trataba de una visita extraoficial. Tras un breve saludo, Truman condujo a Eisenhower a un sendero del jardín, en el que había varios agentes del Servicio Secreto, distanciados estratégicamente unos de otros.

Formaban una extraña pareja aquellos dos hombres: el presidente era de baja estatura, llevaba lentes y una pajarita, se apoyaba en un bastón al andar y creía, como un predecesor suyo, que para ganarse el respeto había que hablar sin alzar la voz y llevar un bastón grande. El presidente electo era un militar de elevada estatura con la espalda muy derecha; había sido general, un general que había recibido cinco grandes condecoraciones; toda su vida había sido un soldado profesional.

Se acercaron a uno de los bancos de roble que había en el jardín y Truman hizo un ademán a Eisenhower invitándolo a tomar asiento. Tenía el aspecto de un hombre abatido por el cansancio, como si hubiera corrido una maratón. A la luz del día, su tez sin brillo parecía de cera. La campaña presidencial había sido larga y enconada, y en el transcurso de la misma habían manifestado sus diferencias. Truman había desacreditado públicamente a Eisenhower y había luchado denodadamente para que los demócratas, encabezados por Stevenson, consiguieran otra legislatura. Pero la batalla había concluido; el pueblo había elegido un nuevo presidente y todas las rencillas personales habían sido olvidadas.

Truman encendió un habano, expelió una bocanada de humo y suspiró.

—¿Sabe qué voy a hacer al día siguiente de dejar la presidencia? Subiré a un avión y me iré a Florida, a tostarme al sol. Tal vez también vaya de pesca. Hace años que no tengo tiempo de hacer cosas así. —El presidente vaciló; luego miró a Eisenhower a los ojos y, más serio, añadió—: Háble me de Corea, Ike. ¿Cuál es su opinión como militar?

El presidente llamaba a su sucesor por el apodo, que se remontaba a la época que este pasó en West Point, cuando todavía era cadete. Eisenhower se pasó una mano por la cabeza casi calva. Se inclinó hacia delante con los hombros tensos y echó una mirada a los jardines de la Casa Blanca, titubeando antes de hablar.

—Creo que se convertirá en un problema mucho mayor de lo que pensábamos, señor presidente —dijo midiendo bien sus palabras.

—Explíquese.

—Recién terminada la guerra en Europa, nos vemos arrastrados a otra, potencialmente tan peligrosa como la primera. Los rusos y los chinos están trabajando como endemoniados en programas para fabricar armas ofensivas, y al paso que van el resultado solo puede ser uno: la contienda armada. Si sumamos los habitantes de los dos países, tenemos una población de más de mil millones de personas. Les une la ideología y su apoyo a Corea del Norte en esta guerra. No podemos rivalizar con aliados tan potentes. —Eisenhower se interrumpió y movió la cabeza—. La guerra de Corea no pinta nada bien, señor presidente.

Truman adoptó una expresión seria mientras se ajustaba la pajarita de lunares.

—Entonces me parece que estamos metidos hasta el culo en un pantano lleno de cocodrilos.

Eisenhower sonrió a pesar suyo y apareció en su cara la mueca que sería famosa. Para ser un hombre que vestía con la pulcritud de un excéntrico catedrático universitario, Truman empleaba un vocabulario como mínimo pintoresco.

—Eso me temo, señor presidente.

Truman dio una chupada al puro habano.

—¿Sabe una cosa? Quería lanzar la bomba en Pyongyang, hacer desaparecer del mapa de Corea del Norte a esos hijos de puta amarillos y zanjar la dichosa cuestión para siempre, pero los británicos se me echaron encima como si yo estuviera loco. ¿Usted qué cree? ¿Hubiera sido una locura?

—Con todos los respetos, señor, si lanzamos la bomba en Corea del Norte, nos arriesgamos a que los problemas con Pekín se compliquen, para no hablar de Moscú.

—Entonces quizá deberíamos lanzarla sobre Rusia. Eisenhower miró al presidente. A pesar de su aspecto frágil y de persona tímida, Truman tenía una vena cruel y despiadada. Antes de que Eisenhower tomara la palabra, Truman le preguntó:

—¿Qué opinión le merece Stalin?

—¿Se refiere a qué pienso de él como adversario militar? Truman meneó la cabeza.

—No, me refiero a qué piensa de él como persona.

Eisenhower se encogió de hombros y rio con amargura.

—Me parece que no es necesario hacerme esta pregunta. Lo que pienso al respecto es de dominio público. Stalin es un déspota y un dictador. Es un hombre astuto y artero donde los haya. Se puede decir que es la causa de nuestros problemas actuales, o al menos de gran parte de ellos. No me fío ni un pelo de ese malnacido.

Truman se inclinó hacia adelante.

—Eso es exactamente lo que me pasa a mí, Ike. Él es el único problema real, los chinos no cuentan. Hasta dentro de diez años como mínimo no tendremos que preocuparnos de los chinos. Pero los avances de los rusos en el campo de la investigación nuclear son tan rápidos que pronto nos dejarán atrás en el terreno militar. Usted sabe tan bien como yo que cuentan con la colaboración de mentes privilegiadas. Los mejores científicos exnazis trabajan para ellos. Nosotros hemos hecho estallar un artefacto de hidrógeno, pero… Dios mío, ellos conseguirán construir una bomba de verdad. Y mucho antes de lo que pensamos, Ike. Recuerde bien lo que le digo. Y cuando eso ocurra, el viejo Stalin podrá hacer exactamente lo que le venga en gana, y él lo sabe.

—¿Qué dicen los del servicio de inteligencia?

—¿Sobre el programa ruso de la bomba de hidrógeno? Que lo tendrán listo dentro de seis meses. Tal vez antes, pero seis meses es el plazo límite. Se rumorea que Stalin ha autorizado fondos sin limitación. La información más reciente de nuestro servicio de inteligencia nos dice que han construido un campo de pruebas cerca de Omsk, en Siberia.

Eisenhower frunció el entrecejo. El sol, todavía cálido, le dio en la cara al volverla hacia el obelisco de Washington, que se alzaba a unos ochocientos

metros. Cuando volvió a mirar a Truman, este estaba apagando el puro y siguió hablando:

—Ike, esta es de hecho la primera ocasión que hemos tenido de hablar en privado. Sin duda la CIA le informará las próximas semanas, pero hay algo que debería saber. Algo absolutamente inquietante.

Eisenhower estudió al hombre de talla menuda y pulcro.

—¿Se refiere a algo del programa ruso sobre la bomba? Truman negó con la cabeza y de pronto en su rostro apareció una expresión sombría.

—No. Me refiero a un documento. Un documento secreto, al máximo nivel. Me lo mandó el departamento soviético especial que tenemos cerca del río Potomac. Me gustaría que lo leyera. Nuestra fuente es un contacto excelentemente informado que tiene enlaces con el Kremlin. Si he de serle sincero, el documento me ha aterrorizado. Hacía muchísimo tiempo que no sentía tanto miedo. Y tenga presente que he vivido dos guerras, igual que usted. Pero esto… —Truman se interrumpió y sacudió la cabeza—. Caramba, ni los alemanes ni siquiera los japoneses habían conseguido asustarme tanto.

Eisenhower parecía desconcertado.

—¿Me está diciendo que el documento lo ha elaborado un ruso?

—Un emigrado ruso que trabaja para nosotros, para ser precisos.

—¿Quién?

—Ni siquiera yo puedo decírselo, Ike. Eso es decisión de la CIA. Pero el primer día que ocupe el Despacho Oval lo sabrá.

—Entonces, ¿por qué quiere que lea el documento ahora?

Truman inspiró profundamente y se levantó despacio.

—Porque deseo que esté preparado antes de ejercer el cargo de presidente. Va a leer un documento del máximo secreto, y no se trata de una lectura precisamente agradable. Como ya le he comentado, se dicen en él cosas absolutamente inquietantes que me han puesto los pelos de punta. Le guste o no, el contenido de este documento va a ser decisivo, y no solo para usted cuando ocupe el cargo de presidente. Va a determinar muchísimas cosas: el futuro de este país y quizá el del mundo entero.

Eisenhower frunció el entrecejo.

—¿Tan grave es?

—Sí, Ike, créame, es muy grave.

Estaban sentados los dos en el Despacho Oval. Eisenhower leía los documentos contenidos en una carpeta de cartulina clara. En todas las

páginas, y también en la carpeta, había escritas con tinta roja las siguientes palabras: *Solo para los ojos del presidente*.

Truman estaba sentado frente a él, no en el sillón presidencial, sino en un pequeño sofá tapizado con motivos florales que había junto a la ventana, desde la cual podía verse el obelisco de Washington. Con las manos apoyadas en su bastón, miraba el rostro de Eisenhower. Estaba muy serio y mantenía prietos los labios, carnosos y grandes.

Por fin, Eisenhower depositó cuidadosamente el documento encima de la mesa auxiliar. Se levantó y se dirigió con gran desasosiego hacia la ventana, con las manos a la espalda. Dentro de cinco semanas ocuparía el sillón presidencial, pero de pronto aquel futuro había perdido parte de su atractivo. Se pasó una mano por la frente para darse un masaje en la sien. La voz de Truman lo devolvió al presente.

—Y bien, ¿qué opina? Eisenhower se volvió. Truman lo estaba mirando fijamente y los cristales de las gafas despedían destellos al reflejar la intensa luz que entraba por la ventana.

Eisenhower se quedó callado un buen rato, con los músculos faciales contraídos. Luego movió la cabeza.

—Dios mío, no sé qué pensar. —Se interrumpió—. ¿Es de fiar la fuente del documento?

Truman asintió con firmeza.

—Sí, sí lo es. Absolutamente. Y además he ordenado que expertos independientes estudiaran el caso. Excelentes especialistas que no pertenecen a la CIA. Quería que verificasen lo que acaba usted de leer. Todos estuvieron de acuerdo en que son hechos reales.

Eisenhower inspiró hondo.

—Con todos los respetos, señor, el día que tome posesión de mi cargo me encontraré con un campo minado de mil demonios bajo mis pies.

—Eso me temo, Ike —contestó Truman fríamente—. No es que me haya vuelto frívolo. Lo único que ocurre es que estoy muerto de miedo. No me llega la camisa al cuerpo.

Truman se levantó y se acercó a la ventana. Bajo la despiadada luz directa mostraba unas profundas ojeras; tenía el rostro desencajado, como si los ocho años que llevaba ejerciendo la presidencia finalmente le hubiesen pasado factura. De pronto parecía un anciano muy cansado.

—Si tengo que serle franco, estoy más asustado ahora que cuando tomé la decisión de bombardear Hiroshima y Nagasaki, porque esto puede tener consecuencias aún peores. El peligro es mayor.

Cuando vio que Eisenhower tenía la mirada fija en él, Truman señaló el escritorio con un movimiento de cabeza.

—Lo digo muy en serio, Ike. Me alegra pensar que no voy a sentarme más en este sillón y que lo ocupará un exgeneral con cinco condecoraciones. En Florida ya hará bastante calor. ¿Por qué razón iba a echar de menos Washington?

Francia

Mientras el presidente conversaba con el presidente electo en el Despacho Oval, a unos siete mil kilómetros de allí, en París, en una habitación casi a oscuras de un hotel del bulevar Saint Germain había un hombre tendido en la cama.

Llovía a cántaros y las gotas repiqueteaban en los cristales, detrás de las cortinas corridas.

Sonó el teléfono que había en la mesilla de noche, junto a la cama. Cogió el auricular y reconoció al punto la voz que le contestaba.

—Soy Konstantine. Está todo listo. Ocurrirá el lunes en Berlín. No quiero errores.

—No los habrá. —Se produjo un silencio y luego escuchó la voz airada del otro.

—Mándalo al infierno, Alex. Manda a ese carnicero al infierno. —Oyó el clic y colgó el teléfono. Se puso en pie y se acercó a la ventana. Apartó la cortina con nerviosismo. Se pasó una mano por el pelo rubio, que llevaba muy corto, y miró hacia la calle mojada.

Una pareja salía de un coche y echaba una carrera para guarecerse bajo el toldo de un café. La chica tenía el pelo castaño y reía. Él la cogía de la cintura. Los estuvo observando un rato y luego apartó la vista.

—El lunes —dijo en voz queda, soltando la cortina.

4

Frontera soviético-finlandesa
23 de octubre

Justo pasada la medianoche dejó de nevar. La envolvía el blando silencio del bosque. La sangre le martilleaba los oídos como si unas alas batieran furiosamente en su interior.

Tenía frío, la ropa empapada, el pelo mojado y la cara cubierta de un sudor helado. Estaba aterida y muy cansada. Un miedo terrible agarrotaba su cuerpo. Jamás había sentido una extenuación tan grande en su vida. Y de pronto quiso que todo hubiera pasado.

Llevaba una hora observando la garita de guardia instalada junto a un estrecho puente de hierro que cruzaba el río helado. De vez en cuando se frotaba los brazos y las piernas para entrar en calor, pero era inútil: estaba congelada hasta los tuétanos. Anhelaba un poco de calor y que acabase de una vez por todas aquel agotamiento. La casaca militar que llevaba estaba cubierta de nieve y escarcha. Escondida en un angosto barranco que había detrás de unos abetos, pugnó por olvidar el pasado y pensar solo en el futuro que se le abriría una vez hubiera cruzado el puente.

En la zona rusa había dos guardias junto a una pequeña garita de madera. Veía las volutas de vapor que se formaban delante de ellos al respirar mientras andaban de un lado a otro, enfundados en sus uniformes. Uno de ellos llevaba un fusil colgado al hombro; el otro, una ametralladora que sujetaba contra su pecho. Estaban hablando, pero ella no podía oír lo que decían, solo le llegaba un débil murmullo de voces.

A su izquierda, a unos cuarenta metros, vio un puesto de guardia de madera, junto al cual se alzaban unos abetos con las ramas totalmente blancas. En el interior había una luz encendida, y de la chimenea salía un hilo de humo. Sabía que allí estaban descansando los guardias que no estuvieran de servicio, aunque hacía más de media hora que nadie había salido ni entrado en el puesto. Únicamente veía sombras moviéndose ante la luz amarillenta, detrás de los empañados cristales. De los árboles cercanos al puente de hierro colgaban unos potentes focos que brillaban en la oscuridad. A ambos lados del puente, las barreras rojiblancas estaban bajadas.

Le pareció ver por entre los árboles las luces de Finlandia, aunque no estaba muy segura, porque la zona finlandesa de la frontera estaba bañada por una intensa luz y había más guardias, aunque estos con uniformes y abrigos grises.

Algo se movió súbitamente y ella dirigió la vista hacia la zona rusa. El guardia que llevaba un fusil colgado al hombro entraba en la diminuta y caldeada garita, mientras el otro se encaminaba hacia los árboles, al tiempo que se desabrochaba la bragueta para descargar.

Estaba tiritando. Sabía lo que tenía que hacer y que si no se movía enseguida, moriría congelada. El frío le seguía calando hasta los huesos. Rodó sobre sí misma en la nieve y con la mano enguantada palpó la funda de piel. Tocó la culata fría del revólver Nagant.

Volvió despacio a la postura anterior y miró al guardia que estaba orinando. Inspiró profundamente. Sabía que era ahora o nunca. Se puso en pie, pero las piernas le temblaban de miedo.

Cuando salía de la protección que le ofrecían los árboles se metió el arma en el bolsillo del abrigo.

En un momento estuvo delante de la garita y vio cómo el guardia que llevaba una metralleta se abrochaba los pantalones y se volvía bruscamente. Se la quedó mirando fijamente, como si estuviera viendo un fantasma.

Lo que vio en realidad fue a una joven que se le acercaba y que llevaba una casaca de capitán, con hombreras verdes. El gorro de invierno era una talla grande y la ropa aparecía cubierta de escarcha y de nieve. Tenía los ojos hundidos y los labios agrietados por el frío.

El guardia vaciló, sin saber qué hacer, aunque presintió que algo andaba mal.

—Lo siento, capitán —dijo finalmente—. Es una zona de acceso prohibido. Su documentación, camarada.

Se descolgó la metralleta sin dejar de mirarla fijamente, con desconfianza, pero no vio el revólver Nagant. Ese fue su error.

Disparó dos veces. Las balas se enterraron en el pecho del guardia y fue arrojado hacia atrás. El estampido fue como una señal para que el aire cobrara vida propia. Se oyó el áspero chillido de unos pájaros, que se pusieron a revolotear entre las ramas. Unos segundos más tarde, el segundo guardia salió corriendo de la garita.

La joven disparó y le acertó en el hombro. Lo dejó girando sobre sí mismo y echó a correr en dirección al puente.

A sus espaldas, en la zona rusa, había estallado un auténtico caos: se dispararon sirenas de alarma, se oyeron gritos y los soldados salieron corriendo del puesto de vigilancia. Ella, en su alocada carrera hacia la barrera finlandesa, que estaba a cincuenta metros, casi ni oyó la voz que le gritaba que se detuviera. Se le cayó el revólver, jadeaba cada vez con más fuerza y le ardían los pulmones.

En un momento, y sin que supiera de dónde salían, aparecieron delante de ella unos guardias finlandeses con uniforme gris que se aprestaban a empuñar sus fusiles; uno de ellos apuntaba por encima de su hombro y le gritaba algo que ella no entendía.

No vio al guardia ruso que estaba a su espalda, a treinta metros, y que le disparaba, pero oyó el sonido de un arma. A su derecha se levantó una nubecilla de nieve, al rozar la bala el suelo helado antes de rebotar en el puente de hierro.

A continuación oyó el estampido de otro fusil: el impacto la arrojó hacia adelante y perdió el equilibrio. Sintió un dolor terrible en el costado pero siguió corriendo por el puente, aunque tambaleándose.

Al llegar a la barrera finlandesa, se desplomó con un grito de dolor. De pronto, unas manos fuertes la agarraron y la sacaron de allí.

Un joven oficial de pálido rostro gritaba órdenes a sus hombres, pero ella no comprendía lo que decía. Unas manos manipularon con torpeza su ropa ensangrentada y se la llevaron al puesto de vigilancia.

Se oían sirenas, pero para ella solo existían el espantoso dolor que sentía en el costado y la extenuación; era como si en su interior se hubiera desbordado una presa: el miedo y el agotamiento, hasta entonces contenidos, la anegaban. Lloraba. De pronto todo desapareció; la visión fue debilitándose, los sonidos fueron apagándose.

El joven oficial la estaba mirando a la cara y ella oyó la desesperación en su voz cuando le gritó a un soldado que fuera a por un médico.

Ella cerró los ojos.

Después de aquello, solo recordaba la oscuridad. Una oscuridad placentera, una oscuridad de la que había desaparecido todo dolor y a la que se entregó dulcemente.

El oficial del SUPO, el Servicio de Contraespionaje Finlandés, llegó en avión desde los barracones de Lappeenranta, los más cercanos a la frontera. Era un hombre de cuarenta y pocos años y rostro delgado, y vestía ropa de paisano.

El traje oscuro le quedaba bastante holgado sobre su cuerpo enjuto. Tenía los ojos hundidos, una mirada atenta, aunque distante, y parecía un hombre consagrado a su trabajo.

Dijo ser el superintendente Ukko Jántti y, cuando el médico de edad avanzada le condujo hasta la joven que dormía en una cama del hospital, se la quedó mirando largamente.

Dedujo que la joven tendría entre veinte y veinticinco años. Tenía los ojos cerrados y unas profundas ojeras amoratadas. Estaba tendida de costado y se rozaba los labios con un dedo, lo que le daba un aire infantil.

Entre su cabello oscuro, rapado casi al cero, se le veían calvas rosas, como si alguien le hubiese cortado el pelo sin contemplaciones. Tenía llagas en los labios y múltiples contusiones en la cara. Parecía extenuada; las venas y los tendones estaban rígidos. A pesar del lamentable estado que presentaba, el oficial pensó que era una mujer muy hermosa. Se fijó en los contornos curvados de sus caderas y en sus piernas largas y esbeltas, cubiertas por las blancas sábanas del hospital.

Finalmente se dirigió al médico.

—¿Cómo está?

—Bastante bien, teniendo en cuenta lo que ha tenido que pasar. La bala no la ha afectado de gravedad. El problema es su estado general. Es deplorable.

La joven cambió de posición, dormida; gimoteó como un animal atormentado por el dolor y volvió a quedarse en silencio, tendida de espaldas.

—¿Está en condiciones de hablar? —preguntó el oficial.

—Hace un rato se ha despertado, pero no podía hablar con coherencia debido a la anestesia. Dentro de veinticuatro horas podrá usted conversar con ella.

—¿Ha dicho algo?

El médico se encogió de hombros.

—No ha hecho más que repetir dos nombres una y otra vez: Iván y Sasha.

El oficial sacó un bloc del bolsillo de la pechera de su traje y garabateó algo.

—¿Cree que se recuperará, doctor? —preguntó, alzando la vista del bloc.

El médico se quitó las gafas.

—La bala apenas le ha perforado el músculo. Ha tenido mucha suerte de que no le afectara al riñón. No presenta complicaciones renales pero sí lesiones en los tejidos, producidas por el frío. Y su salud es pésima. Por lo que deduzco, ha estado expuesta al frío durante horas. Teniendo en cuenta la temperatura bajo cero que ha tenido que soportar, es un milagro que esté viva.

Por otro lado, está desnutrida. —El médico miró al oficial—. Tengo entendido que ha disparado contra dos guardias rusos. ¿Es cierto?

—Ha matado a uno y ha herido a otro. Nadie que la viese ahora diría que pueda ser capaz de una cosa así, ¿verdad? Parece tan increíblemente inocente. —El oficial sonrió—. Personas como ella nos habrían sido muy útiles en la guerra.

—¿Y los rusos? ¿Han facilitado información sobre la chica?

—Como siempre, han levantado el revuelo que suelen levantar cada vez que alguien cruza la frontera desde Rusia. Y como siempre, no les hemos hecho ningún caso. Por supuesto, quieren que la chica vuelva a su país. Dicen que es una presa común que ha escapado de un campo de prisioneros. —El oficial se encogió de hombros—. Hay un campo cerca de Ukhta, que se encuentra a unas cinco horas a pie de la frontera y a menos de doscientos kilómetros del círculo polar ártico, de modo que es probable que sea verdad. También dicen que mató a un guardia del campo de prisioneros. Y que se llama Anna Khorev.

El médico frunció el entrecejo.

—Déjeme que le enseñe una cosa —dijo.

Levantó el brazo de la muchacha y le subió la manga. El oficial del SUPO vio unos números tatuados con tinta azul en la muñeca.

Asintió con la cabeza.

—Por lo menos los rusos nos han dicho la verdad. Esta chica estaba en un campo de prisioneros. Dios mío, no es de extrañar que tenga este aspecto tan lamentable. La mayoría de los desgraciados que van a esos penales mueren por desnutrición.

El oficial anotó en su bloc los números tatuados y miró al médico.

—¿Puede decirme algo más?

El médico se encogió de hombros.

—Hay una cosa… pero no creo que sea relevante para usted.

El oficial esbozó una débil sonrisa.

—Todo es relevante. Así que haga el favor de decírmelo. El médico levantó el blanco camisón de la chica y señaló una cicatriz fina pero apreciable sobre el vientre.

—Diría que dio a luz el año pasado, o quizá hace dos años. Y que le practicaron una cesárea.

El médico vio al oficial hacer un ligero movimiento afirmativo con la cabeza y garabatear otra anotación antes de guardarse el bloc en el bolsillo.

—¿Qué va a ser de ella? ¿La van a devolver a su país? El oficial se encogió de hombros y miró la cara de la joven, que seguía dormida.

—No es algo que pueda decidir yo. Sea quien sea, es evidente que estaba desesperada por escapar de aquel lugar. Es un milagro que haya podido llegar hasta aquí. Incluso a un oso se le congelarían las pelotas si tuviera que pasarse cinco horas a esa temperatura.

—¿Cómo se explica usted que llevara aquel uniforme militar?

—Sabe Dios. Lo robaría, quizá.

—¿Qué cree que pasará?

—Mandaremos a alguien para que hable con ella.

—¿Se refiere usted a agentes de nuestro servicio de inteligencia?

El oficial sonrió.

—A esos también. Pero me refería a nuestros amigos los americanos que están en Helsinki. Por si no lo sabía, doctor, este pequeño país no toma parte en esta guerra fría que cada día es menos fría. Esta chica ha disparado a dos guardias y ha escapado de su país cruzando la frontera soviética con un uniforme del Ejército Rojo. Los americanos querrán hablar con ella, ¿no le parece?

5

Helsinki
25 de octubre

Un hombre de pelo gris muy corto estaba sentado junto a la cama de Anna Khorev.

Ella lo miró. El rostro endurecido que la miraba a su vez estaba plagado de surcos carnosos en la piel y de venas varicosas, y la boca parecía esculpida con un rictus agresivo e inflexible. Era el rostro de alguien que a lo largo de su vida había visto muchas cosas desagradables, de alguien cauteloso y desconfiado, de alguien que escondía múltiples secretos. Pero sus ojos de color gris claro no carecían de expresión, y ella pensó que nada podría pasarles por alto. Uno de los oficiales del servicio de inteligencia finlandés le había comentado que iría a verla un americano que deseaba hablar con ella. Los finlandeses la habían interrogado exhaustivamente, pero ella no se lo había contado todo, y no porque no deseara hacerlo, sino porque en aquel momento los recuerdos eran demasiado dolorosos, y además la anestesia la había dejado con la sensibilidad a flor de piel. Pero por encima de todo tuvo la sensación de que aquellos hombres simulaban interés por algo que en realidad no les importaba. En cambio, aquel hombre que estaba sentado junto a ella parecía diferente. Y presintió que no se iba a contentar con respuestas sencillas.

Tendría algo más de cuarenta años. Se recostó en la silla, apoyando sus grandes manos en las rodillas, y le sonrió. Hablaba ruso con soltura y su voz era dulce.

—Me llamo Jake Massey. Los médicos me han dicho que vas a recuperarte del todo.

Ella no contestó.

—He venido —dijo, inclinándose hacia adelante— con la intención de aclarar algunos puntos que al parecer no han quedado explicados. Te llamas Anna Khorev, ¿verdad?

—Sí.

—Soy consciente de que has pasado muchas dificultades, Anna. —Al decirlo, ella vio sinceridad en sus ojos—. Pero hay algo que conviene que

entiendas. A Finlandia llegan muchas personas que escapan de Rusia. —Volvió a sonreír; era una sonrisa amable—. Quizá no todos cruzan la frontera de forma tan espectacular ni en condiciones tan dramáticas como tú. Algunos son sinceros y quieren de verdad huir de Rusia. Pero otros… bueno, digamos que hay otras personas cuyas intenciones no son muy nobles. Tus compatriotas mandan gente aquí para que trabajen de espías. Lo comprendes, ¿verdad, Anna? Tienes que convencerme de que no perteneces a este último tipo de personas.

Ella asintió.

—¿Estás demasiado fatigada para hablar? —preguntó.

—No.

—Los médicos esperan que mañana puedas levantarte y pasear.

Titubeó. Volvió a escudriñar su rostro con sus ojos grises y bondadosos.

—¿Por qué disparaste a los dos guardias apostados en el puente? —preguntó, esta vez con voz de pronto muy dulce. Vio que la estaba mirando atentamente a los ojos.

—Para escapar.

—¿Para escapar de qué, exactamente?

—Del gulag.

—¿Estabas en un campo de prisioneros? —Sí.

—¿Dónde?

—Cerca de Ukhta.

—¿Sabes cómo se llama el campo?

—Nicochka.

—La Embajada soviética de Helsinki nos ha dicho que mataste a un oficial del campo. ¿Es cierto?

Ella vaciló, pero al cabo de un momento asintió.

—¿Por qué lo mataste, Anna?

Esa pregunta ya la había contestado en el interrogatorio a que la sometieron los finlandeses, pero tenía el presentimiento que el americano iba a ser mucho más implacable. Abrió la boca para hablar, pero, sin saber por qué, no le salió ni una palabra. Massey se la quedó mirando.

—Anna, me parece que lo mejor será que te sea totalmente sincero y te cuente cuál es la situación. Trabajo para la Embajada americana. Tus compatriotas han armado un revuelo diplomático considerable y quieren por todos los medios que los finlandeses te devuelvan a Rusia. Entre Finlandia y Rusia no hay ningún tratado de extradición, pero si las autoridades presionan a los finlandeses, puede que estos convengan en entregarte. El único medio de

evitarlo que tienen a su alcance es entregarte a la Embajada americana. En cuanto los finlandeses digan que tú has pedido asilo político a Estados Unidos, el caso ya no está en sus manos. Y es lo que quieren. Quieren ayudarte. Con Rusia no mantienen unas relaciones precisamente amistosas. Por eso estoy aquí. Me pidieron que hablara contigo y averiguara si mi Embajada puede hacer algo. Doy por descontado que no quieres volver a Rusia y que deseas pedir asilo a Estados Unidos. No obstante, debes saber que, dados los términos en que está redactado el tratado soviético-finlandés, pueden perfectamente devolverte a Rusia, ya que pesa sobre ti una acusación de asesinato.

Massey se interrumpió. Debió de ver la cara de espanto que ponía ella, porque meneó la cabeza rápidamente y dijo:

—Anna, no querernos que esto suceda, pero depende en gran medida de ti.

—¿Y qué puedo hacer?

—Cooperar. Los policías que te interrogaron creen que no les contaste toda la verdad. Si al menos yo supiera la verdad, la Embajada americana estaría en condiciones de decidir si puedes pedir asilo político, ¿comprendes? El hecho de haber huido de un campo de prisioneros se acepta internacionalmente como válido para conceder asilo político. Si puedes demostrar que huiste porque eras una prisionera política, quizá la Embajada americana pueda hacer algo por ti. No puedo prometerte nada, Anna. Solo que te escucharé hasta el final y que haré todo cuanto esté en mi mano para ayudarte si veo que tu caso puede defenderse. ¿Entiendes lo que te digo?

Ella asintió. Massey se inclinó hacia adelante.

—¿Me ayudarás?

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Todo —dijo Massey con amabilidad—. Todo lo que puedas decirme sobre tu pasado, tus padres, tu vida. Qué te llevó a cruzar la frontera. Por qué mataste al oficial del campo en el que estabas detenida. Quiero que me cuentes todo lo que recuerdas, todo lo que pueda ser relevante.

De pronto la muchacha sintió una oleada de profundo pesar que anegó su mente. Recordar era demasiado doloroso. Cerró los ojos y se volvió de espaldas. Massey vio entonces los morados que tenía en el cuello y las calvas rosadas en el cuero cabelludo.

—Tómate el tiempo que necesites, Anna. Quiero que empieces por el principio —dijo dulcemente.

Cuando, en el verano de 1941, los tanques alemanes, al mando del mariscal de campo Von Leeb, invadieron los estados bálticos, fueron acogidos con agrado por gran parte de la población.

Hacía apenas un año que el Ejército Rojo, a las órdenes de Stalin, había llevado a cabo con rapidez y brutalidad la anexión de los pequeños países bálticos independientes de Estonia, Letonia y Lituania. Los habitantes que fueron torturados, ejecutados o mandados a campos de trabajos forzados por los invasores rusos se contaban por millares, por lo que la llegada de las tropas alemanas en el verano de 1941 fue vista por muchos ciudadanos de los estados ocupados como la entrada de un ejército liberador. La gente formó filas en las calles para dar la bienvenida a los inmejorables soldados de la Wehrmacht. Las mujeres arrojaban guirnaldas de flores a sus pies, mientras el ejército soviético, derrotado por los alemanes en un imparable ataque relámpago, se retiraba lentamente por las calles en dirección al norte y al este.

Sin embargo, no todos los comandantes soviéticos decidieron huir del avance del Tercer Reich. Algunos prefirieron resistir y librar un feroz combate desde la retaguardia; aquello sería un sangriento preludio de lo que esperaba a los nazis en las heladas estepas rusas.

Uno de estos oficiales rusos fue el general de brigada Igor Grenko. A sus cuarenta y dos años ya mandaba una división. Militar audaz, con fama de obstinado, había sobrevivido, no se sabía cómo, a las salvajes purgas que Stalin había infligido a su propio ejército en los días anteriores a la guerra; más de la mitad de los oficiales veteranos fueron ejecutados o deportados a Siberia, la mayoría de ellos sin ningún juicio previo: Stalin, que padecía una grave paranoia, simplemente había sospechado que estaban tramando un golpe contra él. Naturalmente, todo era falso.

Grenko se había casado con Nina Zinyakin, hija de un maestro de escuela armenio. La conoció en una apasionada conferencia sobre Lenin que ella dio un día en el Instituto Moscú y se quedó prendado nada más verla. Era una chica decidida, ardiente y notablemente hermosa, con un temperamento no muy distinto al suyo. Se casaron, y al cabo de diez meses nació su primera —y única— hija.

Cuando los alemanes avanzaban en dirección a Tallin, Anna Grenko tenía quince años.

Las órdenes que dio Stalin en cuanto los alemanes hubieron puesto en marcha la Operación Barbarroja fueron las de reducir el combate al mínimo. Creyendo absurdamente que Hitler no se internaría en el corazón de Rusia y

que las hostilidades cesarían pronto, Stalin consideró que, si no enojaba a los alemanes con un contra ataque desaforado, el conflicto se atenuaría.

Igor Grenko veía las cosas de distinta manera.

Se había negado en redondo a seguir las órdenes de Moscú. En su opinión, Stalin dejaba mucho que desear como estratega. Grenko no creía que los alemanes fueran a detenerse en la frontera. Convencido de que las órdenes cambiarían en una semana y que se pasaría de la retirada a la ofensiva, Grenko decidió librar la batalla desde la retaguardia; durante días, los altos mandos del ejército lo apremiaron con cables telegráficos desde Moscú ordenándole que se retirase. Él rompió todos los mensajes y envió una respuesta: *¿Qué diablos debo hacer? ¿Quedarme sentado y dejar que los alemanes acaben con mis hombres?*

Igor Grenko estaba convencido de que la historia demostraría que Stalin había cometido un error. Sabía que en una contienda armada las primeras semanas son tan decisivas como las últimas. Pero llegó un momento en que no pudo seguir desobedeciendo las órdenes; él y sus hombres subieron a un tren de transporte de tropas cerca de Narva y regresaron a Moscú.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Riga, Igor Grenko fue arrestado y conducido a un automóvil que le estaba esperando. La madre de Anna quiso intervenir, pero no la dejaron: el arresto de su marido —le dijeron con malos modos— no era asunto suyo.

Al día siguiente, Nina Grenko recibió la visita de la policía secreta. Le notificaron fríamente que su marido había sido juzgado por un tribunal militar que lo había declarado culpable de desacato. Lo habían ejecutado en la prisión de Lefortovo aquella misma mañana.

Un día más tarde se dieron a conocer las últimas órdenes de Stalin: todos los ciudadanos tenían obligación de repeler con todos los medios a su alcance, jugándose la vida si era preciso, a los invasores alemanes. Ningún soldado podía batirse en retirada.

Unas órdenes que para Igor Grenko llegaban con un día de retraso.

Después de la muerte de Igor, la policía secreta dio órdenes de confiscar el piso que los Grenko tenían en Moscú. La madre de Anna nunca se repuso de la injusticia cometida con su marido, y un día, cuando llevaban dos meses viviendo en un apartamento diminuto y cochambroso que habían alquilado para las dos, al volver a casa, Anna encontró a su madre ahorcada, colgando de una tubería de agua.

Después de aquello, Anna se pasó dos días tumbada en la cama, sin comer ni apenas dormir. De pronto, en su vida había un terrible vacío; no tenía a nadie a quien dirigirse en busca de apoyo. Sus parientes la evitaban por temor a que los acusaran de confabulación, y ella, por su parte, vivía con el miedo diario a que llamaran de noche a la puerta de su casa y fuera la policía secreta.

Al tercer día metió sus escasas pertenencias en una pequeña maleta y se trasladó a una habitación diminuta y sórdida al este del río Moscova.

Los alemanes estaban a diez kilómetros de allí; con prismáticos de campaña podían ver perfectamente las doradas cúpulas del Kremlin. A causa de los constantes bombardeos, en la ciudad apenas se podía comprar nada. La comida y el gasóleo eran escasos, y hacía tiempo que no quedaba nada que pudiera servir para encender un fuego. La gente devoraba las exiguas raciones que se repartían. Los perros y los gatos se pagaban al precio equivalente al salario de un mes. Los cadáveres se amontonaban en los suburbios. Los obuses y los bombarderos Stuka alemanes convertían la vida de los moscovitas —que tenían que soportar temperaturas rigurosas— en un verdadero infierno.

Anna Grenko era demasiado joven para que la mandaran al frente, por lo que fue destinada a una fábrica de aviones de los Urales. El día de su decimoséptimo cumpleaños tuvo que presentarse para prestar el servicio militar. Después de tres semanas de entrenamiento básico la enviaron al frente, al sur, donde se incorporó al 62.º Ejército, bajo las órdenes del general Chuikov, en Stalingrado.

Fue en Stalingrado donde aprendería qué significaba sobrevivir.

Combatió en la calle, casa por casa, fábrica a fábrica, conteniendo a los alemanes, cuyo cerco a la ciudad iba a durar más de seis meses. Por la noche cruzaba las líneas enemigas entre el barro y la nieve y atacaba sus posiciones. La lucha era encarnizada, y en muchas ocasiones se acercaba tanto al enemigo que oía sus voces ahogadas, procedentes de trincheras cercanas. Los bombardeos eran tan intensos que los árboles perdieron hasta la última hoja, y los perros se arrojaban al Volga y se ahogaban para no tener que soportar aquel horroroso estruendo, que se prolongaba día y noche.

La hirieron dos veces, y dos veces fue condecorada. En los sangrientos combates que se sucedían en los focos de resistencia, tanto en Stalingrado como en los alrededores, se mataba sin piedad.

En la quinta incursión que efectuó en las líneas alemanas fue capturada por un destacamento de las SS ucranianas. Después del interrogatorio la violaron brutalmente.

La abandonaron, dándola por muerta, en un cráter abierto por un obús. Quedó tendida en el suelo sin poder moverse, aterida y con un dolor espantoso entre las piernas, en el lugar en que cinco hombres la habían desgarrado por dentro para aplacar su lujuria salvaje.

La segunda mañana la despertó el roce de unos copos de nieve al caerle en la cara.

Subió arrastrándose por el cráter y vio que a un lado, a lo lejos, había unos ucranianos. Eran los mismos hombres que la habían violado; estaban de pie, al calor de un brasero, y reían.

Anna Grenko se metió otra vez en el cráter, arrastrándose, y esperó a que se hiciera de noche. Con una rabia terrible en el corazón y clamando venganza, sintió la imperiosa necesidad de matar a aquellos hombres por lo que le habían hecho. Era una necesidad superior a ella, más fuerte incluso que cualquier instinto de supervivencia. Cuando por la noche salió de nuevo, reptando por la pared del cráter, tropezó con el cadáver de un camarada caído y le cogió la pistola ametralladora Tokarev y las granadas que aún llevaba encima.

Se acercó a los soldados. Uno de ellos se volvió y reparó en ella, pero demasiado tarde. Anna vio el horror en los ojos de aquel hombre cuando quitó el seguro de las granadas y las lanzó contra el grupo de soldados, al tiempo que disparaba la Tokarev. Vio cómo los cuerpos saltaban a la luz de las explosiones y oyó sus gritos. Después, de nuevo el silencio envolviéndolo todo. Cuando los soldados rusos rompieron las líneas alemanas, al día siguiente, hallaron a Anna tendida en el cráter, con un charco de sangre entre las piernas. Pasó tres semanas en un hospital de campaña en Stalingrado, pasadas las cuales la convocaron ante un tribunal militar, que la interrogó, aunque no sobre el tormento de la violación, sino sobre su captura por parte de ucranianos: ¿cómo había podido permitir que hicieran tal cosa?

Por esa afrenta, y a pesar de su coraje, fue condenada a un mes de arresto en una prisión militar.

Una vez finalizada la contienda, tendrían que transcurrir todavía cinco años para que Anna Grenko conociera días de felicidad.

A los dos años de acabada la guerra, los moscovitas descubrieron de nuevo la alegría de vivir. La ciudad parecía haber despertado de un largo letargo y en las calles se respiraba un ambiente de júbilo y despreocupación. En todos los suburbios se edificaban bloques de apartamentos y se abrían

cafés, bailes y cervecerías; la gente vestía a la moda y llevaba prendas de colores vivos; en verano, las terrazas de los hoteles se llenaban de hombres y mujeres que bailaban al son de la música popular de moda.

Anna encontró un empleo de secretaria en una fábrica y, como le sobraba tiempo, por las tardes iba a clase para proseguir sus estudios. Dos años más tarde se matriculó en el Instituto de Lenguas de Moscú. Aunque muchas veces la invitaban a salir, casi nunca aceptaba aquellas invitaciones y jamás se prestó a ir a casa de sus galanes. Solo una vez hizo una excepción.

Conoció a uno de los jóvenes profesores. Se llamaba Iván Khorev.

Era delgado, de tez pálida y muy sensible, y aunque solo tenía veinticuatro años, era un poeta conocido y admirado que había publicado obras en diversas y prestigiosas revistas literarias.

Una noche, después de la clase, invitó a Anna a tomar una copa.

Fueron a un pequeño café al aire libre que había a orillas del Moscova. Comieron *zakuski*, bebieron un vino georgiano muy fuerte e Iván Khorev habló de poesía. Cuando le recitó un poema de Pasternak, ella pensó que era lo más hermoso que había oído en su vida. Él escuchaba en silencio y con gran atención sus opiniones, sin menospreciarlas. Era una persona que sabía reírse de sí mismo y que no se tomaba muy en serio su fama literaria. Y le gustaba reír.

En la terraza, una orquesta tocaba un vals lento y triste de antes de la guerra; cuando él la sacó a bailar, no intentó sobarla ni besarla. Y después, cuando la acompañó hasta su casa, en lugar de despedirse con un beso en la mejilla lo hizo con un formal apretón de manos.

Una semana más tarde la invitó a cenar a casa de sus padres. Después de la cena se quedaron charlando hasta la madrugada. Ella se rio cuando el padre de Iván contó un chiste. Él sonrió y le confesó que era la primera vez que la veía contenta.

Esa noche permaneció largo rato tumbada en la cama sin dormir; no podía dejar de pensar en él. Era un hombre seguro de sí mismo pero nada altivo, parecía amable y tenía sentido del humor. Hablaba con autoridad sobre casi cualquier tema. Poseía una inteligencia aguda y una gran sensibilidad. Se mostraba siempre dispuesto a escuchar las opiniones de Anna y las tomaba en cuenta. Era un ser solitario, como ella, pero, al contrario de lo que le ocurría a Anna, su independencia procedía de una gran seguridad en sí mismo y de un entorno familiar vertebrado por el amor.

Anna se enamoró de él y un mes después de licenciarse se casaron.

Pasaron la luna de miel en una villa de madera de grandes dimensiones cerca de Odessa, en la playa, donde permanecieron una semana. Todas las mañanas iban a bañarse a las templadas aguas del mar Negro; después volvían corriendo a la dacha y hacían el amor.

Por las noches, él le leía poemas que había escrito y le decía una y otra vez que la amaba, que la amaba desde el primer día que la vio en el campus de la universidad. A ella se le nublaban los ojos de lágrimas y él la estrechaba con fuerza entre sus brazos.

Con el nacimiento de su primera hija, Anna Khorev conoció la plenitud. La llamaron Alexandra, de cariño le decían Sasha. Les asignaron un pequeño apartamento en una bocacalle de la avenida Lenin, y Anna e Iván iban a menudo a pasear al parque Gorki con la niña.

Nunca olvidaría el primer paseo que dieron los tres juntos. Ella, Iván y la pequeña Sasha. Ni la expresión de orgullo en la cara de su marido mientras sostenía a su hija en brazos. Un fotógrafo que solía instalarse junto a una tarima para la orquesta les hizo una fotografía por cincuenta cópecs: ella e Iván sonreían y Sasha iba tan abrigada, con el gorro de lana y la manta blanca, que solo se le veía su carita redonda y rosada y sus labios diminutos, ávidos de leche. Buscó un marco de plata para la fotografía y la colocó en la repisa de la chimenea. Todos los días la miraba: aquella imagen le recordaba que su matrimonio y su felicidad eran reales.

En aquel primer verano cálido de felicidad completa no podía imaginar el dolor que le aguardaba.

Un domingo, a las dos de la madrugada, echaron la puerta del apartamento abajo: tres hombres irrumpieron en el interior y arrastraron consigo a Iván al exterior, donde había un coche esperándolo. Le acusaban de haber escrito y haber publicado un poema en una revista disidente. Este crimen le valió ser sentenciado a veinticinco años de prisión en una colonia de Norylsk, en el norte de Siberia.

Anna Khorev no volvería a ver nunca a su marido.

Una semana más tarde, los de la policía secreta volvieron al apartamento.

Lloró, chilló, pateó vigorosamente, y cuando cogieron a su hija por poco mata a aquellos hombres que se la llevaron arrastrándola hasta el coche que los esperaba fuera para llevarla a la prisión de Lefortovo, pero no le sirvió de nada.

Fue condenada por complicidad con Iván Khorev a veinte años de aislamiento en el campo de prisioneros de Nicochka. Su hija sería internada en un orfanato del Estado, donde sería educada como una buena comunista.

No podría volver a ver a su hija y sus derechos maternales fueron revocados por el Estado.

La llevaron a la estación Leningrado de Moscú y la metieron en un tren de mercancías, que transportaba reses, junto con decenas de otros prisioneros. Después de recorrer traqueteando unos mil kilómetros en dirección al norte, el tren se detuvo en un desvío; desde allí, los prisioneros fueron conducidos hacia un campo de prisioneros que se encontraba más al oeste, en un lugar absolutamente aislado.

Aquella noche se había levantado una ventisca helada que le cortaba la cara como si le pasaran mil cuchillas. La metieron junto con otros cinco prisioneros en un sórdido barracón de madera en el que había corriente de aire. De los restantes presos, todos ellos de categoría especial, dos eran ciegos y los otros eran tres prostitutas enfermas de sífilis. El resto de los prisioneros del campo eran borrachos o presos políticos, condenados a vivir hasta el último de sus días en las tierras yermas y cubiertas de hielo próximas al círculo polar ártico. Millones de hombres, mujeres y niños trabajaban en minas, en canteras o en fábricas desde el amanecer hasta el crepúsculo a cambio de nada, en los miles de campos de prisioneros esparcidos por toda la Unión Soviética, hasta que la desnutrición, el frío, las enfermedades o el suicidio ponían fin a sus vidas. Cuando morían, una excavadora mecánica abría una zanja en la tierra helada y una grúa amontonaba los cadáveres en una fosa común. Ni una lápida, ni una cruz; nada iba a recordar su paso por este mundo.

Cuando llevaba dos meses internada, Anna cayó en una profunda desesperación.

Tenía prohibido recibir correo —excepto la correspondencia oficial— y visitas. Trabajaba de sol a sol. Las cinco primeras semanas, el aislamiento, la soledad y la desesperanza por poco acaban con ella. Si flaqueaba, los guardias del campo la azotaban sin piedad. Vivía día y noche abrumada por una terrible angustia.

El rostro de Sasha aparecía de manera constante en su mente y pensó que iba a volverse loca. El sexto mes recibió una carta de Moscú, del servicio de información sobre los campos de prisioneros. En ella le informaban que su marido, Iván Khorev, había muerto de muerte natural y que lo habían enterrado en Norylsk. El Estado había confiscado sus pertenencias y no se le permitía formular ninguna pregunta al respecto.

Aquella noche lloró hasta que tuvo la sensación que el corazón iba a estallarle de pena. Estuvo varios días sin probar su miserable ración de pan moreno y sopa de col, y al cabo de una semana presentaba graves síntomas de desnutrición. Cuando se desmayó mientras trabajaba, la llevaron a un barracón de madera, expuesta a corrientes de aire, que servía de hospital de campaña. Una vez a la semana la visitaba sin ningún interés un médico desaliñado, holgazán y borracho. Como ella seguía negándose a comer, la obligaron a presentarse ante el comandante del campo, quien le hizo una severa disertación acerca de las responsabilidades que él tenía sobre los prisioneros, pero por el tono en que se expresó era fácil adivinar que a aquel hombre le importaba muy poco si ella se moría o vivía.

Cuando sonó un teléfono en la habitación contigua y llamaron al comandante, que salió, ella se fijó en el mapa que había clavado en la pared. Se lo quedó mirando fijamente, como si aquellas imágenes hubieran despertado algo en ella. Era un mapa en relieve de los alrededores del campo, en el que figuraban los puestos fronterizos, las carreteras, los caminos y unas banderitas rojas y azules que señalaban el emplazamiento de las bases militares y los campos de prisioneros. Se acercó y contempló el mapa atentamente durante cinco minutos, grabando todos los detalles en su mente.

Cuando finalmente el comandante la despidió, Anna volvió al barracón, y allí, en la estufa, encontró un resto de carbón con el que dibujó, en el dorso de la carta que había recibido y en la que le notificaban la muerte de Iván, todos los detalles del mapa que había conseguido retener: los caminos, los ríos, las banderas azules y rojas.

Aquella noche, después de ocho días sin probar bocado, cenó.

Y tomó una decisión. Sabía que no vería más a su hija y que su vida jamás volvería a ser como antes. Pero no iba a morir en las tierras yermas del círculo polar ártico y no iba a seguir prisionera mucho más tiempo.

La separaba de la frontera con Finlandia un terreno tortuoso de bosques frondosos y montañas en el que acechaban lobos y osos, donde no faltaban barrancos y anchos ríos helados. Adentrarse en aquel territorio en pleno invierno era suicida. Y los lugares más accesibles por los que se podía pasar a Finlandia estaban vigilados. Pero, aunque fuera peligroso, iba a intentarlo. No sabía qué le esperaba al otro lado de la frontera, pero sabía que iba a huir.

Había reparado en un guardia del campo, un hombre de mediana edad, rudo y concupiscente, que se acostaba con las prisioneras y les daba comida a cambio de sexo, a pesar del peligro que corría. Había notado que aquel hombre se había fijado en ella y por sus lascivas muecas sabía que deseaba su

cuerpo. Le dio a entender que ella estaba dispuesta a acostarse con él. Tres noches más tarde, el oficial la buscó. Se reunieron en el cobertizo para la leña que había en la parte trasera del campo. Ella había escogido aquella noche porque sabía que él tenía libre la mañana siguiente.

Anna esperó a que la desnudara; cuando se hubo quitado el abrigo y la chaqueta del uniforme y se dispuso a chuparle los senos, le clavó en la espalda un cuchillo de unos quince centímetros. Fabricar aquella arma le había llevado tres semanas —había dedicado las horas nocturnas a aquel trabajo—, pero para usarla le bastaron unos segundos. El guardia tardó en morir, incluso intentó estrangularla, pero ella le clavó el cuchillo una y otra vez hasta que el suelo quedó encharcado de sangre.

Diez minutos más tarde abrió la puerta lateral del campo con las llaves del guardia y, con el uniforme ensangrentado del oficial, su abrigo, su gorro de piel y su pistola, anduvo por el angosto sendero que se internaba en el bosque de abedules. La noche era fría y nevaba. El centinela apostado en la torre de vigilancia más cercana ni siquiera se molestó en exigir que se identificara.

A las cuatro horas, aterida y exhausta, Anna Khorev llegó finalmente a la frontera con Finlandia.

Estuvo hablando con Massey casi una hora.

Él permaneció sentado, escuchándola en silencio, asintiendo con la cabeza y dando muestras de comprensión cada vez que ella se aturrullaba o cuando el dolor al recordar los hechos se hacía demasiado intenso y la obligaba a interrumpir el relato.

De vez en cuando ella advertía la cara de espanto de aquel hombre al escucharla; su mirada ya no era distante, como si de pronto hubiese comprendido la enormidad de su dolor. Anna sabía que él creía en la veracidad de cuanto le contaba.

Massey le dijo que iban a interrogarla otros hombres y que quizá tendría que volver a contar aquellos hechos otra vez. Sin embargo, solo debía pensar en descansar y reponerse. Al día siguiente la trasladarían a una clínica privada de Helsinki. Él haría cuanto estuviera en su mano para ayudarla.

Lo observó alejarse y se quedó sola en la blanca habitación. No muy lejos, una radio emitía una alegre música de baile que la trasladó a un lugar y a un tiempo que ya no existían: aquella primera noche en que había bailado con Iván a orillas del río Moscova. Oyó unas risas en el pasillo y de pronto la

embargó una pena inmensa, como una ola que rompiese en su interior. Se dominó para no llorar.

Qué lejos quedaban las tierras yermas y heladas de Nicochka. Qué lejos el frío, la desesperación y la opresión con los que había convivido tantos meses; el dolor en el pecho, como si alguien le hubiese clavado un cuchillo en el corazón y ella se desangrara en una agonía lenta.

Y siempre aquella imagen que no la abandonaba: ella e Iván paseando por el parque Gorki, Iván con una sonrisa en los labios y un rostro en el que solo había orgullo y amor, sosteniendo a Sasha en brazos.

6

Berlín
15 de diciembre

Un avión de transporte de tropas Ilyushin con estrellas rojas en las alas frenó a sacudidas tras aterrizar en la helada pista de aterrizaje del aeropuerto de Schonefeld del Berlín Oriental. Un hombre de rasgos astutos —labios finos, cara alargada y ojos pequeños y vivos— bajó la escalerilla y se dirigió a paso rápido por la pista hacia el automóvil Zis que le estaba esperando.

El coche cruzó la puerta en dirección al este, dejando atrás la ciudad. El coronel Genady Kraskin se quitó la gorra y se pasó la mano por la frente. A sus sesenta y dos años era un veterano oficial de alto rango del KGB, con más de treinta años de experiencia profesional. Aparte de Beria y Stalin, no tenía a nadie por encima de él a quien rendir cuentas. Era el jefe de operaciones especiales en el interior, que dependía del segundo directorio, con sede en el cuartel general del KGB, un edificio de siete plantas situado en la plaza Dzerzhinsky de Moscú. En ejercicio de sus funciones había sido conducido al Berlín Oriental, donde iba a efectuar, con su acostumbrada minuciosidad, la inspección mensual de las instalaciones soviéticas, donde se llevaban a cabo investigaciones del máximo secreto.

Después de recorrer treinta kilómetros, el Zis negro abandonó la autopista principal de Potsdam y tomó una carretera secundaria que atravesaba el soñoliento villorrio alemán de Luckenwalde. Al final de la carretera, bordeada por hileras de altos abetos, había una verja doble y una barrera de metal. Al otro lado había un camino asfaltado, con alambres llenos de púas a ambos lados. Al acercarse el coche, dos guardias uniformados adoptaron una desconfiada actitud de alerta, y de una garita de cemento salió un oficial, que examinó los documentos de identidad de los pasajeros. Al cabo de un momento abrían la barrera y el coche entraba en el recinto.

Al final de la pista alambrada, de medio kilómetro de longitud, Kraskin vio la boca de un túnel subterráneo; parecía las fauces de cemento de un gigante que emergiera de las profundidades de la tierra. El coche se internó en él y finalmente se detuvo.

Cuando Kraskin salió del Zis, se encontró en un amplio búnker que parecía un enorme aparcamiento subterráneo. Le llegaron empalagosas emanaciones de gasóleo y un fuerte olor a lugar cerrado. Del techo colgaban potentes tubos de neón, y en una especie de vestíbulo había aparcados por lo menos una docena de vehículos militares. A la derecha vio un ascensor con las puertas de metal abiertas.

El oficial que estaba de servicio saludó marcialmente a Kraskin y le acompañó al ascensor. Entraron los dos, las puertas se cerraron y el ascensor emprendió el descenso.

Casi no había pasajeros en el vuelo 209 procedente de París, un DC-6 de la Pan American Airways. En un asiento de ventanilla, en la tercera fila de la parte delantera, había un hombre de pelo rubio.

Cuando el avión inclinó el morro para aterrizar, sobrevolando el lago Wannsee de Berlín, el pasajero de pelo rubio vio la amplia y larga avenida Unter den Linden a sus pies. Aquí y allá, los barrios contiguos aparecían salpicados de cráteres de viejas bombas. Al mirar hacia el este vio los edificios ruinosos y negros de humo de la zona rusa.

Diez minutos más tarde, el avión aterrizó en el aeropuerto de Tempelhof, del Berlín Occidental. Los controles de inmigración y de aduana estaban abarrotados y había militares por todas partes, porque los rusos habían aislado el Berlín Oriental con la edificación de un muro de casi diez metros de ancho, y los soldados apostados en él tenían la orden de disparar a matar. No obstante, el oficial uniformado de Alemania Occidental no se dio cuenta de que el pasaporte americano era falso y el hombre rubio pasó la aduana con relativa rapidez.

En el exterior del área de llegadas había aparcadas seis camionetas; dos soldados americanos negros hablaban y mascaban chicle.

Nadie reparó en el hombre rubio, quien al cabo de unos momentos vio el Volkswagen gris estacionado frente al aparcamiento de civiles. El asiento del conductor lo ocupaba una mujer muy atractiva de treinta y tantos años que fumaba un pitillo. Reconoció enseguida la tez morena y los rasgos típicos de las mujeres rusas. Llevaba una bufanda azul alrededor del cuello, y en cuanto vio al hombre rubio tiró el cigarrillo por la ventana.

El hombre esperó un minuto antes de dirigirse al coche. Metió la maleta en el asiento trasero sin dejar de escudriñar atentamente el área de llegadas.

Subió al coche y se sentó al lado de la mujer rusa, pero no pronunció ni una palabra. La conductora se separó limpiamente del bordillo de la acera y puso rumbo a Berlín.

El coronel Genady Kraskin miró al desaliñado hombretón que estaba sentado frente a él y sonrió. Se encontraban en el despacho de Sergei Enger, en la primera planta de las varias que componían el complejo subterráneo construido por los alemanes.

—Dime qué te preocupa, Sergei —dijo Kraskin con una sonrisa.

Sergei Enger era gordo, tenía el pelo negro, tupido y rizado, y un estómago prominente. Aquel hombre que tan poco cuidaba su aspecto era licenciado en Física por la Universidad de Moscú y director de investigación del complejo subterráneo de Luckenwalde. A pesar de su forma de expresarse y de comportarse nada refinada y a pesar de su aspecto desastrado —Enger solía llevar los calcetines desparejados, y en su corbata siempre había restos de comida—, tenía una mente incisiva como un escalpelo, aparte de un gran talento para organizar a los demás.

Enger esbozó a su vez una débil sonrisa. Ciertamente había muchas cosas que le preocupaban, pero Genady Kraskin no era de la clase de hombres a los que uno desea hacer confidencias.

El coronel tenía un rostro severo, duro y curtido por la intemperie. Había surcos en su correosa piel, arrugas profundas que casi parecían cicatrices y que, combinadas con su fría sonrisa, producían escalofríos. Además, su uniforme impecablemente planchado y sus botas inmaculadas y lustradas siempre habían intimidado a Enger.

Aunque Kraskin era aparentemente una persona sensata e inteligente, tras aquella máscara externa se ocultaba un ser malvado y cruel. Durante la revolución bolchevique, en una de las campañas que se emprendieron en invierno cerca de Zadonsk, en el río Don, en el Cáucaso, el batallón de Kraskin entró en combate con un destacamento de cuatrocientos rusos blancos, a los que dio muerte después de tres días de encarnizada lucha cuerpo a cuerpo. Tras prometer clemencia a los supervivientes y a las familias de los que se habían rendido, Kraskin los hizo ponerse en fila junto a un muro y los hizo fusilar a todos, mujeres y niños incluidos.

Enger se encogió de hombros y se puso a jugar nerviosamente con un lápiz por encima del escritorio.

—¿Qué te hace pensar que estoy preocupado, Genady? El proyecto se desarrolla mucho mejor de lo que yo esperaba.

—Estupendo —dijo Kraskin, radiante—. Me alegra oírlo.

Enger se puso en pie, como si algo le inquietara, y se acercó a la ancha vidriera, desde la cual podía contemplarse el vasto complejo que había abajo.

Aquel lugar tenía maravillado a Enger desde el día que llegó, y hacía ya dos años que vivía allí. Los nazis habían empezado a construir el complejo diez años atrás. Tenían planeado poner en funcionamiento una fábrica de V2, pero el avance de los rusos, que habían penetrado en la zona oriental de Prusia, puso fin a aquel proyecto. En aquel momento era una de las instalaciones más avanzadas y secretas de Alemania Oriental. El complejo se hallaba en su totalidad bajo tierra, de modo que el problema del camuflaje quedaba eliminado. En el exterior del despacho había potentes focos que iluminaban toda la construcción, hasta el punto que parecía bañada por la luz del sol. Había casi medio kilómetro de calderas y conductos de aire acondicionado adosados a la pared. De vez en cuando, unos hombres vestidos con batas blancas cruzaban precipitadamente el lugar.

Enger permaneció un rato con la vista clavada en la planta inferior, maravillado de lo que veía, antes de volver hacia el escritorio.

—He dejado el informe con los detalles que me pediste en la carpeta que está sobre la mesa. Espero contar con tu aprobación, Genady.

Kraskin cogió la carpeta, leyó con atención las hojas y alzó la vista.

—Buen trabajo, Sergei. Estos científicos alemanes están superándose a sí mismos. —Kraskin hizo una mueca—. Parece mentira lo que puede hacer la amenaza de mandarlos a un gulag.

Miró a Enger a los ojos y luego puso las relucientes botas sobre la mesa, se desabrochó unos botones del uniforme y encendió un cigarrillo. Era una táctica que solía emplear en los interrogatorios, y que a veces funcionaba. Conseguía que sus víctimas tuvieran la sensación de estar ante un ser capaz de albergar sentimientos y acabaran por relajarse y hablar con toda libertad.

Miró a Enger y le sonrió.

—Se diría que llevas el peso del mundo sobre los hombros. Sergei. Si no se trata del proyecto, ¿qué es? Venga, dime qué es lo que te atormenta.

Enger titubeó.

—¿Puedo serte franco, Genady? ¿De veras puedo hablarte sin tapujos?

Kraskin se rio.

—Si lo que me estás preguntando es si en esta habitación hay micrófonos escondidos, puedes estar tranquilo: no los hay. Dejé muy claro que tú eras un

caso especial y que merecías un trato distinto.

—Estoy en deuda contigo, Genady.

Kraskin agitó la mano, quitando importancia a lo que su interlocutor acababa de decirle, y dijo medio sonriendo:

—No digas tonterías. ¿Para qué están los amigos? Venga, dime qué te preocupa.

Enger sacó un sucio pañuelo de un bolsillo y se lo pasó por la frente.

—No puedes figurarte el martirio que es vivir aquí, con el ruido de fondo constante de las máquinas y del aire acondicionado. No comprendo cómo lo soportaban los alemanes. Me consuela pensar que pronto concluiré mi trabajo y podré irme.

Kraskin dio una chupada al cigarrillo.

—¿Cuánto te falta para terminar tu parte de la operación?

—Al ritmo que vamos, mucho menos de lo que pensaba. Borosky y los demás científicos llegarán dentro de poco para articular los distintos proyectos.

—Así pues, ¿cuánto te falta? —repitió Kraskin.

—Un mes. Quizá menos. Los primeros ensayos han sido muy prometedores. Y pronto estará listo el laboratorio que están construyendo en el Cáucaso para realizar las pruebas. También he leído los últimos informes que han llegado de Moscú sobre el curso de las investigaciones americanas. Pronto les llevaremos ventaja. La explosión que han provocado en el Pacífico no es nada comparada con lo que vamos a hacer nosotros. En realidad, los americanos solo han conseguido hacer funcionar un artefacto detonador. Nosotros, en cambio, haremos estallar la verdadera bomba de hidrógeno. Casi puedo garantizártelo.

—Me alegra mucho oírte decir esto, Sergei. En mi informe voy a hacer constar tu diligencia. No se me olvidará.

Enger no prestó atención al comentario de Kraskin.

—¿Crees que habrá otra guerra, Genady? —preguntó con voz de pronto temblorosa.

Kraskin se puso a reír.

—¿Qué es lo que te parece divertido? —preguntó Enger, mirándolo con sorpresa.

—Así que es eso lo que te preocupa.

—Se me ha pasado por la cabeza. Son cosas que se dicen, como tú sabes muy bien.

Kraskin hizo una mueca.

—¿Y qué te hace pensar que habrá una guerra, amigo mío?

—Maldita sea, Genady. No hay que ser un genio para deducirlo. —Enger sacudió la cabeza, mirando hacia abajo, hacia el búnker subterráneo—. Llevo dos años viviendo aquí abajo como un topo, no como un científico. Pasan los días sin que vea la luz del sol. —Titubeó—. Tal como están las cosas entre Rusia y Estados Unidos, parece inevitable un conflicto armado, aunque no sé de qué clase será. Hemos estado dos años trabajando frenéticamente en este programa armamentista. Y desde que los americanos hicieron estallar su primer artefacto, hace seis meses, de pronto ya no hay límite de fondos. Además, se han proferido amenazas. Veladas, pero amenazas al fin y al cabo. Y no iban dirigidas solo a los científicos alemanes, sino a todos nosotros. Trabajen más, mucho más, o habrá repercusiones. Tiene que haber una explicación, Genady. Esto es una carrera contra reloj. ¿Por qué? ¿Qué es lo que Moscú nos oculta?

Kraskin se levantó despacio.

—No habrá guerra si los americanos no pierden el juicio.

—¿Y eso qué significa? Yo soy un científico, necesito hechos. Quiero hechos, Genady.

Kraskin se puso a dar vueltas y a hablar como un energúmeno.

—Los americanos se creen los amos del mundo, joder. Creen que Dios les ha dado el derecho de controlar el planeta y decirles a los demás cómo deben comportarse. Pues bien: nosotros no vamos a pasar por el aro.

Enger sacudía la cabeza.

—No puedes imaginar qué ocurriría si ahora estallara otra guerra. Las bombas que estamos ensayando no son como las que los americanos lanzaron sobre Japón. Son muchísimo más potentes. Una sola explosión bastaría para borrar del mapa ciudades enteras. En Nagasaki y en Hiroshima, los habitantes que se encontraban a diez kilómetros del epicentro sobrevivieron, pero en el caso de una explosión termonuclear potente, no existe tal posibilidad. Ni remotamente. —Enger vaciló—. Además, no estoy sordo, Genady. Puede que esté a mil kilómetros de Moscú, pero oigo los rumores.

Kraskin alzó la vista y dio una chupada al cigarrillo.

—¿De qué rumores estás hablando?

Enger titubeó.

—Que nos estamos preparando para la guerra. Que Stalin quiere que la bomba esté lista cuanto antes para lanzarla sobre los americanos antes de morir. Se dice que le ha dado por pasear en solitario por los jardines del

Kremlin y que habla solo. Y que tiene comportamientos imprevisibles y excéntricos. También se dice que no confía en nadie, ni siquiera en él mismo.

Kraskin miró a Enger severamente.

—¿Quién te ha contado a ti esas cosas?

—Son simples rumores, Genady —contestó Enger, nervioso—. Pero aquí están en la boca de todos.

—Creo que te convendría no hacer ningún caso de esos rumores. —En la voz de Kraskin había algo que podía interpretarse como una amenaza—. Y no poner en tela de juicio la salud mental del camarada Stalin en voz alta, amigo mío. En Moscú podrían oírte y sospechar que quizá eres tú quien está perturbado. Por unos comentarios así podrían encerrarte en un manicomio. O mandarte a extraer sal con una pala en una mina de Siberia. O algo peor.

—Entonces contéstame a una pregunta. Se dice que las purgas van a empezar otra vez, de un momento a otro. Se dice también que se está arrestando a un gran número de personas. Y que las fusilan o las mandan a campos de prisioneros. Y que muchos de ellos son judíos. ¿Es cierto?

Kraskin se quedó mirando a Enger sin contestar a la pregunta que acababa de hacerle.

—Eres un miembro del partido y un científico prestigioso. No tienes nada que temer.

—Soy judío, Genady. Todo eso me afecta. —El rostro de Enger se ensombreció—. Hay algo en el aire. Lo noto. Por favor, dime qué está ocurriendo.

—Creo —dijo Kraskin cortante— que llevas demasiado tiempo metido en este búnker, hablando con chismosos. Harías mejor concentrándote en tu trabajo. Ya te he dicho que no debes prestar ninguna atención a esas habladurías maliciosas que llegan de Moscú. Te prometo que a los cerdos que han difundido esos rumores les llegará su sanmartín. Y tú estarás entre ellos, Enger, sino te comportas y te vas de la lengua. Considéralo un aviso.

El tono de Kraskin era abiertamente amenazador. No quedaba nada del hombre juicioso que había sido hasta aquel momento. Apagó el cigarrillo y dio la discusión por terminada.

—Vamos, se está haciendo tarde. Será mejor que termine la inspección. Quiero salir de una vez de este lugar dejado de la mano de Dios y volver a Berlín.

El hombre de pelo rubio estaba de pie junto a una ventana en un apartamento que daba al Kaiserdamm. Fuera hacía mucho frío, y un viento helado azotaba la calle. Oyó el traqueteo de los camiones del ejército británico que pasaban, pero no miró hacia abajo.

Se volvió cuando oyó entrar a la mujer, que llevaba un fardo atado con un cordel y un maletín de piel negra de los que usan los médicos. Lo depositó todo sobre la mesa y se acercó al hombre, que no se había movido de su sitio.

Lo miró.

Le produjo una impresión de aislamiento, de calma absoluta. Alex Slanski era alto, debería tener unos treinta y cinco años y vestía un traje cruzado, con camisa y corbata. Con el pelo rubio y corto peinado hacia atrás y la cara recién afeitada, era un hombre atractivo. En el coche casi no había abierto la boca, pero hablaba alemán con soltura, aunque con un ligero acento americano.

En sus labios se dibujaba la sombra de una sonrisa como si estuviera permanentemente fija en su cara. Pero eran los ojos lo que le llamó la atención desde el primer momento. Eran de un intenso azul pálido e infinitamente peligrosos. La mujer encendió un cigarrillo y volvió a mirarlo a los ojos.

—Kraskin terminará la inspección del complejo de Luckenwalde a media tarde. Después tiene una reunión en el cuartel general del KGB en Karlshorst. Mañana por la mañana, a las siete y media, tiene que reunirse con el comandante de la zona soviética, por lo que creemos que se acostará temprano. Nunca se hospeda en los barracones del ejército, sino en un apartamento privado que han puesto a su disposición. Está junto al zoológico. La puerta es azul y el número de la calle, el veinticuatro. El apartamento de Kraskin está en el segundo piso y tiene el número trece. —La mujer sonrió ligeramente—. A veces no es el número de la suerte. Pero para ti, Alex, espero que lo sea.

Alex Slanski asintió. El esbozo de sonrisa seguía en sus labios.

—Dime cómo pasaré a la zona soviética.

—Irás por uno de nuestros túneles, que desemboca cerca de la Friedrichstrasse. Un *jeep* del Ejército Rojo te estará esperando. —La mujer le aclaró todos los detalles y cuando él quedó satisfecho, le entregó un sobre—. Aquí tienes tus documentos de identificación. Eres un médico del Ejército Rojo destinado en el Hospital Militar Karlshorst y vas a visitar a uno de tus pacientes. Kraskin es gato viejo, así que vete con cuidado. Sobre todo si hay alguien más en el apartamento.

—¿Es que puede haber alguien más?

—Le gustan los niños.

—¿Niños? ¿De qué edad?

—Por lo visto los prefiere de diez años. También tiene un amante, un comandante del cuartel de Karlshorst llamado Petrov. Si se encuentra en el apartamento cuando llegues, ya sabes lo que tienes que hacer.

Slanski notó la rabia y el rencor en el tono de voz de la mujer, quien señaló con un movimiento de cabeza el paquete que había encima de la mesa y le dijo:

—Aquí tienes todo lo que necesitas. Y no falles, Alex, porque si fallas, Kraskin te matará.

Slanski abrió el fardo en su dormitorio, después de que la mujer se hubiera marchado.

Se probó el uniforme, que le quedaba bien. Se miró al espejo y sintió un escalofrío. El gastado uniforme pardo de comandante, las hombreras con la insignia de su grado y las botas relucientes le daban un aspecto siniestro. El cinturón y la funda del arma, de piel, seguían en el paquete. Los cogió y sacó la pistola. Era una Tokarev automática de 7.62 milímetros, el arma corta reglamentaria de los oficiales rusos, pero en la boca del cañón habían practicado estrías. Enroscó el silenciador Carswell y luego volvió a quitarlo. Había dos cargadores llenos de munición. Los cogió y calibró las balas con los dedos.

Volvió a comprobar una y otra vez que los cargadores y el arma funcionaban, hasta que se cercioró de que no iban a atascarse; después desmontó la pistola y la limpió con un paño grasiento que había en el fardo. Cuando hubo acabado, recargó una vez más los peines de balas, insertó uno en la culata del arma y se la enfundó.

Fue hacia la cama y soltó las hebillas de la maleta, la abrió, sacó un maletín negro y cogió un cuchillo que había en su interior. La hoja plateada centelleó cuando lo extrajo de su funda. Pasó el pulgar con suavidad por el filo. ¡Qué afilado, qué cortante era el frío acero! Volvió a enfundar el cuchillo, lo metió en el maletín y aseguró el cierre de metal.

Antes de quitarse el uniforme, sacó de la maleta una fotografía y se la metió en un bolsillo de la guerrera. Luego envolvió el uniforme pulcramente en el papel marrón. No volvió a vestirse, sino que se tumbó desnudo sobre la cama.

Miró el despertador que había encima de la cómoda, junto a la cama: eran las tres.

Intentaría dormir hasta las seis. Después llegaría la hora de irse.

Eran casi las siete cuando Kraskin aparcó delante del edificio de apartamentos situado frente al zoológico. Retumbó un trueno y se puso a llover en cuanto el hombre salió del coche. El Zis negro se alejó y el coronel subió la escalera hasta llegar al segundo piso. Introdujo la llave en la cerradura, entró, cerró la puerta y enseguida le llegó un olor familiar.

Llevaba demasiados años en el ejército como para no reconocer de inmediato el penetrante olor de la cordita, que quedaba en el aire cada vez que disparaban un arma. Se puso en guardia al instante.

La puerta que daba al dormitorio estaba abierta. Kraskin vio el cuerpo de Petrov tendido sobre la cama, envuelto en un batín de seda azul. A pesar de la distancia a la que se hallaba, no podía confundirse. Vio una herida de bala en la cabeza de su amigo y una mancha de carmín en las blancas sábanas de algodón.

—Dios mío —dijo Kraskin sin resuello.

—Unas extrañas palabras, coronel Kraskin, viniendo de un comunista.

Oyó un leve chasquido a su espalda. Se volvió en el acto y lo vio. Sentado en la penumbra, junto a la ventana y ante las cortinas corridas, había un hombre cuyo rostro no podía distinguir claramente, aunque vio perfectamente la Tokarev con silenciador que empuñaba.

Kraskin hizo un movimiento para desenfundar su arma, pero solo le dio tiempo de abrir la funda, porque el hombre de la Tokarev se levantó de un salto y, saliendo de la oscuridad, le apuntó en la cabeza con el arma.

—Yo que usted no lo haría, a menos que quiera perder un ojo. Siéntese a la mesa, con las manos sobre la cabeza.

Kraskin hizo lo que le ordenaban. En cuanto el hombre que le apuntaba se le acercó, vio que llevaba un uniforme de comandante del cuerpo médico, y sobre una silla había un maletín negro de médico. En sus acerados ojos azules no había ningún signo de nerviosismo, pero parecían amenazantes.

—¿Quién es usted? —preguntó Kraskin, con el rostro blanco como el papel.

Hizo un movimiento con la cabeza señalando la puerta del dormitorio abierta, desde la que se veía el cuerpo de Petrov, y notó que los labios de aquel hombre parecía que esbozaban una débil sonrisa.

—Su amigo me ha hecho la misma pregunta antes de matarlo. Estoy convencido de que le alegrará saber que ha sido una muerte rápida y sin

excesivo dolor. Muy distinta a la muerte que usted dio a sus numerosas víctimas, Kraskin.

Kraskin lo comprendió todo en un momento. Supo por qué estaba allí aquel hombre. Se movió en su asiento y notó que la solapa de la funda rozaba el mantel. No era joven, pero sí un experto tirador. Y aquel hombre estaba muy cerca. Kraskin volvió a moverse. El sudor perlaba su enjuto rostro.

—Creo que está usted en un grave error, amigo mío.

Kraskin miró cómo aquel hombre se dirigía con toda la calma hasta el extremo de la mesa y se detenía a dos metros de él.

—Eso no es lo que yo creo, camarada. Voy a contestar a su pregunta: me llamo Alex Slanski y he venido aquí para mandarlo al otro barrio.

Kraskin palideció.

—No se saldrá con la suya. —Hizo un movimiento con la cabeza, señalando la puerta del dormitorio y el cuerpo tendido en la cama—. Va a pagar caro el crimen que acaba de cometer. Es usted un canalla.

—¿Con qué derecho habla usted de crímenes, Kraskin? Según las leyes de cualquier país, debería ser abatido como un perro rabioso. Usted es el responsable del fusilamiento de al menos cincuenta niños en edad escolar durante las guerras contra los kulaks. Tengo entendido que su especialidad era violarlos antes de liquidarlos de un tiro en la cabeza. Cuando encuentren el cadáver de Petrov junto al suyo, creerán que ha sido una trifulca de amantes que ha acabado de forma trágica y violenta. El arma que empuño es la de Petrov. Usted lo mató a él antes de suicidarse.

—Sí, muy convincente —dijo Kraskin secamente—. ¿Quién le ha mandado aquí? —Volvió a cambiar de postura y notó que la solapa de la funda se levantaba al rozar el mantel.

—¿Qué más da? Pero esto sí es importante. —Slanski se sacó la fotografía del bolsillo de la guerrera y la arrojó sobre la mesa.

—Cójala.

Kraskin la cogió.

—Mire la fotografía. ¿Reconoce a la chica?

Kraskin vio una chica de pelo oscuro en una playa desierta. Sonreía y sostenía a un bebé en brazos.

—No. ¿Por qué debería reconocerla?

—Se llamaba Ave Perlov. Una historia de la que usted es responsable, camarada Kraskin. Usted la interrogó en Riga hace un año. Si no ando equivocado, la torturó antes de mandarla frente a un pelotón de fusilamiento.

Aunque tortura es una palabra demasiado suave. Tuvieron que llevarla al paredón en una camilla.

Kraskin sonrió.

—Ahora lo recuerdo. Era una de aquellas zorras partisanas.

—Solo tenía diecinueve años, cabrón.

Kraskin vio que la rabia le hacía perder el dominio al otro momentáneamente y pensó que era su oportunidad. Cuando dejó la fotografía, vio que los ojos de Slanski se posaban sobre ella y, con la mano derecha, desenfundó la Tokarev en un ágil movimiento.

Kraskin disparó una vez; la bala le alcanzó a Slanski en el brazo izquierdo, debajo del codo.

Pero no fue suficiente.

Slanski se inclinó hacia adelante y le disparó entre las cejas.

Cuando el arma estalló, Kraskin fue arrojado para atrás. El disparo, efectuado desde una distancia tan pequeña, le abrió el cráneo y le arrancó medio cerebro.

Slanski recogió la fotografía del suelo y se la metió en el bolsillo de la guerrera. Miró el agujero que la bala le había abierto en la manga, por el que chorreaba sangre. No sentía un dolor punzante, solo un dolor sordo en todo el brazo. En el cuarto de baño encontró una toalla, con la que se envolvió la herida antes de ponerse el capote del uniforme.

Cuando volvió a la habitación, abrió el maletín negro y sacó el cuchillo. Era consciente de que no disponía de mucho tiempo, porque alguien habría oído el disparo de Kraskin y no tardarían en llegar. A pesar de todo, obró con calma.

Se acercó al cuerpo de Kraskin y le desabrochó los botones del pantalón. Le sacó el pene, fláccido, y lo cortó con el cuchillo. La sangre manó a borbotones. Slanski le embutió el miembro destrozado en la boca, que le había quedado abierta. Limpió la hoja con la chaqueta del uniforme de Kraskin y metió el cuchillo en el maletín.

Oyó ruidos en el rellano; alguien daba golpes insistentemente a la puerta con los nudillos. Pero él se acercó a la ventana y emprendió la huida por la escalera de incendios.

Cuando llamó a la puerta, ella ya lo estaba esperando. Le abrió rápidamente y lo hizo entrar en el apartamento.

Slanski no llevaba el uniforme militar, sino que iba vestido de paisano. Cuando encendió un pitillo, ella vio la toalla ensangrentada con la que se envolvía el brazo.

—¡Dios mío, Alex! ¿Estás bien?

Él sonrió. O más bien torció el gesto.

—Los malvados se salen con la suya. Es un regalo que Kraskin me hizo antes de irse al otro barrio. Para que no le olvidara.

Ella se fue a la cocina y regresó a la sala con unas gasas y unas tijeras.

Le arrolló la manga y empezó a limpiarle la herida.

—Es muy aparatosa, pero no es tan importante como parece.

Voy a llamar a un médico que trabaja en Charlottenburg. Es uno de los nuestros.

Alzó la vista y lo miró. Y sin saber por qué, se puso a llorar, como si toda la tensión tanto tiempo contenida estallara por fin. Slanski le acarició la cara.

—Enjuagate las lágrimas, Natalya. Kraskin ha tenido el final que se merecía.

7

Helsinki
26 de octubre

Aquella noche, dos hombres cenaban en el restaurante del hotel Savoy de Helsinki, el refugio predilecto de los funcionarios de las embajadas y de los diplomáticos extranjeros. Era un restaurante para *gourmets* instalado en un octavo piso, desde el cual podía divisarse la Esplanadi. Las mesas estaban muy separadas unas de otras para que las conversaciones pudieran mantenerse en privado.

Por los cristales de los miradores se veían las luces titilantes de la ciudad, que se extendían hasta el horizonte, pero aquellos dos hombres tenían que hablar de un asunto muy delicado y, en cuanto el camarero se hubo retirado, se olvidaron de la panorámica y entraron rápidamente en materia.

Doug Canning tenía el cargo de consejero político en la Embajada de Estados Unidos, aunque en realidad ejercía de oficial de alto rango de la CIA.

Canning fue quien presentó al embajador americano el informe sobre Anna Khorev y el incidente ocurrido en la frontera. En cuanto hubieron decidido de común acuerdo recurrir a la ayuda de un experto que interrogara a la desertora rusa y estudiara su caso, se ordenó a Jake Massey, un avezado experto en temas soviéticos y jefe del Departamento de Operaciones Soviéticas de la CIA con sede en Munich, que tomara un avión en dirección a Helsinki aquella misma noche. Después de que Massey hubo presentado su evaluación del caso, recibió una llamada para cenar con Canning y hablar a fondo del asunto.

Doug Canning era alto, delgado, de pelo rubio que empezaba a ralear y piel bronceada. Era un apuesto tejano que derrochaba el típico encanto de los sureños. Además, ejercía una considerable influencia sobre el embajador de Estados Unidos.

Sobre el embajador recaía, en última instancia, la decisión de determinar si había que conceder asilo político a Anna Khorev. Hacía años que las relaciones entre los soviéticos y los americanos no estaban tan deterioradas como antes y las personas que cruzaban la frontera, escapando del régimen soviético, más que en una ayuda, se convertían en un quebradero de cabeza.

Massey sabía que Anna Khorev constituía un problema que la Embajada norteamericana preferiría no tener que afrontar. Y también sabía que las preocupaciones de la mujer rusa estaban muy lejos de haber terminado.

Canning había pedido una botella de burdeos y *vorschmack*, la especialidad de la casa. Bebió un poco de vino y sonrió.

—Por lo que dices en el informe, esta chica parece haberlo pasado muy mal. Pero ¿puede sernos de alguna utilidad lo que te cuenta, Jake?

Massey, que apenas había probado la comida, sacudió la cabeza.

—No es mucha la información que puede ofrecernos. Han pasado ocho años desde que la licenciaron del Ejército Rojo, por lo que cualquier dato que pueda darnos sobre este tema estará obsoleto.

Canning desvió la mirada hacia la catedral de Helsinki, espléndidamente iluminada, que se veía a lo lejos. Luego volvió a mirar a Massey.

—Así pues, no nos sirve de nada, ¿no es eso?

Massey sabía que esta era una pregunta crucial, pero contestó honradamente.

—Sí. Pero hay otras circunstancias que deben tenerse en cuenta, Doug.

—¿Cuáles?

—El infierno por el que ha pasado estos últimos seis meses.

—Pero ¿te está diciendo la verdad?

—Sí, creo que los hechos que relata son verídicos. Aunque no pueda sernos útil desde el punto de vista del espionaje, en mi opinión, solo por razones humanitarias, se merece que le sea concedido asilo político.

En su informe, Massey había explicado que los oficiales del SUPO, el Servicio de Contraespionaje Finlandés, le habían hecho repetir su historia media docena de veces y no había cambiado los detalles.

Canning vaciló, se limpió la boca con la servilleta y se inclinó hacia adelante.

—Jake, te voy a hablar con toda claridad. En las cancillerías se ha armado un considerable revuelo por este caso. Al parecer, en Moscú están que arden. Quieren sobre todo que la chica sea entregada. Dicen que no es más que una delincuente común y, para no deteriorar más las relaciones, ya bastante enrarecidas, entre los dos países, deberíamos devolverla a la frontera. —Sonrió—. Tú y yo sabemos que esto no es más que una enorme cagada de reno, pero quiero que comprendas que la idea de ayudar a esa señorita no les hace ni pizca de gracia.

—¿Y qué dicen los finlandeses?

—Quieren que tomemos una decisión cuanto antes. Pero lo que está más claro que el agua es que si nosotros no le concedemos asilo, ellos aún menos. El embajador ruso los tiene totalmente acojonados.

Trece años atrás, los finlandeses habían sufrido una derrota humillante tras una guerra encarnizada con Rusia. Massey sabía que trataban al país vecino con cautela, como si fuera un oso cuya furia no quisieran despertar. A pesar de todo, Finlandia se deleitaba cada vez que podía frustrar a los rusos. Habían permitido que Anna Khorev fuera trasladada a una clínica privada, en lugar de retenerla en la prisión especial de la calle Ratakatu, donde se hallaba el cuartel general del SUPO finlandés. Y a la espera de que los americanos tomaran una decisión sobre su caso, le habían concedido un permiso temporal de refugiada.

Massey miró a Canning, sosteniendo su copa de vino en la mano.

—Para empezar, los rusos ni siquiera han especificado los crímenes que cometió y que le valieron ser recluida en un campo de prisioneros, ¿verdad?

—No. Pero casi nunca lo hacen. Eso deberías saberlo.

—¿Qué crees que ocurrirá?

Canning lo miró con expresión preocupada.

—Este caso puede traernos muchas complicaciones en el terreno diplomático que no nos convienen nada, Jake. Así que, en mi opinión, el embajador decidirá devolverla a su país. Y hay otra cosa que deberías saber. Entre Helsinki y Rusia existe un acuerdo por el que los rusos tienen derecho a interrogar a todos aquellos desertores que pasan la frontera si pesan sobre ellos acusaciones graves. La Embajada soviética ha dejado muy claro que es eso justamente lo que pretenden. De ese modo podrán cubrir las apariencias y ejercer una modesta presión para que la desertora sea entregada, naturalmente con promesas de que será tratada con indulgencia, antes de que empiecen las presiones sobre las embajadas. De hecho, ha llegado de Moscú un oficial de alto rango que ya está adoptando medidas. Un tipo llamado Romulka.

—¿Del KGB?

Canning hizo una mueca.

—Podrías apostar un huevo.

—Mierda. A esa chica ya la han martirizado bastante. No debería volver a pasar por eso.

—Puede que tengas razón, pero es la ley, Jake. Tú sabes que si estuviera en mi mano concedería asilo a todos los refugiados políticos que cruzan la frontera. Pero esta chica, justa o injustamente, cometió más de un asesinato. Eso nos pone las cosas muy difíciles para darle asilo.

Massey dejó la copa de vino sobre la mesa, furioso.

—Sabes muy bien qué les ocurre a los desertores que entregamos a su país.

Era una afirmación, no era ninguna pregunta, pero, de todos modos, Canning contestó.

—Naturalmente que lo sé. Los mandan a dar un agradable paseo por el patio de una prisión, en compañía de un verdugo. Y entonces, con mucha calma, como si no tuvieran nada contra ellos, les pegan un tiro en la nuca. Ese es uno de los métodos más suaves. Me consta que tienen otros peores. El último caso del que me he enterado es el de un oficial del KGB que se ganó la enemistad de alguien de Moscú. Quiso huir a Occidente, pero lo cogieron en la frontera checa. Por orden de Beria, al desgraciado lo quemaron vivo en un horno. —Sonrió, incómodo—. Una comunidad en la que impera la más envidiable fraternidad, ¿eh?

—Doug, si la entregamos, es como si el embajador estuviera firmando su sentencia de muerte. Más le valdría apretar él mismo el gatillo.

Canning, dándose cuenta de la pasión que encerraban las palabras de Massey, enarcó las cejas.

—Jake, me parece que tu interés por esa chica va más allá del terreno profesional.

—Ha sufrido lo indecible y merece que la ayudemos. Si la entregamos, lo único que hacemos es aprobar la actuación de los rusos. Es como si les dijésemos: adelante, castíguenla; los campos de prisioneros merecen nuestra aprobación, sus asesinatos, que hayan hecho prisioneras a millones de personas, la mayoría de las cuales son inocentes, cuenta con nuestra aprobación. —Massey sacudió la cabeza—. A mí me causaría un verdadero problema tolerar estas atrocidades.

Canning titubeó.

—Jake, hay algo que todavía no te he dicho sobre ese maldito asunto, pero que creo que deberías saber porque niega tu versión de los hechos. Aunque la chica, en los interrogatorios a que la sometieron los finlandeses, no varió ni un ápice su relato, uno de los oficiales del SUPO con más experiencia que la interrogó sostiene en su informe que no le merece credibilidad.

—¿Y por qué no?

—Por lo visto este oficial finlandés conoce muy bien la zona en la que ella afirma haber estado internada, porque vivió allí cuando dicha zona formaba parte de Karelia, antes de que el territorio fuera cedido a los rusos, al final de la guerra. El oficial sostiene que es imposible que una mujer haya

recorrido a pie la distancia que hay entre el campo de prisioneros y la frontera. Lo que ella nos contó a nosotros parece verosímil, pero él dice que el terreno que en teoría atravesó es demasiado peligroso y que, además, es imposible recorrer aquel trayecto en un tiempo tan breve. Su versión no se sostiene. Él conjetura que alguien del KGB la dejó cerca de la frontera para que la cruzara. Lo que no sabemos es cuáles eran sus intenciones.

—¿Y qué más dice ese oficial?

—Que todo es un montaje urdido por Moscú. No tenemos ninguna prueba de que haya asesinado al guardia de la frontera ni al vigilante del campo. Lo del campo puede que no tenga otro fin que el de despistamos, a pesar de los números que lleva tatuados en el brazo. ¿Quién nos dice que el guardia de la frontera murió asesinado? Puede que ella hubiera disparado al aire, o que consideraran que había que sacrificarlo en aras de la credibilidad de la historia. De hecho, no tenemos prueba alguna de que sea quien dice ser. Puede que en efecto haya estado en el campo de prisioneros y que la mayor parte de lo que cuenta sea verdad, pero eso no excluye que quizá esté trabajando para ellos, por alguna maldita razón que desconocemos. El oficial finlandés es un hombre avezado y conoce mejor a los soviéticos que nosotros. Puede que tenga razón.

—Yo no lo creo.

—Es posible que Moscú nos esté engañando, Jake. Ya lo han hecho con anterioridad. Y, sean cuales sean sus planes para la chica, puede que esa insistencia con que la reclaman no sea más que un truco para hacernos tragar su versión de los hechos.

—Eso tampoco me lo creo.

Canning se encogió de hombros y se limpió la boca con la servilleta.

—Muy bien. Entonces, ¿qué propones que hagamos?

—Déjame hablar con el embajador antes de que él tome una decisión. Y retén todo el tiempo que puedas al Romulka ese para que no hable con la chica. Quiero hablar con ella otra vez. No para interrogarla, sino para charlar amistosamente.

Canning hizo un ademán al camarero para que le trajera la cuenta, dando por concluida la reunión. Luego volvió a mirar a Massey y le dijo:

—¿Hay alguna razón especial por la que quieras hablar con ella otra vez?

—Después de todo lo que ha pasado, creo que necesita hablar con alguien.

La clínica privada estaba en las afueras de Helsinki. Era un edificio viejo y de grandes dimensiones, rodeado de altos muros de piedra y de un amplio jardín, y estaba situado en una colina. En el jardín había abedules plateados y un diminuto lago helado, a cuyo alrededor habían instalado unos bancos de madera.

A Anna Khorev le habían dado una habitación individual en la tercera planta, con vistas a la ciudad y a las casas de madera de vivos colores diseminadas por la costa de Helsinki y las islas. Había un guardia sentado día y noche frente a su habitación, uno más entre los muchos hombres silenciosos y de mirada alerta que casi nunca le daban conversación.

En un rincón había una mesa y un jarrón con flores, y en un estante montado junto a la ventana, un aparato de radio. El primer día estuvo jugando con la perilla de plástico que permitía sintonizar las emisoras de onda corta. Escuchaba música y voces que hablaban en una docena de idiomas desde ciudades que solo conocía por lo que había leído de ellas: Londres, Viena, Roma, El Cairo.

Aquella tarde, una de las enfermeras la ayudó a bañarse y después le dio ropa limpia para que pudiera cambiarse. En la herida del costado sentía solo un débil latido. Más tarde paseó por el recinto interior de la clínica. Desoyendo las instrucciones de Massey, entabló conversación con otros pacientes, aunque lo que en realidad deseaba desesperadamente era ver el mundo que se extendía más allá de los muros de la clínica y experimentar la libertad. Pero era algo que no iba a poder hacer; tenía que contentarse con pequeñas victorias, como escuchar música y leer la prensa que llegaba de Inglaterra o de Estados Unidos.

Por la noche había ido a verla un médico. Era joven, de unos treinta y cinco años, y por sus ojos, azules y compasivos, podía verse que era alguien que escuchaba a los demás con atención. Hablaba ruso y le explicó con voz muy dulce que era psiquiatra. Le hizo preguntas sobre su pasado y ella le repitió lo que ya le había contado a Massey. El médico mostró un especial interés por el trato que había recibido en el campo de prisioneros, pero, cuando le preguntó sobre Iván y Sasha, ella se encerró en un penoso mutismo.

Al día siguiente, cuando puso la radio, daban un concierto de música clásica y enseguida reconoció las suaves melodías de Dvorak. Era una música que Iván adoraba, y le suscitó una negra oleada de recuerdos de su marido y de su hija que la hicieron sentirse muy sola.

Se acercó a la ventana para arrancar de sí aquel pesar, y desde allí vio a un hombre y una mujer jóvenes que cruzaban la verja de la clínica.

Estaban dentro del horario de visita y con ellos iba una niñita que no tendría más de dos o tres años, vestida con un abrigo azul, una bufanda roja, un gorro de lana hasta los ojos y unos guantes ceñidos.

Se quedó mirando fijamente la carita de la niña hasta que el hombre la cogió en brazos y los tres desaparecieron de su vista al entrar en la clínica.

Fue hacia el estante y apagó la música. Se tendió en la cama y cerró los ojos. Se echó a llorar y no paró hasta que las terribles convulsiones que sacudían su cuerpo la dejaron sin fuerzas para seguir sollozando.

Tarde o temprano, se dijo, aquello tenía que cesar.

No se puede vivir siempre con la pena.

La tercera mañana, Massey acudió a verla y le propuso que fueran a pasear hasta el lago, donde podrían hablar en privado. Un árbol arrancado de cuajo por una tormenta de tiempos pasados exponía a la vista sus raíces, cubiertas por costras de musgo diseminadas. Massey se sentó en un banco de madera, junto al árbol, y encendió un cigarrillo.

—¿Podría darme uno? —preguntó Anna.

—No sabía que fumabas.

—No fumo. Desde la guerra, al menos. Pero me parece que ahora me apetece un pitillo.

Massey vio la tensión en su rostro cuando le ofreció lumbre, pero le sorprendió lo cambiada que estaba. Llevaba ropa nueva; un suéter de lana gruesa azul claro, que se había entremetido en los ajustados pantalones de esquiar, y un abrigo —prestado por una de las enfermeras— que le venía una talla demasiado grande y que resaltaba más aún su fragilidad. Pero su belleza saltaba a la vista.

Era muy distinta a las mujeres rusas que había conocido a lo largo de su vida. Massey fue uno de los primeros americanos que llegó a Berlín cuando los rojos tomaron la ciudad y por primera vez vio mujeres con uniformes militares. Eran soldados. Algunas, pocas, eran guapas. La mayoría eran musculosas campesinas sin ningún refinamiento, que parecía que se afeitaran dos veces al día. Aunque llegó a la conclusión que también él tendría ese aspecto si los alemanes hubiesen estado cuatro años lanzando obuses sobre su cabeza.

—¿Te han tratado bien, Anna?

—Sí, muy bien, gracias.

—¿Necesitas algo? ¿Diarios? ¿Ropa?

—No, tengo todo lo que necesito.

Massey desvió la vista, miró el lago y en voz queda dijo:

—He hablado con el doctor Harlan. Cree que hay algo que debes comprender, Anna. No te va ser nada fácil reponerte, después de lo que has pasado. Dice que necesitarás tiempo para conseguir dominar el dolor. —La miró—. En mi opinión, lo que eso quiere decir es que debes hacer un esfuerzo por olvidar a tu marido y a tu hija. Olvídate: eso forma parte del pasado. Ya sé que es muy fácil decirlo y muy difícil hacerlo.

Ella lo miró sin decir nada. Al cabo de un rato le contestó:

—Nunca olvidaré a Iván ni a Sasha. Todo lo demás, puede, pero a ellos, nunca.

Massey la miró. Le pareció ver lágrimas en las comisuras de los ojos. Se percató de que Anna luchaba con todas sus fuerzas por controlar sus emociones. Se mordió el labio y ladeó la cabeza. Ni siquiera lo miró a la cara cuando le dijo:

—¿Puedo hacerle una pregunta, Massey?

—Pues claro.

—¿Dónde aprendió ruso?

Él sabía que aquella pregunta era una forma de olvidar pasajeramente su dolor. Se la quedó mirando y le sonrió.

—Mis padres eran de San Petersburgo.

—Pero Massey no es un apellido ruso.

—Es polaco. En su origen era Masensky. La familia de mi padre era de Varsovia, pero la de mi madre era rusa de pura cepa.

—Pero usted no siente ninguna simpatía por los rusos.

—¿Por qué dices esto?

—El primer día que vino a verme al hospital me miraba de una manera especial. Había desconfianza en sus ojos. Aversión, incluso.

Massey sacudió la cabeza.

—Eso no es verdad, Anna. Al contrario. La mayoría de los rusos son gente generosa, de buenos sentimientos. Es el comunismo lo que odio. Aniquila todo cuanto hay de noble y bueno en los hombres. No te confundas, Anna. A los del Kremlin solo les interesa una cosa: el poder. Lo único que los distingue de los nazis es que en su bandera, en lugar de una cruz gamada, hay una hoz, un martillo y una estrella roja. —Hizo una pausa—. Anna, hay algo que debo decirte. Alguien de la Embajada rusa quiere hablar contigo.

Se lo quedó mirando, muy asustada.

—¿De qué quiere hablar?

Massey le explicó lo que le había contado Canning.

—Se trata de una mera formalidad, pero es ineludible. ¿Te ves con ánimos de soportarlo?

Anna vaciló.

—Si ustedes quieren que lo haga, lo haré. ¿Cuándo? —Esta tarde. Después de este trámite, el embajador tomará una decisión sobre tu caso. Es un oficial ruso que se llama Romulka. No tengas miedo, yo estaré a tu lado todo el tiempo. Romulka no tiene derecho a interrogarte sobre los crímenes que supuestamente has cometido, pero sí te pedirá que regreses a tu país y te sometas a juicio. Naturalmente, te prometerá el indulto, pero me imagino que sabes de sobra que no va a ser así.

—Esta mañana el médico me ha hecho una pregunta. Quería saber si sentía remordimientos por haber matado al oficial del campo de prisioneros y al guardia de la frontera.

—¿Y qué le has contestado?

—Que lo sentía por sus mujeres y sus hijos, si es que los tenían, pero que no me arrepentía de haberlos matado. Yo quería escapar. Lo que hicieron conmigo fue una injusticia. Recuerdo que Iván me dijo algo una vez. Algo que había leído. Que aquellos que han sufrido el mal en propia carne acaban haciendo el mal. Era mi pellejo o el de ellos.

—Me parece que esto lo explica todo.

Massey y Anna estaban sentados esperando en la sala de interrogatorios de la comisaría central de Helsinki, cuando un policía abrió la puerta y entraron dos rusos vestidos de paisano.

El de más edad tendría unos cuarenta y pocos años y su aspecto era el de un hombre dotado de una infinita energía. Era corpulento y de elevada estatura, y el traje dejaba entrever una poderosa musculatura.

Sus fríos ojos azules parecían incrustados en una cara llena de cicatrices de acné, y le faltaba parte de la oreja izquierda. Llevaba un maletín, y al presentarse dijo sucintamente ser Nikita Romulka, oficial de alto rango de Moscú.

El otro hombre era un joven ayudante de la Embajada, que se sentó a su lado y le entregó una carpeta.

—Usted es Anna Khorev —dijo Romulka, abriendo el expediente.

Aquel hombre apenas la miraba al hablar.

Massey le hizo a Anna un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí —contestó ella.

Cuando el oficial ruso alzó la vista, le lanzó una mirada fría como el hielo.

—Siguiendo los términos del protocolo soviéticofinlandés, estoy aquí para ofrecerle la oportunidad de redimirse si afronta los graves crímenes que ha cometido en territorio soviético. Estoy autorizado a informarle de que, si decide regresar a Moscú, se revisará su caso y se procederá a tramitarlo de nuevo para llevarlo a los tribunales, y que será tratada con la mayor clemencia, como la que se le garantiza a todo ciudadano soviético. ¿Me ha comprendido?

Anna vaciló, pero antes de que pudiera contestar, Massey dijo en perfecto ruso:

—Dejémonos de formalidades, Romulka. ¿Qué es lo que propone usted, exactamente?

Aquellos ojos fríos y azules miraron fijamente a Massey.

—Mi pregunta iba dirigida a ella —dijo Romulka despectivamente—, no a usted.

—Entonces explíquelo con palabras sencillas para que ella pueda comprender exactamente a qué debe atenerse.

Romulka miró con rabia a Massey; luego sonrió con frialdad y se recostó en su asiento.

—La situación es básicamente esta: si ella accede a regresar a Moscú, será juzgada por sus actos pasados. Si los tribunales deciden que se la ha tratado cruelmente o que ha sido injustamente acusada, entonces sus crímenes recientes, dispararle a un guardia de la frontera y escapar de un campo de prisioneros, serán juzgados con benevolencia. Se lo puedo explicar con palabras todavía más simples para que un hombre de tan pocas luces como usted pueda comprenderlo… Massey hizo caso omiso de aquel comentario y miró a Anna.

—¿Qué tienes que decir?

—No quiero volver.

—Se darán todos los pasos diplomáticos necesarios —dijo Romulka con firmeza— para garantizar su regreso. No obstante, le ofrezco la oportunidad de volver por propia voluntad, y de ese modo se revisará su caso. En su lugar, yo no haría oídos sordos a una propuesta como esta.

—Ya se lo he dicho. No quiero volver. Me recluyeron en un campo de prisioneros sin haber hecho nada malo. No cometí ningún crimen hasta que me enviaron al gulag. No es a mí a quien deberían someter a un juicio, sino a las personas que me enviaron al campo de prisioneros.

De repente, Romulka torció el gesto, enfurecido.

—Escúchame bien, imbécil. Piensa en lo difícil que podemos ponerle las cosas a tu hija. Vuelve y enfréntate a los tribunales, porque solo así podrás volver a verla. Si no, te juro que se pasará el resto de sus días en un orfanato y que tendrá una vida muy, pero que muy dura. ¿Me has entendido?

Había una fiereza animal en el tono de voz de Romulka, y el rostro de Anna se convirtió en una máscara inexpresiva al oír hablar de su hija.

—Sabe dar donde duele, ¿verdad, Romulka? —le dijo Massey al oficial ruso—. ¡Meter a su hija en eso!

—¿Por qué no te callas de una vez, americano? —dijo Romulka, con una expresión burlona en el rostro—. Es ella quien tiene que decidir, no tú. Si tiene dos dedos de frente, sabe que le conviene hacer lo que le digo.

Massey tuvo que hacer un gran esfuerzo por contenerse y no atizarle un puñetazo a aquel ser despreciable. Vio que Anna tenía los ojos arrasados de lágrimas y el rostro tan demudado por el dolor que parecía que fuera a estallar para liberar la angustia que la anegaba. De pronto se abalanzó sobre Romulka y le clavó las uñas en la cara, que empezó a sangrar.

—¡No! ¡A mi hija no pueden hacerle ningún daño…! ¡No tienen ningún derecho!

Massey se levantó para sujetarla, pero Romulka la agarró de los cabellos.

—¡Puta asquerosa!

Massey y el ayudante se interpusieron entre ambos antes de que apareciera un policía por la puerta. Massey aprovechó para sacar rápidamente a Anna de la habitación.

Romulka se sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la cara ensangrentada sin dejar de mirar a Massey, fuera de sí.

—¡Esto no quedará así! ¡La Embajada americana será informada de este agravio!

Massey miró a su vez con ira al oficial ruso.

—Informa a quien te de la puta gana, pedazo de mierda. Ella ya ha tomado una decisión y nosotros tomaremos otra. —Massey hundió un dedo en el pecho de Romulka—. Y ahora lárgate de aquí, si no quieres que te rompa la cara.

Por un momento pareció que Romulka, que tenía la mirada clavada en Massey, iba a agredirlo, pero de repente cogió el maletín y salió precipitadamente de la habitación.

El ayudante de Romulka encendió un cigarrillo y miró a Massey.

—No es muy sensato lo que esta mujer acaba de hacer, teniendo en cuenta que nuestra Embajada conseguirá sin lugar a dudas hacerla volver. Además, Romulka es muy peligroso cuando le llevan la contraria.

—Y yo también, colega.

—¿Tengo que entender entonces que el asunto está decidido?

—Lo has entendido bien, camarada.

Aquella misma tarde, a última hora, en cuanto Massey llegó al hospital, se fueron los dos hasta el lago y se sentaron en un banco.

—Lo que he hecho hace unas horas me va a perjudicar, ¿verdad? ¿Qué ha decidido el embajador americano sobre mí? —preguntó Anna.

Miró a Massey con una expresión de inseguridad en los ojos, pero él le sonrió.

—Cuando le he hablado de las amenazas que ha proferido Romulka, ha accedido a concederte asilo político. Vamos a ayudarte para que empieces una nueva vida en América, Anna. Te daremos nuevos documentos de identidad y facilidades para que encuentres trabajo y te instales. No obtendrás la nacionalidad americana enseguida, pero eso es normal en un caso como el tuyo. Tendrás un permiso de residencia de cinco años, como cualquier inmigrante legal. Pero si no cometes ninguna tontería ni haces nada ilegal, esto no tiene por qué causarte ningún problema.

Massey vio que ella cerraba los ojos. Al cabo de un momento volvió a abrirlos, despacio. Había en su rostro una expresión de alivio.

—Gracias.

Massey sonrió.

—No me des las gracias a mí, dáselas al embajador. O tal vez deberías dárselas a Romulka. Mañana irás en avión a Alemania. Allí se te informará de todas las medidas que se han tomado para ayudarte. Después subirás a bordo de otro avión, que te llevará a Estados Unidos, no sé exactamente adónde. Eso, en cualquier caso, no depende de mí.

Anna permaneció un buen rato sin decir nada, con la mirada perdida en el lago.

—¿Cree que seré feliz en América? —preguntó al fin.

Massey se percató de que el pánico contraía súbitamente su rostro, como si solo entonces tomara conciencia de la magnitud de lo que había ocurrido y de lo incierto que era su futuro.

—Es un buen país para empezar una nueva vida. Has sufrido muchísimo y estás inmersa en un hervidero de emociones que te impiden tener paz. No sabes qué te deparará el futuro, y el pasado es un recuerdo doloroso. En este momento te encuentras en una especie de punto muerto, y seguramente te sentirás perdida y confusa durante algún tiempo. Estarás en un país nuevo y sin amigos. Pero tus heridas cicatrizarán, Anna, sobre eso no tengo ninguna duda.

Massey se levantó y bajó la vista.

—Eso es todo. Bueno, hay también una mala noticia, y es que lo más seguro es que no volvamos a vernos. Pero te deseo que seas muy feliz, Anna. ¿Puedo darte un consejo de gato viejo? En esta vida, el truco está en saber cuáles son los caminos por los que conviene andar y cuáles los que conviene borrar. Sigue este camino que se abre ante ti y borra los pasados.

—¿Sabe una cosa, Massey?

—¿Qué?

—Si las cosas no fueran como son, me habría gustado volver a verle. Para hablar. Para llegar a ser amigos. Es usted uno de los hombres más amables que he conocido.

Massey sonrió.

—Gracias por el cumplido, Anna, pero me parece que no has conocido a muchos hombres. Yo soy vulgar y corriente, de veras.

—¿Irá al aeropuerto a despedirme?

—Pues claro que sí, si lo deseas. —La miró y, siguiendo un oscuro impulso, le apretó el hombro con suavidad—. Todo irá bien. Sé que todo irá bien. El tiempo lo cura todo.

—Me gustaría poder creerlo.

Massey sonrió.

—Tienes que creerme.

Una fina capa de nieve cubría el suelo cuando Massey y otros dos hombres la acompañaron hasta el avión. El Constellation finlandés estaba estacionado delante del hangar y los pasajeros ya estaban embarcando.

Massey titubeó al pie de la escalerilla.

Le tendió la mano, pero ella lo besó en la mejilla.

—Adiós, Anna. Cuídate mucho.

—Espero que volvamos a vernos, Massey. Anna se metió en el avión sin dejar de mirarlo, y a él le pareció ver lágrimas en sus ojos. Sabía que él era la

primera persona en seis meses que había despertado emociones en aquella mujer. Sabía que le había causado muy buena impresión. Y también sabía que la mayor parte de las personas que cruzaban la frontera para escapar de su país sentían emociones parecidas. Asustadas y solas, se aferraban al primer ser humano que les ofrecía una mano.

No ignoraba que, a pesar de lo que le decía la intuición, podía haberse equivocado y que el oficial finlandés del SUPO que puso en duda la historia de Anna tal vez estuviera en lo cierto. Massey no creía haberse equivocado, pero sabía que la verdad solo se conocería con el tiempo.

Cinco minutos más tarde estaba en el vestíbulo de salidas contemplando cómo el Constellation recorría la pista de despegue y finalmente surcaba el cielo crepuscular del Báltico. Las nubes circundantes quedaron iluminadas por un resplandor espectral que surgía de las luces de posición intermitentes del avión.

Massey se quedó un rato mirando el cielo vacío.

—*Da svidanya* —dijo en voz muy queda. Se subió el cuello del abrigo y se dirigió hacia la salida. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se percató de que en el vestíbulo, junto a un quiosco de prensa, un joven de cabello oscuro no se había perdido detalle del despegue del avión.

Segunda parte
13 - 27 de enero de 1953

8

Baviera, Alemania
13 de enero, 23:00 horas

Aquella noche llovía copiosamente en todo el sur de Alemania y no cesaba de relampaguear. No se podía emprender ningún vuelo con aquel tiempo.

Sobre los barracones del aeródromo construido en el corazón de la región de los lagos bávara planeaban nubes bajas y una espesa niebla. Solo había una pista de aterrizaje y casetas de madera que habían pertenecido en el pasado al poderoso Comando Sur del Aire de la Luftwaffe y que en el presente alojaban la División de Operaciones Soviéticas de la CIA que actuaba en Alemania.

Cuando Massey salió del barracón prefabricado Nissen que servía de sala de operaciones, levantó la cabeza para mirar al cielo —un cielo negro y sucio —, se alzó el cuello del abrigo y echó una carrera hasta un *jeep* con capota del ejército, que le estaba esperando bajo la lluvia torrencial. A lo lejos, el cielo negro quedó iluminado por el resplandor de un relámpago cuando Massey se metió en el todoterreno.

—Una noche como para quedarse en cama en compañía de una mujer bonita y con una botella de *whisky* —dijo el hombre que estaba sentado en el asiento del conductor.

Massey sonrió, mientras su compañero ponía en marcha el *jeep*.

—Cosas mejores podrías hacer, Janne.

—¿Qué me tienes preparado hoy?

—Dos hombres de las antiguas SS ucranianas que viajarán a Moscú vía Kiev.

—Fantástico. Siempre te has rodeado de personas encantadoras, Jake.

—No tienen otra alternativa: o trabajan para nosotros o deberán enfrentarse a un tribunal que los condenará por crímenes de guerra. Son peligrosos, los dos. Pertenecieron a un grupo de las SS que ejecutó a mujeres y niños en Riga.

—Por eso me gusta trabajar para la CIA. Conoces a gente realmente interesante.

El hombre sentado al lado de Massey llevaba una cazadora de piel, de las que usan los pilotos, y una bufanda de seda blanca. Tenía una cara alegre y,

aunque era de baja estatura y regordete, su pelo rubio color paja era inconfundiblemente nórdico.

A sus treinta y un años, Janne Saarinen había visto más calamidades que la mayoría de las personas. Al igual que otros finlandeses, que después de la guerra de invierno librada contra Rusia en 1940 vieron en la alianza de su país con la Alemania de Hitler una oportunidad de desquitarse de la vejación infligida por Moscú, Saarinen compartió la suerte de los alemanes pero pagó un precio alto.

Una granada de metralla rusa que explotó, en una escaramuza, en la cabina del Messerschmitt de la Luftwaffe que pilotaba a mil ochocientos metros le había arrancado la pierna derecha por debajo de la rodilla. Ahora se veía obligado a arreglárselas con un dispositivo de madera que guardaba cierto parecido con una pierna. En la fea cicatriz en la que el cirujano alemán le había cosido el muñón tenía restos de metralla rusa, pero al menos Saarinen podía andar, aunque, eso sí, renqueando perceptiblemente.

El *jeep* bajó hasta llegar a una pista de despegue situada cerca de un lago bastante grande, a cuyas orillas se extendía un grupo de hangares. La puerta de uno de ellos estaba abierta y el interior aparecía iluminado por potentes arcos voltaicos.

Massey salió del todoterreno y corrió bajo la lluvia hacia el hangar, seguido de Saarinen.

En un rincón había dos hombres sentados a una mesa, fumando. Junto a ellos podía verse un paracaídas. No muy lejos de donde estaban había un DC-3 pintado de negro, sin ningún tipo de identificación, que se hallaba estacionado en el centro del hangar. La puerta de la bodega, en el costado del fuselaje, estaba abierta y de ella salía una escalerilla.

Uno de aquellos dos hombres, que no tenía más de treinta años, era de elevada estatura y delgado. Parecía nervioso y en su rostro crispado, a pesar de su relativa juventud, había ya trazas de brutalidad.

El otro, de mayor edad, era un tipo rudo, voluminoso y pelirrojo. Tenía un rostro de una dureza tal que parecía que lo hubieran extraído de una cantera, y había en él un no sé qué de insolente.

En cuanto vio a Massey entrar en el hangar, se puso en pie y se fue a su encuentro. Antes de dirigirse a él en ruso, tiró el cigarrillo al suelo.

—Con este tiempo ni las fieras osan moverse. De modo que ¿cómo vamos a poder hacerlo nosotros? Dime, *amerikanski*, ¿vamos a emprender este viaje a pesar de todo?

—Eso me temo.

El interlocutor de Massey se encogió de hombros y rápidamente encendió otro pitillo. Era evidente que estaba nervioso. Volvió la cabeza y miró a su compañero, que estaba blanco como el papel.

—Sergei está muerto de miedo. Basta con mirarlo para darse cuenta de que cree que vamos a morir. Y yo estoy por darle la razón. Menuda noche está haciendo. Si el radar de los rusos no nos lleva a la tumba, el mal tiempo se encargará de ello.

Massey sonrió.

—Yo no diría eso. Estás en buenas manos. Saluda al que será tu piloto.

Massey le presentó a Saarinen, aunque, siguiendo las normas, no dijo su nombre. El ucraniano y el finlandés se dieron un breve apretón de manos.

—No me cabe duda de que estará encantado —dijo el ucraniano. Después, más serio y torciendo ligeramente el gesto, miró a Massey—. Un detalle sin importancia, que sin embargo quisiera mencionar. Tu piloto lleva una pierna ortopédica.

—Pueden despegar sin mí, si eso les molesta —dijo Saarinen, ofendido—. Y tanto usted como su amigo que está ahí atrás apaguen de una vez estos dichosos pitillos o ninguno de nosotros irá a ninguna parte. —Hizo un movimiento de cabeza señalando el avión—. Estos tanques contienen dos mil quinientos litros de combustible inflamable. ¡Apaguen los cigarrillos ahora mismo!

El más joven apagó de inmediato su cigarrillo, pero el ucraniano se quedó mirando a Saarinen con cara hosca y solo al cabo de un momento obedeció a desgana la orden.

—¿Quién sabe? Quizá sea mejor morir abrasados que poner nuestras vidas en manos de un piloto lisiado.

Massey vio cómo a Saarinen se le encendía la cara y se apresuró a intervenir.

—Ya basta, Boris —dijo—. No olvides que tu vida depende de Saarinen, así que se amables con él. Y para tu información te diré que es el mejor piloto de los que realizan este tipo de vuelos. Nadie conoce la ruta tan bien como él.

—Esperemos que así sea. —El ucraniano se encogió de hombros y de mala gana le preguntó a Saarinen, señalando el DC-3 con un movimiento de cabeza—: ¿Así que crees que llegaremos sanos y salvos en este viejo cacharro americano?

Saarinen se tragó su malhumor y contestó sin alterarse.

—No veo por qué no deberíamos poder llegar a nuestro destino sanos y salvos. Puede que el tiempo esté revuelto esta noche, pero eso es una ventaja,

porque los rojos no se aventurarán a poner en circulación sus aviones. En principio nada tiene por qué ir mal. El punto más peligroso es la frontera soviético-checa. Pero una vez la hayamos cruzado, el vuelo será un lecho de rosas.

—Así pues, al parecer estamos efectivamente en tus manos. El más joven se acercó a ellos y saludó con un movimiento de cabeza a Massey y a Saarinen. Massey los presentó.

—Algo me dice —comentó el joven a Massey— que más me hubiera valido poner mi vida en manos de un tribunal que me juzgara por crímenes de guerra.

—Es demasiado tarde para eso. Y ahora dejen que revise por última vez la documentación, las pertenencias, el dinero. Déjenlo todo encima de la mesa.

Los ucranianos se vaciaron los bolsillos y Massey se puso a examinar su contenido.

—Todo parece estar en regla. En cuanto lleguen a Moscú y se organicen, ya saben qué tienen que hacer.

Ambos asintieron.

—Muy bien. Buena suerte a los dos.

El ucraniano pelirrojo dio un gruñido y, dirigiéndose a Saarinen, dijo:

—Si es que llegamos. Cuando usted guste, mi querido amiguito lisiado.

Saarinen le lanzó una mirada llena de rabia, e iba a abalanzarse sobre él, cuando Massey le cogió del hombro. El ucraniano se volvió con desdén y él y su compañero se dirigieron hacia el avión, con los paracaídas en los hombros y riendo.

—Tenía que haberle roto las narices a ese cabrón.

—Olvídalo, Janne. Esta noche y ya no vuelves a verlos nunca más.

—Tal vez debería dejarlos en un lugar donde los del KGB pudieran cogerlos y así me ahorraría el trabajo. Sería una manera de divertirme un poco.

—No te preocupes, ninguno de ellos tiene muchas esperanzas de vida. Si consiguen llegar a Moscú, podrán llamarse afortunados. Debes saber que… a la mayoría de los agentes que mandamos los cogen durante las primeras cuarenta y ocho horas, pero aun así prefieren arriesgarse a acabar ahorcados o ante un pelotón de fusilamiento. De las veinte personas que mandamos el mes pasado, a quince de ellas las cogieron los del KGB. El porcentaje es demasiado alto, se mire como se mire. Y la cosas estén empeorando cada día.

—Para ser sinceros, Jake, algunos de estos cabrones que trabajan para ti se lo merecen. Bueno, mejor será que nos pongamos en marcha.

En el momento en que Saarinen cogía el paracaídas y se disponía a subir las escalerillas del DC-3, se oyó un *jeep* detenerse ante el hangar. De él salió un hombre vestido de paisano que se dirigió a Massey.

—Un mensaje para usted, señor.

Le entregó un telegrama, que Massey abrió. Cuando hubo acabado de leerlo, le dijo al mensajero:

—Puede irse, teniente. No se requiere respuesta.

El mensajero se subió al *jeep* y se alejó bajo la espesa lluvia. Saarinen se acercó a Massey.

—¿Malas noticias? No me lo digas, se ha cancelado el viaje a causa del mal tiempo. —Hizo una mueca—. Ni que decir tiene que he volado en condiciones meteorológicas mucho peores que las de esta noche, y sin copiloto. Con un poquitín de suerte, llegaré a Munich a tiempo para ir a un club nocturno y esos dos cretinos pueden pasar otra noche con un ataque de histeria.

—Me temo que no va a ser así —dijo Massey—. Y todo depende de lo que entiendas por malas noticias. Me quieren de vuelta a Washington en cuanto acabe con el trabajo pendiente de esta semana y pasemos a Rusia a todos los paracaidistas que tenemos que pasar.

—Qué suerte tienes. —Saarinen sonrió—. Yo, después de este viaje, Jake, voy a tomarme un descanso. Es tiempo de que apague el motor y descanse las alas. Algunos de esos ex SS, que son pura escoria, han conseguido atacarme los nervios.

Saarinen subió las escalerillas metálicas del avión y desde arriba tiró de ellas y las metió dentro.

—Deséame suerte.

—Rómpete una pierna.

Eran casi las nueve cuando Jake Massey iba en el coche en dirección al lago. Encendió un pitillo y se quedó mirando abstraído las gotas que caían sin fuerza. Lloviznaba. Sentía curiosidad por saber las razones por las que querían hacerlo regresar a Washington.

También llevaba un tiempo pensando con preocupación en la muchacha rusa. Aunque aquello había ocurrido meses atrás, no podía quitarse de la cabeza a Anna Khorev y le resultaba muy difícil olvidarla.

Al desconectar el motor, oyó a lo lejos el ruido de una sirena de niebla, que le llegaba desde el lago. Alzó la vista y vio las luces lejanas de un barco

que navegaba cerca de la orilla opuesta, en medio de la oscuridad y del frío.

Aquel sonido siempre le traía viejos recuerdos. Massey cerró los ojos y permaneció sentado, sin moverse.

En una noche como aquella de un lejano invierno, cuando era todavía un niño, había visto por primera vez las luces de América.

No tenía más que siete años, pero Jakob Masensky todavía recordaba los olores corporales y el murmullo de voces extrañas en la isla de Ellis.

Ucranianos, bálticos, rusos, irlandeses, italianos, españoles, alemanes: todos tenían sus esperanzas puestas en el Nuevo Mundo, en el que confiaban en empezar una nueva vida.

Él había llegado con sus padres, procedentes de Rusia, en 1919, dos años después de la revolución bolchevique.

Stanislav Masensky, cuya familia había emigrado a San Petersburgo desde su Polonia natal dos generaciones atrás, había trabajado de empleado en la casa real. Jakob Masensky todavía recordaba vivamente cómo le llevaban a pasear en invierno por los jardines de los dorados e imponentes palacios de Catalina la Grande. Stanislav Masensky era un hombre inteligente; leía y jugaba al ajedrez y, de no ser porque había nacido en el seno de una familia pobre que había conocido tiempos mejores, seguramente habría llegado a ser un abogado o un médico. Pero no era más que un humilde carpintero.

Stanislav Masensky también guardaba un secreto que, de haber llegado a ser descubierto por sus superiores, le habría acarreado el despido fulminante.

Era un ferviente menchevique que, en lo más hondo de su corazón, despreciaba a la nobleza y todo lo que esta representaba. Creía que el futuro de Rusia era la democracia y que un día llegaría el cambio, tanto si el zar lo consentía como si no. Por eso, cuando los rojos tomaron San Petersburgo, sintió una pena muy honda.

—Créeme, Jakob —le gustaba decir a su padre—. Este despropósito de los rojos lo pagaremos caro. Necesitamos una nueva Rusia, pero no esa.

A nadie le sorprendió tanto la revolución bolchevique como a Stanislav Masensky. Había llegado como un torbellino sin que se supiera de dónde. Los mencheviques hacía mucho tiempo que eran la fuerza dominante que abogaba por el cambio en Rusia, y los bolcheviques de Lenin lo sabían. Pero cualquier amenaza a la revolución prometida por estos iba a ser aplastada sin piedad.

Un día llegaron los rojos. Tres hombres con rifles. Se llevaron a Stanislav a punta de bayoneta. Su mujer, que estaba encinta, y su hijo no volverían a verlo hasta su liberación, tres días más tarde. Lo habían molido a golpes y le habían roto los brazos. Había tenido suerte de que no le mataran de un tiro en

la nuca, pero eso era una amenaza que pesaba sobre él, y él lo sabía. Y así fue cómo Stanislav y su mujer liaron los bártulos y, montados en un carro y un caballo que les regaló un pariente, se fueron los tres a Estonia. Con el escaso dinero que los padres de Jakob habían conseguido reunir, de donaciones y préstamos, compraron los pasajes para viajar de Tallin a Nueva York a bordo de una goleta sueca.

Era invierno y la travesía fue dura. Los violentos vientos de poniente se encargaron de hacerla todavía más desapacible. La goleta se abría paso dando bandazos entre olas de ocho metros. Los inmigrantes, en las bodegas, sufrieron lo indecible. Al quinto día, Nadia Masensky tuvo un parto prematuro.

Stanislav Masensky no solo perdió a un hijo sino también a su joven mujer. Jakob no olvidaría nunca la desolación del rostro de su padre cuando los cuerpos fueron arrojados al mar. Stanislav había sentido auténtico amor por su mujer y desde su muerte nunca más volvería a ser el mismo. Un amigo de su padre le había dicho en una ocasión a Jakob que ningún hombre puede superar nunca la muerte de una mujer hermosa, y luego, al ver cómo su padre se encerraba más y más en sí mismo, año tras año, sin levantar cabeza, pensó que aquel hombre había dicho una gran verdad.

En Estados Unidos, hasta los días de la Depresión, Stanislav y su hijo no tuvieron una vida excesivamente dura. Se instalaron en una zona de Brooklyn llamada Brighton Beach a la que daban el nombre de Pequeña Rusia por la oleada de inmigrantes rusos que llegaban a ella, huyendo de la brutalidad del zar, de Lenin y de Stalin. Stanislav iba a trabajar todos los días y dejaba a su hijo al cuidado de una vieja *babushka* que había encontrado.

El primer día en la isla de Ellis, como a tantos y tantos otros inmigrantes procedentes de la Europa del Este y de Rusia, a Stanislav Masensky le cambiaron el apellido, que fue adaptado al inglés. Y así fue cómo pasó a llamarse Massey. Esta versión se debió en parte a la impaciencia del funcionario de inmigración, que se mostró incapaz de leer y deletrear el apellido polaco. Pero gracias a ello vio reafirmado su convencimiento de que iba a empezar una vida nueva, al tiempo que quedaba satisfecho un deseo inconsciente de borrar su tormentoso pasado.

En el colegio, el pequeño Jakob Massey fue un alumno fervientemente aplicado, aunque lo que más le gustaba era sentarse a los pies de su padre y escuchar historias de su país natal. Stanislav le hablaba del asesinato del zar Alejandro y de los incontables intentos, por parte de los estudiantes y los trabajadores, de establecer la democracia, que fueron aplastados sin piedad

por un zar tras otro mucho antes de que los comunistas soñaran siquiera con la revolución. Era tal la convicción que ponía al hablar, que no era de extrañar que su hijo creciera con un vivo y ardiente interés por su tierra natal.

Más tarde se enteraría por los periódicos de los inmigrantes de cómo los rojos habían deportado pueblos enteros a Siberia y cómo habían dado muerte a todo el que se interpuso en su camino. Su sed de poder era infinita, y millones de campesinos, llamados *kulaks*, habían sido aniquilados brutalmente porque habían osado manifestarse en contra de las reformas agrarias de Stalin. Familias enteras habían sido cruelmente asesinadas; pueblos enteros, arrasados o deportados, y millones de personas habían sido fusiladas solo porque un solo hombre codiciaba el poder por encima de todo.

Cuando la Depresión se agravó y Stanislav se quedó sin trabajo, nunca, a pesar de su desesperación, se le ocurrió culpar a América: solo maldecía a los rojos, que le habían obligado a abandonar su país. Cuando le fue imposible mantener a su hijo, y cuando ya solo podían vivir en habitaciones misérrimas, no le cupo más remedio que trasladarse a un albergue, donde él y su hijo tenían que hacer cola para comer la sopa que repartía el personal de beneficencia.

Pero una tarde de invierno, a la edad de dieciséis años, Jakob iba a sufrir la experiencia más amarga de su vida.

Iba andando hacia su casa al salir del colegio cuando vio a su padre en la calle, en una esquina, con un cartel en el que había garabateado estas palabras: «Soy un carpintero honrado y bueno. Por favor, denme trabajo». A Jakob se le rompió el alma al ver a su padre, que había sido un hombre lleno de orgullo, humillado hasta aquel extremo. Fue la puntilla. Aquel día tomó una determinación: iba a ser un hombre rico y su padre no tendría que mendigar trabajo nunca más en la vida.

Pero Stanislav, desgarrado y desengañado de todo, moriría el día que cumplió cuarenta y cinco años.

Jakob nunca sería rico, y le costó más de lo que creía convertirse en un hombre de provecho. Cuando acabó la Depresión, encontró varios trabajos, a cual más humilde, gracias a los cuales podía llevarse algo a la boca, pero nada más. Por las noches asistía a unos cursos de idiomas en una escuela y obtuvo un diploma. Al año siguiente estudió en Yale. Lo pagó todo con el sudor de su frente. En 1939, y para gran sorpresa de sus compañeros de estudios, se enroló en el ejército como cadete.

Después de Pearl Harbor, todo aquel que quiso promocionarse pudo hacerlo con gran facilidad, pero a Massey le atraía más la acción. A los seis

meses de haber entrado Estados Unidos en la guerra, lo destinaron con Allen Dulles a la OSS que operaba en Suiza. Organizaban misiones de reconocimiento en territorio ocupado por los alemanes.

Una vez acabada la guerra, Estados Unidos no tardó mucho en descubrir que su antiguo aliado —la Unión Soviética— era en realidad su mayor enemigo.

Los servicios de inteligencia norteamericanos que operaron durante la guerra tenían escasos, o nulos, conocimientos del KGB e ignoraban por completo lo que ocurría tras las fronteras soviéticas, por lo que, en una alocada carrera por reunir información, empezaron a reclutar inmigrantes —rusos, bálticos, polacos y jóvenes con conocimientos de lenguas y costumbres soviéticas— de ciudades y campos de prisioneros de guerra de cualquier parte de Europa y destinaron a los más destacados e inteligentes de sus oficiales para que se encargaran de su formación.

Era este un trabajo en el que, curiosamente, Massey encajaba a la perfección. Y así, después de la guerra, se quedó en Europa. Trabajaba en las afueras de Munich y mandaba agentes a territorio soviético en largas misiones de reconocimiento, con la esperanza de poder conseguir información detallada sobre la alarmante carrera armamentística soviética posbélica. Entre ellos había inmigrantes y patriotas, saqueadores y renegados. Muchos eran hombres inquietos y ávidos de acción, a quienes la guerra había dejado insatisfechos.

Los antiguos miembros de las SS con conocimientos de ruso, a los cuales no aguardaba más que la prisión o la muerte por haber cometido crímenes de guerra, como los dos hombres que iban a trasladar aquella noche a Rusia, no arriesgaban nada por saltar en paracaídas en territorio controlado por el KGB. Si conseguían hacer su trabajo y regresar a Alemania, se les entregaban nuevos documentos de identidad y se convertían en hombres libres, sin antecedentes penales. En el mejor de los casos, prolongaban su vida; en el peor, la perdían en una acción arriesgada y excitante.

Jake Massey dirigía el puesto muniqués con eficiencia inhumana, relativo éxito, sobrado odio hacia los soviéticos y un íntimo conocimiento de sus arterías. En Washington se le tenía por uno de los mejores oficiales.

Massey oyó otro sonido lejano de una sirena de niebla, que procedía de un lugar indeterminado de la negrura húmeda que lo envolvía, y miró hacia el lago.

Al contemplar sus aguas heladas había otra cosa que Jake Massey ignoraba aquella fría noche de enero.

En aquel mismo momento, en Moscú, a menos de mil quinientos kilómetros de allí, se estaba tramando una conspiración que lo tendría absorbido durante los seis meses siguientes y que pondría el mundo al borde de la guerra.

Massey echó un último vistazo a la orilla a oscuras, se subió el cuello del abrigo y puso en marcha el *jeep*. Tenía el tiempo justo para escribir el informe que mandaba mensualmente a Washington, al cuartel general de la CIA. Luego se acostaría.

9

Moscú
13 de enero

Eran casi las dos de la madrugada cuando un sedán Emka y dos camiones Zis cruzaron las imponentes puertas negras traseras del cuartel general del KGB situado en la plaza Dzerzhinsky.

Los vehículos se dirigían hacia el río Moscova, que quedaba más al sur. En el asiento delantero del automóvil, al lado del conductor, iba un oficial vestido de civil, que se sacó una pitillera de plata del bolsillo y cogió un cigarrillo.

El comandante Yuri Lukin, del segundo directorio del KGB, era consciente de que aquella mañana le aguardaba el cumplimiento de una tarea ingrata. Se recostó en el asiento, suspiró hondo y encendió el pitillo.

De treinta y dos años de edad, complexión mediana, pelo oscuro y rostro sereno y agradable, Yuri Lukin era un hombre atractivo. Vestía traje gris y un grueso abrigo negro. Era manco de la mano izquierda y llevaba una prótesis, enfundada en un guante de piel negro.

Lukin dio una chupada al cigarrillo, mirando fijamente por el parabrisas. Aquel año en Moscú las primeras nevadas habían llegado temprano: en el mes de noviembre. En las calles se amontonaba la nieve, que caía sin cesar y sin dar tregua a los curtidos habitantes de una de las ciudades más frías de la tierra.

Después de pasar por la calle Arbat, el convoy se dirigió al este por las márgenes del río Moscova, que estaba completamente helado. Lukin echó una ojeada al portanotas que tenía en la falda: había una hoja con una lista en la que constaban unos nombres y unas direcciones. Ocho en total, todos ellos médicos, y había que detenerlos aquella mañana de frío intenso. Volvió la cabeza un momento para dirigirse al conductor.

—La siguiente a la izquierda, Pasha.

—Como usted diga, mi comandante.

El conductor, el teniente Pasha Kokunko, era un mongol bajo y regordete entrado en la treintena. Tenía la tez amarillenta y musculosa y las piernas arqueadas, por lo que verlo conducir un sedán Emka de cuatro plazas no

dejaba de resultar extraño: solo cabía imaginárselo montando a caballo por las estepas de Mongolia.

Mientras Lukin tenía la vista perdida en las calles desiertas y cubiertas de hielo, el pasajero que iba en el asiento trasero se inclinó hacia adelante.

—¿Me permite ver la lista de detenciones, comandante Lukin?

El capitán Boris Vukashin era algo más joven que Lukin y hacía una semana que lo habían destinado a su nuevo puesto. Lukin le pasó el portanotas y oyó cómo encendía la luz interior del coche.

—Aquí pone que los médicos son todos doctores del Kremlin —comentó Vukashin al cabo de un momento—. Y a juzgar por los apellidos, cinco de ellos, al menos, son judíos. Ya va siendo hora de que tratemos a esos judíos con mano dura.

Lukin se volvió. Vukashin sonreía afectada y presuntuosamente. De facciones enjutas, aquel hombre tenía unos labios finos y crueles que delataban una personalidad sin escrúpulos.

Lukin sintió aversión por él nada más verle.

—De hecho no son cinco, sino seis los médicos judíos —contestó—. Y para su información, Vukashin, le diré que todavía no han sido procesados ni los han declarado culpables de nada.

—Según dice mi padre, el camarada Stalin cree que esos eminentes galenos están implicados en un complot para envenenar a medio Kremlin y que sospecha de ellos desde hace algún tiempo.

Lukin exhaló el humo del cigarrillo en el helado interior del automóvil. El padre de Vukashin era un oficial veterano del partido que contaba con amigos en el Kremlin.

—Su padre debería guardarse sus opiniones para él —dijo en tono reprobatorio—. Al menos hasta saber qué han decidido los tribunales. Puedo entender que a un médico le dé por cometer una locura, llevado por la inquina. Pero que lo hagan nueve resulta totalmente incomprensible.

Lukin bajó la ventana y una bocanada de aire helado le hirió la cara. Arrojó la colilla, subió la ventana y oyó la voz gélida de Vukashin.

—¿Me permite que le haga una observación, comandante Lukin?

—Hágala, si es preciso.

—Yo diría que con su comentario ha insultado al camarada Stalin. Mi padre se limitó a repetir lo que Stalin dice porque cree que es verdad.

Antes de que a Lukin le diera tiempo a contestar, Pasha le lanzó una mirada llena de enfado.

—¿Cómo es que siempre nos asignan a cretinos?

—Eso es demasiado, comandante —dijo Vukashin, airado, dirigiéndose a Lukin—. Este hombre hace befa de mi rango. Debería usted hacer que lo expedienten. Si no lo hace, lo haré yo.

—Es un mongol. Hay que ser indulgentes. ¿Sabe usted algo de la raza mongólica, Vukashin? Dejando a un lado el hecho de que fueron los mejores combatientes del Ejército Rojo, es imposible disciplinarlos.

—Lo único que sé es que a ese hay que darle una lección.

Pasha volvió la cabeza y miró a Vukashin lleno de odio.

—¿Por qué no se calla de una puta vez? Me está poniendo tan nervioso que noto sus botas de mierda aplastándome la mejilla.

—Basta ya, teniente —intervino Lukin.

El mongol era un excelente policía y un buen amigo, que no tenía miedo a nada, pero Lukin sabía que era absolutamente indisciplinado y que era muy capaz de detener el coche y de moler a patadas y a golpes al capitán, a pesar de la diferencia de rango que existía entre ellos. Por otro lado, efectuar detenciones a aquellas horas de la madrugada entrañaba mucha tensión y muchos nervios, aunque la verdad es que la arrogancia de Vukashin ponía las cosas todavía más difíciles. Lukin volvió la cabeza.

—Con todos los respetos, Vukashin, aquí quien tiene el mando soy yo. Mi comentario era tan solo una observación, no una crítica. Así que hágame el favor de quedarse quietecito en su asiento y disfrutar de este paseo en coche.

Miró a Pasha con una imperceptible sonrisa en los labios.

—Deje ya de hacer muecas, teniente, y tome la primera a la izquierda. Ya casi hemos llegado.

La primera casa a la que debían acudir estaba en la margen izquierda del río Moscova, una de las mejores zonas de Moscú. Se trataba de un edificio de amplias dimensiones y viejo, de la época del zar, dividido en apartamentos. La luz de las farolas se filtraba a través de la espesa nieve. El río estaba helado y podían verse los agujeros que los pescadores habían perforado en el hielo. Aunque a aquellas horas de la madrugada no había ni un alma pescando truchas.

El convoy se detuvo y Lukin bajó del Emka. Encendió un pitillo y miró cómo Vukashin se reunía con los demás. El capitán estaba lívido de furia.

Lukin había cometido un error al no ponerse del lado de Vukashin, pero la verdad es que aquel hombre le irritaba. Era arrogante, todo botas lustradas, disciplinado hasta el punto de atenerse siempre estrictamente a las normas.

Lukin miró a los hombres mientras saltaban de la parte posterior de los camiones Zis, de morro puntiagudo. Pasha se le acercó, frotándose las manos enguantadas para entrar en calor.

El teniente mongol soltó un bufido.

—Este hijo de puta lleva una semana destrozándome los nervios, Yuri. ¿No podrías conseguir que le restituyeran a su anterior puesto?

—Me temo que de momento eso no es factible. Su padre es quien se ha encargado de que le asignaran este puesto, Pasha. Debo hacerte una advertencia: a partir de ahora mantén la boca cerrada y no bajes la guardia. ¿Están todos listos?

—Por supuesto.

—Bien, adelante pues. Cuanto antes acabemos, mejor.

Lukin se fue hacia el portal y pulsó el timbre del apartamento número dieciocho. Tras los cristales empañados vio que se encendía una luz.

El método favorito del KGB era irrumpir de modo violento en la casa de la persona que iban a detener, porque de esa forma la víctima entraba en un estado de nerviosismo que facilitaba los interrogatorios. No obstante, Lukin prefería los métodos más civilizados. Ver al acusado y leerle las acusaciones que se le imputaban. El primer nombre de la lista era el del doctor Yakob Rapaport, médico patólogo.

Tardaron en abrir la puerta. Una mujer de mediana edad, en bata y con rulos, asomó la cabeza.

—¿Sí?

—Siento molestarla, señora. ¿Está en casa el doctor Rapaport?

Antes de que a la mujer le diera tiempo a contestar, Lukin oyó una voz que procedía del pasillo.

—¿Qué sucede, Sarah? ¿Quién llama a estas horas?

Apareció un hombre con un abrigo echado sobre los hombros. Iba en pijama y lucía una blanca barba que le daba un aire distinguido. Se calzó las gafas y miró las camionetas y los hombres apostados en la calle. Luego miró a Lukin.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué significa esto?

—¿Es usted el doctor Rapaport?

—Sí.

—Soy el comandante Lukin. Es mi deber informarle que queda usted detenido por orden del Segundo Directorio del KGB. Le agradecería que tuviera la amabilidad de vestirse y me acompañara. Y abríguese bien, hace mucho frío.

Al médico se le demudó el rostro.

—Debe de haber algún error. Yo no he cometido ningún delito. No entiendo a qué viene eso.

—Yo tampoco, doctor. Pero tengo órdenes. Le ruego que tenga la bondad de hacer lo que le he dicho.

El médico titubeó. De pronto su mujer se llevó una mano a la boca y con la cara llena de espanto se quedó mirando a Lukin.

—Por favor… —le suplicó.

—Perdóneme, señora —dijo Lukin intentando tranquilizarla—. Esperemos que no sea más que un malentendido. Pero será mejor que su marido venga con nosotros.

El médico le pasó un brazo por el hombro a su mujer y asintió tembloroso mirando a Lukin.

—Entre, comandante. Voy a vestirme.

Hacia las seis habían efectuado todas las detenciones.

La mayoría de los médicos no opusieron resistencia y abandonaron sus domicilios con resignación. Solo algunos protestaron, e incluso a uno de ellos tuvieron que arrastrarlo hasta la camioneta. Pero todos estaban aterrados. Ninguno daba crédito a lo que les estaba ocurriendo.

En la última de las casas, que se hallaba en el barrio Nagatino, hubo un incidente, del cual quedó constancia en el informe sobre las detenciones efectuadas por el KGB aquella mañana. El médico en cuestión era un viudo de más de cincuenta años que vivía solo en el tercer piso de un bloque de apartamentos.

Lukin llamó al timbre varias veces, pero nadie fue a abrirle. Al cabo de un momento vio que se movía una cortina de una ventana de uno de los apartamentos superiores. Exasperado, Lukin llamó a otra puerta. Cuando la mujer que fue a abrirle vio a los militares del KGB y los vehículos aparcados en la calle se quedó petrificada y empezó a temblar, pero Lukin, seguido de Vukashin, entró sin hacerle caso.

Cuando llegó al tercer piso llamó a la puerta del apartamento del doctor. Nadie contestó. Vukashin, de un puntapié, derribó la puerta y hallaron al médico escondido en el cuarto de baño. Evidentemente había visto a los hombres que iban a detenerlo y estaba en estado de *shock*.

Lukin había dado órdenes de proceder a las detenciones con discreción y sin armar barullo, pero no le dio tiempo a dirigirse al médico, porque

Vukashin se le había adelantado y estaba asestándole puñetazos a aquel pobre hombre agazapado en un rincón.

—¡Levántate, judío asqueroso! ¡Levántate!

Lukin se acercó con premura y golpeó a Vukashin fuertemente en la nuca. Del impulso, el capitán fue a dar contra la pared.

Vukashin cayó al suelo con la cara ensangrentada. En aquel momento llegó Pasha corriendo, con la pistola en la mano.

—¡Llévate al médico abajo ahora mismo! —le gritó Lukin.

Pasha hizo lo que le ordenaban. Lukin, por su parte, agarró al capitán, lo arrastró hasta que lo tuvo a sus pies, y se lo quedó mirando fuera de sí.

—Hay algo que debe comprender, Vukashin. No se le ocurra nunca más, nunca más, golpear a un prisionero mientras yo esté al mando de las detenciones. Son personas, no animales. ¿Lo ha comprendido?

Vukashin miró a Lukin lleno de rabia pero con arrogancia, aunque no dijo ni una palabra. De la boca le resbalaba un hilillo de sangre. Pasha volvió a subir. En el momento en que entraba en la habitación, Lukin daba un empujón a Vukashin.

—¡Aparta a este imbécil de mi vista antes de que me ponga a vomitar!

—Será un placer —dijo Pasha con una sonrisa en los labios.

Cuando Lukin salió del cuartel general del KGB eran más de las siete.

De camino a su casa, en el extremo este de la avenida Kutuzovsky, se iban encendiendo las luces de todas las casas de Moscú.

Lukin tenía un BMW 327 del año 1940. Era uno de los muchos vehículos confiscados a los alemanes al final de la guerra, pero el potente motor de seis cilindros estaba como nuevo. Aquel coche era el único lujo, de los pocos a los que tenía derecho por ser oficial del KGB, del que realmente disfrutaba.

Aparcó en la calle, no lejos del río Moscova, en la que se hallaba el apartamento de un solo dormitorio que él y su mujer compartían. En aquel barrio moscovita habían residido antaño comerciantes pudientes, pero en la época de la que estamos hablando las fachadas de los edificios estaban en mal estado; la pintura verde pastel estaba resquebrajada y en algunos lugares se había desprendido, pero en cambio los interiores eran confortables: la calefacción funcionaba y las cañerías estaban intactas, lo cual, en Moscú, constituía un milagro. Subió la escalera hasta llegar al cuarto piso y entró sin hacer ruido.

El apartamento estaba frío y Nadia dormía aún. Fue a la diminuta cocina, llenó un cazo de porcelana y encendió el fogoncillo de gas para preparar té. Se quitó el abrigo y se desabrochó la camisa. Se acercó a la ventana y miró abajo, con la frente apoyada en el frío cristal.

Todavía estaba oscuro. En invierno los moscovitas no veían la luz del sol más que unas horas al día. El río, siempre cubierto de una blanquecina capa de hielo, tenía un aspecto fantasmagórico, bajo el cielo negro. Había dos niños que andaban sobre el hielo, arrastrando un tobogán, y un perrito daba saltos y se deslizaba entre sus piernas.

Lukin pensaba en las detenciones llevadas a cabo aquella mañana.

El capitán le había hecho perder los estribos, pero aquel ser estúpido y arrogante se lo merecía, aunque no le cabía duda de que recibiría una reprimenda por ello.

Por su reputación, conocía a varios de los médicos que figuraban en la lista. Eran profesionales respetables. Sus vidas no estaban manchadas ni por una sombra de acto criminal alguno. Aquellas detenciones le habían dejado perplejo, sobre todo porque la mayoría de los detenidos eran judíos. Por descontado, algún día averiguaría por qué los habían trasladado a Lubyanka.

El cuartel general del KGB, situado en la plaza Dzerzhinsky, era un edificio enorme de siete pisos, que ocupaba el extremo nordeste de la parte superior de la avenida Karl Marx. En él había algunas oficinas y también la prisión de Lubyanka. En el centro del edificio había un patio. En el ala frontal y las alas laterales, hasta el sexto piso, se hallaban las oficinas y los diversos departamentos.

Aunque albergaba ocho directorios, es decir, ocho secciones especializadas, cuyo objetivo era la seguridad interna y externa de la Unión Soviética, solo cuatro de ellos, por la importancia de su cometido y por sus amplias dimensiones, recibían el nombre de Directorio Principal. Cada uno de ellos desempeñaba una función distinta, al margen de las demás.

El Primer Directorio Principal estaba integrado por un organismo de espionaje cuyo objetivo era el extranjero y que operaba en las embajadas soviéticas. Controlaba una red de agentes, confidentes extranjeros y simpatizantes, que proporcionaban una inestimable ayuda al servicio de espionaje.

El Quinto Directorio Principal se ocupaba de los disidentes internos, es decir, los judíos y los grupos de resistencia antisoviéticos que actuaban desde

el Báltico hasta las fronteras orientales. El Directorio Principal de los Guardias de la Frontera, por su parte, se encargaba de vigilar y mantener patrullas en todas las fronteras soviéticas.

El Segundo Directorio Principal, al que pertenecía Lukin, era tal vez el más importante y el mayor del KGB.

Su cometido era la seguridad nacional y abarcaba un amplio espectro de actividades: por un lado, la vigilancia de todos los extranjeros que llegaban al país, de los extranjeros que tenían negocios y residían en la Unión Soviética, o bien que estaban en ella de paso, de las embajadas extranjeras y de sus funcionarios y empleados. Por otro, perseguir y detener a los soviéticos que habían abandonado el país, que habían escapado de campos de prisioneros o que habían cometido asesinatos o crímenes graves; vigilar a los artistas, actores y actrices; reclutar confidentes y controlarlos; mantener bajo control el mercado negro. Y por último —aunque en modo alguno era lo menos importante—, la caza y captura de agentes enemigos en cuanto pisaban suelo soviético.

En las entrañas de aquel edificio había todavía otra sección digna de ser señalada: la prisión de Lubyanka, un laberinto tétrico de cámaras de tortura y celdas sin ventanas. Lukin no ignoraba que era ese el lugar que aguardaba a los médicos que había detenido aquella mañana.

Se sirvió una taza de café caliente y le echó tres cucharadas llenas de azúcar. Cuando iba a sentarse a la mesa de la cocina, se abrió la puerta.

Era Nadia, que llevaba una bata de color azul pálido. Tenía la cabeza baja y la pelirroja melena alborotada. Lukin vio su vientre ligeramente abultado y sonrió.

—¿Te he despertado?

Nadia sonrió, todavía soñolienta.

—Siempre me despiertas. ¿Vienes a la cama? —Iré pronto.

A pesar de lo temprano que era, Nadia estaba radiante. Es demasiado hermosa, solía decirse Lukin. Ella tenía diecinueve años y él treinta cuando se conocieron en la boda de un amigo, un verano. Cuando la orquesta empezó a tocar, ella le sonrió.

—¿Es que los oficiales del KGB no bailan? —le preguntó con picardía.

Él le sonrió a su vez.

—Solo si alguien nos apunta.

Nadia se rio y él se dio cuenta de que había algo en su forma infantil de reír y en su forma de mirarle, con sus ojos verdes y dulces, que le había seducido y que la amaría. Al cabo de seis meses se casaron. Ahora, tres años

más tarde, ella estaba encinta de cuatro meses y él era más feliz de lo que nunca había soñado.

Nadia se le acercó, se sentó en sus rodillas y empezó a hacerle un masaje en el cuello. Él sentía sus senos pequeños, de niña, rozándole el pecho.

—¿Cómo ha ido el trabajo esta noche?

—Es mejor que no lo sepas, amor mío.

—Pues quiero saberlo.

Le contó lo que había ocurrido de madrugada.

—¿Crees que esos médicos son culpables?

—Seguramente es otra de las canalladas de Beria. Disfruta matando.

Sintió que las manos de ella interrumpían el masaje y vio que estaba muy asustada.

—Yuri, no digas esas cosas. Quién sabe si alguien nos está escuchando.

—Es la verdad. ¿Sabes cuáles son las diversiones más excitantes de nuestro jefe de la Seguridad del Estado? Marakov, su chófer, me lo ha contado. Él conduce, y cuando Beria ve a una chica joven y bonita, de catorce o quince años, este inventa todo tipo de acusaciones contra ella para que la detengan y luego la viola. Si la chica osa protestar, manda que la fusilen. A veces manda que las fusilen aunque no hayan dicho nada. Y nadie hace nada para pararle los pies.

—Yuri, por favor. Puede que Skokov nos esté escuchando. En todos los bloques de apartamentos, en todas las casas, había un confidente del KGB. Skokov, el partero del edificio, que vivía en la planta baja, era uno de ellos. No era nada difícil pegar la oreja a una puerta. Lukin, al ver la expresión de terror en los ojos de su mujer, le cogió la cara con las dos manos y la besó en la frente.

—Voy a preparar un poco de café.

Nadia sacudió la cabeza.

—No. Mira cómo estás. Tenso, nervioso. El café no te conviene. Necesitas otra cosa.

—¿Y qué es lo que necesito, si se puede saber?

Nadia sonrió.

—Me necesitas a mí.

Lukin la contempló mientras se quitaba la bata y dejaba al descubierto su ropa interior, rosa y alegre. Aunque era de talla menuda, tenía unas piernas esculturales y unas caderas prominentes. Cuando miraba su vientre hinchado, se sentía turbado, porque en él había algo vagamente erótico.

Nadia sonrió.

—Mira, una sorpresa para ti, Yuri Andreovitch. Las he comprado en el mercado negro.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Dónde, si no, se puede comprar ropa interior como esta en Moscú? No me importa si he contravenido la ley. Todo el mundo compra en el mercado negro. No irás a creer que el camarada Stalin me mandará a Siberia por unas bragas, ¿verdad?

Se abrazó a él, sin dejar de reír.

—¿Sabes qué dicen los franceses?

—No, pero estoy seguro de que acabarás diciéndomelo.

—Cuando una mujer se abre de piernas, sus secretos escapan volando cual mariposas.

La miró a los ojos.

—Pero en tu caso los secretos más bien se multiplican. —La besó en la frente y ella lo estrechó en sus brazos—. Te quiero, Nadia.

—Entonces ven a acostarte.

Le acarició con suavidad el vientre.

—¿No le haremos daño al bebé si hacemos el amor?

—Pues claro que no, tonto. Solo puede ser bueno para él.

Soltó una risita.

—Aprovecha ahora que puedes. Dentro de unos meses ya no podrás bajarte la bragueta.

Nadia le cogió de la mano y lo llevó al dormitorio. La cama estaba todavía tibia. Hicieron el amor, mientras afuera Moscú se desperezaba y el ruido del tráfico se hacía cada vez más intenso.

El comandante Yuri Lukin, del Segundo Directorio del KGB, finalmente se durmió, pasadas las ocho. Ignoraba que la noticia de las detenciones efectuadas aquella mañana pronto llegaría a Washington.

10

Washington, D. C.
22 de enero

Cualquiera que pasara por allí habría afirmado que los barracones de madera que se extendían a orillas del río Potomac tenían un aspecto sórdido y lúgubre.

En las paredes interiores había agujeros por todas partes, el enlucido del techo estaba lleno de manchas de humedad y había goteras, por las que se filtraba el agua de la lluvia. Lo que se veía desde el edificio de dos plantas era igualmente deprimente: una fábrica de cerveza de ladrillos rojos en ruinas y, a lo lejos, una pista de patinaje. Únicamente unas pocas de aquellas construcciones desvencijadas gozaban de una vista privilegiada sobre el famoso estanque que había más adelante, junto al río.

Aquel conjunto destartalado de edificios de madera había sido en su origen, durante la primera guerra mundial, un grupo de barracones del ejército y más tarde albergó los despachos de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos, el organismo de espionaje exterior norteamericano en tiempos de guerra. Cuatro años después de la segunda guerra mundial cambió de nombre y de función: aquellos edificios pertenecían en la actualidad a la CIA, la Agencia Central de Inteligencia.

Los nuevos reclutas de la CIA, que habían soñado con un trabajo glorioso en el organismo de espionaje, pronto veían sus expectativas defraudadas al contemplar por primera vez aquellos sórdidos despachos. Resultaba difícil creer que aquellos edificios habían albergado uno de los departamentos de la administración más intrépidos que actuaron durante la guerra: aquel cuya misión fue la de derrotar los poderosos sistemas de espionaje alemán y japonés.

La mayoría de los despachos estaban pobremente amueblados; solo había deslustrados escritorios verdes, archivadores de cuatro cajones de metal verde, un reloj de pared, también verde, fabricado para el gobierno y, encima del escritorio, un calendario editado, igualmente, por el gobierno. Ninguno de los despachos estaba enmoquetado. La cafetería era tan deprimente como el resto: situada en las proximidades del edificio M, parecía un lugar cavernoso.

Por las paredes de madera, resquebrajadas y alabeadas, se colaba el viento, y en el techo había tantas goteras que los empleados solían decir, bromeando, que la sopa de la comida era imposible acabarla en menos de una hora.

Aquel complejo de barracones de la CIA estaba dividido en secciones, cada una de las cuales se identificaba mediante una letra. El edificio Q, con vistas al río, albergaba la sección que se conocía con el nombre de División de Operaciones Soviéticas. Haciendo honor a su nombre, esta sección ideaba y llevaba a término operaciones extremadamente delicadas y secretas contra la Unión Soviética. Era aquel un trabajo clandestino al que únicamente tenían acceso un puñado de miembros del organismo de espionaje y del gobierno; eran hombres de entera confianza, con una larga carrera a sus espaldas.

En la puerta del despacho que había al final de un interminable pasillo, en la segunda planta del edificio Q, no había placa alguna, solo un número de cuatro dígitos.

Apenas se distinguía de los demás despachos: había en él el mismo escritorio verde, el mismo archivador, el mismo calendario que en el resto. Pero encima del escritorio, junto a las fotografías de su mujer y sus dos hijos, ya mayores, Karl Branigan guardaba, en un marco de latón, un puñal que había pertenecido a un oficial japonés y que se utilizaba en los rituales.

A sus cincuenta y seis años, Branigan era grueso aunque de complexión musculosa; llevaba el pelo cortado a cepillo, como un recluta, y tenía la cara regordeta y rubicunda. A pesar de llamarse Branigan, no era de ascendencia irlandesa ni alemana, sino polaca. Sus orígenes centroeuropeos se remontaban a tres generaciones atrás. El apellido se lo debía a un padrastro de origen irlandés que había sido policía en Brooklyn. Y a pesar de su corte de pelo castrense, a cepillo, y del puñal que conservaba, Branigan nunca había luchado en el frente. La mayor parte de su vida laboral la había pasado realizando una labor de tipo intelectual, sentado a un escritorio. La presencia de aquel objeto, que era en realidad un recuerdo, daba la medida de su carácter. Aquel oficial de alto rango de la CIA era sin lugar a dudas una persona dura y resolutiva, que tomaba decisiones de forma expeditiva, y que cumplía con su deber con una dedicación casi inhumana, cualidades, todas ellas, muy apreciadas por sus superiores.

Una fría tarde de enero, poco antes de las dos, su secretaria le llamó para comunicarle que había llegado Jake Massey.

Branigan le dijo que dispusiera un coche porque quería ir con Massey al depósito de cadáveres. Añadió que le comunicara a Massey que antes de cinco minutos bajaría a reunirse con él.

Colgó el auricular expeditivamente y marcó el número de teléfono del domicilio privado del director adjunto.

Bajaron al depósito de cadáveres en un ascensor de dimensiones reducidas. Iban solo tres personas —Massey, Branigan y el ayudante—, pero aun así estaban apretujados.

Cuando el ascensor se paró y el ayudante abrió la puerta, se encontraron en una fría habitación de baldosas blancas, al fondo de la cual había cuatro mesas metálicas de disección. En dos de ellas había unos bultos cubiertos con unas sábanas blancas. El ayudante retiró la sábana de la primera mesa.

A Massey se le demudó el rostro al ver el cadáver. Se quedó descompuesto.

La cara de aquel hombre estaba fría y blanca como el mármol, y desfigurada, pero Massey la reconoció enseguida. En la frente de Max Simon había un agujero, con los bordes hinchados y amoratados. Massey comprendió que aquella herida en el cráneo la había producido una bala. Se fijó luego en el tatuaje que llevaba dibujado en la muñeca: una paloma blanca. Hizo una mueca de dolor y con un movimiento de cabeza pidió al ayudante que volviera a cubrir el cadáver con la sábana. A continuación se acercaron a la segunda mesa.

Cuando el ayudante retiró la sábana, a Massey se le revolvieron las tripas.

Vio la carita blanca de la niña, con los párpados cerrados e idéntica herida en la frente. Allí, tendida en la mesa metálica; Nina parecía que estuviera dormida. Le habían peinado su larga y oscura cabellera y Massey tuvo por un momento la sensación de que, si la tocaba, se despertaría en cualquier momento. Luego reparó en sus brazos y en su cuello contusionados y en las señales de las mordeduras que los roedores del bosque habían dejado en el cuerpo.

Branigan miró a Massey y movió la cabeza, sombrío.

—No es nada agradable ver esto, ¿verdad, Jake?

—La muerte nunca es agradable de ver —contestó Massey con rabia.

El ayudante volvió a cubrir el cuerpo de la niña con la sábana y Massey y Branigan se alejaron de aquel lugar.

Jake Massey y Karl Branigan se conocían desde hacía casi doce años pero seguían manteniendo una relación tirante. Cuando se reunían, casi siempre

había en el aire una carga de electricidad, resultado, según sostenían algunos, de su rivalidad profesional. Los dos eran excelentes profesionales y los dos pisaban fuerte. Tenían también otra cosa en común: podían llegara ser peligrosos si se les contrariaba. Aquel día, sin embargo, Branigan se comportó con cortesía y se mostró muy civilizado. Poco después de las dos, él y Massey regresaron al despacho, a orillas del río Potomac.

Al sentarse en el sillón frente a Branigan, Massey miró la fábrica de cerveza que se veía desde la ventana. La vista que ofrecían los despachos del cuartel general de la CIA parecía haber sido calculada con el exclusivo propósito de que nadie pudiera distraerse en el trabajo. Aquella tarde, las columnas de humo blanquecino que salían de las chimeneas de la fábrica parecían confirmarlo.

—Cuéntame cómo ocurrió.

Branigan titubeó.

—Tú y Max Simon erais viejos amigos, ¿no es así?

—Nos unía una amistad de treinta años. Yo era el padrino de Nina. Max era uno de nuestros mejores hombres. —A Massey se le encendió súbitamente el rostro—. Maldita sea, Branigan, ¿por qué los mataron? ¿Quién los mató?

—Luego hablaremos de esto. —Branigan abrió una caja que había encima de la mesa, en la que guardaba pitillos, cogió un cigarrillo y lo encendió. No le ofreció ninguno a Massey.

—Como habrás comprobado, Max y su hija fueron lisa y llanamente ejecutados. Les dispararon un tiro en la cabeza desde escasa distancia. Deduzco que a la niña la mataron porque vio al asesino de su padre. Pero puede que fuera también un aviso.

—¿De quién?

—De Moscú, por supuesto.

—¿A qué te refieres cuando dices un aviso?

—Antes de que lo mataran, Max estaba reuniendo información para nosotros. Una información muy delicada. No tuvimos conocimiento de las muertes hasta que nos llegó a nuestra oficina de París un informe rutinario de la Interpol. Hicimos que identificaran los cuerpos y que los trasladaran hasta aquí. —Branigan vaciló—. Max había llegado a Lucerna procedente de París el día ocho del mes pasado. Viajó a París desde Washington. Se llevó a su hija con él porque había estado enferma y quería que la visitara un médico suizo.

—¿Esa es la razón por la cual estaba en Suiza?

—No. Estaba en Suiza para concertar una entrevista con un enlace de la Embajada soviética que ocupaba un alto puesto. Tenían que reunirse en Lucerna, pero Max no llegó a verlo. Conjeturamos que Max y su hija fueron secuestrados en el hotel en el que se alojaban o quizá en la calle. Las pesquisas de la policía resultaron infructuosas: nadie había visto nada. Ya sabes cómo son los suizos: unos perfectos ciudadanos. Te ven aparcando en un lugar prohibido y ya los tienes llamando a gritos a los polis. Si alguien hubiese presenciado un secuestro, lo habría denunciado. Lo que sí sabe la policía suiza es que un cazador llamado Kass presenció casualmente las ejecuciones, intentó detener al asesino y le mataron.

La cara de Massey volvió a encenderse de rabia. Se levantó y se acercó a la ventana.

—¿Por qué mataron a la niña? Solo tenía diez años.

—Porque tanto tú como yo sabemos que quienes lo hicieron son unos hijos de puta sin escrúpulos. Así de sencillo.

—¿Sabes quién los asesinó?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Estás pensando en vengarte?

—Hace un año Max Simon se fue de Munich, donde trabajaba conmigo, para venirse a Washington. Ahora está muerto y quiero saber por qué.

—Sé con seguridad quién lo mató. Un tipo llamado Borovik. Creemos que siguió a Max desde aquí y que tenía la orden de matarlo en Suiza. Borovik no es su verdadero nombre. Ha utilizado infinidad de alias. Uno de ellos, Kurt Braun. Otro, Kurt Linhoff. Podría seguir dándote más datos, pero estoy seguro que ya te has hecho una idea.

—¿Quién es?

—Un matón utilizado por los soviéticos. Uno de esos tipos que los soviéticos sacan de la prisión y le ofrecen la libertad a cambio de que les haga el trabajo sucio. Es de Alemania Occidental, habla inglés y ruso con soltura. Actúa en todas partes. En Europa y en Estados Unidos. Es el mayor hijo de puta que te puedas figurar. Le atribuimos al menos tres asesinatos. Pero quítate de la cabeza cualquier acción vengativa. Además, tenemos otros planes para ti.

—¿Qué planes?

Branigan sonrió.

—Todo a su debido tiempo. Y si quieres considerarlo una venganza, puedo asegurarte que lo es.

Massey se sentó.

—Entonces dime qué trabajo estaba haciendo Max para vosotros que le costó la vida a él y a su hija.

Branigan se encogió de hombros.

—Me imagino que esto sí puedo decírtelo. Un funcionario de la Embajada soviética le iba a pasar una información de crucial importancia para Washington, como ya te he dicho. Pero alguien de Moscú se enteró y no le hizo ni pizca de gracia. Obligaron al funcionario a regresar a su país. Ya te puedes figurar cómo acabó. Sabemos cómo acabaron Max y su hijita.

—¿Qué clase de información?

—Extremadamente delicada. Procedía del Kremlin. Contenía datos que son una auténtica bomba.

—¿Una auténtica bomba?

Branigan esbozó una sonrisa.

—Sí, una auténtica bomba de relojería.

—¿Tiene esto algo que ver con lo que me habéis encomendado?

Branigan movió la mole de su cuerpo y cambió de postura.

—Sabíamos que querrías ver los cadáveres. Tú y Max erais amigos desde hacía muchísimo tiempo. Me han dicho que os conocisteis en las calles de la Pequeña Rusia de niños. Recuerdo que una vez Max me comentó que erais como hermanos. Pero tienes razón, esto no guarda relación con tu nueva misión. Hay algo que quiero que veas. Supongo que, en cuanto lo hayas leído, lo comprenderás todo.

Branigan abrió un cajón con una llave de un llavero que guardaba en el bolsillo. Extrajo una carpeta descolorida y la depositó encima de la mesa. En la parte superior, escrito con letras rojas, podía leerse: *Solo para los ojos del presidente*. Miró a Massey.

—Ni que decir tiene que este documento es estrictamente confidencial. Pero, al parecer, tú eres un caso especial.

Cogió la americana del respaldo del asiento y se la puso, con una débil sonrisa en los labios y un deje agresivo en su voz.

—Debes comprender que no podrás decir ni una palabra a nadie sobre el contenido de este documento a menos que te den permiso para hacerlo. Y eso te puedo garantizar que no ocurrirá… ni siquiera dentro de un millón de años. Voy a dejarte solo digamos… un cuarto de hora. En quince minutos tendrás tiempo de leer los folios y prepararte para lo que vas a oír después. Cuando vuelva, iremos a ver a Wallace. Nos espera en su casa. Y otra cosa: si necesitas ir al retrete, ve ahora.

—¿Por qué?

Branigan cogió el llavero y le mostró otra llave.

—Porque voy a cerrar la puerta con llave. Iré a tomar un café y te dejaré leer en paz. Nadie de los que trabajan en este edificio puede tener acceso al contenido de esta carpeta. Solamente tú y yo. He dado la orden de que nadie llame a la puerta, para que no te molesten. ¿Tienes que ir al retrete?

—No.

Branigan se levantó.

—Muy bien, solo dos instrucciones más. Una, esta reunión no se ha celebrado nunca. Dos, desde hoy se te concede un permiso oficial indefinido por enfermedad y recibirás el sueldo íntegro. Oficialmente sufres una depresión y necesitas tomarte un descanso y dejar por un tiempo el espionaje.

Massey frunció el entrecejo.

—¿Te importaría decirme qué demonios ocurre?

El tono de voz de Branigan era de irritación.

—Está todo en la carpeta. En estas páginas encontrarás la razón por la cual Max Simon y su hijita fueron asesinados. No es nada agradable de leer, te lo advierto.

Al ver que Massey se quedaba mirándolo fijamente, Branigan se encogió de hombros.

—Las instrucciones no son mías. —Señaló el techo con el dedo—. Vienen de arriba.

—¿De muy arriba?

—Del presidente. Lee la carpeta y lo comprenderás todo —dijo Branigan, al ver la cara que ponía Massey.

Un segundo más tarde Massey oyó cómo la puerta se cerraba a sus espaldas y el ruido de la llave en la cerradura.

Le llegaron los pasos de Branigan que se alejaba por el pasillo y cogió la carpeta.

11

Washington, D. C.
22 de enero, 16:00 horas

La casa pintada de blanco situada en Georgetown, un barrio selecto en el que vivía la flor y nata de Washington, no era menos imponente que las restantes.

Era un edificio colonial de madera, de tres pisos, rodeado de un jardín cercado, con perales y cerezos. Aunque era invierno, en el fondo del patio había tres hombres sentados en unas sillas de hierro forjado.

El director adjunto, William G. Wallace, un exalumno de Yale que rozaba los sesenta, tenía el pelo plateado y la tez bronceada, un claro vestigio de sus recientes vacaciones en Miami.

Cuando acabaron de intercambiar las palabras corteses e intrascendentes a las que obliga la buena educación, el director adjunto miró a Massey con una débil sonrisa en la boca.

—¿Has leído los documentos, Jake?

—Sí, los he leído. —Massey hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Quieres hacer alguna pregunta?

—Quiero hacer muchísimas preguntas.

—Empieza.

—Primero: ¿quién está enterado de esto?

—¿Te refieres aparte de ti, de Branigan y de mí? Solo el presidente y el director. —El director adjunto sonrió—. Hay otra persona que está al corriente de nuestras, digamos, intenciones, pero no de lo que has leído. De todas formas, ya hablaremos de ella más adelante.

Branigan le interrumpió.

—Tal vez sería conveniente que informara a Massey de lo que no sabe, señor.

El director adjunto hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Me parece bien, Karl. Quiero que Jake no tenga ni la sombra de una duda sobre lo que ha leído. Hay que informarle de todo.

Branigan se pasó una mano por el pelo y miró a Massey.

—Jake, lo que has leído en el despacho es un documento confidencial redactado por los médicos privados de Stalin. Fue el último informe que

recibimos de Max Simon, un mes antes de que lo asesinaran. Ya conoces el contenido, pero voy a repetirlo para aclarar todos los puntos. Primero, Stalin ha sufrido dos ataques de apoplejía en los últimos seis meses que le han afectado gravemente el habla y el movimiento.

»Segundo, sus médicos están de acuerdo en que, a causa de los ataques de apoplejía o por alguna otra causa, sus funciones mentales han sufrido una grave alteración. En su comportamiento hay síntomas de esquizofrenia paranoica. Dicho con otras palabras, se está volviendo loco.

Branigan sonrió.

—Nosotros, y el mundo entero, sabíamos que estaba loco, pero ahora tenemos la prueba que confirma nuestras sospechas. Hay otra cosa que deberías saber. Los médicos del Kremlin que escribieron este informe médico fueron detenidos. Se los culpaba de haber intentado envenenar a Stalin. No sabemos si este particular es cierto o no, pero sí sabemos que los trasladaron a la prisión de Lubyanka. Ignoramos cuál ha sido su destino, pero juraría que no ha sido precisamente un lecho de rosas. La mayoría de ellos eran judíos y no es ningún secreto para nadie, ya que tampoco él lo oculta, que Stalin odia a los judíos. En Rusia han empezado ya los pogromos y creemos que eso es señal de que Stalin va a iniciar de nuevo las purgas. Hay algo preocupante que debes saber: nuestros agentes del servicio de espionaje han confirmado que Stalin está construyendo campos de concentración en Siberia y en los Urales. Su sueño es llevar a término lo que los nazis dejaron inacabado. Nos estamos encaminando hacia algo que nos es demasiado familiar, ¿verdad? La misma situación en la que nos encontramos cuando tuvimos que enfrentarnos a Adolf Hitler.

Massey se quedó mirando a Branigan fijamente.

—¿Puedes ser más preciso?

El director adjunto lo interrumpió.

—Jake, sabemos que a Max Simon estos informes le llegaban de un enlace ruso de la Embajada soviética en Berna de entera confianza y muy bien situado. Era judío. Digo «era» porque me extrañaría que siguiera con vida. Él estaba muy preocupado, como otros amigos suyos del Kremlin, que no eran todos judíos, sobre el rumbo que tomaba la política en Moscú. Jake, te lo voy a plantear de forma sencilla. Stalin es un peligro. No me refiero a que sea un peligro solo para Estados Unidos, lo es para todo el mundo, incluidos los soviéticos. Todos, desde los congresistas hasta el ciudadano de a pie, dan por hecho que habrá otra guerra. Y no va a ser una guerra como la última… aunque puede que sea la última. El potencial destructivo de la Unión

Soviética es enorme. Stalin se ha propuesto construir la bomba de hidrógeno antes que nosotros y sabemos con certeza que va a ser así. Eso es algo sumamente peligroso. Estamos construyendo refugios antiaéreos a lo largo y ancho del país a toda velocidad, pero no podemos hacer gran cosa más: no estamos preparados para la guerra. El tío Pepe ha dejado muy claro cuáles son sus intenciones. Ve inevitable la guerra contra nosotros. Yo creo que se ha convertido en una auténtica obsesión. Desea nuestra muerte. Y como es un anciano obsesivo y está loco, es muy probable que quiera cumplir su deseo.

Massey miraba a Branigan y al director adjunto con impaciencia.

—¿Tiene alguno de ustedes la amabilidad de explicarme a dónde nos conducirá todo esto?

—Jake, el presidente cree que Stalin va a utilizar la bomba en cuanto esté terminada. Y eso será dentro de unos meses. No años, sino meses. Tenemos dos opciones: mantenernos inactivos y esperar a que ocurra lo peor, o discurrir una solución con el fin de solventar el problema. La solución de la que hablo será beneficiosa para todos, pero se requiere llevar a término una operación muy delicada, al frente de la cual quiero que estés tú.

—¿Y cuál es esa solución de la que habla? —preguntó Massey.

—Matar a Stalin —contestó Branigan.

Siguió un prolongado silencio. El director adjunto posó los ojos sobre los árboles desnudos y luego volvió a mirar a Massey.

—No pareces muy contento, Jake. Yo creía que lo que acabas de oír te impresionaría.

—¿De quién ha sido la idea?

—Es una decisión que se ha tomado en las más altas esferas.

—Explíquese.

—Lo único que puedo decir es que sobre la respuesta a tu pregunta pesa el más estricto secreto.

Massey frunció el entrecejo y se levantó de su asiento.

—Con todos los respetos, señor, lo que usted acaba de apuntar es imposible de llevar a cabo. Es una operación suicida.

—Por eso, precisamente, podría convertirse en un éxito. No entra en los planes de Moscú que pueda realizarse una operación de este tipo. Stalin tiene setenta y tres años. Es un anciano y su salud está muy menguada. Me vas a decir que por qué no esperamos a que se muera, ¿verdad? —El director adjunto meneó la cabeza—. Jake, aún puede vivir cinco o diez años más. Ese es un riesgo demasiado grande que no podemos correr. Tenemos que ir a por todas. En una trifulca callejera las reglas del marqués de Queensbury no viene

a cuento seguirlas. Como no estamos preparados para una guerra a gran escala como la que se avecina, esta es la única solución sensata que nos queda. No podemos esperar sentados y dejar que se produzca otro Pearl Harbor. Eso no vamos a permitirlo. Naturalmente, esta solución entraña riesgos. Por eso únicamente van a participar activamente un reducido número de personas. De esta forma, si surgieran problemas, nosotros podríamos desentendernos del todo. Solamente tú serías el responsable de la operación. Tú y nadie más que tú. Esto no es una orden que debas aceptar, Jake, aunque estoy convencido de que, llegado el caso, podría conseguir que se convirtiera en una orden.

—¿Por qué yo?

El director adjunto sonrió.

—Muy fácil. No conozco a nadie con tu experiencia y tu preparación. Demonios, Jake, nadie ha logrado que tantos paracaidistas y pilotos cruzaran el telón de acero.

Massey se levantó y se fue al fondo del jardín. Miró al director adjunto, sacudiendo la cabeza.

—Es una locura.

—Hemos cometido otras en el pasado y han funcionado. Si hubiéramos cometido una locura así hace algún tiempo, Hitler nunca habría empezado la guerra.

Massey movió la cabeza.

—No lo comprende. Es imposible matar a Stalin, nadie ha podido acercarse a él. Y no será porque no lo hayan intentado. Grupos de emigrados, los nazis: todos han fracasado. ¿Recuerda el informe del NTS?

Massey vio que el director adjunto asentía, con una cierta expresión de fastidio en el rostro.

—Por supuesto que lo recuerdo.

El NTS, o Narodny Trudovoy Soyuz, era un grupo integrado por rusos y ucranianos que vivían en Europa y en América, que estaba controlado por la CIA, y cuyo propósito era derrocar el régimen soviético. Muchos de sus miembros se habían ofrecido como voluntarios para ser trasladados a la Unión Soviética, donde saltaban con paracaídas para llevar a término misiones de reconocimiento de la CIA después de la guerra. Muchos habían pagado su arrojo con sus vidas, tanto en Rusia como en el exterior, víctimas de los batallones de muerte de Stalin, repartidos por Europa y América con el fin de matar a todos los destacados emigrados soviéticos que llevaban a cabo una lucha de oposición activa contra Moscú. Dos años después de la guerra,

decididos a poner en marcha su campaña, los integrantes del NTS habían realizado un estudio sobre las posibilidades de asesinar a Stalin en Moscú.

Massey volvió a dirigir la mirada al director adjunto.

—Aquel informe era tan elocuente que no hace falta comentarlo. Para empezar, los aposentos de Stalin en el Kremlin son inexpugnables. Las paredes miden unos siete metros y medio de altura y más de un metro y medio de grosor. Las hay todavía más altas y más gruesas. Por otro lado, hay que tener en cuenta las medidas de seguridad empleadas por Stalin. En el depósito de armas del Kremlin hay unos quinientos guardias apostados, que han sido cuidadosamente seleccionados y que profesan a Stalin una lealtad fanática. A menos de medio kilómetro hay una reserva de tres mil guardianes del Kremlin, listos para actuar cuando se requiera su intervención. Y esos son solo los factores disuasivos más visibles.

»Como muy bien saben, en el interior del Kremlin hay entradas y salidas secretas que se remontan a la época de los zares y que no dudarán en utilizar llegado el momento. Y en la casa de campo que posee en Kuntsevo es imposible abrirse paso entre su personal de seguridad. Hay una verja de casi cuatro metros de altura y guardias con perros apostados en todo el perímetro. Si te internas en esta zona boscosa y te acercas a medio kilómetro de la casa de campo sin llevar un pase especial, eres hombre muerto. Te cosen a balazos o los perros se te echan encima y te desgarran a mordeduras hasta acabar contigo.

»Y eso no es todo. Cada bocado que come Stalin, cada gota de líquido que bebe, deben ser probados antes por otra persona para evitar que alguien consiga envenenarlo. Incluso contrataron a una mujer cuya única misión era servirle el té. Antes de servirlo, cada bolsa permanece guardada bajo llave en una caja fuerte. En una ocasión encontraron una bolsa que no estaba perfectamente precintada. ¿Saben que ocurrió? Los guardias se llevaron a la mujer a la prisión de Lubyanka y allí la fusilaron.

Branigan lo interrumpió.

—Jake, hasta el sistema defensivo más perfecto tiene un punto débil que lo hace vulnerable. Como muy bien sabes, solo es cuestión de averiguar cuál es.

Massey sacudió la cabeza con firmeza.

—En el caso de Stalin, no hay ningún punto débil. Su sistema de seguridad es impenetrable, no presenta fisuras, ni siquiera pequeñas. Algunos pensaron que sí las tenía, e intentaron matarlo, pero no lo consiguieron.

Incluso los alemanes fracasaron en su empeño. Y si las tropas nazis, con su excelente preparación, no pudieron hacerlo, ¿vamos a poder nosotros?

Los tres conocían el plan nazi.

Cuando Hitler se dio cuenta de que tenía perdida la batalla que libraba en Rusia en 1944, dio órdenes de que la Abwehr, el servicio de espionaje alemán, encontrara el medio de matar a Stalin. Elaboraron un plan según el cual un equipo de comandos debían saltar en paracaídas en Moscú. Los hombres elegidos para la misión habían recibido un excelente entrenamiento y hablaban ruso con soltura. La Abwehr les entregó documentos de identidad falsos, además de ponerlos en antecedentes. Debían emprender un ataque suicida al convoy de Stalin en la plaza Roja, en cuanto saliera del Kremlin. Así esperaban cambiar el curso de la guerra. Pero los alemanes hubieron de abandonar sus planes cuando tomaron conciencia de los insalvables obstáculos a los que debían hacer frente. El personal encargado de la seguridad de Stalin era sencillamente una coraza impenetrable.

—Y esos son los únicos intentos de los que tenemos conocimiento —añadió Massey—. Dios sabe cuántos más hubo y cómo acabaron sus participantes.

El director adjunto se inclinó hacia adelante.

—Jake, ¿qué dirías si te contara nuestro plan? Los diversos modos que tenemos de llegar hasta Stalin y matarlo. De momento solo es un bosquejo de programa de acción, si quieres considerarlo así, pero con tu experiencia podrías dejar listos los detalles y conseguir que nuestro hombre entrara en Moscú y llevara acabo nuestro plan.

—Me gustaría que me lo explicara. Pero ¿quién se va a encargar de llevarlo a término?

—Tú.

—No me refería a esto. ¿A quién tienen proyectado enviar a Moscú?

Branigan sonrió.

—Todos sabemos que solo hay un hombre capaz de conseguir que esto salga adelante: Alex Slanski. Puede pasar por ruso sin levantar ninguna sospecha y no dudaría ni un instante en levantarle la tapa de los sesos a Stalin de un tiro en la cabeza.

Massey se quedó un momento pensativo.

—Lo que ha dicho de Slanski es cierto. Pero ¿por qué cree que aceptará hacer una cosa así?

El director adjunto se puso en pie.

—En principio ya ha aceptado. Es la otra persona de la que te hablaba al comienzo. Conoce nuestros planes pero ignora los detalles y todavía no ha leído los documentos que tú acabas de leer. Pero eso se puede solventar fácilmente.

Massey se recostó en su asiento y sacudió la cabeza.

—Señor, enviar a Slanski a Moscú sería como enviarlo a la muerte. Nació en Rusia pero es americano y no ha puesto los pies en Moscú desde que era un niño.

El director adjunto sonrió.

—Ya hemos pensado en esto. Necesitará ayuda. Alguien que pueda pasar por su mujer durante el viaje, hasta que llegue a Moscú, donde le ayudará a orientarse. Esta mujer se llama Anna Khorev. Escapó de su país cruzando la frontera soviético-finlandesa. Tengo entendido que la conociste en Helsinki. Hace casi tres meses que vive en Estados Unidos.

Massey frunció el entrecejo.

—Es rusa.

El director adjunto volvió a sonreír.

—Yo creía que eso era justo lo que necesitábamos. Y dejando esto a un lado, es prácticamente la única candidata de la que disponemos. Conoce Moscú. Una de las condiciones para que la misión se lleve a término es que ella no sepa qué va a hacer Slanski. En cuanto lo haya ayudado a orientarse en Moscú, la haremos regresar. Pero debo hacerte una pregunta, Jake: ¿sigues sin sospechar de ella? He leído en su expediente que, aunque damos su versión como verídica, uno de los veteranos oficiales finlandeses que la interrogaron afirmó que nos traicionaría sin ningún miramiento. No se fiaba ni pizca de ella.

—Yo sí la creí entonces y sigo creyéndola ahora. —Massey vaciló y una nube de dudas le ensombreció el rostro—. Pero ¿porqué dan por hecho que ella nos ayudará? ¿Tiene alguna razón para hacerlo? Ya ha sufrido mucho.

—Ya lo sé. Pero me imagino que deberemos creerte cuando dices que ella es digna de confianza… Me fío de tus juicios, Jake. En cuanto a la razón por la cual estoy convencido de que nos ayudará, es esta: tiene un motivo para hacerlo. Al menos, se lo ofreceremos.

—¿Qué motivo?

El director adjunto sonrió abiertamente y se volvió hacia Branigan.

—Karl, ¿por qué no vas a prepararnos unas copas mientras le explico esto a Jake? Creo que las vamos a necesitar cuando hayamos acabado de hablar.

Dos horas más tarde, Massey llegaba a su casa, al este de Georgetown.

Llamó al internado de Richmond con el fin de poder ver a su hijo al día siguiente. Estaba impaciente por hablar con él; sabía que no había cumplido con sus obligaciones de padre con la asiduidad que hubiese sido deseable, pero tenía la impresión de que el muchacho lo comprendía.

Después se fue al cuarto de baño, abrió el grifo de agua fría y se refrescó la cara.

Casi nunca se miraba al espejo, pero aquella tarde sabía que su físico no correspondía al de un hombre de cuarenta y un años, la edad que tenía. Había visto muchas cosas desagradables a lo largo de su vida, pero la imagen de los dos cuerpos sin vida, helados, blancos, sobre las mesas de disección, con los cráneos perforados y los cuerpos mordidos por los roedores, que había contemplado en el depósito de cadáveres le venía a la cabeza una y otra vez. Era una imagen terrible e inquietante.

Hacía muchos años que conocía a Max Simon y sentía un gran respeto por él. Habían crecido juntos, habían entrado en la OSS a la vez y habían sido amigos de toda la vida. Era judío y los rojos habían matado a su padre. Un crudo invierno había hecho la travesía que le llevó a América, como Massey y su padre. Massey bajó la vista y se arrolló una manga.

Tenía una muñeca tatuada con una blanca paloma. Dos chiquillos se fueron un día a Coney Island en busca de diversión y de chicas. Max quiso que les dibujaran los tatuajes: sería una forma simbólica de estrechar su amistad con él. Qué amable y tierno era Max. Solo tenía un deseo: dar lo mejor de sí por su país adoptivo. Su hijita era su única familia. Massey movió la cabeza y sintió renacer dentro de sí la rabia inmensa. Se enjugó la cara con una toalla y se fue a su estudio.

Hizo unas cuantas llamadas telefónicas y se sirvió una generosa copa de *whisky*. Cogió unas hojas y una pluma y repasó el plan. Quería detectar posibles fallos.

El director adjunto había tenido razón en una cosa: Massey era capaz de llevar a cabo aquel plan. Pero los peligros eran innumerables. Para empezar, el Moscú de Stalin era una ciudad hostil, a la que poquísimos occidentales tenían acceso.

Bebía *whisky* y hacía anotaciones en el montón de folios amarillos sin dejar de pensar en Anna Khorev. De él dependían los detalles del plan, pero la idea de utilizarla en aquello, aunque fuera sin duda la mujer idónea, no le gustaba. Según Branigan, el último informe que había transmitido el oficial responsable de su caso era favorable. Anna había empezado una nueva vida y

mejoraba día a día. Con todo, Massey dudaba que estuviera preparada, física y mentalmente, para una misión como aquella después de solo tres meses de haber escapado de su país. Sabía, además, que, si el plan fracasaba, pedirle que participara era llevarla a la tumba.

Y en el hecho de enviarla con Slanski había algo que también le preocupaba.

Había leído el expediente de Slanski que le había entregado Branigan y, aunque Massey conocía la historia de Alex, aquella lectura seguía pareciéndole interesante.

A Slanski, ruso de nacimiento, le habían concedido la nacionalidad norteamericana. Tenía treinta y cinco años. Durante la guerra habían trabajado juntos; Slanski formaba parte de un reducido grupo de asesinos de la OSS, excelentemente entrenados, que actuó en la Francia ocupada y en Yugoslavia con el fin de ayudar a los grupos de la resistencia a luchar contra los alemanes. El nombre en clave de Slanski era el *Lobo*. Si un comandante alemán o un oficial nazi se convertía en un problema particularmente desagradable en los países ocupados, la OSS a veces enviaba a un asesino para que lo liquidara. Pero el asesinato tenía que parecer un accidente, porque de lo contrario los alemanes hubiesen sospechado de los partisanos y hubieran tomado represalias contra la población civil. Slanski era uno de sus mejores agentes y era un experto en conseguir que las muertes parecieran accidentes fortuitos.

Massey sabía que no encontraría nada en el expediente sobre su pasado, excepto el comentario de que era un personaje solitario.

De niño, Alex Slanski se escapó de un orfanato estatal de Moscú. Se las arregló como pudo y cogió un tren que le llevó a Riga; de allí zarpó en una fragata noruega atestada que le llevaría a Boston.

Cuando las autoridades americanas se encontraron con aquel problema que les caía encima, un niño de doce años que presentaba signos evidentes de miedo y nerviosismo, no supieron qué hacer. Coligieron que algo terrible le había pasado al chico porque su estado psicológico era el de un niño trastornado: se encerraba en sí mismo, era rebelde y se comportaba como un animal salvaje. A pesar de la buena voluntad de los psicólogos, nadie logró arrancarle una sola palabra sobre su pasado.

Mientras las autoridades discurrían qué hacer con él, le enviaron a casa de un inmigrante que hablaba ruso y que vivía en New Hampshire. Era un cazador de pieles, que se avino a acoger al niño durante una temporada. Los bosques que hay al norte, cerca de la frontera con Canadá, habían sido en el

pasado un lugar predilecto de infinidad de inmigrantes rusos. Era un territorio alejado de la civilización, donde los inviernos eran fríos y largos. Tal vez la nieve les hiciera el exilio más soportable.

El chico consiguió adaptarse y con el tiempo las autoridades se congratularon de haberse lavado las manos. Slanski permaneció en New Hampshire hasta 1941, año en que fue aceptado en la OSS.

Nadie supo qué le había sucedido a su familia, pero todos los que trabajaron con Slanski en la OSS suponían que debía de haber sido una desgracia horrible. Bastaba con mirar aquellos ojos azules y fríos para darse cuenta de que algo terrible le había ocurrido en el pasado.

Massey creyó, hacía mucho tiempo, haber dado con la verdad. Stalin había ideado un plan perverso. Si alguien le oponía resistencia, lo más probable era que acabara matándolo. Si la víctima era un hombre con hijos, su mujer y sus hijos mayores de doce años eran también asesinados. Pero si los hijos eran menores de doce años, se los mandaba a un orfanato del Estado, donde se les educaba para que se convirtieran en perfectos comunistas, es decir, en algo que sus padres probablemente hubieran despreciado.

Massey pensaba que eso era lo que le había ocurrido a Slanski.

Otra cosa: el KGB podía elegir a sus miembros entre los huérfanos alimentados y adiestrados por el Estado. Recorrían todos los orfanatos del país y allí reclutaban a buena parte de sus hombres. Massey siempre había pensado que, con toda probabilidad, al fugarse Slanski de su tierra habían perdido al que hubiese podido convertirse en su mejor asesino.

Hablaba alemán y ruso con soltura y mataba sin piedad y a sangre fría. El asesinato de un veterano oficial de alto rango del KGB durante su visita a Berlín Oriental era el último que había cometido para la CIA a petición de un grupo de inmigrantes, el NTS.

Massey cogió un sobre de la carpeta del expediente y sacó una fotografía de un coronel llamado Genady Kraskin. Tenía un rostro de persona despiadada, labios finos y ojos pequeños y malvados.

Lo habían asesinado, aunque la palabra «asesinado» era demasiado suave. Le habían cortado el pene y se lo habían metido en la boca. No era algo que Slanski infligiera a sus víctimas y le identificara como su asesino, pero, según el expediente, Kraskin disfrutaba practicando esas brutales mutilaciones a sus víctimas, y a Slanski le gustaba que el castigo fuera acorde con el crimen, haciendo caso omiso de las órdenes que se le daban para que desistiera de tal comportamiento. Pero Branigan y Wallace tenían razón: no había nadie que encajara mejor con el futuro asesino de Stalin.

Metió la fotografía en el sobre.

A la mañana siguiente tenía que levantarse a las siete y el viaje hasta Kingdom Lake, en New Hampshire, era largo.

La espantosa imagen de Max y Nina en el depósito de cadáveres seguía torturándolo una y otra vez. Por más que Branigan dijera lo contrario, Massey sabía que no iba a poder dejar las cosas así. Fuera quien fuese el responsable de aquellas muertes, lo pagaría, aunque para ello Massey tuviera que saltarse las normas, cosa que nunca, o casi nunca, hacía. Aquello era una cuestión personal.

Había transcurrido casi una hora cuando alzó la vista y oyó a lo lejos las campanadas de la iglesia del Holy Trinity. Se puso en pie y bajó al sótano. Cogió el llavero que llevaba en el bolsillo y abrió una puerta.

Aquellos dos ladrillos sueltos estaban sobre la puerta del sótano; disimulaban un escondite seguro que utilizaba siempre que trabajaba en casa, porque no le gustaba dejar notas o carpetas a la vista ni tampoco guardarlas en cajones cerrados con llave o en una caja fuerte que podían forzarse y abrirse fácilmente.

Escondida en el suelo de su estudio había todavía una pequeña caja fuerte de hierro a prueba de fuego, que habían instalado a instancias de su departamento. Pero el suelo era el lugar que cualquier ladrón, por poco listo que fuera, miraría primero, y por eso Massey no utilizaba casi nunca la caja fuerte. Cuando tenía que guardar papeles verdaderamente importantes, utilizaba el escondite que había detrás de los ladrillos. Era un escondrijo que no saltaba a la vista y más seguro. Metió los folios amarillos, en los que había garabateadas unas notas, y la carpeta en el hueco y volvió a colocar los ladrillos en su lugar. El expediente de Slanski lo devolvería a Branigan.

Eran poco más de las cinco de la tarde del 22 de enero, dos días después de que Dwight D. Eisenhower fuera investido presidente de Estados Unidos.

12

New Hampshire
23 de enero

Qué bonitos eran los pueblos y pueblecitos de Nueva Inglaterra, con sus casas de madera pintadas de colores vivos, bajo la luz que se filtraba entre los copos de nieve.

Jake Massey cruzó el estado de Massachusetts y llegó a New Hampshire hacia las cinco de la tarde. Allí tomó la carretera en dirección a Concord, al noroeste. No había apenas tráfico y al cabo de media hora descendía en su Buick por un camino que atravesaba un bosque espeso y que conducía al lago Kingdom. Vio a lo lejos las montañas nevadas y un letrero, al principio del sendero, que ordenaba: *¡Intrusos fuera!*

Llegó a una cabaña de madera de dos plantas que estaba algo alejada de la orilla del lago. En la parte trasera de la cabaña había un apacentadero cercado; aparcada a un lado, junto a un *jeep* del ejército, había una herrumbrosa camioneta Ford. En el lago vio una barquita con un motor fuera borda, amarrada a una estaca de madera que sobresalía de las aguas grises y turbulentas.

Massey desconectó el motor, salió del Buick y subió los peldaños de la terracita que había en la parte frontal de la cabaña. La puerta de entrada no estaba cerrada con llave. Massey entró pero no vio a nadie.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó Massey, dando un grito.

Pero no obtuvo respuesta.

La habitación estaba ordenada y limpia, aunque se dijo que le faltaba un toque femenino. Los muebles se reducían al mínimo: una mesa de pino llena de arañazos y dos sillas en el centro y, colgadas en las paredes, varias cornamentas de ciervo. Al fondo había una diminuta cocina, perfectamente ordenada. Todos los utensilios y la vajilla estaban en su sitio: unos estantes de madera limpísimos. Massey reparó en un armero que había en un rincón, donde se guardaban los fusiles. Faltaban dos armas.

Había un estante con libros y, encima de la chimenea, una fotografía con un marco de madera. Era una fotografía muy vieja en la que se veía a una

familia. Una instantánea, resquebrajada y muy manoseada, de un hombre y una mujer con tres críos: dos niños y una niñita rubia.

Como la barca estaba amarrada en el lago y el *jeep* y la camioneta aparcados fuera, Massey dedujo que Slanski y el viejo se habían ido a cazar. Decidió ir a dar un paseo hasta el lago.

Las aguas estaban agitadas y el cielo se cubrió de nubarrones, que amenazaban tormenta. De pronto se levantó un viento cortante como el filo de un cuchillo que azotó el lago.

—Dios mío, qué frío, estoy helado… —dijo Massey, que estaba junto a la barca, en voz alta.

Entonces oyó a sus espaldas el clic, casi inaudible, de un arma y una voz que decía:

—Muy pronto estará usted mucho más frío, señor, si no saca las manos de los bolsillos. Manténgalas en alto y dese la vuelta muy despacio si no quiere acabar arrastrándose por el suelo.

Massey se volvió y lo vio. Tenía la cara sin afeitar y una débil sonrisa como de demente en la boca. Parecía muy peligroso y de reacciones y comportamiento imprevisibles. Era de talla mediana y rubio. Colgado al hombro llevaba un zurrón de tela; llevaba una cazadora encima de un jersey y unos pantalones de pana metidos en unas botas rusas que le llegaban hasta la rodilla. Sostenía la culata de un fusil Browning a la altura de la cintura. Le estaba apuntando.

El hombre del fusil hizo una mueca.

—Jake Massey. Por un momento pensé que eras un intruso que había venido aquí con malas intenciones. Por poco te coso a tiros.

—Por lo visto he llegado un poco antes de la hora. —Massey sonrió y miró el fusil, sacudiendo la cabeza—. ¿Tenías intención de usar este trasto, Alex?

Alex torció el gesto y bajó el arma. Se acercó a Massey y le estrechó la mano.

—Me alegro de verte, Jake. ¿Te ha sido fácil llegar hasta aquí?

—He visto el letrero al principio del camino. ¡Mira que reclamar a gritos intimidad! ¿Quién demonios se va a molestar en venir hasta este lugar abandonado?

Slanski sonrió.

—Los cazadores furtivos, sin ir más lejos. Esta tierra, y el agua, son de Vasili, y a los intrusos que le roban las presas que tiene cogidas en las trampas no los trata precisamente con cordialidad.

—Así que lo que para uno es carne para otro es veneno. Yo aquí me volvería loco.

—Si más tarde dispones de tiempo te llevaré a pasear. Te haré de guía con mucho gusto. En estos bosques hay osos. Massey puso cara de espanto, aunque solo un momento.

Slanski se rio.

—Cálmate, Jake. A pesar de todo, es mucho más seguro que Nueva York.

Massey vio de pronto al viejo, que estaba a unos cincuenta metros, entre los árboles, con un ciervo muerto sobre los hombros.

Llevaba un Winchester, y el pelo, largo y negro, atado en una cola sobre la nuca. La cara, despejada y correosa, estaba tan surcada de arrugas y era tan oscura que parecía una nuez. De lejos podía confundírsele con un indio, pero Massey reconoció algo en sus rasgos que le era familiar. Era un rostro muy parecido a los de los rusos que vivían al norte del círculo polar ártico: pelo oscuro y facciones casi idénticas a las de los lapones.

Slanski le hizo un simple ademán, y cuando Massey volvió a mirar en aquella dirección el viejo había desaparecido en la espesura.

De pronto se puso a llover a cántaros y una ráfaga de viento les arrojó agua helada en el rostro.

Slanski sonrió.

—¿Nos vamos a casa? Tengo una botella de *bourbon* que te calentará ese corazón ruso.

Se sentaron a la mesa de pino. Slanski abrió la botella de *bourbon* y llenó dos vasos hasta el borde.

Slanski era delgado aunque tenía buen tipo y se movía furtivamente. Era una extraña combinación de energía incontenida y autodominio mesurado, como si ejerciera un dominio directo sobre cada uno de los músculos de su cuerpo. Cuando se sentó, Massey se fijó en sus ojos de color azul-gris oscuro. Eran unos ojos atormentados, pero aquel hombre tenía una sonrisa perpetua, o casi, en la boca.

Slanski alzó su vaso.

—*Za zdorovie*.

—*Za tvoio zdorovie*. —Massey bebió un trago, se levantó, se fue a la estantería que había en un rincón y cogió un libro.

—Dostoievski. La última vez leías a Tolstói. ¿Qué vamos a hacer contigo, Alex? Asesino y hombre de letras. Qué combinación más peligrosa.

Slanski sonrió.

—El lado más oscuro de mi naturaleza rusa se siente atraído por ella. Y, por otro lado, como no hagas nada, aquí te puede dar algo. Si vas a quedarte esta noche, iré a hacerte la cama.

Massey negó con la cabeza.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no me voy a quedar, Alex. Tengo reservada una habitación en un hotel de Boston para esta noche. ¿Dónde se ha metido Vasili?

—Está en el bosque. No te preocupes por él.

Massey tomó el último trago de *bourbon* y acercó el vaso a Slanski para que le sirviera más.

—¿Qué te dijo Branigan exactamente? —le preguntó Massey.

—Lo suficiente para despertar mi interés. Pero, teniendo en cuenta que vas a ser tú quien lo dirija todo, me gustaría oírlo de tus labios.

Massey abrió el cierre del maletín que había cogido del coche, sacó la carpeta en la que había escritas las palabras: *Solo para los ojos del presidente*, y se la dio a Slanski.

—Dentro encontrarás los dos informes. Uno es el resultado de casi dos años de trabajo de investigación. Un trabajo de espionaje absolutamente secreto llevado a cabo para la CIA por grupos de inmigrantes antiestalinistas con enlaces en Moscú. Ofrece descripciones detalladas de los viejos túneles del Kremlin, construidos hace cientos de años, por los que se podía escapar en secreto y que fueron utilizados en la época imperial. Uno de los túneles tiene un particular interés. Arranca del sótano del teatro Bolshoi y desemboca en el tercer piso del Kremlin, en una habitación contigua a los aposentos de Stalin. Nos hemos enterado de que hay también una vía ferroviaria subterránea secreta que va del Kremlin a la casa de campo que Stalin posee en Kuntsevo, en las afueras de Moscú. Stalin tiene varias casas de campo, pero esa es a la que acude con más frecuencia. Sin embargo, este tren subterráneo únicamente lo utiliza cuando hay una emergencia o cuando debe viajar sin perder ni un minuto. Hemos descubierto que no habría ninguna dificultad para abrir una brecha en el túnel a dos manzanas del Kremlin y llegaríamos así justo debajo de la casa de campo de Kuntsevo. El Directorio de los Guardias realiza una revisión semanal de los dos túneles, así como de todos los demás. Los inspeccionan y utilizan también equipos de detección de minas y perros, pero normalmente no hay guardias, excepto, como era de esperar, en las entradas y en las salidas. Pero tú no entrarías por ninguna de ellas. Con tu habilidad, no tendrías ningún problema para burlar a los guardias. El Kremlin y la casa de

campo de Kuntsevo son los lugares en los que Stalin pasa la mayor parte del tiempo. Aquí tienes las entradas y las salidas de ambos. Los detalles los encontrarás en los mapas que figuran en el informe.

Massey dedicó varios minutos a resumirle los pormenores de la operación y, en cuanto hubo acabado, Slanski hojeó el informe.

—Estoy impresionado, Jake.

Cogió la botella de *bourbon*, llenó la mitad del vaso, lo apuró de un trago y se quedó mirando a Massey fijamente.

—Pero quisiera hacerte unas cuantas preguntas.

—Por supuesto. De ti depende todo.

—¿Por qué han esperado hasta ahora para matar a Stalin? Hace mucho tiempo que deberían haberlo hecho.

—Repasa el informe. Te he dicho antes que hay un segundo informe, al final, y quizá debería explicártelo.

Slanski cogió el informe y lo leyó. Cuando hubo terminado, alzó la vista y sonrió.

—Qué interesante. Pero no necesito ningún informe para saber que Stalin está loco. Hace mucho que tenían que haberlo encerrado en un manicomio para dementes agresivos.

—Tal vez, pero ahora se nos ha venido encima un problema y tenemos que exterminarlo porque es una alimaña peligrosa. ¿Te acuerdas de Max Simon?

—Pues claro. Es amigo tuyo, si no me falla la memoria.

Massey le contó cómo y por qué habían sido asesinados Max y su hija. El rostro de Slanski se contrajo en una expresión de asco y dolor. Encendió un pitillo y se levantó.

—Esos hijos de puta del Kremlin —dijo furioso, dándole la espalda a Massey— no tienen ni un gramo de conciencia. Pero supongamos que consigo llegar a Moscú sin problemas. Hay algo que no me gusta.

—¿Qué?

—Tiñes de sangre las aguas de una piscina llena de tiburones, pero es difícil salir de ella con aquellos dientes persiguiéndote. Suponiendo que yo logre cumplir mi misión, y suponiendo que haya un *después*, hay que tener en cuenta que, una vez concluido el trabajo, Moscú será un hormiguero de agentes del KGB y de soldados. Detrás de los rojos muros del Kremlin hay quinientos guardias y otros tres mil a tiro de piedra. Demasiados camaradas enfurecidos.

—Precisamente quería hablar de esto.

Slanski hizo una mueca.

—Tenía la esperanza de que lo harías.

—Sales del Kremlin o de la dacha por el mismo lugar por el que entraste. Pero contarás también con salidas alternativas, por si surgen contratiempos. En cuanto lo tenga todo perfectamente planeado, te comunicaré los detalles. Si todo sale bien, cuando hayas terminado te esconderás temporalmente en una casa segura que te tendré preparada en Moscú. Al cabo de una semana, si todo sale según mis planes, te sacaré del país.

—¿Cómo?

Massey sonrió.

—Lo estoy organizando. Pero, en cualquier caso, no vas a ir a menos que contemos con esa casa y puedas salir sin problemas. De lo contrario sería una misión suicida.

—Que era una misión suicida ya me lo imaginaba. ¿Quién está enterado del plan?

—Solo Branigan y el oficial de alto rango que lo aprobó, pero los detalles dependen exclusivamente de mí. Espero que no salgan de aquí. Cuantas menos personas estén enteradas, mejor.

—Branigan dijo que iría también una mujer.

—Sí, irá contigo hasta Moscú. Después la quitaremos de en medio.

Slanski meneó la cabeza.

—Sabes que siempre actúo en solitario, Jake. Si voy a tener que ir con una mujer, lo único que conseguiremos será que todo se retrase.

—Esta vez no. Es por tu propio bien. Si viajaras solo a Moscú te convertirías *ipso facto* en un sospechoso. Además, ella desempeña un papel importante. Se comportará como si fuera tu mujer, aunque, por obvias razones de seguridad, no sabrá nada del objetivo del plan.

—¿Y yo bajo qué identidad me esconderé?

—Ya hablaremos de esto cuando llegue el momento. En las últimas sesiones informativas te comunicaré cómo vas a entrar en el país y qué ruta seguirás para llegar a Moscú. Tendrás varias identidades, por si acaso. Y la chica también.

Slanski aplastó el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa.

—Mejor será que me hables de ella.

—Ya conoces las normas, Alex. Cuando enviamos a dos o más personas a territorio soviético, nunca revelamos a las demás nada de sus respectivas vidas. No damos ningún nombre verdadero ni desvelamos la identidad de nadie. De ese modo, si cogen a uno, el otro tendrá menos problemas.

Slanski sacudió la cabeza firmemente.

—Esta vez no será así, Jake. En este caso las normas no sirven. Si me meto en la boca del lobo, quiero saber con quién estoy. Sobre todo si voy con una mujer de la que no sé nada de nada.

Massey puso las manos abiertas sobre la mesa y suspiró.

—Muy bien. Te daré los datos más esenciales. Se llama Anna Khorev. Tiene veintiséis años. Se escapó de un gulag soviético que hay cerca de la frontera finlandesa hace tres meses y le concedimos asilo político.

Massey vio la cara de irritación de Slanski al dejar el vaso encima de la mesa.

—Jake, es una locura haber elegido a una mujer con estos antecedentes. ¿Cómo sabes que puedes fiarte de ella?

—No la elegí yo. Si estuviera en mis manos, la mantendría al margen de esto. Pero no por lo que tú crees. Es absolutamente digna de confianza, Alex, créeme. Y tardaríamos mucho en encontrar a una persona más adecuada que ella. Necesitaríamos meses para preparar a otra mujer. Y al cabo de estos meses lo máximo que lograríamos es que no se sintiera totalmente perdida en una calle de Moscú o que no palideciera de pánico cada vez que un soldado le pidiera los documentos de identidad. Muy poca cosa.

—¿Sabe defenderse?

—Sabe manejar un arma, si te refieres a eso. Aunque lo único que deberá hacer es pasar por tu mujer hasta que lleguéis a Moscú, para que no sospechen de ti. Popov podrá ayudarlos durante una semana para orientarlos. Pero después solo cuento contigo para que ella se sienta segura. La chica había recibido entrenamiento militar básico en el Ejército Rojo.

El rostro de Slanski adquirió una súbita expresión que Massey no supo si era de rabia o de perplejidad.

—Branigan no me dijo en ningún momento que hubiese estado alistada en el Ejército Rojo.

—La reclutaron durante la guerra. No se alistó voluntariamente, por razones ideológicas. Creo que su entrenamiento militar, aunque breve, es una ventaja, y lo mismo deberías pensar tú.

—Aparte de eso, ¿qué puedes decirme de su pasado?

Massey le contó con pocas palabras qué les pasó a sus padres, aunque no dijo nada de su vida íntima antes del internamiento en el gulag.

Slanski meneó la cabeza, incrédulo.

—Todo eso me parece cada vez más una auténtica locura.

—¿Qué es lo que te parece una locura?

—Que su padre fuera un oficial del Ejército Rojo.

—Hace mucho de eso, y además no era en modo alguno un oficial típico. Por otro lado, eso no es algo que mancille a la muchacha. Puedes confiar en ella plenamente.

—Entonces, ¿por qué la enviaron a un gulag?

—Ya sabes cómo funciona el sistema. No tiene por qué haber una razón. Era una víctima inocente. No hizo nada malo.

Slanski frunció el entrecejo.

—Entonces, ¿por qué se ha avenido a volver a Rusia?

—Todavía no se ha avenido a nada, porque no he hablado con ella. Pero tiene motivos personales que tú no tienes por qué saber.

—¿Y por qué estás tan seguro de que aceptará?

—Deja que sea yo quien se ocupe de esto.

—¿Y si no acepta?

Massey esbozó una breve sonrisa.

—Deja que sea yo quien me ocupe también de esto.

Slanski se levantó, se acercó a la ventana y miró afuera.

—Una pregunta más. ¿Por qué habéis recurrido a mí?

Massey miró la fotografía que había en la pared antes de volver los ojos hacia Slanski.

—Ya sabes por qué. No hay necesidad de que te lo diga.

—Dímelo, de todas formas.

Massey apartó su vaso vacío.

—Eras el mejor hombre que entrenó la OSS. Hablas ruso con soltura. Has cruzado otras veces el telón de acero. Y la mejor razón de todas: imagino que querrás matar a ese hijo de puta y que tienes suficiente osadía como para intentarlo.

Slanski sonrió.

—Gracias por tu voto de confianza. Realmente no dejas nunca un cabo suelto, ¿verdad, Jake?

—Eres la persona perfecta para esta misión. No tienes lazos familiares, no tienes mujer ni hijos. No tienes ataduras emocionales que te impidan moverte.

—Entrar en Moscú será muy complicado, a pesar de que esté todo planeado. Es como acercarse demasiado al blanco, sin guardar la distancia prudencial. Y el ir con esa mujer a la que no conozco de nada lo hace todavía más difícil.

—No te he dicho en ningún momento que fuera fácil. Es un riesgo que tú aceptas correr. Si los dos se atienen al plan, cuentan con alguna probabilidad

de salir de esto con vida. Confía en la chica, Alex. Yo apostaría la vida a que es de fiar.

—Eso no va a ser un paseíto por el bosque como los otros, Jake. ¿Tú crees que es justo meterla en esto sin que sepa lo peligroso, lo peligrosísimo que es?

—No tengo otra alternativa. Branigan lo ha dispuesto así. Y tal vez sea lo mejor. Si ella lo supiera, lo más seguro es que no aceptara ir.

Slanski reflexionó un momento.

—¿Dónde tenías pensado efectuar el entrenamiento? Massey meneó la cabeza.

—He descartado la base de Maryland que utilizamos normalmente. Sería demasiado peligroso. —Sonrió e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, con la mirada fija en la ventana—. Pienso que quizá sería conveniente realizarlo aquí. El terreno es bastante parecido al ruso. Si a ti te parece bien, claro.

Supongo que Vasili no se va a oponer. Le voy a decir que necesitamos entrenarnos. No hará preguntas y se mantendrá al margen.

—Hay otra razón por la cual me gustaría que el entrenamiento se realizase aquí y creo que deberías saberla. Cuando Anna Khorev se fugó, los rusos querían que se la entregáramos. Decían que no era más que un preso común que había cometido un crimen. A mi juicio, eso no son más que patrañas, aunque es cierto que mató a un guardia del campo y a otro de la frontera cuando se fugó. Tal vez me equivoque pero creo que el KGB intentará dar con ella y devolverla a su país ilegalmente. Dios sabe que lo han hecho con anterioridad con otros desertores. Estoy convencido de que aquí estará segura. Fuera de peligro. Si vuelve sana y salva después de cumplida la misión, me encargaré de darle una nueva identidad para que nunca puedan encontrarla.

—Qué interesante. No habías mencionado que había matado a dos guardias.

—Si todavía dudas de ella, te dejaré que leas los detalles más relevantes sobre su fuga que constan en su expediente. Pero, como ya te he dicho, las razones por las que se avendrá a volver a Rusia pertenecen enteramente a su vida íntima.

—Me parece bien.

—¿Tienes más preguntas?

—Dime cuáles son las posibilidades de que el plan salga adelante con éxito.

Massey sacudió la cabeza.

—A eso no puedo contestar. Nadie puede hacerlo. En el mejor de los casos, sales adelante, como tú dices. En el peor, mueres en el empeño, y tal vez la chica también. En cuanto entréis en Rusia no podrán comunicarse por radio y estarás completamente solos. Solo contarán con las casas que les tendré preparadas. Todo depende de ustedes, de ti y de la fortuna. Esperemos que la suerte les sonría a los dos, amigo mío.

Massey reparó en la expresión vacilante que súbitamente adquiría el rostro de Slanski.

—No vas a abandonarnos, ¿verdad?

Slanski se quedó callado. Miraba por la ventana y, sin volver la cabeza, dijo:

—Con una condición. Quiero tener la última palabra sobre la participación de la chica en esto. En cuanto ella haya tomado una decisión, quiero verla enseguida.

—¿Crees de verdad que puedes juzgarla con verla solo una vez?

Slanski volvió la cabeza y habló con dureza.

—Creo que llevo mucho tiempo metido en este oficio. Quizá demasiado. Una mirada es suficiente para distinguir a los valerosos de los temerosos. Si intuyo que puede ser un problema, exijo que busques a otra persona.

Massey reflexionó un momento.

—Ya pensaremos en ello si surgen dificultades, no adelantemos acontecimientos. —Recogió el informe que le había mostrado a Slanski—. El nombre en clave de esta operación es Lobo Ártico. Pero el informe me lo quedo yo, me temo. Nadie salvo tú, yo y los de arriba puede verlo. Más tarde volveremos a hablar de todos los pormenores para que no surjan errores, pero el informe me lo quedo yo.

Metió el documento en el maletín y sacó otro, que depositó en la mesa. En la cubierta, escritas con tinta azul, había estas palabras: *Iósif Stalin*.

—Mientras, podrías ir leyendo esto.

Slanski cogió la carpeta.

—¿Qué es?

—Aquí está todo lo que sabemos de Stalin. Su pasado, su personalidad, sus debilidades, sus puntos fuertes. Incluso su historial médico completo. Los actuales dispositivos de seguridad ideados por él, en la medida en que hemos podido comprobarlos. Los planos del Kremlin y de las dachas en las que pasa algunos días. Quiero que lo estudies todo muy detenidamente. Esta no es una misión corriente, Alex. Vas a intentar matar al demonio personificado. Ya conoces las normas: tienes que llegar a conocer a tu enemigo tan bien como te

conoces a ti mismo. Por supuesto, no dejes que nadie vea este informe. Una vez lo hayas memorizado, destrúyelo.

Slanski sonrió ligeramente.

—Si todos los hechos que he tomado en consideración no pueden cambiar nada, solo me queda hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cuándo me iré?

—Dentro de un mes.

13

Nueva York
26 de enero

El edificio de piedra de color pardo rojizo que había en el East Side entre las calles Cuarenta y Ocho y Cuarenta y Nueve estaba en muy mal estado y los peldaños de piedra llevaban a una puerta de entrada despintada y deteriorada. Era una vieja casa de Manhattan que había sido dividida en apartamentos de alquiler bajo. En una acera llena de basura unos niños puertorriqueños jugaban a pelota. Massey pidió al taxista que le dejara al final de la manzana y, al salir, deshizo lo andado y se encaminó a una bodega que había en la otra acera de la calle.

Mientras esperaba a que el viejo que servía en el mostrador le envolviera lo que había comprado, miró afuera, por la ventana, y vio a Anna, que venía por la otra acera.

Llevaba un impermeable blanco, una bufanda azul atada al cuello y una bolsa de la compra. Massey salió de la bodega y la contempló subir la escalera y entrar en su casa.

Dejó pasar un par de minutos y luego cruzó la calle.

El apartamento estaba en el último piso, y Anna no tardó en abrirle la puerta.

Se había quitado el impermeable y llevaba un sencillo vestido negro. Tenía el pelo recogido y se quedó mirando fijamente a Massey con sus ojazos oscuros e incrédulos.

—Hola, Anna.

Por un momento vaciló, pero luego una sonrisa le iluminó el rostro.

—¡Massey…!

—Pareces sorprendida.

—Creí que no volvería a verte nunca.

Le cogió la mano, cerró la puerta y lo condujo al interior del apartamento, que era en realidad un estudio en el que solo había una cama individual, una mesa y dos sillas desvencijadas. Una puerta daba a una diminuta cocina, en la que había un plato con comida caliente y, en el escurridor, unos cuantos

utensilios. La otra puerta daba al cuarto de baño. Junto a la ventana había un jarrón con rosas y desde allí se veía la bodega en la que había entrado Massey y, a lo lejos, Brooklyn y Queens.

El apartamento no era gran cosa, pero Massey estaba convencido de que, después de su experiencia en el gulag, Anna no necesitaba grandes lujos para sentirse feliz. Lo había decorado lo mejor que pudo, aunque en las paredes no había ni una sola fotografía de su familia y eso le entristeció porque comprendió que debía sentirse muy sola.

Massey le entregó el paquete, envuelto en papel marrón.

—Para ti.

Ella sonrió y la sorpresa volvió a iluminarle el rostro.

—No lo entiendo. ¿Qué es?

—Ábrelo y lo verás.

Desenvolvió el papel marrón y vio una caja de chocolate Kuntz. Cuando lo miró, sus ojazos oscuros parecían casi los de una niña.

—Otra vez, es mi manera de saludarte —le dijo en ruso—. Un ruso saluda a otro ruso. ¿Cómo estás, Anna?

—Bien. Y ahora que estás aquí, todavía mejor. Gracias por el regalo, Jake.

—No es nada. —La miró detenidamente—. No te enfades, pero me parece que has engordado desde que nos vimos por última vez en Helsinki. Y te sienta bien. Ella rio.

—Entonces lo consideraré un cumplido. —Cogió la caja de chocolate—. Eso no va a ayudarme a mantener el peso, pero gracias otra vez. —Se puso en pie y añadió—: Conozco una tienda de un inmigrante que vende un té ruso riquísimo. ¿Quieres un poco?

—Me has leído el pensamiento. Me gustaría que lo prepararas al estilo ruso. —Sonrió—. Con siete terrones de azúcar, pero sin removerlo.

Ella rio y se metió en la diminuta cocina.

Se sentaron a la mesa. Massey bebía té a sorbos y hablaba en ruso.

—Pareces contenta.

—¿Tú crees?

—Me gusta verte sonreír, Anna. Supongo que la última vez que nos vimos no tenías motivos para hacerlo. Me han dicho que tienes trabajo.

—Sí, en una fábrica textil. Es de un norteamericano de origen polaco. Es una casa de locos, pero me gusta. Mis compañeras de trabajo no corresponden a la idea que me había hecho de las estadounidenses.

—¿En qué sentido?

—Hablan mucho más que las rusas. Y también ríen más. Y comen más. —Sonrió—. Muchísimo más. Por eso he engordado.

—Así que haces vestidos muy grandes, ¿eh? Anna se rio.

—No, no muy grandes.

—¿Has hecho muchas amistades?

—Algunas.

Massey echó una mirada a la habitación.

—¿No te sientes muy sola aquí?

—A veces. —Se encogió de hombros—. Aunque tampoco me lo paso tan mal. Me ha alegrado mucho que vinieras a verme, Jake.

—En realidad no es una visita de placer, sino de trabajo, aunque no es oficial. De todas formas, también yo me alegro de verte.

Depositó la taza en la mesa y lo miró a los ojos.

—No lo entiendo. Me dijeron que alguien quería hablar conmigo sobre mi permiso de trabajo. ¿Has venido por eso?

Massey estuvo un buen rato sin decir nada. Cuando por fin habló, lo hizo en voz seria y queda.

—Anna, no he venido a hablar de esto. He venido para hablarte de una cosa muy distinta.

Al ver su confusión, añadió:

—¿Quieres hacerme un favor, Anna? ¿Me escucharás hasta que te haya dicho todo lo que tengo que decirte? Luego podremos hablar de otras cosas. Pero de momento te pido que me escuches.

Anna titubeó, pero luego asintió con la cabeza.

Massey se puso de pie. Se pasó una mano por el pelo y la miró a los ojos.

—Primero quiero que comprendas una cosa. Lo que voy a decirte es estrictamente confidencial. Si hablas con alguien de ello, te aseguro que te revocarán el derecho a vivir en este país. Incluso es posible que tengas que enfrentarte a un tribunal, y tendrás que responder de las acusaciones que te imputarán. —Vio su cara de terror y añadió—: Lamento haber hablado con tanta crudeza, Anna, pero lo entenderás todo cuando haya terminado. Quiero hacerte una proposición. Si rechazas lo que voy a proponerte, me iré de aquí y nunca más volverás a verme. Y esta conversación no se habrá producido nunca. Si aceptas, entonces seguiremos hablando. ¿Hasta aquí ha quedado claro, Anna?

Ella seguía mirándolo, confusa.

—No tengas miedo —le dijo Massey con dulzura—. Sea cual sea tu respuesta, no afectará para nada a tu permiso de residencia. Pero quiero dejar claro que no debes hablar con nadie de esta conversación. Y cuando digo con nadie, quiero decir con nadie: ni siquiera con las personas que llevan tu caso y que te ayudaron a encontrar trabajo.

Asintió despacio.

—Lo he entendido.

—Bien. Ahora podemos continuar. —Se sentó y guardó silencio antes de empezar a hablar—. Anna… esto no es nada fácil para mí… Al ver que él vacilaba, Anna dijo quedamente:

—¿Por qué no te limitas a decir lo que tengas que decirme?

—Las personas para las cuales trabajo necesitan a una mujer que intervenga en una misión. Una misión extraordinariamente delicada.

Ella se lo quedó mirando fijamente.

—¿Qué clase de misión? ¿Te refieres a una misión relacionada con los militares?

Massey sacudió la cabeza y sonrió.

—Con los militares, no, Anna. Ahora no puedo decirte con quién está relacionada. Digamos que esas personas han planeado enviar a un hombre, un norteamericano, a Rusia. A Moscú, para ser exactos. Necesitan que le acompañe una mujer, alguien que haya estado en la Unión Soviética recientemente. Alguien que conozca bien la ciudad, alguien que pueda pasar inadvertido. Esta mujer debe comportarse como si fuera su esposa. Es una misión peligrosa y complicada, y no hay garantías de que regrese sana y salva.

—No lo entiendo. ¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Las personas de las que te he hablado quieren que esta mujer seas tú.

Miró a Massey con perplejidad. Después sonrió.

—¿Es una broma?

—No, no es ninguna broma, Anna. Si aceptas ayudarlos, pueden hacer algo por ti a cambio. Algo muy importante.

Massey escudriñó el rostro de ella. Estaba totalmente confusa y se limitaba a mirarlo fijamente, en silencio.

—Me parece que no lo entiendo. ¿Me estás pidiendo que vaya a Moscú?

—Ya sé que parece un despropósito descomunal. Tú huiste de un lugar en el que no se puede pensar sin sentir escalofríos. Pedirte que regreses allí es como pedirte que vuelvas al infierno. Pero tienes mucho que ganar, Anna. Como te he dicho, estas personas están dispuestas a hacer algo por ti.

Miró a Massey, completamente aturdida.

—¿Qué? —preguntó.

—Devolverte a tu hija.

Massey observó su reacción. Fue como si se hubiera abierto una herida dolorosa y terrible. Se le demudó el rostro y se quedó varios minutos sin poder hablar. Miraba con sus ojos oscuros a Massey en busca de una explicación.

—Anna, ya te he dicho antes de que empezara esta conversación que, una vez hubieses escuchado mi proposición, lo único que necesitaba saber es si íbamos a seguir hablando o si me iba de aquí y no nos volvíamos a ver.

Ella se lo quedó mirando fijamente y Massey vio que sus ojos se humedecían.

—¿No me has mentido cuando has dicho que podrías sacar a Sasha del país? ¿De veras puedes hacerlo? ¿Puedes traerla a América?

—Sí, eso creo.

Meneó la cabeza, incrédula.

—¡Pero esto es imposible!

—No lo es, Anna. Tienes que confiar en mí. —Se levantó despacio—. ¿Quieres que te deje sola para reflexionar sobre lo que te he dicho? Si quieres, puedo irme a dar un paseo y volver dentro de una hora.

Anna tenía la mirada clavada en él. Se quedó de pie, sin decir nada. Las comisuras de sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No, quiero oír todo lo que tengas que decirme.

Massey le apretó con ternura el hombro.

—¿Qué te parece si preparamos primero un poco más de té y hablamos luego?

Ella estaba sentada, escuchando con atención. Cuando Massey hubo terminado, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo estaría en Rusia?

—Como mucho, diez días. Aunque eso es algo que no puedo garantizarte. Haremos cuanto podamos para que todo se resuelva lo más rápidamente posible. Pero entraña riesgos, Anna. No te llames a engaño. Te mentiría si te dijera lo contrario.

—Y ese hombre, ¿qué va a hacer en Moscú?

—Matar a alguien.

Massey pronunció estas palabras con tal falta de pasión que pensó que ella se asustaría al oírlas, pero no fue así. No reaccionó y tenía la expresión en blanco.

—¿A quién?

—Eso no conviene que lo sepas.

—Entonces, ¿cuáles son las preguntas que se me permite hacer?

—Tampoco conviene que sepas la respuesta a esta pregunta. Pero, antes de que ocurra, estarás ya muy lejos de Moscú. —Se interrumpió—. Anna, seré honrado contigo. Se trata de una operación extremadamente complicada y peligrosa. Y, como ya te he dicho, puede que no vuelvas nunca. Pero eso es un riesgo que debes correr si quieres volver a vivir con tu hija.

Anna titubeó un instante.

—¿Por qué has recurrido a mí?

Massey sonrió.

—Supongo que las personas en cuyo nombre hablo creen que reúnes todas las condiciones para este trabajo. Hablas ruso y conoces el país.

—No me has dicho cómo piensas sacar a mi hija de allí. No me has dicho siquiera cómo piensas encontrarla.

Massey sacudió la cabeza.

—No puedo decírtelo. Hasta que me digas que aceptas participar en la misión, no puedo decírtelo. Pero lo que sabemos nos ayudará. Está en un orfanato, seguramente en Moscú. En esa ciudad tenemos enlaces a través de ciertas organizaciones de inmigrantes. Son grupos clandestinos de disidentes. Gente que nos ayudaría a encontrar a tu hija. No será fácil, de hecho será extremadamente complicado, pero si te avienes a ir, tienes mi palabra de que cumpliremos nuestro compromiso. Y no solo eso: les facilitaré, a ti y a Sasha, nuevos documentos de identidad y les conseguiré todo cuanto necesitéis para empezar una nueva vida juntas.

Anna había dejado de llorar, pero Massey advirtió una expresión de dolor en su rostro. Llegó a la conclusión de que ella había hecho ingentes esfuerzos por dejar de pensar en su hija, pero que no lo había logrado.

Massey se levantó despacio.

—Tal vez todo eso te sea demasiado difícil de asimilar en tan poco tiempo. Y no se me escapa que el haberme expresado con tanta vaguedad no ha contribuido a ponerte las cosas fáciles. Pero, como ya te he dicho, no puedo decirte nada más hasta que no sepa exactamente si cuento contigo.

Escribió un número de teléfono en un recorte de papel.

—Tal vez necesites reflexionar con calma y en soledad. Me alojo en el Carlton, en una bocacalle de la avenida Lexington. Habitación 107. Puedes llamarme allí cuando hayas tomado una decisión. En el hotel hay alguien que me gustaría que conocieras. De él depende, en última instancia, que vayas o no a Moscú. Pero, decidas lo que decidas, llámame esta noche.

Al dejar Massey la nota sobre la mesa, Anna sacudió la cabeza.

—No será necesario. Ya lo he pensado.

Massey la miró a los ojos.

—La respuesta es sí: iré a Moscú.

Slanski estaba sentado en una habitación del octavo piso del hotel situado en una bocacalle de la avenida Lexington con una copa de *whisky* en la mano. Oyó pasos en el pasillo y abrió la puerta. Era Massey.

A su lado había una mujer. Era muy hermosa. Tenía los pómulos prominentes y el pelo oscuro. Llevaba un vestido negro muy sencillo que resaltaba su tipazo. Las curvas bien contorneadas de aquel cuerpo arrancaron en él la admiración.

Su rostro, en cambio, lo paralizó. Era una cara que le despertó una reacción instantánea. Había en aquellos oscuros ojos eslavos una mezcla de fortaleza y de remordimiento. Llevaba unos instantes que se le hicieron eternos con los ojos clavados en ella. De pronto oyó la voz de Massey.

—Alex, te presento a Anna Khorev.

Anna se quedó quieta mirando fijamente a Alex. Tras unos instantes de vacilación, vio que los ojos de él la aceptaban.

Fue como si le hubieran taladrado el alma. Una experiencia extremadamente aterradora y al mismo tiempo extremadamente tranquilizadora. Parecía como si él estuviese tomando una decisión sobre algo que ella desconocía.

Luego Slanski dirigió una mirada a Massey, y cuando volvió a mirar a Anna, de pronto sonrió abiertamente, alzó la copa para brindar y dijo en ruso:

—Bienvenida al club.

En la acera de enfrente del hotel había dos hombres sentados en un Packard negro, que había seguido al taxi amarillo desde el East Side de Manhattan.

Cuando Massey y Anna bajaron del taxi, el hombre sentado en el asiento junto al conductor había bajado la ventanilla y había sacado una máquina de

fotografiar Leica.

La luz era deplorable, pero las luces de la fachada del edificio de enfrente eran suficientes para hacer dos fotografías de la pareja en el momento en que esta bajaba del taxi, y otras tres en el momento en que subían los escalones del hotel.

14

Nueva York
27 de enero, 20:00 horas

Cuando la muchacha se inclinó para depositar el *whisky* doble sobre la mesa, el hombre que se hacía llamar Kurt Braun tenía la mirada fija en los senos de ella. Aquel escote, aquellos pechos eran impresionantes, y eso que aquel barucho de los muelles del Lower East Side de Manhattan estaba casi en la penumbra.

—Un dólar, señor.

Braun, sin dejar de sonreírle a la chica, se sacó un billetero del bolsillo y le dio dos billetes de un dólar.

—Quédese con el cambio. Usted es nueva aquí, ¿no?

—Gracias, señor. Sí, empecé a trabajar el viernes.

—¿De dónde es?

La chica le devolvió la sonrisa.

—De Danville, en Illinois. ¿Ha oído hablar de este pueblo?

—Pues la verdad es que no.

—Quizá no se pierde de nada.

Braun hizo una mueca y echó un vistazo en derredor. El club privado de Lombardi, que para este era un negocio adicional, atravesaba una buena época. Aunque solo eran las ocho de la tarde, el bar estaba lleno. Los viernes por la noche los rudos estibadores jóvenes y los marineros que estaban de paso entraban allí en busca de alcohol y de mujeres. Desde el fondo del bar se oían las notas de *On a Slow Boat to China*, el disco de Kay Kyser y su orquesta que alguien había puesto en aquel momento.

Braun miró a la chica.

—Hágame un favor. Dígale a Vince que Kurt Braun está aquí.

Braun la miró mientras se alejaba, sin desviar la mirada de sus nalgas, que se le marcaban pronunciadamente bajo una falda demasiado ajustada. Cuando hubo desaparecido, Braun echó un vistazo a su alrededor. Había allí una docena de hombres y un puñado de chicas que servían las mesas. Parecían lo que eran: rameras. Iban pintarrajeadas, se habían embadurnado con maquillaje

barato y llevaban ropa barata de colores chillones, que dejaba traslucir qué tipo de clientela pasaba por sus camas.

Cinco minutos más tarde Vince, el guardaespaldas de Lombardi, se acercó a la mesa de Braun. Era ancho de espaldas y musculoso; tenía la nariz tan aplastada que parecía que se la hubiesen machacado con un mazo. Era desgarbado, y debajo de su brazo izquierdo podía verse un bulto: Braun sabía que era allí donde Vince tenía su pistola enfundada.

A pesar de su aspecto, Braun no ignoraba que aquel hombre podría matarlo sin apenas ningún esfuerzo. Los dos se miraron un instante sin decir nada; parecían boxeadores profesionales que se estuvieran tomando las medidas antes de un combate.

—Carlo está arriba esperándote. Ha dicho que vayas ahora —dijo Vince.

Braun apuró la copa de *whisky* y se puso en pie.

En la puerta del segundo piso del club había una placa con unas letras doradas que decían: *Longshoreman's Union. C. Lombardi, jefe de distrito*.

Carlo Lombardi era un siciliano de baja estatura, de unos cuarenta y cinco años, con un bigote del grosor de un lápiz. Tal como dejaba adivinar el cargo que figuraba en la placa, su feudo eran los muelles del Lower East Side de Manhattan, donde ejercía el poder como si se tratara de un territorio que le perteneciese. Aparte del club, tenía numerosos negocios, incluidas acciones en los tres burdeles del barrio que ofrecían sus servicios a los marineros que estaban de paso.

A pesar de su aspecto de persona inofensiva, Lombardi era famoso por sus acciones violentas, en especial por su manejo del cuchillo. Tenía la cabeza casi totalmente calva. Los mechones de cabello negro y fino, desarreglados, no le disimulaban la calvicie, y habría hecho bien en ponerse una peluca que lo adecentara. Pero Lombardi no era de los que pierden el tiempo en chorradas así. La única vanidad que se permitía era peinarse de vez en cuando los mechones para taparse el rosado cuero cabelludo, que más bien parecía un sarpullido.

Un patán listillo del bar había dicho una vez, en guasa, que lo único que Lombardi necesitaba para peinarse era una esponja húmeda. Para Lombardi fue una gozada esperarlo en un callejón que había a una manzana del club y clavarle un cuchillo en un ojo, retorciéndolo hasta que aquel patán de mierda que se las daba de gracioso chilló como un cerdo. Nadie tenía agallas para enfrentarse a Carlo Lombardi, que se fue de allí sin un rasguño.

Oyó que llamaban a la puerta y vio que Vince la abría para dejar entrar a Braun.

Al lado del cachas de su guardaespaldas, Braun parecía casi escuchimizado. Tenía una cicatriz roja en la mejilla izquierda y un aire amenazador, que daba a entender que era un tipo tan peligroso como él.

—El señor Braun ha venido a verlo, señor Lombardi.

—Déjanos solos, Vince.

Cuando hubo cerrado la puerta, Lombardi se levantó despacio y fue al encuentro de su visitante para saludarlo. Las persianas del despacho estaban bajadas y no se veían ni el río ni los muelles, pero la luz estaba encendida. Lombardi le estrechó la mano.

—¿Quieres un trago? —le preguntó de mala gana.

—*Whisky*.

Lombardi sirvió dos *whiskies* en un mueble bar cromado que había junto a la ventana y puso unos cubitos en cada vaso. Le dio a Braun su vaso y se sentó.

—¿Quieres oír la historia de la extranjera?

—Para eso he venido.

—¿Te importa que te haga una pregunta personal? ¿Qué coño pasa? Llevo meses siguiéndola. No hace nada.

Braun bebió un poco de *whisky*, se recostó en su asiento dijo secamente:

—Cuéntamelo todo, Lombardi. Para eso te pago.

Lombardi suspiró, y de un cajón extrajo un sobre grande de color marrón con sus dedos gordos y llenos de anillos de oro. Alzó la vista y sonrió.

—¿Has visto a la nueva chica que tengo abajo?

—Sí, la he visto.

Lombardi sonrió y se agarró la entrepierna.

—Está más verde que un asno pero vale la pena retozar con ella en el heno. A ella también le gusta a lo bestia, ¿entiendes lo que te digo?

Braun no sonrió.

—Dame lo que me tienes preparado.

—Eso es lo que me gusta de ti, Braun. Nada de perder el tiempo. Vas directo al grano. Eres un hombre ocupado. Tienes que viajar, tienes cosas que hacer. —Le entregó el sobre—. Está todo escrito como tú querías. No hay muchos datos nuevos. Salvo uno: un hombre fue a verla.

—¿Quién?

—Un tío. Se quedó una noche en el Carlton, en una bocacalle de la avenida Lexington. Se llama Massey. La llevó allí con él. Al cabo de dos

horas ella se marchó. Eso es lo único que sé seguro. —Lombardi meneó la cabeza, mirando el sobre—. De todas maneras, lo tienes todo aquí. Las fotos también.

Braun abrió el sobre y examinó brevemente su contenido; echó una ojeada a las fotografías y luego lo cerró. Se metió una mano en el bolsillo y sacó otro sobre, que entregó a Lombardi.

—Para ti.

—Amigo, te lo agradezco desde lo más profundo de mi negro corazón.

Lombardi cogió el sobre con su regordeta mano y miró a Braun.

—Así ¿qué es lo que pasa con la rusa?

—¿Quién te ha dicho a ti que sea rusa?

—Mis chicos han estado observándola durante más de dos meses. ¿Crees que yo no me entero de nada?

Braun sonrió fríamente, pero no contestó. Lombardi metió el sobre en un cajón y lo cerró bruscamente.

—Bien, tú pagas la factura, así que trabajaremos a tu gusto. Siempre que no me encuentre con federales rastreándome el culo con un hierro candente.

—Eso no ocurrirá. Limítate a seguir observándola. —Braun apuró el *whisky* y se puso en pie—. Es un placer trabajar contigo, Lombardi.

—Por supuesto.

Lombardi miró la cara de su visitante y la fea cicatriz.

—Como mi trabajo es complacerte en todo, ¿te apetece alguna chica antes de irte? No te cobraría nada si eliges a la pastora de Illinois, si es a ella a la que quieres.

Esta vez Braun sí sonrió.

—¿Por qué no?

Eran casi las diez cuando Braun llegó al apartamento de un solo dormitorio que tenía en Brooklyn. Subió las escaleras hasta el cuarto piso y entró, sin encender la luz al cerrar la puerta. Las cortinas estaban descorridas y se fue a la cocina, donde cogió una botella de cerveza de la nevera.

Al volver a la habitación delantera vio que había un hombre sentado en la penumbra. Llevaba un abrigo, un sombrero, fumaba un pitillo y en la mano tenía un vaso lleno. Braun vio al trasluz la mueca en la boca de aquel hombre.

—¿Trabajas hasta altas horas, Gregor?

Braun soltó el aire contenido.

—Dios… te agradecería que no hicieras estas cosas, Arkashin.

El hombre llamado Arkashin rio y se levantó.

—Me he servido una copa de tu excelente *whisky*. Espero que no te importe.

Felix Arkashin era de baja estatura y rechoncho. Las carnosas mejillas eran fláccidas y le colgaban; tenía el rostro curtido y unos ojitos de mirada dura. No era guapo. En su mandíbula izquierda tenía un lunar oscuro y grande; llevaba el pelo alborotado y le caían unos mechones sobre la frente. Su piel tenía la textura del cuero. A sus cuarenta y ocho años, era un agregado de la misión soviética de las Naciones Unidas en Nueva York. En realidad, tenía el rango de comandante del KGB. Braun lo miró.

—¿Cómo has entrado?

—¿Has olvidado que tengo una llave de repuesto para las situaciones de apuro?

—Has corrido un riesgo muy grande al venir aquí. Puede que te hayan seguido.

Arkashin sonrió.

—Lo intentaron, como siempre. Y como siempre les he despistado en el metro. Una zorra vieja y ladina siempre se deshace de su cazador, mi querido Gregor. Además, la caza me excita.

Braun se acercó a la ventana. Las luces de Nueva York resplandecían. Echó un trago y encendió un cigarrillo.

—¿A qué viene esta visita?

—¿Tienes el informe sobre la chica?

Braun enarcó las cejas y habló con una voz que dejaba traslucir su enfado.

—¿Para eso has venido? Podías haber esperado hasta mañana y recogerlo en el apartado de correos.

—En el correo que ha llegado hoy de Moscú había instrucciones respecto a la chica. Tengo que tomar una decisión esta noche.

Braun lo miró, sorprendido.

—¿Qué instrucciones?

—Déjame oír tu informe primero, Gregor.

Braun se lo contó todo. Arkashin se rascó el lunar de la mandíbula y enarcó las cejas.

—Muy interesante. ¿Te fías de Lombardi?

—Antes me fiaría del demonio. Moscú puede recurrir a sus servicios en secreto, pero él tiene sus rechonchas manos en demasiadas masas. Casi todo ilegal. Y esto es peligroso.

Arkashin se encogió de hombros.

—No tenemos otra opción. Lo necesitamos. Si los americanos descubrieran nuestra operación de vigilancia, lo pagaríamos muy caro. De esta forma los mantenemos a distancia. Además, Lombardi nos debe la vida. Sin nuestra ayuda seguiría siendo un sindicalista.

—¿Quién crees que es ese tal Massey?

Arkashin depositó el vaso sobre la mesa. Estuvo un rato sin decir nada, como si le costase decidirse sobre algo que Gregor ignoraba.

—¿Quién sabe? Las fotografías que hicieron los hombres de Lombardi son de pésima calidad, en realidad son fotos de aficionados, pero pueden sernos útiles. Haré que las examinen por si alguno de nuestros oficiales lo reconoce.

—¿Y qué haremos mientras?

—Mientras, le dices a Lombardi que quieres que extremen la vigilancia. Una operación de veinticuatro horas. Y dile que pronto tendrás un trabajo para él con el que podrá ganar mucho dinero. —Arkashin hizo una mueca—. Estoy seguro de que esto atraerá a Lombardi.

—¿Qué clase de trabajo?

Arkashin miró a su interlocutor y sonrió.

—Ya sabes que en Moscú no les gusta que los norteamericanos nos menosprecien, Gregor. Es preciso que les demostremos que no pueden tomarnos a risa.

—¿Tan importante es ella?

—No, pero es una cuestión de principios.

—¿Qué va a hacer, pues, Lombardi?

—En el momento oportuno vamos a llevarnos a la chica a Moscú —dijo Arkashin—. Necesitaremos que Lombardi la secuestre. ¿Crees que estará dispuesto a hacerlo?

—Hará cualquier cosa a cambio de dinero. Pero llevarla a Moscú será muy complicado.

Arkashin volvió a dejar la copa encima de la mesa y apagó el cigarrillo.

—Estoy de acuerdo. Pero Lombardi controla los muelles. Meterla en una embarcación soviética no tiene por qué ser difícil para él. Pero, si esto resultara imposible, contamos con otra opción.

—¿Y cuál es?

—Una actuación que será una repetición de la que tan bien realizaste en Suiza. —Arkashin sonrió—. La matas.

Tercera parte
1 - 22 de febrero de 1953

15

New Hampshire
1 de febrero

Seis días después, hacia las cinco de la tarde, Massey y Anna llegaron al lago Kingdom. Aquella mañana habían cogido un tren en Nueva York que los había llevado a Boston. Slanski fue a la estación a recogerlos en su camioneta. Massey llevó a Anna de compras y le pagó la ropa y el calzado que necesitaría. Luego cogieron la camioneta en dirección a New Hampshire. Dos días antes había llevado a Anna y a Slanski a un estudio de Nueva York, donde les hicieron unas fotografías para los documentos de identidad falsos que necesitarían. El fotógrafo, al parecer, comprendió exactamente qué quería Massey y había hecho varios carretes con fotos de Anna y de Slanski por separado y juntos, vestidos con las ropas rusas que él mismo había proporcionado.

Al pasar la curva, cuando iban por el camino particular, Anna vio el lago y la cabaña de madera. A lo lejos, las montañas estaban nevadas y el bosque que había más abajo formaba un paisaje notablemente hermoso y salvaje, como el ruso.

Cuando Slanski paró el coche, Massey abrió la puerta a Anna y le cogió la maleta.

—Lo primero que vamos a hacer es enseñarte la casa y tu habitación para que te familiarices con el lugar y te sientas a gusto. Luego ya te informaremos de todo lo que debes saber.

Anna miró las aguas del lago y el bosque.

—Jake me ha dicho —le dijo a Slanski— que era muy bonito, pero nunca pensé que podría llegar a guardar un parecido tan sorprendente con el paisaje ruso.

Slanski sonrió.

—Antes había zonas aquí en las que se hablaba ruso. Pequeñas comunidades integradas en su mayor parte por tramperos y cazadores de pieles, que se instalaron en esta región en el siglo pasado. Me imagino que se sentían como si estuvieran en su tierra natal.

Los acompañó adentro y le enseñó a Anna el pequeño dormitorio que había arriba.

—Esta es tu habitación. Es un poquitín austera, me temo, pero no pasarás frío y es bastante cómoda. Cuando hayas acabado de deshacer el equipaje, yo estaré abajo.

Se fijó en cómo la miró Slanski antes de irse. Había intensidad en su mirada, aunque fue breve. En el dormitorio había una cama individual y una silla. La ventana daba al lago. Junto a la ventana había un jarrón con flores; en un rincón había un aguamanil de porcelana y una jofaina, con toallas limpias. Después de deshacer el equipaje y de lavarse, bajó. Massey y Slanski estaban sentados a una mesa de pino tomando café.

—Siéntate, Anna —dijo Slanski.

Anna se sentó y Slanski le sirvió café. Ella escrutaba su rostro cuando él no la miraba. Sin ser una beldad, no le faltaba atractivo. En sus ojos había una expresión extraña, que ya había advertido el día que lo conoció, como si algo no andara bien, y en la comisura de los labios había una débil sonrisa, como si aquel hombre encontrara la vida singularmente divertida.

Slanski se sentó y le dirigió la mirada.

—Lo primero es lo primero —dijo con seriedad; los trazos de sonrisa habían desaparecido de su boca—. ¿Estás totalmente segura de saber en lo que te has metido?

—Si no lo estuviera, no habría venido.

—Jake te ha dicho que te exponías a evidentes peligros. ¿Estás segura de que estás dispuesta a afrontarlos?

Anna miró a Slanski con una expresión de firmeza en el rostro.

—Sí.

Slanski meneó la cabeza.

—No me refiero solo a los peligros más evidentes. Me refiero a que te pueden coger. ¿Eres consciente de las consecuencias que esto entrañaría?

Anna se lo quedó mirando fijamente.

—Sé qué me ocurriría y estoy preparada.

—Hay unas normas básicas y quiero que comprendas que debes seguirlas mientras estés aquí. No puedes hablar de la misión con nadie, aparte de nosotros. ¿Te contó Jake quién es Vasili?

—Sí, aunque fue escueto.

—Aunque es una persona de total confianza, por razones de seguridad no podemos hablar de la misión con él. Pero no te preocupes por eso, porque él no hará preguntas. Durante el día nos entrenaremos juntos, pero dentro de

diez días llegará un hombre llamado Popov, que se encargará de la parte más dura: será un duro entrenamiento con armas soviéticas y de autodefensa. En realidad, es una precaución que tomamos por tu bien, para que sepas defenderte en situaciones difíciles. Pero no hables con Popov sobre nuestros planes bajo ningún concepto. ¿Lo has entendido?

Echó una breve mirada a Massey, que la estaba mirando fijamente.

—Anna, mientras estés aquí, Alex está al mando de todo. Tienes que hacer lo que él te diga.

Anna miró a Slanski.

—Muy bien. De acuerdo.

—Bien. Otra norma. Tienes que trabajar al máximo de tus capacidades y concentrarte para retener toda la información que vayas recibiendo. No quiero tener sorpresas luego y descubrir que no puedo confiar en ti.

—Puedes confiar en mí.

La sonrisa volvió a iluminar el rostro de Slanski, aunque brevemente.

—Será mejor que dejes que sea yo quien juzgue si puedo o no confiar en ti. Otra cosa, la última. Cuando estés conmigo, háblame siempre en ruso. Yo lo hablo con soltura y la gente me dice que podría pasar por moscovita. Creo que exageran. Llevo mucho tiempo fuera de Moscú y sé que mi acento no es perfecto. Pero como en Moscú hay tantos acentos, quizá no sospechen que no soy moscovita. De todas formas, mientras estemos aquí, si crees que hay ciertas palabras o frases que podría pronunciar mejor, me corriges. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Slanski se levantó despacio.

—Bien. Sobre la misión te comunico que entraremos en Rusia por uno de los Estados bálticos y que saltaremos en paracaídas. Sobre Estonia, para ser precisos. ¿Conoces Estonia? Anna hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Mi padre sirvió allí de comandante en el Ejército Rojo.

—Entonces —dijo Slanski secamente— esperemos que, cuando lleguemos allí, la resistencia estonia de la que dependemos para conseguir ayuda no se entere de este particular. ¿Sabes hablar estonio?

—Sí.

Slanski miró a Massey.

—En realidad, no importa. Los estonios hablan ruso, pero no porque hayan elegido aprenderlo. Las autoridades soviéticas insisten en que el ruso debe emplearse como la lengua oficial. Volvió a mirar a Anna.

—Durante el tiempo que dure la misión, seremos en todo momento marido y mujer. Si todo se desarrolla según el plan, nos dirigiremos a Moscú vía Leningrado utilizando medios de transporte públicos, trenes y autocares. Hemos establecido ya la ruta que vamos a seguir y contamos con enlaces suficientes que nos ayudarán. Pero si las cosas se tuercen, por la razón que sea, no nos quedará más remedio que cambiar los planes sobre la marcha. Una vez lleguemos a Moscú, si es que llegamos a Moscú, te pondrás en contacto con otro enlace que te facilitará las cosas para poder regresar a América.

—¿Cómo?

—Jake te lo explicará antes de irnos. Eso y todo lo demás que es preciso que sepas.

Anna miraba a uno y a otro.

—Hablas como si todo fuera muy sencillo, En la Unión Soviética los viajeros tienen que pasar varios controles rutinarios. ¿O es que no lo tienes en cuenta? ¿Y la documentación que necesitaremos para poder viajar? ¿Y qué ocurrirá si nos separamos o si nos cogen a ti o a mí? ¿O si nos cogen a los dos?

—Sé que no será fácil. De hecho será endemoniadamente complicado. Sobre todo una vez hayamos aterrizado con los paracaídas. Estonia es un hormiguero de soldados soviéticos. El país es una plaza fuerte y algunas de las flotas bálticas tienen allí su base. En muchos aspectos Estonia presenta tantas dificultades como la propia Rusia. En cuanto a tus restantes preguntas, obtendrás las respuestas a su debido tiempo.

—Nunca he saltado en paracaídas —dijo Anna.

Slanski movió la cabeza.

—No te preocupes, eso ya lo arreglaremos.

Echó un vistazo al reloj.

—Tengo que ir al pueblo a hacer unas cuantas compras —le dijo a Massey—. ¿Quieres enseñarle a Anna los alrededores? Vasili no tardará en llegar. Ha salido en barca a pescar.

Massey hizo un gesto afirmativo. Slanski cogió unas llaves de encima de la mesa y se fue. Unos segundos más tarde Anna oyó el *jeep*, que arrancaba y se iba.

Massey miró a Anna a la cara.

—¿Qué pasa?

—He visto algo en sus ojos que no me ha gustado. No sé si es que le caigo mal o si no se fía de mí.

Massey sonrió.

—Yo no diría eso. Si Alex se muestra brusco es porque le preocupa tu seguridad. Siempre es brusco cuando hay que tratar cuestiones tácticas. Aunque, si he de serte sincero, es un hombre difícil y no se abre fácilmente. Pero no te preocupes, no tendrás problemas con él.

—No estoy preocupada, Jake.

—Bien. —Massey sonrió—. Ven. Vamos afuera a ver si encontramos a Vasili. Estoy seguro de que te va a gustar.

Cuando llegaron al lago, unos minutos más tarde, vieron que se acercaba una barca con motor fuera de borda, que rompía el silencio reinante en el lugar como si hubiese irrumpido una avispa metálica.

El viejo estaba sentado en la proa. En cuanto vio a Massey, agitó la mano. Llevaba una cazadora de cuero de venado y una gorra de lana con orejeras. En una funda del cinturón de piel llevaba un cuchillo. Cuando el viejo bajó de la barca y la amarró, Anna se percató de que había algo, no sabía qué, en sus facciones que le resultaba familiar. Él observó un momento el rostro de Anna antes de estrechar la mano de Massey.

Hablaba inglés con mucho acento.

—Massey, bienvenido a esta tierra. Alexei me comentó que vendrías.

—Vasili, me gustaría presentarte a Anna. Anna, te presento a Vasili.

Anna observó al viejo de nuevo. Aunque no era en absoluto guapo, aquel rostro de ojos castaños desprendía una afectuosidad, una amabilidad que la sedujeron inmediatamente. Le ofreció la mano, que el viejo estrechó.

—*Zdrastvuitie* —dijo instintivamente.

Él sonrió y le contestó en ruso.

—Bienvenida, Anna. Bienvenida a mi casa. Alexei me dijo que eras rusa.

—Soy de Moscú. ¿Y tú?

—De Kuzomen.

Entonces cayó en la cuenta: las facciones de aquel hombre eran las de los lapones de piel oscura que viven en la tundra nórdica de Rusia.

—Estás muy lejos de tu tierra.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó el rostro de piel oscura del viejo.

—Sí, muy lejos, demasiado lejos para volver. Pero en esta tierra me siento como en casa. Nosotros, los rusos, somos como el buen vino. Viajamos bien. —Miró a Massey—. ¿Dónde está Alexei?

—Ha ido al pueblo de compras.

—¿Les ha ofrecido pan y sal?

Era una vieja tradición rusa: a las visitas se les ofrece pan y sal.

Massey sonrió.

—Me temo que solo nos ha ofrecido café.

El viejo se quitó la gorra y movió la cabeza.

—Típico. Como todos los jóvenes, olvida las tradiciones. Vengan, deja que les haga los honores, Anna. Apóyate en mi brazo.

Vasili le ofreció el brazo y Anna se cogió de él.

Hizo un guiño a Massey, que contemplaba la escena divertido, y dejó que el viejo los llevara a la cabaña.

Vasili depositó una barra de pan de maíz y un salero sobre la mesa.

Se fue a la cocina y volvió con tres vasitos y una botella de vodka. Una vez hubo terminado de llenar los vasitos, desenfundó el cuchillo de caza, cortó con cuidado una rebanada de pan de maíz y le dijo a Anna que tendiera la mano.

Le puso la rebanada en la palma abierta y echó un poco de sal. Anna dio un mordisco a la rebanada de pan salado y el viejo le ofreció su vasito de vodka.

—*Za zdorovie*. Bebe, Anna. Eres mi invitada y tu estancia en mi casa es motivo de alegría.

Anna bebió un trago de aquel aguardiente increíblemente fuerte y picante y empezó a toser como si se estuviera asfixiando. Cuando se repuso, en el rostro surcado de arrugas de Vasili se dibujó una sonrisa.

—¿Lo encuentras fuerte?

Anna hizo una mueca.

—Fortísimo. Puro fuego. ¿Es vodka?

Vasili se rio.

—De noventa y cinco grados. Así es como lo hacen en Kuzomen. El sabor picante se debe a que le añaden enebrinas y pimienta. Lo prepara un inmigrante ruso de Kuzomen, que vive a unos cinco kilómetros de aquí. Si te metes en el cuerpo una botella de este vodka en noviembre, puedes ir desnudo hasta que llegue la primavera.

Anna se puso a reír y Vasili ofreció el pan y la sal a Massey, siguiendo el mismo ritual. Cuando Massey hubo bebido de un trago el aguardiente, meneó la cabeza y casi lo escupió.

—¡Joder…!

Vasili hizo una mueca y le amonestó agitando el índice.

—Massey, estás demasiado lejos de Rusia para apreciar un buen vodka.

El viejo iba a llenarle el vaso, pero Massey lo tapó con la mano y se levantó.

—Muchas gracias, pero no quiero beber más. Otro vasito más y tendré que arrojarme al lago para refrescarme. Tengo que ir a recoger unas cosas del coche. ¿Por qué no le muestras los alrededores a Anna?

El rostro de Vasili se contrajo al sonreír.

—Será un placer, si a Anna le hace ilusión.

—Me hace muchísima ilusión.

Vasili recogió la mesa y se fue a la cocina para dejarlo todo en orden.

Anna levantó los ojos y vio que Massey le sonreía.

—Me parece que le gustas.

Veinte minutos más tarde, Massey estaba de pie junto a la ventana fumando un cigarrillo cuando vio llegar el *jeep*.

Slanski bajó del todoterreno y se dirigió a la cabaña llevando en los brazos dos paquetes de cartón con provisiones. Massey le abrió la puerta. Slanski fue a dejar los paquetes y vio dos largas cajas de madera que Massey había puesto en el suelo. Slanski dio un puntapié con la bota a una de ellas.

—¿Qué hay en estas cajas?

—Todo lo que necesitaréis cuando llegue Popov —dijo Massey—. Mejor será que las guardes en un lugar seguro. Hay armas y municiones suficientes para empezar una guerra.

—Debajo de la cocina hay una pequeña despensa. Las dejaremos allí.

Slanski encendió un pitillo.

—¿Dónde está la chica?

—Vasili la ha llevado a dar un paseo. Ha quedado prendado de Anna.

—Hace mucho tiempo que no olía un perfume. Jake, ya no estoy tan seguro de que podamos contar con ella.

—¿Ya empiezas con las dudas? ¿Qué le ha pasado a tu instinto?

Slanski sacudió la cabeza.

—Me bastó una mirada para saber que tiene todas las cualidades que se requieren para la misión. Pero estás poniendo en peligro su vida y no creo que sea totalmente consciente de dónde se ha metido. Sé que mientras esté conmigo estará bien. Pero si surgen problemas y no nos queda más remedio que separarnos, no la veo capaz de salir ella sola de una situación peligrosa.

—Deberías tenerle más confianza, Alex. Ya te lo dije: tienes que fiarte de mí. Y recuerda que ha pasado casi un año en el gulag. Una persona que es

capaz de sobrevivir un año en aquel infierno y hacer lo que ella hizo para escapar no se rendirá así como así. Cuando Popov le haya dado la ocasión de mostrar lo que vale, se sentirá más segura.

—Otra cosa. Es demasiado bonita. Llamará la atención.

—Entonces, ¿por qué aceptaste que fuera contigo?

Slanski sonrió.

—Quizá por eso mismo. Me conoces de sobra. Sabes que una cara bonita puede conmigo.

Massey sonrió y meneó la cabeza.

—Nada ni nadie puede contigo, amigo mío. Pero eso tiene fácil arreglo. No puedes figurarte lo que pueden hacer un maquillaje intencionadamente torpe y un corte de pelo ridículo para alterar el aspecto de alguien.

—Tenía que decírtelo, Jake.

—Bobadas.

Massey extrajo un sobre de un bolsillo interior y se lo entregó a Slanski.

—¿Qué es?

—La lista de nuestros enlaces en Rusia y en el Báltico. Tienes tiempo hasta que se vayan para memorizarlo todo hasta el último detalle. Luego debes destruirla.

Slanski echó una ojeada al sobre.

—¿Estás seguro que todos ellos son de confianza?

—Todo lo seguro que puedo estar dadas las circunstancias. Son pocas las personas en las que se puede confiar totalmente, pero de estas me fío. Hay los nombres de dos personas que estarán en cada una de las ciudades más importantes de Rusia por las que tendréis que pasar para ir a Moscú. Un enlace principal y un refuerzo. Algunos de ellos son gente que tengo en la reserva y que no he utilizado desde hace años.

—¿Cómo te pusiste en contacto con ellos?

—Todavía no lo he hecho, pero deja eso en mis manos. Si hay algún cambio en los nombres, te lo comunicaré. He hecho gestiones para ponerme en contacto con nuestros amigos de Tallin, que los recogerán en cuanto hayan aterrizado con paracaídas, si todo se desarrolla según el plan establecido.

Slanski se metió el sobre en el bolsillo.

—¿Qué quieres que haga con la chica hasta que nos vayamos?

—Dale un par de días para que se aclimate y luego empieza con el ejercicio físico. A ti también te conviene. Tienen que ir a correr todos los días y hacer gimnasia. Sé exigente con ella, es por su bien. De Tallin a Moscú el camino es largo y nadie puede prever qué va a ocurrir. Así que tienen que

estar en forma los dos. Otra cosa: deberán saltar en paracaídas, y como en nuestros campos de entrenamiento no podemos utilizar ninguno, tendrás que hacer lo que puedas para ayudar a Anna en este sentido. Necesitará instrucciones básicas para que no se haga daño al saltar.

—¿Y qué harás tú mientras nosotros estemos aquí sudando sangre?

—¿Yo? —Massey sonrió—. Estaré en París, divirtiéndome.

16

Cuando el Ejército Rojo avanzaba por las llanuras de Polonia con el objetivo de arrasar Berlín y acabar con el Tercer Reich, Henri Lebel acababa de ser liberado del campo de concentración de Auschwitz.

El oficial ruso que había registrado —acompañado de sus hombres— los barracones del campo en busca de los supervivientes que pudiera haber entre los muertos echó una mirada al demacrado cuerpo del francés, que estaba tendido en una litera plagada de pulgas, con las piernas y los brazos que eran un manojo de huesos y los ojos sin vida.

—Déjenlo. Este desgraciado está más que muerto —dijo.

Al trasladar el cuerpo de Lebel a la fosa común, junto con otros cuerpos sin vida, oyeron que respiraba débilmente y vieron en sus ojos un ascua de vida; solo entonces decidieron que aquel hombre estaba vivo y que no podían enterrarlo.

Pasó dos largos meses en un hospital de campaña ruso con el fin de recuperar las fuerzas y luego lo entregaron a los británicos, que le dieron permiso para regresar a su París natal.

Lebel había sobrevivido a la guerra pero había perdido a su mujer, que halló la muerte en uno de los hornos de Auschwitz, no solo porque era judía sino también porque Lebel había pertenecido a la resistencia comunista francesa.

Hacía ocho años que había reemprendido el negocio de peletería que su padre, un inmigrante ruso judío, había abierto en París. Henri Lebel había conseguido remontar poco a poco el negocio hasta convertirlo en una empresa floreciente, que vendía las mejores pieles y martas cibelinas rusas a los parisinos de buena posición. Él mismo hizo una gran fortuna: se alojaba en una *suite* del Ritz y poseía un chalé de lujo en Cannes.

Hacía frecuentes viajes a Moscú, donde sus enlaces de la resistencia mantenían buenas relaciones con las autoridades soviéticas. En consecuencia, Lebel no tuvo dificultades para convertir su empresa en un monopolio: tenía la exclusiva de venta de las mejores pieles y martas cibelinas rusas en Europa. Y como el mercado norteamericano empezaba a expansionarse, tras recuperarse de los años de la posguerra, Lebel había abierto una próspera sucursal en la Quinta Avenida neoyorquina.

La vida, a pesar de los horrores pasados, parecía tratarle bastante bien. Pero Henri Lebel guardaba un oscuro secreto, que los rusos con los que mantenía relaciones comerciales desconocían.

En su turbulenta vida había habido momentos decisivos que recordaba con toda claridad. El día que él y Klara fueron detenidos por la Gestapo. El día que conoció a Irina Dezov. Y el día que había vuelto a la vida después del horror de Auschwitz.

Nunca olvidaría el día que los detuvieron en París, dos años después de que los alemanes invadieran Francia.

Era el día del cumpleaños de su mujer y, tras varios meses de vivir escondidos, se arriesgó a invitarla a un café para celebrarlo. Era un sábado por la mañana. Estaban sentados bebiendo sin demasiadas ganas el sucedáneo de café que servían en aquellos tiempos de guerra y unos apelmazados pasteles, cuando abrieron la puerta y tres hombres vestidos de paisano entraron en el local. Lebel vio los abrigos, los guantes de piel negros y los sombreros gachos de alas flexibles y se le helaron las venas. Sabía que lo buscaban por luchar en la resistencia.

Los tres hombres se quedaron en el centro del café, con las manos en la cadera. Uno de ellos, el que estaba al mando, gritó con una voz aguda que a Lebel se le quedaría grabada en la memoria para siempre:

—¡*Papieren*! ¡Que todo el mundo saque su documentación! ¡Rápido!

Siguió la siniestra broma, que resonó en todo el café:

—Y si entre vosotros hay algún judío, ya puede empezar a rezar —dijo el policía de la Gestapo haciendo una mueca.

Henri Lebel parecía que estaba oyendo todavía la risa de aquellos nazis. Miró a su mujer, a quien se le había demudado el hermoso rostro. Lebel recordaba aún perfectamente cómo el cuerpo se le quedó empapado de un sudor helado, cómo la sangre le martillaba los oídos, cómo sintió que iba a estallarle el corazón. Era un *résistant*, y lo que era peor, un *résistant* judío.

Los tres policías recorrieron el local examinando la documentación de todos los presentes. El que mandaba se acercó a la mesa de Lebel. Sonrió a Klara y miró a Henri.

—*Papieren, bitte*.

Lebel le entregó enseguida la documentación. El policía de la Gestapo era de elevada estatura, tenía la cara enjuta y unos penetrantes ojos azules. Era una cara que permanecería vivamente grabada en la mente de Lebel día y

noche. Los ojos del policía examinaron la fotografía de la documentación y luego, muy despacio, la cara de Lebel, como si estuviera reflexionando sin haber llegado a ninguna conclusión.

Entornó los ojos. A Lebel las manos le temblaban, y se imaginó que al otro su temblor no le habría pasado inadvertido. El policía de la Gestapo sonrió fríamente.

—¿Dónde les expidieron su documentación? —preguntó.

Lebel oyó el silencio que se hizo en torno suyo cuando aquel hombre formuló su pregunta. Su mujer le miraba, nerviosa.

—En Marsella, señor —contestó Lebel respetuosamente, haciendo un esfuerzo por mantener la compostura. El lugar de expedición figuraba en el documento. Lebel se había deshecho de su documentación y había conseguido que la resistencia le diera otra falsa. Su nuevo apellido era Claudel. No había tenido ningún problema en seis meses. Pero ahora, pensó Lebel, este policía de la Gestapo se huele que algo no está en regla.

Continuó escrutando la documentación.

—¿Cuál es su ocupación, *herr* Claudel?

Lebel tragó saliva. Su ocupación figuraba en su documento de identidad, escrita a máquina.

—Soy vendedor, señor. —Se interrumpió. Decidió jugarse el todo por el todo y actuar con valentía—. ¿Hay algún problema? Nuestra documentación está en regla, ¿sabe?

—Eso lo decido yo —le espetó el policía de la Gestapo, que miró a la mujer de Lebel. A esta, el sudor le perlaba el labio superior, y las manos, con las que agarraba con fuerza la servilleta, le temblaban en el regazo.

El policía de la Gestapo advirtió el miedo de Klara. Volvió a mirar a Lebel.

—*Herr* Claudel, su mujer, al parecer, tiene miedo de algo, pero no sé de qué. ¿Podría usted decírmelo?

La pregunta quedó flotando en el aire como una acusación. Lebel tuvo la sensación de que el corazón se le iba. Respondió con toda la calma de la que fue capaz.

—Lleva unos días encontrándose mal.

El policía miró a Klara.

—¿De veras? ¿Y qué es lo que le pasa, *frau* Claudel?

Klara no podía dominar los nervios. Lebel puso en funcionamiento su mente a una velocidad vertiginosa. El cara enjuta aquel estaba jugando con ellos. Jugaba, porque sospechaba que algo andaba mal. El pelo oscuro de

Klara y su cara delataban su raza judía. Aunque se maquillaba con destreza con el fin de ocultar sus rasgos, Lebel no estaba seguro de que lo hiciera con la suficiente destreza.

El policía de la Gestapo seguía mirando a Klara.

—¿Y bien, *frau* Claudel? ¿Qué le pasa? ¿Se le ha comido la lengua el gato?

Lebel intervino con arrojo.

—Mire, oficial —le interrumpió—, la salud de mi mujer no le atañe a usted para nada. Somos honrados ciudadanos franceses. Y si quiere saberlo, mi mujer padece de los nervios. Su intrusión, ¿sabe?, no hace más que empeorar las cosas. Así que tenga la bondad de devolvernos la documentación si ha acabado de examinarla. —Extendió la mano con osadía, haciendo esfuerzos por no temblar.

El policía de la Gestapo se rio despectivamente antes de devolverle sin prisa los documentos de identidad.

—Le ruego que me perdone, *herr* Claudel —dijo con educación—. Espero que su mujer se mejore. Y espero también que saboreen el café y el pastel.

Los policías de la Gestapo se marcharon. Una sensación de triunfo y de alivio le recorrió todo el cuerpo.

Pero no iba a durar mucho.

Aquel mismo día, por la noche, volvieron.

Estaban en su apartamento, un lugar en el que se sentían seguros. De pronto Lebel oyó afuera, en la calle, el chasquido de neumáticos y luego unos nudillos que golpeaban la puerta. Encendió la luz y fue a coger la pistola que guardaba debajo de la almohada. Entonces echaron la puerta abajo e irrumpieron en el apartamento.

Eran seis hombres vestidos de paisano. Al frente, con una mueca de desprecio, el oficial de cara enjuta que había estado aquella mañana en el café.

Propinó a Lebel un puñetazo en la boca con la mano enguantada. Lebel cayó al suelo y el policía empezó a darle patadas hasta dejarlo sin conocimiento.

—¡Levántate, judío! ¡Levántate!

Cuando consiguieron ponerlo en pie, tenía dos costillas rotas y el hombro dislocado. Los otros policías ya estaban registrando a fondo el apartamento, habitación por habitación. Cogieron a su mujer, que estaba en la cama, y la arrastraron hasta la calle con malos modos. Klara no dejaba de chillar.

Todo lo que siguió fueron acontecimientos de penosa y triste memoria. Una auténtica pesadilla, que Lebel no podría olvidar jamás. La separación de Klara. El brutal interrogatorio en los sótanos de la Gestapo en la avenida Foch. Cuando le dijeron que habían enviado a su mujer a Polonia, siguiendo sus planes de colonización, supo que le estaban mintiendo y temió lo peor.

La Gestapo lo torturó durante una semana con el objetivo de sonsacarle información sobre sus contactos con la resistencia. A pesar de los golpes, de la tortura, de las noches en blanco, no dijo ni una palabra. Dos días más tarde lo enviaron al campo de exterminio de Auschwitz en un tren de carga de ganado. Allí sufrió dos largos años de dolorosa humillación, y si sobrevivió, fue solo por su instinto de supervivencia.

Allí conoció a Irina Dezov.

Era una chófer del Ejército Rojo, de veintitantos años, que había sido capturada y enviada a Auschwitz junto con un convoy de andrajosos prisioneros rusos. La destinaron al almacén, donde Lebel seleccionaba las ropas de los prisioneros que llegaban al campo en vagones de carga de ganado. Irina era una mujer hermosa y, a pesar de las espeluznantes condiciones de vida imperantes en el campo, no había perdido ni el buen humor ni la vitalidad. Tenía debilidad por el vodka que los prisioneros destilaban ilegalmente. Aunque Lebel hablaba ruso con soltura, apenas intercambió una palabra con Irina durante los dos meses que estuvieron trabajando juntos. Hasta que se enteró del destino que había tenido su mujer.

Desde su llegada a Auschwitz no vivía pensando en Klara, pero no quería perder la esperanza de que estuviera viva. Cuando se enteró de que dos días antes de llegar él había llegado al campo un grupo de judíos franceses, que fueron transportados hasta allí hacinados en un tren de carga, se dirigió con amabilidad, y rogándole que le ayudara, a la jefa de la sección de mujeres, a quien dio la descripción y el nombre de Klara.

Una semana más tarde aquella mujer le confirmó sus temores.

—A su mujer la metieron en una cámara de gas nada más llegar. Luego, en un horno crematorio. Lo siento, Henri.

Lebel se quedó mirando a la mujer con los ojos fuera de las órbitas, horrorizado, pero sin querer creer lo que estaba oyendo. Se fue a su mugrienta litera y se quedó allí, acurrucado, hecho un ovillo, sin poder dejar de llorar.

Por su cabeza pasaban imágenes y recuerdos, que lo abrasaban como fuego: el día que conoció a Klara, que parecía tan inocente que él sintió irrefrenables deseos de protegerla; la primera vez que le dijo que la quería, y la primera vez que hicieron el amor. El dolor y la angustia que se habían

apoderado de él eran insoportables. Cuando por fin se levantó trabajosamente de la litera, se quitó las ropas de prisionero y las ató a la litera de arriba y puso el cuello en la improvisada soga. Se dejó caer y notó que las ropas lo estrangulaban poco a poco. Entonces oyó un grito.

—¡Henri!

Irina irrumpió en el barracón y, con mucho esfuerzo, logró quitarle la soga del cuello, aunque Lebel no dejaba de protestar y pedía que le dejara morir. Pero Irina no iba a consentirlo. Al final acabaron los dos en el suelo, luchando. Lebel le daba puñetazos y le gritaba, jadeante:

—¡Vete! ¡Déjame morir!

—No, Henri, no… Irina, finalmente, consiguió calmarlo y llevarlo a la cama. Pero Lebel volvió a enroscarse como si fuera un ovillo, llorando a lágrima viva.

Irina le puso una mano en el hombro.

—La jefa me lo ha dicho. He venido aquí para consolarte.

A Lebel las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Tenías que haber dejado que me matara. ¿Por qué me lo has impedido? ¿Por qué? ¡No tenías ningún derecho…!

—Pues claro que tengo derecho, Henri Lebel. Los judíos debemos mantenernos unidos. Tú y yo sobreviviremos, ¿me oyes?

Lebel miró a Irina a los ojos.

—¿Tú… eres judía?

—Sí. Soy judía.

—¿Y los alemanes no lo saben?

—No iré a decírselo, ¿no te parece? Ya tienen suficientes judíos.

Lebel se la quedó mirando fijamente. Su dolor había aminorado.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Irina sonrió y se encogió de hombros.

—¿Qué importancia tiene que una persona sea esto o lo otro? ¿Has cambiado tu opinión sobre mí?

—No.

—Menos mal. Bebe un poco.

Le dio una botellita de vodka ilegal. Él la rechazó, pero ella le obligó a beber.

Irina le miró a los ojos. Qué mujer tan buena y alegre era, y cuánta afabilidad había en su mirada.

—Y ahora, Henri Lebel, quiero que recemos una *kaddisli* juntos. Y luego volverás al trabajo y harás un esfuerzo por sobreponerte al dolor. Pero

recuerda una cosa: la muerte de tu mujer no puede quedar impune. Algún día el mundo se enterará de que ha existido este campo. Para que eso ocurra, algunos de nosotros debemos sobrevivir. ¿Me has comprendido, Henri Lebel?

Lebel asintió y se enjugó los ojos.

Irina le cogió la mano y sonrió.

—Venga, vamos a arrodillarnos y a rezar por los nuestros.

Era todo tan irreal. En medio de aquel dolor atroz y de la muerte que lo envolvía todo, Lebel se arrodilló junto a aquella joven rusa y rezaron una antigua plegaria para los difuntos. Después, los ojos volvieron a llenársele de lágrimas e Irina le puso una mano en el hombro y lo abrazó. Luego, ella le ofreció su cuerpo: era el gesto supremo que una mujer dedica a un hombre cuando quiere consolarlo.

No lo hizo para gozar, sino para solazarlo. A pesar del entorno mugriento y de la suciedad de sus cuerpos, había una belleza y un afecto profundos en aquel acto, que a Henri le devolvió la confianza en el ser humano. Cuando, al acabar, Irina lo estrechó fuerte en sus brazos, le susurró al oído:

—Recuerda, mi hombrecito francés, que solo si sobrevivimos habrá justicia.

Después de aquel día, Henri Lebel e Irina Dezov fueron amigos y amantes. Soportaron las incesantes humillaciones de la vida del campo, rieron juntos cuando pudieron, compartieron las sobras que podían reunir de las exiguas raciones de sopa de nabos aguada y el pan moreno pasado, y, siempre que podían, bebían vodka ilegal y se emborrachaban para olvidar el dolor y la angustia con los que tenían que vivir.

La última vez que Lebel vio a Irina fue tres días después de que los rusos finalmente liberaran a los prisioneros del campo. La ayudaron a subirse a la parte trasera de un camión que iba a llevársela, siguiendo a los combatientes compatriotas, aunque detrás de las líneas rusas. Sus piernas largas y enflaquecidas apenas la sostenían. Se besaron, se abrazaron y prometieron escribirse. Cuando el camión cruzó las puertas del campo, Irina hizo acopio de fuerzas y agitó la mano y le sonrió. Aquel día Lebel derramó tantas lágrimas como el día que se enteró de la muerte de su mujer.

Desde el campo de refugiados austriaco al que fue transferido pidió a la Cruz Roja que escribiera a la dirección de Moscú que le había dado Irina, pero pasaron seis meses y no obtuvieron ninguna respuesta. Lebel no tenía noticias de Irina Dezov y empezó a pensar que quizá aquella mujer no había

existido nunca: su pasado se había convertido en una pesadilla en la que era imposible distinguir lo real de lo irreal.

Durante los cinco años que siguieron a la guerra, Lebel pugnó por olvidar su pasado. Una sucesión de jóvenes modelos núbiles, que anhelaban desfilar con las pieles de Lebel por las pasarelas de París y, además, proporcionarle placer, habían conseguido borrar su pena temporalmente, pero nunca olvidó por completo a Irina Dezov.

Un año más tarde tuvo que emprender un viaje de trabajo a Moscú. En lo sucesivo aquel tipo de viajes se intensificaría porque su negocio prosperaba.

En uno de esos viajes, un día, al salir del hotel Moscú, vio a una mujer que caminaba por la otra acera de la calle y se le heló la sangre en las venas. Se quedó petrificado, sin poder moverse de donde estaba. Aquella mujer «se parecía» a Irina, aunque no en todo, pero el parecido le hizo comprender que Irina no era un ser casi sepultado en su memoria, sino un ser vivo y hermoso, como el que había visto el día que ella llegó a Auschwitz. Aquella mujer era sin lugar a dudas Irina. Ella se subió a un tranvía y, presa del pánico, Lebel hizo algo que no había hecho nunca.

Se deshizo del agente del KGB encargado de acompañarlo y se fue corriendo hacia el tranvía, al que logró montarse en el último momento. El corazón le latía con fuerza. Lebel se sentó detrás de aquella mujer, y cuando ella se bajó, la siguió hasta un apartamento situado en una bocacalle de la avenida Lenin. Anotó la dirección y volvió a su hotel.

El acompañante del KGB estaba furioso. Su contacto del Ministerio de Comercio Exterior lo citó y le exigió una explicación por aquella huida intempestiva.

Lebel fingió enojo e indignación: él era un leal amigo de Rusia, y como tal deberían permitirle trasladarse por la capital soviética con mayor libertad. Lo consideraba una cuestión esencial, porque la actitud de los rusos ponía en entredicho su confianza mutua. Dio su palabra de honor que por nada del mundo echaría a perder esa confianza que habían depositado en él, y él en ellos. Por otra parte, tenía fuertes intereses comerciales en Moscú y nunca se le ocurriría hacer algo que pudiera poner en peligro esos intereses. ¿O no se daban cuenta?

El funcionario del ministerio se limitó a sonreír.

—Imposible, Henri. Ya sabes cómo funcionan las cosas aquí. Los extranjeros son sospechosos. Aunque no hagas nada, tenemos que vigilarte —le dijo.

Lebel se indignó.

—Entonces escúchame bien: puedo comprar pieles de excelente calidad a los canadienses y a los estadounidenses, sin que nadie me haga irritar siguiéndome por las calles de Nueva York o de Quebec.

El funcionario palideció ligeramente, pero enseguida sonrió.

—¿Me estás amenazando, Henri?

—No, solo expongo una realidad. Y otra cosa: luché con la resistencia comunista en Francia. Perdí a mi mujer y me enviaron a Auschwitz por mis ideales. Deberíais saber que no soy un espía.

El funcionario se puso a reír.

—Pues claro que no eres un espía, Henri, pero eres un hombre de negocios, no un comunista.

—Eso no me impide sentir ciertas… simpatías.

Las simpatías por los comunistas hacía tiempo que las había enterrado, pero los negocios eran los negocios.

—Además, durante la guerra algunos de los comerciantes más ricos de Francia apoyaron la resistencia comunista.

—Es cierto. De todos modos, no puedo concederte lo que me has pedido.

Lebel ignoró la negativa y dijo, muy enfadado:

—Entonces permíteme que te sugiera una cosa: reflexiona seriamente sobre lo que voy a decirte. Estoy cansado de sus despreciables juegos. Estoy cansado de que me sigan y me traten como a un escolar del que se desconfía. Estoy cansado de que me vigilen como si fuera un visitante al que no desean acoger. Estoy cansado de sentir media docena de ojos escrutándome cada vez que voy al cuarto de baño. Estoy pensando en dejar de trabajar como representante de ustedes en Europa. Francamente, me parece que no merece la pena. Puedo comprar pieles en otras partes.

El funcionario hizo una mueca perspicaz.

—No podrás comprar pieles de marta cebellina en ningún otro sitio, Henri. Si quieres martas cebellinas no te queda más remedió que comprárnoslas a nosotros. Además, siempre podemos conseguir otro representante. Nada más sencillo.

Aquello era verdad —las pieles de marta cebellina rusas eran las mejores —, pero Lebel tenía un as en la manga.

—No podría comprar pieles de marta cebellina rusas, pero en Canadá hay una casa comercial que vende martas muy parecidas a las de ustedes. Y, créeme, estas pieles tienen una caída como no he visto en la vida. Así que, o acabamos esta pantomima estúpida y me devuelves la confianza que me has retirado, o iniciaré tratos comerciales con los canadienses.

Lebel se puso en pie con la intención de marcharse.

—No… espera, Henri. Estoy convencido de que podremos resolver este problema.

Y el problema quedó resuelto. Un par de llamadas a escalafones más altos del ministerio y un abrigo de piel de marta cebellina para la mujer del funcionario bastaron para cerrar el trato. A Lebel le concederían la nacionalidad soviética honoraria y de ese modo no tendría que verse sometido a la constante vigilancia por el hecho de ser extranjero.

Al día siguiente volvió al apartamento cercano a la avenida Lenin, vigilando continuamente para cerciorarse de que no lo seguían. No lo seguían. Aun así, era un riesgo terrible el que corría, pero pensó que valía la pena arriesgarse. Aquella conversación, que parecía una charada, con el funcionario del ministerio había sido necesaria. Todo ciudadano soviético que mantuviera relaciones con extranjeros era automáticamente un sospechoso y estaba sujeto a acosos. Pero Lebel no era tonto: era indudable que abrirían sus cartas y que intervendrían sus llamadas telefónicas, pero eso era soportable. Llamó a la puerta e Irina le abrió.

Cuando lo vio, Irina palideció. Una vez sobrepuesta del *shock*, se le llenaron los ojos de lágrimas y lo hizo entrar en el apartamento de dos habitaciones.

Se abrazaron, se besaron y lloraron. Aquel día Lebel había aprendido dos cosas: la primera, que seguía amando a Irina Dezov, y que no era consciente de que la amaba tanto; y la segunda, harto más inquietante, que ella estaba casada. O, mejor dicho, que lo estaba cuando se convirtieron en amantes en el campo de concentración. El marido de Irina, un coronel de rostro severo mucho mayor que ella, había muerto en la batalla de Berlín, al final de la guerra.

Lebel, sin embargo, no sentía remordimientos por haber mantenido relaciones con una mujer casada. Cuando sientes la muerte muy cerca, te aferras a todos los consuelos que te brindan. Por otro lado, no existen comerciantes honrados, y él, en tanto que hombre de negocios, había cometido pecados considerablemente mayores que el adulterio. Y tampoco a Irina le entristecía su infidelidad. Al contrario, le confesó que el día que se enteró de que su marido había muerto lo había celebrado con una botella de vodka, emborrachándose de alegría. Su marido era un bruto, y lo que había hecho era dejarle una pensión de viudedad y una dacha en las afueras de Moscú.

Aquel día hicieron el amor con una intensidad que era nueva para Lebel. Y contaban con la dacha de Irina, a la que podrían acudir para seguir haciendo el amor en la mayor intimidad.

Era el primer día que pasaban juntos después de muchos años sin verse. En la cama, Irina le tocó su barrigón y se rio.

—La última vez que te vi parecías un esqueleto andante, Henri. Ahora has echado carnes, mi querido francesito. Pero te sigo queriendo lo mismo.

Él había engordado, era muy cierto, pero cuando ella lo dijo vio en sus ojos que todavía lo amaba, igual que él a ella.

Irina Dezov tampoco estaba en los huesos. Estaba llenita y sus pechos eran todavía más grandes y más apetecibles de lo que él recordaba. Su amor a la vida y su ardor sensual no había disminuido en lo más mínimo.

Pero Lebel sabía que a Irina no le permitirían salir nunca de Rusia, a pesar de sus contactos. En la Rusia de Stalin no permitían salir a nadie del país. A los disidentes los fusilaban, los encerraban en asilos o los condenaban a cadena perpetua y, por supuesto, no les concedían visados para salir al extranjero. Si alguien pedía un visado de emigrante era considerado automáticamente un traidor y su destino era el pelotón de fusilamiento o el gulag. Cada vez que Irina y él se encontraban, cinco o seis veces al año, o más, si podían, tenía que ser muy prudente y cerciorarse de que no lo seguían. Así fue como desarrolló un agudo sentido para recurrir al subterfugio y para viajar hasta la dacha de Irina con habilidad escogiendo el momento más oportuno.

No era perfecto, ni tampoco muy seguro; cada vez que la veía temía que su relación estuviera destinada a ser descubierta o, lo que era aún peor, a terminar.

Pero seguirían corriendo este riesgo, y cada vez que él iba a Moscú se veían.

Ese era su secreto.

17

París
3 de febrero

Aquella tarde de principios de febrero París estaba cubierto de grises y ceñudos nubarrones que amenazaban lluvia, pero Lebel, en la lujosa *suite* del quinto piso del hotel Ritz, tenía en la cabeza tantas preocupaciones que el tiempo era lo que menos podía importarle.

Estaba sentado en un sofá que había junto a la ventana y tenía enfrente de él los cuerpos casi desnudos de dos jóvenes y voluptuosas modelos. Mirarlas le provocaba un cosquilleo erótico en toda la espina dorsal. Eran tentadoras, demasiado tentadoras incluso. Las cortinas estaban corridas y las luces encendidas. Tres potentes bombillas Xenon bañaban de luz la habitación. Cuando el fotógrafo de modas realizó unos ajustes de última hora, Lebel encendió un puro y dedicó una sonrisa a la más joven de las chicas.

—Estás estupenda, Marie, estupenda. Ten la amabilidad de volverte.

La chica tenía veinte años, el pelo corto y oscuro, y una piel morena por la que cualquier francés que se preciara sería capaz de todo. Solo llevaba un par de zapatos de tacón alto y puntiagudo, medias de seda negras y unas ligas. Tal como le había pedido Lebel, se dio la vuelta, dejando a la vista sus largas y elegantes piernas y unas nalgas redondas y perfectas. Al volverse de nuevo, irguió la cabeza y soltó una risita, mirando a Lebel, que sonreía.

—Y el abrigo, ¿qué, Henri?

Lebel apretó los labios y torció el gesto.

—Dentro de poco, tesoro. Ahora déjame que paladee este momento como se paladea un buen vino.

Marie se echó a reír, con las manos en las caderas, sin sentir ni la más mínima turbación al ver que Lebel no le quitaba los ojos de encima.

Esta chica es deslumbrante, se dijo Lebel, sobre eso no cabe duda, realmente es ideal.

—*Trés bien*, Marie. Ahora te toca a ti, Claire. Muévete despacio y con garbo.

La segunda muchacha era rubia y tenía diecinueve años. Dedicó a Lebel una sonrisa descarada y se dio la vuelta, dejando sus nalgas a la vista. Tenía

unos pechos espléndidos y, cuando se volvió de nuevo, Lebel apreció el contorno firme y gracioso de aquellos impresionantes senos. Su trasero no era tan provocador como el de Marie, ni sus piernas tan largas, pero, con todo, era una criatura hermosa, y aquellos pechos compensaban cualquier carencia.

Lebel sintió una oleada de deseo electrizándole el cuerpo y tuvo que contener un suspiro de placer.

—*Trés bien*, Claire.

Se puso en pie y apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal que había sobre la mesa auxiliar. Se dirigió al fotógrafo, un hombre decadente y finolis de mediana edad que vestía suéter, pantalones y una corbata atada al cuello que le caía por encima del hombro.

—Has hecho un buen trabajo, Patric. Las chicas han quedado justo como yo quería para el catálogo de Nueva York.

—Como siempre, ha sido un placer trabajar contigo, Henri.

Pese a lo apretado de su horario, Lebel siempre encontraba tiempo para supervisar personalmente las sesiones fotográficas destinadas a la elaboración de los catálogos. En esta ocasión se trataba de las sesiones de trabajo para confeccionar el catálogo de la inminente temporada de invierno. La *suite* del Ritz, suntuosamente decorada, era el espacio ideal para obtener fotografías espléndidas.

El fotógrafo dio una palmada.

—Primero los abrigos de piel de marta cebellina, chicas. Empezaremos con los mejores.

Lebel vio la cara de placer de las chicas, que se dirigieron, entre risitas, hacia la barra de las perchas que había en un rincón de la habitación. Había docenas de abrigos de piel de distintos tonos, del blanco níveo al negro alquitrán, colgados de perchas de madera. Eran de marta cebellina, de oso de color bermejo, de zorro plateado, de visón, de armiño. El exquisito y sensual brillo de las pieles es de una belleza digna de ser contemplada por sí misma. Lebel sonrió al ver cómo las muchachas se probaban los abrigos de piel de marta que les llegaban hasta los pies. Como había previsto, las modelos estaban espléndidas vestidas con las pieles.

El fotógrafo sacó una docena de rápidas instantáneas de las chicas en distintas poses. Lebel, siempre que lo consideraba conveniente, hacía sugerencias. De pronto alguien llamó a la puerta y un hombre de cara enjuta y hosca como la del dueño de una funeraria, vestido de frac, entró en la habitación. Ni siquiera lanzó una mirada a las dos despampanantes modelos. Charles Torrance, el mayordomo y chófer británico de Lebel, era discreto y

tenía asimismo la expresión de gravedad y solemnidad que se requería. Desde la puerta se oyó su voz melosa y dulce que, en perfecto francés, dijo:

—Una visita, señor.

—Sea quien sea, que se vaya —le espetó Lebel—. ¿No ve que estoy ocupado, Charles?

—Es el señor Ridgeway, señor. Dice que tenía una cita con usted.

Lebel suspiró. Casi había olvidado que su secretario le había llamado hacía tres días para comunicarle que tenía la cita.

—Muy bien, dígale al señor Ridgeway que lo veré en el estudio. —Lebel lanzó una mirada a las chicas y al fotógrafo y les sonrió—. Champán para todos cuando hayan acabado, Charles. Y un poco de caviar no estaría nada mal. Traiga el rojo de Crimea que me mandó el embajador soviético.

—Muy bien, señor.

Torrance asintió con un movimiento de cabeza y se retiró. Lebel volvió a sonreír, camino de la puerta.

—Tengo que atender una cuestión de trabajo sin importancia pero insoslayable. Que Charles los trate a cuerpo de rey, como se merecen. Me parece que las fotografías del catálogo van a salir magníficas.

Desde la *suite* en la que Henri Lebel vivía, en el quinto piso del Ritz, que daba a la magnífica place Vendóme, empedrada con adoquines, se gozaba de una de las vistas más hermosas de París.

Durante la guerra aquella *suite* la había ocupado un oficial de alto rango de la Gestapo, que había convertido las lujosas estancias en un apartamento de cinco habitaciones con el propósito de impresionar a su amante parisina. Estaba decorado con extrema elegancia —muebles de época, tapices de seda —, y contaba, además, con una ventaja muy especial: la de tener tres entradas y salidas distintas. Lebel tenía las oficinas y los almacenes en el barrio de Clichy, pero nunca, o casi nunca, iba a allí. Dirigía sus negocios desde la *suite* del Ritz, que le permitía preservar la intimidad.

Cuando aquella tarde entró en el estudio, vio a Massey de pie junto a la ventana. Contemplaba unas palomas que revoloteaban sobre la plaza envuelta en niebla. En un rincón había un tocadiscos encendido y, apagada, se oía la voz de María Callas cantando un aria de *La Bohéme*.

Lebel se acercó a Massey con una sonrisa en los labios y le tendió la mano.

—Jake, qué alegría verte. —Pronunciaba su nombre como se pronuncia en francés *Jacques*. Le estrechó la mano y luego miró hacia el lugar de donde procedía la música—. Veo que te has tomado la libertad de poner un disco. La Callas es absolutamente maravillosa. Si quieres entradas para la ópera, cuando venga a cantar a París, no tienes más que decírmelo. Tengo un amigo allí.

—Hola, Henri. Espero no haberte interrumpido. Charles me ha dicho que estabas reunido.

Lebel cogió un cigarro de una caja que había encima de una mesa lacada.

—Sí, con un par de chicas fascinantes de la agencia de modelos con la que trabajo. Me gusta supervisar personalmente los catálogos. Naturalmente es una excusa para contemplar a las féminas.

Massey meneó la cabeza, con una sonrisa en los labios.

—Sigues siendo el mismo, Henri.

Lebel le dedicó una sonrisa de seductor.

—Así es la vida. Pero ahora me conformo con mirar, simplemente. Tienes que creerme. —Encendió el cigarro y echó una espesa bocanada de humo—. ¿Qué te trae por aquí, Jake?

Massey miró a aquel francés gordinflón. Su fino bigote estaba impecablemente cuidado. Visto de cerca, su rostro aparecía cubierto de finas arrugas, que de más lejos no podían apreciarse debido al bronceado. Llevaba un Rolex de oro y gemelos con un diamante que le conferían un aire de potentado.

—He venido a París por poco tiempo. En realidad solo quería charlar contigo, Henri.

Lebel señaló el tocadiscos con un movimiento de cabeza.

—Por eso has puesto el disco, ¿verdad? Para que no nos oyeran. —Lebel hizo una mueca—. Jake, tú no te fiarías ni del mismísimo Dios.

—Así es como he conseguido sobrevivir hasta hoy. Lebel echó una mirada en derredor.

—Esta habitación es totalmente segura, créeme. No hay micrófonos, yo mismo he registrado las habitaciones. —La música, apagada y suave, era innecesaria, pero Lebel lo comprendió y dijo—: Toma asiento. ¿Quieres beber algo?

—¿Tienes *whisky*?

—*Whisky* y todo lo que tú quieras.

—Sin hielo y con mucha agua.

Lebel se fue al mueble bar que había en un rincón y sirvió una copa de *whisky* y otra de coñac Napoleón añejo. Massey se sentó en un sillón junto a la ventana y Lebel se le acercó alzando la copa.

—A la libertad, *mon ami*.

—*Touché*.

Lebel se rio.

—Jake, esa era casi la única palabra francesa que sabías en los tiempos de guerra y apuesto algo a que desde entonces no has aprendido ni una más.

—No he tenido ninguna necesidad de ello, amigo mío. La guerra ya ha acabado.

—¿A qué debo el placer de esta visita? Han pasado unos años desde la última vez que nos vimos. No me has llamado ni una vez, ni me has escrito, aunque prometiste que lo harías. Me has destrozado, Jake. Si fueras una mujer, hace tiempo que te hubiera mandado a paseo.

Massey sonrió.

—Cuéntame, ¿qué tal los negocios?

—No me puedo quejar. De hecho, me van muy bien. Desde que acabó la guerra los americanos ricos tienen dinero contante y sonante en abundancia. Y mis pieles les gustan, sobre todo la marta cebellina y el armiño. El año pasado, solo en Estados Unidos, gané cinco millones de francos. Una cuarta parte de mis ganancias totales.

Massey enarcó las cejas.

—Eso es fantástico, Henri.

—Y espérate al próximo año, cuando vean mis catálogos. Todavía será más espectacular.

Lebel sonrió, confiado; se inclinó hacia adelante y puso una mano en la rodilla de Massey.

—Dejemos ya los negocios. ¿Qué haces en París?

—¿Sigues viendo a los chicos de la resistencia?

—Nos reunimos una vez al año; abrimos dos botellas de champán y recordamos a los muertos. La próxima vez deberías venir. Te recuerdan con mucho cariño. Matar alemanes fue lo más importante y excitante que han hecho en su vida. Ahora crían pollos o niños y se aburren. Después de la guerra, ¿cómo iba a seguir nada igual?

Massey echó un vistazo a la elegante habitación.

—A ti, por lo que parece, las cosas no te van mal. Estas habitaciones deben de costarte un riñón.

Lebel esbozó una sonrisa.

—Es cierto. Todo lo debo a un golpe de fortuna, *mon ami*, como muy bien sabes.

—Haber luchado en la resistencia te ha reportado muchos beneficios, Henri.

Lebel se encogió de hombros.

—Tuve que pagar un precio, pero sí, no lo puedo negar. Después de la guerra me han ayudado a establecer contactos en Moscú que me han servido para mi negocio.

—Por eso, en parte, estoy aquí. Necesito que me hagas un favor, Henri.

Lebel sonrió.

—¿Se trata de algo muy peligroso o simplemente de algo ilegal?

—Las dos cosas. Y está relacionado con Moscú.

De pronto el rostro de Lebel se contrajo, cosa que puso de manifiesto sus arrugas, y se puso muy serio.

—Explícate.

Massey dejó la copa.

—Un hombre llamado Max Simon y su hija fueron asesinados hace dos meses en Suiza. Les dispararon un tiro en la cabeza. Moscú dio la orden de matarlos.

Lebel alzó su mano rechoncha.

—Jake, ya sabes que si se trata de política, no me meto en estas cuestiones.

—Déjame que acabe de hablar. El asesino es un matón de Alemania Oriental llamado Borovik. Gregori Borovik. Este no es su verdadero nombre. Utiliza un sinfín de alias. Es escoria, Henri, y quiero encontrarlo.

Lebel lanzó un suspiro y movió la cabeza.

—Jake, mis contactos no hablan de estos temas.

—Lo único que te pido es que hagas unas cuantas pesquisas. Serán pocas y discretas. Conoces a todos los de la Embajada soviética de París. Eres amigo del embajador.

—Somos amigos, pero no hasta el punto de hablar sobre los aspectos más negros del servicio de espionaje.

—Max Simon era amigo mío. Su hija tenía solo diez años.

Lebel palideció ligeramente, irritado, y sacudió la cabeza con firmeza.

—Jake, lo siento, pero estás perdiendo el tiempo.

Massey exhaló un suspiro y se puso en pie.

—Muy bien, dejemos eso. Ahora eres el comerciante número uno de pieles rusas en Europa. Dejando a un lado al personal diplomático y un

puñado de negociantes occidentales de petróleo, tabaco y diamantes, eres de los pocos que pueden visitar Moscú a voluntad. Y como Moscú es ahora una ciudad cerrada, eso te convierte en alguien especial.

Lebel asintió, pensativo, y bebió un trago de coñac.

—Todo eso es verdad. Pero déjate de rollos, Jake, y ve al grano.

Massey esbozó una sonrisa y sin inmutarse dijo:

—Necesito que saques a unas personas de Moscú en uno de tus trenes privados.

Lebel se quedó boquiabierto; el cigarro estuvo a punto de caérsele pero le dio tiempo a cogerlo fuerte con el pulgar y el índice. Frunció el entrecejo.

—Vamos a ver si te he entendido bien, Jake. ¿Quieres que saque de contrabando a unas personas de Rusia?

Massey asintió.

—A tres personas, para ser exactos.

Lebel soltó una risotada de incredulidad.

—¿Te has vuelto loco, Jake?

—Naturalmente, recibirás una compensación. Se trata sencillamente de una cuestión de trabajo.

—Déjame que te corrija, *mon ami*. De lo que se trata sencillamente es de una acción suicida. Y, por otro lado, no necesito dinero.

Lebel miró hacia la plaza. Por fin las nubes habían descargado, y los adoquines, empapados del agua de la lluvia, estaban relucientes. Las palomas se habían refugiado en los tejados. Finalmente, dirigió una mirada a Massey.

—Jake, por favor, tienes que comprenderlo. Soy un comerciante de pieles, no un agente de viajes. Me gano muy bien la vida gracias a los negocios que mantengo con los rusos. ¿Sabes qué ocurriría si descubrieran que saco de contrabando a tres personas? Me mandarían a un remoto campo de Siberia y me pasaría el resto de mi vida haciendo bolas de nieve. Eso en el mejor de los casos. En el peor, recibiría un disparo en la frente en los sótanos de Dzerzhinsky.

—Deja que te lo cuente todo, Henri.

Lebel sacudió la cabeza.

—Jake, no vas a conseguir nada. Ni Dios lograría convencerme de que debo correr este riesgo.

Massey se levantó.

—Te he pedido que me escucharas hasta el final. ¿Cuántos cargamentos de pieles sacas de Moscú al año?

Lebel se encogió de hombros y lanzó un suspiro.

—Cuatro, tal vez seis cuando las cosas van bien. Depende de la demanda.

—¿Y los transportas en vagones cerrados?

—Sí, en vagones cerrados. En un tren de seis vagones.

—¿Y tú viajas siempre con la mercancía?

Lebel hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Por supuesto, se trata de mercancía de un precio muy elevado y no puedo correr ningún riesgo. Incluso en estos tiempos en que Stalin ejerce el poder con mano dura hay bandidos cerca de la frontera finlandesa. Alquilo un tren a los rusos para viajar de Moscú a Helsinki.

—Dime, en la frontera, al entrar y al salir del país, ¿te inspeccionan?

Lebel sonrió.

—Los guardias de la frontera inspeccionan todos los vagones con perros adiestrados, Jake. Créeme, nada entra ni sale del país sin el consentimiento de Moscú.

—Casi nada, querrás decir.

Massey se sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y se dispuso a entregárselo a Lebel.

—Si es dinero, Jake, ya te he dicho que no lo necesito para nada. Olvídalo.

—No es dinero, es un informe confidencial. Quiero que lo leas, Henri.

Lebel cogió el sobre y lo abrió. En el interior había únicamente una hoja. La leyó y se quedó desencajado. Al alzar la vista, parecía una zorra a la que hubiesen pillado por sorpresa con una gallina en la boca.

—¿Qué es esto? —preguntó casi enfadado.

—Como puedes ver, es un informe sobre las tres últimas mercancías que has exportado de Rusia. Estás hecho un buen pájaro, ¿eh, Henri? Llevabas ciento veinte pieles de marta cebellina que no habías declarado en la aduana. Las tenías escondidas en un compartimiento secreto debajo del tren.

Massey alargó el brazo y Lebel le devolvió el documento, con el rostro blanco como el papel. Se desplomó en el sillón y se quedó mirando a Massey fijamente.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Los aduaneros finlandeses descubrieron el compartimiento debajo de las tablas del suelo del vagón. Inspeccionaron discretamente tu tren cuando llegó a la estación de Helsinki procedente de Moscú en tu penúltimo viaje. Por supuesto nos lo comunicaron enseguida, por si nuestros amigos de Moscú estuvieran tramando algo. Pero ahora sé que no es así. Esta operación la

diriges tú solo, ¿verdad, Henri? ¿Quién más está al corriente de ello? ¿Algún ruso?

—El conductor del tren —admitió Lebel—. De hecho, lo del compartimiento fue idea suya. Durante la guerra vio que en Moscú ciertos criminales transportaban así comida de contrabando, que vendían en el mercado negro.

—¿Es de fiar?

Lebel se encogió de hombros.

—¿Son de fiar los estafadores? Tiene una debilidad por una joven danesa de buen ver que vive cerca de la frontera, en la zona de Karelia, ocupada por los rusos. Es una mujer que tiene gustos muy particulares: se pirra por el champán francés y por ropa interior de seda muy atrevida. Yo se lo proporciono todo a él. Me parece que sería capaz de hacer cualquier cosa a cambio de sexo y dinero. Como la mayoría de los hombres, por otra parte. ¿O no lo crees tú así?

—No hay nadie más detrás de esta operación, ¿verdad, Henri?

El pálido rostro de Lebel se contrajo al esbozar una sonrisa nerviosa.

—Jake, no tienes ni idea de los impuestos de importación que me exigen los finlandeses. Los ingresos del erario finlandés harían que cualquier salteador de caminos se sonrojara.

—Así que cuando tu amigo ideó una solución a tu problema tú no te lo pensaste dos veces.

Lebel señaló con el cigarro el documento que Massey tenía en la mano.

—Hasta que me enseñaste esto, pensé que había sido muy listo, pero ahora me doy cuenta de que he cometido una tontería. Muy bien, Jake, cuéntame lo que querías contarme, porque de lo contrario harás que los gendarmes me lleven de aquí esposado, ¿no es así?

—La Embajada americana de Helsinki aconsejó a los finlandeses que de momento no hicieran nada. —Los labios de Massey dibujaron una breve sonrisa—. Pero tengo la impresión de que las cosas se te pueden complicar mucho si los finlandeses deciden procesarte. Y creo que en este caso se te cerrarían las puertas en América. Esto sería la ruina para ti, Henri.

—No me digas. Y tú puedes evitarme todo ese desastre, ¿verdad?

Massey sonrió.

—Si estás dispuesto a colaborar, sí.

Lebel dejó escapar un suspiro.

—Me lo temía.

—Primero dime cómo has conseguido despistar a los rusos. ¿O es que no te inspeccionan el tren?

—Pues claro, pero solo a la llegada, no a la salida. Son los finlandeses quienes revisan los vagones una vez que hemos cruzado la frontera y entramos en su territorio.

—¿Quién más está metido?

Lebel titubeó.

—Algunos socios ávidos de dinero con los que mantengo relaciones en Rusia. Burócratas y funcionarios ferroviarios. De hecho, fueron ellos quienes metieron en eso al conductor. Por una recompensa irrisoria consiguen que los guardias rusos hagan la vista gorda cuando el tren pasa la aduana.

—¿Alguna vez has sacado de Moscú a personas?

Lebel sacudió la cabeza con furia.

—Jake, yo no trabajo para el KGB. Ni tampoco la gente con la que trato. Te lo prometo. Únicamente les mueve una cosa: el dinero. Pero sacar a seres humanos en lugar de pieles sería imposible, créeme, y el conductor del tren nunca se avendría a ello. Las pieles son una cosa, pero las personas otra muy distinta. Lo fusilarían, y no quiero ni pensar en qué me pasaría a mí si me pillaran.

—¿Y si te digo que el plan es infalible?

—Jake, no hay ningún plan que sea infalible, especialmente en lo que a los rusos se refiere.

—Es infalible y te pagaríamos medio millón de francos. Francos suizos que transferiríamos a tu cuenta suiza en cuanto manifestaras tu conformidad a prestarnos ayuda. Y si haces lo que te he pedido sobre Max Simon, habrá otra recompensa. Será la guinda.

—Me pagarás una suma formidable, pero no la quiero. —Lebel frunció el entrecejo, movido por la curiosidad—. ¿Y cuál es la guinda?

—Los finlandeses destruyen tus antecedentes si les prometes no volver a portarte mal. De lo contrario, Henri, te aseguro que van a difundir tu secreto y nunca más vas a poder sacar de Rusia un tren cargado de pieles.

El rostro de Lebel adoptó una expresión de disgusto.

—Jake, eres muy duro.

—Soy un minino comparado con los que vendrán a por ti. Tienes que creerme, Henri.

Lebel encendió otro cigarro. La llama iluminó fugazmente su rostro, que parecía abstraído. Guardó silencio un buen rato. Cavilaba, con la frente arrugada. Finalmente miró a Massey.

—¿Y si te dijera que estaría dispuesto a ayudaros pero no a cambio de dinero?

—Depende de lo que quieras.

—Otro pasajero.

Massey enarcó las cejas.

—Mejor será que te expliques.

Lebel le habló de Irina.

—¿Es judía? —preguntó Massey.

Lebel asintió.

—Esa es otra razón por la cual me sentiría más seguro si pudiera sacarla de Moscú. No puedo ocultar el hecho de que algunos de mis contactos han adoptado una actitud fría y distante conmigo últimamente. Pensé que con Hitler se había acabado el antisemitismo, pero al parecer no es así. Muchas veces he pensado en sacar a Irina del país, pero correría un riesgo demasiado grande. Si los finlandeses la descubrieran en el tren seguramente la entregarían a las autoridades rusas y a mí me mandarían a la cárcel. Pero tú podrías encargarte de que nada de eso ocurriera, ¿verdad, Jake? Y también le proporcionarías un pasaporte legal y una nueva nacionalidad, ¿no?

—Eres terco y puedes llegar lejos, Henri. Dime, la dacha que tiene Irina en las afueras de Moscú, ¿es un lugar seguro?

—Claro, por eso nos reunimos allí. ¿Por qué?

—Luego te lo contaré. ¿La amas? ¿Amas a esta mujer?

—¿Tú qué crees?

—Creo que hemos cerrado el trato.

18

New Hampshire
3 de febrero

Aquella tarde llovía en París, y en New Hampshire estaba a punto de amanecer y nevaba.

Eran casi las siete cuando Anna se despertó. Hacía frío en aquel pequeño dormitorio, y cuando descorrió las cortinas vio que afuera estaba todavía oscuro y que caían finos copos de nieve. La vista sobre el lago era realmente espléndida. De pronto oyó que llamaban a la puerta. Se echó la bata por encima y fue a abrir.

Era Vasili, que en una mano sostenía un farol de seguridad encendido y en la otra una bandeja de madera con una taza de té humeante y una jarra de porcelana llena de agua caliente.

—¿Ya estás levantada, pequeña?

Entró en la habitación y dejó la bandeja junto a la cama de Anna.

—¿Siempre tratas tan bien a tus invitados, Vasili?

El viejo sonrió.

—Solo si son tan guapos como tú. Tendrás que lavarte con el agua caliente que te he traído. Aquí, sin agua corriente, la vida es algo primitiva. ¿Has dormido bien?

—Hacía semanas que no dormía tan bien. Debe de ser el aire. —Se volvió para mirar el lago—. ¡Qué vista tan preciosa! ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí, Vasili?

—Más de treinta años. Le compré la tierra a un cazador de pieles por cuatro perras. Era un ruso nostálgico que soñaba con su país natal y que prefería beber vodka a cazar.

—¿Por qué te fuiste de Rusia?

—El primer invierno de la guerra civil los rojos llegaron al pueblo de mis padres. Alguien había dado cobijo a un oficial del ejército del zar que estaba herido e incendiaron todo el pueblo. Metieron a casi todos los hombres en la iglesia y también le prendieron fuego. Todavía me parece que oigo los gritos. A las mujeres y los niños que se salvaron del fuego los enviaron a los campos de prisioneros.

—¿Y cómo sobreviviste?

—Algunos logramos escapar de los rojos y llegamos hasta Finlandia. Fue una travesía larga y penosa, y el invierno era crudo. Desde allí algunos de nosotros conseguimos pasajes para ir a América en un transatlántico finlandés que iba a Boston. Marchar a un país en el que poder rehacer la vida parecía lo más sensato, porque nunca podríamos regresar a Rusia.

—¿Qué les ocurrió a tus padres?

—Lograron escapar, pero nunca volví a verlos. Hace tanto tiempo de todo esto…

—Debió de ser una experiencia terrible para ti.

La cara del viejo se contrajo momentáneamente por el dolor.

—Así es la vida, chiquilla. Te enseña que es un error creer que las cosas duran eternamente. Bueno, lávate y ven abajo. He preparado el desayuno. Si vas a pasar el día con Alexei, tendrás que comer mucho para estar fuerte.

Cuando Anna bajó, Slanski estaba sentado a la mesa tomando café. Vestía una parka militar y botas resistentes; junto a él, en el suelo, había una mochila. La miró en silencio mientras ella tomaba asiento.

Volvió a fijarse en la fotografía que había sobre la chimenea. Una pareja y tres niños pequeños. Una niña rubia muy bonita y dos niños: uno de pelo oscuro, otro rubio. Anna creyó ver cierto parecido entre el niño moreno y Slanski, pero cuando vio que él la estaba mirando apartó los ojos.

Vasili le sirvió un plato con huevos, queso y pan de maíz y le dijo:

—Come, pequeña.

El viejo le sirvió más té y se fue de la habitación. Anna miró entonces a Slanski.

—Tal vez convendría que me dijeras qué vamos a hacer hoy.

—Ejercicios suaves tan solo, para empezar a ponerte en forma. —Sonrió —. Aunque tus formas, tal y como están, me parecen casi inmejorables.

—¿Es un cumplido?

—No, una observación. Solo es cuestión de fortalecer tus músculos. Un par de meses en Nueva York son suficientes para dejar a alguien con el cuerpo debilitado. El entrenamiento no es más que una medida preventiva. Pura precaución. De Tallin a Moscú hay unos mil trescientos kilómetros. No es mucho, y por eso se eligió esta ruta, pero si suceden imprevistos tendrás que apañártelas sola y es preferible que estés en forma y preparada.

—Soy perfectamente capaz de apañármelas sola.

Slanski volvió a sonreír.

—Vamos a asegurarnos de que es así. Haremos una excursión por el bosque, sin correr, de solo unos diecisiete kilómetros. Cuando llegue Popov, dentro de dos días, empezaremos con el entrenamiento de verdad. Y te prevengo que va a ser muy duro. —Se puso en pie—. Otra cosa.

Anna alzó la vista y vio que los azules ojos de Slanski le estaban mirando fijamente. Le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué?

—Ya te lo explicará Massey, pero creo que deberías saberlo. Cuando nos vayamos, te darán una píldora. Cianuro. Mata al instante. Deberás tomártela si ves que te van a coger y no tienes ninguna escapatoria. Aunque esperamos que eso no ocurra.

Anna vaciló.

—¿Quieres asustarme?

—No, solo quiero que entiendas que esto no es ningún juego. Y todavía estás a tiempo de echarte atrás.

—Ya me he dado cuenta de que no es ningún juego. Pero no pienso echarme para atrás.

Se puso las prendas de abrigo que Massey le había comprado: unas botas forradas de piel, unos pantalones y un jersey gruesos, y un impermeable azul. En el momento en que se pusieron en camino por entre los árboles, todavía no había clareado. Cuando, tras caminar un kilómetro, llegaron a un claro, cesó de nevar. Anna vio los primeros rayos de luz en el horizonte, muy a lo lejos, que dejaron el cielo teñido de naranja y rojo.

Se fijó en cómo se movía Slanski entre los árboles. Le pareció que conocía como la palma de su mano cada centímetro del bosque, cada árbol y cada rama, aunque sabía que eso era imposible. Slanski se detuvo en el claro y le señaló, por entre una estrecha hilera de pinos, una montaña que se veía a lo lejos.

—¿Ves aquella meseta que hay en la montaña? Se llama Cerro Kingdom. Vamos a ir hasta allí. Son unos diecisiete kilómetros, ida y vuelta. ¿Te parece que lo resistirás?

Slanski sonreía y Anna pensó que la estaba provocando, pero no contestó, simplemente se puso en marcha.

Cuando llevaba solo tres kilómetros andados, estaba extenuada. Subían una cuesta y las piernas le dolían. Slanski, en cambio, andaba como si el

terreno fuera llano. La subida no afectaba lo más mínimo a la musculatura de las piernas. Volvió la cabeza un par de veces para ver cómo seguía ella, pero cuando se acercaban a la cumbre, después de andar unos ocho kilómetros, Anna iba muy rezagada.

Salió del bosque y llegó al cerro exhausta y sin resuello. El sol estaba alto y la vista del lago y el bosque, que quedaban abajo, era un espectáculo. A lo lejos había una enorme cordillera de montañas nevadas. A la luz matinal las rocas parecían teñidas de azul.

Slanski se sentó en una roca saliente en el borde del cerro y encendió un pitillo. Cuando la vio, le sonrió.

—Me alegro de que hayas conseguido llegar.

—Dame un cigarrillo —dijo jadeante.

Él se lo dio y le ofreció fuego.

Cuando Anna hubo recuperado el aliento, dijo:

—La vista es increíble.

—Las montañas que ves allí son los Apalaches. Se extienden a lo largo de más de mil quinientos kilómetros.

Contempló otra vez la panorámica y luego volvió a mirarlo a él.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Slanski?

—Por supuesto.

—Tú no querías que yo interviniera en la operación, ¿verdad? Y sigues sin quererlo.

Slanski hizo una mueca.

—¿Por qué piensas eso?

—Por lo que dijiste en la cabaña. Además, me parece que eres un hombre acostumbrado a actuar solo. Háblame de ti.

—¿Por qué?

—No quiero que me cuentes tu vida. Solo algunos detalles, para conocerte mejor. Tendremos que pasar por marido y mujer. Me imagino que eso quiere decir que, si es necesario, dormiremos en la misma cama. Me gustaría saber algo del hombre con el que compartiré la cama.

—¿Qué te ha contado Massey?

—Casi nada. ¿Has estado casado?

—En un par de ocasiones se me ha pasado por la cabeza, pero ¿qué mujer en su sano juicio estaría dispuesta a vivir aquí arriba?

Anna sonrió.

—Oh, no sé. La verdad es que el paisaje me parece precioso.

—A alguien que esté aquí de paso le puede parecer precioso. Pero la mayoría de las chicas no aguantan mucho y se pirran por irse a Nueva York. Los únicos que se quedan son leñadores que se pasan las noches bebiendo cualquier veneno de preparación casera. No son mi tipo.

—¿Nunca has conocido a una mujer que te gustara?

—Algunas, pero no muchas con las que me hubiera gustado casarme.

—Dime, ¿y aquella fotografía que hay en la cabaña? Su rostro se contrajo de pronto por el dolor. Se puso en pie, como si quisiera dar por concluida la conversación.

—Es una historia que se remonta a mucho tiempo atrás. Y no es para ser contada. Mejor será que emprendamos el camino de vuelta.

—Todavía no me has dicho nada de ese tal Popov. ¿Quién es?

Slanski miró a Anna, que seguía sentada.

—Dimitri Popov es un instructor. Enseña a manejar armas y trucos de autodefensa. Maneja como nadie el cuchillo, el revólver y los puños.

—¿Es ruso?

—No, ucraniano. Eso quiere decir que odia a los rusos. Durante la guerra luchó contra ellos en un regimiento de las SS ucranianas; luego se unió a los emigrantes que huyeron del país. Es una máquina peligrosa y desagradable, pero en un caso así vale todo el oro del mundo. Por eso Massey lo utiliza. Bueno, vamos a regresar. A menos, claro, que quieras quedarte todo el día sentada aquí contemplando el paisaje.

Anna lo miró con una expresión de irritación en el rostro.

—No es obligatorio que nos caigamos bien mutuamente, Slanski, pero si debo pasar por tu mujer, tengo unas normas que exijo que se respeten. En mi presencia tienes que ser más educado. Debes tratarme como tratarías a tu mujer, o al menos como se trata a los seres humanos. ¿O crees que va a ser demasiado difícil?

Él le dirigió una mirada airada, tiró el cigarrillo y dijo con desdén:

—Si no te gusta la situación, no tienes por qué aguantarla. Y ahora vayámonos.

Cuando Anna intentó levantarse, resbaló de la roca. Él la cogió por la muñeca y le apartó el pelo. En ese momento ella alzó la vista y lo miró a los ojos.

Los azules ojos de Slanski la estaban mirando fijamente. De pronto, y sin razón alguna, la besó en la boca. Cuando finalmente Anna se desembarazó de él, gritó:

—¡No lo hagas…!

Slanski sonrió.

—Como tú has dicho, debo tratarte como si fueras mi mujer. Eso es lo que tú querías, ¿no?

Anna sabía que la estaba provocando.

—Hay algo que debes comprender —dijo enfadada—. Si vamos a dormir juntos para guardar las apariencias durante esta misión, no quiero que me toques. Nunca. ¿Me has oído?

Él se echó a reír.

—Anna Khorev, si crees que lo que acabo de hacer es inquietante, que Dios te asista si te cogen.

Dicho esto, se volvió y emprendió el descenso del cerro.

Helsinki
8 de febrero

La costa suroeste de Finlandia, vista desde el aire y en invierno, parece un rompecabezas desmontado de formas blancas y verdes congeladas, como si un gigantesco martillo se hubiera estrellado contra la tierra y el mar helado, fragmentándolos en un millón de partículas.

Las islas y el hielo se reúnen cada vez que un duro invierno hiela el Báltico, y aquel invierno no era una excepción. Hacia el oeste se encontraban Hango y Turku, antiguos pueblos marineros que habían visto llegar y marcharse a distintos invasores: rusos, suecos y alemanes. Durante casi toda su historia Finlandia había tenido que sufrir las invasiones de sus vecinos bálticos. Hacia el este se hallaba Helsinki y al sur, a unos ochenta kilómetros a través del estrecho y helado golfo de Finlandia, se extendían los Estados bálticos ocupados por el ejército de Stalin.

Era casi mediodía cuando Massey llegó a Helsinki en un vuelo matutino procedente de París, y Janne Saarinen le recibió en la zona de llegadas. Mientras se dirigían hacia el oeste a lo largo de la carretera de la costa en el pequeño Volvo gris de Saarinen, el finlandés se volvió para mirar a Massey.

—Pensé que iba a poder tomarme un descanso de las misiones de vuelo secretas hasta que recibí tu llamada telefónica. ¿De quién se trata esta vez, Jake? Espero que no sean más tipos como las dos sabandijas de las SS procedentes de Munich que solté el mes pasado.

—Esta vez no, Janne.

Saarinen sonrió.

—Gracias a Dios por sus pequeños dones. ¿Cuántos pasajeros quieres que suelte esta vez?

—Dos, un hombre y una mujer.

—¿Qué es esto, Jake? ¿Algo especial? Tu gente no suele lanzarse desde estas latitudes en invierno. El tiempo suele ser muy malo.

—Entre nosotros, Janne, es un lanzamiento no registrado. Se te pagará bien, eso no hace falta ni decirlo.

Saarinen sonrió con satisfacción.

Un lanzamiento no registrado significaba que era altamente secreto y en modo alguno oficial, por lo que en general solía ser muy peligroso.

—Huele a peligro, y ahora me vendría bien un poco de eso. No me digas más. Podremos hablar de dinero cuando haya terminado.

Las carreteras estaban heladas, pero el robusto y pequeño Volvo estaba provisto de cadenas para la nieve, y veinte minutos después llegaron a un pequeño pueblo pesquero. No era más que un puñado de casas de madera pintadas de vivos colores, diseminadas alrededor de un helado puerto.

En un extremo del pueblo había un albergue y Saarinen se detuvo frente a él.

—Esto nos irá de perlas —le dijo a Massey—. El dueño es primo mío. Hay una habitación al fondo donde podremos hablar sin que nadie nos moleste. Entremos. Adentro se está más calentito, Jake.

El finlandés extrajo su pierna ortopédica del coche y entraron en el hotel. El interior era sorprendentemente espacioso y estaba decorado en madera de pino; una chimenea en la que ardía la leña y una estufa de cerámica estaban encendidas al mismo tiempo; la vista al exterior daba al puerto cerrado por el hielo sólido. Detrás de la barra había un hombre alto y rubio que llevaba un delantal blanco inmaculado y leía un periódico.

—Dos clientes para ti, Niilo —le dijo Saarinen en finés—. ¿Dónde está todo el mundo?

El hombre sonrió y recorrió con la mirada el bar vacío.

—Solo Dios lo sabe, primo. Probablemente hibernando. —Miró a Massey y volvió a sonreír—. Es casi lo único que se puede hacer por estos pagos en invierno.

—Díselo en inglés, mi amigo no habla finés —replicó Saarinen—. Y después tráenos una copa a cada uno. De prisa, antes de que muramos congelados. Iremos a la habitación del fondo, si no te importa. Tengo un pequeño asunto que discutir.

El hombre de detrás de la barra depositó una botella de vodka y dos vasos sobre la mesa y le tendió a Saarinen un juego de llaves.

Saarinen se dirigió a la habitación situada en un costado del albergue y abrió con llave la puerta. En el interior hacía un frío polar. Sonrió rígidamente mientras cerraba la puerta.

No sé por qué se molesta Niilo en abrir durante la mitad del invierno. La mayoría de los lugareños se quedan en casa. Creo que deben de faltarle un par de tejas en el tejado. En verano este lugar rebosa de chavales de Helsinki que vienen de juerga, pero en invierno es más tranquilo que un depósito de cadáveres.

—Por mí, perfecto.

Saarinen sirvió un vaso de vodka para cada uno.

—¿Quieres que vuelva a jugármela?

—Por eso he venido.

—Entonces dime lo que tienes en la cabeza.

—Quiero que lleves a las dos personas de las que te hablé y las lances en paracaídas cerca de Tallin.

Saarinen levantó la mirada.

—¿Por qué Tallin? Es una plaza militar atestada de tropas soviéticas.

—Hay dos razones para que el lanzamiento sea en esa zona —le explicó Massey—. La primera es que solo hay un pequeño paso cruzando el golfo de Finlandia hasta Estonia y los soviéticos nunca esperarían que se produjera un lanzamiento en esa zona durante el invierno. Y la segunda es que habrá un comité de bienvenida de la resistencia estoniana esperando para ayudara mi gente a llegar a su destino.

—Ya veo. ¿Y cuál es ese destino?

—Lo siento, Janne, eso no puedo decírtelo.

—No me parece mal, mientras conozcas los peligros. ¿Desde dónde planeas despegar?

—Había pensado en el refugio que tienes en la costa, más al norte, si no está demasiado cerca de la base de Porkkula.

—¿Bylandet Island? ¿Por qué no? Allí guardo la avioneta en invierno, en un hangar, y resultará ideal. Y no te preocupes por la base soviética de Porkkula.

La península de Porkkula, situada a más de treinta kilómetros de Helsinki, estaba ocupada por un pequeño destacamento del ejército y la marina soviéticos. Aquella ocupación era un tema delicado para los finlandeses, pero después de haber apoyado a Alemania durante la guerra, Finlandia había sido

obligada a permitir que una pequeña parte de su país fuera utilizada como base rusa hasta que Helsinki hubiera pagado por completo sus compensaciones de guerra a Moscú.

—Por aire, la península está a más de diez kilómetros de Bylandet Island —explicó Saarinen—, pero la base soviética nunca me ha causado problemas. Está estrictamente prohibido acercarse a los finlandeses, y los rusos no se mezclan con nadie. Y si vamos desde Bylandet, la travesía no debería durar más de treinta minutos, quizá cuarenta si tenemos el viento de cara.

—¿Crees que el tiempo será un problema?

Saarinen sonrió maliciosamente.

—Siempre es un problema en estas latitudes, pero si es malo puede resultar una ventaja para nosotros en una estación como esta. Podemos utilizar la cobertura de las nubes durante la mayor parte del trayecto. Permanecer ocultos casi hasta el lanzamiento.

—¿No será correr un gran riesgo?

Saarinen se echó a reír abiertamente.

—No será tanto riesgo como que te borre del cielo uno de los cazas de combate Mig más modernos. Hay un escuadrón del último modelo, capaz de volar en cualquier tipo de condiciones atmosféricas, estacionado al sur de Leningrado que patrulla toda la costa del Báltico. Esos aparatos son condenadamente buenos, lo más rápido que vuela actualmente. Más rápidos incluso que sus últimos cazas. Y los rusos tienen radar a bordo. Si Stalin hubiera tenido estos aparatos durante la última guerra podría haber abatido a toda la Luftwaffe.

—¿Qué sucede si te captan con su radar?

—Corre el rumor de que los pilotos soviéticos no están muy familiarizados con el nuevo equipo y no permanecen entre las nubes demasiado tiempo, a la velocidad con la que vuelan habitualmente. Prefieren ver hacia dónde se dirigen. Y si el tiempo es realmente malo, como una fuerte nevada, se quedan a salvo en tierra emborrachándose en la base. Si los motores a reacción aspiran demasiada nieve, se ahogan. No es una idea agradable, precisamente.

—¿Tu avioneta puede soportar el vapuleo que sufrirás si hay mal tiempo?

Saarinen sonrió.

—Mi pequeña avioneta noruega atravesaría una cellisca de mierda de una sola pieza.

Eran casi las ocho de la noche cuando Saarinen dejó a Massey frente al hotel Palace de Helsinki.

Tomaron una copa juntos en el bar antes de que el finlandés se despidiera. Cuando Massey subió a su habitación había un mensaje aguardándole. Henri Lebel le había llamado desde París. Massey le llamó a su vez y tuvo que esperar veinte minutos a que el operador de Helsinki lograra comunicarle con París. La línea crepitaba, dificultando la audición.

—¿Jake? Llegaré a Helsinki pasado mañana y he pensado que podríamos vernos para discutir a fondo nuestro acuerdo comercial.

Massey sabía que Lebel pretendía mostrarle los compartimientos ocultos del tren de mercancías privado que el francés había alquilado a los finlandeses, antes de seguir su viaje y realizar una breve visita a Moscú.

—¿Qué hay del resto de la información que te solicité?

—Estoy trabajando en ello, pero no ha sido nada fácil, *mon ami*. Es cuestión de untar la adecuada mano codiciosa, pero espero que pronto tendré algo para ti.

—Bien, Henri. Llámame cuando llegues.

Massey colgó el auricular y se dirigió a la ventana que dominaba el puerto. Si Lebel conseguía la información que él necesitaba sabía qué tenía que hacer a continuación, a pesar de lo que Branigan le había aconsejado.

En la oscuridad bañada por una lechosa luna invernal, todo el Báltico parecía una sábana de hielo hasta donde alcanzaba la vista. Mientras contemplaba la hermosa escena, Massey no pudo evitar pensar en Anna Khorev. Dentro de dos semanas estaría volando con Slanski por encima de aquel golfo helado, corriendo el mayor riesgo de su vida.

19

New Hampshire
11 de febrero

Anna estaba de pie junto a la ventana cuando vio el viejo Ford negro detenerse frente a la casa.

El hombre que salió del coche era corpulento y musculoso. La oscura y poblada barba y el cabello negro grasiento le daban el aspecto de un salvaje montañés. Cuando él y Slanski llegaron hasta el porche y entraron en la cabaña, el hombretón la vio y sonrió, mostrando sus dientes rotos por detrás de su barba.

—De modo que esta es la mujer —dijo el hombre a Slanski.

—Popov, esta es Anna —dijo Slanski.

La sonrisa de Popov se ensanchó.

—Hola. Alex no me había dicho que eras tan guapa.

El hombre extendió una enorme zarpa de oso. Anna no quiso estrechársela sino que se volvió hacia Slanski.

—Si me necesitas, estaré afuera —le dijo, y pasó junto al ucraniano para bajar los escalones del porche.

Popov contempló con admiración su figura mientras se retiraba en dirección a los bosques.

Sonrió y se acarició la barba.

—Una buena hembra para tenerla en la cama a tu lado en una noche fría; es lo menos que puedo decir. Pero ¿he dicho algo malo?

—No creo que los antiguos SS ucranianos se cuenten entre sus tipos favoritos, Dimitri.

Popov soltó un gruñido.

—Massey dijo que era rusa. Los rusos y los ucranianos siempre se han peleado como perros y gatos. Los *ruskis* han intentado hacernos polvo durante siglos. —Una breve sonrisa cruzó su rostro—. Sin embargo, por lo que a esa rusa respecta, yo pediría una tregua. Tiene un bonito culo, diría yo.

—Estás aquí para hacer un trabajo, Dimitri. Si te propasas con ella me lo tomaré como algo personal.

Popov frunció el entrecejo mientras Slanski le fulminaba con la mirada. En el rostro barbudo de Popov brilló un destello de ira e iba a decir algo, pero pareció cambiar de idea y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya me conoces, Alex, siempre estoy dispuesto a mantener la paz en nombre de la armonía.

—Vamos hasta el lago, quiero hablar contigo.

Popov dejó sus pertenencias en el coche, y mientras caminaba en dirección al lago, Slanski dijo:

—¿Crees que será suficiente con diez días?

—A ti te conozco, a la mujer no. Depende de ella.

—Massey cree que no habrá problemas.

—¿Y tú qué crees?

Slanski sonrió.

—Por mucho que deteste admitirlo, es buena. Durante esta última semana ha puesto todo su empeño en ponerse en forma.

—Será mejor que me dejes ser el juez en este asunto. Si alguien puede hacerlo, ese es Popov.

Cuando Popov se hubo instalado, se reunió con ellos en el comedor de la planta baja. Slanski había preparado café y los tres se sentaron a la mesa.

El ucraniano miró a sus acompañantes.

—Lo primero es lo primero. El programa. Nos despertaremos cada mañana a las cuatro y media. Correremos ocho kilómetros aunque esté nevando y después regresaremos aquí para seguir con los ejercicios. Después de desayunar haremos un poco de entrenamiento de defensa propia, y no solo cómo defenderse, sino también cómo matar. —Miró a Slanski—. Tú también, Alex. El día en que creas que lo sabes todo, eres hombre muerto. En cuanto a esta mujer, no sé nada de su formación, por lo que tendré que partir de la base de que no sabe nada y empezar por ahí. —Miró directamente a Anna—. ¿Qué experiencia tienes en esta clase de asuntos?

—Ha tenido alguno, Dimitri —le interrumpió Slanski.

Popov alzó las cejas y soltó un gruñido.

—Le he preguntado a ella, Alex. Deja que conteste. —Miró a Anna—. Muéstrame tus manos.

—¿Qué? —Tus manos, enséñamelas.

Anna extendió las manos y Popov las estudió. Después extendió las suyas sobre las de ella y las aferró con fuerza, Parecía disfrutar mientras sus gruesos

y fuertes dedos oprimían cruelmente la carne de la mujer como si pretendiera hacerle daño, pero Anna solo torció el gesto sin soltar el menor grito.

Popov sonrió y soltó su presa.

—Bien, has sentido dolor anteriormente. Cuéntame, ¿cuáles son tus antecedentes?

—Massey te advirtió que nada de preguntas, Dimitri —dijo Slanski.

Popov se volvió para mirarle fijamente y habló con hosquedad.

—No le estoy preguntando por la historia de su vida, pero necesito saber qué entrenamiento ha recibido, cuánto dolor puede soportar.

—Tengo entrenamiento militar, si se refiere a eso —respondió ariscamente Anna.

Las pobladas cejas de Popov se elevaron.

—¿Qué ejército?

—Dimitri… —intentó interrumpir Slanski.

Popov le miró fríamente.

—Comprendes tan bien como yo que es importante que sepa algo de su pasado, teniendo en cuenta a lo que tal vez tenga que enfrentarse cuando llegue el momento. Necesito saber con qué estoy trabajando. —Volvió a mirar a Anna—. ¿Qué ejército?

—El Ejército Rojo.

Popov frunció el entrecejo; una desagradable expresión cruzó su rostro antes de que volviera a sonreír y se acariciara la barba.

—Lo había imaginado. Así que en un tiempo fuimos enemigos… Las vueltas que da el mundo. Pero puedo asegurarte que una experiencia militar semejante, a duras penas te ayudará. El Ejército Rojo no es más que una horda de revoltosos e indisciplinados.

La ira llameó en el rostro de Anna.

—¿Incluso en Stalingrado?

Popov sonrió.

—La primera sangre para ti. Stalingrado es la excepción.

—Sin duda las SS eran mejores…

Popov captó la amargura que había en la voz de Anna y miró a Slanski antes de volverse de nuevo hacia la mujer.

—¿Entonces sabes algo de mí? Como combatientes, las SS eran infinitamente mejores, créeme.

—Excepto las SS ucranianas. Eran violadores y escoria.

Slanski miró a Popov, cuyo rostro enrojeció intensamente por la furia. Slanski se puso en pie para disolver la tensión.

—Venga, pongamos en marcha esto. Cuando quieras, Dimitri.

Popov se levantó y echó su silla hacia atrás.

—Aún hay luz afuera. Empezaremos con maneras de matar. —Miró a Anna—. Ahora veremos quién era escoria. Ve a cambiarte. Ropas holgadas y zapatillas de deporte. —Sonrió mirando a Slanski—. ¿Sabes?, creo que me voy a divertir con esto.

Se encontraban detrás de la casa, en el exterior, y su aliento se empañaba en el gélido aire, pero el frío no parecía molestar a Popov, que se había quitado la parka y el jersey y permanecía en pie solo con su sucia camiseta. El olor que emanaba del cuerpo del hombre era desagradable, una mezcla de sudor rancio y humo de leña.

Se volvió para mirarlos con los pies muy separados, mientras se remangaba los pantalones.

—De acuerdo. Primero lo básico. Para matar correctamente hacen falta dos cosas: determinación y habilidad. Olvídate de la ira, hace que cometas errores y te distrae. Debes tener la mente despejada respecto a tu objetivo. De acuerdo. Primero sin armas. Empezaremos contigo, Slanski. Un paso al frente.

Slanski le obedeció.

—Dame las manos, las palmas hacia arriba —ordenó Popov. Slanski le tendió las manos; Popov aferró una, la sostuvo en alto y separó los dedos.

Miró a Anna.

—Cinco dedos. Cinco sencillas pero mortales armas en cada mano. Utilízalas para hundir y sacar ojos, para estrangular y asfixiar. Después están los pies y la cabeza, pero utilizar esta para algo distinto de pensar puede ser a la vez peligroso y doloroso. Es mejor limitarse a las demás partes del cuerpo: piernas, manos y pies. De acuerdo, Alex, dime cómo puedes matar con las manos desnudas.

La mano de Slanski tocó un punto situado detrás de la oreja izquierda de Popov y lo oprimió.

—Los puntos de presión situados a la derecha y a la izquierda del cuello, por donde pasan las venas que llevan la sangre al cerebro. Según la fuerza de la presión aplicada, se puede dejar inconsciente a un hombre o matarlo en cinco o diez segundos.

—Por supuesto, eso suponiendo que tengas tiempo —dijo Popov—. ¿Y si no lo tienes? ¿Y si tienes que hacerlo instantáneamente? Un centinela, por

ejemplo. Alguien a quien debas silenciar sin el menor ruido y de golpe.

Slanski le mostró la mano, le hizo un gesto con el canto como si fuera una cuchilla.

—Un golpe de canto en la garganta le aplastará la nuez de Adán.

—¿Y si se te acerca desde detrás?

—La manera rápida es un golpe lateral o un puñetazo en los puntos de presión.

—Pero ¿y si eso no lo mata?

—Se le aplasta la garganta.

—Pero ¿y si sigue en pie?

—Lo derribas con la máxima rapidez posible. Le machacas la garganta con la mano o el pie.

¿Qué parte del pie?

—El talón es la más fuerte.

—De acuerdo. Demuéstramelo.

Popov se volvió y le dio la espalda. Slanski se acercó a él por detrás y fue a atacarle. Cuando el canto de su mano surcaba el aire, Popov se volvió con la velocidad del rayo y sujetó el brazo de Slanski y se lo retorció. Slanski no gritó, aunque casi pudo oírse el crujido del hueso. Popov soltó su presa y sonrió.

—Primer error. Me sorprendes, Alex, te has oxidado. Anticípate siempre, debes estar preparado para lo inesperado. Prevé que el guardia va a volverse para echar una mirada o ir a mear. —Miró a Anna—. Si el guardia te ve, puede costarte la vida, o algo peor: las vidas de quienes te acompañan. Nunca esperes que las cosas salgan como las has planeado. Resumiendo, espera que pase cualquier cosa. Y cuando vayas a matar, todos tus sentidos tienen que estar alerta, no solo los que utilizas en ese momento.

Dio unos pasos atrás.

—Ahora vuelve a probar.

Se volvió, y le ofreció de nuevo la espalda. Slanski se acercó a él. Cuando estaba a punto de golpearlo, Popov se volvió nuevamente, pero esta vez Slanski estaba preparado. Mientras la mano de Popov giraba hacia él, Slanski la sujetó y la retorció, al tiempo que su rodilla subía y se detenía un centímetro antes de estrellarse contra el rostro de Popov; después, el canto de su mano surcó el aire y golpeó a Popov en la nuca.

El hombretón quedó aturdido, pero era corpulento y, mientras la mano de Slanski descendía rápidamente para golpearle de nuevo, Popov gruñó y se

liberó de la presa. Su mano aferró el pelo de Slanski y lo echó hacia atrás, tensando dolorosamente el cuero cabelludo.

Slanski no soltó el menor grito; por el contrario, su rodilla se elevó y se enterró en la ingle de Popov, antes de que el hombretón soltara su presa y girara sobre sí mismo riendo como si estuviera pasando un rato formidable.

—Mejor, pero no lo suficiente. Me habrías matado, pero no en silencio. Habrá que mejorarlo. Recuerda, anticípate siempre. Las SS entrenaban a sus hombres para que esperaran cualquier cosa. —Miró a Anna y sonrió—. Y ahora tú. Un paso adelante, señora.

En la manera en que Popov dijo «señora» había algo que resultaba casi provocador. Anna dio dos pasos al frente. La sonrisa del ucraniano se ensanchó detrás de su barba.

—Con las mujeres —dijo Popov despectivamente— es todavía más difícil. No poseen la fuerza natural de los hombres, pero incluso los más débiles de la naturaleza pueden aprender técnicas. Recuerda, anticípate siempre y reacciona. Debes hacerlo rápidamente o perderás la vida. ¿Lo captas?

—Creo que sí.

—Ya veremos. Bien, repitámoslo. Pruébalo y recuerda lo que has visto hacer a Alex. Acércate a mí por detrás.

Popov se volvió nuevamente para dar la espalda a Anna.

Se oyó un silbido cortante y Popov notó el fuerte impacto de una patada que se estrelló entre sus piernas. Mientras se desplomaba, vomitó, su rostro se volvió del color de la grana y sus manos fueron a cubrir sus genitales.

En el mismo instante, Anna lo rodeó para situarse frente a él. El canto de su mano hendió el aire y golpeó a Popov violentamente en un lado del cuello mientras se precipitaba hacia delante.

Mientras Popov se contorsionaba de dolor, Slanski vio la sonrisa apenas disimulada en el rostro de Anna, pero enseguida desapareció y el rostro de la mujer quedó mortalmente serio mientras le devolvía la mirada.

—Su primer error: no hizo caso de su propio consejo de anticiparse. Es la prueba de que es un pésimo instructor.

Slanski sonrió forzadamente.

—Tengo que estar de acuerdo. ¿Qué pretendes? ¿Matarlo?

—Hay muchas maneras de pelar a un gato. Las tropas mongolas con las que serví en Stalingrado me enseñaron este truco. Así silencian ellos a los centinelas desde los tiempos de Gengis Khan. Una patada fuerte y seca en la entrepierna, en el punto más vulnerable de un hombre. El dolor es tan intenso

que no puede gritar ni dar la alarma, aunque quiera. Se quedará atontado por la conmoción y entonces puedes matarlo.

Slanski sonrió mirando a Popov, que se retorcía en el suelo.

—Creo que has demostrado tu teoría.

—Entonces dile de mi parte que espero que el resto del entrenamiento sea mejor. Y recuérdale que un buen instructor debería dar ejemplo. Díselo. Estaré en la casa cuando tu amigo se haya recuperado.

Slanski la observó mientras ella regresaba a la casa. Vio que Popov intentaba ponerse en pie trabajosamente bizqueando por el dolor mientras se masajeaba suavemente los genitales y gemía.

Slanski se echó a reír y encendió un cigarrillo.

—Supongo que está mejor entrenada de lo que pensabas, Dimitri.

Moscú
12 de febrero

Era casi mediodía cuando el DC-3 finlandés en el que iba Henri Lebel aterrizó en el aeropuerto de Nukovo.

Situado a diez kilómetros al suroeste de Moscú, Nukovo actuaba como el principal aeropuerto civil de la ciudad, pero también era una base aérea militar rodeada por una valla de seguridad y custodiada por un batallón de paracaidistas.

Lebel permaneció inmóvil en su asiento hasta mucho después de que el avión se hubiera detenido después de recorrer la pista. A bordo solo había una docena de pasajeros, aquel jueves por la mañana, y entre ellos Lebel reconoció algunas caras que había visto antes en otros vuelos a Moscú: dos destacados traficantes de diamantes holandeses, un magnate alemán del petróleo y un funcionario menor de la embajada finlandesa. Todos aguardaban pacientemente en sus asientos: al visitar con frecuencia Moscú, sabían el procedimiento que estaban obligados a seguir.

Lebel miró hacia el exterior por la ventanilla y vio un coche Emka que se acercaba al avión por el asfalto cubierto de nieve y se detenía a corta distancia. Observó que, como era habitual, había pocos aviones occidentales en la franja de estacionamiento. Un Scandia bimotor de las SAS y otro avión bimotor de carga DC-3 finlandés. Todos los demás eran Ilyushins de Aeroflot, y Lebel pudo ver que los transportes y reactores militares estaban en sus hangares, a cierta distancia de la terminal civil. Solo se permitía sobrevolar el

espacio aéreo ruso a los aviones occidentales más viejos, los bimotores. Lebel había oído decir que Stalin no quería que su pueblo viera o admirara alguna clase de avión extranjero más moderno que los suyos.

El Emka se detuvo bajo el avión en la franja de estacionamiento y sus dos ocupantes salieron y se acercaron a los escalones de metal. El procedimiento era siempre el mismo. Los dos hombres eran del KGB y subían a bordo, pero se quedaban junto a la puerta. Antes de que se permitiera a los pasajeros desembarcar, las azafatas finlandesas recorrían la cabina retirando cualquier periódico o revista occidental y guardándolos en una taquilla cerrada con llave por si alguien sucumbía a la tentación de llevarse alguna. En Rusia no se permitía introducir material impreso extranjero y la pena para cualquier pasajero o miembro de la tripulación a quien se encontrara en posesión de dicho material cuando abandonaba el avión era una rígida condena de cárcel.

Lebel y los pasajeros fueron conducidos finalmente por el asfalto cubierto de nieve hasta la terminal por uno de los hombres del KGB. En el interior aguardaban otros dos hombres, de pie junto a una larga mesa de metal, sobre la que examinarían el equipaje de los pasajeros.

Lebel identificó su maleta, que iba sobre una carretilla, y el hombre la abrió y examinó concienzudamente su contenido. Cuando terminó, indicó con un gesto a Lebel que pasara hasta otro funcionario que estaba sentado algo más lejos esperando para comprobar los pasaportes. El hombre, a quien Lebel conocía por sus visitas anteriores, era del KGB. Examinó el pasaporte, junto con el documento oficial que declaraba que Lebel era ciudadano soviético honorario, después selló el pasaporte y se lo devolvió sin un parpadeo de reconocimiento.

En el exterior de la zona de llegadas, Lebel fue recibido por un joven de rostro serio enviado por el Ministerio de Comercio Exterior.

—*Monsieur* Lebel, ¿ha tenido un buen viaje?

—Bastante agradable.

Les aguardaba un Zis con su conductor, como de costumbre, ya que desde sus inicios, años atrás, el Ministerio de Comercio Exterior había tratado regiamente a Lebel. En cuanto subió al vehículo, este arrancó y se alejó.

A Lebel le gustaba el ambiente cosmopolita y ruidoso de Moscú. Había rusos, eslavos, mongoles, montones de chinos y un centenar de otras variedades étnicas. Le recordaba algo a Nueva York, excepto porque todo era más lento,

hacía más frío, no había buenos restaurantes y todo se veía mucho más deslucido.

Pero nada podía ser más deslucido que los hoteles de Moscú. En la capital solo había cuatro que pudieran utilizar los visitantes extranjeros, y el mejor con mucho era el Moskva, de la avenida Marx, que tenía una grandiosa fachada y una terraza de verano desde la que se divisaba el Kremlin.

El Moskva era el principal hotel que se asignaba a los dignatarios y visitantes extranjeros de importancia. Lebel lo utilizaba como oficina, aunque tenía asignado un despacho oficial, con tres empleados del Ministerio de Comercio Exterior, situado cerca del Arbat. Era una oficina deslucida, de dos habitaciones, que evitaba siempre que podía.

El Zis se detuvo frente al hotel; junto a la puerta había un miliciano uniformado de servicio, que vestía un largo abrigo azul con lengüetas rojas y blancas. Lebel indicó al hombre del ministerio que no le necesitaría, ni a él ni al coche, hasta la mañana siguiente a las nueve —tenía una reunión para tratar de su siguiente envío—, y el Zis se alejó.

Cada vez que Lebel entraba en el Moskva le recordaba un lugar magnífico, aunque en cierto modo alicaído. Vasto, con kilómetros de vestíbulo de mármol pulimentado y arañas relucientes en el techo, y aun así, la impresión que creaba era descarnada: no había floristería, ni quiosco de prensa, ni conserje, ni un solo botones uniformado a la vista. Los huéspedes tenían que transportar ellos mismos sus maletas.

Lebel fue hacia el mostrador para registrarse. El encargado estaba ocupado hablando con dos hombres vestidos de paisano en el extremo opuesto del mostrador. Los visitantes estaban repasando varias tarjetas alfabetizadas. Uno de ellos tenía una mano postiza enguantada y el otro era un mongol achaparrado de ojos oblicuos. Ambos echaron una breve mirada a Lebel y volvieron a centrarse en su conversación con el encargado. Cuando este terminó y fue a atender a Lebel, tras una larga espera, le entregó la llave de su habitación (siempre la misma, en el cuarto piso), pero no pidió ver el pasaporte del francés. Aquel trámite dependía de la oficina conocida como Gabinete de Servicio, situado al otro lado del vestíbulo, que en realidad era la oficina del KGB en el hotel.

Después de cumplimentar el registro, Lebel llevó sus maletas hasta una puerta acristalada.

Detrás de un escritorio, vio a una mujer sentada, que sonreía y le hacía señales para que entrara.

—¿Viene a por más pieles de marta o solo por las pecaminosas delicias de Moscú, Henri?

Lebel conocía bien a aquella mujer. En un tiempo había trabajado en el Ministerio de Comercio y hablaba seis idiomas, todos con fluidez. Lebel sonrió.

—La vorágine capitalista no puede evitar que vuelva aquí.

La mujer sacó un lote de formularios y empezó a rellenarlos.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

—Dos noches.

—¿Quiere entradas para la ópera o el *ballet*?

—Esta vez no, Larisa, mi agenda está muy cargada.

Lebel le tendió el pasaporte y el documento de ciudadanía y la mujer los depositó en una bandeja de metal que encajaba en el buzón de la oficina. Tanto el pasaporte como la documentación permanecerían allí hasta su partida.

—¿Lleva moneda extranjera u objetos de valor? —inquirió la mujer.

—Ningún objeto de valor, pero llevo quinientos dólares americanos en efectivo y la misma cantidad en marcos finlandeses.

Como a todos los visitantes y ciudadanos, a Lebel no se le permitía tener moneda extranjera, solo rublos. Sacó el dinero de su billetera y se lo tendió a la mujer.

—Todo para usted, mi dulce Larisa —bromeó—, si acepta que la invite a cenar.

La mujer frunció el entrecejo.

—Es un chiste, Larisa —se apresuró a decir Lebel.

—No bromee, Henri, el oficial de servicio anda por aquí efectuando la habitual revisión de los visitantes recién llegados. Podría volver en cualquier momento y oírnos y no quisiera que se llevara una impresión equivocada.

Lebel había llegado a conocer a la mayor parte del personal del Gabinete de Servicio, pero nunca conseguía acostumbrarse a la paranoia de los rusos ni a su miedo a la autoridad.

—¿Quién está de servicio esta vez?

—Un tal comandante Lukin. Usted no le conoce, está solo provisionalmente, pero seguramente no le entretendrá mucho. Él y un camarada acaban de salir de la oficina para comprobar el registro.

Todos los visitantes extranjeros debían entregar el pasaporte para que lo verificara y registrara el oficial de servicio del Segundo Directorio del KGB, que se encargaba del Gabinete de Servicio. Cuando realizaban esas tareas, los

hombres del KGB vestían de paisano. Todos los huéspedes extranjeros, fueran importantes o no, eran responsabilidad suya. Lebel sabía que no tenía nada que temer. Su documentación de ciudadano honorario le garantizaba que se trataría de una simple comprobación rutinaria y superficial. Pero en esta ocasión, sabiendo lo que tenía que discutir con Irina, estaba ligeramente nervioso. Observó a la mujer mientras esta contaba los dólares y los marcos, llenaba un formulario y después depositaba los billetes en una bandeja junto con el pasaporte y entregaba a Lebel un recibo para que lo firmara.

La puerta se abrió y entraron los dos hombres que Lebel había visto conversando con el encargado del mostrador.

—¿*Monsieur* Lebel? Mi nombre es Lukin y este es el camarada Kokunko.

El hombre con el guante de cuero extendió su mano sana y estrechó la de Lebel. El mongol no dijo nada, se limitó a mirar fijamente a Lebel a través de sus ojos oblicuos, lo que provocó en el francés una clara sensación de incomodidad.

—Encantado —respondió Lebel.

—Solo una breve visita esta vez, ¿no es así? —dijo Lukin.

—Tengo una reunión en el Ministerio de Comercio Exterior mañana por la mañana. Creo que podrá comprobar que todo está en orden.

—Estoy seguro de que así es. —Lukin tendió la mano en dirección a la mujer—. ¿Puedo ver el pasaporte del señor Lebel, Larisa?

La mujer se lo entregó, junto con el documento de ciudadanía. El comandante estudió ambas credenciales y sostuvo en alto la identificación de Lebel.

—Por lo que veo es usted ciudadano honorario. No nos tropezamos con muchos carnés como este, habitualmente.

—Realizo muchos negocios importantes en Moscú. Soy comerciante de pieles y tengo aquí una oficina. He venido para organizar un envío de pieles de marta.

Por alguna extraña razón, aunque el comandante parecía muy amable, Lebel se sentía intranquilo ante aquel hombre. Lo atribuyó a su propia conciencia, sabiendo lo que realmente había ido a hacer a Moscú, y se esforzó por parecer tranquilo. Confiaba en que un par de horas después estaría paseando por las calles de Moscú, siguiendo su bien ensayada rutina de comprobar que no había sido seguido antes de dirigirse furtivamente a la dacha de Irina. Ansiaba desesperadamente volver a verla y le excitaba la perspectiva de su futura libertad juntos. Pero, a causa del nerviosismo, le estaba dando demasiadas explicaciones a Lukin. El comandante debía de ser

perfectamente consciente de la posición de Lebel gracias a los registros del Gabinete de Servicio, y el francés sabía que la comprobación de sus documentos era simplemente una formalidad menor.

El comandante observaba su rostro. Parecía un tipo inteligente, con ojos que miraban intensamente como si le apremiaran para que ocupara el vacío y hablara. Su colega mongol también permanecía en pie mirándolo en silencio. Lebel tuvo la sensación de que el comandante sospechaba algo, pero intentó atribuir la idea a su propia ansiedad, que el motivo de aquel viaje había ampliado. Sin perder la compostura, devolvió la mirada fijamente a Lukin y no añadió nada más.

Finalmente, el comandante devolvió el pasaporte y el documento a la mujer.

—Que disfrute de su estancia en Moscú, *monsieur* Lebel —dijo educadamente—. Espero que sus negocios salgan bien.

—Estoy seguro de que así será.

20

Nueva York
19 de febrero, 5 de la tarde

Al caer la tarde, en la oficina de la Embajada soviética en la décima planta del edificio de las Naciones Unidas, situado en Manhattan, Felix Arkashin estaba de pie, encorvado sobre una media docena de fotografías en blanco y negro; mientras se rascaba el lunar de su mandíbula, frunció el entrecejo y se volvió hacia el hombre que estaba a su lado.

—¿Estás seguro de eso, Yegeni? —le preguntó.

Yegeni Oramov era un hombre delgado, de baja estatura, y llevaba gafas negras. Tenía el aspecto de un profesor descuidado, con mechones rebeldes de pelo negro rizado que brotaban aislados en su cabeza, pero a pesar de su apariencia tenía el rango de capitán del KGB en la Embajada soviética en Nueva York.

—Todo lo seguros que podemos estar. He estado verificando las fotografías con nuestros colegas, aquí y en Europa. Definitivamente, se parece a un hombre llamado Massey.

—Cuéntame algo de él.

—Dirige la oficina de operaciones de la CIA en Munich. Al parecer ha sido una espina clavada en nuestro costado durante mucho tiempo. La pregunta es: ¿qué podemos hacer al respecto?

Arkashin sacudió la cabeza.

—La pregunta es seguramente: ¿qué hace él con esa mujer, Anna Khorev?

Oramov sonrió.

—Aquí es donde entra en juego nuestra estación de Helsinki. He comprobado el informe que me diste, el de la mujer. Luego envié unas copias de las fotografías a Helsinki a través de la valija diplomática. Creemos que Massey estaba presente cuando nuestros hombres la interrogaron, aunque, como tú decías, utilizó otro nombre. El ayudante del coronel Romulka se acuerda de él, y la descripción parece que encaja. De modo que uno de los nuestros que ha estado vigilando a la mujer y ha visto las fotografías cree que Massey era uno de los americanos que la escoltaron hasta el avión.

—¿Y qué sabemos del otro hombre?

Oramov sonrió.

—Ahora es cuando se pone más interesante. No estamos del todo seguros, pero creemos que se trata de un hombre llamado Alex Slanski.

—¿Alex Slanski, al que llaman el *Lobo*? —inquirió Arkashin.

Oramov asintió.

—El mismo. Moscú ha puesto precio a su cabeza, como bien sabes. Llevamos mucho tiempo buscándolo. ¿Te acuerdas de Genady Kraskin, que resultó muerto en Berlín Este hace dos meses? Creemos que fue cosa de Slanski.

Felix Arkashin avanzó hasta la ventana y se frotó la cara. Al otro lado del cristal vio la calle East 67, con su tráfico siempre caótico, y al este, Central Park. Siempre había pensado que la situación en la capital comercial de Estados Unidos era ridícula, y los americanos, unos necios tolerantes. Protegidos por la cobertura de la embajada comercial, el consulado soviético o las agencias de noticias, aislados del resto de las dependencias de la ONU y con su propio sistema de comunicaciones con Moscú, con sus archivos inmunes a la búsqueda, y con una considerable libertad de movimientos en Nueva York, los jefes del KGB y sus oficiales iban a su trabajo cotidiano como si estuvieran trabajando en los mismísimos cuarteles generales de Moscú. Parecía una locura, pero les reportaba ventajas.

Por unos instantes, Arkashin se quedó sumido en sus pensamientos; después se volvió hacia su visitante.

—Ya puedes irte, Yegeni —dijo—. Deja las fotografías. Buen trabajo.

El hombre se fue y Arkashin encendió un cigarrillo. Yegeni Oramov le había proporcionado la confirmación que necesitaba sobre el informe de Braun. Permaneció allí un momento antes de volver hacia su escritorio. Descolgó el teléfono interno y marcó un número de tres dígitos que le comunicaba con la oficina de su superior. Mientras esperaba respuesta dirigió la vista hacia el retrato de Iósif Stalin, que colgaba de la pared situada frente a su escritorio. Aquella cara le miraba fijamente, con una perversa sonrisa en los labios. Arkashin se estremeció. Se oyó un chasquido al otro lado de la línea.

—¿Leonid? Aquí Arkashin. ¿Puedo subir? Apenas me llevará un minuto. Ha surgido algo que creo que es importante y me gustaría oír tu opinión.

Leonid Kislov era un hombre corpulento, ya entrado en la cincuentena, que fumaba sin parar hasta cuatro paquetes de cigarrillos americanos diariamente.

Como oficial más veterano de la Embajada de Nueva York, con rango de coronel, tenía un montón de preocupaciones, entre las cuales, y no las de menor importancia, se contaban una úlcera gastroduodenal y una fiera esposa georgiana que le atosigaba constantemente. Aquella mañana tenía un mal día: la úlcera le recordaba su existencia. Hizo señas a Arkashin para que se sentara.

—Date prisa, Felix —le dijo—, tengo una cita con el embajador dentro de media hora.

—¿Problemas? —preguntó Arkashin amablemente. Kislov eructó y se frotó el pecho, antes de hacer desaparecer dos tabletas, que sacó de un frasco de cristal, y extendió la mano para coger un vaso de agua que tenía sobre el escritorio.

—Siempre aparecen problemas que joden. —Engulló el preparado antiácido y bebió un poco de agua—. Washington vuelve a pincharle el culo al embajador por el asunto de los médicos judíos. Quieren saber qué está pasando.

—¿Qué va a decirles?

—Que se jodan, que no es asunto suyo. —Kislov sonrió—. Pero con modales, por supuesto. La diplomacia consiste solo en eso. Menos mal que no saben qué más está pasando. Les daría un ataque de los peores. Pero que se jodan, digo yo. Ya les llegará su hora, y antes de lo que creemos.

—¿Hay algo que quiera contarme?

Kislov lanzó una severa mirada.

—No es asunto tuyo, camarada. —Kislov sonrió—. Pero te daré una pista. Si las cosas van como planeamos, en seis meses ya no estaremos aquí. Nuestro proyecto del hidrógeno está prácticamente finalizado. Hay un plan para proceder a nuestra evacuación antes de que los problemas empiecen. Y va a haberlos, puedes estar seguro de ello.

Arkashin palideció ligeramente.

—¿Quiere decir que Stalin está casi a punto de empezar una guerra?

Kislov sonrió.

—Como te dije, eso no es asunto tuyo. —Cogió un cigarrillo de un paquete de su escritorio y le prendió fuego, miró su reloj de pulsera y dijo malhumorado—: ¿Para qué querías verme?

Arkashin explicó lo de las fotografías y lo de la mujer, mientras dejaba las instantáneas sobre la mesa y Kislov las examinaba.

Las fotografías habían sido tomadas a mucha distancia y algo chapuceramente. Las imágenes tenían poca definición y escasa calidad.

—Estas fotografías son una mierda.

Arkashin sonrió a medias.

—Cierto, pero los hombres de Lombardi no son fotógrafos expertos y no podían acercarse demasiado en caso de avistarlos. De todos modos, podemos estar seguros de que los hombres de las fotos son Massey y Slanski.

Kislov estaba enterado de lo de la mujer, pero hasta aquel momento no se había interesado por los detalles y había preferido que Arkashin se ocupara de ello. Pero esta vez se incorporó y dio una fuerte chupada a su cigarrillo.

—Interesante.

—Eso pensé.

—Aunque apenas afecta al esquema general de las cosas, ¿no es cierto? ¿Por qué razón pierde Moscú su tiempo en asuntos tan disparatados como el que tengo ante mí?

—Como sabrá, el coronel Romulka tiene un interés personal en el asunto de la mujer. Al parecer quedó impresionado cuando la conoció en Helsinki. Hay algo más detrás de eso, por supuesto, pero sin duda Romulka quiere la parte del león. Y con todos mis respetos, Leonid, yo no calificaría de disparatado el asunto del *Lobo*. Ha sido una verdadera plaga durante un tiempo.

Kislov suspiró.

—Supongo que sería mejor que me contaras qué ha sucedido.

—Estamos utilizando a Lombardi para vigilar a la mujer, por supuesto, pero Braun está actuando como enlace.

—¿Braun? ¿Ese bruto?

—Incluso un bruto tiene su utilidad. Por esa razón le introdujimos ilegalmente. Está especializado en asesinar emigrantes problemáticos.

—Estoy al corriente. Entonces, ¿qué propones?

—Algo me dice que Massey anda detrás de algo gordo. Y el que Slanski esté en la fotografía hace pensar que Massey tiene pensado ordenar un lanzamiento en paracaídas a uno de sus agentes. Quizá incluso a la mujer. Sería una elección ideal, si tenemos en cuenta que ella conoce bien nuestro país.

Kislov encogió sus voluminosos hombros.

—Es posible, pero es una especulación. ¿Por qué has acudido a mí?

—Tenemos tres opciones. Una, sacar a la mujer, tal y como pretendíamos. Dos, sacar a la mujer y de paso matar a Massey, y a Slanski de propina. O tres, los seguimos vigilando y averiguamos qué es lo que buscan. Si lo que

Massey planea es un lanzamiento en paracaídas, podemos intentar descubrir dónde y cuándo, para cogerlos en cuanto aterricen en territorio soviético.

Kislov se arrellanó contra el respaldo de su silla y reflexionó unos momentos; después aspiró una bocanada de humo de su cigarrillo y finalmente sacudió la cabeza.

—La segunda opción no es la mejor manera de proceder, y la tercera es arriesgada y poco definida. Tal vez no seamos capaces de descubrir cuándo y dónde van a saltar, si es que ello va a suceder. La primera parece la mejor opción, y además es lo que ha ordenado Moscú. —Frunció el entrecejo—. No me has contado cómo has averiguado quiénes son esas personas, Massey, Slanski y la mujer.

Arkashin sonrió.

—Fue francamente sencillo. Lombardi había ordenado a dos de sus hombres seguir a Massey y a la mujer cuando tomaron el tren hacia Boston. Allí fue a su encuentro el otro hombre, Slanski.

Arkashin señaló una fotografía de grano grueso tomada en la estación de Boston, en la que se veía a Massey estrechando la mano de Slanski, con Anna Khorev a su lado.

—La mujer llevaba una maleta —continuó Arkashin—, de modo que iba a alojarse en alguna parte. Los hombres de Lombardi los siguieron cuando salieron de la estación, pero perdieron el rastro después de que se fueran en un vehículo conducido por el hombre que creemos que es Slanski. No obstante, apuntaron la matrícula, de New Hampshire, y la han comprobado. Está a nombre de un tal Alex Slanski, con domicilio en un lugar llamado Kingdom Lake, en New Hampshire, cosa que confirma su identidad.

—Continúa —le animó Kislov.

—Los hombres de Lombardi fueron en coche al lugar al día siguiente para echar un vistazo. Luego, en un pueblo cercano, hicieron algunas preguntas indiscretas sobre Slanski. Vive con un anciano llamado Vasili Slanski, un emigrante. Ya conoces los otros detalles por la ficha de Alex Slanski. —Arkashin titubeó—. Es curioso, pero ese territorio no es muy diferente del ruso. Podría ser el lugar ideal para entrenarse con vistas a una misión, si es que Massey está planeando un salto en paracaídas.

Kislov asintió.

—¿Algo más?

Arkashin esbozó una sonrisa.

—Dentro de cinco días zarpará de los muelles de Nueva York un buque de carga soviético que nos iría muy bien si todo va según lo previsto. Tendré

que autorizar un pago en dólares a Lombardi si queremos llevar a cabo el rapto de la mujer.

—¿Se puede confiar en Lombardi en un asunto tan delicado como este?

Arkashin sonrió con afectación.

—Es escurridizo como una rata de alcantarilla, pero también es un capitalista convencido, que haría cualquier cosa por dinero. Además, no es contrario al asesinato. Una vez cumplió una condena de cinco años por homicidio; cometió un asesinato en los muelles, y me han dicho que con el machete es mortal. Él y Braun deberían trabajar juntos.

—Seguramente Lombardi no querrá involucrarse personalmente en eso. Querrá dejarlo para sus hombres.

—Insisto en que lo haga, teniendo en cuenta que nosotros le pagamos. No quiero que este asunto se estropee.

Kislov meditó durante un momento.

—¿Podrían Braun y Lombardi conseguir que las muertes de Massey y Slanski parecieran accidentales, de modo que los americanos no pudieran volverse contra nosotros?

—Estoy seguro de que podríamos arreglarlo.

Kislov sonrió brevemente.

—En ese caso, puede que tu segunda opción sea la mejor, después de todo. Ambos podríamos ganarnos un merecido ascenso.

Arkashin le devolvió la sonrisa.

—Eso fue lo que pensé.

—Pero recuerda: la mujer tiene prioridad. A quien buscamos es a ella. Sería perfecto que Massey y Slanski estuvieran presentes cuando vayamos a buscarla; podemos negociar con ellos, y en caso contrario, asegúrate de que te llevas a esa puta. Y di a tus hombres que sean precavidos. Según todos los informes, ese *Lobo* es un sujeto peligroso.

New Hampshire

Popov se había repuesto, y los días siguientes los dedicó al entrenamiento con armas. No hizo el menor reproche a Anna, pero Slanski veía un destello de ira en los ojos del ucraniano cada vez que miraba a la mujer. Aquel hombre se estaba ganando duramente su salario.

Empezó a nevar a primera hora de la tarde, una débil nevada que cubrió los bosques y los campos con una blanca sábana. Pasaron una hora

examinando las armas soviéticas que Popov había esparcido sobre la mesa, en la parte delantera de la habitación.

—Pueden encontrarse en su viaje con varias de estas, por lo que es importante que sepan a qué se enfrentan y cómo usarlas en caso necesario. —Tomó un arma—. Fusil de asalto Kalashnikov —dijo—. En realidad no es un fusil, es una pistola ametralladora combinada con un rifle. Puede disparar tiro a tiro, a ráfagas automáticas o semiautomáticas. Fue diseñada en 1947 por un suboficial del Ejército Rojo, que le dio el nombre. Se le llama también AK47. Usa munición del calibre 7,62. Un arma excelente, tengo que admitirlo. Jamás se encalla, puedes arrojarla al barro y bailar sobre ella, y seguirá disparando.

Dejó el fusil y cogió un arma con un cargador circular.

—Pistola ametralladora PPSh. Formaba parte del equipo básico de los suboficiales durante la guerra. Es ruidosa e imprecisa, y dispara demasiado rápido. Piezas de acero prensado. Se sigue utilizando en los países del otro lado del telón de acero. Es adecuada cuando estás a poca distancia del objetivo, o cuando tienes que acribillar una habitación a gran velocidad. Por lo demás, es una jodida pérdida de tiempo.

Volvió a colocarla en su lugar y tomó otra.

—Y ahora, la *crême de la crême*. Una pistola ametralladora de fabricación alemana, la MP40, llamada erróneamente Schmeisser. Los soviéticos consiguieron capturar miles de ellas de manos de los alemanes. Durante la guerra, los rojos preferían esa arma a sus propios modelos. Han armado a parte de la milicia con la MP40 en los países del bloque comunista, hasta que fueron reemplazadas por las armas soviéticas de última generación. Un arma letal, muy avanzada en su tiempo. Munición de nueve milímetros *Parabellum*, treinta y dos proyectiles en cada cargador. En mi opinión, mejor que cualquiera de las que habéis visto hasta el momento.

Popov dejó la pistola ametralladora alemana y se volvió hacia un par de pistolas.

—Las dos más importantes. La pistola automática Tokarev TT33 y el revólver Nagant. Ambos son razonablemente precisos y fiables. Los inconvenientes de la Tokarev son un horrible diseño y un mal acabado. En realidad, el Nagant es un arma belga, pero los rusos fabrican una copia exacta. Es un revólver sólido y fiable.

Miró a Anna.

—Cógelos. Empúñalos. Siente su peso y familiarízate con su mecánica. Tú también, Alex. Nunca se tiene la práctica suficiente. Saldremos dentro de diez minutos.

Anna empezaba a sentirse bien de nuevo. Correr por el bosque y hacer ejercicios agotadores había puesto en forma su cuerpo y se encontraba más viva de lo que se había sentido en mucho tiempo. Slanski le había enseñado el abecé del paracaidismo y, junto con Popov, había preparado un entrenamiento básico de salto para enseñarla a caer adecuadamente. Aquella actividad le había dejado poco tiempo para estar sola y pensar. Durante el día estaba preocupada por lo que hacía, y pasaba las noches sumida en una mezcla de sueño y agotamiento.

Durante el último día del entrenamiento estuvo nevando, y cuando hubieron despachado la cena, mientras Slanski y Vasili se ocupaban de los platos, Anna se echó el abrigo sobre los hombros, salió de la cabaña y echó a andar hacia el lago.

Minutos después oyó una voz a sus espaldas y se volvió. Popov se acercó y se detuvo a su lado, cerca del agua.

—Bueno, solo nos queda un día de estar juntos —dijo el hombre, después de mirarla largamente—. No dudo de que te alegrarás de que me vaya, pero espero que hayas aprendido lo suficiente como para salvar tu vida en una situación desfavorable.

Ella le miró con frialdad.

—¿Estás preocupado por mí, Popov?

Él sonrió en la oscuridad.

—Siempre me preocupo por mis alumnos. Pero depende de ellos el asimilar lo que les enseño. O aprenden lo suficiente y sobreviven, o no lo hacen y mueren. —Titubeó unos momentos—. ¿Cuándo te escapaste?

—No creo que sea asunto tuyo. Y ¿quién dice que me escapé?

Popov sonrió.

—¿De qué otro modo podías haber salido de Rusia? Pero, al margen de eso, no me gustaría ver a una mujer tan hermosa como tú caer en manos de los rusos si llegara el caso. ¿Tienes idea de lo que te harían?

—Puedo imaginármelo. Y ahora, ¿por qué no me dejas en paz?

—Créeme, si te cogieran, la violación sería lo más suave. Te torturarían hasta agotarte. Después, la muerte sería una compañera bien recibida. Y con el KGB, eso suele suceder lentamente.

—¿Estás intentando intimidarme, Popov?

La sonrisa se ensanchó bajo la barba del ucraniano.

—Dudo que eso sea posible. Solo me estoy asegurando de que sabes a qué atenerte. Tienes más sangre fría que la mayoría de hombres que he entrenado.

—Aplastó el cigarrillo bajo su bota—. Sea lo que fuere lo que vayas a hacer, espero que les hagas mucho daño a esos bastardos. Buenas noches.

Dirigió su mirada hacia ella antes de dar media vuelta y regresar a la cabaña. Anna se quedó mirando el lago, sumido en la oscuridad, cuando oyó una voz.

—Una conversación interesante.

Giró en redondo. Slanski estaba allí, entre las sombras, fumando un cigarrillo cuya brasa vio antes que a él. Bajó hasta la orilla donde se encontraba ella.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No es tan malo como aparenta.

—Si tú lo dices…

—Popov no te gusta mucho, ¿verdad?

—No.

—Lo que has aprendido de él te puede salvar la vida, no lo olvides.

—Eso no significa que tenga que gustarme.

Slanski sonrió.

—Supongo que no. —Arrojó su cigarrillo de un manotazo, que salió volando en dirección al lago—. Mañana te llevaré a Concord. Hay un hotel. No es gran cosa, pero la cocina es mejor que la de Vasili. Y hay baile durante la cena.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Por qué vas a llevarme a ese lugar?

—No hay ningún motivo, excepto que te lo mereces después de tu duro trabajo. Además, como dijiste, quizá sea el momento de empezar a actuar como un matrimonio. Massey volverá mañana por la noche para repasar detalles de última hora, de modo que no tenemos mucho tiempo para conocernos. —Iba a volverse, pero vaciló—. Mañana por la noche ponte un vestido, si tienes alguno.

Ella titubeó.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal, Slanski?

—Pregunta, pero no te puedo garantizar que vaya a responder.

—¿Por qué haces esto?

—¿Hacer qué?

—Ir a Rusia. ¿Qué motivos tienes?

—¿Qué quieres saber?

—He pensado que quizá seas un voluntario, y las personas felices no se ofrecen voluntarias.

Empezó a nevar de nuevo, una gruesa cortina de copos que caía desde la oscuridad, y empezó a soplar un viento helado y racheado sobre el lago. Slanski levantó la vista hacia el cielo nocturno y luego miró a Anna.

—Me temo que no es asunto tuyo. Igual que tus asuntos no son de mi incumbencia. Será mejor que vuelvas pronto a la casa. Aquí fuera puedes morir congelada.

Dio media vuelta sin pronunciar palabra y regresó a la cabaña.

Diez minutos después, mientras estaba sentado en su habitación, oyó a Anna volver y subir las escaleras. Oyó que se aseaba y se desnudaba, y luego el crujir de los muelles cuando se metió en la cama. La casa se sumió de nuevo en el silencio, excepto por los ronquidos de Popov, que inundaban la sala de estar.

Fue hasta la esquina de la habitación. Se agazapó cerca de la ventana y sacó su navaja plegable. Introdujo la hoja entre las tablas del suelo e hizo presión. La madera cedió fácilmente, y extrajo dos secciones de sesenta centímetros de longitud. Introdujo su mano en el hueco y extrajo una lata de bizcochos oxidada; debajo se ocultaba el informe que le había confiado Massey para que lo estudiara.

Aquel había sido su escondite infantil desde que había llegado a la cabaña. Entonces no confiaba en nadie, ni siquiera en Vasili. En un tiempo contenía las pocas posesiones que trajo consigo a América, cuando era un niño.

Abrió el informe de Iósif Stalin y lo volvió a leer. Contenía los datos que Massey le había contado, y ningún detalle de la misión. Los hábitos de Stalin, información sobre su salud, los dispositivos de la seguridad personal, y detalles sobre la guardia de élite. Su sistema de protección personal comprendía más de cincuenta mil personas, dedicadas a su protección y divididas en departamentos según su experiencia: medios de transporte de Stalin, alimentación, salud, protección física, entretenimientos… Cada bocado de lo que comía se había producido en granjas especiales, controladas rígidamente por la dirección de la guardia, que supervisaba el crecimiento de los productos alimentarios y el sacrificio de animales, y luego se transportaban esas provisiones a través de rutas custodiadas hasta sus almacenes particulares. Incluso llegaban a examinar los alimentos en el

laboratorio, y a probar esos alimentos con animales y con su propio personal antes de que el propio Stalin los consumiera.

El informe también contenía dos mapas detallados, uno del Kremlin y de las dependencias personales de Stalin, y otro de su villa de Kuntsevo con información sobre su sistema de seguridad.

Antes del salto en paracaídas, Slanski tenía que grabar cada palabra y cada información en su memoria. Cuando terminó de estudiar el informe, lo volvió a depositar en el hueco del suelo.

Cogió la lata de biscotes oxidada, la abrió y sacó su contenido: dos rizos de cabello, esmeradamente atados con hilo de color rojo, y un pequeño álbum de fotografías, cuya cubierta aparecía agrietada y gastada.

Recordó cómo los había abrazado durante meses, después de su huida, abrazado con fuerza contra su pecho, especialmente durante los días que duró su travesía por el Atlántico, escondido en las bodegas de un apestoso barco, con el estómago dolorido por el hambre. Pero ese dolor no era tan terrible como el de su corazón. Lo que había en aquel pequeño recipiente era el único recuerdo tangible de su familia. Ofrecía a un niño perdido la única cordura de todo ese mundo enorme y confuso.

Dirigió la mirada hacia los rizos de cabello. Los había amado a ambos, a Petia y a Katia. Siempre los había querido. Recordaba vagamente una noche en que estalló una tormenta y el pequeño Petia había pasado mucho miedo. Tendido en su dormitorio en la oscuridad, lo oyó gritar, asustado por el ruido y la luz, por los imponentes y aterradores sonidos del exterior.

—¿Tienes miedo?

Tras la ventana de la habitación centelleaban los relámpagos y retumbaban los truenos. Petia no paraba de sollozar.

—No tengas miedo. Ven, duerme a mi lado.

Petia se había acurrucado a su lado, una masa de rizos oscuros y de grasa tierna, y seguía llorando cuando Slanski le rodeó con sus brazos y le estrechó contra sí.

—No llores, Petia. Siempre velaré por tu seguridad. Y si algo o alguien intenta hacerte daño, lo mataré. ¿Comprendes, Petia? Y cuando mamá tenga el bebé, también lo protegeré.

Petia permaneció a su lado toda la noche, y le ofreció calor y seguridad.

Pero más tarde no conseguiría velar por su seguridad. Ni por la de Katia.

Slanski apartó los rizos, uno oscuro, otro rubio desteñido, todo lo que le recordaba a Petia y a Katia; después abrió el viejo álbum de fotos y se quedó mirando las instantáneas.

Los dos hombres habían aparcado el coche a unos ocho kilómetros de la carretera del bosque y atravesaban la espesura nevada hasta que llegaron al claro. Este se encontraba en la ladera de una colina, al abrigo de los pinos, y era el mejor lugar que habían encontrado el día anterior con una vista interesante de la cabaña.

Tardaron veinte minutos en poner a punto el equipo, la tienda de lona blanca de camuflaje y el trípode para los potentes prismáticos militares. Pero de improviso se hicieron las dos de la madrugada y empezó a hacer mucho frío. Una ligera capa de nieve polvorienta empezaba a depositarse sobre el suelo, y ambos se metieron en sus sacos de dormir e intentaron conciliar el sueño.

21

Manhattan, Nueva York
21 de febrero

Carlo Lombardi se sentó frente a Kurt Braun en el despacho privado del piso de encima del club, situado en los muelles del Lower East Side.

Lombardi tomó un sorbo de su *whisky* escocés.

—Y bien, ¿qué coño pasa?

—Tengo un trabajo para ti, si te interesa.

Lombardi le contestó con una mueca.

—Si hay dinero de por medio, siempre me interesa.

—Lo habrá —dijo Braun—, pero antes presenta tu informe.

Lombardi tenía un mapa de Nueva Inglaterra desplegado sobre la mesa y lo señaló con un dedo regordete y lleno de anillos.

—Tus amigos están aún en la casa del lago. Mis hombres la están vigilando, pero discretamente. La semana anterior llegó un tipo con barba y una pinta de paleto acojonante. Todavía está en la cabaña. Lo explicaba en mi último informe.

Braun frunció el entrecejo y se echó hacia adelante en su asiento.

—Ya lo leí. ¿Tienes fotografías suyas?

—Esta vez no, mis hombres se arriesgarían mucho si se acercaren demasiado. —Lombardi compuso una mueca y consultó el mapa—. ¿Quién coño que esté en sus cabales querría vivir aquí? Este lugar es el culo del mundo.

—Tengo que saber quién es el hombre que llegó a la cabaña y lo que está haciendo allí —dijo Braun.

Lombardi se encogió de hombros.

—Dile a tu amigo Arkashin que piense en algo. No quiero arriesgarme a revelar nuestra posición mandando a mis muchachos a echar un vistazo más de cerca. —Miró a Braun—. De modo que ¿cuál es el trato?

Braun habló durante un minuto. Cuando concluyó sus explicaciones, Lombardi soltó un silbido.

—Un asunto serio. —Volvió a silbar—. Un asunto jodidamente serio.

Braun extrajo un sobre de su bolsillo y lo arrojó sobre la mesa. Lombardi lo recogió y hurgó entre el grueso fajo de billetes que contenía. Reprimió el impulso de silbar de nuevo.

Su rostro lucía una amplia sonrisa cuando se puso de pie.

—¿Puede venir Vince?

—Supongo que será competente… Lombardi sonrió.

—¿Competente? ¡Joder! Deja que te diga algo: Vince se afilaba los dientes con un revólver cuando estaba en la cuna. Así, ¿cuándo quieres que se haga?

—Considerando que el avión soviético llegará a Nueva York dentro de veinticuatro horas, cuanto antes mejor, ¿no crees?

New Hampshire

Slanski aparcó la furgoneta en la calle principal del pueblo. Las ventanas de la bella Nueva Inglaterra estaban iluminadas en la oscuridad del atardecer, mientras caminaban hacia el hotel de la calle Concord. Sobre la tarima actuaba un grupo de danza y el camarero les condujo hasta una mesa instalada junto a la ventana y adornada con flores recién cortadas y una vela roja. Desapareció. Luego regresó con dos botellas de cerveza, la sirvió en los vasos antes de tomar nota del pedido y volvió a irse. Anna recorrió con la mirada el restaurante del hotel. Era un viernes por la noche y la mayoría de los comensales eran de mediana edad, aunque había varias parejas de jóvenes en la pista de baile.

—No es exactamente Nueva York, pero aquí es donde vienen los habitantes del lugar cuando salen por la noche —dijo Slanski cuando llegó la comida.

—Es la primera vez que voy a un lugar así en América.

De repente, un hombre alto, de cara enrojecida y con aspecto alegre, se acercó a su mesa y tendió su mano hacia Slanski. Tenía unos cincuenta años, el pelo gris y una actitud afable.

—Me alegro de verte, Alex. ¿Cómo se encuentra el viejo?

—Se conserva bien, Wally. ¿Te veremos pescar en el lago este verano?

El hombre sonrió.

—Puedes apostar tu vida. Estoy esperando que empiece la temporada. —Dirigió su mirada a Anna, la midió con los ojos y dijo a Slanski—: Alex, no seas mal educado, ¿no vas a presentarme a tu amiga?

—Anna, este es Wally Barton. Anna ha venido de Nueva York a por un poco de aire del campo.

El hombre le estrechó la mano y sonrió.

—No podía haber ido a un lugar mejor, señorita. Ahora diviertanse. Alex, ¿sabías que nunca te he visto mover el esqueleto en la pista de baile? Espero sinceramente que a partir de ahora sea una costumbre habitual.

—No cuentes con ello, Wally.

El hombre se alejó y fue a sentarse junto a su esposa, una mujer gorda que no había dejado ni un momento de mirar hacia su mesa. Cuando levantó la vista, Anna se dio cuenta de que otros hombres y mujeres de las mesas cercanas también los miraban.

—¿Quién era? —preguntó Anna.

—El juez del pueblo.

—¿Cómo es que su mujer aún me está mirando?

Slanski se rio.

—Anna, en un pueblo pequeño, todos son curiosos. Si te peinas el flequillo hacia el otro lado, todo el pueblo se entera. —Le sonrió—. Esta noche tienes muy buen aspecto, ¿sabes?

Ella le miró. Él la estaba observando atentamente. Anna se había soltado el pelo, se había aplicado maquillaje y lápiz de labios y se había puesto el vestido negro que llevaba en Nueva York la noche en que se conocieron.

—¿Es aquí donde vienes a buscar amiguitas?

Slanski sonrió y negó con la cabeza.

—Apenas he venido un par de veces —aseguró; echó un vistazo a su alrededor y dijo—: Háblame de ti, Anna.

—¿Qué quieres saber?

Bebió un sorbo de cerveza y dejó el jarro sobre la mesa.

—Cualquier cosa que me quieras contar.

—No —replicó Anna—. Háblame primero de ti.

Él levantó la vista, ligeramente sorprendido, un poco divertido, y de repente pareció relajarse.

—No hay gran cosa que contar. Quizá sea mejor que preguntes lo que quieras saber.

—¿Por qué viniste a vivir a Estados Unidos? —Jugaba con su vaso mientras parecía decidir hasta dónde contarle. Cuando él habló, no la miraba directamente.

—Mi familia vivía en una localidad cercana a Smolensk. Cuando mis padres murieron, mi hermano pequeño, mi hermana y yo fuimos internados en

un orfanato de Moscú. Yo tenía doce años. Odiaba aquel lugar, frío y desalmado. Así que decidí que teníamos que escapar. Un pariente de mis padres vivía en Leningrado y pensé que nos acogería. La noche en que planeábamos fugarnos nos detuvieron, pero yo conseguí huir y subir a un tren en la estación. Cuando llegué a Leningrado, mi pariente no estaba demasiado conforme y quería mandarme de vuelta. Vagabundeé por las calles hasta que me encontré en los muelles, observando un barco. No sabía hacia dónde se dirigía y no creo que eso importara demasiado, pero sabía que aquel barco era el destino que me esperaba. —Sonrió brevemente—. Ya sabes lo que dicen los rusos: «Las semillas de lo que haremos están ya sembradas en todos nosotros». De modo que subí a bordo.

—¿Qué sucedió luego?

—Dos semanas más tarde me encontraba en los muelles de Boston, medio muerto de frío y de hambre.

—Para ser un niño de doce años, lo que hiciste fue extraordinario.

Él negó con la cabeza.

—No tan extraordinario. No lo supe hasta que llegué a Boston, pero había otros cuatro polizones en el mismo barco. En aquellos tiempos escapar era mucho más fácil que ahora.

—¿Cómo acabaste juntándote con Vasili?

Slanski sonrió.

—En cuanto llegué a Boston resulté ser algo problemático. Me mandaron a un orfanato, como en Moscú, solo que la comida era mejor y la gente más amable. Pero eso no era suficiente. Y de repente alguien tuvo la brillante idea de mandarme aquí arriba.

—Vasili es un buen hombre.

—Un ruso de la mejor especie. Bueno y amable.

—Y tus hermanos, ¿qué fue de ellos?

Slanski no respondió y, al mirarle, Anna se dio cuenta de que era la primera vez que observaba emociones sinceras en su rostro. Percibió una explosión de dolor, pero pareció que él deseaba suprimirlo mientras se inclinaba hacia delante y la sonrisa volvía a aflorar a su rostro.

—Ahora es tu turno.

—¿Qué quieres saber?

—¿Te gusta Massey?

Esa pregunta la sorprendió. Titubeó y apartó la mirada momentáneamente.

—Fue el primer hombre bueno que encontré cuando hui hacia Finlandia —dijo cuando volvió a mirarle—. El primer ser humano sincero y atento que

había conocido en mucho tiempo. Confió en mí y me ayudó. De no haber sido por él, me hubieran enviado de vuelta a Rusia. Le estaré siempre agradecida por ello.

—¿Llegaste a casarte, Anna?

De repente, ella sintió el impulso de decirle la verdad, pero respondió:

—¿Tenemos que hablar de ello ahora?

—No, si no quieres.

—No, no quiero. —Cambió de tema—. ¿Confías en Popov?

Slanski se echó a reír.

—Por supuesto.

—Los ucranianos eran las peores alimañas de las SS. Asesinaban a las mujeres y a los niños sin miramientos, sin detenerse a pensarlo dos veces. ¿Cómo puedes confiar en él?

—¿Por eso le arreaste una patada en la entrepierna?

—Recibió lo que se merecía. Debía haber seguido sus propios consejos.

—No te gusta lo más mínimo, ¿verdad, Anna?

—Los hombres como él fueron unos traidores. Traicionaron a su propia gente luchando junto a los alemanes. Violaron y asesinaron.

Slanski percibió irritación en el tono de voz de la mujer.

—Te equivocas respecto a Popov, Anna —dijo—. Y pasas por alto un dato esencial. En las escuelas rusas te enseñan la historia muy deformada. Ucrania no siempre formó parte de la Unión Soviética. Lenin y sus bolcheviques sometieron el país. Luego fue Stalin. Casi cinco millones de ucranianos fueron asesinados o deportados a Siberia. Hombres, mujeres, niños. Familias enteras fueron trasladadas forzosamente o asesinadas. No tienes ni idea de la magnitud de lo ocurrido, los libros de historia soviéticos no cuentan la verdad.

—¿Y Popov es diferente?

—No fue un criminal de guerra. Era instructor en un campo, un buen instructor. Además, odia a los rojos.

—¿Por qué?

—Cuando Stalin robó todo el grano de Ucrania, durante las guerras de los kulaks, la gente pereció de hambre. Lo que hicieron los alemanes a Ucrania fue horrible, pero lo que le hicieron los rusos fue mucho peor.

La miró largamente, pero ella no decía nada. Slanski dejó su servilleta sobre la mesa, se levantó y le tendió la mano.

—Venga, vamos a bailar. Nos estamos poniendo demasiado serios.

—Hace mucho tiempo que no bailo…

—Nunca es tarde para volver a empezar.

La condujo a la pista en el momento en que la orquesta empezaba a tocar una pieza lenta. Mientras bailaban, Slanski mantenía a Anna muy cerca de su cuerpo.

—Respecto a lo ocurrido en la colina… —le dijo—, te debo una disculpa.

Ella levantó la vista para mirar su rostro durante unos instantes.

—No tienes por qué disculparte.

—Pero lo haré. Tenías razón, yo no quería que vinieras, aunque no por las razones que tú pensabas. Mi única intención era no lastimarte involucrándote en esto.

—¿Y aún crees que hubiera sido mejor que no viniera?

Slanski sonrió.

—Ahora ya no estoy tan seguro.

Bailaron dos piezas y ella se dio cuenta de que Slanski la sujetaba con firmeza y de lo cómoda que se encontraba. Finalmente tocaron una pieza animada y todos los bailarines empezaron a agitar las piernas en el aire, mientras un hombre tocaba el violín. La danza la hizo reír, y cuando volvieron a la mesa, varias personas se acercaron para saludarlos y vio a varias mujeres dirigirle miradas de envidia.

Slanski sonrió.

—¿Sabes que vas a arruinar mi reputación de soltero en esta ciudad?

—¿Te preocupa?

—Ni lo más mínimo.

Había pasado mucho tiempo desde que había bailado por última vez con un hombre. Recordó la noche en que había bailado con Iván en la orilla del río Moscova, y de pronto le pareció que había transcurrido mucho tiempo y sintió tristeza.

Terminada la cena regresaron al coche y Slanski la arropó con su abrigo para protegerla del frío.

Mientras subían al vehículo, ninguno de los dos se percató de la presencia del Ford sedán azul oscuro que estaba aparcado al otro lado de la calle, ni de los dos hombres que los observaban desde su interior.

El coche de Massey estaba estacionado frente a la casa cuando llegaron. Él estaba sentado a la mesa, tomando café con Vasili, y vio que Anna sonreía al entrar.

—Parece que lo han pasado bien.

—Todo forma parte del entrenamiento, Jake.

¿Dónde está Popov?

—Ha ido a acostarse. Mañana por la mañana tiene que volver a Boston. Acércate una silla.

Estuvieron sentados hablando y tomando café durante diez minutos, y cuando Vasili se fue a la cama, Massey le dijo a Anna:

—Otros tres días y podremos irnos. ¿Cómo te sientes?

—Nerviosa.

—¿Hay algo de lo que necesites hablar?

—¿Qué hay de la documentación que necesitamos para viajar?

—Pronto nos ocuparemos de ello. Y no te preocupes, los documentos no podrán distinguirse de unos auténticos. Dispondréis de todo lo necesario para llegar a Moscú. ¿Alguna otra cosa?

—No.

Miró brevemente a Slanski antes de ponerse de pie.

—Si no les importa, me iré a dormir.

Anna les deseó buenas noches y Massey esperó hasta que desapareció por la escalera.

—Esta noche tiene algo diferente —dijo entonces.

—¿Como qué?

—La mirada. ¿Qué habéis estado haciendo? —Slanski encontró la botella de *bourbon* y sirvió un vaso para cada uno.

—Una cena, un poco de baile y unas copas. Le sentó bien.

—¿Cómo se está desenvolviendo?

—Mejor de lo que pensé.

Le contó a Massey la experiencia de Popov, y Massey sonrió.

—Tenía que habérselo imaginado. Quizá se esté haciendo viejo.

—¿Qué tal París?

Massey le puso al corriente de los acuerdos de París y de Helsinki.

—Cuando lleguéis a Moscú usaremos el chalé de la novia de Lebel. Es ideal: aislado y seguro.

—¿Crees que será correcto involucrar a la amiga de Lebel?

—No va a involucrarse. Si todo va según lo planeado, en cuanto Anna y tú lleguéis a Moscú, ella e Irina partirán en el tren de Lebel. Entonces tendrás el lugar a tu disposición.

Massey repasó los detalles y Slanski se lo quedó mirando.

—Se diría que hay algo que te preocupa.

Massey apuró su *bourbon*, depositó el vaso sobre la mesa y se levantó.

—¿Recuerdas lo que te dije de Max Simon y su hija?

Creo que he dado con el responsable. Un tipo que usa el nombre de Kurt Braun. Es uno de los asesinos a sueldo de Moscú y se encuentra ilegalmente en Nueva York.

—¿Qué hace en Nueva York?

—Solo Dios lo sabe, pero seguro que no ha venido a hacer obras de caridad.

Slanski esbozó una sonrisa.

—¿Por qué será que presiento algo?

—Por lo que he oído de Braun, es la peor escoria que podrías encontrar. Es un psicópata, Alex. Cumplía condena por violación y homicidio premeditado en una prisión alemana hasta que los nazis, desesperados por conseguir más hombres, lo destinaron a un batallón de castigo de las SS. Los rusos lo capturaron en el cuarenta y cinco. Le dieron a elegir: trabajar para ellos o congelarse en un campo en Siberia. Naturalmente, escogió la primera opción.

—Así, ¿qué vas a hacer?

Massey se dirigió a la ventana y luego retrocedió; en su rostro había una mirada poco amistosa.

—Branigan quiere que me olvide de él.

—Pero tú tienes otros planes, ¿no es cierto?

—Lo he comprobado en inmigración. Braun llegó hace unos tres meses provisto de un pasaporte de la Alemania Federal a nombre de Huber. Tengo su dirección, un apartamento en Brooklyn. Quiero obsequiarle con una visita. Si se trata de él, voy a ajustarle las cuentas.

—¿Y qué pasa con los rusos?

—No pueden hacer nada. Braun es un inmigrante ilegal y apenas pueden demostrar su existencia. Y esperemos que ni él mismo lo consiga cuando hayamos terminado.

—¿Y Branigan?

—Si lo hacemos bien, no tiene por qué enterarse.

—¿Lo hacemos?

—En cierto modo, confiaba en que me acompañarías en este viaje —dijo Massey, esperanzado—. Solo iríamos nosotros dos. Necesitaré a alguien que me guarde las espaldas, Anna puede quedarse aquí con Vasili.

—Jake, ¿estás seguro de lo que estás haciendo?

Massey asintió.

—¿Cuándo? —dijo Slanski.

—Mañana.

Eran casi las siete de la mañana siguiente cuando Massey y Slanski partieron hacia Nueva York. Dimitri Popov se había levantado a las seis para volver a Boston en coche.

Diez minutos más tarde, Popov vio un Packard con matrícula de Nueva York adelantándole a gran velocidad. Cinco minutos después vio al mismo Packard estacionado fuera de la carretera y al conductor pateando furiosamente la rueda delantera izquierda.

El hombre le hizo señas y Popov se detuvo y bajó la ventanilla.

—¿Tiene algún problema?

—Me he metido en un jodido bache oculto entre la nieve. Dígame, ¿para eso pagamos impuestos?

El hombre empuñaba una llave de tuercas.

—El neumático está retorcido como unas bragas arrugadas y la llave está rota. ¿Podría prestarme una?

Popov gruñó y salió del coche. El hombrecillo obeso y de fino bigote parecía un inepto, una bola de sebo con acento de Nueva York y un montón de anillos de oro alrededor de unos rechonchos dedos. Popov encontró la herramienta en el portamaletas y se acercó al hombre.

—Déjeme a mí —le dijo, apartándolo suavemente.

—Gracias, señor, es usted un ángel.

El neumático no parecía estar pinchado, pero cuando Popov se agachó para examinarlo, sintió un golpe demoledor propinado con algo metálico en la base del cráneo, y luego otro antes de caer de bruces.

Acto seguido, un pie le golpeó con dureza en la entrepierna y, antes de que pudiera gritar, oyó el sonido de unos pies arrastrándose y la voz del hombre gordo:

—Metan a este jodido dentro del coche.

Popov rugía de dolor como un oso malhumorado mientras se revolvía, intentando levantarse, dando golpes al aire con sus gruesos puños. Golpeó con fuerza a un sujeto y oyó un grito, pero otro golpe le alcanzó dolorosamente en la nuca y se desplomó de espaldas.

Entonces algo afilado se introdujo en su brazo y Popov perdió el conocimiento.

22

Nueva York, 22 de febrero

Era poco más de la una y llovía cuando Massey se detuvo junto ala acera frente a un edificio de apartamentos de Brooklyn. Era un bloque de pisos de alquiler de ladrillo visto, con una escalera de incendios en la parte trasera, y tenía un aspecto que reclamaba a gritos más atención.

Permanecieron sentados en el interior del coche, bajo la lluvia persistente, mientras Slanski estudiaba el edificio y encendía un cigarrillo.

—¿Cómo quieres que lo hagamos?

—El método más sencillo es siempre el mejor. —Massey sonrió. En la mano sostenía una hoja de papel con membrete y sello del gobierno de Estados Unidos—. Somos de Hacienda y venimos a mantener una conversación amistosa. El apartamento de Braun está en el ático, por la parte de atrás. Tú sube por la escalera de incendios y cúbreme mientras yo voy por delante. En cuanto haya entrado, lo cogemos.

—¿Y si no está en casa?

—Esperaremos. Así tendremos la oportunidad de registrar el lugar.

—¿Y después?

—Deja que sea yo quien se preocupe.

Slanski arrojó el cigarrillo por la ventanilla del coche, sacó una pistola Tokarev con silenciador y la introdujo en el cinturón, bajo el abrigo.

—¿Estás seguro de lo que haces, Jake?

Massey sacó de la guantera una Smith & Wesson del calibre 38 y comprobó las recámaras del revólver antes de guardarlo en el bolsillo.

—Confía en mí.

Ambos salieron del coche bajo la lluvia.

Felix Arkashin estaba cansado. Tenía ojeras por no haber dormido y, mientras se volvía desde su posición junto a la ventana de la habitación del apartamento de Braun, miró el cuerpo de Popov desplomado sobre la silla.

Se lo habían entregado dos de los hombres de Lombardi; las cuerdas lo sujetaban con firmeza, pero Arkashin sabía que no era necesario. El hombre

apenas estaba consciente a causa de la droga y era incapaz de moverse.

Arkashin encendió un cigarrillo y se alejó de la ventana. Miró la cara magullada de Popov, el hilo de sangre que manaba de su boca hasta la barba, luego alargó la mano y levantó el mentón del hombre.

—Nos lo estás poniendo muy difícil. ¿No crees que sería mucho más sencillo que me dijeras qué está haciendo Massey en el lago?

Popov soltó un gruñido y sus ojos parpadearon; después, la cabeza le cayó sobre la mano de Arkashin y se desplomó hacia un lado. Arkashin suspiró. Braun y él habían pasado varias horas intentando hacer hablar a aquel hombre y no habían conseguido que articulara una sola palabra.

Ahora se preguntaba si no había sido una pérdida de tiempo. Además, Popov había herido seriamente a dos de los hombres de Lombardi mientras le secuestraban.

Su cartera estaba abierta encima de la mesa. Se llamaba Dimitri Popov, lo que no les decía nada, excepto que era ruso o ucraniano. No había duda de que era uno de los inmigrantes que utilizaban los americanos. Sobre la mesa había una jeringuilla hipodérmica y un frasco de escopolamina, el suero de la verdad. El último recurso de Arkashin. Cuando estaba a punto de cogerlo, oyó que llamaban a la puerta y se volvió, visiblemente alarmado.

No esperaba a nadie. Cerró la puerta del dormitorio detrás de él, cruzó hacia la puerta principal y mientras aplastaba el cigarrillo en el cenicero oyó que llamaban de nuevo. Titubeó, como si el instinto le avisara de que algo iba mal.

Estaba a punto de coger la pistola Walther cuando oyó la voz:

—Yo no lo haría, a menos que quieras perder los dedos.

El hombre rubio que estaba detrás de él empuñaba una Tokarev con silenciador, y la ventana que daba a la escalera de incendios estaba abierta, con la cortina ondeando al viento. Arkashin palideció al reconocer a Slanski.

—No tienes más que soltar el arma sobre la mesa, ser un buen chico y abrir la puerta, sin más complicaciones.

Arkashin hizo lo que le pedía. Dejó la Walther sobre la mesa, y mientras se dirigía hacia la puerta le inundó un sudor frío. El alma se le cayó a los pies cuando vio quién estaba tras ella.

Mientras entraba Massey, Slanski dijo tranquilamente:

—Jake, creo que será mejor que echemos un vistazo a lo que nuestro amigo tiene en el dormitorio.

—Será mejor que me digas qué demonios pasa aquí, y rápido —dijo Massey con dureza, después de sentarse en la silla frente a Arkashin.

Arkashin sonrió con nerviosismo.

—Yo podría preguntar lo mismo. Sería interesante que supieras en lo que te has metido. Pero debería decirte que soy un diplomático acreditado por la delegación soviética en la ONU, y como tal, gozo de inmunidad.

—De eso nada. Eso te pone en una situación todavía más difícil, de modo que corta el rollo. —Massey alzó el arma y amartilló el percutor—. Cinco segundos y empiezo a contar.

En ese preciso instante, Slanski volvió de la habitación sosteniendo a Popov, que tenía el aspecto de estar drogado. Cuando el gigante ucraniano vio a Arkashin, sus ojos se encendieron.

—Jake, si no aprietas el gatillo, lo haré yo.

—Cuéntame qué ha sucedido —le dijo Massey.

Popov se limpió un poco de sangre que tenía en la boca y señaló hacia Arkashin.

—Nuestro amigo está persiguiendo a la mujer. Le han estado pisando los talones. Después de que me fuera de la cabaña, un par de sus hombres me engañaron para que detuviera el coche y me dejaron inconsciente. Luego me trajeron aquí y ha intentado hacerme hablar. Se llama Arkashin.

Slanski arrojó un puñado de fotografías y mapas sobre la mesa.

—Estaban en el dormitorio. Parece que Arkashin tiene un notable interés por la fotografía. Y por nosotros.

Massey miró las fotografías. Algunas de ellas eran de Anna sola, las otras de Anna, Slanski y él mismo saliendo de un hotel y en la estación de Boston. Los mapas eran de New Hampshire, y no dejó de observar los círculos que rodeaban el lago.

Massey palideció y miró a Arkashin.

—¿Dónde está tu amigo Braun?

Arkashin contestó de mal talante.

—No tengo por qué contestar ni una sola de tus preguntas. Massey avanzó hacia él y apoyó el cañón del arma en su sien.

—Puede que sea verdad —dijo—, pero te aseguro que si no cooperas te haré un agujero por el que podría pasar un tren.

—No creo que fuera ni inteligente ni necesario.

—Me importa una mierda tu inmunidad, Arkashin. Y no procede. Estás complicado en un secuestro, un delito federal muy serio. De modo que habla, antes de que pierda la paciencia y las cosas se compliquen.

Arkashin suspiró y extendió las manos en un gesto de indefensión.

—¿Sabes? No podíamos dejar escapar a la mujer tan fácilmente.

—¿De quién hablas?

—La Embajada recibió órdenes de Moscú.

De repente, a Massey todo le pareció claro y se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿Cómo sabías dónde encontrarla?

—La seguimos desde Helsinki. La hemos estado siguiendo desde que llegó a este país.

Massey permaneció en silencio unos momentos y luego dijo:

—¿Por qué? No es nadie importante.

Arkashin sonrió tímidamente.

—Por lo que respecta a personas como tú y como yo, no nos corresponde preguntarnos la razón, Massey. Sencillamente hacemos lo que nuestros amos nos mandan.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Conocemos bien tus actividades. Descubrir tu identidad a partir de las fotografías no fue difícil.

La cara de Massey enrojeció de ira.

—¿Dónde está Braun?

—Ha ido a buscar a la mujer.

—¿Solo?

Arkashin se encogió de hombros.

—¿Importa eso ahora? No podrás detenerle.

—¿Qué va a hacer con ella?

—Subirla a bordo de un barco soviético amarrado en el puerto de Nueva York.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue Braun?

Como no contestara, Slanski le golpeó duramente en la cara con la pistola, y le dejó un rastro de sangre.

La cabeza de Arkashin rebotó hacia atrás. Cuando se recuperó, se limpió la sangre de la nariz.

—Eso no era necesario.

La cara de Slanski estaba blanca de rabia y gesticuló hacia Popov.

—Va a ser mucho peor si dejo que mi amigo te agradezca lo que le hiciste —dijo.

—¿A qué hora se ha ido Braun?

Arkashin miró con nerviosismo hacia Popov.

—Hace dos horas que se fue en tren hacia Boston —dijo.

—Llévalo arriba y átalo fuerte —dijo Slanski a Popov—. Que no pueda moverse ni hablar.

—Con mucho gusto. Y luego voy a golpearlo hasta convertirlo en pulpa.

Massey miró al ruso.

—Después de eso, no verás la luz del sol durante un tiempo, Arkashin. Ayuda a un residente ilegal, intento de asesinato, secuestro, tenencia ilícita de armas. Y estoy seguro de que habrá más cargos que tu inmunidad diplomática no conseguirá cubrir. Estás acabado.

Arkashin se puso notablemente pálido.

Mientras Popov se dirigía hacia él, Arkashin tendió bruscamente la mano en dirección a la Walther que había sobre la mesa. Popov hizo ademán de quitársela, pero fue demasiado lento y el arma se disparó, alcanzando al ucraniano en la cara. Popov salió despedido hacia atrás y Slanski realizó un único disparo que alcanzó a Arkashin en pleno corazón.

Massey palideció cuando fue a comprobar el pulso de Popov.

—Dios mío… está muerto…

—Arkashin también, Jake. Esto se está poniendo feo por momentos. ¿Y ahora qué?

—Salgamos de aquí, de prisa. Déjalo todo como está. Ya pensaré después en lo que tenemos que hacer.

—No llegaremos a tiempo al lago —dijo Slanski bajando la voz—. Está a seis horas en coche y los hombres de Arkashin nos llevan ventaja.

—Pues en marcha.

Massey se dirigía a la escalera de incendios cuando Slanski le cogió del brazo.

—¡Espera! —exclamó.

Se dirigió hacia la mesa y cogió uno de los mapas. Había sudor en su rostro cuando se volvió hacia Massey.

—Tiene que haber un modo más rápido —dijo. Pero solo es una posibilidad.

New Hampshire

Carlo Lombardi odiaba el campo. Estaba acostumbrado a oler el humo de los tubos de escape y la contaminación; los pajaritos cantando y los árboles no eran lo suyo. Arrugó la nariz mientras Vince bajaba el cristal del Packard y entraba por la ventanilla el aire frío.

—Vuelve a subir eso, joder. ¿Qué intentas? ¿Matarme?

Vince hizo lo que le pedían. Braun estaba sentado en silencio en la parte trasera. Hacía diez minutos que habían dejado la autopista. Lombardi conducía el coche después de recoger a Braun en la estación de Boston. Las casas de madera de Nueva Inglaterra pasaron rápidamente, pero Lombardi no parecía impresionado.

—Mierda de vaca y animales de granja sucios y ruidosos. ¿Quién necesita eso? —Encendió un cigarrillo sin dejar de mirara Braun—. ¿Qué historia es esa del palurdo de la barba?

Braun le devolvió la mirada.

—Ahora es un problema de Arkashin. ¿Cuánto falta?

—Otra hora. Ese gordo cabrón casi mata a Lou y a Frank. A Lou le tuvieron que escayolar la mandíbula.

—Tenían que haber ido con más cuidado. Esta vez harán lo que yo les diga.

Lombardi se encogió de hombros y se volvió hacia Vince.

—Sabes el plan, ¿no? Te cepillas a cualquiera que se ponga por medio. ¿Tienes las herramientas?

Vince tanteó bajo su asiento y sacó una bolsa de arpillera, de la que salieron tres armas de fuego: dos escopetas recortadas y un fusil MI.

—Joder… —exclamó Lombardi—. ¿Qué coño esperan encontrar? ¿Osos?

Vince se encogió de hombros nuevamente.

—Dijiste que podía haber problemas, nunca se sabe. Lombardi se volvió hacia Braun, que estaba sentado en el asiento de atrás, y sonrió.

—Debo decir a favor del chico que viene bien preparado.

Vasili salió de la barca y ayudó a Anna a subir a la pasarela de madera.

Habían pasado una hora pescando en el lago y habían atrapado tres grandes truchas.

—Háblame de la fotografía de la cabaña —dijo Anna mientras subían juntos—. ¿Es la familia de Alex?

—Sus padres y sus dos hermanos. ¿Te habló de ellos?

—Lo suficiente como para hacer suposiciones sobre la foto.

—Eso es que le gustas, Anna.

—¿Por qué lo dices?

La miró durante un momento con infinita comprensión.

—Alex nunca habla de ellos —dijo al fin—. Creo que debes de haber encontrado una grieta en su armadura. —Ella sonrió.

—Tengo que admitir que cuando llegué aquí por primera vez, me pareció una persona algo difícil.

Vasili se echó a reír.

—Eso no es nada comparado con el día en que llegó él por primera vez.

—¿Cómo era?

—Como un pequeño cachorro de lobo salvaje. Imposible de domesticar. Se negó a comer y a hablar. Solo quería estar solo, como si tuviera una llaga tan profunda en el corazón que nadie pudiera curar. Y no creo que nadie lo consiga nunca.

—¿Y por qué dejaste que se quedara?

Llegaron a la cabaña y Vasili soltó los aparejos de pesca y las truchas y se sentó en la veranda.

—Sabía que había pasado una mala época y no confiaba en nadie excepto en sí mismo. Necesitaba distraerse y necesitaba un padre. Hice lo que pude, le mostré el bosque y le enseñé a cazar. No conozco a nadie que pudiera sobrevivir mejor en estos bosques que Alex, ni yo mismo lo haría mejor. Lo alejé de los malos pensamientos y gradualmente se estabilizó. Después de lo que le había sucedido, necesitaba espacio, y no gente, a su alrededor.

—¿Qué les ocurrió a sus padres?

—¿No te lo contó?

—No.

Vasili meditó durante un momento, y después sacudió lentamente la cabeza.

—Anna, hay cosas que un hombre está autorizado a mantener en secreto. Si Alex hubiera querido que lo supieras, te lo habría dicho. Tendrás que esperar que te lo cuente él.

Anna salió del porche. Lo miró por encima del hombro mientras se quitaba un mechón de pelo de la cara.

—Vasili.

—¿Qué?

—Me agradas. Me agradas mucho.

Vasili sonrió antes de volverse. A continuación se levantó y entró en la casa.

A llegar a la altura de la ventana, titubeó y miró hacia afuera; la vio desaparecer en el bosque. Luego se fue a la cocina a preparar el pescado.

Una hora más tarde, Lombardi vio el cartel en la carretera: *Intrusos fuera*, y dirigió el Packard hacia el camino cubierto de nieve.

Unos cincuenta metros más adelante vieron el lago a lo lejos. Lombardi detuvo el coche; cuando apagó el motor, Vince y Braun ya habían salido del coche.

—¿Es esta? —preguntó Braun a Lombardi, después de estudiarla unos instantes.

—Así es. La jodida cabaña del tío Tom. Cuando estéis listos, vamos allá.

Vince sacó las armas y Lombardi se aseguró de que tenía su cuchillo en el cinto, antes de decir:

—De acuerdo, vamos a acabar con este maldito asunto. Vince, intenta no parecer un puto oso correteando por el bosque, ¿me comprendes?

—Tú cubre el frente y yo iré por detrás —dijo Braun. Braun se dirigió hacia el bosque por la parte derecha del sendero y desapareció.

Lombardi y Vince empezaron a andar hacia el bosque por el otro lado, y comprobaron las armas.

Vasili vio a los dos hombres salir del bosque mientras estaba de pie ante la ventana de la cocina.

Se encontraban a unos cincuenta metros de distancia, uno llevaba una escopeta y el otro un fusil, e iban andando en dirección a la cabaña. Soltó el cuchillo de cocina y se limpió las manos antes de coger el rifle Winchester.

Salió al porche y dijo a los hombres:

—¿No han visto el cartel? Esto es propiedad privada. Den media vuelta y váyanse por donde han venido.

El más gordo de los dos, el que lucía un fino bigote, parecía el que mandaba. El joven que estaba a su lado manoseaba nerviosamente su fusil.

El hombre gordo sonrió mientras intentaba acercarse.

—Eh, tranquilo —dijo—. Nos hemos perdido. Quizá pueda ayudarnos.

Vasili levantó el arma.

—No se acerquen más o les ayudaré a llegar al cementerio —dijo—. Les he dicho que están en una propiedad privada.

—Baja el rifle, viejo —dijo groseramente el gordo—. Así no te lastimarás.

Vasili titubeó.

—¿Quiénes son ustedes y qué quieren?

—Solo una conversación amistosa con la mujer. ¿Dónde está?

Vasili palideció y amartilló el percutor del Winchester con el pulgar.

—Eh, gordinflón, si te acercas te mato.

—Esto no va contigo. Limítate a sacar a la mujer y no habrá que lamentar desgracias personales. Solo queremos hablar con ella.

—¿Por eso venís armados?

El gordo se acercó un poco más.

Vasili le apuntó con el Winchester.

—Tirad las armas ahora mismo. Si no, los mato.

—Que te jodan —dijo Lombardi.

Levantó la escopeta que tenía en las manos y el disparo acertó a Vasili en el hombro derecho, propulsándole contra la pared.

Mientras se desplomaba sobre el suelo del porche, los dos hombres ya se le estaban acercando, y cuando fue a coger el Winchester, uno de ellos lo apartó con el pie. Vio el reflejo del cuchillo mientras el hombre gordo se arrodillaba sobre él.

—Demasiado lento, viejo. ¿Dónde está la mujer? No me engañes. Dime dónde está o te saco tu asqueroso corazón, paleto cara de tomate.

A mitad de camino por el bosque, Anna oyó el disparo y el corazón le dio un vuelco.

Cuando se volvió, vio al hombre a su derecha y le recorrió un escalofrío. El tipo tenía una escopeta en las manos y por un momento pensó que se trataba de un cazador, pero el disparo procedía de la cabaña, y cuando vio la mirada del hombre se dio cuenta que algo iba mal.

El hombre alzó el arma y sonrió. Tenía una cicatriz en la cara.

—Quédate donde estás.

Anna se detuvo, y mientras miraba al hombre, confundida, él se dirigió hacia ella y vio cómo se ensanchaba su sonrisa.

—Tranquila y con cuidado. Vamos a volver por el camino que has venido.

Su primer instinto fue darse la vuelta y echar a correr, pero cuando iba a moverse, aquel hombre fue tras ella y la agarró salvajemente por los cabellos. Mientras tiraba de ella, Anna soltó con fuerza su pierna izquierda y le propinó una patada en la rodilla. Él se encogió, dejando caer el arma, pero cuando Anna intentó cogerla, aferró salvajemente sus cabellos y tiró de ella.

—Maldita putilla… La golpeó duramente en la cara una y otra vez. Tan duramente que ella pensó que le había roto la mandíbula. Luego él le dio un

golpe en la nuca con el puño y lo único que recordó después de eso fue la oscuridad.

23

En la amplia ensenada conocida como Buzzards Bay, situada a cien kilómetros al sur de Boston, el pequeño puerto estaba desierto.

En verano, la bahía estaba atestada de personas que llegaban de Nueva York y de Boston, pero en invierno su única actividad era la de los pescadores de langostas locales que comprobaban sus trampas y unos cuantos marineros atrevidos que acudían los fines de semana en coche desde las ciudades. Aquella tarde no había marineros ni pescadores que hubieran salido al mar, a causa del frío viento del Atlántico que azotaba las olas y las coronaba con una cresta blanca.

El hombre que se dirigía al hangar próximo a la orilla del agua acompañado por Massey y Slanski era alto y delgado; tenía los ojos tristes y había una sombra permanente bajo sus cuencas. El rostro era agrio, lo que sugería que la vida era una experiencia desagradable para él, y sus movimientos eran lentos y pesados.

—¿Sabe? Esto es bastante irregular, señor Slanski, especialmente con este tiempo. No hay ni una nube, pero si este condenado viento fuera un poco más fuerte podría despellejar vivo a un perro.

—Le estoy agradecido, Abe.

—¿A qué viene tanta prisa para subir hasta el lago?

—Una emergencia.

Abe Barton volvió la vista hacia el mar con expresión dubitativa y se rascó la mandíbula.

—Bueno, no me hace mucha gracia la idea de despegar con esas olas y regresar en la oscuridad, pero supongo que tratándose de una emergencia puedo hacer una excepción. Entiéndame, normalmente no lo haría. Slanski y Massey habían tardado casi tres horas en coche hacia el norte hasta llegar a la bahía y la tensión se reflejaba en sus rostros.

El pueblo portuario no contaba con más de una docena de casas de madera construidas a su alrededor y el hangar estaba situado en el extremo más alejado del farallón. De él partía una rampa deslizante para botar el hidroavión al agua. Las puertas del hangar estaban cerradas.

El hidroavión estaba destinado a transportar partidas de caza y pesca desde la bahía hasta el norte de Nueva Inglaterra cuando se levantaba la veda,

y Barton era el piloto, mecánico y cuidador. Abrió con llave el candado del hangar y tiró de las puertas para abrirlas, para que vieran en su interior un hidroavión Seebee de un solo motor, con el morro abultado. Una lona cubría el morro y Barton la retiró.

Se frotó su prominente mandíbula.

—Habrá que echarle combustible. En el depósito apenas queda el suficiente para calentar motores.

—¿Cuánto tiempo nos llevará eso?

—Diez minutos deberían ser suficientes. Hay combustible en el almacén de la casa.

—Entonces sugiero que nos pongamos en movimiento —dijo Slanski con impaciencia—. Dejaremos el coche aquí.

Barton suspiró y se dirigió hacia la puerta del hangar. Junto a ella, y apoyadas contra la pared, había un par de carretillas de dos ruedas para transportar los barriles de combustible, y él utilizó una con evidente malhumor.

—Ese Barton necesita que lo dinamiten —dijo Slanski a Massey cuando aquel se hubo ido—. Dentro de una hora oscurecerá. Aterrizar en el lago durante el día ya es difícil si el agua está muy picada. Casi a oscuras, es prácticamente imposible.

Massey recorrió el hidroavión con la mirada.

—¿Estás seguro de que Barton sabe pilotar este maldito aparato?

—Podrás juzgarlo por ti mismo. Conoce muy bien la zona del lago. —Slanski señaló con un movimiento de cabeza la otra carretilla que había en la esquina—. Será mejor que le echemos una mano con el combustible o estaremos aquí todo el día.

Cinco minutos más tarde regresaron; Barton empujaba su carretilla como si fuera un condenado. Massey y Slanski le ayudaron a cargar rápidamente el combustible con una bomba mecánica.

Después utilizaron el montacargas, y cuando finalmente consiguieron llevar el Seebee hasta el agua, Barton se metió en la cabina y puso en marcha el motor Franklin. Arrancó a la primera con un ronroneo.

Anna se despertó con dolor de cabeza.

Se encontraba en la cabaña, tumbada de espaldas sobre el suelo. Vasili estaba junto a ella atado a una silla.

Ella lo miró horrorizada. La piel del hombre estaba blanca y sus ojos entrecerrados; de la herida que tenía en el hombro derecho brotaba la sangre, y su rostro mostraba varios cortes profundos en los puntos donde había sido golpeado. La cabeza le colgaba blandamente hacia un lado y unos extraños gorgoteos brotaban de sus labios.

Anna gritó.

—¡Cállese de una puta vez, señora! —Anna volvió la cabeza y vio a dos hombres. Uno era el de la cicatriz en la cara que había visto en el bosque. Estaba sentado en una silla junto a la ventana, fumando un cigarrillo; sostenía una escopeta, cruzada sobre sus rodillas, y la miraba fijamente en silencio.

El segundo hombre, el que había hablado, era bajo y grueso y lucía un fino bigote negro. Estaba sentado sobre la mesa, limpiándose las uñas con una navaja y sonreía con una fea mueca.

—De modo que ha vuelto al mundo de los vivos.

La mujer los ignoró y se puso en pie con gran esfuerzo. En sus ojos había lágrimas cuando se acercó para colocarse junto a Vasili. Los ojos del hombre parpadearon al reconocerla.

—Anna…

—No, Vasili, no hables.

Seguía perdiendo sangre, y Anna le tanteó el pulso. Era débil. Se volvió para mirar a los hombres.

—Morirá si no recibe ayuda. Tienen que hacer algo… ¡Por favor!

—Si no se aparta de él, me lo cargo.

Se bajó de la mesa, fue hacia Anna, la agarró del pelo y de un empujón la obligó a sentarse en una silla.

—Ahora siéntese ahí y cierre el pico.

—Se está muriendo… El hombre de la cicatriz en el rostro se puso en pie, dio unos pasos y le dio un bofetón en la cara con todas sus fuerzas; después con su mano la aferró dolorosamente por la barbilla y la miró fijamente mientras decía en ruso:

—Massey y Slanski, ¿adónde han ido?

Anna sintió que la sangre se retiraba de su rostro y que un repentino miedo oprimía su corazón. Abrió la boca para hablar, pero no pronunció ni una palabra, pues la terrible verdad acababa de hacerse evidente para ella.

El hombre volvió a abofetearla con fuerza.

—Le he hecho una pregunta: ¿dónde están sus amigos?

—Yo… No lo sé.

El hombre alzó la escopeta y apuntó a Vasili.

—Dime la verdad o lo mato.

—Yo… No lo sé… Se fueron… esta mañana…

—¿Adónde fueron?

—No lo sé.

—¿Cuándo volverán?

—No lo… El hombre amartilló los percutores de la escopeta y apuntó a la cabeza de Vasili.

—Esta noche —dijo Anna rápidamente—. Dijeron que estarían de vuelta por la noche. No sé a qué hora. Le estoy diciendo la verdad… Por favor.

Durante varios segundos el hombre permaneció inmóvil apuntando con su arma a Vasili; después sonrió y obligó a Anna a levantar el rostro.

La sonrisa se desvaneció y la presa alrededor de la barbilla de la mujer se hizo más férrea.

—No me mienta —dijo haciendo rechinar los dientes—. Si vuelve a mentirme, la mataré. ¿Lo entiende?

Se oyó un ruido a sus espaldas y entró en la habitación otro hombre procedente de la cocina. Era joven, corpulento y traía una caja de madera alargada.

—Adivina lo que he encontrado.

Depositó la caja sobre la mesa y abrió la tapa de un manotazo. Anna vio que contenía las armas que habían utilizado durante el entrenamiento con Popov.

El joven sonrió.

—Estaban en la parte de atrás. Hay una trampilla bajo el suelo de la cocina, una especie de despensa, llena de comida y herramientas.

El hombre grueso del bigote se acercó y examinó el interior de la caja. Cogió una pistola ametralladora Tokarev y soltó un silbido.

—Esto son palabras mayores. Al parecer, nuestros amigos están dispuestos a empezar una guerra. —Miró al hombre de la cicatriz—. ¿Qué coño pasa aquí, Braun?

Braun reflexionó por un momento y después lanzó una rápida mirada a Vasili.

—Llévate a la mujer afuera —dijo al hombre más joven—. Más tarde me ocuparé de ella.

El hombre cogió a Anna por el pelo y se la llevó a rastras. Cuando ella vio que Braun miraba a Vasili, dijo:

—¡No!… No le hagan daño… ¡Por favor!

Lombardi le cruzó la cara con el revés de la mano.

—Llévatela, Vince. —Cuando hubieron salido, Lombardi se volvió a Braun—. ¿Qué historia es esa?

Braun hizo caso omiso de la pregunta, se acercó a Vasili y le obligó a levantar la cabeza. Aún estaba consciente, pero sus ojos a duras penas conseguían enfocar.

—¿Qué más ocultan Massey y Slanski, viejo? —inquirió Braun.

Los ojos de Vasili subieron con gran esfuerzo para mirar a Braun, pero no habló. Braun lo abofeteó con furia.

—No volveré a preguntarlo. La próxima vez le diré a mi amigo, el que está afuera, que le haga daño a la mujer. Que le haga mucho daño. Esta propiedad es tuya, las armas estaban aquí. ¿Por qué?

—Massey… las trajo. Yo… no sé por qué —dijo Vasili con un gorgoteo.

—¿Qué más ha traído?

—No lo sé…

—Trae a la mujer —ordenó abruptamente Braun a Lombardi.

—¡No! —suplicó Vasili con voz ronca—. Les diré la verdad.

—¿Qué otros escondrijos tienes en la cabaña?

La cabeza de Vasili se desplomó sobre su pecho y Braun lo cogió por el pelo para mirarle directamente a los ojos.

—¿Quieres contemplar cómo violamos a la mujer? Porque esto es lo que va a ocurrirle a esa zorra si tú no hablas. Después la mataré lentamente.

Los ojos de Vasili se abrieron con una mirada ebria. Al parecer tenía dificultades para respirar.

—No… No le hagas daño.

Braun sonrió despectivamente.

—Ayúdame y no le ocurrirá nada.

Pero antes de que Vasili pudiera volver a hablar, sus ojos giraron en las órbitas y la cabeza se le desplomó hacia un lado. Braun le golpeó en la cara una y otra vez, frustrado, pero Vasili no recuperó el conocimiento.

—Estás perdiendo el tiempo —dijo Lombardi—. Ese palurdo está ido. Ha perdido demasiada sangre.

Braun cogió la escopeta y se dirigió hacia la escalera.

—Vuelve a registrar el almacén —dijo a Lombardi— y examina a conciencia la planta baja.

—¿Adónde vas tú?

—A ver qué más puedo encontrar.

A quince minutos de vuelo de Buzzards Bay, el aire transparente era turbulento, y Barton tuvo que aumentar la altitud hasta mil quinientos metros para evitar las ráfagas más violentas.

El despegue había sido como mínimo accidentado, pero Barton parecía saber exactamente lo que se traía entre manos. El Seebee se había elevado grácilmente y remontó hasta los seiscientos metros antes de virar hacia el noroeste.

La oscuridad era creciente en el interior de la cabina y los pasajeros podían ver la vasta extensión moteada de luces que era Boston acercándose desde el crepúsculo, a su derecha. Frente a ellos veían el norte de Massachusetts. Barton se volvió y gritó para hacerse oír por encima del motor.

—Dentro de diez minutos cruzaremos la frontera del estado y estaremos en New Hampshire. Intentaré acercarme todo lo que pueda a la cabaña, pero no le prometo nada, ¿comprende? Depende de cómo esté el agua.

—Olvídese de la cabaña —dijo Slanski—. Quiero que aterrice a un par de kilómetros más arriba, en la orilla del lago. Y mantenga apagadas las luces de aterrizaje cuando nos acerquemos.

Barton trasladó una perpleja mirada de Slanski a Massey.

—Eh, amigos, me pareció oírles decir que esto era una emergencia.

—Y lo es.

—Bueno, necesito esas luces para ver cómo está el agua —protestó Barton—. Si choco contra las crestas de las olas con demasiada fuerza, pueden agrietar la proa o hacer que se sumerja un ala en el agua.

Slanski puso una mano sobre el hombro de Barton.

—Limítese a hacer lo que le digo, Abe. En cuanto se pose y nos hayamos ido hágame un favor y espere media hora por si necesitamos que nos lleve de vuelta. No más de media hora o tendrá problemas para aterrizar cuando vuelva a Buzzards Bay.

—Ya tengo bastantes problemas si hago lo que usted me pide. Necesito esas malditas luces.

—Por favor, Abe, haga lo que le digo.

Barton frunció el entrecejo con preocupación, pero se encogió de hombros y volvió a concentrar su atención en los mandos del Seebee.

Braun recorrió una por una las habitaciones del piso de arriba. Aunque sabía que la casa estaba vacía, se movió con cautela, entrando en cada dormitorio

con cuidado y con la escopeta preparada para disparar.

Encontró primero la habitación de la mujer y registró sus ropas y la pequeña maleta que había bajo la cama. No encontró nada de interés, pero cuando llegó a su ropa interior la manoseó y sonrió.

Las demás habitaciones eran funcionales y sin elementos decorativos. El viejo no tenía gran cosa aparte de ropa vieja, un poco de tabaco y un par de viejos libros en ruso, además de media docena de botellas de licor casero ocultas bajo la cama. Había una fotografía muy vieja en un marco de vidrio en la que podía verse a un hombre y a una mujer con los mismos rasgos indios que el viejo. Braun la dejó a un lado despreocupadamente y cayó al suelo. Cuando encontró el dormitorio de Slanski, lo inspeccionó con mucha más atención. Registró las ropas del armario, vació los bolsillos y dos maletas de cuero llenas de ropa vieja que encontró al fondo. Dio la vuelta al colchón y miró debajo, pero no halló nada.

Frustrado, Braun dio una patada a la mesilla de noche, que se voleó y cayó al suelo. Fue hacia la ventana y encendió ociosamente un cigarrillo; se puso en pie y en ese momento algo le hizo mirar hacia abajo. La mesilla de noche había caído estrepitosamente sobre las tablas de madera bastamente labradas del suelo, justo debajo de la ventana, y cuando pisó una de ellas notó que estaba suelta. Se arrodilló e hizo palanca con la uña. En el hueco vio la lata de galletas oxidada y la abrió. Examinó el contenido unos instantes y lo fue sacando. Finalmente vio la carpeta que había debajo. En el interior de la misma había cuatro páginas con el encabezamiento JOSEPH STALIN y las leyó rápidamente.

Durante unos segundos se quedó inmóvil intentando calcular el valor de aquel descubrimiento y después sonrió para sí mismo. Moscú pagaría por lo que acababa de encontrar, eso era indudable.

Dobló la carpeta y se la embutió cuidadosamente entre los pantalones y su cuerpo. Después terminó de examinar el resto del contenido de la caja antes de descartarlo sin más interés. Cuando acabó de registrar las demás habitaciones concienzudamente, volvió a la planta baja.

La oscuridad era creciente y Lombardi intentaba encender una lámpara de petróleo, quemándose los dedos en el proceso.

—¿Es que los palurdos no habéis oído hablar de la electricidad? —dijo al hombre que estaba desplomado en la silla, inconsciente.

Lombardi miró a Braun desde el otro extremo de la habitación.

—En la planta baja solo había provisiones. El resto de la finca está limpia. ¿Qué has encontrado tú?

—Nada —mintió Braun mientras encendía un cigarrillo.
—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Lombardi.
—Nos marcharnos y nos llevamos a la mujer.
—Pensé que íbamos a esperar a los amigos de este tipo.
—No hay tiempo.
Lombardi frunció el entrecejo.
—Lo que tú digas. ¿Qué me dices del viejo?
—Nos ha visto la cara. Mátalo.

El Seebee describió un arco perfecto alrededor del lago y después Barton descendió en picado hasta situarse a cien metros por encima del agua.

El ocaso avanzaba con rapidez y el lago estaba sumido en una oscuridad casi completa, excepto por una débil reverberación de luz plateada sobre el agua. Barton insistió en encender las luces de aterrizaje momentáneamente para ver qué aspecto tenía la superficie del agua. Parecía bastante calmada, pero en dirección a la costa había olas irregulares.

—Será mejor que comprueben si llevan el cinturón de seguridad abrochado y que se agarren fuerte, puede que haya algunos baches —dijo Barton volviéndose hacia Slanski.

En la frente del piloto relucía el sudor. Descendió hasta unos treinta metros y empezó a maniobrar para que el hidroavión amerizara con suavidad. Se dirigían hacia un trecho de costa situado a menos de dos kilómetros al norte de la cabaña, en línea recta por tierra, y a unos treinta metros de la orilla.

Al llegar a los veinte metros, el Seebee empezó a dar sacudidas debido a la corriente de aire ascendente que frenaba su caída. Una repentina racha de viento los alcanzó y los empujó hacia la izquierda en dirección a tierra firme.

—¡Jo! —exclamó Barton, y corrigió el rumbo para después seguir empujando lentamente hacia delante la barra de control. A diez metros por encima del agua, cortó el gas tirando hacia atrás la palanca del acelerador y el Seebee chocó con fuerza contra el agua. Dio un brinco y finalmente se posó, patinando y rebotando sobre el lago mientras la hélice seguía girando por inercia y Barton soltaba un suspiro y maniobraba para acercar el hidroavión a la costa, antes de volverse a mirar por encima del hombro.

—Esto es lo máximo que puedo acercarme. Me temo que tendrán que mojarse, amigos.

Se encontraban a unos ocho metros de la orilla y Slanski ya había abierto de un empellón la puerta de la cabina y estaba saliendo; Massey le siguió. Slanski saltó al agua, que le cubría hasta la cintura, y empezó a vadear en dirección a la orilla.

—No voy a esperar más de media hora, ¿comprende? —dijo Barton a Massey—. ¿Qué clase de emergencia es esta, diablos?

Massey ni siquiera respondió, sino que se lanzó al agua detrás de Slanski, que ya había llegado a la costa.

—¿Has oído algo?

Lombardi había ido hasta la puerta abierta, había salido a la galería y se había quedado inmóvil, con la cabeza inclinada hacia un lado. Se volvió para mirar a Braun, visible en el interior de la casa.

—He oído un motor.

Braun salió y se colocó a su lado, escuchando.

—Yo no oigo nada —dijo finalmente.

—Sonaba como un avión —Lombardi volvió a aguzar el oído—. Pero se ha ido.

Braun sacudió la cabeza.

—Olvídalo.

Volvió al interior y se dirigió hacia la mesa para coger la lámpara de petróleo.

—Desata al viejo —dijo a Lombardi.

—¿Por qué? ¿Qué se te ha ocurrido?

Braun retiró la caperuza de vidrio de la lámpara de petróleo. Por un instante la llama estuvo a punto de apagarse, pero enseguida volvió a arder con viveza.

Lombardi frunció el entrecejo.

—¿Piensas pegarle fuego a la casa?

—Les daremos una lección a nuestros amigos ausentes. El pueblo más próximo está a ocho kilómetros. Con este terreno, nadie verá las llamas. Pero antes sal y revienta a tiros los neumáticos del *jeep* y de la furgoneta.

Lombardi sacó el revólver del 38 de su bolsillo.

—¿No irás a cepillarte al viejo?

Braun sonrió fríamente.

—Había pensado en dejarte a ti ese placer.

Habían recorrido un kilómetro y medio por el bosque y Massey estaba sin resuello.

Vio a Slanski corriendo en la penumbra por delante de él como un poseso, internándose en la espesura. Corría rápidamente y en silencio, y Massey tenía problemas para mantener su paso y constantemente tropezaba con las ramas caídas y los troncos secos.

Cinco minutos después vio que Slanski reducía la velocidad y miraba hacia atrás haciéndole gestos para indicarle que iba a adelantarse. Massey le respondió con otro gesto. Vio que Slanski aceleraba bruscamente y desaparecía.

Unos cien metros más adelante, Massey tuvo que detenerse para recuperar el aliento. De pronto, de algún lugar no muy lejano situado a sus espaldas, en dirección al lago, oyó el rugido de un motor y reconoció el sonido del hidroavión.

Massey lanzó una maldición. Barton no había esperado mucho rato.

De pronto Massey oyó otro ruido, un disparo de escopeta, y después otro, media docena de disparos seguidos, y unos instantes después otros dos.

No esperó a recuperar el aliento y empezó a correr de nuevo.

Cuando Lombardi regresó, desató las cuerdas que rodeaban a Vasili. Braun encendió un cigarrillo acercando la punta a la llama de la lámpara de petróleo.

—Atrás —dijo después, pausadamente.

Lombardi dio un paso atrás y Braun arrojó la lámpara contra una esquina de la habitación; el combustible se esparció rápidamente sobre el suelo de madera y se inflamó.

—Yo llevaré a la mujer al coche —dijo Braun a Lombardi mientras las llamas empezaban a lamer las paredes de la esquina—. Acaba con el viejo.

—Será un placer.

Braun salió de la casa. Momentos más tarde volvió Vince y se quedó en la puerta.

—¿Te importa si miro?

Lombardi le tendió su escopeta y volvió a sacar la pistola, que mantuvo contra su costado mientras una navaja brillaba en su otra mano.

—Quizá aprendas algo hoy, pequeño. Te enseñaré cómo destripar a un comemierda. Fíjate bien, esto va a ser rápido.

Cuando Lombardi fue hacia Vasili percibió una presencia a sus espaldas.

Lombardi se volvió al oír una voz enojada.

—Si lo tocas, te mato.

Junto a la puerta de la cocina había un hombre rubio con el rostro cubierto de sudor y una pistola en la mano.

—¿Qué coño…? —exclamó Lombardi.

La pistola que llevaba Lombardi subió, y Slanski le disparó en un ojo. Lombardi gritó y Slanski volvió a dispararle en la cabeza, y mientras Lombardi se desplomaba hacia atrás y salía por la puerta, el segundo hombre disparó ambos cañones de su escopeta, presa de pánico.

Falló por mucho y la andanada alcanzó a Vasili en el pecho y lo proyectó hacia atrás, entre las llamas.

—¡No! —gritó Slanski.

Mientras el segundo hombre sacaba una pistola y se disponía a disparar de nuevo, Slanski abrió fuego y le alcanzó en la cabeza, después en el pecho y después otra vez en la cabeza; una furia terrible le invadía mientras seguía disparando.

Las llamas se elevaron y se extendieron por el interior de la cabaña. El humo llenó la habitación, el aire era irrespirable, y mientras Slanski intentaba frenéticamente acercarse al inerte y ensangrentado cuerpo de Vasili rodeado por las llamas, ya sabía que no podía hacer nada.

Braun se encontraba apenas a cincuenta metros de la cabaña cuando oyó los disparos y el grito. Su instinto le dijo que algo iba mal.

Miró hacia atrás y vio que las llamas invadían el interior de la cabaña, pero no había señales de Lombardi ni de su guardaespaldas. De pronto, la mujer intentó liberarse forcejeando y Braun la sujetó con más fuerza y la arrastró a la carrera en dirección al coche; un impulso le decía que se alejara de allí.

—¡Muévete, zorra, muévete!

Había avanzado otros veinte metros cuando miró hacia atrás y vio a un hombre rubio que avanzaba por la galería sacando a rastras un cuerpo de la cabaña en llamas. Después, el hombre levantó la vista, vio a Braun y echó a correr hacia él. Braun le disparó dos veces en rápida sucesión y después se parapetó detrás de la mujer.

—Si te acercas más, la mato —le gritó al hombre. El hombre aminoró el paso, pero siguió avanzando, y en ese momento Braun vio la pistola que empuñaba.

Lo reconoció por las fotografías. Slanski, el *Lobo*. Echó una rápida mirada hacia atrás, en dirección al Packard. Estaba a unos treinta metros siguiendo el estrecho sendero que se internaba en el bosque. Lo bastante cerca para escapar. Fue retrocediendo a paso vivo, sosteniendo a la mujer frente a su cuerpo. Veinte metros hasta el coche.

Diez.

Cinco. Miró hacia atrás. Slanski había empezado a moverse de nuevo en dirección a él.

Braun apoyó la pistola con fuerza en la cabeza de la mujer.

—Un paso más y mato a esta zorra —rugió. Slanski se detuvo a treinta metros de distancia. Por el rostro de Braun corría el sudor cuando llegó al coche, pero sabía que Slanski estaba demasiado lejos para detenerle. Sonrió, y con un solo movimiento abrió la puerta del conductor y empujó a Anna al interior del coche. Tanteó buscando las llaves de contacto. Habían desaparecido.

—¿Kurt Braun?

Braun se giró en redondo en su asiento y una expresión de pánico cruzó su rostro al oír la voz. Detrás de él, en el asiento trasero, había un hombre que le miraba furibundo empuñando un revólver del calibre 38 que apuntaba al rostro de Braun.

—Te he preguntado si eres Kurt Braun.

Antes de que Braun pudiera responder, Massey apretó el gatillo.

La cabaña seguía ardiendo cuando Slanski sostuvo un farol de seguridad sobre los cuerpos tendidos a cierta distancia.

En el rostro de Slanski había una expresión terrible de dolor mientras Massey contemplaba el cuerpo de Vasili. Habían registrado a los demás buscando algún indicio que permitiera identificarlos, pero Braun era el único que le interesaba a Massey.

El cadáver de Vasili estaba muy quemado y en su pecho había una herida de escopeta, y otra en su hombro. Massey se quedó mirando a Slanski mucho rato. Era la primera vez que veía en su rostro una expresión tan angustiada, y le tocó el brazo.

—Esto es culpa mía, lo siento, Alex.

Slanski palideció de ira.

—No es culpa de nadie, solo de las personas que lo hicieron.

—Él no tenía que morir y ellos no tenían que haberlo matado.

Miró a Massey y en sus ojos había una rabia aterradora.

—Alguien va a pagar por esto, Jake, alguien va a pagar con creces, ¡por mi vida!

—Déjame eso a mí, Alex. Pero en este instante se retiran todas las apuestas. Anularemos la operación.

Slanski negó fieramente con la cabeza.

—Si haces eso iré solo, con o sin tu ayuda. Te digo que alguien va a pagar y sé quién lo hará.

—Alex… Massey miró hacia Anna, que permanecía apartada sufriendo un tormento interior, con la mirada fija en el cadáver de Vasili. Massey le había hablado de Braun y de los demás hombres, por qué habían venido, pero nada parecía importarle a la mujer, excepto lo que le había ocurrido al viejo.

—Ahora no, hablaremos después —dijo Massey lúgubremente a Slanski.

—Hablo en serio, Jake, iré con tu ayuda o sin ella.

—No podemos hacer eso, Alex. Branigan no lo permitiría, y menos cuando se entere de lo que le ha ocurrido a Arkashin. Y lo que ha ocurrido aquí solo hace que empeorar las cosas. Es un riesgo para la seguridad nacional.

—Cuando encuentren el cadáver de Arkashin nadie sabrá quién lo mató, y Arkashin no podía saber lo que pretendemos. Además, está muerto.

Massey meneó la cabeza.

—Es posible, pero Branigan se enterará. El cadáver de Popov está en el apartamento de Braun, y Branigan atará cabos.

Slanski miró a Anna, pero habló dirigiéndose a Massey.

—En cualquier caso, pasará cierto tiempo antes de que Branigan lo descubra. Anna puede quedarse si eso te preocupa, pero yo estoy decidido a ir.

Anna lo miró.

—Si tú vas, yo también —dijo en voz baja.

Massey los miró a ambos y durante un largo rato pareció titubear.

—Estás irritado —le dijo finalmente a Slanski—, pero ¿estás realmente seguro de esto?

—Por mi parte, pienso seguir el viaje hasta el final. Deberías formularle esa pregunta a Anna.

—¿Anna…?

Ella vaciló, y después miró directamente a Slanski a la cara.

—Sí, estoy segura —dijo.

Durante varios minutos, Massey parecía incapaz de decidirse, hasta que por fin suspiró.

—De acuerdo, Alex, lo haremos a tu manera —dijo—. Habrá que enterrar los cadáveres en el bosque por si alguien viene por aquí. Me preocuparé por Branigan más tarde. —De pronto, Massey pareció quedarse sin palabras—. Te ayudaré a enterrar a Vasili.

Slanski negó con la cabeza.

—En el bosque con esos gusanos que lo mataron, no —dijo fieramente—. Junto al lago.

—En el *jeep* hay una pala. Iré a por ella —dijo Massey en voz baja.

El dolor inundó de nuevo el rostro de Slanski cuando miró hacia la cabaña incendiada; las llamas se elevaron por encima de las vigas, crepitando en la oscuridad. Se oyó un fuerte crujido y una explosión cuando parte del tejado se desplomó.

Slanski se quedó mirando las llamas con la boca tensa por la ira, y cuando Massey se volvió para ir hacia el *jeep*, lo sujetó por el brazo.

—Dime una cosa —dijo con voz dura—. ¿Cuándo salimos?

—Esta noche sale de Boston un vuelo hacia Londres que empalma con Estocolmo y Helsinki. Si nos apresuramos, podemos llegar a tiempo. Utilizaremos el coche de Braun. Tengo pasaportes para ustedes.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Cuándo podremos lanzarnos?

—Dentro de cuarenta y ocho horas.

Cuarta parte
23 - 24 de febrero de 1953

24

New Hampshire
23 de febrero

Era casi mediodía, al día siguiente, cuando Collins llegó en coche al aeropuerto de Boston, procedente de Nueva York.

Allí se encontró con el grupo que llegaba en el vuelo de Ottawa de la Canadian Airlines, dos mujeres y un hombre más joven que él, y cuando hubieron alquilado la caravana y el equipo en Boston y solicitado los permisos de caza en el estado de New Hampshire, la tarde estaba bien avanzada.

El hombre llamado Collins era delgado pero musculoso, de poco más de cuarenta años, y sus ojos miraban con la acerada indiferencia de alguien que no solo ha visto la muerte, sino que incluso la ha provocado. El hombre más joven usaba gafas y llevaba el cabello oscuro cortado a cepillo. En sus altos pómulos había un ligero matiz eslavo, pero su porte y sus modales eran inequívocamente norteamericanos.

Las dos mujeres estaban cerca de la treintena. Ambas eran hermosas y vivaces, pero Collins sabía que serían tan competentes como él con cualquier clase de arma e incluso con las manos desnudas. Para los fines de la misión, eran amigos que se habían conocido en un *camping*, durante las vacaciones del año anterior, en el lago Ontario, y ahora retomaban su amistad. Las consignas que habían recibido eran muy específicas en cuanto a proceder con la máxima cautela.

Alquilar la caravana con remolque había sido idea de Collins. Amparados por la falsa identidad de integrantes de una partida de caza no levantarían sospechas. Todos ellos eran inmigrantes ilegales sin antecedentes policiales o delictivos, desconocidos para la CIA o la Real Policía Montada del Canadá. Los fusiles y las pistolas que constituían su arsenal habían sido comprados legalmente, y las licencias de caza habían sido extendidas con sus verdaderos nombres.

Se dirigieron hacia la carretera que conducía al lago Kingdom poco después de la una de aquella misma tarde. Habían equipado los neumáticos con cadenas para la nieve, a fin de no dejar huellas identificables, pero la

nieve apenas formaba algunos parches dispersos sobre el terreno, según pudo comprobar Collins al observar los bosques por las ventanillas de ambos lados del vehículo. Apenas habían encontrado tráfico por el camino, no habían visto actividad policial y el paisaje parecía completamente desierto. A Collins le recordó su Cáucaso natal y quién era él en realidad, a pesar de casi ocho años de ciudadanía estadounidense ilegal: el comandante Grigori Galushko, del Primer Directorio del KGB.

Estacionaron el remolque a un par de kilómetros de la cabaña construida junto a la orilla del lago y decidieron preparar el almuerzo antes de aventurarse más allá. De este modo tendrían una justificación si alguien los había visto y se acercaba a investigar. Pero no vino nadie, y eran casi las cuatro cuando se pusieron sus atuendos de caza, todos ellos provistos de guantes, y empezaron a caminar en dirección a la cabaña. Los hombres llevaban los fusiles. Caminaban en parejas haciendo todo el ruido que podían, bromeando y riendo mientras avanzaban, comportándose como dos matrimonios amigos que hubieran ido de caza durante las vacaciones de invierno, pero sus ojos no se perdían el menor detalle; observaban cada movimiento, y sus oídos captaban el menor sonido.

A unos cien metros de la cabaña se detuvieron a fumar un cigarrillo y a beber de las cantimploras. Los ojos de Galushko recorrieron nerviosamente el paisaje. Casi no había nieve en el suelo del bosque, pues los árboles actuaban como paranieves. No pudo detectar ningún movimiento, ni oír ningún sonido, salvo los del viento y del agua del lago que lamía mansamente la orilla, y de algunas palomas que reposaban en las copas de los pinos y acusaban su llegada con arrullos.

Vieron la barca amarrada junto al promontorio y la cabaña calcinada —de cuyos rescoldos aún se elevaban finas columnas de humo—, el *jeep* y la furgoneta, aparcados muy cerca, con los neumáticos reventados por las balas, pero no observaron señales de vida.

La expresión del rostro de Galushko traslucía su preocupación. En lugar de caminar directamente hacia la cabaña, la rodeó y volvió a internarse en el bosque. Tardaron otra media hora en comprobar que la zona estaba desierta, bordeándola cuidadosamente hasta que finalmente llegaron hasta los restos de la cabaña. Todos ellos se movían como expertos cazadores, atentos y sigilosos como si estuvieran acechando a algún animal oculto en el interior de la construcción.

Galushko y el hombre más joven fueron los primeros en dirigirse hacia la cabaña, avanzando cautelosamente hasta los restos de la galería. Las mujeres

permanecieron a cierta distancia, observando por si aparecía alguien.

—¿Hay alguien ahí?

Galushko llamó dos veces, pero no salió nadie. Pudo oír a las dos mujeres que hacían lo mismo fuera, la brisa transportaba sus voces en dirección al lago como gritos de socorro de ultratumba. Pero ni aun así acudió nadie ni respondió voz alguna.

Solo entonces Galushko y su compañero se dispusieron a inspeccionar los restos con calma.

Cuando examinaron la zona que rodeaba la cabaña, al principio, no habían visto signos de un altercado, pero cuando los experimentados ojos de Galushko vieron las manchas oscuras en el suelo y la escasa nieve circundante fundida por el calor, se inclinó para estudiarlas sabiendo ya que eran manchas de sangre.

Se irguió y contempló a su compañero con ansiedad.

Después de aquello se movieron con más rapidez.

Tardaron casi media hora en explorar la zona tan concienzudamente como pudieron y en examinar después los vehículos, la barca y la orilla del lago. Finalmente volvieron a internarse en el bosque.

Una hora más tarde no habían encontrado nada y Galushko se sentía frustrado. Estaban a punto de llegar al remolque, tras retroceder caminando a lo largo de la orilla del lago, cuando una de las mujeres se apartó del grupo para aliviarse entre la maleza, a pesar del intenso frío que soportaban. Galushko, mientras se alejaba, la vio desabrocharse los botones de los vaqueros y contempló su silueta mientras la mujer se internaba aún más entre los árboles en busca de intimidad. Al volver a mirar, al cabo de un instante, vio sus blancas nalgas expuestas a la suave luz crepuscular del bosque, como una extraña y rotunda aparición fantasmal, cuando la mujer se agachó para orinar. Galushko sonrió fugazmente antes de volver a mirar a los otros.

Casi habían llegado a la caravana cuando la mujer los alcanzó corriendo y sin aliento. Galushko vio la expresión de su rostro, no de miedo, pues aquellas mujeres nunca demostraban su miedo, sino algo más; ella se colocó a su lado, pero miraba también a los demás.

—Será mejor que vuelvas y eches un vistazo —dijo.

Más de cuatro horas después, en Nueva York, aquel mismo anochecer de febrero, Leonid Kislov, jefe de servicio del KGB en la delegación soviética en

las Naciones Unidas, embarcaba en un vuelo de la Pan Am con destino a Londres, con transbordo rumbo a Viena y después a Moscú.

Llevaba consigo una valija diplomática esposada a su muñeca derecha y apenas había dormido durante el viaje, que ya duraba veinticuatro horas.

Eran las ocho de la tarde del día 24 cuando aterrizó en el aeródromo Nukovo de Moscú, a bordo del Ilyushin de las Fuerzas Aéreas Soviéticas. Una limusina Zis negra lo estaba esperando en el carril paralelo a la pista de aterrizaje. El conductor del KGB se cuadró militarmente, aunque iba vestido de paisano, cuando Kislov descendió los escalones metálicos con el aspecto de un hombre mortalmente agotado. La temperatura había bajado hasta los veinte grados bajo cero y la nieve se estrellaba a ráfagas contra su demacrado rostro.

Cuando subió cansadamente a la fría limusina, Kislov encontró una manta en el asiento trasero y se la echó por encima de las piernas, que sentía casi congeladas. El conductor se sentó al volante y se volvió para mirarlo animosamente.

—¿Ha tenido un vuelo agradable, camarada?

Kislov no estaba de humor para una conversación trivial. Le dolía la cabeza, después de los interminables vuelos, especialmente cuando la información que contenía la valija no cesaba de roerle el cerebro.

—Al Kremlin, cuanto antes —dijo con rudeza.

El conductor volvió la vista al frente de golpe al oír el exabrupto y condujo suavemente la limusina por el asfalto cubierto de nieve en dirección a la salida del aeródromo.

25

Finlandia
23 de febrero

El Constellation del vuelo regular de la SAS procedente de Estocolmo aterrizó a oscuras en el aeropuerto Malmi de Helsinki poco después de las cinco de aquella tarde de febrero.

Tres de los pasajeros que iban a bordo eran Massey, Slanski y Anna Khorev.

Mientras el avión rodaba en dirección al hangar, había poco que ver en la oscuridad casi polar que se extendía más allá de las ventanas de la cabina: solo minúsculas luces dispersas en las islas que se arraciman alrededor de la helada bahía de Helsinki y el contorno gris de los interminables bosques cubiertos de nieve, pero en todas partes dominaba una negrura vaporosa. En el exterior estaban a veinte grados bajo cero. Diez minutos después de que el avión tomara tierra estaban cruzando la puerta del área de llegadas.

Un hombre de cabello rubio que vestía una ajada chaqueta de aviador, de cuero, y una bufanda de lana blanca se avanzó a la multitud que aguardaba y estrechó enérgicamente la mano de Massey.

—Me alegro de verte, Jake. Este debe de ser el cargamento. Massey se volvió hacia Anna y Slanski.

—Os presento a Janne Saarinen, su piloto. Uno de los mejores de Finlandia.

Saarinen sonrió mientras les estrechaba la mano. Era bajito para ser finlandés y su cara era un amasijo de feas cicatrices, pero pese a su deformidad parecía un tipo alegre.

—No hagan caso a Jake —dijo Saarinen en perfecto inglés—, es un adulador. Deben de estar agotados, después del viaje. Tengo un coche esperando fuera, los llevaré a nuestra base.

Fuera hacía mucho frío y reinaba una oscuridad espectral, apenas un débil rastro de luz neblinosa sobre el horizonte ártico.

Saarinen había cogido la maleta de Anna y los demás lo siguieron hacia el aparcamiento del aeropuerto. Massey se fijó en la expresión del rostro de

Slanski mientras el finlandés avanzaba delante de ellos renqueando, con una pierna trazando un círculo ante él a cada paso.

Massey dejó que se alejaran para no ser oído y se acercó a Slanski.

—¿Cuál es el problema? —le preguntó.

—Por si no te habías dado cuenta, diría que a tu amigo le falta una pierna.

—No te preocupes por eso. A Janne no le preocupa, créeme. Es el mejor. En su hoja de servicios constan cien derribos rusos confirmados para la Luftwaffe, y la mitad fueron después de perder la pierna.

—Supongo que tendré que aceptar tu palabra.

Saarinen subió a la parte delantera de un pequeño Volvo de color verde cubierto de barro con los neumáticos provistos de cadenas para la nieve, Massey se deslizó a su lado y Slanski se sentó en la parte de atrás con Anna.

Cuando se alejaban del aeropuerto, pocos minutos después, la mujer ya estaba dormida, agotada por el largo viaje, con la cabeza apoyada sobre el hombro de Slanski.

Helsinki estaba muy bulliciosa a pesar de la oscuridad, con sus flamantes tranvías traqueteando por las calles. La ciudad y sus recios habitantes estaban muy activos pese a la sábana de nieve que parecía cubrirlo todo. Por todas partes, la gente iba abrigada y caminaba a paso vivo, como si temieran quedarse congelados de golpe si se detenían.

A pesar de su pierna, Saarinen no tuvo dificultades para conducir el coche. Pasaron por el casco antiguo de la ciudad, de la época zarista, puesto que Helsinki había formado parte en un tiempo del imperio de los zares, y ante sus macizos edificios de granito pintados con suaves tonos de color mostaza o azul claro, de estilo claramente ruso, antes de dirigirse hacia el oeste por una carretera que bordeaba la rocosa costa.

El mar Báltico era una masa de hielo sólido envuelto en la oscuridad. Durante media hora fueron hacia el interior, hasta que, pasado el pueblo de Espoo, Saarinen torció hacia el sur y volvieron a dirigirse hacia el mar, cuesta abajo. Un cuarto de hora más tarde, las oscuras siluetas de media docena de islotes aparecieron sobre las aguas congeladas del Báltico, pero no había luces encendidas en las casas de madera pintadas de vivos colores que salpicaban el paisaje invernal.

—Casas de veraneo —explicó Saarinen—. En invierno esto está casi deshabitado, con excepción de unos cuantos lugareños, los más recios. Ya casi hemos llegado.

Redujo la velocidad y, al tomar una última curva, la carretera de la costa descendía bruscamente y vieron una pequeña isla irregular densamente cubierta de abedules. Estaba unida a tierra firme por un estrecho puente de madera de anchura suficiente para que pasara el Volvo y, a pesar de su desolada belleza, la isla tenía un aspecto fantasmagórico en la oscuridad.

—Bienvenidos a Bylandet Island —dijo Saarinen.

El automóvil hizo crujir el puente al cruzarlo, y llegaron a una pequeña rada en la que se alzaban un par de edificios de madera pintados de vivos colores, con una franja de playa curva helada delante y un tupido bosque detrás. Saarinen condujo hacia una gran casa de madera de dos plantas, pintada de verde y con las contraventanas firmemente atrancadas, y se detuvo frente a ella.

Había una gran pila de leña amontonada contra una de las paredes, y a poca distancia languidecían los restos de una barca de pesca; un jirón de red de pescar helado colgaba de un gancho herrumbroso en una pared lateral de la casa.

—Este lugar pertenecía a un pescador local hasta que murió de una borrachera —les contó Saarinen—. En realidad no me sorprende. Esta es la única casa que hay en esta zona de la isla y queda muy retirada. Casi nadie viene por aquí en invierno, aparte de algunos animales salvajes; a menos que, como nosotros, estén completamente locos. De modo que nadie nos molestará.

El interior de la casa era de pino, también pintado de vivos colores, y el frío era intenso.

Saarinen encendió un par de lámparas de petróleo y les mostró el lugar. Una gran habitación en la planta baja hacía las veces de cocina y de sala de estar. Estaba amueblada de manera espartana, con una mesa de pino y cuatro sillas, un viejo sofá y una cómoda, pero todo estaba limpio y ordenado. En un rincón de la sala había una mesa de madera cubierta por un pesado lienzo que ocultaba algo voluminoso. En la esquina opuesta había una estufa de leña, y cuando Saarinen la hubo encendido, vertiendo queroseno sobre los leños para que la llama prendiera enseguida, les mostró las habitaciones, en el piso de arriba.

Estaban amuebladas acogedoramente con sencillas camas de pino, junto a cada una de las cuales había una mesita de noche con una lámpara de petróleo, pero en todas las habitaciones se percibía un desagradable olor a moho y salitre. Cuando regresaron a la planta baja, diez minutos después,

Saarinen había puesto en marcha el generador eléctrico y estaba preparando café.

Una bombilla desnuda colgaba del techo de la cocina; sobre la mesa había desplegados un par de mapas que mostraban con todo detalle la costa meridional de Finlandia y las costas occidentales de Rusia y de los países bálticos. Sobre un mapa, Saarinen había marcado con un lápiz rojo la ruta de vuelo planeada.

Sonrió.

—Me temo que la casa no es exactamente el Helsinki Palace; además, el olor a salitre es inevitable. Pero será solo por una noche, y probablemente es mucho más cómoda de lo que pueden esperar de Iván al otro lado del Báltico. Sin embargo, a veces se estropea el generador eléctrico y hay que recurrir de nuevo a las lámparas de petróleo. Bien, ahora a lo nuestro. La travesía no debería durar más de treinta y cinco minutos, cuarenta como máximo, dependiendo de si tenemos el viento en contra cuando despeguemos.

Señaló el mapa y la línea curva roja que había trazado y que iba de Bylandet Island hasta un punto situado al otro lado del mar Báltico, justo frente a Tallin, en Estonia.

—Desde este islote hasta el punto de lanzamiento, cerca de Tallin, hay exactamente ciento veinte kilómetros. Será un verdadero paseo, si todo va según lo planeado.

Anna lo miró.

—¿Dónde está la pista de aterrizaje del islote?

Saarinen meneó la cabeza e hizo una mueca.

—No la hay. El avión está provisto de esquíes y podemos despegar desde el hielo. No se preocupe, quizá haya algunos baches al principio, pero apenas notarán la diferencia.

—¿Qué anuncian los partes meteorológicos recientes? —preguntó Massey.

Saarinen sonrió despreocupadamente.

—Según el servicio meteorológico de Helsinki, no podía ser más favorable para un salto en paracaídas discreto. Esta noche habrá fuertes vientos, seguidos por un frente frío muy activo, con amenaza de que algún cumulonimbo se extienda sobre amplias zonas del golfo de Finlandia, posiblemente a unos nueve mil metros. Esta era la previsión para las cinco de la tarde de mañana. Este tipo de nubes puede traer nieve, granizo e incluso temporales, y tendremos que intentar eludir lo más grueso, si es posible. Pero esperemos a ver cómo evoluciona. La meteorología no es una ciencia exacta,

y nunca me fío del todo de esos polis del tiempo. Como decía mi antiguo instructor de vuelo, los niños que dicen mentiras, de mayores se hacen hombres del tiempo. Pero si tenemos suerte, y si el pronóstico es favorable, en cuanto despeguemos y fijemos el rumbo nos mantendremos por debajo de los seiscientos metros de altitud, justo hasta que lleguemos a nuestro objetivo. En ese momento saldremos de la nube, nos lanzaremos en picado hasta localizar visualmente y con la mayor rapidez posible el área de aterrizaje y entonces ustedes saltarán.

El finlandés se estremeció.

—Volar a través de una densa nube de nieve no es una forma agradable de viajar para los pasajeros, porque a esa altura puede resultar muy duro; sin embargo, así es menos probable que los soviéticos tengan a sus Mig patrullando por su espacio aéreo en unas condiciones atmosféricas tan adversas, aunque, naturalmente, eso no puedo asegurarlo. Digamos, sencillamente, que yo sería optimista.

Volvió a sonreír, y parecía que realmente estuviera a punto de disfrutar del vuelo con mal tiempo y del peligro que ello implicaba.

Slanski encendió un cigarrillo.

—¿No es correr un gran riesgo volar en unas condiciones tan adversas en una avioneta ligera?

Saarinen sonrió.

—Sin duda, pero no es tan grande comparado con la certeza de ser borrado del cielo por el Mig de combate más moderno que se fabrica; y eso es exactamente lo que ocurriría si lo intentásemos con tiempo despejado. Esos aparatos son lo más rápido que surca los cielos, más rápidos que cualquiera de los aviones de que disponen en este momento los americanos. Pueden superar los mil kilómetros por hora gracias a un motor a reacción Rolls Royce modificado por los rusos. Tres mil cuatrocientos kilos, y pueden ascender como un murciélago surgido del infierno. Son impresionantes, es lo mínimo que puede decirse de ellos.

—¿Y el radar? —preguntó Slanski—. Sin duda los soviéticos estarán rastreando la zona.

—Puede apostar el trasero. —Saarinen dio unos golpecitos con el dedo sobre el mapa, cerca de Tallin—. Exactamente aquí hay una base aérea soviética con una dotación de interceptores Mig 15P, capaces de volar en todas las condiciones atmosféricas y provistos de un radar de fabricación muy reciente. Es el centro de operaciones de una patrulla aérea que actúa en coordinación con la de otra base situada a las afueras de Leningrado y se van

turnando para mantener la vigilancia las veinticuatro horas al día. Si algún aparato invade el espacio aéreo soviético, lo pulverizan en pleno vuelo sin hacer preguntas. No obstante, según tengo entendido, cuando nieva mucho, los pilotos de los Mig se sitúan por encima de las nubes porque aún no están muy acostumbrados al funcionamiento del nuevo radar de los aviones. Sin embargo, hay una estación de radar en la misma base, otra en el principal centro de mando del ejército soviético, en los cuarteles de Tondy, en las afueras de Tallin, y una más desplegada junto al cuartel general local del KGB, probablemente en el punto más alto del pueblo. Entre las tres mantienen informados a los Mig que patrullan.

Sonrió una vez más.

—En un día despejado, creo que el puesto receptor de la iglesia puede captar el zumbido de una avispa. Pero cuando nieva y graniza, los radares soviéticos a menudo no pueden distinguir entre un objetivo y el caos que el mal tiempo provoca en sus pantallas. Ahí es donde puede ayudarnos un tiempo malo, pero en cualquier caso pienso mantenerme a la menor altura posible dentro de la nube para evitar que nos detecten sus radares. Sin embargo, el verdadero peligro empezará cuando salgamos momentáneamente de la nube, por encima de la zona de salto. Existe la posibilidad de que nos detecten los radares y despertemos el interés de Iván, por eso debo encontrar el objetivo con rapidez y soltar el pasaje. Aunque, en esa fase, sería problema mío, ustedes no tienen que preocuparse de nada. Aun en el caso de que Iván reaccionara, para entonces ya se habrían lanzado en paracaídas y, con suerte, yo ya estaría en camino de regreso a casa.

Slanski lo miró con escepticismo.

—Todo esto me parece bastante arriesgado. ¿De verdad cree que funcionará?

—Será coser y cantar, confíe en mí. —Saarinen miró a Anna—. Parece más peligroso de lo que es en realidad. A los pilotos les gusta exagerar los riesgos de una misión, en especial si está presente una mujer. Les hace parecer más osados, capaces de arrostrar cualquier peligro sin inmutarse.

—¿Podrá su aeroplano soportar el vapuleo si el tiempo empeora aún más?

Saarinen asintió con un gesto.

—Esa pequeña avioneta noruega que descansa en el hangar de ahí fuera saldría de la peor tormenta de una sola pieza. Los pasajeros tal vez queden un poco conmocionados por la experiencia, pero estarían vivos, que es lo importante. Ese aparato es tan sólido como un retrete de ladrillos. —Volvió a mirar a Anna y sonrió—. Y disculpe la expresión.

Massey cruzó la habitación hasta la ventana y miró hacia el exterior, a la bahía helada. Sabía que en aquellas latitudes, tan al norte, uno podía considerarse afortunado si en invierno disfrutaba de un par de horas de débil luz solar al día. La penumbra tenía un efecto depresivo. Se volvió para mirar a Saarinen. Aquel hombre era un piloto muy competente, pero seguro que también estaba loco, de lo contrario no se habría mostrado tan entusiasmado, habida cuenta de los peligros existentes. Massey se preguntó si algún fragmento de la metralla que llevaba en la pierna se habría incrustado también en su cerebro.

—De acuerdo, Janne. Entonces, ¿cuál es el programa? ¿Cuándo podemos ponernos en marcha?

Saarinen se sentó en el borde de la mesa.

—Se espera que la nube se sitúe al sudeste de aquí mañana, hacia las ocho de la noche. Si los muchachos del tiempo aciertan, eso debería proporcionarnos cobertura al menos hasta la costa de Estonia. Si salimos a las ocho y media, de acuerdo con mis predicciones deberíamos encontrarnos con la nube a unos treinta kilómetros de aquí, siguiendo nuestro rumbo. La ruta que tomaremos es esta. —Señaló la línea roja trazada sobre el mapa—. Cruzaremos el Báltico casi en línea recta, hasta la zona del salto. Conozco las frecuencias de las radiobalizas rusas y podré utilizarlas como referencias de navegación más precisas para localizar el punto de lanzamiento cuando nos acerquemos a Tallin.

Massey frunció el entrecejo.

—¿Y qué ocurrirá si el tiempo empeora, como tú has dicho?

—No te preocupes, ya me apañaré. Puedo volar muy bajo, hasta ciento cincuenta metros por encima del suelo, si es necesario. Debería ser capaz de distinguir las luces de Tallin en cuanto salgamos de la nube. Y el terreno es bastante llano en esa región, así que no esperamos tropezarnos con ninguna montaña mientras volamos a ciegas dentro de la nube. ¿Alguna otra pregunta?

Nadie habló y Saarinen les dedicó una amplia sonrisa.

—Bien, eso debe de significar que confían en mí. —Hizo girar su pierna para levantarse de la mesa y le dijo a Massey—: Vamos, les mostraré a tus amigos la pequeña belleza que va a llevarlos hasta la boca del mismísimo infierno.

Saarinen los condujo hasta el hangar, para lo que tuvieron que volver a cruzar la pasarela de madera.

Era un cobertizo para barcas reconvertido y tenía dos grandes puertas correderas de madera en las partes delantera y trasera. Saarinen las abrió para que vieran la avioneta, un aparato pequeño pero de aspecto sólido, con un solo motor y las alas muy altas, pintado de blanco. No lucía distintivo alguno y el tren de aterrizaje había sido sustituido por una combinación de esquíes y ruedas, de modo que podía despegar y aterrizar indistintamente sobre el hielo o sobre una pista asfaltada. La capota del motor y la hélice estaban cubiertas por una manta. Saarinen pasó amorosamente la palma de la mano por el borde del ala de estribor.

—Es una belleza, ¿verdad? Una avioneta ligera de carga C-64, noruega aunque de diseño canadiense, como las que utilizaban las Fuerzas Aéreas norteamericanas durante la guerra. La conseguí en Hamburgo por una miseria en una subasta de excedentes militares. Es ideal para países fríos y puede volar a ciento cuarenta nudos transportando hasta ocho pasajeros. Aunque con las temperaturas tan bajas que tenemos necesita que la cuiden como si fuera un bebé. Hay que encender el motor durante un rato varias veces al día, o de lo contrario el aceite se congela y el metal del motor se agrieta a causa del frío. —Consultó su reloj de pulsera—. Ya es casi la hora. Será mejor que retrocedan un buen trecho.

Se situaron a cierta distancia de la puerta trasera del hangar, la que estaba abierta, y Saarinen retiró la pesada manta que cubría el motor y la hélice. Se izó con relativa facilidad hasta la cabina, introduciendo su pierna postiza en último lugar con un movimiento circular. Encendió el motor, aumentó la potencia y lo dejó en marcha muy revolucionado durante diez minutos, a pesar del ruido casi ensordecedor, para que el aceite se calentara y circulara con fluidez. Después reguló nuevamente la potencia y lo mantuvo en punto muerto durante otros cinco minutos, antes de apagar el motor y descender del aparato.

—Bueno, eso bastará durante otras cuatro horas. Ahora debo pensar en calentarme yo. Como la mayoría de los finlandeses sensatos, a esta hora, o a cualquier otra en un invierno tan miserable como este, voy a tomarme un par de copas bien cargadas para impedir que mi fuselaje se agriete y que mi sangre se congele. Si quieren acompañarme, entremos.

—Me parece una idea estupenda —dijo Massey.

Volvió la cabeza para mirar a Slanski y a Anna. La tensión se reflejaba en las comisuras de los labios de Slanski, y en sus ojos se detectaba una gran energía teñida de nerviosismo. Parecía un animal enjaulado ansioso por ser liberado, y Massey pensó que la presión de todo aquel asunto empezaba a

manifestarse. Aparentemente, Anna estaba tranquila, pero Massey pudo notar su desasosiego.

—Gracias por la oferta, Janne —dijo Slanski—, pero lo dejaremos para otro día.

Se volvió hacia Massey.

—¿Cuál es el siguiente punto de la agenda?

—Esta noche revisaremos las armas, la ropa y los documentos, todo lo que necesitaréis para el salto y lo que venga después. Pero hasta entonces, lo único que podemos hacer es esperar.

—En ese caso podría llevar a Anna a que se divierta un poco.

—¿Qué clase de diversión sugieres?

—Una escapada hasta Helsinki de ida y vuelta, si Janne nos presta su coche.

Como Massey parecía titubear, Slanski añadió:

—Jake, hemos pasado las últimas dieciséis horas encerrados en distintos aviones. Necesito respirar y hacer ejercicio. Y Anna también.

Massey se volvió para mirar a la mujer.

—¿Qué dices tú?

—Creo que Alex tiene razón.

La inquietud que se respiraba era ahora más intensa, casi una especie de desesperación nerviosa, después de todo lo que había sucedido, y Massey supuso que les convenía despejarse.

Miró a Saarinen.

—¿Qué te parece, Janne?

El finlandés se encogió de hombros.

—Por mí no hay ningún problema. —Sacó las llaves del Volvo y se las arrojó a Slanski—. Cuidado con estas carreteras, en esta época del año hay mucho hielo. Y no le den a la botella hasta que hayan vuelto. El alcohol es prácticamente lo único con lo que la policía es estricta por estos lares.

Massey se dirigió a Slanski.

—De acuerdo, pero los quiero a ambos de vuelta a las nueve, ni un minuto después.

—Saboreemos la libertad por última vez antes de partir, Jake. Creo que nos deben el precio de una buena cena.

Massey sacó su billetera y tendió a Slanski varios marcos finlandeses.

—Supongo que tienes razón. Con los saludos de Washington. No los pierdas. Y ten cuidado, por el amor de Dios.

26

Washington, D. C.
24 de febrero

Estaban a punto de dar las dos de la madrugada y llovía copiosamente cuando el Ford sedán negro sin ningún distintivo se detuvo frente a la verja posterior de la Casa Blanca.

Cuando los tres pasajeros descendieron, los hombres del Servicio Secreto los condujeron a paso vivo hasta el Despacho Oval.

El presidente Eisenhower estaba sentado detrás de su escritorio. Llevaba puesto un batín, y su elástico rostro se veía cansado y ojeroso. Se puso en pie por unos instantes cuando los tres hombres entraron en la habitación.

—Tomen asiento. Hay café en aquella mesa, por si a alguien le apetece.

Sobre una mesita auxiliar había una jarra de café humeante y una bandeja con varias tazas, pero nadie prestó la menor atención a ello. Al otro lado de las ventanas ahumadas, las luces de los proyectores de vigilancia iluminaban intensamente el costoso césped del exterior. Los hombres se sentaron en medio de una atmósfera de ansiedad contenida.

Allen Welsh Dulles, director en funciones de la CIA, se sentó en la silla contigua a Eisenhower. Designado director apenas seis semanas antes y faltándole aún cuatro días para jurar su cargo, Dulles iba a convertirse, a sus sesenta años, en el primer director profesional de la CIA, pero ni lo parecía ni se comportaba como tal.

Era un neoyorquino de anchas espaldas, con el cabello blanco desgreñado y bigote. Sus modales eran afables, y solía disfrutar con las fiestas o reuniones sociales. Sin embargo, aquella mañana, su rostro estaba tenso y no había ni rastro del seductor encanto que lo caracterizaba. Nombrado jefe de Inteligencia, durante la guerra había dirigido la Oficina de Servicios Estratégicos en Europa desde la que fuera su base en Suiza. Entonces era el responsable de las misiones secretas en la Alemania nazi y, de forma más destacada, de la Operación Amanecer, la rendición de todas las tropas alemanas, firmada por el general de las SS Karl Wolf, en las últimas y sangrientas etapas de la guerra en Italia.

Dulles era normalmente un hombre tranquilo y relajado, pero aquella mañana de febrero estaba hecho un manojo de nervios.

Los otros dos hombres presentes en la habitación eran el director adjunto de la División Soviética, William G. Wallace, y Karl Branigan, jefe de Operaciones Especiales. Ambos se habían sentado frente a la mesa de Eisenhower y ambos, al igual que Dulles, parecían tensos y agitados.

Exactamente a las dos, Eisenhower dio inicio a la reunión con la voz ronca por el sueño y por toda una vida fumando demasiado.

—Será mejor que empiece, Allen. Ya es malo que te despierten a la una y media de la madrugada, de modo que no perdamos más tiempo.

Dulles se inclinó hacia delante y presentó formalmente a los otros dos hombres.

—Señor presidente… el director adjunto de la División Soviética, a quien ya conoce.

El aludido inclinó la cabeza mirando a Eisenhower.

—Señor presidente…

—Me alegro de verle, Bill. —Eisenhower frunció el entrecejo y sonrió débilmente—. O tal vez no, según sea el caso.

—Señor, este es Karl Branigan —prosiguió rápidamente Dulles—, jefe de Operaciones Especiales de la División Soviética.

Branigan se levantó de su silla por unos instantes, pero Eisenhower le indicó con un gesto que permaneciera sentado.

—Relájese, señor Branigan, en la Casa Blanca no nos entretenemos con formalidades a las tres de la madrugada. De acuerdo, Allen, vamos allá. Intuyo que no se trata de buenas noticias.

Branigan volvió a sentarse mientras Dulles carraspeaba para aclararse la garganta.

—Señor, creo que tenemos un problema grave.

—Eso ya lo había captado, gracias a su llamada —dijo Eisenhower, cortante.

Dulles depositó una carpeta roja ante Eisenhower. Habían estampado un sello que rezaba: *Solo para los ojos del presidente*.

—Señor presidente, desde esta mañana creemos que Moscú podría estar al corriente en lo que respecta a la Operación Lobo Ártico.

Eisenhower reaccionó al instante. En su rostro apareció una expresión de alarma y palideció a ojos vista.

—¿Está usted seguro?

—Todo lo que podemos estar.

Eisenhower suspiró hondamente y se pasó la mano por la nuca, como si tratara de aliviarse de una creciente tensión.

—Dios mío —dijo quedamente.

La ira se reflejaba en su rostro cuando miró a los dos hombres y después a Dulles.

—¡Por el amor de Dios!, ¿le importaría decirme cómo ha quedado al descubierto una de las operaciones más delicadas y de máximo secreto que haya manejado nunca su departamento? Por todos los diablos, ¿qué ha fallado?

Dulles abrió la carpeta y se la tendió a Eisenhower con mano temblorosa.

—Encontrará los pormenores en el interior, señor presidente. Pero se los resumiré para ahorrar tiempo. Exactamente a las diez y media de la pasada noche, un agregado diplomático de la delegación soviética en las Naciones Unidas, llamado Kislov, subió a bordo de un avión con destino a Londres, para proseguir desde allí rumbo a Moscú. Como quizá haya supuesto, Kislov no es agregado diplomático: es el jefe de servicio del KGB en Nueva York. Llevaba consigo una valija diplomática. Creemos que contenía información procedente de una copia de un documento secreto que habíamos entregado a Massey sobre la seguridad personal y las costumbres de Stalin.

Eisenhower frunció el entrecejo.

—¿Y qué le hace suponer tal cosa?

Es bastante complejo, señor presidente.

—Explíquemelo del modo más sencillo que pueda.

Dulles le habló de los cadáveres que había encontrado la policía en el apartamento de Brooklyn tras denunciarse un tiroteo, y que uno de ellos había sido identificado como Dimitri Popov, un hombre que trabajaba para la CIA. El cadáver del segundo hombre era de Felix Arkashin, agregado soviético y comandante del KGB. Dulles necesitó varios minutos más para resumir todos los detalles de cómo la CIA había sido alertada por el FBI. Branigan se había enterado de la alerta y sabía que Popov había sido ayudante de Massey cuando este entrenaba a agentes, por lo que Branigan había decidido que sus hombres visitaran la casa de New Hampshire para más seguridad.

Dulles continuó su relato con preocupación.

—La cabaña había ardido hasta los cimientos y Massey y su gente se habían evaporado. Branigan se puso en contacto con uno de nuestros equipos para que inspeccionara la finca. Hace una hora fueron encontrados cuatro cadáveres, tres en el bosque y otro junto al lago, cerca de la cabaña. Uno de ellos corresponde a un asesino profesional, llamado Braun, que trabajaba para

los soviéticos, y llevaba oculto un documento, el que le he mencionado. Massey había recibido una copia para que Slanski la estudiara. Incluía detalles del pasado de Stalin, su personalidad, sus debilidades y sus puntos fuertes. Incluso informes médicos sobre su salud. Por lo que he podido averiguar, se trata de su actual dispositivo de seguridad, con los planos del Kremlin y de la dacha de Kuntsevo que frecuenta. Está clasificado como alto secreto.

—¿El documento contenía algún detalle sobre Lobo Ártico?

—No, señor.

Eisenhower se impacientó.

—Entonces ¿cómo supone que los soviéticos podrían haber deducido lo que pretendemos? Ese hombre, Braun, está muerto, y el documento no contenía ninguna insinuación sobre nuestras intenciones.

Dulles titubeó.

—Creo que tal vez el director adjunto pueda responder mejor que yo a esa pregunta, señor. —Dulles hizo un gesto de asentimiento hacia William Wallace, que se irguió en la silla.

—Señor presidente, como usted sabe, por seguridad, y debido a la naturaleza extraordinariamente delicada de la misión, Lobo Ártico era una operación ultrasecreta. Nadie estaba al corriente excepto nosotros cuatro y las personas implicadas directamente. Me refiero a Massey y al hombre que hemos enviado, Slanski. Ni siquiera la mujer que los acompaña conoce el objetivo.

—Vaya al grano —dijo abruptamente Eisenhower.

El director adjunto parecía incómodo. Miró a Dulles en busca de apoyo, pero no lo obtuvo.

—Nuestros expertos forenses creen que el cadáver de Braun había sido registrado antes de que lo encontráramos. Además, sospechamos que Moscú estaba vigilando a la mujer y que envió a Braun para que la matara o la secuestrara. Es la explicación más probable. Braun debió de encontrar el documento en la cabaña, antes de que lo mataran. Lo más probable es que eso fuera obra de Massey o de uno de los suyos. Nuestra conclusión es que Braun y los demás no regresaron y el KGB envió a alguien, posiblemente otro equipo, para averiguar qué les había sucedido. No creemos que Kislov volara a Moscú solo para informar de la muerte de Arkashin y de los demás, eso difícilmente justificaría un viaje tan largo. Creemos que fue hasta allí porque el equipo que habían enviado a descubrir lo ocurrido con Braun encontró también el documento. Lo examinaron pero lo dejaron en el cadáver. Kislov

fue informado y comprendió lo que podría sugerir la información. Un hombre como Kislov no es ningún tonto: con la información que contenía el documento, y estando implicado Massey, es más que probable que dedujera que planeamos alguna operación contra Stalin, y pronto, teniendo en cuenta que el entrenamiento para la mayoría de las misiones se realiza poco tiempo antes de que tenga lugar el salto en paracaídas.

Eisenhower aguardó en silencio a que Wallace terminara y entonces leyó rápidamente el documento. Cuando terminó, lo cerró con un suspiro de desesperación.

—Se diría que hemos aterrizado sobre un gran montón de mierda de caballo, ¿no les parece?

—La situación es crítica, señor —coincidió Dulles.

Eisenhower se arrellanó en su asiento y dijo rápidamente:

—De acuerdo, lo primero es lo primero. ¿Ha salido ya el equipo?

—No, señor.

Eisenhower suspiró.

—Demos gracias a Dios por ello. Si algo he aprendido es que cuando estás en un agujero, debes dejar de cavar. En esta fase no podemos estar completamente seguros de si Moscú sabe con exactitud lo que está ocurriendo, pero existe el riesgo de que así sea, por lo que nuestra decisión debe ser cancelar toda la operación. Es una lástima, maldición. Tal como van las cosas entre nosotros y Moscú, había esperado que su gente tuviera una oportunidad, por remota que fuera.

Dulles iba a hablar de nuevo pero Eisenhower alzó una mano.

—Si los soviéticos empiezan a armar jaleo por vía diplomática a causa de ese hombre, Arkashin, dejen que yo me ocupe de ellos. Por el momento tendremos que esperar a ver cómo se desarrolla la situación. —Meneó la cabeza con resignación—. Solo Dios sabe en qué acabará, si usted está en lo cierto. Así que, ¿dónde está Massey?

El director adjunto pareció aún más incómodo.

—Señor, a pesar de lo sucedido, sabemos que llegó en avión a Finlandia para llevar a cabo la última fase de la misión, pero no sabemos exactamente en qué punto de aquel país se encuentra.

Eisenhower miró fijamente a Dulles.

—Creí haberle oído decir que la operación aún no había empezado.

—En realidad, eso solo podemos conjeturarlo, señor presidente, porque todavía no hemos recibido el código de «Adelante». Como usted sabe, la operación se dejó enteramente a la discreción de Massey. Nosotros le

proporcionamos un plan aproximado, una plantilla, si lo prefiere, y Massey la rellenó con los datos concretos. Una de nuestras instrucciones para Massey fue que recibiríamos una señal cuando la fase final de la operación fuera inminente, y con eso me refiero a justo antes de que fuera a ordenar el lanzamiento en paracaídas de su gente. Así teníamos una oportunidad de cancelar la operación si lo deseábamos. Hasta ahora, eso no ha ocurrido. Y teniendo en cuenta el hecho de que Massey no nos ha informado de sus problemas en la base, no podemos estar seguros de si enviará ese código.

—Maldición… esto empeora a cada minuto que pasa.

—Además, hay otros factores en juego que sugieren que la operación aún no se ha puesto en marcha.

—¿Por ejemplo?

—Creemos que Massey abandonó Boston hace dos noches, en compañía de otras dos personas, en un vuelo regular con destino a Londres, y desde allí prosiguió hasta Estocolmo y Helsinki. Según el plan que él debía seguir, eso significa que habrá llegado a Helsinki en las últimas catorce horas. Nos hemos puesto en contacto con carácter de urgencia con los departamentos de inmigración de los países correspondientes y hemos comprobado que fueron utilizados los pasaportes falsos proporcionados por nuestra División Soviética. Las autoridades finlandesas también confirman que Massey y su equipo aterrizaron en Helsinki ayer por la noche. Pero debido al mal tiempo, creemos que Massey no intentará el salto en paracaídas hasta esta noche.

—Entonces, ¿quién diablos se pondrá en contacto con él? —dijo lentamente Eisenhower.

—Como ya he dicho, el contacto se dejó a su discreción. Eso fue lo acordado. Así nos distanciaríamos de la operación por si iba mal. Massey recibió instrucciones de ponerse en contacto con nosotros solo si había problemas, y de llamar a un teléfono de Washington para enviar el código de «Adelante».

El director adjunto tragó saliva.

—Señor, solo podemos suponer que aún pretende seguir adelante con el plan por los motivos personales que pueda tener.

—¿Acaso es un idiota o un loco? Me pareció oírle a usted decir que era uno de los mejores hombres que tenemos.

—Es el mejor, señor. El señor Dulles trabajó con él en Europa durante la guerra y puede confirmarlo. No consigo imaginar qué lo ha empujado a comportarse de un modo tan poco profesional.

El director adjunto se agitó nerviosamente en su asiento y Eisenhower se puso en pie. Estaba visiblemente molesto, con el rostro más pálido que de costumbre, y los miró sombríamente con los ojos entrecerrados.

—La única posibilidad de éxito que tenía la misión pasaba por mantenerse ocultos. Ese ya no es el caso, evidentemente. Por lo que ustedes me han contado, Moscú quizá haya intuido que se está cociendo algo. Si esos dos agentes consiguen llegar a territorio soviético y son capturados, el resultado no puede ser más que uno, posiblemente catastrófico. Creo que todos sabemos cómo reaccionarían los rusos en cuanto tuvieran pruebas.

Eisenhower miró a los presentes.

—No estamos hablando solo de una justificación para la guerra, caballeros: sería la propia guerra. Estamos hablando de una reacción soviética que podría hacernos retroceder veinte años. Pueden invadir Berlín Occidental y cualquier otro lugar de Europa con la excusa de que se trata de una cuestión de seguridad o de represalia. Estamos hablando de la mayor catástrofe potencial que jamás habría afligido a este país y a nuestros aliados.

Dulles devolvió a Eisenhower una mirada insegura.

—Señor presidente, no es necesario decir que estamos haciendo todo lo posible por localizar a Massey. Pero, como usted comprenderá, debido a la delicada naturaleza de esta situación, necesitamos disponer de nuestros propios hombres sobre el terreno, en Finlandia. Branigan, aquí presente, ha formado un equipo, que ya está en camino. Les espera un avión a reacción en la base de Andrews. En cuanto llegue aquí, Branigan subirá a bordo para reunirse con su equipo en Finlandia. Pero necesitamos que usted intervenga en la Embajada de Estados Unidos en Helsinki para solicitar toda la cooperación, además de la de los finlandeses, si es necesaria.

Eisenhower inspiró profundamente y dejó escapar el aire en un prolongado suspiro de preocupación.

—El tiempo es decisivo, caballeros. ¿Qué ocurrirá si llegan tarde? ¿Cómo diablos quedaríamos nosotros?

—Con todo respeto, señor presidente, todavía podemos localizarlos y detenerlos —dijo Branigan.

—Entonces, por el amor de Dios, dígame cómo.

—Es cuestión de coordinación —explicó Branigan—. La mayor parte de las operaciones que se llevan a cabo en Rusia y la zona del Báltico dependen de la climatología. Si el tiempo es bueno, la CIA no se arriesga a ordenar ningún salto en paracaídas porque los radares rusos detectarían fácilmente nuestro avión. El informe que se mostró a Massey recomienda un lanzamiento

desde el aire para penetrar en el área báltica, y estoy seguro de que lo hará de ese modo. Lo más probable es que necesite a un piloto local, alguien con experiencia en volar por el espacio aéreo ruso. Hemos comprobado la previsión meteorológica para la región. Indica que llegará una gran tormenta de nieve procedente del nordeste del Báltico esta misma noche, hacia las ocho, hora de Helsinki. Es el momento más probable para que salga el equipo de Massey, lo que nos concede cierto margen de maniobra. Con efectivos suficientes, podríamos encontrarlos antes de que ocurra. Y con la cooperación de los finlandeses y sus fuerzas aéreas podríamos conseguir que al equipo de Massey le resultara imposible completar la travesía. Si un número suficiente de aviones finlandeses patrullan la zona, podrían asegurarse de que el avión no se acerca a su objetivo.

—¿Se refiere a derribarlo?

—Si es necesario… Eisenhower miró a los tres hombres sucesivamente. La acerada dureza que siempre quedaba justo por debajo de la superficie de los cordiales ojos azules del presidente se reveló al instante.

—Entonces, no me importa cómo, pero quiero que se haga. Quiero que encuentren a Massey y a los demás. Encuéntrenlos o deténganlos como puedan. Aunque eso suponga su muerte. Es un pensamiento desagradable, caballeros, considerando que son personas valientes y decididas, pero las previsibles consecuencias si no lo hacemos son demasiado aterradoras. ¿Lo entienden ustedes?

Los tres visitantes asintieron por turnos.

El rostro de Eisenhower aún estaba pálido cuando consultó su reloj de pulsera, antes de poner fin a la reunión. Su mirada se dirigió nuevamente hacia Dulles.

—Encárguese de los preparativos que considere necesarios. Huelga decir que exijo la máxima confidencialidad en este asunto. Y quiero informes cada hora hasta que esto haya terminado. Asegúrese de detenerlos, ¿entendido?

—Sí, señor presidente.

Finlandia
23 de febrero

En Helsinki, Slanski aparcó el Volvo junto al mar, y tomaron un tranvía para completar el trayecto hasta el centro de la ciudad.

Por todas partes había luces eléctricas encendidas; deambularon por el viejo mercado del puerto y por la plaza de la catedral durante media hora, hasta encontrar un pequeño restaurante en el paseo más céntrico de la Esplanadi.

Anna no había tenido ocasión de ver la ciudad la última vez que estuvo en ella, y algunos paisajes le recordaron a un Leningrado en miniatura, la vieja San Petersburgo que había conocido de niña, con su sólida arquitectura zarista y sus edificios pintados de colores pastel, pero más bulliciosa, con las calles mejor cuidadas y con los escaparates de las tiendas, iluminados artísticamente, abarrotados de tentadores productos y de caprichos.

Los pabellones gemelos de madera de los famosos salones de té Kappelli estaban cerrados y con las contraventanas atrancadas para protegerse del crudo invierno; su aspecto era el de un gran café de antaño donde cenaban los ricos zaristas. En el puerto, las pintorescas barcas de recreo que comunicaban las islas de Helsinki durante el verano estaban amarradas con el casco atrapado en el hielo. Dispersos sobre las aguas del puerto solidificadas había numerosos agujeros, junto a los que pescaban arenques varios grupos de hombres y niños con gorros de piel.

En el restaurante hacía calor; estaba casi abarrotado, pero encontraron una mesa libre junto a la ventana. Slanski pidió *schnapps* para beber y un plato de *vorschmack* para cada uno. Comieron en silencio. Cuando terminaron, salieron y regresaron andando por la carretera de la costa en dirección a Kaivopuisto. Se había levantado un viento gélido procedente del mar helado.

Slanski se detuvo y señaló un banco con expresión grave.

—Siéntate, Anna. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De ti.

Encendió un cigarrillo y se lo tendió a la mujer, que se sentó a su lado.

—¿Cómo te sientes?

Anna se apartó de la cara un mechón de pelo.

—¿Cómo debería sentirme?

—Asustada. —Slanski notó la tensión que se acumulaba en las comisuras de la boca de su compañera—. ¿Estás asustada, Anna?

—Un poco, supongo.

—Aún no es tarde para cambiar de idea.

—¿Qué insinúas?

Slanski desvió la mirada y contempló la ciudad.

—La Embajada sueca está a diez minutos de aquí andando. Podrías pedir asilo político, yo no te lo impediría. Al diablo Massey. Creo que incluso lo entendería. Yo podría seguir adelante con la misión solo.

—¿Por qué me dices eso? ¿A qué viene este repentino interés?

En el rostro de Slanski apareció una expresión dolorida.

—Ya viste lo que le ocurrió a Vasili. Y Popov tenía razón respecto a lo que hace el KGB con los agentes femeninos que captura. Lo he visto con mis propios ojos.

—Cuéntamelo.

Slanski apartó nuevamente la mirada.

—Hace dos años me enviaron al Báltico para organizar un grupo de la resistencia. Uno de los partisanos que entrené era una chica de diecinueve años. El KGB la cogió cuando tomaron por asalto uno de los campamentos que utilizaban los partisanos. Lo que le hicieron es indescriptible.

—¿La amabas?

—Eso apenas importa, ¿no crees? Digamos solamente que le devolví el favor al hijo de puta que la torturó. Yace a dos metros bajo tierra.

Esta vez fue Anna quien tuvo que apartar la vista. En el centro de la bahía pudo distinguir las gruesas murallas de color mostaza de una fortaleza construida sobre una isla, y los oscuros islotes próximos parecían animales congelados sobre el mar. Un rompehielos avanzaba lentamente junto a la salida del puerto, quebrando con su proa de acero la corteza de agua sólida y lanzando por los aires una lluvia de diamantes de hielo.

—Tengo miedo, pero no el suficiente como para que me impida seguir. —Volvió a mirar el rostro de Slanski—. Lo que ocurrió en la cabaña, tu forma de reaccionar, no fue solo por vengar a Vasili, aunque en parte sí. En tus ojos había una expresión… como si cobraras nueva vida cuando te enfrentas al peligro. ¿Nunca tienes miedo?

—¿De qué hay que tener miedo? La muerte nos llega a todos, tarde o temprano. Tal vez cuando nos enfrentamos a ella es el momento en que nos definimos verdaderamente. —Sonrió—. No son héroes quienes resisten y miran cara a cara los problemas, no existe nada parecido, solo son fatalistas que no tienen nada que perder.

—¿Tú tienes algo que perder?

—No mucho.

—¿Nunca has amado a nadie, aparte de Vasili? ¿A una mujer?

—Una pregunta típicamente femenina. Pero ¿qué tiene eso que ver?

Anna le lanzó una penetrante mirada.

—Quizá nada, quizá todo. Se supone que una esposa tiene que conocer un poco a su marido. Y yo apenas sé nada de ti.

—¿Qué quieres saber?

—Cuéntame qué es lo que más te gustaba hacer de niño, cuando vivías en Rusia. Háblame de tu familia.

Slanski desvió la mirada, incómodo.

—A tu familia le ocurrió algo malo, ¿verdad? —dijo Anna—. ¿Por eso huiste de Rusia?

—No es asunto tuyo —replicó él, dando el tema por zanjado—. Además, es agua pasada. Ocurrió hace mucho tiempo. Olvídalo.

—Esa es la cuestión. No creo que tú hayas podido olvidarlo. Creo que es lo que te ha convertido en lo que eres. Un hombre iracundo y vengativo. Vives siempre en las proximidades de la muerte, como si la estuvieras buscando.

Slanski la miró, a la defensiva.

—¿Qué es esto, un psicoanálisis de pacotilla? ¿Eso has aprendido en Nueva York?

Anna comprendió que estaba más susceptible que enfadado y el instinto le hizo alargar el brazo para tocarle fugazmente la mano.

—Tienes razón, no es asunto mío. Pero lamento sinceramente lo que le ocurrió a Vasili. Era un buen hombre.

Slanski permaneció en silencio largo rato, y al fin dijo quedamente:

—Era uno de los mejores hombres que he conocido. Pero se ha ido y ya nada podrá hacerlo regresar.

Ella vio la oleada de dolor que afloró al rostro de Slanski, pero él se puso en pie como si quisiera ahogar la emoción.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Anna—. ¿Por qué siempre haces eso?

Slanski frunció el entrecejo.

—¿Qué hago?

—Ocultas tus sentimientos como el clásico hombre ruso. Nunca te permites exteriorizar las emociones. Aun así, siempre devuelves dolor por dolor. Como Vasili y esa pobre chica partisana. ¿Por qué?

—Es una larga historia —dijo él con sorna—. Recuérdame que te la cuente algún día.

El viento arreciaba en el puerto. Las farolas de la calle titilaban a lo largo del malecón y, detrás de ellos, un tranvía pasó traqueteando sobre sus raíles de metal y lanzando brillantes chispas hacia la oscuridad del cielo.

—Alex Slanski —dijo Anna—, no creo que hayas confiado nunca en nadie lo suficiente como para dejar que llegasen realmente hasta ti, ¿verdad? En tu interior sigues siendo el chiquillo que tuvo que escapar cruzando medio mundo por sus propios medios, sin poder confiar en nadie excepto en sí mismo.

Slanski no respondió y Anna miró hacia el mar. De pronto se estremeció.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Ella hundió las manos en los bolsillos del abrigo, y en su voz había un eco de muerte cuando dijo:

—No estoy segura. Es extraño, pero tengo la sensación de que tú y yo estamos condenados si cruzamos el Báltico. Lo que ocurrió en la cabaña es un presagio. Las personas como tú y como yo quizá hemos tenido demasiada mala suerte en el pasado como para pensar que esta vez será distinto.

—¿Entonces por qué no lo olvidas y haces lo que te he dicho?

—Tú mismo lo has dicho: tal vez no tenga nada que perder, como tú.

Slanski forzó una sonrisa.

—¿Quién se muestra ahora como la clásica mujer rusa? Siempre ve el lado macabro de las cosas. —Hizo una pausa—. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con la misión?

Anna se irguió y le devolvió la mirada, por un momento con tristeza, pero con firmeza cuando respondió:

—Sí, estoy segura. Y ahora, creo que deberíamos volver.

Pasaron el resto de la noche en la cocina, revisando el armamento, el equipo y los documentos falsos.

Massey entregó a cada uno una pistola Tokarev del calibre 7,62 y un cargador de repuesto. También sacó un revólver Nagant de 7,62 mm, con el cañón recortado casi hasta la base y con un silenciador acoplado. Se lo tendió a Slanski, quien examinó el arma antes de deslizársela al bolsillo y esbozar una sonrisa dedicada a Anna.

—Una ayudita, solo por si la Tokarev se encalla.

Slanski tenía tres juegos de documentos: uno a nombre de Bodkin, un obrero estoniano que estaba disfrutando de un permiso tras pasar una temporada en una granja colectiva de Kalinin; otro a nombre de Oleg Petrovsky, capitán del Ejército Rojo, destinado en el cuartel de la 17.ª División Acorazada, en Leningrado, que estaba de permiso; y el tercero a nombre de Georgi Mazurov, comandante del KGB, agregado del Segundo

Directorio en Moscú. Anna tenía otros tres juegos con los correspondientes apellidos de casados, y llevaba fotos de ambos, juntos y separados, además de cartas personales para respaldar su pasado y su relación.

Los otros documentos incluían varios pases regionales y permisos de trabajo, todos en papel oficial grisáceo, envejecido artificialmente, y provistos de fotografías con el sello oficial. Cuando Massey hubo repasado todos sus nombres y antecedentes falsos, dijo de nuevo:

—Estos documentos son los mejores que he visto; deberían poder soportar un atento escrutinio, aunque, naturalmente, no hay garantías. Todo lo que puedo decir, por si les sirve de consuelo, es que sus autores son los mejores del gremio, y trabajaron a conciencia para que quedasen bien.

Anna cogió los suyos y los examinó.

—No lo entiendo. ¿Cómo pueden parecer tan usados?

Massey sonrió.

—Es un viejo truco de la guerra. Primero los frotan con papel de lija muy fina y después los llevan pegados con cinta adhesiva bajo los sobacos durante un par de horas. El sudor humano tiene el efecto de acelerar el envejecimiento del papel. Como podéis ver, hace milagros.

Anna compuso una mueca y Massey volvió a sonreír.

—Es desagradable pensarlo, pero algo tan simple como eso puede salvarte la vida. Los pases impresos en papel reciente podrían levantar las sospechas del KGB, y si los examinan a fondo, a veces detectan si se han utilizado productos químicos para envejecerlos artificialmente. En cambio, el proceso del sudor es indetectable.

Abrió una bolsa de cuero que contenía varios fajos de rublos y entregó el más abultado a Slanski. El dinero estaba arrugado y desgastado; además, había un puñado de monedas para cada uno.

—Si necesitas más rublos, podréis recogerlos en los pisos francos que tenemos entre Tallin y Moscú —explicó a Anna—. De lo contrario, si los registran y les encuentran una gran cantidad de dinero encima, podríais despertar sospechas. Naturalmente, las armas, parte de la ropa y los documentos adicionales serán un problema mientras adoptéis la primera identidad, si los detienen y los registran poco después de tomar tierra. Ese es el momento de mayor peligro. Me temo que no hay forma de que puedas esconder de manera segura todo lo que los puede delatar, pero es un riesgo temporal. Deberéis improvisar. Si creéis que pueden acarrearos problemas, enterradlos cerca de donde aterricéis y recuperadlos más tarde. Bien, comprobemos el resto del equipo.

Utilizarían trajes de faena militares, confeccionados en grueso lienzo verde y provistos de amplios bolsillos para guardar todo lo que iban a necesitar en cuanto aterrizasen. Una linterna para cada uno, una navaja para cortar los tensores del paracaídas si quedaban enganchados en un árbol, y palas cortas plegables para enterrar el equipo. Se incluía un casco, gafas protectoras, guantes y un traje aislante para cada uno.

—Allá arriba hará mucho frío cuando saltéis, por eso necesitaréis los trajes aislantes, para no morir congelados antes de llegar al suelo. Ahora veremos si nuestros sastres son competentes.

Les entregó dos raídas maletas que contenían los efectos personales y la ropa, y Anna subió a las habitaciones para probarse la suya.

Cuando bajó, al cabo de diez minutos, se había ceñido el pelo con una cinta. Llevaba una gruesa falda de lana y una blusa blanca de invierno, un fular también de lana y una gabardina demasiado ajustada para su talla.

Slanski también se había cambiado de ropa y tenía todo el aspecto de un campesino estoniano. Llevaba una gorra de paño asargada, una chaqueta que le sentaba fatal y un traje de pana demasiado holgado y con las perneras del pantalón demasiado cortas. Anna no pudo evitar reírse.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Slanski.

—Pareces el tonto del pueblo.

—Bonita forma de hablarle a tu marido.

—Las ropas y los uniformes son prendas genuinas —dijo Massey—. Los obtuvimos de los refugiados o los desertores del ejército soviético que llegaron después de la guerra. Mañana deberíais poneros la ropa para iros acostumbrando a ella. ¿Estás satisfecho, Alex?

—Por completo, menos con los pantalones.

Massey sonrió.

—Me temo que es inevitable. Además, un obrero estoniano difícilmente iría vestido con mucha corrección. Anna, ¿quieres hacer alguna pregunta?

La mujer negó con la cabeza.

—Entonces supongo que eso es todo —prosiguió Massey—, excepto un último detalle.

Sacó de su bolsillo dos minúsculas cajas de metal, abrió las tapas y vació su contenido sobre la mesa. En una caja había dos cápsulas negras. La segunda contenía decenas de cápsulas azules de distinto tamaño.

—Píldoras. De dos clases. Unas buenas y otras malas, pero ambas imprescindibles. Como ven, son de distintos colores y tamaños, con la esperanza de que no las confundan.

—¿Para qué sirven? —preguntó Anna.

—Las azules son anfetaminas. Proporcionan un chorro de energía para sobreponerse a la fatiga. Las usaban habitualmente las fuerzas especiales y los pilotos durante la guerra para superar el cansancio. —Massey cogió una de las píldoras negras—. Y este caramelito es con el que deberéis tener cuidado. Solo debe usarse en caso de extrema urgencia.

—¿Qué es?

—Cianuro. Mata en cuestión de segundos.

Era casi medianoche y Slanski estaba tumbado, a oscuras, fumando un cigarrillo y escuchando el fragor del viento que soplaba en el exterior. Oyó abrirse la puerta y entró Anna; se cubría con una camisola de algodón y sostenía en la mano una lámpara de petróleo.

—¿Puedo pasar? —dijo ella en voz baja.

—¿Qué ocurre?

—No consigo dormir.

—Entra y cierra la puerta.

Se había soltado el pelo y en su rostro se observaba una expresión casi infantil; se acercó y se sentó en el borde de la cama. Slanski notó que estaba temblando.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

Ella negó con un gesto.

—Solo estoy aterrorizada. Tal vez he comprendido de repente que todo esto es mortalmente en serio. Sobre todo cuando Massey nos dio aquellas píldoras. Ahora ya no es un juego. En los refugios antiaéreos de Moscú, durante la guerra, cuando la gente estaba asustada por los bombardeos, se abrazaban y se besaban aunque fueran unos completos desconocidos. En una ocasión incluso vi a una pareja hacer el amor.

—Es lógico. El instinto natural de preservar la especie cuando está amenazada. Por la misma razón los soldados se casan antes de partir hacia el frente.

Ella se mordió el labio.

—¿Querrías hacer algo por mí?

—¿Qué?

—Solo abrazarme. Abrázame fuerte. Parece como si hiciera mucho tiempo desde que alguien me abrazó.

Slanski vio en el rostro de la mujer un miedo real y terrible que la hacía parecer muy joven y vulnerable. Comprendió que estaba más asustada de lo que él mismo había imaginado. Le acarició la mejilla, la miró a los ojos y dijo:

—Mi pobre Anna.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él. Se deslizó a su lado entre las sábanas, arrimándose para estar más caliente y más cómoda. De pronto, sin razón aparente, se echó a llorar y empezó a besarlo frenéticamente.

—Hagamos el amor.

Como él titubeara, ella volvió a besarle. Su lengua encontró la del hombre, que pudo notar la reacción de su cuerpo, cada vez más intensa. Anna temblaba cuando le quitó el camisón y luego las bragas. Recorrió con la mano el firme contorno de sus pechos, oprimiendo delicadamente sus pezones entre el dedo índice y el pulgar hasta que estuvieron duros, y se introdujo uno en la boca. La mujer jadeó cuando el hombre deslizó las manos sobre su vientre y fue bajando hacia la calidez de su entrepierna, acariciándola con los dedos hasta notar que estaba húmeda.

Sin pronunciar palabra, ella alargó la mano y sujetó su miembro rígido. Él se colocó encima de ella, y Anna gimió mientras lo guiaba hacia su interior.

A partir de ese momento parecieron sucumbir al frenesí, sus cuerpos poseídos por una urgente desesperación, hasta que ambos se estremecieron convulsivamente y se desahogaron. Después, Anna empezó a llorar otra vez, con profundos sollozos que sacudían su cuerpo.

—¿Qué sucede, Anna?

Ella no respondió. Sus ojos estaban anegados en llanto.

—¿Quieres saber por qué vuelvo a Rusia contigo? —preguntó finalmente.

—Solo si quieres decírmelo.

Se lo dijo, se lo contó todo, y seguía llorando cuando terminó. Slanski la atrajo hacia sí y murmuró:

—Anna. Todo irá bien, Anna.

Le acarició el rostro, pero pasó un tiempo antes de que sus lágrimas se secaran. Después, él apagó la lámpara de un soplido y abrazó a la mujer con ternura, sin hablar y a oscuras, hasta que finalmente consiguió que se durmiera.

27

Finlandia
24 de febrero

Poco después de las nueve de la mañana siguiente, Slanski estaba de pie junto a la ventana cuando Janne Saarinen entró por la puerta delantera, acompañado por una ráfaga de viento que barrió la habitación antes de que pudiera cerrar la puerta de una patada con su gruesa bota. Tenía el rostro amoratado por el frío y cargaba a hombros dos paracaídas.

—¿Han dormido bien?

—Muy bien, dadas las circunstancias.

El finlandés forzó una sonrisa mientras descargaba las dos mochilas sobre la mesa.

—Sus «paracas». Los he desplegado y plegado dos veces para asegurarme.

—Es agradable saber que alguien se preocupa por nosotros. Gracias, Janne.

Slanski miró por la ventana. Fuera soplaba el viento; la luna seguía brillando en el cielo, y a lo lejos observó, sobre el horizonte, una gran nube irregular. Vio que Anna y Massey caminaban juntos por la pasarela de tablas, levantado el cuello de las prendas de abrigo para protegerse del intenso frío. Saarinen se acercó y se colocó detrás de Slanski. Le ofreció un cigarrillo.

—Por su aspecto, diría que es una nube de nieve —dijo el finlandés, después de mirar por la ventana—. Todavía está muy lejos, pero parece que pronto tendremos que empezar a trabajar. Es agradable saber que los hombres del tiempo, a veces, aciertan.

Cuando hubo encendido los cigarrillos, Saarinen señaló con el mentón hacia la pasarela.

—Su amiga es digna de verse. No me importaría el riesgo con tal de ir con ella en lugar de usted.

Slanski examinó los paracaídas.

—Es una buena chica. Es una lástima que tenga que verse implicada en esto. Una misión nunca es fácil, y siempre resulta peligrosa.

—Dígamelo a mí.

—Eso me recuerda que el espectáculo que nos preparó ayer para la reunión fue muy entretenido.

El finlandés expelió el humo y sonrió burlonamente.

—No se creyó mis bravatas, ¿verdad? No esperaba que lo hiciese.

—Se dejó un par de puntos importantes. Como el hecho de que la mitad de los agentes que se lanzan en paracaídas sobre territorio ruso son capturados antes de las cuarenta y ocho horas, bien porque se lesionan al saltar o bien porque el radar detecta el avión que los transportaba. Y que la mayoría de los pilotos que la palmaron durante la guerra no fueron abatidos por el enemigo, sino que murieron a causa de un fallo en el motor de su aparato o del mal tiempo.

Saarinen se acomodó en una silla.

—He cubierto esta ruta una media docena de veces, y cada vez resulta más difícil. Los rusos están estrechando sus defensas aéreas, y los nuevos cazas Mig no son precisamente de mi agrado. Hice que sonara más fácil por ella. Jake me advirtió que usted era el profesional y conocía los riesgos, pero para ella es la primera vez y es insensato aterrorizarla hasta el punto que no pueda razonar. En cuanto a nuestras posibilidades, la cobertura de la nube es nuestra única esperanza real, a pesar de los peligros evidentes si el tiempo se pone verdaderamente feo, pero yo respondo por esa pequeña avioneta de ahí fuera, mecánica y estructuralmente. Si las nubes siguen estando de nuestra parte, casi garantizaría que por lo menos podrán efectuar el salto. De lo contrario… —Saarinen compuso una mueca y se encogió de hombros—. Nos barrerán del cielo.

—¿Le han dicho alguna vez que parece sentir una indiferencia absoluta por la vida y la muerte?

Saarinen se echó a reír.

—Continuamente. Eso me pasa por haber mirado directamente a los ojos demasiadas veces a la de la guadaña siniestra: he descubierto que no es para tanto. Antes del treinta y nueve estudiaba inglés en la Universidad de Helsinki; entonces estalló la guerra, y la primera vez que intervine en un combate aéreo me entró el gusanillo. Después de aquello nunca me cansaba de las acrobacias y las emociones. Comprendí que a lo demás le falta cierta dosis de peligro. Pero después del combate, cuando callan las armas, sabes que en cualquier caso solo estás viviendo un tiempo prestado, y sigues volando con el viento por el simple placer de hacerlo. Si no me equivoco, a usted parece ocurrirle lo mismo. ¿Qué fue lo que dijo Kant?… «Esa inconfundible mirada acerada en los ojos de un hombre que cuenta su historia

de la guerra y de la muerte, con su siniestra guadaña, tan a menudo desafiada».

Slanski sonrió.

—¿Y qué hay del radar, al otro lado?

—Como he dicho, si el tiempo está de nuestra parte, no debería preocuparnos. —Saarinen movió la cabeza—. No lo veremos todo negro, habrá tonos grises. Pero ya se lo dije, soy un hombre de suerte. Además, hablo el ruso con fluidez, de modo que si nos llama por radio su control de tráfico aéreo puedo intentar colarme con un farol.

—Un hombre con muchas facetas.

Saarinen sonrió y se golpeó la pierna de madera.

—Me temo que no todas buenas.

Helsinki

El tren de aterrizaje del estratorreactor B-47 de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos chirrió cuando entró en contacto con la pista de aterrizaje al tomar tierra en el aeropuerto Malmi de Helsinki, envuelto en una nube de granizo no muy densa, exactamente a las seis de la mañana. Karl Branigan estaba agotado tras el largo y turbulento vuelo desde Washington, un viaje de casi diez horas y más de siete mil kilómetros, una experiencia que no había soportado antes y que no deseaba volver a repetir. Se quitó el casco y el traje de vuelo isotérmico, y después abandonó la cálida cabina del aparato para enfrentarse al implacable frío del Báltico. Un coronel de las Fuerzas Aéreas norteamericanas lo condujo rápidamente hasta un Ford sedán oscuro que aguardaba sobre la pista con el motor en marcha.

Veinte minutos más tarde, el coche se internó en el parque de Kaivopuisto, el cinturón diplomático de la ciudad, y fue a detenerse frente al complejo de edificios de la Embajada estadounidense. Los dos marines impecablemente uniformados que custodiaban la verja principal verificaron la identidad de los pasajeros antes de levantar la barrera y dejar pasar el vehículo.

Cuando el Ford se detuvo ante la entrada de la Embajada, Branigan salió con el aspecto de un hombre agotado y se alzó el cuello del abrigo para protegerse del frío. Por las dobles puertas de roble salió un hombre alto y delgado, de piel bronceada, acompañado de un joven oficial bastante nervioso.

—¿Señor Branigan? Soy Douglas Canning —dijo el hombre con un fuerte acento nasal tejano, al tiempo que le tendía la mano—. Mi secretario, aquí presente, ya se ha ocupado de sus hombres. Si tiene la bondad de acompañarme, el embajador le está esperando.

Branigan masculló una respuesta y siguió a Canning, que lo condujo al interior.

El pequeño jardín delantero del complejo de la Embajada aparecía desierto, sumido en la oscuridad del Báltico. Las luces procedentes de las ventanas iluminaban débilmente las mesas de hierro forjado y pintadas de blanco que descansaban sobre el césped del exterior, cubierto de nieve. El embajador se hallaba junto a la ventana con expresión hosca, contemplando la escena. Frunció el entrecejo.

Había terminado de leer la carta de una sola página que Branigan le había presentado, firmada por Allen Dulles. La examinó en silencio antes de devolvérsela a Canning sin revelar emoción alguna.

Finalmente, Canning miró al embajador.

—Señor, ¿desea responder?

El embajador se volvió. Sus ralos cabellos grises estaban pulcramente peinados, pero la distinguida expresión de su rostro fue sustituida repentinamente por el asombro cuando devolvió la mirada a su visitante.

—Primero permítame dejar clara una cosa, señor Branigan. Usted quiere localizar a tres personas determinadas que están realizando una operación encubierta en Finlandia, y capturarlos es una cuestión de la máxima urgencia. Si no es posible capturarlos, usted quiere detener su misión, incluso si ello significara tener que matarlos. Y quiere que yo le ayude en eso.

Branigan tenía los ojos hundidos y su rostro acusaba claramente la falta de sueño. Aún le dolían los miembros y sentía calambres, después del tenso viaje, y no le apetecía mostrarse diplomático.

—Eso es —dijo rudamente, olvidando casi con quién estaba hablando, y añadió—:… señor embajador.

—Y no estoy autorizado a preguntar cuál es la naturaleza exacta de la operación que intentan llevar a cabo esas personas, ¿es así?

Branigan movió la cabeza y dijo llanamente:

—Ya ha leído usted la carta del señor Dulles. Esa es la situación exacta y es todo cuanto necesita saber. Le agradecería que no me hiciera más preguntas al respecto.

El rostro del embajador reveló su irritación por la falta de respeto, pero mantuvo la compostura.

—Me pide usted que ponga a todo el personal de mi Embajada a su entera disposición, si es necesario, para este asunto. Quiere además que intervenga yo personalmente ante las altas instancias de Finlandia, que les pida que sus fuerzas aéreas impidan a esas personas abandonar el espacio aéreo finlandés. Y si ya han despegado, que los derriben.

—Exactamente.

—Señor Branigan, yo diría que no existen precedentes de algo parecido. —El rostro del embajador reflejaba su frustración—. ¿Qué diantre está ocurriendo?

Branigan miró con insolencia su reloj de pulsera.

—Tendrá que dirigir esa pregunta al señor Dulles, no a mí. Yo simplemente tengo un trabajo que hacer, y urgente. Se nos acaba el tiempo. De modo que ¿puedo contar con su ayuda?

El embajador regresó a su escritorio y se sentó.

—Señor Branigan, con toda franqueza, considero este asunto no solamente ajeno al protocolo, sino además muy perturbador. ¿Qué opina usted, Canning?

El aludido titubeó.

—Todo lo que nos ha pedido es impracticable. Tal vez deberíamos ponernos en contacto con el señor Dulles para discutir los detalles.

Branigan sacudió la cabeza con impaciencia.

—No es posible. Mis órdenes son no mantener contacto telefónico con el cuartel general de la CIA desde Helsinki, por el momento. Como ya habrá comprendido, la naturaleza de esta misión es extremadamente, y lo repito, extremadamente delicada y secreta.

El embajador apartó la mirada con afectación y formó un triángulo con los dedos.

—Señor mío, me temo que debo recordarle que el señor Dulles solo es director de la CIA *en funciones*. Su nombramiento oficial no tendrá lugar en Washington hasta más tarde, hoy mismo, y no jurará su cargo hasta dentro de unos días. Para una petición tan importante como esta, necesitaré una autoridad superior, me temo.

Branigan se puso en pie de manera airada y le arrebató la carta a Canning; se la guardó en el bolsillo y miró furiosamente a los dos hombres.

—¿Qué les parece si olvidan esa mierda de una vez por todas? Si ninguno de ustedes, cretinos, quiere ver sus pelotas en la picadora de carne de

Washington, sugiero que hagan lo que dice la carta. Y otra cosa, necesito aquí un enlace de alto rango del servicio de contraespionaje finlandés. Alguien de quien podamos estar seguros de que será absolutamente discreto. Necesito hasta el último de sus hombres disponibles que sean fiables. Y quiero decirles algo más, de propina. Si ustedes o ellos dicen una sola palabra sobre esta operación, me encargaré personalmente de que al bocazas que se haya ido de la lengua le metan una bala en la cabeza.

El rostro del embajador enrojeció de golpe por la ira ante la insolente e indecorosa amenaza y por la falta de respeto que mostraba hacia su alto cargo, pero Branigan lo ignoró porque el teléfono que había sobre el escritorio empezó a sonar.

El embajador bizqueó, desconcertado, antes de descolgar el auricular.

—¿Quién diablos llama?

Se produjo un largo silencio. Finalmente, el embajador palideció como si alguien hubiera conectado el interruptor de una picadora de carne. Las primeras palabras que Branigan le oyó pronunciar fueron:

—Señor presidente, hacemos lo que podemos.

La sala de operaciones provisional, habilitada en el despacho situado al fondo del ala este de la Embajada estaba débilmente iluminada y repleta de hombres sudorosos, humo de cigarrillos y una gran confusión de voces. Branigan había hecho instalar una docena de teléfonos sobre tres improvisadas mesas con caballetes en el centro de la habitación, y media docena de funcionarios de la Embajada se apiñaban a su alrededor.

El finlandés que permanecía en pie detrás de Branigan rondaba los cuarenta años y fumaba en pipa. Era alto pero de cara rechoncha, con el cabello oscuro, algo gris en las sienes, y hablaba perfectamente en inglés.

Henry Stenlund, director suplente del servicio de contraespionaje finlandés y abogado de profesión, contemplaba el ajetreo de los hombres y el equipo con algo parecido a la estupefacción.

Los Cuerpos de Seguridad del Estado finlandés tenían toda su estructura operativa alojada en un siniestro y aireado edificio de granito de tres pisos situado en la calle Ratakatu. Constaba de diez hombres, tres automóviles Volkswagen desvencijados y media docena de bicicletas Raleigh oxidadas para sus mejores agentes. En las oficinas no había una actividad parecida a esta, lo que provocaba en Stenlund cierta emoción que no había experimentado desde que los alemanes se retiraron de Helsinki.

Había recibido la llamada justo cuando se disponía a marcharse de su despacho y había llevado a la Embajada los archivos que le pedía Branigan. Stenlund fue prudente y no preguntó demasiado, excepto los hechos escuetos, pues supo por la lúgubre expresión del hombre de la CIA que el asunto era muy grave y lo bastante delicado para que lo llamara el director en persona. En aquel momento permanecía junto a Branigan mientras este consultaba una lista de nombres.

Todos eran pilotos mercenarios que arriesgaban su vida internándose en el espacio aéreo soviético desde el Báltico en misiones militares finlandesas encubiertas, y en otras de reconocimiento y de lanzamiento de paracaidistas para la CIA, actividad que Finlandia negaba oficialmente. Aparte de un valiente y muy condecorado pero demente aviador mercenario alemán, expiloto de la Luftwaffe, con más metralla rusa en la cabeza que cerebro, todos eran finlandeses. No era de extrañar, pues el país de Stenlund era un antiguo enemigo de Rusia, y los viejos odios y rencores estaban tan arraigados como el miedo de la población a su poderoso vecino.

Branigan observó a Stenlund mientras repasaba la lista.

—¿Qué tenemos?

—Según mis archivos, quince hombres que trabajan como autónomos con su propio avión, para nuestra gente o para la de ustedes. Todos ellos son pilotos muy competentes. Por desgracia, estamos hablando de lugares tan alejados como la costa este de Helsinki, cerca de la frontera soviética, y la isla de Arland, en el oeste. Una distancia de varios cientos de kilómetros.

Branigan se frotó la nuca con una mano.

—Dios mío… Stenlund dio una chupada a su pipa y se encogió de hombros.

—Sin embargo, podemos eliminar a la mayoría dando por supuesto que las personas que ustedes buscan querrán cruzar el Báltico en el menor tiempo posible, y eso significa que el piloto posiblemente tenga una base a muy poca distancia de territorio soviético. Además, la climatología es un factor importante a tener en cuenta. Y precisamente ahora, el tiempo previsto para las próximas horas favorecería un lanzamiento en paracaídas.

Branigan asintió con la cabeza.

—Así, ¿quiénes son los sospechosos más probables?

—Hay dos posibilidades muy sólidas, teniendo en cuenta que ambos han trabajado para la CIA en alguna ocasión. Un hombre llamado Hakala, que vive en una aldea de pescadores cerca de Spjutsund y tiene un avión en un

hangar de la zona, un Storch Fiesler alemán. El segundo es un hombre llamado Saarinen.

—¿A qué distancia está el primero?

—¿Spjutsund? A unos veinte kilómetros al este de Helsinki. Ida y vuelta, en coche, una hora.

—¿Y el otro tipo?

—Janne Saarinen. —Stenlund consultó una carpeta—. Un piloto excelente, que sirvió en la Luftwaffe. Según nuestros informes de inteligencia, a veces utiliza las instalaciones de la isla de Bylandet, a unos treinta kilómetros al oeste de aquí. Ambos tienen la base casi a la misma distancia de Tallin, a un tiro de piedra.

—¿Cuál elegiría usted?

Stenlund se encogió de hombros.

—Como le he dicho, ambos son candidatos igualmente probables. Ambos son excelentes pilotos y, según tengo entendido, lo bastante temerarios como para intentar cruzar la frontera con la clase de tiempo que se espera.

Branigan titubeó, acusando la tensión acumulada en la reducida estancia.

—De acuerdo, probaremos con el más próximo. ¿Hak…?

—Hakala.

—Primero él y luego el otro tipo, Saarinen. Yo mismo me procuraré un coche.

—Como guste.

Branigan extendió el brazo para coger una funda sobaquera con una pistola Smith & Wesson del 38 y se la abrochó. Comprobó que el arma estaba cargada antes de enfundarla de nuevo y volverse para llamar por señas a varios hombres de aspecto pendenciero que aguardaban en la habitación y que empezaron a comprobar su armamento. Stenlund los miró, alarmado, y cuando Branigan se volvió, dijo nerviosamente:

—¿Cree que habrá disparos?

Branigan se puso la chaqueta y la gabardina.

—Si los hay, déjenoslos a mí y a mis hombres.

De la frente de Stenlund habían empezado a brotar pequeñas perlas de sudor.

—Será un placer. Personalmente, nunca llevo armas, desde la guerra. Tener a la Gestapo siempre detrás de mí ya fue suficiente diversión.

Se puso en pie y dio unos golpecitos a la pipa para vaciarla. Después se puso la gabardina y echó un vistazo al reloj que colgaba de la pared.

Las manecillas indicaban exactamente las siete de la tarde.

28

Bylandet Island

Eran poco más de las ocho de la tarde y Massey se estaba calentando junto a los fogones de la cocina cuando oyó a Slanski descender por la escalera.

Vestía las mismas ropas de campesino que había llevado todo el día, pero esta vez parecía más corpulento, puesto que llevaba debajo el traje aislante. En la mano sostenía un maletín muy usado.

—¿Están preparados? —preguntó Massey.

—Como no lo he estado nunca —replicó Slanski.

—¿Dónde está Janne?

—Llenando de combustible el depósito del avión y distribuyendo algunas luces sobre el hielo para facilitar el despegue. Me alegro de no estar en su lugar. Ahí fuera hace el frío suficiente para que se congele un perro esquimal. ¿Está lista, Anna?

—Se está poniendo el traje aislante. ¿Qué pasa, Jake? No pareces muy contento.

—Siéntate, Alex.

Slanski se sentó a la mesa y Massey acercó una silla.

Su rostro era grave cuando miró al otro hombre.

—Hay un par de cosas que quisiera dejar claras, Alex, y están relacionadas con Anna.

Slanski encendió un cigarrillo.

—Dispara.

—Pase lo que pase, no quiero que le hagan daño. Ni el KGB ni nadie.

—¿Qué quieres decir con eso?

—A ella le gustas, Alex. Lo noto. Un hombre y una mujer juntos en una misión tienen que estar muy próximos, aunque solo sea por comodidad. Pero no quiero que se exponga a ningún peligro innecesario durante la misión, ni que le hagan daño por estar demasiado cerca de ti. Hay muchas posibilidades de que regrese. Tú podrías no ser tan afortunado.

—Se diría que tienes un interés personal en Anna —dijo Slanski a la defensiva.

Massey reflexionó unos instantes, eligiendo las palabras cuidadosamente.

—Ha sufrido más que la mayoría de la gente.

—Digamos que me siento protector con ella. Y quiero que regrese con vida y lo menos alterada posible.

—Yo también.

Massey titubeó.

—¿Entonces harás lo que te pido?

Slanski asintió con la cabeza.

—No es mi intención herir a Anna. Pero no puedo evitar lo que quiera que ocurra entre nosotros, Jake. Si sientes por ella algo más que lo que has dicho, y creo que es posible, deberías haberlo tenido en cuenta antes de que esto empezara.

Massey permaneció en silencio unos segundos y su rostro se ensombreció.

—Al menos prométeme una cosa: si llegan a encontrarse con la espalda contra la pared y las probabilidades de que los capturen son muy altas, si Anna no puede tragarse la píldora a tiempo, asegúrate de que esos hijos de puta del KGB no la cogen con vida. Por un momento, Slanski no respondió. Detectaba una preocupación sincera en el rostro de Massey.

Finalmente, dijo:

—Esperemos que no haya que llegar a eso.

Anna bajó la escalera cinco minutos más tarde, vestida con las ropas de campesina y con e traje aislante debajo que la hacía parecer hinchada, y cargando su maleta. Sobre la mesa había una botella de vodka y varios vasos. Slanski llenó tres de ellos. Le tendió uno a Anna y otro a Massey.

—¿Nerviosa?

Ella lo miró, compartiendo algo íntimo.

—Estoy temblando —dijo.

Slanski sonrió y alzó el vaso.

—No te preocupes, todo habrá terminado antes de que te des cuenta.

Massey regresó junto al fogón. Miró a Anna unos instantes, después apuró su bebida y dijo:

—De acuerdo, una última comprobación de todo. Pero primero vacíen sus bolsillos. También tu bolso, Anna.

Depositaron sus pertenencias sobre la mesa en dos montones y Massey los examinó sistemáticamente.

—Bien, todo parece estar en orden. Lo último que les conviene es llevar algo personal que los delate. Como chicle, o joyas, un anillo o una gargantilla

hechos en Nueva York. A veces ocurre. Con el miedo y el nerviosismo, la gente lo olvida.

Massey señaló con un gesto de la cabeza hacia un rincón de la estancia, donde estaban los paracaídas, los monos de lienzo, los cascos, las gafas protectoras y los guantes. Había un paracaídas adicional para Saarinen.

—Podéis dejar eso hasta que Janne esté casi a punto de salir. Una cosa más. Si por alguna razón se separan después del salto, o si el contacto que debe reunirse con ustedes en el punto de encuentro no aparece, la cita será la estación de ferrocarril principal de Tallin, la sala de espera del andén central, mañana a las nueve de la mañana. Si uno de los dos o su contacto no aparece, vayan al día siguiente una hora más tarde, tomando las precauciones que les expliqué. Si al tercer día no aparece nadie, me temo que tendrán que apañárselas solos. ¿Necesitan hacer alguna pregunta?

—No me has dicho quién es el contacto que se reunirá con nosotros —dijo Anna.

—Será un miembro de la resistencia estoniana. Me temo que no puedo decirte nada más, Anna, por si fueras capturada.

Anna dirigió una mirada de desconfianza a Massey, pero no dijo nada y el hombre le puso una mano sobre el brazo.

—No te separes de Slanski y no te pasará nada.

La puerta se abrió con una racha de aire helado y entró Saarinen con una linterna eléctrica de uso industrial. Llevaba un impermeable amarillo y una bufanda sobre su traje de vuelo, así como un par de gruesos guantes de lana.

—Jesús, vaya nochecita —dijo mientras cerraba la puerta. Se golpeó las ropas y asintió con la cabeza al ver la botella de vodka—. Un trago me sentaría muy bien.

—¿Crees que es prudente? —dijo Massey.

Saarinen sonrió y se quitó los guantes.

—Relájate, Jake. Nunca bebo cuando voy a volar. Una pierna ya es suficiente, no necesito perder las dos. Bueno, el depósito está lleno de combustible. Y por lo que veo, ustedes ya están listos. —Consultó su reloj de pulsera y miró a Anna y a Slanski—. Diez minutos más, supongo. Será mejor que se pongan el uniforme de salto.

Mientras se ponían sus trajes, Massey se acercó al finlandés.

—¿Cómo evoluciona el tiempo?

—Parece algo peor de lo previsto, pero no te preocupes, lo he visto peor.

De pronto, la bombilla del techo parpadeó y Saarinen levantó la vista.

—Maldición —exclamó—. Me parece que el generador puede fallar en cualquier momento… Bien, déjame explicarte algo importante, Jake.

Saarinen había mostrado a Massey aquella tarde cómo arrancar el generador; ahora cruzó la pequeña habitación hasta la mesa del rincón y retiró la sábana de lienzo que la cubría. Debajo había lo que parecía una gran radio negra con un dial y varios interruptores.

Massey se acercó.

—¿Qué es esto?

—Un transmisor de radio. O más exactamente, una radiobaliza que me ayuda a aterrizar cuando estoy de vuelta. La antena está instalada sobre el techo del hangar.

—¿Qué hace esta baliza?

Saarinen sonrió.

—Es el radiofaro que me guía hasta casa, Jake. Me proporciona un punto de referencia para orientarme y una señal en Morse aunque me encuentre a ochenta kilómetros de distancia. La conecto antes de despegar. Así. —Accionó un interruptor del transmisor, y una luz verde se encendió en el panel frontal—. Tiene una batería cargada al máximo, más fiable que el generador, de modo que no debería haber ningún problema. Pero si se apaga la luz verde, significa que se ha agotado la batería. Eso no debería ocurrir, pero si ocurre deberás enchufar el transmisor a la corriente del generador.

Señaló un cable eléctrico con un enchufe que serpenteaba hasta una toma de corriente cercana, empotrada en la pared.

—Ocurra lo que ocurra, es importante que procures mantener en marcha el generador. De lo contrario, si pierdo esa señal podría verme en dificultades cuando regrese a tierra. Y hay otra razón por la cual necesito el generador: he desplegado varias luces provisionales sobre el hielo a modo de pista de despegue.

—¿Y si hay otros aviones volando por esta zona? ¿No les atraerá tu baliza?

—No creo que haya mucho tráfico aéreo esta noche. Además, tienen que estar sintonizándome, y mi frecuencia no se parece a la de ninguna de las balizas civiles o militares de los alrededores de Helsinki.

Massey inclinó la cabeza. Saarinen volvió a la mesa, cogió la botella de vodka y llenó generosamente los vasos de los demás; después se sirvió apenas unas gotas.

Slanski y Anna se habían puesto el traje verde de lienzo, el casco y las gafas protectoras, pero dejaron los guantes para el último momento.

Saarinen sonrió y alzó su vaso.

—Se diría que estoy rompiendo con una costumbre de toda la vida. Solo lo suficiente para humedecerme los labios en un brindis final por la suerte. *Kippss*.

Se bebió el vodka de un trago y los demás hicieron lo propio.

Massey pudo notar que la tensión crecía en la habitación, hasta convertirse casi en una sensación física. Dejó su vaso sobre la mesa y miró por turnos a Anna, a Slanski y finalmente a Saarinen.

—¿Estamos listos?

Saarinen asintió sin hablar y sonrió.

—Adelante y arriba.

Cogió la linterna y su paracaídas, y los demás lo siguieron cruzando la puerta.

En el minúsculo despacho habilitado como sala de operaciones de la unidad de enlace de las Fuerzas Aéreas finlandesas en el aeropuerto Malmi de Helsinki hacía un frío mortal, a pesar de la estufa revestida de azulejos de cerámica que ardía en una esquina. El comandante del ala aérea había sido convocado mientras asistía a una cena informal en el hotel Palace, y su rostro contraído reflejaba abiertamente su irritación. Levantó la vista hacia el suboficial que permanecía en pie frente al escritorio.

—No hablarán en serio, Matti.

El suboficial, alto y delgado, tendría cerca de treinta años. Llevaba un grueso capote de las fuerzas aéreas, una bufanda y guantes, y bajo su gorra había un par de orejeras de piel no reglamentarias, que le conferían un aspecto algo ridículo pero que le mantenían calientes las orejas.

—Me temo que sí, señor. Prioridad Uno. Si la avioneta logra remontar el vuelo, debe ser detenida a toda costa antes de que llegue al espacio aéreo ruso.

—Los del Ministerio de Defensa deben de haber perdido el juicio para hacernos despegar con este tiempo. ¿Qué diablos ocurre? ¿Dónde está la firma autorizada?

El suboficial se encogió de hombros.

—Ojalá lo supiera, señor. Pero ya conoce a los mandos del ministerio. Nos tratan como a los champiñones: nos tienen a oscuras y solo nos dan las sobras. Dicen que se trata de un asunto del máximo secreto. No se entregará confirmación escrita de las órdenes.

El comandante sacudió la cabeza sin mucha convicción.

—Bueno, esto es muy irregular, y quiero que se verifiquen las órdenes.

—Ya lo he hecho, señor. Me puse en contacto con el comandante en jefe por teléfono. La orden es firme.

—¿Se da cuenta de que arriesgan las vidas de nuestros hombres? Yo no enviaría ni un globo ahí arriba con un tiempo como este.

El suboficial se encogió nuevamente de hombros.

—Me temo que las órdenes eran muy específicas, señor. El aparato debe ser interceptado a toda costa.

—¿De qué tipo es?

—Posiblemente una avioneta C-64 noruega, aunque no podemos estar seguros por completo. Pero sí sabemos algo: será el único aeroplano ligero que sobrevolará nuestra zona esta noche. He proyectado su ruta de vuelo más probable, mire.

El comandante estudió el mapa que le tendía el suboficial y después se puso en pie para dirigirse a la ventana. La nieve se arremolinaba en gruesos copos bajo la potente luz de los focos halógenos que se alineaban en la zona de estacionamiento de aviones del aeropuerto. La sala de operaciones estaba situada al fondo del gigantesco hangar de madera donde se guardaban los tres Focke-Wulf 44.

Los desvencijados aviones habían sido abandonados ocho años atrás, con los saludos de la Luftwaffe alemana al retirarse, porque carecían de las piezas de recambio necesarias para conseguir que volaran hasta Helsinki. Los Focke-Wulf tenían un radar muy primitivo que, con semejante tiempo, no sería de ninguna utilidad. Tampoco eran los aparatos idóneos para volar en las condiciones que se estaban gestando en el exterior: la tormenta estaba poniéndose realmente fea. Entre las nubes sería aún peor.

El comandante dio media vuelta y suspiró.

—Bueno, supongo que será mejor obedecer. Pero lo comprobaré personalmente llamando al ministro de Defensa, solo para cerciorarme. ¿Estás seguro de que debemos derribar ese aparato?

—Esas fueron las órdenes. Y sin preguntas.

El comandante se rascó el mentón y volvió a suspirar.

—Supongo que podría tratarse de un espía ruso que está intentando una retirada a marchas forzadas. Es casi lo único que tendría sentido en una noche de perros como esta. Si se trata de eso, espero que merezca la pena arriesgarse por coger a ese hijo de puta. Es cuanto puedo decir.

Hizo un gesto de asentimiento al suboficial y descolgó el teléfono.

—Muy bien, Matti, da la orden de calentar motores. Será mejor advertir a los muchachos para que tengan un cuidado especial. Ahí arriba las vamos a pasar canutas.

Los dos Ford abandonaron la carretera principal de Espoo y giraron a la izquierda por el angosto sendero que conducía cuesta abajo hasta Bylandet Island.

Branigan rechinaba los dientes por la frustración. Su reloj indicaba las ocho y diez de la mañana. La visita al piloto que vivía cerca de Spjutsund había resultado una pérdida de tiempo. El hombre estaba postrado en cama con una pierna rota, a consecuencia de un resbalón que había sufrido tras una juerga regada con abundante alcohol, y llevaba varias semanas sin volar. Las carreteras estaban en muy mal estado, cubiertas de nieve apisonada y de hielo. Una hora desperdiciada.

Miró con impaciencia al oficial del contraespionaje finlandés.

—¿Y qué hay de la policía local? Alguna habrá cerca del lago. ¿No podríamos ponernos en contacto con ellos?

Stenlund sonrió indulgentemente.

—Eso fue algo que tuve en cuenta, señor Branigan. Pero usted dijo que quería que este asunto se llevara con la máxima discreción y que las personas que busca van armadas y posiblemente sean peligrosas. La comisaría de policía más cercana a Bylandet Island está a más de media hora de distancia en coche, y lo único que tienen los agentes locales son bicicletas. Con este tiempo, probablemente los adelantaríamos por el camino.

Branigan se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el hombro al conductor.

—¿No puede ir más de prisa?

El conductor era un funcionario de la Embajada y miró hacia atrás con nerviosismo.

—Si le hago caso, acabaremos en el fondo de una zanja, o algo peor. Estas carreteras son muy traicioneras.

—¡Pise a fondo el acelerador!

El conductor titubeó, pero finalmente apoyó el pie con fuerza sobre el pedal.

Branigan volvió la cabeza para mirar a Stenlund.

—¿Cuánto falta aún?

El finlandés se encogió de hombros.

—Depende del estado de la carretera. Quizá unos diez minutos.

En un momento en que el Ford ganaba velocidad, empezó a patinar de repente y las ruedas traseras derraparon sobre la nieve. El conductor maniobró de manera violenta con el volante para evitar deslizarse hasta una zanja. El coche de atrás frenó de golpe, sus neumáticos rechinaron mientras resbalaba sobre el asfalto encharcado y al final se detuvo. Branigan y Stenlund volvieron la cabeza y vieron que el conductor del otro coche intentaba frenéticamente mantenerse en la calzada y que a duras penas lo conseguía.

El conductor del primer coche dejó escapar un suspiro de alivio. Stenlund sacó un pañuelo de su bolsillo, se secó la frente y después miró a Branigan.

—Como iba diciendo, diez minutos. Es decir, suponiendo que sobrevivamos, naturalmente.

Branigan le devolvió fríamente la mirada, pero no dijo nada.

La oscuridad había engullido el mar, y el cielo estaba negro como boca de lobo.

El viento soplaba fuerte y los cuatro tiritaban mientras caminaban hacia el hangar. Saarinen iba delante, iluminando el camino con el haz de su linterna.

Un largo cable eléctrico partía del generador y se perdía sobre el hielo. Massey y Slanski ayudaron a abrir las puertas del hangar y Saarinen accionó un interruptor de la pared. Una única hilera de bombillas amarillas se encendió vivamente sobre el hielo, y su resplandor se prolongaba un centenar de metros entre la penumbra.

—Nuestras luces de despegue. Sencillo pero eficaz —dijo Saarinen a Massey—. Puedes dejar las luces encendidas, volveré en un santiamén.

Apartó la manta que cubría el motor y retiró las calzas de los esquíes que sustituían al tren de aterrizaje.

—De acuerdo, saquemos esta preciosidad —dijo.

Todos ayudaron a empujar el aparato noruego para sacarlo por la rampa y a continuación por el hielo. Siguió deslizándose un par de metros y finalmente se detuvo. Saarinen les indicó que se apartaran para que pudiera encender el motor; luego abrió la escotilla y se izó hasta la cabina.

Instantes después, el motor de la avioneta cobró vida con un eructo, interrumpiendo bruscamente el silencio con el fragor de la hélice al girar, que recordaba el zumbido de una gigantesca avispa enfadada. Mientras Saarinen verificaba el funcionamiento de los instrumentos y los mandos, repasando mentalmente la lista de comprobaciones, Massey contempló el cielo.

La tormenta estaba arreciando a ojos vista. A su alrededor empezaban a arremolinarse los copos de nieve al compás de las rachas de viento. Anna y Slanski empezaron a abrocharse los paracaídas, que quedaban ridículos sobre el traje de faena; a su lado estaban los cascos, las gafas protectoras y los guantes, junto con las desvencijadas maletas.

Massev se volvió al oír a Saarinen gritar para hacerse oír por encima del ruido del motor.

—¡Cuando ustedes quieran!

En ese momento miró hacia el cielo y apretó los labios. Massey se acercó a la escotilla de la cabina, todavía abierta, y metió la cabeza.

—¿Qué sucede?

Saarinen meneó la cabeza.

—Parece que tendré que volar completamente a ciegas.

—¿Aún puedes despegar?

Saarinen hizo una mueca.

—Sin problemas. Lo que me preocupa es el camino de vuelta. Para entonces estará realmente feo. Tú asegúrate de que la luz verde del transmisor sigue encendida.

Cuando Massey se alejó unos pasos, el finlandés gritó hacia Slanski y Anna:

—Será mejor que partamos. No quiero entretenerme mucho rato más.

Slanski miró a la amenazadora capota de nubes. Nevaba más copiosamente.

—¿Seguro que este trasto es fiable? —le dijo a Saarinen.

—Perfectamente —Saarinen dedicó una sonrisa a Anna—. Todos a bordo. Pongamos este cacharro en las nubes.

La tensión era casi palpable.

—Bueno, supongo que eso es todo —dijo Massey a sus agentes. Estrechó la mano de Slanski y después la de Anna—. Buena suerte.

Parecía que no hubiese nada más que decir. Por un instante, Anna vaciló. Luego se inclinó y besó a Massey en los labios.

—*Da svidanya*, Jake.

Massey contempló su helado rostro un largo instante, pero antes de que pudiera responder, la mujer trepó a la avioneta.

Slanski la siguió y cerró la escotilla mientras Massey retrocedía.

Inmediatamente, Saarinen revolucionó el motor y la nieve envolvió a Massey como la cellisca. Mientras la avioneta se ponía en movimiento con un brusco estallido de potencia, Massey miró los rostros de los tres ocupantes de

la cabina: Saarinen a los mandos, Anna y Slanski en la parte de atrás. Extendió el pulgar hacia arriba en señal de optimismo y Slanski lo imitó.

Se oyó un fuerte crujido cuando los esquíes empezaron a deslizarse lentamente sobre el hielo, a la derecha de la hilera de luces amarillas. Segundos después le siguió un bronco quejido procedente del motor cuando Saarinen empujó despacio la palanca del acelerador. La hélice tardó un breve instante en crear la necesaria turbulencia de aire para arrancar y luego la avioneta noruega empezó a avanzar con más rapidez.

Después de un par de segundos para ganar velocidad, la avioneta patinaba velozmente sobre la irregular superficie del mar helado. Los esquíes se separaban del suelo brevemente cuando rebasaban una zona de hielo más rugoso.

Pronto el sonido de la avioneta quedó ahogado por el viento y el aparato se elevó y desapareció en la oscuridad, entre un torbellino de nieve.

A tres mil metros de altitud, planeando por encima de las nubes en completa oscuridad, el teniente Arcady Barsenko, de veintiún años, contemplaba las estrellas que titilaban sobre el fondo oscuro del cielo y se reflejaban sobre el vidrio de la cabina del Mig 15P de las Fuerzas Aéreas soviéticas. Se estaba quedando dormido y bostezó. El rugido del motor a reacción Klimovre sonaba en sus oídos. Se frotó la nariz cansadamente con su guante de cuero forrado de piel.

Mierda.

Habría preferido quedarse en la cantina de Tallin, asándose los pies en la estufa. Era una locura salir esa noche, con la tormenta tan próxima. No era un tiempo adecuado para ningún ser viviente, pero el comandante de la base aérea de Leningrado había insistido en que salieran a patrullar, y advirtieron a las tripulaciones que debían estar especialmente atentos.

Qué locura.

Barsenko pasó suavemente sus dedos enguantados sobre los instrumentos de la consola y forzó una mueca.

Era un aparato precioso, el último modelo de la gama Mig. Mil kilómetros por hora con un motor que sonaba como si una manada entera de jaguares salvajes estuvieran peleándose en la cola del avión.

Barsenko amaba a su Mig.

Su única queja era no haber tenido la edad suficiente para ir a la guerra. Hombre y máquina en perfecta armonía, en un combate a través de los fríos

cielos del Báltico. Con un aparato como aquel, sin duda habría barrido del cielo a aquellos malditos alemanes. Frotó con su pulgar enfundado en cuero la tapa roja que cubría la empuñadura de la palanca de mandos. Bajo la tapa, que se levantaba merced a unas bisagras, se encontraban los dos botones rojos de plástico que disparaban dos cañones gemelos del calibre 23 y otro de calibre 37.

Le gustaba la idea de derribar un avión enemigo y hacerlo caer entre llamas. Nada de vagar sin rumbo fijo en una aburrida patrulla nocturna porque nunca ocurría nada. Aun así, había sido divertido despegar, remontarse más rápido que las balas por encima de la tormenta. El avión se había visto enérgicamente sacudido al hender el vacío blanquecino, antes de subir como un rayo hasta el claro aire de la noche. Una experiencia pavorosa de la que nunca se cansaba.

En cuanto a los finlandeses… ¡bah!

Aquellos palurdos devoradores de renos casi nunca entraban en el espacio aéreo soviético. Sin embargo, habían mantenido a raya al poderoso Ejército Rojo en Karelia, en 1940, eso había que reconocerlo. Su padre se contó entre las bajas de aquella batalla. Por eso había solicitado aquel puesto en particular. Si alguna vez se le presentaba la ocasión de tropezarse con un finlandés en su espacio aéreo, Barsenko iba a sacarle el máximo partido a la ocasión y abrasaría a aquel hijo de puta.

El Mig cabeceó bruscamente debido a una repentina turbulencia y luego se estabilizó. Barsenko comprobó los instrumentos; todo iba bien, las manecillas blancas de los diales estaban correctamente alineadas.

Seis minutos más y estaría listo para fijar el rumbo de regreso a la base de Tallin. Un par de grandes vasos de vodka en la cantina y después a buscar a Magda. Su pechugona novia estoniana podía quitarse las bragas a mayor velocidad incluso que un Mig. Barsenko sonrió ante la perspectiva de una noche de placer.

Había conectado de nuevo el radar y jugueteó indolentemente con los mandos hasta que el visor que señalaba la posición de la antena oculta en el morro del Mig apuntó hacia abajo, a la grisácea masa nubosa que sobrevolaba. Miró el vidrio iluminado de color verde. Nada excepto la estática.

De pronto vio un brillante destello, treinta kilómetros más adelante, por debajo de su aparato. Y otro. Hasta tres destellos. Desaparecieron.

¡Joder!

Barsenko estaba muy despierto, y se frotó los ojos. ¿Había visto algo realmente? A veces, con mal tiempo, la nieve produce imágenes fantasmas. O bien el radar se estaba portando mal.

Pero tres destellos tan claros… Tres veloces aviones surcando el cegador torbellino de la tormenta a las once en punto, todavía en el espacio aéreo finlandés pero dirigiéndose hacia él.

¿Qué coño pasaba?

El radar debía estar jugándole una mala pasada.

Probablemente era cosa de la estática. Podría ponerse en contacto con el radar de Tallin, pero aquellos mierdas holgazanes casi nunca respondían cuando había mal tiempo, o bien la recepción era demasiado pobre para descifrar lo que decían.

De todos modos, no le haría ningún daño bajar a echar un vistazo. En la nube se abrían claros por algunos puntos y tal vez podría distinguir algo. Tiró lentamente de la palanca del acelerador y el rugido del motor a reacción se redujo a un murmullo; el morro del Mig descendió para iniciar un suave picado.

Barsenko no perdía de vista el radar y levantó ansiosamente la tapa roja de la palanca de mandos.

Cualquiera que intentara penetrar en su territorio sería barrido al instante…

Massey se acercó aún más a la estufa y, nervioso, encendió un cigarrillo.

Las manos le temblaban mientras intentaba calentárselas. Las tenía entumecidas por el frío del exterior, y fue a servirse un vaso de vodka para dejar de tiritar antes de comprobar que la radio seguía funcionando. En el panel brillaba la luz roja. ¡Dios! Afuera se levantó una fuerte ráfaga de viento y Massey alzó la vista al oír el sonido de la nieve al estrellarse en las contraventanas.

—¡Joder, qué nochecita! —exclamó.

Se bebió el vodka de un trago y volvió a llenar el vaso antes de acercar la silla un poco más a la estufa. De pronto la lámpara del techo vaciló y la habitación se quedó sumida en la oscuridad. ¡Maldición!

El generador se estaba portando mal. Tenía que conseguir que volviera a funcionar; de lo contrario, sin luces, Saarinen sería incapaz de aterrizar. Se alzó el cuello de la chaqueta ansiosamente y se dirigió a tientas hacia la

puerta. Cuando fue a abrirla, una racha de aire gélido le abofeteó el rostro, y la puerta giró sobre sus goznes con una fuerza terrible.

Varias figuras surgidas de la oscuridad se precipitaron al interior de la habitación y se abalanzaron sobre él. Recibió un golpe en la boca del estómago y cayó al suelo de espaldas, derribando una silla con su peso.

—¿Qué día…?

Mientras Massey luchaba por incorporarse, algo duro como el acero le golpeó el cráneo.

29

Janne Saarinen olfateaba el peligro desde hacía un rato. Transpiraba copiosamente y el sudor resbalaba por su rostro.

Veinte minutos después del despegue, la avioneta noruega se balanceaba violentamente. Se abrían paso, a quinientos metros de altura y rodeados por una blancura cegadora, entre el denso remolino de la nube, que era arrastrada de un lado a otro por el viento como un globo durante un huracán. Saarinen forcejeaba para mantener el aparato bajo control; el instinto le avisaba de que se iba a poner peor.

Se volvió para mirar fugazmente a sus pasajeros. El rostro de la chica era una máscara blanca y parecía estar a punto de vomitar. El americano aparentaba bastante tranquilidad, pero se aferraba con fuerza al asiento para no salir despedido. Por fortuna, ambos se habían abrochado el cinturón de seguridad.

Mientras la avioneta daba un nuevo y salvaje vuelco, Saarinen miró hacia atrás. A través del cristal de la escotilla vio un intenso fogonazo y la cabina se iluminó como por efecto de un *flash* fotográfico. Gruesas nerviaciones eléctricas recorrieron velozmente los paneles, como enredaderas de un vivo color verde azulado, hasta que cubrieron el parabrisas delantero. Era una visión escalofriante.

—Fuegos de San Telmo —gritó a sus pasajeros—. Es un extraño fenómeno. Con un tiempo como este se observa a menudo. No se preocupen, es relativamente inofensivo.

—¿Cuánto nos falta para saltar? —preguntó Slanski.

—Con unos quince minutos más debería bastarnos. No podemos permanecer mucho más tiempo en esta nube. Se está poniendo peor de lo que esperaba. Será mejor que lo revisen todo y se preparen. Les avisaré cuando estemos llegando al punto de lanzamiento.

Se volvió para examinar los instrumentos y jugueteó con una perilla del panel, mientras Slanski y la chica comprobaban el correaje de los paracaídas.

Slanski la miró.

—¿Preparada?

El rostro de Anna estaba pálido.

—No me dijiste que iba a ser así.

El hombre sonrió.

—Hay cosas que es mejor no saberlas. No te preocupes, pronto lo habremos dejado atrás.

Se produjo un repentino y violento estallido y la avioneta se bamboleó salvajemente, después otro crujido y Saarinen tuvo que dominar febrilmente la palanca de mandos para mantener el control sobre el aparato, que se inclinó peligrosamente hacia la izquierda. Anna aferró el brazo de Slanski y lo apretó con toda su fuerza.

—¿Qué sucede? —preguntó a gritos Slanski.

—Relámpagos —respondió el finlandés—. ¡Demonios, esta turbulencia es demasiado fuerte! Si empeora, podría hacernos daño.

De pronto, un sonido parecido a ráfagas de ametralladora los envolvió como una impetuosa oleada que sacudió la avioneta con gran violencia. La sensación se mitigó y después volvió a crecer, solo que esta vez con mayor intensidad, hasta que toda la estructura del avión parecía agitarse con violencia.

—¡Cielos! —gritó Saarinen por encima del fragor.

—¿Qué diablos es ese ruido?

El sudor brotaba a raudales de la frente de Saarinen.

—Es granizo del tamaño de pelotas de tenis. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Tendremos que arriesgarnos y abandonar la nube.

—¿No dijo que este trasto podría aguantar cualquier cosa?

—No creí que fuera a ser tan malo. Espere.

Empujó hacia delante la palanca de mandos y aflojó la presión sobre el acelerador. La avioneta noruega bajó el morro e inició un picado. El granizo y el vapuleo fueron en aumento por unos instantes, pero de pronto salieron al brumoso aire libre, a trescientos metros de altura, y el aparato se niveló, dejando atrás tenues jirones de la nube, por encima del Báltico congelado. Saarinen señaló hacia un débil halo de luces lejanas, a su izquierda.

—Aquello es Tallin. Podrán saltar dentro de ocho minutos, más al este.

Una brusca turbulencia sacudió la avioneta y le hizo perder la estabilidad por unos instantes. Saarinen miró hacia arriba, justo a tiempo de ver pasar a babor una sombra plateada.

—¡Santo Dios!

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Slanski.

—¿Usted qué cree? —dijo frenéticamente Saarinen—. Eran los Focke-Wulf de las Fuerzas Aéreas finlandesas. No lo entiendo. Esos tipos no deberían estar volando con un tiempo así. Y están en el espacio aéreo

soviético. Nos habrá captado el radar militar de Helsinki y han mandado a las Fuerzas Aéreas a investigar. Probablemente creen que somos un aparato de reconocimiento ruso que intenta sacar el mejor partido de una mala noche, por eso disparan. Pero no tiene sentido.

—¿Qué hacemos?

—Solo podemos hacer una cosa. Ocultarnos en la nube y seguir adelante. Será incómodo, pero más seguro que ser borrado del cielo por uno de mis paisanos.

Saarinen recogió rápidamente los alerones y comprobó los instrumentos. El sudor relucía en su cara. El panel de instrumentos se estremecía violentamente a causa de las turbulencias: era como si la pequeña avioneta fuera rodando sobre adoquines. La sensación se fue atenuando lentamente, a medida que los alerones se retraían, pero no se desvaneció por completo.

—Treinta segundos más y estaremos sobre territorio estoniano. Si los pilotos de esos Focke-Wulf tienen sentido común, no nos seguirán. Faltan siete minutos para llegar al punto de lanzamiento, según mis cálculos. Cuando dé la señal, abran la escotilla y dispónganse a saltar. Y no se entretengan.

Se volvió hacia los instrumentos. La espera se hizo interminable mientras la avioneta se balanceaba repetidamente a un lado y a otro.

—Voy a salir de la nube. Prepárense para abrir la puerta. Intentaré encontrar el punto de aterrizaje.

Slanski y Anna se prepararon. Saarinen soltó el acelerador y empujó la palanca de mandos. Segundos después, salieron de la nube a trescientos cincuenta metros de altura, en una capa de aire casi inmóvil. La noche era serena y brumosa; la nieve caía en copos dispersos, pero a lo lejos pudieron distinguir nuevamente el débil resplandor de las luces de Tallin. Saarinen tenía puestos los auriculares y hacía girar el mando del receptor de radio, al tiempo que observaba los indicadores y la brújula.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa ahora?

Miró a Slanski por encima del hombro.

—No consigo localizar la radiobaliza soviética donde debería estar. La culpa es de este condenado tiempo.

Miró por la escotilla lateral hacia la brumosa oscuridad, con el sudor goteando de sus sienes, intentando identificar el perfil del terreno bajo sus pies. A Slanski y a Anna les pareció imposible que lograra distinguir algo. La tierra parecía almidonada, en contraste con el negro cielo, y de vez en cuando veían alfileres de luz. De pronto, Saarinen se tensó, concentrándose en los

auriculares. Hizo girar la perilla de un instrumento del panel, se volvió bruscamente y gritó:

—¡He encontrado la baliza! El salto será dentro de veinte segundos. ¡Abra la puerta!

De un empujón, Slanski abrió la puerta. Una ráfaga de viento helado barrió la cabina. Era casi imposible abrir la puerta por completo debido a la presión del aire exterior, que parecía un peso de una tonelada, pero finalmente cedió y Slanski la sujetó en posición. Cogió del brazo a Anna y la obligó a acercarse para indicarle que saltara primero.

Ella pasó ante él en dirección a la puerta, y entonces Saarinen rugió:

—¡Salten! ¡Salten!

Durante un segundo, Anna pareció dudar, pero Slanski la empujó, contó hasta tres y se lanzó detrás de ella. La corriente de aire gélido y la oscuridad lo envolvieron.

En la cabina, Saarinen sujetó la palanca de mandos con una mano y extendió el otro brazo para alcanzar la puerta, que cerró con un seco estampido. La aseguró, y se giró mientras la avioneta volvía a encabritarse violentamente y después se nivelaba.

Dejó escapar un suspiro de alivio, se secó la capa de sudor que le cubría el rostro y luego hizo dar media vuelta a la avioneta, describiendo un arco perfecto. Confiaba en que los Focke-Wulf no estuvieran todavía acechando por aquella zona, porque en ese caso podría tener problemas. Significaría que debía volver a la nube, a pesar del riesgo.

Hizo rechinar los dientes y suspiró una vez más.

—De acuerdo, cariño, veamos si consigo llevarte a casa de una sola pieza.

La sangre corría como fuego por las venas de Arcady Barsenko mientras el Mig desgarraba la nube a mil quinientos metros de altura, a una velocidad de cuatrocientos nudos según el indicador de velocidad aerodinámica.

Un minuto antes había visto otro destello en el radar. Más pequeño y más lento. Supuso que era una avioneta. Instantes después se desvaneció entre la estática de la pantalla. Barsenko frunció el entrecejo. Con toda seguridad, había visto el destello a su derecha, a unos ocho kilómetros de distancia y avanzando lentamente. No cabía duda al respecto.

Los otros tres destellos que había captado al principio aparecían y desaparecían de la pantalla a intervalos irregulares y no consiguió localizarlos con exactitud. Aquel maldito tiempo hacía fallar al radar, pero decididamente

estaban allí. Tres aviones rápidos y una avioneta ligera, en medio de un remolino de nubes de un blanco cegador.

En aquellas condiciones atmosféricas no tenía sentido. Era como jugar a la ruleta rusa. La avioneta podía ser de reconocimiento, pero aun así no encajaba con aquella tormenta. Aunque, si no estaba equivocado, parecía que los tres aparatos rápidos estaban persiguiendo al más lento.

¡A menos que la avioneta fuese soviética!

Sería un aparato de reconocimiento de la base de Leningrado que se habría internado accidentalmente en el espacio aéreo finlandés y los finlandeses lo estaban buscando. Era la única explicación. Barsenko se rascó el mentón y miró de reojo el radar.

Segundos después volvieron a aparecer los tres destellos, a unos ocho kilómetros y acercándose velozmente. Esta vez no desaparecieron de la pantalla. Pero no había ni rastro de la avioneta. ¿La habrían derribado los finlandeses?

Barsenko no pudo reprimir una mueca de ira ante la idea y dijo dirigiéndose a los tres destellos:

—Quédense donde yo pueda verlos, hijos de puta.

Decidió salir de la nube y ver si podía establecer contacto visual. Si lo lograba, ni el diablo dudaba que iba a barrer del cielo a aquellos finlandeses para siempre. Se preocuparía de las explicaciones más tarde. Los aviones estaban cerca del espacio aéreo soviético y, por su velocidad y las maniobras que realizaban, solo podían ser aparatos militares. Barsenko sonrió mientras desactivaba el piloto automático, empujaba la palanca de mandos hacia delante y tiraba con fuerza del acelerador.

El Mig redujo la velocidad y se zambulló en la nube con un fuerte vaivén que parecía no acabar nunca, pero diez segundos más tarde, cuando salió de la nube a cuatrocientos metros de altura, en medio de una inesperada bolsa de aire despejado, y empezó a tirar hacia atrás de la palanca de mandos, la mandíbula de Barsenko cayó y sus ojos se abrieron desmesuradamente por el horror.

Vio la minúscula avioneta enfrente, aproximándose en rumbo de colisión. Viró frenéticamente a estribor.

Si existía el infierno, era aquello, concluyó Janne Saarinen.

La estática formaba arcos voltaicos sobre la escotilla de la cabina y la electricidad se ramificaba ante sus ojos en una danza infernal. La pequeña

avioneta noruega se encabritaba como un potro salvaje, estremeciéndose cuando grandes bolas de granizo chocaban una y otra vez contra el fuselaje.

Había volado muchas veces con mal tiempo, pero nunca tan malo como aquel. Además, si ves una nube de tormenta, intentas esquivarla por todos los medios.

Esta vez no era posible. Un segundo después, mientras revisaba los instrumentos, un repentino bache aéreo lo expulsó de la nube, y mientras la avioneta era escupida hacia un retazo de oscuro cielo despejado, miró hacia arriba instintiva y velozmente al oír un débil aullido.

—¡Dios mío!

Vio las luces del Mig precipitarse hacia él.

—Cielos… ¡No!

Empujó la palanca de mandos frenéticamente hacia la derecha, y la avioneta se bamboleó con tanta fuerza que el cráneo le rebotó contra la escotilla de la cabina.

El Mig chocó contra el ala derecha de la avioneta de Saarinen, la arrancó con un estampido ensordecedor y se oyó el áspero roce del metal al desgarrarse, que resonó en sus oídos mientras la avioneta entraba en barrena, girando violentamente hacia la derecha.

Saarinen notó de repente una extraña sensación, como si estuviera suspendido en el aire, y después oyó un segundo estallido en algún lugar por detrás de él, cuando el Mig explotó con un intenso fogonazo.

La tercera explosión llegó una fracción de segundo más tarde, pero esta hizo pedazos la cabina de Saarinen con un ruido parecido al retumbar del trueno: había estallado el depósito de combustible.

Saarinen sintió un breve e intenso dolor de quemadura y enseguida se consumió en una gran bola de fuego anaranjada.

Slanski se hundía en el aire invernal. Un frío mortal le calaba hasta los huesos y el viento helado rugía en sus oídos.

El alfiletero de luces que era Tallin resplandecía en la distancia, a su izquierda. Después de contar hasta diez, tiró con fuerza del cordón de apertura del paracaídas. Se oyó un crujido ensordecedor y se vio frenado bruscamente en su descenso. Luchó por recuperar el aliento mientras el paracaídas se abría.

En el suave descenso vio campos cubiertos de blanco y manchas oscuras de bosque bajo sus pies. Intentó orientarse y vio una franja de carretera a cierta distancia, a su derecha, con charcos de luz y sombra producidos por los

faroles del alumbrado público a ambos lados. Lo que parecían ser las luces de un convoy militar serpenteaba por la carretera, y supuso que se trataba de una autopista. Alargó el cuello y giró sobre su arnés, intentando localizar el paracaídas de Anna.

Nada.

Cuando volvió a mirar hacia abajo, los campos nevados ascendían rápidamente hacia él. Mientras se preparaba para tomar tierra, una ráfaga de viento lo empujó de improviso hacia la derecha. Vio la oscura silueta de una arboleda alzarse ante él y trató de maniobrar para esquivarla, pataleando frenéticamente y esquivando los árboles justo a tiempo. Se aferró a las correas del arnés hasta el último momento y se obligó a relajar la tensión de su cuerpo al chocar con fuerza contra la nieve. Cayó rodando hacia la derecha.

Se desembarazó del arnés y recogió el paracaídas después de ponerse en pie trabajosamente y mirar a su alrededor. A su espalda, sobre un terraplén artificial, había una tupida hilera de abedules espigados. Frente a él, a lo lejos, divisó el Báltico, una borrosa extensión de hielo gris. Calculó que se encontraba a unos doscientos metros del punto de aterrizaje.

Pero ¿dónde estaba Anna?

Tardó varios minutos en quitarse el traje de campaña y enterrar el paracaídas junto con el resto del equipo de salto. Decidió sacar el uniforme del maletín y enterrarlo a cincuenta metros de distancia, cavando un agujero cerca de unas matas. Después se caló la gorra de paño y empezó a caminar hacia la hilera de árboles, cargando con su maletín.

Mientras descendía por el otro lado del terraplén vio más abajo un estrecho sendero, pero se quedó inmóvil al ver un camión militar Zis con estrellas rojas aparcado junto a la cuneta.

Su mano se dirigió hacia la Tokarev cuando oyó el chasquido de un arma al ser montada y giró en redondo.

Un haz de luz procedente de algún punto entre los árboles enfocó su cara y descendió por todo su cuerpo. Después, la luz salió de entre los árboles y pudo distinguir a dos hombres uniformados, con otra silueta humana entre ellos. Uno de los hombres iba armado con una pistola y el otro sostenía una linterna.

—Acérquese. Despacio.

Slanski obedeció. Vio que uno de los hombres era un joven capitán del KGB. El otro era un corpulento sargento del ejército. Entonces su corazón dejó de latir.

Anna estaba en pie entre ambos. El casco y las gafas protectoras habían desaparecido, tenía el pelo alborotado y el traje desgarrado. Pudo observar una mueca de dolor en su rostro porque el sargento la sujetaba firmemente por el brazo.

El capitán, armado con la Tokarev, lo miró de arriba abajo y sonrió.

—Bienvenido a Estonia, camarada.

Quinta parte
25 - 27 de febrero de 1953

30

Moscú
25 de febrero

El automóvil Zis negro se deslizó silenciosamente hasta detenerse frente al patio de armas del Kremlin exactamente tres minutos antes de la medianoche.

El comandante Yuri Lukin salió del coche bajo una fuerte nevada. Un joven capitán que aguardaba al pie de los escalones del patio, impecablemente vestido con el uniforme de la guardia del Kremlin, salió a su encuentro y dijo:

—Por aquí, comandante. Sígame, por favor.

El capitán subió un tramo de escalones hasta una arcada y Lukin lo siguió. Dos guardias uniformados que permanecían en pie a ambos lados se cuadraron a su paso. Abajo, en el patio, había luces encendidas por todas partes, que se reflejaban en los muros de color mostaza del palacio, y un gran número de camiones aparcados en batería en un extremo de la plaza, con guardias del Kremlin que llevaban una cinta azul en la gorra y provistos de pistolas ametralladoras sentados en la parte de atrás.

Lukin notó que el sudor le resbalaba por la nuca y se preguntó qué estaría ocurriendo.

Había recibido la llamada en su apartamento hacía solo media hora. Debía estar listo en diez minutos para acudir a una reunión urgente en el Kremlin. El esbelto Zis negro salió a la calle mientras él hablaba por teléfono, y tres minutos después se había ataviado con su uniforme de gala y se despedía de Nadia con un beso cargado de ansiedad, antes de bajar la escalera hasta el coche que le esperaba en la calle.

Mientras caminaba a paso vivo junto al oficial de la guardia del Kremlin, el recelo y la confusión no lo habían abandonado. Se imaginaba que ser convocado al Kremlin a aquellas horas de la noche solo podía acarrearle problemas.

Al final de los escalones había dos enormes puertas de roble montadas en la arcada. Otros dos guardias uniformados se cuadraron ante el capitán, que abrió las puertas. Una ráfaga de aire caliente, mezclada con olor a cera de abrillantar y a moho húmedo, golpeó el rostro de Lukin.

Las paredes estaban pintadas de color azul pastel y el suelo estaba cubierto de alfombras de felpa rojas. Una lámpara de araña centelleaba sobre sus cabezas; al final del pasillo había un par de puertas relucientes que llegaban desde el suelo hasta el techo, con guardias a ambos lados. La vigilancia en el Kremlin siempre era estrecha, pero aquella noche a Lukin le pareció extraordinaria, y de nuevo se preguntó qué estaría sucediendo. El capitán miraba fijamente ante sí con expresión neutra.

—Supongo que usted sabe por qué estoy aquí —dijo en voz baja mientras avanzaban.

El joven meneó la cabeza y sonrió fugazmente.

—No tengo ni idea, camarada comandante. Mis órdenes son simplemente acompañarlo hasta aquí.

—Parece que esta noche han reforzado la vigilancia.

—No es asunto mío, comandante. Yo solo tengo que asegurarme de que usted llega a su destino.

Antes de que Lukin tuviera tiempo de decir algo más llegaron al final del pasillo y uno de los guardias examinó el pase del capitán antes de dejarlos seguir adelante. Entraron en un gran despacho exterior con una alfombra de felpa roja, magníficos tapices zaristas y esteras de Bujará. El sonido de una melodía llegaba amortiguado de detrás de un par de puertas de roble situadas en el otro extremo de la habitación.

Sentado ante un escritorio de caoba, un grueso coronel, con cara de torta y una gruesa papada que desbordaba el cuello de su guerrera, hojeaba indolentemente unos documentos. Dos oficiales del Kremlin armados permanecían de pie a ambos lados de su superior, con las manos apoyadas en la funda de sus pistolas, y en un escritorio situado en el otro extremo había una mujer uniformada de mediana edad y aspecto severo. Su descomunal busto le deformaba la blusa; levantó la vista cuando el coronel salió de detrás de su mesa.

El capitán le mostró su pase, saludó y se retiró.

El coronel sonrió a Lukin.

—Camarada comandante, tome asiento, por favor. —Condujo a Lukin hasta una silla y le dijo en tono amable—: ¿Le apetece una taza de té? ¿O tal vez prefiere agua mineral?

Lukin negó con la cabeza. Miró fugazmente a los dos oficiales. Sus atentos ojos no se apartaban de él. Volvió a mirar al coronel.

—¿Puedo preguntar por qué me han traído aquí, camarada?

El coronel lanzó una significativa mirada a la mujer, después volvió a mirar a Lukin y sonrió abiertamente.

—Relájese. Lo sabrá muy pronto.

Lukin se sentó e intentó relajarse, pero le fue imposible; su estómago se removía con aprensión. El muñón de su brazo le dolía y la fría prótesis de metal parecía una barra de hielo. En el asiento posterior del Zis había pasado mucho frío; en el exterior estaban a quince grados bajo cero. Oyó en la distancia el carillón del reloj de la torre del Kremlin, avisando de la medianoche, y en aquel preciso instante se abrió de golpe una de las puertas de roble.

Un coronel con el uniforme del KGB se plantó en el quicio de la puerta. Una luz azulada vacilaba en la oscuridad, a sus espaldas.

Lukin no lo reconoció, pero parecía un hombre de gran energía, alto y ancho de hombros, con un cuerpo musculoso que tensaba su impecable uniforme.

En su rostro de aspecto brutal, marcado por la viruela y con cicatrices de acné, destacaban dos ojos azules fríos como el hielo. Lukin observó que al hombre le faltaba parte de la oreja izquierda. Llevaba un par de guantes de cuero negros embutidos en el cinturón de la guerrera y una carpeta bajo el brazo. Miró al coronel, quien señaló rápidamente a Lukin con el pulgar.

El coronel escrutó a Lukin durante un buen rato. Después flexionó el dedo índice para indicarle que se acercara.

—Por aquí —dijo secamente.

Lukin se puso en pie y caminó hacia la puerta.

Lo primero que notó fue una fuerte luz multicolor, música y un intenso olor a humo de tabaco. Mientras la puerta se cerraba a su espalda, Lukin cayó en la cuenta de que se encontraba en una gran sala de proyecciones privada. Frente a la pantalla había varias hileras de asientos de piel tapizados de felpa roja, y a pesar de la oscuridad distinguió varias cabezas en la primera fila. Al levantar la vista vio que estaban proyectando una película en color.

Nunca había visto a los actores y actrices, pero supuso que se trataba de una película americana. Unas muchachas ataviadas con vestidos de volantes bailaban en un bar mientras un hombre con sombrero vaquero cantaba en inglés y rasgueaba una guitarra. La escena le pareció ridícula.

El coronel empujó a Lukin con un dedo rígido que le recordó una barra de hierro.

—Ahí, Lukin. Y calladito. —Señaló uno de los asientos de la última fila —. El espectáculo aún no ha terminado y al Kremlin no le gusta que interrumpan sus entretenimientos.

Lukin se hundió en el mullido asiento rojo de piel y el robusto coronel se deslizó hasta el asiento contiguo y se sentó.

Los ojos de Lukin tardaron varios segundos en acostumbrarse a la penumbra. En la primera fila había una media docena de hombres. Una humareda de cigarrillos se elevaba en volutas hasta el techo; contra la pared de su derecha habían arrimado una mesa, y la lamparita con pantalla que había encima proyectaba un círculo de luz amarillenta en el suelo.

Dos ordenanzas uniformados permanecían en pie a ambos lados de la mesa, y Lukin vio las bandejas de plata con vodka, coñac y agua mineral pulcramente alineadas. Al lado de una de las bandejas había una gran caja de bombones abierta, junto a una enorme cesta que contenía ciruelas, naranjas, peras y manzanas de un intenso color carmesí. Frutas como aquellas rara vez se veían en Moscú durante el invierno, pero, evidentemente, el Kremlin no tenía problemas de abastecimiento de tales lujos.

De vez en cuando, una mano se alzaba desde la oscuridad hasta que su silueta se recortaba contra la pantalla y se agitaba por un momento. Instantes después, uno de los ordenanzas se inclinaba sobre la mesa para servir alguna bebida o para depositar unos bombones o alguna fruta en una pequeña fuente, y luego retrocedía.

El proyector llegó al final de un rollo diez minutos más tarde. Estalló un coro de toses, pero nadie se movió y las luces continuaron apagadas. Lukin siguió sentado y confuso. Vio al técnico de proyección, un joven uniformado con galones de capitán, encender una linterna y cargar febrilmente un nuevo rollo de película. La pantalla parpadeó y cobró vida de nuevo.

Esta vez, las imágenes eran mudas y en blanco y negro. Unas palabras en blanco sobre fondo negro anunciaron: CULPABLES DE DELITOS CONTRA EL PUEBLO Y EL ESTADO SOVIÉTICOS.

El cartel se desvaneció lentamente.

En la pantalla apareció un patio adoquinado cubierto de nieve. Media docena de hombres y mujeres aterrorizados fueron alineados de pie contra un muro. Lukin se dio cuenta de que uno de los hombres era un muchacho huesudo de apenas catorce años; tenía el rostro demacrado y crispado por el frío y el miedo, y parecía estar llorando.

Llegó un pelotón de fusilamiento en formación, una fila de hombres del KGB uniformados que prepararon sus fusiles.

Lukin vio que el oficial que tenía el mando alzaba una mano y espetaba una muda orden. De los fusiles brotaron pequeñas bocanadas de humo y los hombres, las mujeres y el niño salieron despedidos contra la pared, como empujados por una mano invisible, y se desplomaron hasta quedar tendidos en el suelo.

De pronto, el cuerpo del joven se convulsionó. El oficial dio un paso adelante, desenfundó su pistola y apuntó a la cabeza del muchacho. El arma dio un brinco en su mano y el chico dejó de moverse. Después el oficial recorrió la fila de cadáveres efectuando un disparo sobre cada uno de ellos. Lukin desvió la mirada con repulsión.

El coronel que se sentaba a su lado parecía estar disfrutando: su boca se curvaba en una cruel sonrisa.

La brutal filmación prosiguió durante otros diez minutos, repitiendo las escenas de ejecución a medida que nuevos grupos de personas eran conducidos hasta el patio. Al menos cincuenta personas, entre hombres, mujeres y niños, fueron llevadas hasta la nieve y fusiladas. En medio de todo aquello, una mano se alzó en la primera fila y un ordenanza le llevó una fuente de plata con frutas y bombones.

Justo cuando Lukin pensaba que no podía soportarlo más, la pantalla se oscureció y se encendieron las luces por encima de sus cabezas.

Lukin parpadeó. Se produjo un estallido de toses a medida que los gordos y cansados cuerpos se levantaban trabajosamente de sus confortables asientos.

Lukin se quedó helado por la sorpresa.

De uno de los asientos de la primera fila se levantó la inconfundible figura de Iósif Stalin, con su mano tullida, sus pobladas cejas, sus cabellos grises, y su inimitable y grueso bigote.

Llevaba una sencilla casaca gris y parecía más frágil de lo que Lukin imaginaba. Estaba pálido y su piel tenía el aspecto de la cera, pero sonrió mientras encendía su pipa y se acercaba al grupo de hombres sobrealimentados. Estaban riendo como si alguien les acabase de contar un chiste.

Lukin reconoció al instante las otras caras.

Nikolai Bulganin, exministro de Defensa, con el rostro sobrio, y junto a él un sonriente Georgi Malenkov, antiguo miembro del Presidium del Partido Comunista, con los pantalones muy holgados.

Otra figura destacaba en el grupo. Un hombre calvo, canijo pero fuerte, vestido con un traje negro demasiado ancho. Su cabeza de calabaza parecía no tener cuello, y detrás de sus gafas de montura de alambre, unos oscuros y

atentos ojos miraban amenazadores. Su retrato adornaba prácticamente todas las paredes de la plaza Dzerzhinsky.

Lavrenti Beria, jefe de Seguridad del Estado.

Lukin se envaró en su asiento, bañado en un sudor frío. ¿Qué ocurría? ¿Por qué le habían hecho venir?

El coronel que estaba a su lado se puso en pie. Su voluminoso cuerpo se inclinó sobre Lukin.

—Espere aquí.

Y se alejó en dirección a la primera fila.

Los ocupantes de la habitación empezaron a abandonarla.

Un oficial abrió la puerta de la derecha, por la que salieron Molotov y Malenkov. Momentos después, Iósif Stalin se dirigió a la puerta resollando, pero en el último momento titubeó y se volvió, entrecerrando los párpados hasta dejar solo una rendija. Miraba hacia Lukin.

El comandante sintió que se le aceleraba el pulso. No estaba seguro de si Stalin sonreía o estaba furioso, pero no le cabía la menor duda de que le estaba mirando a él, y con una expresión que sugería disgusto. Lukin se sintió muy incómodo y fue a levantarse de su asiento, pero en aquel momento Stalin dio media vuelta y salió por la puerta.

Lukin dejó escapar el aliento, sin saber qué pensar de todo aquello. Miró ansiosamente por toda la sala. Solo quedaban allí el coronel que le había acompañado, el técnico de proyección y Beria.

De pronto, el coronel le hizo una seña para que se acercara a ellos. Lukin se levantó y avanzó hacia la primera fila.

—Comandante Lukin, el camarada Beria —dijo escuetamente.

Beria estaba de pie y su esmirriado cuerpo parecía encogerse aún más junto a la impresionante estatura del coronel.

Unos ojos reptilianos de color negro aceituna taladraron a Lukin desde detrás de las gafas. El descolorido rostro sonrió torcidamente y una voz sedosa dijo:

—Así que usted es el comandante Lukin. El placer es enteramente mío, estoy seguro.

—Camarada Beria… Beria no le tendió la mano; en cambio, se dejó caer en un asiento de piel. Junto a él, en una mesita plegable, había una pequeña fuente de plata con bombones, junto a un plato también de plata con caviar rojo, y una botella de champán de Crimea cubierta de escarcha y rodeada de

hielo en una cubitera. Beria eligió un bombón, se lo metió en la boca y lo masticó.

Su aspecto era grotesco pero terrorífico. Sentado en el asiento rojo de piel no parecía mucho más alto que un enano de circo, y sus piernas colgaban en el aire, por debajo del borde del asiento. Tenía los pies planos y desproporcionadamente grandes en comparación con el resto de su cuerpo. Una aguja con un diamante relucía sobre su corbata de seda gris.

Unos gruesos dedos señalaron hacia un asiento.

—Siéntese, Lukin.

Mientras este se sentaba, Beria se volvió hacia el técnico de proyección.

—Deje cargado el último rollo y váyase.

El hombre obedeció, saludó y se escabulló de la sala, cerrando la puerta tras él.

—Bueno, Lukin —dijo Beria—, ¿le ha parecido entretenida nuestra última proyección? Hable claramente, comandante.

—No fue agradable, camarada Beria.

Beria sonrió con sus finos labios.

—En cualquier caso, a menudo ese castigo es necesario. Las personas que ha visto ejecutar eran culpables de graves delitos. Vagabundos, ladrones y delincuentes comunes. Y como tales merecían la ejecución, ¿no cree usted?

—Estoy seguro de que el camarada Beria lo sabe mejor que yo.

—Está siendo diplomático, Lukin. Me decepciona. Prefiero a las personas directas.

Beria hizo chascar los dedos mirando al coronel.

—El informe, Romulka.

El coronel se adelantó y le tendió la carpeta que llevaba en la mano. Beria la abrió y lo hojeó distraídamente.

—He leído su expediente, Lukin. Una historia interesante. La de un oficial de renombre que cayó en desgracia. —Sonrió aviesamente y miró con descaro la mano mutilada de Lukin. De no haber sido por su pequeño error en el cuarenta y cuatro, no dudo que ahora sería todo un coronel y aún conservaría la mano.

—Supongo que hay una razón para mi presencia aquí, camarada Beria —dijo Lukin, incómodo.

—No he terminado. Según todos los informes, usted era uno de los mejores oficiales de contraespionaje que tuvimos durante la guerra. Tenía un talento especial para rastrear a los agentes enemigos que los alemanes introducían furtivamente en nuestro territorio.

—Eso fue hace mucho tiempo, camarada Beria.

—No tanto, creo yo. Además, con según qué talento se nace. Dígame, he oído que los mejores agentes de su departamento, los que rastreaban espías enemigos de los alemanes, eran huérfanos. ¿Es eso verdad, Lukin?

—No sabría decírselo, camarada.

—Pero es un dato curioso, estoy seguro. No dudo que los psicólogos podrían sacar algunas conclusiones. Una pasión por la busca y captura, como si esas personas sufrieran una terrible sed por descubrir su propia verdad. Pero usted, Lukin, los superaba a todos, y con mucho.

—Esa época pertenece a mi pasado, camarada Beria. La guerra ha terminado y ahora solo soy un simple policía. Esos asuntos no me conciernen.

—No menosprecie su posición, Lukin. Está usted lejos de ser simple, y el KGB no recluta a tontos.

—Quiero decir…

—Olvide lo que quería decir —dijo Beria abruptamente, y se arrellanó en su asiento—. ¿Y si le dijera que existe una amenaza contra la vida de nuestro glorioso camarada Stalin? ¿Eso le concerniría?

Lukin miró fijamente a Beria y después al coronel.

—No estoy seguro de comprenderlo —dijo, mirando otra vez a Beria, quien hizo una seña al coronel del KGB.

—Le presento al coronel Romulka, miembro de mi escolta particular. Explícale a Lukin la situación actual.

Romulka se colocó en posición de descanso, con las manos a la espalda y abombando el pecho.

—Hace dos horas, uno de nuestros cazas Mig, que estaba patrullando la zona del golfo de Finlandia, desapareció de las pantallas del radar de Tallin. Creemos que el piloto había detectado a un intruso en el espacio aéreo soviético. Enviamos otros tres Mig a los vectores donde había desaparecido el primero. Hace una hora, los restos del Mig desaparecido fueron localizados sobre el hielo del mar Báltico. Al parecer también encontraron los restos de una avioneta que había chocado contra él. Una patrulla especial de infantería está en camino por el hielo para inspeccionar el lugar de los hechos.

Beria volvió a mirar a Lukin.

—No es excesivamente interesante, me dirá usted. Sin embargo, según nuestras fuentes de información, los americanos pretendían infiltrar dos agentes, un hombre y una mujer, en Moscú con el objetivo de matar al camarada Stalin. Creemos que esas dos personas podrían haberse lanzado en paracaídas cerca de Tallin y que la avioneta siniestrada era su medio de

transporte. A pesar de los errores de su pasado, ciertos oficiales veteranos siguen alabando su talento, Lukin. Y ahora necesito ese talento. Quiero que encuentre al hombre y a la mujer y que me los traiga, preferiblemente vivos.

Lukin demostró su asombro.

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo, Lukin. Voy a darle la oportunidad de redimirse. Desde este momento está usted al frente del caso, bajo mis órdenes directas.

Beria le tendió la carpeta.

—Llévese este informe y estúdielo. En su interior encontrará todo lo que sabemos sobre la mujer y el hombre que creemos que han enviado los americanos. El hombre, en concreto, resulta ser un elemento especialmente interesante. Además, creo que usted y él tienen, por así decirlo, ciertas características en común. La misma edad, por ejemplo. Y ambos son inteligentes y competentes. Ustedes dos podrían ser emparejados sin ningún esfuerzo. ¿No es un recurso que su gente utilizaba a veces durante la guerra? Elegir a un hombre con atributos parecidos a los de su enemigo para que lo encontrara y lo matara. Creo que en ocasiones funcionó.

—Esa mujer y ese hombre, ¿quiénes son?

—Está todo en el informe, todo lo que sabemos, incluyendo las intenciones que, según nuestras conjeturas, tienen los americanos. Hay fotografías, espero que le sean de alguna ayuda. Creo que el hombre demostrará ser un adversario formidable, de modo que tenga cuidado, Lukin. Y otra cosa. Tiene usted autoridad absoluta para obrar como crea conveniente a fin de capturar a esos criminales.

Beria se sacó una carta del bolsillo y se la tendió con una floritura.

—Si alguien dudase de su autoridad —dijo Beria mientras Lukin leía la carta—, eso certifica que usted trabaja directamente para mí, y toda la asistencia que reclame le será proporcionada sin preguntas. Me informará a mí personalmente. Elija a quien quiera de su propia unidad. El coronel Romulka, aquí presente, actuará como representante personal mío en este caso. Él tiene una graduación superior a la suya, pero usted llevará el mando. Huelga decir que Romulka le proporcionará cualquier ayuda que usted requiera. Parece sorprendido, Lukin.

—No sé qué decir, camarada.

—Entonces no diga nada. Le espera un Mig en Vnukovo para llevarlo a Tallin en cuanto despeje el tiempo. Con esta nieve no lo esperamos hasta dentro de varias horas, como mínimo. El KGB local y el ejército ya han organizado patrullas para encontrar a la pareja y le están esperando. Los

comandantes locales han sido informados de que buscamos a estas personas, pero evidentemente no del objetivo de su misión, ya que se trata de información reservada. El coronel Romulka se reunirá con usted más adelante. Si se producen nuevos acontecimientos, el oficial de servicio se pondrá en contacto con su despacho.

Beria chascó otra vez los dedos y Romulka fue hasta el proyector y lo encendió. Después, Beria volvió a mirar a Lukin con sus oscuros ojos centelleando, mientras una amenazadora expresión ensombrecía sus facciones.

—Es mucho lo que hay en juego, Lukin. No me falle. Detesto pensar que algún día podría verlo a usted en esa pantalla, ante un pelotón de fusilamiento. Encuentre a ese hombre y a esa mujer. Encuéntrelos y tráigamelos. En cuanto lo haga, el propio Stalin ha prometido nombrarlo coronel. Si me falla, no habrá perdón. Ya tiene las órdenes. Puede retirarse.

Beria agitó una mano en señal de despido y se sirvió más champán. Instantes después, Romulka pulsó un interruptor y la sala se sumió en la oscuridad, segundos antes de que la pantalla cobrara vida con un parpadeo insistente.

Romulka regresó junto a ellos y acompañó a Lukin hasta la puerta. La película que se estaba proyectando era en blanco y negro, sin sonido. Solo se oía el traqueteo del proyector mientras aparecía una serie de imágenes vívidas y perturbadoras. Lo que vio Lukin le heló la sangre en las venas.

Sobre una larga mesa de metal había una chica desnuda, atada. Era muy joven y tenía el cabello negro. Unas correas le sujetaban las muñecas y los tobillos, manteniendo sus miembros completamente extendidos, y sus ojos se abrían desmesuradamente por el horror. De su boca brotaba una espuma blanquecina, como si estuviera sufriendo un ataque de epilepsia. Se contorsionaba salvajemente, forcejeando con sus ligaduras, y sus labios se abrían en un mudo alarido. Su cabeza rebotaba contra la mesa de metal, como si intentara liberarse, pero inútilmente.

Un hombre apareció en el encuadre de la cámara. Llevaba un grueso mandil de caucho sobre su uniforme del KGB. Sus dedos hurgaron brutalmente entre las piernas de la muchacha y después le insertó en la vagina un grueso borne eléctrico que iba unido a un largo cable flexible.

Lukin vio la expresión de horror que descomponía el rostro de la chica y desvió la mirada con incredulidad, asqueado, incapaz de soportar la visión de la película ni un segundo más, mientras Beria permanecía sentado, sorbiendo su champán y mirando la pantalla.

Romulka le sonrió torvamente mientras se ponía un guante de cuero negro.

—¿Qué ocurre, Lukin? ¿No soporta ver cómo torturan a una mujer? —Miró de reojo el muñón de Lukin—. No me extraña que aquella zorra alemana lo mutilase. Yo le habría metido una bala entre las cejas.

Romulka hizo restallar el otro guante sobre su mano enguantada y salió, aún sonriendo. Lukin esperó un momento y después le siguió, con deseos de vomitar.

Media hora más tarde, Lukin fumaba un cigarrillo y leía el informe que Beria le había entregado, cuando entró Pasha.

El teniente mongol se sacudió la nieve de la gabardina.

—Lo que está cayendo ahí fuera es exagerado. ¿Qué coño pasa para sacarme de la cama a la una de la madrugada? —Miró fijamente a Lukin—. Eh, parece como si hubieras visto un fantasma.

—No exactamente, pero algo igualmente aterrador. Lo primero es lo primero. ¿Tienes un poco de tu vodka siberiano?

Pasha sonrió ampliamente.

—Siempre guardo provisiones para las emergencias, por si empezara a estar sobrio. Pero te advierto que es como meterse una vela encendida por el gaznate.

—Sírveme un buen vaso.

—¿Estando de servicio? No es propio de ti. Me dejas asombrado, comandante.

—Ni la mitad de lo asombrado que te voy a dejar.

Pasha cerró con llave la puerta del despacho y sacó una botella y dos vasos del escritorio. Tendió uno a Lukin y le sirvió.

—Exorciza al diablo y echa un poco de luz del sol en tu estómago. *Na Zdorovie*. Dime, ¿qué ocurre?

Lukin bebió un sorbo.

—Dejaremos el brindis para otro momento. Tenemos un caso, tú y yo.

—¿Quién lo dice?

—Yo. Acabo de tener el dudoso placer de ser llamado al Kremlin.

Pasha frunció el entrecejo y sus ojos se achicaron hasta formar dos rendijas sobre su rostro amarillo.

—¿Hablas en serio?

—Una visita al Kremlin no es algo con lo que se bromee, Pasha.

—¿Qué se celebraba?

Lukin se lo contó todo y después le entregó el *dossier*. Pasha lo leyó, silbó por lo bajo y se dirigió a su escritorio. Se quitó el abrigo y puso los pies en alto, tras lo cual sorbió un trago de vodka.

—Aquí no dice gran cosa, pero por lo poco que dice resulta una lectura muy interesante.

—Todavía decía menos sobre ese americano, Slanski, el que llaman el *Lobo*. Como probablemente habrás notado, faltan un par de páginas de ese documento, si la numeración es consecutiva, como suele ser.

—Me pregunto por qué.

—Probablemente era información reservada.

—Pero lo normal es que el investigador tenga acceso *a toda* la información sobre el caso en el que está trabajando. ¿Por qué suprimir dos páginas?

—¿Desde cuándo es famoso Beria por contarlo todo? Solo nos dirá lo que necesitemos saber. Aun así, estoy de acuerdo: es extraño.

—Me sabe mal por la mujer —dijo Pasha—. Es evidente que lo ha pasado mal. Debía de estar muy desesperada para escapar del gulag. Las fotografías no nos ayudarán mucho. La de la mujer parece haber sido tomada después de su detención. Está demacrada y le han cortado el pelo al rape. Y esta de Slanski fue tomada a distancia. El enfoque no es lo bastante nítido para que nos sirva de algo. Además, un hombre como este sabrá cómo alterar su aspecto, y probablemente ambos tienen suficientes documentos falsos como para empapelar esta habitación.

Lukin hizo un gesto de asentimiento.

—El Primer Directorio tenía un expediente sobre él. Al parecer sus antecedentes son un misterio, pero saben que habla ruso con fluidez y sospechan que ha recibido formación militar. Parece que sospechan que es el responsable de la muerte de al menos media docena de oficiales veteranos del ejército y el KGB, incluyendo al coronel Genady Kraskin. En Berlín, hace un par de meses.

Pasha casi sonrió.

—Parece un tipo peligroso. Pero Kraskin era un hijo de puta despiadado, no lamenté su muerte.

—Cuida tu lengua, Pasha. Especialmente si Beria está implicado.

—¿Crees que Beria está en lo cierto respecto a que esos dos intentan matar a nuestro amo y señor? ¿Crees que los americanos mandarían de verdad a ese *Lobo* para que intentase matar a Stalin?

—Es posible. —Lukin hizo una pausa—. ¿Has oído hablar de un coronel llamado Romulka, de la escolta personal de Beria?

Pasha enarcó las cejas.

—¿El coronel Nikita Romulka? —preguntó.

—Nadie mencionó su nombre de pila.

—Entonces te lo describiré. Un hijo de puta enorme y feo, al que le falta la mitad de la oreja izquierda. Una cara que parece que haya sufrido un incendio y hubieran intentado apagar las llamas a golpes de pala.

Lukin sonrió débilmente.

—Yo diría que es él.

—Por lo que he oído, es uno de los sicarios de Beria, responsable especialmente de los asuntos de seguridad en los gulags. ¿Por qué?

—Trabajará con nosotros. Parece tener un interés especial en este caso. Beria quiere que sea su enlace con nosotros. Pasha se puso en pie y dijo con preocupación:

—Te iría mejor sin una ayuda como la suya. Romulka es un asesino despiadado. Me han contado que Beria lo utiliza a veces para los trabajos sucios, como torturas o violaciones, para arrancar confesiones a los prisioneros de la categoría especial. Un consejo, Yuri. No te enfrentes a Romulka. Es peligroso y nunca perdona, ni tampoco olvida. Si se le antojara, se comería tus ojos como si fueran uvas.

—Intentaré no olvidarlo. —Lukin se rascó la cabeza con expresión ausente—. ¿Sabes lo que realmente me preocupa?

—¿Qué?

—¿Por qué Beria me ha elegido a mí? Ha pasado mucho tiempo desde que hacía esta clase de trabajos.

Pasha sonrió.

—Te ha elegido porque eras el mejor rastreador que tenía el Directorio. Neutralizaste hasta el último agente secreto de la Abwehr alemana que nos mandaron los nazis. En aquella época había tres nombres que conocían todos los del departamento: Guzovsky, Makorov y Lukin.

Lukin meneó la cabeza, quitándole importancia.

—Fue hace mucho tiempo, Pasha, o quizá solo me lo parece. Ahora solo soy un policía. Y, francamente, preferiría seguir así.

—No me parece que tengas muchas opciones. Además, estás pecando de modesto y lo sabes.

Lukin bajó la vista hasta su mano ortopédica.

—Tal vez me haya ganado ese derecho.

—¿Porque una chica alemana te voló la mano con una pistola ametralladora?

—Me quedé inmóvil y dejé que ocurriera.

—Un error aislado. Debiste dispararle primero, pero no pudiste. Personalmente, no he matado a una mujer en mi vida, ni siquiera durante la guerra, y no creo que pudiera, pero se trataba de ella o de ti. Vacilaste porque era una mujer y te costó medio brazo. Podía haberte costado la vida si alguien no la hubiera matado antes.

—Tal vez, pero ¿por qué no eligió Beria a Guzovsky o a Makorov?

Pasha se sirvió otro trago y llenó hasta el borde el vaso de Lukin.

—Guzovsky es demasiado viejo. Cumplirá los sesenta y cuatro muy pronto y está casi ciego. Y bebe tanto que no lograría encontrar ni el rastro de un elefante sobre la nieve. En cuanto a Makorov, se ha vuelto tan holgazán y descuidado que yo no le mandaría ni a hacerme la compra.

Lukin sonrió.

—Aun así, hay otros más capacitados. Además, trabajar directamente para Beria es peligroso. Si fracaso, podría mandarme ante un pelotón de fusilamiento. Y no me fío de él.

—¿Quién se fía? Ni siquiera el propio Stalin, por lo que he oído. Ese bastardo de ojitos relucientes asustaría incluso a un fantasma. Pero no puedes negarte. Aunque, si quieres saber mi opinión, sabe lo que está haciendo y ha elegido al mejor. De modo que, ¿qué hacemos ahora?

Lukin reflexionó unos instantes.

—Por el momento necesito que te quedes en Moscú y organices una sala de operaciones. Necesitaré teléfonos, muchos teléfonos. Y un télex. Mesas, sillas, un par de camastros… Mapas a gran escala y detallados. Un par de Emkas para el transporte. Todo lo que se te ocurra que podamos necesitar. Las órdenes de Beria fueron claras: hay que encontrar a ese *Lobo*. Y a la mujer. Con suerte, las patrullas de la zona podrían haberlos localizado ya, pero si no es así, nos toca a nosotros.

—Pues que Dios ayude a esos pobres diablos si Beria y Romulka les ponen la mano encima, es lo único que puedo decir. —Pasha miró a Lukin y sonrió—. ¿Y qué hará mi comandante mientras yo estoy hundido hasta las orejas en la mierda rutinaria?

—Me está esperando un Mig. El oficial de servicio llamará en cuanto el tiempo mejore o suceda algo de lo que yo deba estar informado.

Mientras Lukin apuraba su vaso, el teléfono empezó a sonar.

31

Bylandet Island

Massey recobró el conocimiento tumbado de espaldas y con un fuerte dolor de cabeza.

Una intensa luz que brillaba sobre su cabeza cegó sus ojos y le hizo desear volver a estar inconsciente. Podía notar toda una franja de agudísimo dolor, como una quemadura, a lo largo de la parte posterior del cráneo. Se obligó a incorporarse hasta quedar sentado; una punzada lacerante le recorrió la espalda y por un momento creyó ver las estrellas.

Cerró los ojos e inspiró lenta y profundamente. Se tocó la nuca y un dolor monstruoso le acuchilló el cráneo. Sintió náuseas.

Lentamente, el dolor y la bruma se desvanecieron. Abrió los ojos y recorrió la habitación con la mirada. Se hallaba en uno de los dormitorios de la casa del islote. Las mantas habían sido arrojadas descuidadamente sobre la cama a su alrededor. Alguien había vuelto a poner en marcha el generador. Oyó el viento aullar salvajemente en el exterior y notó que en la habitación ahora iluminada hacía un frío de mil demonios. Recordaba las siluetas ennegrecidas que irrumpieron en la habitación por la puerta principal y el golpe que recibió en la nuca, pero después, nada.

¿Quién diablos le había golpeado?

De pronto se acordó de la radiobaliza y las luces de la improvisada pista. Sin ellas, Saarinen no podría aterrizar. Tenía que asegurarse de que la baliza y las luces seguían funcionando. En pleno ataque de pánico, se puso en pie y avanzó tambaleándose hasta la ventana, haciendo caso omiso de los espasmos de dolor que le revolvían el estómago. Retiró la cortina de un manotazo.

Gruesos copos de nieve se estrellaron contra el cristal y vio una intensa luz bajo su ventana. Había dos Ford americanos de color negro aparcados frente a la casa y, a su alrededor, media docena de hombres que se frotaban las manos para mantener el calor. Massey no reconoció a ninguno de ellos.

De pronto oyó unos pasos que subían la escalera y se volvió para mirar.

Los pasos se detuvieron ante la puerta. Massey notó que el corazón se le desbocaba mientras la puerta se abría.

Ante él estaba Branigan, con expresión sombría. Llevaba un abrigo, una bufanda y guantes de cuero.

Dio un paso y entró en la habitación.

—De modo que has vuelto al mundo de los vivos.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó hoscamente Massey—. Casi me matas, hijo de puta.

—Yo podría hacerte la misma pregunta. —Massey intentó pasar por su lado y salir impetuosamente, pero Branigan se movió para cerrarle el paso—. ¿Adónde piensas ir?

—Abajo. La radiobaliza… y las luces de aterrizaje…

—Si estás pensando en tu amigo Saarinen, olvídalo.

—¿Qué quieres decir?

—Está muerto.

Massey se puso blanco.

Branigan le miró fríamente.

—Tenemos que hablar.

Tallin, Estonia

El camión Zis del ejército se detuvo bruscamente; Slanski se levantó del suelo de la parte trasera y espió lo que ocurría al otro lado del toldo de lona.

Se habían parado en un callejón estrecho, junto a lo que parecía un albergue antiguo. Más allá se extendía una plaza adoquinada, que en aquel momento estaba desierta. Unas achaparradas casas medievales pintadas de vivos colores circundaban la plaza, y a cierta distancia, al otro lado del pavimento, se alzaba una antiquísima iglesia, con altos y gruesos muros que desaparecían hacia los lados en la oscuridad espectral de la nieve. Slanski supuso que se hallaban en el casco antiguo de Tallin.

Anna estaba sentada a su lado, y mientras se arrastraba para incorporarse oyeron abrirse las puertas de la cabina del conductor y el sonido de unos pies que aporreaban el suelo y aplastaban la nieve. Un instante después, el sargento apartó de un tirón el toldo de lona. El oficial del KGB les sonrió con malicia.

—Bien, cojan sus cosas y síganme.

Slanski saltó del vehículo y entre él y el sargento ayudaron a Anna a descender. Siguieron al suboficial por un maloliente callejón, hasta una puerta situada al lado del albergue.

El lugar apestaba a cerveza rancia, y en un rincón se amontonaban las botellas vacías y las cajas de madera, que formaban una alta pila.

El suboficial se sacudió la nieve de la cara y llamó a la puerta con los nudillos. Oyeron el sonido de un cerrojo de metal, y un hombre alto y fornido, con una enmarañada barba roja, se plantó en el quicio de la puerta. Llevaba un mandil blanco muy sucio y de sus labios rodeados de pelo colgaba indolentemente un cigarrillo.

El suboficial sonrió y habló en ruso.

—Tus invitados han llegado a tiempo, Toomas. Se sorprendieron un poco cuando vieron los uniformes. Buen trabajo, encontrarlos antes que el ejército. Esos cabrones están peinando toda la zona. —El suboficial señaló a Slanski con el pulgar—. Por un momento pensé que nuestro amigo era uno de ellos.

El posadero se limpió las manos en el mandil y sonrió. Tenía los dientes cubiertos de manchas amarillas y la barba pelirroja ocultaba la mitad de su cara.

—Será mejor que no te entretengas, Erik. Devuelve el camión al parque del cuartel.

El suboficial asintió con un gesto y se fue. Poco después oyeron el Zis arrancar y alejarse del callejón.

El posadero les condujo hasta un corredor. Tras cerrar la puerta y atrancarla, les estrechó la mano.

—Me llamo Toomas Gorev. Bienvenidos a Estonia, amigos míos. Supongo que todo ha ido bien durante el salto, a pesar de este asqueroso tiempo.

—Si no contamos el susto al ver al KGB esperándonos —dijo Slanski.

El posadero sonrió.

—Me temo que fue un cambio de planes necesario. Algún general ruso de mierda decidió poner al ejército a hacer maniobras en el último minuto. Dos divisiones avanzarán hacia el sur, en dirección a la costa, durante los próximos dos días. La zona donde aterrizaron ustedes queda justo en el centro de su ruta. Usar un camión del ejército era la única manera de que nuestra resistencia pudiera recogerlos. Pero no se preocupen, ahora están a salvo.

—Hay un problema —dijo Slanski—. Enterré algunos objetos personales en el bosque.

Gorev sacudió la cabeza.

—Entonces me temo que tendrá que dejarlos allí. Durante los próximos días habrá demasiada actividad militar por esta zona. No merece la pena arriesgarse.

Hizo un gesto indicándoles una puerta abierta que les aguardaba al final del corredor, tras la que había una destartalada cocina. Estaba abarrotada de cajas de cerveza y latas de conserva.

De unos ganchos colgaban grandes piezas de carne mohosa y pescado seco.

—En Estonia tenemos un dicho: nunca des la bienvenida a un invitado sin ofrecerle un refresco líquido. Vengan, tengo una botella de vodka abierta. Estoy seguro de que ambos necesitan calentarse, después de lanzarse en paracaídas en medio de esa tormenta.

Poco antes de las tres de la madrugada, el coche oficial Emka giró para entrar en la plaza principal de los cuarteles de Tondy y se detuvo con un frenazo.

Mientras Lukin descendía fatigosamente, miró a su alrededor y se estremeció. La tormenta de nieve había escampado, pero el aire de madrugada era frío como el hielo. Los viejos cuarteles habían pertenecido a la caballería del zar, y ahora servían como cuartel general del Ejército Rojo en Tallin; sus ladrillos encarnados estaban descoloridos y se estaban desmenuzando. Un capitán le esperaba ante la puerta del cuartel.

—Capitán Oleg Kaman —dijo, y saludó militarmente—. Tengo órdenes de ponerme a su servicio, señor.

—Descanse.

El capitán condujo a Lukin por una escalera hasta un despacho del tercer piso. La habitación daba a una amplia plaza y estaba escasamente amueblada: solo un escritorio con un par de sillas de madera noble y un archivador de metal herrumbroso apoyado contra una pared. De otra pared colgaba un mapa de los Estados bálticos, que incluía Estonia. Sobre el escritorio había una carpeta de color rojo. El capitán recogió el abrigo de Lukin.

—¿Una taza de té o de café, comandante? —dijo. Lukin negó con la cabeza.

—Quizá más tarde. ¿Está usted familiarizado con Tallin, capitán?

—Mi padre nació en estas tierras y yo llevo cinco años destinado aquí. Mi comandante ha sido convocado para supervisar las maniobras de invierno y le manda sus respetos. Me ha pedido que le diga que él cree que necesitará usted a alguien que conozca la zona. Por eso me eligió como oficial de enlace.

—Bien. ¿Me ha preparado un informe del seguimiento?

—Sí, señor.

—Proceda.

Lukin se recostó en el respaldo de la silla; estaba muy cansado. En Moscú solo había tenido tiempo para una rápida llamada telefónica a su mujer, antes de que un Zis le llevara al aeropuerto a toda velocidad. El Mig había despegado durante un momento de calma en la nevada, pero el vuelo había durado media hora más de lo esperado porque el piloto intentaba esquivar el grueso de la tormenta. Lukin había permanecido en el asiento trasero de la cabina, encogido y agarrotado. La visibilidad en el aeropuerto de Tallin era peligrosamente mala y el aterrizaje había sido espeluznante, pues las luces de la pista de aterrizaje solo se hicieron visibles en los últimos cien metros.

Lukin levantó la vista y vio que Kaman le miraba fijamente.

—¿Y bien? —preguntó Lukin.

—Lo siento, comandante. Parecía usted distraído. A Lukin le picaba el muñón debido al frío y se rascó el brazo.

—Ha sido una noche agotadora. Presente su informe.

El capitán cogió la carpeta de encima del escritorio y la abrió.

Se aclaró la garganta.

—Hasta ahora, lo que sabemos es que aproximadamente a las nueve de la noche, hora local, un caza Mig 15P preparado para volar con toda clase de condiciones meteorológicas desapareció mientras patrullaba por la costa. El aparato fue rastreado hasta Tallin por el radar de la torre de comunicaciones de la iglesia de San Olaus, cerca de la calle Pikk, pero a causa del mal tiempo solo se captaba intermitentemente. El capitán señaló un área de mar sobre el mapa. —Creemos que el Mig desapareció en algún punto de esta zona. Cuando saltó la alarma, otros dos Mig que patrullaban al norte de Leningrado fueron enviados para explorar. Volaban bajo y descubrieron dos puntos de colisión con sus focos: dos aparatos se habían estrellado contra el hielo. Uno era el Mig. El otro parecía ser lo que quedaba de una avioneta. El capitán titubeó y Lukin dijo:

—¿Está usted seguro en cuanto a la avioneta? —Completamente. Es lo que informaron los pilotos de los Mig. Opinan que colisionaron en pleno vuelo. El tiempo se ha aclarado un poco desde entonces sobre el golfo de Finlandia, pero sigue siendo bastante malo.

Hemos mandado una patrulla de infantería por el hielo, pero puede ser peligroso acercarse demasiado a los restos. El hielo circundante puede haberse resquebrajado con el impacto. Pero la patrulla debería poder conseguir una vista mejor en cuanto lleguen allí.

Ya hemos alertado a la milicia local de que pueden haberse lanzado agentes enemigos en paracaídas, y el comandante ordenó salir a una docena

de patrullas para batir la costa y el interior, pero hasta ahora no ha habido resultados. —El capitán hizo una pausa—.

Básicamente, eso es todo.

—¿Cuánto tardará la patrulla terrestre en llegar al lugar de la colisión?

El capitán consultó su reloj de pulsera.

—Un par de horas. Aunque eso depende de las condiciones atmosféricas, evidentemente. Estamos en contacto con ellos por radio.

Lukin se frotó los ojos.

—¿Cree que la avioneta consiguió soltar a los paracaidistas antes de estrellarse?

—Es difícil saberlo, señor, pero es probable.

—¿Por qué?

Kaman señaló el mapa.

—El radar de la zona captó varios destellos esporádicos al oeste de Tallin, a lo largo de esta ruta.

Tres rápidos, uno lento. Suponiendo que el lento fuera la avioneta, el hecho de que hubiese alterado el rumbo sugiere que ya había realizado el lanzamiento y estaba de vuelta. Los operadores del radar consideran que su destino más probable era Finlandia. Por eso debemos asumir que el lanzamiento se ha producido y que el hombre y la mujer que usted busca se encuentran en suelo ruso.

Lukin se puso en pie. El informe que Beria le había entregado contenía una fotografía de la mujer, Anna Khorev. A pesar de su demacrado aspecto, se veía que era bastante guapa, cosa que ayudaba; siempre era más fácil para la milicia descubrir a una mujer guapa. Las menos agraciadas tendían a confundirse entre la multitud.

En el informe también se detallaba el motivo por el que había sido detenida y enviada al gulag, además de información sobre su fuga. El pasado de aquella mujer no era una lectura agradable. Era hija de un oficial del ejército caído en desgracia, su marido había muerto en un campo de concentración y su hijo fue enviado a un orfanato de Moscú.

El expediente del hombre no incluía tantos detalles.

Alexander Slanski, nacido en Rusia y con nacionalidad estadounidense. Lukin había leído sin interés el breve perfil psicológico compilado por el Primer Directorio, pero no había información relativa a la infancia de Slanski en Rusia, y Lukin se preguntó por qué.

Información como aquella era lo que podía ayudarle.

—Una pregunta, capitán. Si usted fuera un agente enemigo que se lanza en paracaídas sobre territorio ruso y su destino fuera Moscú, ¿cómo procedería?

—No comprendo.

—¿Qué camino tomaría? ¿Qué disfraces utilizaría? ¿Cómo procuraría eludir al enemigo?

El capitán reflexionó unos instantes.

—Depende.

—¿De qué?

—De si supiera que el enemigo está al corriente de mi llegada.

—Continúe.

—Si el enemigo no estuviera enterado, probablemente seguiría la ruta más directa. Un tren que vaya por una vía principal o algún transporte público similar, como el autobús o el avión. Probablemente no viajaría de uniforme porque en las estaciones suele haber controles periódicos del personal militar.

—¿Y si el enemigo estuviera informado de su llegada?

El capitán volvió a reflexionar.

—Me mantendría oculto un par de días y después tomaría una ruta menos directa utilizando un transporte público. Pero disfrazado. Y procuraría comportarme como un nativo para no levantar sospechas. Suplantar a un lugareño, con sus modales, sus costumbres, y su típica forma de caminar y de hablar.

Lukin hizo un gesto de aprobación.

—Bien. Aunque esas personas difícilmente pueden saber que la avioneta se estrelló. Sin embargo, como existen ambas posibilidades, quiero que establezcan controles en todas las carreteras principales y secundarias, en todas las estaciones de ferrocarril y de autobuses, y también en el aeropuerto. Comprobación de identidad en todos esos controles. Utilice hasta el último hombre disponible. Buscamos a una mujer de veintisiete años, pero amplíe la edad entre los dieciocho y los cuarenta años.

El capitán asintió con un ademán.

—En cuanto al hombre —prosiguió Lukin—, su descripción es menos útil. Sabemos que tiene más de treinta años. Identifiquen a los varones de entre veinticinco y sesenta años. Tomen nota especialmente de los documentos de identidad. Y recuerden que el maquillaje o un disfraz pueden cambiar las apariencias. Ponga algunos hombres de refuerzo con ropa de paisano; sin uniformes, que solo consiguen llamar la atención. Quiero que informen a cada hora. Que informen a la milicia local si ven a alguien

comportarse de un modo dudoso, y si encuentran los paracaídas o cualquier equipo sospechoso, quiero estar informado de ello. Si con todo eso no sacamos ningún resultado positivo, empezaremos un registro por sectores. Zona por zona, casa por casa. —Lukin le tendió las fotografías—. Que hagan copias y las distribuyan entre los oficiales responsables. Me temo que las imágenes no son de las mejores, pero es lo único que tenemos.

—Muy bien, señor.

El capitán señaló en dirección a la puerta del otro extremo de la habitación.

—Me he tomado la libertad de hacer que le preparen una cama en la habitación contigua.

—Gracias, capitán. Puede retirarse.

Kaman saludó y se fue.

Lukin encendió un cigarrillo y se dirigió hacia la ventana. Frotó con el dedo una parte del vidrio empañado. Al poco rato vio al capitán cruzar a grandes zancadas el patio cubierto de nieve.

Lukin apoyó la frente en el vidrio. Estaba frío como el acero. Más allá de los cuarteles pudo distinguir apenas las gruesas y oscuras murallas de la plaza fortificada medieval de Tallin que se elevaban hacia la noche, con una miríada de luces brillando vivamente a través de un velo de blancura.

La entrevista con Beria y la amenaza implícita le habían perturbado. Estaba seguro de una cosa: no podía fracasar. Se imaginaba las consecuencias si fallaba. Tal como le gustaba jugar a Beria, Lukin lo pagaría con la vida, y quizá también Nadia. Aquel hombre era un desalmado.

Las ejecuciones y la imagen de la chica brutalmente torturada se repetían en su mente como una pesadilla.

Para hombres como Beria y Romulka, la tortura y la muerte eran placeres y formaban parte del juego. Pero no para él.

Recordaba un día de primavera en un bosque próximo a Kursk. La joven alemana que debía encontrar no tenía más de dieciocho años. Se había lanzado en paracaídas en misión de reconocimiento detrás de las líneas rusas, enviada por la Abwehr en una última y desesperada ofensiva alemana.

Él y dos de sus hombres le habían seguido los pasos hasta una casa abandonada en un bosque. Estaba herida, indefensa y asustada. Lukin había entrado por la puerta trasera con el arma montada, pero cuando vio aquel joven rostro helado por el miedo, acurrucada en un rincón y cubierta por un abrigo, algo le hizo bajar la guardia. La chica le había recordado un rostro inocente del pasado: su hermana pequeña, de cuatro años, llorando mientras

se abrazaba a una muñeca de trapo ante la puerta del dormitorio de sus padres, con aquella misma expresión indefensa y asustada. El parecido era casi sobrenatural. Pero aquella indecisión resultó ser casi fatal. La brusca ráfaga de disparos que brotó de la pistola ametralladora que la chica ocultaba bajo el abrigo por poco le arranca el brazo a Lukin.

Uno de sus hombres mató a la chica de un tiro. Dos meses después de su recuperación, Lukin fue trasladado de nuevo a Moscú.

Su corazón ya no estaba por la labor.

Pero esta vez era distinto. Se trataba de encontrar a aquel hombre y a aquella mujer, o morir. Con las descripciones y la información que tenía, y gracias a la inmediata reacción de Moscú, imaginó que todo terminaría rápidamente. Esperaba que hacía el alba.

Estonia era un país pequeño y Tallin una ciudad modesta. Los lugares por donde podían moverse o esconderse eran limitados.

Y esta vez no podía haber errores.

En caso necesario, tendría que matar o morir. Lukin se estremeció. Iba a ser una larga y fría noche.

32

Tallin
25 de febrero

En la acogedora cocina situada al fondo del albergue se estaba caliente. Había una mesa servida con bandejas de carne grasa fría y pescado salado en aceite, queso de cabra y pan moreno, pero a pesar de los hospitalarios esfuerzos de Gorev, la comida no resultaba muy apetitosa.

La cocina parecía haber formado parte del albergue en el pasado. Las paredes formaban un arco sobre su cabeza y gruesas vigas de roble surcaban el techo, donde había pintadas escenas de caza; una viscosa película de mugre cubría la escayola. En una pared había colgada una fotografía de Gorev con una mujer, y un joven entre ambos. Gorev sirvió tres medidas de vodka en unos vasos anchos y cortos antes de encender un cigarrillo.

—Coman. El pescado es *manyard* salado. Entra bien con el vodka. De hecho, es lo único con lo que entra bien. El alcohol mata el sabor. Desde que los rusos nos ocuparon, la comida es asquerosa.

Enterró una mano en la bandeja de pescaditos salados y la sacó llevándose media docena, los engulló con cabeza incluida y los hizo bajar con un trago de vodka.

Slanski bebió el vodka, pero ni él ni Anna tocaron la comida.

—¿Dónde consiguieron sus amigos el camión y los uniformes?

Gorev se echó a reír.

—El camión es del parque de provisiones del Ejército Rojo en Tallin. La resistencia estoniana, la Hermandad del Bosque, nos proporcionó los uniformes del KGB. El oficial y el sargento que los trajeron a ustedes aquí son reclutas del Ejército Rojo.

Vio la expresión de sus rostros y su sonrisa se ensanchó.

—No se preocupen, también son de la resistencia y absolutamente de fiar. Resulta que Erik se lleva muy bien con el oficial de intendencia. Le dijo que necesitaba el camión para ir a Parnu a ver a su novia. Ante una caja de buena cerveza estoniana, al oficial no le quedó otro remedio que prestárselo.

—¿Es de confianza?

—¿El oficial de intendencia?

—Me refiero a Erik.

El posadero pareció ofenderse.

—No se preocupe por los naturales de estas tierras, amigo mío. Odian a los rusos y claman venganza. La mitad del país ha visto cómo sus familiares eran fusilados o enviados a Siberia por esos hijos de puta.

—¿Y usted?

Gorev señaló con un movimiento de cabeza la fotografía familiar de la pared.

—Mi mujer murió durante la guerra. El joven del centro era nuestro único hijo; se hizo sacerdote. Erik y él eran como hermanos. Después de la guerra, el Ejército Rojo ocupó Tallin y se llevaron a mi hijo. No he vuelto a verle desde entonces. —Escupió en el suelo con desprecio y luego volvió a mirarlos —. Será mejor que me diga quién se supone que son mientras están aquí.

—Yo soy su sobrina de Leningrado —dijo Anna—, y estoy de luna de miel con mi reciente marido.

Gorev sonrió, dio una chupada al cigarrillo y expulsó el humo.

—Supongo que es creíble. En esta vieja ciudad recibimos a muchos visitantes rusos. Mi plan es hacerlos subir al tren de Leningrado mañana por la noche. A partir de ahí ya no estarán bajo mi responsabilidad. Será mejor que me muestren su documentación para que me aprenda los nombres, por si me hacen preguntas.

Slanski y Anna entregaron sus documentos falsos a Gorev y este los examinó. De pronto oyeron el rumor de unos vehículos al otro lado de la ventana y todos se pusieron en pie. Gorev fue a espiar por una rendija de la cortina. Volvió al cabo de unos instantes.

—Camiones del ejército ruso en dirección a la costa. Esas malditas maniobras no van a dejar dormir a media ciudad.

Vio la expresión de alarma en el rostro de Anna.

—No se preocupe, muchacha, no van a molestarnos. Ni siquiera los amigos de Beria del KGB los tocarán mientras estén aquí.

—¿Qué le hace estar tan seguro? —preguntó Slanski.

—Porque tengo a dos oficiales del KGB alojados en el albergue.

Slanski y Anna se quedaron mirándole alarmados y Gorev sonrió maliciosamente.

—Son inofensivos. Están pasando unos días de juerga y borrachera. Y tener al KGB como huésped siempre es una ventaja. De ese modo, la milicia me deja tranquilo.

—¿Quiénes son los oficiales? —preguntó Slanski.

—Un coronel y un joven capitán. Antiguos clientes que devuelven la visita a un par de fulanas que conocieron cuando estaban destacados aquí, hace un tiempo. Prefieren alojarse en el albergue y no en los cuarteles de Tondy; es más discreto y mucho más seguro. Y lo crean o no, la comida es mejor. Además, de vez en cuando nuestros chicos salen del bosque y disparan contra los barracones. Eso mantiene a Iván en ascuas y le hace saber que seguimos operando.

Les devolvió los documentos, apuró el vaso y lo dejó sobre la mesa con un golpe seco.

—Bien, vamos a instalarlos. Ustedes dormirán en el piso de arriba. Mis dos invitados aún están en la ciudad con sus amiguitas y sin duda estarán borrachos como cubas cuando vuelvan, de modo que no nos molestarán.

Gorev los precedió por un corredor que pasaba ante el bar y el comedor, y después hasta el segundo piso por un tramo de escalera que crujía a su paso. Seleccionó una de las llaves que llevaba en un aro de metal que colgaba de su pringoso cinturón, abrió la puerta y encendió la luz de un manotazo.

El interior era un pequeño y destartalado dormitorio con vigas de roble.

—No es el colmo del lujo, pero estarán calientes y cómodos, y dispondrán de un cuarto de baño para ustedes solos. —Sonrió abiertamente—. Y considerando que están disfrutando de su luna de miel, confío en que no pondrán ninguna objeción a compartir la cama. He dejado mantas y sábanas limpias. El desayuno es a las ocho en el comedor, junto al bar. Espero verlos allí comportándose como recién casados.

—Gracias, Toomas.

—Es un placer. Como reza el dicho, el enemigo de mi enemigo es mi amigo. Que duerman bien.

Les deseó buenas noches y cerró la puerta. Slanski hizo girar la llave y miró a Anna, que se había puesto a hacer la cama. Se sentó en una silla y estudió el rostro de la mujer mientras encendía un cigarrillo.

—¿Qué estás mirando?

—A ti. ¿Te han dicho alguna vez lo guapa que eres, Anna Khorev?

Ella no pudo reprimir una sonrisa.

—Pareces un mal actor interpretando un guión aún peor. Y recuerda que mi nombre es Anna Bodkin a partir de ahora. ¿No vas a dormir?

—Prefiero sentarme a contemplarte.

Anna le miró, y su voz sonó más firme.

—Quiero que entiendas una cosa. Lo que ocurrió anoche no volverá a suceder. Me sentía vulnerable, nada más. Y si estás esperando a que me desnude, pierdes el tiempo. Lo haré a oscuras.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Cuál?

—¿Amas a Jake?

Ella se quedó pensando un instante, sorprendida por la pregunta.

—Lo que siento por Jake no es asunto tuyo. Por si quieres saberlo, es uno de los hombres más buenos que he conocido.

—¿Sabes qué creo yo?

—¿Qué?

—Creo que está enamorado de ti. ¿Y sabes lo realmente curioso? No estoy seguro de que eso me haga feliz.

Anna no dijo nada, solo se quedó sentada, meditando lo que acababa de oír.

Slanski dejó el cigarrillo en el cenicero, se puso en pie y la sujetó para atraerla hacia él. Anna pudo notar su fuerza, pero se resistió, y la boca de Slanski oprimió la suya en un impetuoso beso.

La mujer se apartó bruscamente.

—¡No! —exclamó—. Por favor, Alex, no. Y apaga ese cigarrillo o podríamos morir abrasados y ahorrarles a los rusos la molestia de tener que matarnos.

—Interesante.

—¿Qué es interesante?

—Has dicho «los rusos». Como si ya no fueras uno de ellos.

—Apaga el cigarrillo y procura dormir.

Slanski aplastó la colilla y mientras Anna iba a apagar la luz, alargó el brazo para cogerle otra vez la mano.

—He dicho que no… Pero el hombre la retuvo mientras con la otra mano le desabrochaba la blusa. Anna fue a detenerle, pero él le apartó la mano suavemente y puso un dedo sobre sus labios.

—No hables.

En sus ojos había una expresión resuelta. Una parte de Anna quería protestar, pero otra parte quería sentirse cerca de él, deseaba que la abrazara y la protegiera.

Slanski le desabrochó el sujetador, deshizo el nudo de su cinta y el cabello se derramó por encima de sus hombros. La miró a los ojos.

—Anna, quiero que sepas que lo que ocurrió entre nosotros fue algo bueno. Quizá fuera lo más cerca que me he sentido nunca de una mujer.

—No dudo de que eso se lo dirás a todas las mujeres con las que te acuestas.

—No es verdad. Quizá tenías razón. Quizá nunca he confiado en nadie lo suficiente para dejar que se acercara a mí.

Ella levantó la vista para mirarle a la cara y comprendió que hablaba en serio, desde el fondo de su corazón. La abrumó un sentimiento de culpa, pero se esfumó, y algo se agitó en su interior. Sintió un arrebato de pasión y le besó con furia en la boca, en plena oscuridad, mientras las manos del hombre recorrían su cuerpo, acariciando sus senos, levantándole la falda y rodeándole las nalgas. Cuando empezó a acariciarle suavemente la entrepierna, Anna notó su duro miembro frotándose contra ella. Slanski la tomó en brazos y la llevó a la cama.

Helsinki

Un fuego de leña ardía en la chimenea que se alzaba en un rincón de la sala del segundo piso de la Embajada de Estados Unidos. Branigan entró, y su rostro aparecía sombrío al mirar fijamente a Massey, que estaba sentado en una silla.

—El médico dice que tienes una leve conmoción, pero sobrevivirás.

Massey se frotó la nuca.

—¿Cómo sabes que Saarinen ha muerto? —preguntó.

—Las Fuerzas Aéreas finlandesas intentaron detenerlo a petición nuestra. Captaron la colisión por radar cuando Saarinen volvía a casa y las señales se esfumaron. Según todas las noticias, parece que se estrelló contra un Mig que patrullaba por la zona.

Una expresión de dolor apareció en el rostro de Massey.

—¿Por qué intentasteis detenerlo, por el amor de Dios?

Branigan le miró directamente a los ojos.

—Había creído que resultaba evidente. La has cagado, ¿verdad, Jake? Te van a echar a los perros por esto. —Branigan dio un puñetazo en la mesa—. Y no me vengas con esa cara de imbécil o de inocente, compañero. No he hecho este viaje solo para tener una charla amistosa junto a la chimenea. Estoy hablando de los cadáveres del bosque. Te hablo de Braun… y de Arkashin.

Massey se había puesto muy pálido, pero dijo suavemente:

—¿Cómo te enteraste?

—Cuando supimos lo de Arkashin y Popov decidimos hacer una visita a la cabaña. —Branigan se detuvo y después siguió con voz airada—: Debiste ponerte en contacto conmigo en cuanto tuvisteis problemas. ¿Por qué no lo hiciste?

—Los hombres que llegaron a la cabaña buscaban jaleo. Pero nos imaginamos que solo querían a Anna. Cuando todo hubo terminado, enterramos los cadáveres. Slanski quería seguir adelante con la misión. Nadie podía detenerle, después de que mataran a Vasili. Yo me mantuve a su lado. Tal vez me equivoqué, pero se habían trazado muchos planes y quería que saliera bien. Sabía que en cuanto te enteraras de lo ocurrido querrías reconsiderar la misión o cancelarla. Y creo que eso hubiera sido un error. Pensé que no importaría si seguíamos adelante. Arkashin o los hombres que vinieron a matar a Anna no podían estar al corriente de la operación; además, estaban todos muertos. Calculé que tendríamos tiempo suficiente para seguir adelante con el plan antes de que adivinaras lo que había sucedido.

Branigan acercó su rostro al de Massey.

—Te has saltado las reglas, Massey —dijo—. Y sí que importaba. ¿Quieres saber hasta qué punto?

Branigan le habló del informe de Stalin que encontraron sobre el cadáver de Braun, y de la sospecha de que un equipo soviético había registrado la cabaña.

Massey se quedó mudo unos instantes, y finalmente dijo:

—Slanski pensó que el informe quedaría destruido en el incendio.

—Bien, pues no fue así. Y si tus dos amigos aterrizaron sanos y salvos, mi idea es que van directos hacia graves problemas. Kislov y sus compinches de Moscú atarán cabos. Y esperarán que sigamos adelante con nuestros planes, porque así podrían limitarse a atrapar a tu amigo Slanski y a la mujer en cuanto aterricen. Por eso no se llevaron el informe. Creemos que el Mig que chocó contra la avioneta de Saarinen no estaba allí por casualidad. Dos horas después de que Kislov aterrizase en Moscú se pusieron en estado de alerta todos y cada uno de los puestos fronterizos soviéticos, todas las bases navales y aéreas, incluyendo la de Porkkula, en las afueras de Helsinki. Los hombres de Kislov en Moscú quizá no sepan cuándo o cómo pensaba llegar Slanski, pero examinarán las opciones probables y los métodos que utilizábamos durante la guerra y los cazarán.

Branigan vio la conmoción reflejada en el rostro de Massey y se sentó.

—¿Y sabes qué ocurrirá si Moscú los captura con vida? Mierda, en esta tarta hay suficiente harina para iniciar la tercera guerra mundial. Primero, tendrías un juicio público, y cuando se presentasen las pruebas ante el tribunal, todos los países del mundo señalarían al Tío Sam con el dedo acusador. Después de eso, Moscú puede hacer todo lo que le venga en gana, y sin que nadie discuta su derecho, porque nosotros estaremos hundidos hasta las rodillas en nuestros trapos sucios. Hemos mandado a un asesino para que mate a un dirigente mundial, y eso está muy feo, según todos los preceptos morales.

—Slanski nunca permitiría que los cogieran con vida.

—Eso no puedes garantizarlo, Massey. Nadie puede. La suerte está echada y puede suceder cualquier cosa. Y el hecho es que Moscú probablemente ya les está siguiendo la pista, y eso no es bueno. Por eso tenemos que parar este asunto antes de que se nos escape de las manos. Por eso quiero saber exactamente cómo funciona tu plan y cómo pensabas introducirlos en Moscú. Quiero nombres, y pisos francos, y rutas seguras. Quiero hasta el último detalle. Quiero respuestas y las quiero enseguida. Porque te aseguro por lo más sagrado que interrumpiremos esta misión, cueste lo que cueste.

Branigan miró fijamente el rostro descompuesto de Massey.

—Te aconsejo que hables, Jake, y de prisa. Antes de que sea demasiado tarde para todos.

33

Tallin

Los dos oficiales del KGB ya estaban sentados en el comedor cuando Slanski y Anna bajaron a desayunar a la mañana siguiente. Ambos se pusieron en pie amablemente cuando vieron a Anna entrar en la habitación, con los ojos enrojecidos por la noche casi en vela y el exceso de alcohol.

El mayor de los dos era de mediana edad y tenía un rostro brutal, una voluminosa barriga y un poblado bigote. Sus ojos chispeaban alegremente cuando se presentó como el coronel Zinov.

El segundo era un capitán de aspecto aniñado. Sus ojos no se despegaban del cuerpo de Anna mientras le estrechaba la mano.

—Capitán Bukarin a su servicio, señora. —Sonrió amistosamente—. Su tío nos habló de su visita. Este debe de ser su marido.

Estrechó la mano de Slanski y el coronel aprovechó la ocasión.

—Es un placer conocerlos a ambos. Han elegido una mala época para venir a Tallin, en invierno, pero deseo de todo corazón que pasen una agradable luna de miel. ¿Piensan quedarse mucho tiempo?

—Un par de días, el tiempo suficiente para visitar a algunos parientes y ver la vieja ciudad —respondió Slanski.

El capitán sonrió mirando a Anna.

—Tal vez les apetecería tomar unas copas con nosotros esta noche.

—Me temo que ya hemos hecho planes, pero gracias por la oferta.

Bukarin sonrió cautivadoramente e hizo chocar sus talones.

—Naturalmente. En otra ocasión, quizá. Disfruten de su desayuno.

El desayuno consistía en unas tajadas gruesas de carne grasienta y pedazos de queso de cabra, con otra bandeja llena de pescados oleosos, pero había pan blanco tierno y mantequilla. Cuando Slanski llevó a Anna hasta una mesa próxima a la ventana, observó que la mujer estaba pálida.

—¿Qué ocurre? —preguntó en un susurro mientras se sentaban.

—Esos dos me miran de una forma que me produce escalofríos.

Slanski le tocó el brazo y sonrió.

—Yo diría que ambos tienen buen gusto con las mujeres. Relájate. Y recuerda: creen que estamos en nuestra luna de miel. De modo que anímate.

Más allá de la ventana, el cielo estaba azul y despejado. En la plaza adoquinada parecía haber mercado aquel día. Unos cuantos campesinos con gorras de tela formaban grupos y examinaban unos caballos.

Gorev entró instantes después con dos tazones de té y café humeantes. Conversó un rato con los dos oficiales, hasta que acabaron su desayuno y abandonaron la habitación.

—Al parecer han salido ustedes airosos de la prueba —dijo al acercarse a la pareja. Guiñó un ojo a Anna—. Y al más joven, Bukarin, le gusta usted mucho, no me cabe la menor duda.

—Se supone que soy una mujer casada.

—Eso nunca ha detenido a ninguno de los dos, hasta ahora. Slanski se puso en pie y se dirigió a la ventana. Los caballos piafaban sobre los adoquines y la plaza se iba llenando de gente.

—¿Qué ocurre ahí fuera?

—Hoy hay mercado de caballos —dijo Gorev—. Los comerciantes de carne de caballo se reúnen aquí una vez al mes.

Había un Emka aparcado en la plaza, y unos instantes después oyeron unas fuertes pisadas que avanzaban por el corredor y el sonido de una puerta al abrirse. Los dos oficiales subieron al coche, que arrancó haciendo crepitar los adoquines y sobresaltando a los nerviosos caballos, seguidos por la hosca mirada de los comerciantes.

—¿Adónde han ido sus dos huéspedes? —preguntó Slanski. Gorev les sirvió más café antes de responder sarcásticamente:

—A recoger a sus amiguitas para seguir bebiendo y de juerga. Esos bastardos caraduras me han hecho prepararles hasta un almuerzo campestre. Espero que se les indigeste.

Como Gorev se detuviera, Slanski preguntó:

—¿Qué sucede?

El estoniano se limpió las manos ansiosamente sobre el delantal.

—Quizá no sea nada importante, pero uno de los chicos del reparto vino esta mañana diciendo que hay milicianos de paisano en la estación de ferrocarril, revisando documentaciones. Parecen muy concienzudos. Pero lo que le extrañó más fue que paraban tanto a hombres como a mujeres.

—¿Qué tiene eso de extraño?

Gorev se atusó la barba.

—Lo más normal es que la milicia vaya de uniforme, cuando está en la estación, y que quieran atrapar a desertores. Solo que esta vez parecen prestar la misma atención a las mujeres. Tendré que ponerme en contacto con Erik

para pedirle que averigüe lo que ocurre, pero puede tardar un par de horas. Mientras tanto, les sugiero que no abandonen el albergue.

Slanski volvió a la mesa y apuró su café. Después miró a Anna.

—No sé qué opinas tú, pero yo necesito aire fresco. Anna miró a Gorev, que se encogió de hombros.

—Preferiría que esperasen aquí hasta que tenga noticias de Erik. ¿Quién sabe?, tal vez haya problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Solo Dios lo sabe. Pero si hay muchos milicianos sueltos, puede estar seguro de que andan detrás de algo. Tal vez no sea prudente tentar a la suerte.

Slanski sacó su billetera para examinar sus documentos y cupones de racionamiento.

—Quizá sea la ocasión de comprobar si nuestros papeles pueden superar la prueba de fuego. Diría que es un momento tan bueno como cualquier otro. —Sonrió en dirección a Anna—. ¿Qué te parece?

—Puede que Toomas tenga razón. Tal vez sería más seguro quedarse aquí. Pero si crees que deberíamos… Slanski sonrió.

—Ahora actúas como una esposa complaciente. Dejas las decisiones a tu marido.

—Entonces, amado esposo, esperemos que esta sea correcta.

Slanski guardó la billetera y vio la expresión preocupada de Gorev.

—No se inquiete, estaremos de vuelta antes de que pueda echarnos de menos. ¿Tiene un plano de la ciudad?

Gorev se limpió las manos nerviosamente con el delantal.

—En la trastienda. Espero que estén haciendo lo correcto. Y si tienen que salir, una hora, no más. De lo contrario empezaré a preocuparme.

Lukin se despertó pocos minutos después de las ocho. Le dolía la cabeza y tenía la boca reseca. Solo había dormido tres horas, y bajo sus ojos se le notaban unas oscuras sombras.

Cuando se hubo afeitado, un ordenanza le trajo una bandeja con un samovar lleno de té. Tenía un sabor deleznable, pero lo bebió sediento y sin hacer el menor caso a la rebanada de pan chamuscado que lo acompañaba.

Cinco minutos después, mientras se estaba vistiendo, llamaron a la puerta y entró Kaman.

—Siento molestarle, comandante. Acabamos de recibir noticias.

Lukin cogió su mano ortopédica, que estaba a su lado, sobre la cama, y empezó a sujetársela con las correas. Vio que el capitán daba un respingo ante la visión del deformado muñón.

—¿Qué ocurre? ¿No había visto nunca una herida de guerra?

Kaman se ruborizó.

—Se me acaba de ocurrir algo: ¿cómo puede afeitarse?

—Con mucha dificultad. Su informe, Kaman.

—La patrulla terrestre consiguió llegar a veinte metros de los puntos de colisión. Uno es sin lugar a dudas el Mig desaparecido.

—¿Y el otro aparato?

—Una avioneta sin identificar, pero definitivamente no era de las nuestras.

—¿Algún cadáver?

—Dos, el piloto del Mig y el otro piloto, el de la avioneta. La patrulla no pudo acercarse lo suficiente para retirar los cuerpos, y al parecer no quedaba mucho de ninguno de ellos. Ambos estaban calcinados hasta el punto que era imposible identificarlos.

Lukin fue hasta el mapa de la pared.

—Tampoco iban a sernos de mucha ayuda. ¿Todavía no han encontrado nada en los puestos de control?

—Nada, excepto media docena de desertores y un estraperlista. Uno de los desertores recibió una herida de bala cuando intentaba escapar.

—Excelente. Al menos hemos hecho algo bueno por el Estado.

—¿Señor…?

—Es un chiste, Kaman. Dígame, ¿cree que la resistencia estoniana podría estar ayudando a nuestras presas?

—Es posible, pero normalmente se limitan a actuar en los bosques. El grupo más cercano del que tenemos noticias opera a unos cien kilómetros de aquí.

Lukin se dirigió a la ventana y miró hacia el patio del cuartel. Una veintena de soldados desfilaban marcialmente en doble fila, y aún no había amanecido.

—¿Ha leído alguna vez a Turguéniev, capitán? —preguntó sin volverse.

Kaman se encogió de hombros.

—Procedo de una familia sencilla del campo, camarada comandante. Leer libros no era ni la mitad de importante que ordeñar vacas.

Lukin sonrió.

—En cualquier caso, Turguéniev hizo una interesante observación. Decía que cuando buscas algo, no debes olvidarte de mirar detrás de tus orejas.

—No le comprendo…

—Si quisiera esconder a una pareja de agentes enemigos, ¿dónde los metería?

Kaman se rascó el mentón.

—En muchos sitios. Algunas zonas del casco antiguo de la ciudad se remontan al siglo XIV, y el lugar es como una conejera. Hay catacumbas subterráneas y pasadizos de la época del contrabando de los piratas. Estoy seguro de que hay sótanos y túneles que ni siquiera sabemos que existen.

—Opino lo mismo. —Lukin reflexionó unos instantes—. ¿Y en las afueras de la ciudad?

Kaman titubeó y luego negó con la cabeza.

—Son pocos. Y los campesinos distinguirían a un forastero a un kilómetro de distancia. —Sonrió—. En esa parte del mundo, la gente se da cuenta de si te has atado bien las botas o no. Además, la mitad de la población de Estonia son colonos rusos. Se apresurarían a informar a la milicia de la presencia de unos forasteros sospechosos.

Lukin asintió con la cabeza.

—De acuerdo, olvidémonos por ahora de las áreas rurales. —Señaló el plano de la ciudad—. Concentrémonos en la ciudad y en el casco antiguo. Por ahora quiero controles y bloqueos en las carreteras, aquí y aquí, en todas las carreteras importantes y en las antiguas puertas de los accesos a la ciudadela. Que se mantengan en contacto por radio con los cuarteles y que informen de nuestras intenciones al cuartel general del KGB, en la calle Pikk. Esos agentes podrían haber aterrizado en cualquier punto en un radio de treinta kilómetros, pero supongo que intentarán esconderse en algún lugar donde una cara nueva pase inadvertida. Hay que detener a cualquiera que encaje con sus posibles edades o descripciones para comprobar a fondo su documentación. Insisto, a fondo.

—Sí, camarada comandante.

Lukin se enfundó la guerrera.

—Pida un Emka con conductor. Y una radio portátil y mapas. Inspeccionaré personalmente los puestos de control a intervalos irregulares.

—Como usted diga, señor. —Kaman se cuadró.

Mientras el capitán se volvía para irse, Lukin miró el té y la tostada quemada.

—Y, Kaman, un desayuno decente sería lo apropiado. No esperará que un hombre adulto pase toda la mañana con esto. Kaman enrojeció.

—Diré al cocinero que se ocupe de ello de inmediato.

La antigua ciudadela de Tallin había formado parte en un tiempo de la Liga Hanseática. Era un antiguo puerto comercial fortificado, sede de prósperos mercaderes y artesanos, hasta que el zar ruso se autoinvitó solo y lo convirtió en una colonia. Después Stalin, luego los alemanes, y finalmente otra vez Stalin.

A pesar de su larga historia de invasiones, parecía como si el tiempo se hubiera detenido en las estrechas calles medievales adoquinadas. La luz del sol reverberaba en los muros pintados de amarillo y azul pastel, y por todas partes había albergues y casas con vigas de roble e iglesias con cúpulas doradas en forma de cebolla.

Mientras paseaban por la calle Pikk, la principal avenida, que cruzaba la ciudad de punta a punta, Slanski miraba los poco atractivos escaparates de las tiendas.

En una carnicería, un demacrado buey en canal colgaba de un único gancho. En otro escaparate, una mujer aburrida distribuía dos pares de zapatos de goma baratos. Slanski decidió probar sus cupones, y cuando compró una botella de vodka en una tienda próxima a la calle Pikk, la chica del mostrador aceptó el cupón y el dinero sin pestañear.

Cuando se acercaban a la plaza Lossi vieron a decenas de atractivas muchachas sentadas en los bancos del parque con las piernas cruzadas, sonriendo a los marineros que pasaban, todos con el uniforme de la flota soviética del Báltico. Slanski observó que en las suelas de los zapatos de las chicas había unos números escritos con tiza.

—Esas chicas son prostitutas de Moscú, han venido por los marineros —explicó Anna, sonriendo—. La prostitución es ilegal y se castiga con el gulag, pero la milicia no puede detener a las chicas por busconas hasta que las pillan en el momento de dar un precio a sus clientes. Por eso escriben la tarifa en las suelas de sus zapatos y así no infringen la ley.

—Todo muy civilizado y muy hábil. ¿Crees que aceptarían cupones?

Anna se echó a reír.

—Estás loco, Slanski.

—Me llamo Bodkin, recuerda.

—Y te sienta como esos pantalones.

Llegaron a un parque que ocupaba una colina en el punto más alto de la ciudad, desde donde se divisaba el mar. A pesar de que el cielo estaba completamente despejado, hacía un frío espantoso. Al final del parque había una especie de residencia oficial de grandes dimensiones, frente a la cual montaban guardia dos soldados uniformados. El parque estaba desierto, excepto por un par de ancianas que habían sacado a pasear a sus perros y por un soldado y su novia, que iban paseando.

Encontraron un banco y Slanski descorchó el vodka y bebió un sorbo, tras lo cual le tendió la botella a Anna.

—Venga, pon un poco de calor en tu corazón.

Anna bebió un sorbo. Slanski se quedó mirando su rostro.

—Stalingrado —dijo—. Háblame de ello.

—¿Por qué quieres saberlo?

—No tengo ningún motivo, es simple curiosidad. Ella desvió la vista y miró el parque.

—Fue terrible. Una carnicería. Combatiendo casa por casa. Los interminables días y noches sin dormir. El intenso frío. Y siempre preguntándote si ese día tendrías lo suficiente para comer o si ibas a morir. Lo peor era el bombardeo. El ruido no cesó durante meses, día y noche. Era tan fuerte que incluso los perros preferían ahogarse en el Volga, no podían seguir soportándolo. —Hizo una pausa, vacilante—. Pero me enseñó a sobrevivir. Después de Stalingrado, en realidad nada puede asustarte.

—¿En qué crees, Anna? —preguntó Slanski suavemente.

Ella sacudió la cabeza.

—Creo que dejé de creer en algo el día en que se llevaron a mi hija.

—No me has contado cómo pretende sacarla Massey del país.

—Del mismo modo que intenta sacarme a mí, el que sea. En cuanto descubra en qué orfanato está. Stalin ha creado tantos huérfanos, y hay tantos hospicios en Moscú, que según Jake tardará un tiempo en encontrar a Sasha. A muchos niños les cambian el nombre para que olviden su pasado y a sus padres. Pero Jake me prometió que no me fallará. —Hizo una pausa—. Y tú, ¿en qué crees?

Él la tomó por la cintura y sonrió débilmente.

—¿Y aparte de eso? —dijo Anna con voz inexpresiva—. Si no crees en nada, ¿qué puede complacerte?

Slanski meditó durante un buen rato. Su rostro estaba ahora más serio.

—¿Qué puede complacerme? Poder volver a pasear por el jardín de mi padre. Oler el aroma de las flores del manzano y del cerezo. Estar con mis

padres y hermanos una vez más.

—Eres un hombre muy extraño, Alex.

—¿En qué sentido?

—Eres un asesino, y sin embargo hablas de jardines y del aroma de los manzanos. O quizá solo eres el ruso típico: sentimental cuando bebes vodka por un recuerdo que nunca podrás recuperar.

Slanski soltó una carcajada.

—O quizá solo confío en ti lo suficiente como para dejar que te acerques a mí.

Anna advirtió algo vulnerable en sus ojos, y cuando él le ofreció la botella, negó con la cabeza.

—Creo que ya he bebido bastante. Si sigo bebiendo, tendrás que llevarme en brazos.

Slanski volvió la cabeza y se quedó contemplando la vista de la ciudad, momento que Anna aprovechó para estudiar su rostro. Las palabras que había dicho le habían afectado, era evidente. No hubo lágrimas, pero sí una tensión alrededor de su boca y una expresión distante en su mirada, como si lo que le había contado de su pasado fuera un recuerdo doloroso.

Anna se enrolló la bufanda al cuello y se puso en pie.

—Creo que es hora de regresar. Gorev estará preocupado. Slanski levantó la vista.

—Anna…

—¿Qué?

—¿Tienes algún reproche que hacerme después de lo que ocurrió anoche?

Ella reflexionó un momento y después negó con un ademán.

—Sin reproches. —Extendió la mano y rozó suavemente los labios del hombre—. Hacía mucho tiempo que nadie me rodeaba con sus brazos. Hacía mucho que no me sentía tan segura, a salvo y deseada.

—¿Y tú me deseabas?

—Quizá te deseé desde el primer día en que te vi. Solo que no quería reconocerlo. —Sonrió—. Las mujeres podemos ser así, ¿sabes? Es una especie de necio orgullo.

Slanski se puso en pie y la besó.

—Entonces, ¿crees realmente que estoy loco?

Había una especie de inocencia infantil en la pregunta, que de pronto hizo sentir a Anna una gran ternura hacia él. Sonrió débilmente.

—Quizá un poco. Pero todos los rusos están locos.

34

Gorev miró alternativamente a Slanski y a Anna con el rostro descompuesto. Estaban sentados en su dormitorio. El posadero les había hecho subir a sus habitaciones en cuanto llegaron.

—Malas noticias. He recibido la visita del sargento de la milicia local.

—¿Qué quería? —preguntó Slanski, preocupado.

—Ver el libro de registro. Por suerte, no los inscribí a ustedes cuando llegaron. Cuando vio la graduación de los dos oficiales del KGB registrados, se marchó. Por ahora estamos libres de sospecha, pero esto no tiene buena pinta.

Gorev se limpió ansiosamente las manos en su mugriento mandil y después se sirvió un vodka de la botella que Slanski había dejado sobre la mesilla de noche.

—Sírvanse un buen trago ustedes también, van a necesitarlo los dos, porque ahora viene lo peor.

—Cuente.

Gorev engulló el vodka de un solo trago y se secó los labios con el dorso de la mano.

—Según Erik, el ejército y la milicia están poniendo vigilancia en todas las carreteras. Vigilan con gran interés las estaciones de autobuses y de tren, e incluso el aeropuerto. Al parecer, anoche llegó de Moscú cierto comandante del KGB para tomar el mando de la operación. Se llama Lukin, y el rumor que corría por el cuartel es que trabaja directamente para Beria. Erik dice que tiene a todo el mundo nervioso. La milicia ya ha matado a un hombre en la estación de tren. Un desertor, un pobre imbécil.

—¿Sabía Erik por qué ha venido a Tallin ese comandante Lukin?

—Esa es la parte realmente jugosa. Erik oyó decir que está buscando a dos agentes que se lanzaron en paracaídas ayer por la noche. Parece ser que un Mig se perdió y acabó estrellándose contra el hielo del Báltico. Anoche mismo enviaron una patrulla de infantería sobre el hielo. Encontraron los restos de la catástrofe esta mañana, con los de una avioneta que al parecer chocó con el Mig en pleno vuelo. Sin duda era el aparato que los transportó a ustedes. Eso explica por qué el ejército y la milicia han acudido a Tallin como las moscas a la mierda.

Slanski se puso ostensiblemente pálido y miró a Anna. En el rostro de la mujer se reflejaba su conmoción. Él se volvió hacia Gorev.

—Pero ¿cómo ha podido enterarse Lukin de nuestra presencia?

—No tengo ni idea. Quizá algún labriego ha encontrado los paracaídas. Pero lo sabe, y eso significa problemas para todos nosotros.

Slanski vio palidecer a Anna.

—No pueden quedarse aquí, eso por supuesto —añadió rápidamente Gorev—. Si los encuentran, me caerá el gulag, si tengo suerte; si no, una bala en la nuca. No son muy buenas perspectivas ninguna de las dos. Mi intención era hacerles subir al tren de Leningrado, pero eso ahora queda descartado porque la estación está vigilada. Están parando y registrando también a los autobuses. Y del aeropuerto ni hablemos, habrán extremado la vigilancia.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó ansiosamente Anna.

Gorev se acarició la barba con nerviosismo.

—Solo Dios lo sabe. Normalmente, nuestra resistencia los ocultaría en los bosques. Pero conseguir pasar por las carreteras asfaltadas sería demasiado difícil y su campamento más próximo está demasiado lejos. Dudo que Erik pudiera pedir prestado el camión otra vez, eso sería tentar a la suerte. Además, ese Lukin parece haber requisado hasta el último vehículo y el último hombre disponible en los cuarteles. Aunque consiguiéramos hacerlos llegar hasta nuestra resistencia, no estarían fuera de peligro. Nuestros muchachos quizá no los recibieran con los brazos abiertos en este momento, ya sufren bastante el fuego de los rojos.

Slanski golpeó la mesa con el puño en un gesto de frustración.

—¡Maldita sea!

—Erik me ha dicho que empezarán a registrar casa por casa mañana, si aún no los han encontrado —dijo Gorev.

Anna miró a Slanski. Su mirada reflejaba su indecisión.

—¿Qué hacemos? —dijo.

—En cualquier caso, pienso llegar hasta el final del camino. Pero si quieres arriesgarte tú sola intentando esconderte con los partisanos, estoy seguro de que Gorev te hará el favor de no intentar detenerte.

Ella reflexionó unos instantes y al final negó con la cabeza.

—No, me quedo contigo.

—Entonces no tenemos opción. Hay que irse. Si nos quedamos aquí, no tenemos ninguna posibilidad.

—No será posible. ¿Cómo vamos a salir de Tallin?

Gorev se sirvió otro vodka.

—Sugeriría el suicidio —dijo—, pero podría ofenderlos.

Slanski le miró.

—Es usted muy optimista, Toomas.

—Soy realista. Por supuesto, siempre habrá las alcantarillas del casco antiguo, pero se asfixiarían a causa de los vapores antes de avanzar siquiera diez metros.

—¿Dónde desembocan las alcantarillas?

—En los límites del casco viejo. Pero después, ¿adónde irían? Erik afirma que hay rojos por todas partes.

—Puede que merezca la pena intentarlo.

Gorev negó con firmeza.

—Olvídelo. Utilizamos las alcantarillas en una ocasión para ocultar armas a los alemanes. Los gases mataron a dos de nuestros hombres y otro murió de intoxicación sanguínea. Un par de bocanadas de ese aire viciado y se encontrarán tumbados de espaldas en el depósito de cadáveres. Y aunque lograran permanecer conscientes, la mayor parte de los túneles conducen hasta el cuartel general del KGB. Si toman la bifurcación equivocada, le ahorrarán al comandante Lukin el trabajo de buscarlos.

—Aun así, parece que no nos queda otro remedio que arriesgarnos. ¿Podría conseguirnos Erik máscaras antigás del cuartel?

Gorev se encogió de hombros.

—Puedo preguntárselo, pero sigue el riesgo de que se ahoguen o se les envenene la sangre con esos efluvios. Aunque es su cabeza la que está sobre el tajo del verdugo.

De pronto oyeron el chirrido de unos neumáticos derrapando sobre los adoquines de la calzada y los tres corrieron a mirar por la ventana.

El Emka se había detenido y de él salieron los dos oficiales del KGB, Zinov y Bukarin, acompañados por dos jovencitas. Los cuatro parecían borrachos como cubas, y las mujeres se tronchaban de risa cuando el joven capitán se dirigió hacia el albergue tambaleándose por el alcohol.

El rostro de Gorev se contrajo con desaprobación.

—Cerdos borrachos. Vuelven para seguir bebiendo y darse un revolcón en el pajar con esas fulanas de la ciudad. Slanski meditó unos instantes.

—¿Ha dicho a sus huéspedes quiénes somos? —preguntó después.

—Solo que eran mi sobrina y su marido, que están de luna de miel. ¿Por qué?

—¿Nada más, ningún nombre?

Gorev se encogió de hombros.

—No me pareció necesario extenderme. Además, no parecían demasiado interesados.

—¿Cuándo se irán sus dos amigos?

—Zinov vuelve a Leningrado en coche mañana por la mañana, suponiendo que esté lo bastante sobrio para conducir. Bukarin, el más joven, me ha dicho que su novia quiere que se quede otro par de días. ¿Por qué lo pregunta?

—Quizá exista otra forma de escapar de esta ratonera. —Slanski sonrió—. ¿Cree que podría conseguirme un uniforme de oficial del ejército?

Zinov estaba sentado en el bar cuando entró Slanski. Una de las mujeres, una rubia de busto generoso, se sentaba junto al coronel y le mordisqueaba la oreja. Frente a ellos había una botella de champán y dos copas medio llenas. Al joven capitán y a su amiguita no se les veía por ningún lado.

—Ah, amigo mío —exclamó Zinov—. Llega usted a tiempo para tomar un poco de champán. Me temo que debemos servirnos nosotros mismos. No hay ni rastro de Gorev.

Los ojos del coronel estaban turbios por el alcohol. Slanski se sentó a su lado.

—¿Su mujer no nos acompaña? —preguntó Zinov.

—Está algo cansada. Ha decidido tumbarse un rato.

Zinov sonrió viciosamente.

—Mi amigo el capitán y su dama tenían el mismo problema. Es una vergüenza. Este champán de Crimea es en verdad excelente. Ha dejado a María, aquí presente, más tiesa que una tuerca oxidada.

La joven soltó una risita y estuvo a punto de caerse del taburete. Zinov la sujetó en el último momento.

—Mantente firme, niña. Todavía nos queda otra noche por delante.

La chica era muy guapa y su corto cabello rubio le quedaba bien, pero se había maquillado demasiado. Llevaba un par de botones de la blusa desabrochados, dejando al descubierto su amplio busto, y tenía la falda subida hasta medio muslo. Intentó enfocar la vista en Slanski mientras daba unas palmaditas sobre el taburete que había a su lado, y su cigarrillo se bamboleaba peligrosamente entre sus dedos.

—Aquí, siéntate a mi lado.

Zinov dio un sorbo a su copa y sonrió torcidamente.

—Estás hablando con un hombre casado. En este momento está por encima de las tentaciones. Concédele un par de años de vida matrimonial y vuelve a intentarlo.

—Bueno, sigo creyendo que es muy guapo —dijo efusivamente la mujer, entre vapores etílicos.

—Todos somos guapos hasta que nos casamos. —Zinov le dio una palmada en el muslo y guiñó un ojo a Slanski—. Tal vez sea una suerte que su mujercita no esté por aquí, hijo. Probablemente no lo aprobaría. Sé que la mía no lo haría.

El coronel se rio estúpidamente de su propio chiste.

—Que cada palo aguante su vela, coronel.

—Es lo que yo digo siempre. Bueno, no nos quedemos aquí con la boca seca. Tome un trago.

Zinov sirvió una copa de champán para Slanski y otras dos para él y la muchacha.

—En realidad he venido a pedirle un favor —dijo rápidamente Slanski.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—He recibido un aviso urgente. Debo presentarme en Leningrado. Mi unidad sale mañana por la noche de maniobras de invierno.

—Es curioso, ya le notaba yo cierto aire marcial. Pero Gorev no me dijo que fuera usted militar. ¿Cuál es su rango y división?

—Capitán, de la Acorazada 17.ª. He traído mi uniforme. Esperaba a medias el aviso, pero no tan pronto.

—Es una verdadera vergüenza. Eso altera sus planes para la luna de miel, ¿verdad? Tengo un par de conocidos bien situados en la escala militar de Leningrado. ¿Quiere que intente dar unos cuantos tirones de orejas para que puedan quedarse unos días?

—Gracias por su ofrecimiento, señor, pero estoy ansioso por volver. Ya he prometido a mi esposa compensarle la luna de miel con un viaje a Odessa.

—Así me gusta. El deber es lo primero, ¿no?

—Tenía la esperanza de que usted nos honrara llevándonos en su coche. El último tren para Leningrado salió hace media hora y el primero de mañana sale demasiado tarde. Toomas comentó que usted se dirigía a Leningrado y me pregunté si dispondría de un par de plazas libres en el Emka… Discúlpeme si lo que digo está fuera de lugar.

Zinov sonrió ebriamente.

—Tonterías. Será un placer, y me alegrará tener compañía. Tengo que madrugar, si no le importa. A las siete en punto. ¿Le parece bien?

—Perfecto. —Slanski apuró su copa de champán y la dejó sobre la mesa —. Le agradezco la copa, camarada coronel.

—¿Ya se va? ¿Tan pronto?

—Aún tengo que hacer el equipaje, lo siento. Y será mejor que se lo diga a mi mujer.

—De acuerdo, entonces nos veremos a las siete.

La chica empezó a acariciar el pecho de Zinov y el coronel le palmeó el muslo.

—Eso suponiendo que esta tigresa no me mate de pasión antes de que acabe la noche.

Era casi medianoche y Slanski estaba sentado junto a la ventana del dormitorio, fumando un cigarrillo. Anna se acercó y le miró.

—¿Crees que saldrá bien?

Él se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada más, aparte de las alcantarillas, y no podemos quedarnos aquí. Existe la posibilidad de que los controles no sospechen de un coche ocupado por dos oficiales uniformados. Y que la mujer de un oficial viaje con su marido no tiene por qué despertar demasiada curiosidad.

—¿Y si nos paran?

—Intenta que no se note que estás asustada. Los del KGB huelen el miedo como los perros olfatean los huesos.

—¿Crees que fue la avioneta de Janne lo que los alertó?

—Probablemente.

Llamaron a la puerta. Slanski la abrió y entró Gorev cargando con un uniforme de capitán del ejército, un cinturón de cuero negro con pistolera, un abrigo, gorra y botas altas.

—Es lo mejor que he podido conseguir, dada la premura. Erik lo sacó todo de los almacenes del ejército. La talla debería ser la correcta, pero me temo que las insignias de la división son un problema. Las únicas que tenían eran de la Acorazada 14.ª.

—Tendré que conformarme y confiar en que Zinov estuviera demasiado borracho para recordar que le dije otro número. ¿Dónde está ahora?

—En su dormitorio, con su amiguita, bebiendo y destrozando mi cama.

Slanski sonrió.

—Gracias, Toomas.

Gorev bajó la cabeza y dijo ansiosamente:

—Bien, buena suerte a los dos. Nos veremos por la mañana.

Cuando se hubo ido, Slanski se probó el uniforme. Se abrochó el cinturón de cuero con la pistola Tokarev enfundada sobre la guerrera de oficial, con la cintura ceñida, y después se ajustó la gorra ante el espejo.

Anna salió del cuarto de baño. También ella había ido a vestirse.

—¿Qué te parece? —preguntó Slanski—. ¿Doy el pego?

Ella le miró. Unos ojos azules miraban con arrogancia por debajo de la gorra de oficial de visera ancha, y con las botas relucientes, la guerrera con cintura y las rígidas hombreras de capitán, bordaba el papel.

—Tengo que reconocer que te sienta bien. Pero no intentes parecer tan amenazador.

—Soy un oficial ruso. Es parte de la tierra. Bien, déjame ver cómo irás tú.

Anna se había puesto la ropa que llevaría por la mañana: una falda plisada oscura y una blusa de cuello abierto. Se había alisado el pelo, y el maquillaje realzaba su atractivo natural. Slanski meneó la cabeza.

—La esposa de un oficial debe ser convenientemente atractiva, pero no tanto. La blusa estaría mejor abrochada hasta arriba, y deberías recogerte otra vez el pelo. Intenta parecer un poco vulgar.

—Gracias.

Él alargó el brazo, le recogió el cabello y se lo ató con una cinta.

—Así está mejor. Los militares siempre se ven arrastrados a mirar una cara bonita. Usa el maquillaje con más habilidad para no parecer tan guapa y déjate la bufanda arrollada al cuello. ¿Llevas ropa interior?

—¿Qué?

Slanski esbozó una sonrisa.

—Ya me has oído. ¿Llevas ropa interior? ¿Es delicada o es algo más resistente y que abriga? Como solía llevarla mi vieja *babushka* (abuela).

—Afuera están a diez grados bajo cero. ¿Tú qué crees? Slanski sonrió.

—Bien. Mañana escondes esto bajo tu ropa interior. —Le tendió el juego de sus documentos falsos—. Sugiero que hagas lo mismo con los tuyos, por si quieren registrarnos en algún control. Un miliciano no registraría entre las piernas de una mujer a menos que fuera un completo animal. Pero si lo hace, juega las cartas según vayan viniendo.

Anna cogió los documentos.

—Será mejor que des tu pistola a Toomas antes de marcharnos —añadió Slanski—. Si nos registran en un control y te la encuentran encima, solo puede complicar las cosas.

—¿Y tú?

—Voy de uniforme.

—¿Cómo explicarías el hecho de tener un revólver Nagant con silenciador?

Él sonrió.

—Deja que yo me ocupe de eso. —Miró su rostro con expresión seria—. A partir de ahora no va a ser fácil, Anna. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo sé.

—¿Y sabes qué debes hacer si nos separan y existe el riesgo de que te capturen?

Ella asintió solemnemente.

Helsinki

Branigan se hallaba de pie junto a la ventana del segundo piso de la Embajada de Estados Unidos, tomando su tercera taza de café. Massey estaba sentado en una cómoda silla de cuero, con aspecto lúgubre y mirando por la ventana las luces de las islas que salpicaban la bahía de Helsinki.

Llamaron a la puerta y entró Douglas Canning llevando una nota en la mano escrita sobre un papel endeble. Massey se puso en pie con ansiedad.

—Tenemos malas noticias. Hice lo que me pidieron, y según nuestros muchachos, los técnicos de control de radio de la Embajada, hay una actividad infernal en las transmisiones de Tallin. Suena como si estuvieran realizando algún tipo de investigación. Por lo que captan nuestros muchachos, el resumen parece ser que buscan a dos personas, un hombre y una mujer. Se diría que sus dos amigos tienen problemas.

El rostro de Massey se tomó lívido.

Branigan dejó la taza de café sobre la mesa y le arrancó la nota a Canning para leerla. Después arrugó el papel y lo arrojó contra la pared en un gesto de frustración.

—Maldición…

—¿Alguien me va a contar qué sucede? —preguntó Canning a Massey.

Massey no respondió y Branigan le miró severamente.

—Ya se lo dije, sin preguntas. Es un asunto de alto secreto. Mantenga la boca cerrada o se la cerraré yo.

El diplomático se ruborizó y compuso una expresión ofendida.

—Mire, como usted dice, no es asunto mío, y no sé qué diablos está pasando, pero ¿qué ocurre en mi Embajada? ¿Usted y sus hombres piensan

instalarse aquí?

Branigan suspiró y meneó la cabeza.

—Formamos parte de equipos completamente distintos. —Se volvió para mirar a Massey—. Yo tenía razón. Realmente la cagaste, Jake. Fabuloso.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Massey con preocupación.

Branigan hizo caso omiso de la pregunta y se volvió hacia Canning.

—Necesito hacer una llamada urgente. ¿Disponen de una línea segura que yo pueda utilizar?

Canning sonrió.

—Claro. Pero no le aconsejo que llame al embajador tan tarde. Al viejo le ponen de muy mal humor las llamadas a su casa a altas lloras de la noche.

Branigan le devolvió una fría mirada de desprecio y fastidio.

—Es usted un cretino rematado. No quiero hablar con el embajador. Quiero hablar con el presidente de Estados Unidos.

35

Tallin
27 de febrero

Zinov tenía los ojos enrojecidos debido a una resaca de campeonato cuando Anna y Slanski entraron en el comedor, antes de las siete. Sus mejillas parecían de goma y tenía la frente poblada de arrugas. Estaba solo, sentado a una mesa.

Los saludó silenciosamente con la mano desde la otra punta de la estancia y volvió a concentrarse en su desayuno. Cuando entró Gorev para servirles café, Slanski notó que al posadero le temblaba la mano.

—¿Qué ocurre? —dijo en voz baja.

Gorev se inclinó para servir el café y susurró:

—Fui a dar un paseo hasta la plaza del mercado a las seis. La ciudad está abarrotada de milicianos y hombres del KGB, y hay controles en todas partes. No quiero parecer derrotista, pero en cuanto ustedes desaparezcan me iré a ocultar con mis amigos en el bosque hasta que crea que es seguro volver. Si los atrapan, eso podría ser nunca.

En el otro extremo, Zinov se puso bruscamente en pie, se limpió la boca con la servilleta y se acercó a ellos. Forzó una débil sonrisa para Gorev.

—Ese champán que sirve puede matar a un hombre.

—Siento la cabeza como si alguien se hubiera pasado la noche pegándome con una porra de caucho.

—Los caprichos se pagan, coronel.

—Y que lo diga —replicó secamente Zinov. Miró a Anna y volvió a sonreír débilmente—. Si me lo permite, está usted encantadora esta mañana, querida.

La cantidad de maquillaje que llevaba Anna distaba mucho de ser agradable y supuso que Zinov intentaba ser amable.

—Gracias, coronel. Mi esposo me ha dicho que usted nos llevará a Leningrado. Le estoy muy agradecida.

—Tonterías, tenemos que cuidar de nuestros soldados. Solo lamento que este trabajo haya alterado sus planes para la luna de miel. —Zinov consultó su reloj de pulsera y dijo vivamente—: Debo irme dentro de diez minutos.

Intenten no retrasarse. Me esperan en Leningrado para un almuerzo de trabajo a la una.

Se volvió para marcharse, pero vaciló y se dirigió a Slanski:

—Por cierto, iremos por la salida de la vieja Torre del Este. Nos llevará directamente a la autopista de la costa. Anoche oí decir que las autoridades buscan a un par de agentes enemigos que se lanzaron en paracaídas anteayer. Así que probablemente habrá controles, pero espero que no nos entretengan.

Slanski fingió sorprenderse.

—¿De verdad? ¿Agentes enemigos? ¿De dónde?

—Ni siquiera lo pregunté. Un hombre y una mujer, es todo lo que sé.

Lukin se había despertado a las seis, agotado, tras haber dormido mal. Se afeitó y se vistió, y después se sentó en el escritorio para leer los informes de la noche que Kaman le había traído.

Kaman le había dejado también un samovar de té y una bandeja con varios panecillos tiernos y una repugnante mermelada de ciruela. Lukin había despedido al capitán diciendo que le llamaría si le necesitaba. Extendió los informes sobre el escritorio y examinó rápidamente distintas páginas. Le parecía que las palabras danzaban sobre el papel; se notaba los ojos hinchados y doloridos por la falta de sueño. Pero no había nada de gran interés. Todos los hoteles y albergues de la ciudad y del casco antiguo habían sido visitados y se había identificado a cada uno de los huéspedes. En el cuartel general del KGB, en la calle Pikk, habían comprobado todos los datos.

La cosecha de desertores había aumentado hasta veintiún detenidos.

En el ejército se contaba que si querías desertar tenías que dirigirte hacia el oeste, al Báltico. Las mujeres eran hermosas y la bebida más fuerte, y al menos un hombre podía disfrutar de su libertad antes de ser enviado a una colonia penitenciaria siberiana por desertor.

Lukin levantó brevemente la vista para escudriñar la noche. En invierno, esta zona del Báltico era oscura y lóbrega, con solo tres horas de luz diurna como máximo, y el invierno siempre le había parecido deprimente. Añoraba el cálido sol de Crimea, el aroma de las flores de azahar y del jazmín silvestre, y el viento cálido en la cara. Había prometido llevar a Nadia a Crimea aquel verano. Se preguntó si para entonces aún seguiría con vida para cumplir su promesa.

De pronto la recordó y se arriesgó a pensar en lo que podría sucederle si él fracasaba. No podía fracasar. Lukin suspiró con desesperación y volvió a

concentrarse en los informes, mientras la tensión y la frustración se acumulaban en su interior como un muelle que se tensa.

Veintiún desertores, un estraperlista y un muchacho de quince años con una Luger alemana oxidada y sin licencia, pero sin munición. El chico había sido detenido durante la noche e interrogado sobre los paracaidistas, pero resultó evidente que no sabía nada. Leyendo entre líneas el informe del KGB local, comprendió que el chico había sido torturado durante el interrogatorio. Era poco probable que fuese ni siquiera un partisano: aquellos valientes pero fútiles hombres y mujeres estonianos se ocultaban en los bosques, provistos de decrépitas armas alemanas, pero seguían atosigando al ejército ocho años después de la guerra.

Lukin sintió un escalofrío mientras dejaba a un lado el informe. Lo más probable era que el pobre muchacho fuera fusilado. Tener un arma sin licencia en los territorios ocupados significaba la ejecución segura, sin tener en cuenta la edad.

Echó la silla hacia atrás, encendió un cigarrillo y sintió el fuerte aroma del tabaco *rakkorka* llegar al fondo de sus pulmones. Llamaron a la puerta; entró Kaman y saludó.

—El coche está listo para la inspección de los controles, señor. Creo que la Torre del Este es el primero.

Lukin aplastó la colilla del cigarrillo.

—Muy bien, Kaman, que sea la Torre del Este.

Estaba muy oscuro y hacía mucho frío mientras el Emka traqueteaba por las estrechas calles pavimentadas del casco antiguo.

Como casi todos los coches rusos pequeños, el Emka era un vehículo muy limitado y no tenía calefacción, por lo que Zinov llevaba una gruesa chaqueta de lana de oveja a fin de conservar el calor. Había sugerido que Anna y Slanski se sentaran juntos en el asiento trasero y se taparan las piernas con la gruesa manta de lana que guardaba para los acompañantes. Cuando giró a la izquierda por una calle estrecha que desembocaba en una de las antiguas torres de granito, todos vieron el puesto de control más adelante.

Un grupo de hombres de paisano y de milicianos uniformados custodiaban una barrera roja provisional colocada de través en la carretera, entre dos barriles de petróleo, justo frente a la torre. Delante había una hilera de tres vehículos, dos camionetas de reparto y un automóvil privado, detenidos y esperando a que les permitieran pasar. Los milicianos parecían

haber acabado el registro del primer camión, y este arrancó en cuanto la barrera fue retirada.

Zinov pisó los frenos y se detuvo detrás del coche que había delante. Impaciente, tamborileó con los dedos sobre el volante.

—¡Maldita sea! Supongo que no podemos hacer otra cosa que esperar nuestro turno. —Se volvió para mirar a Slanski y a Anna mientras sacaba una cajetilla de cigarrillos—. ¿Alguien fuma? Es tabaco negro de Crimea. Garantizan que te deja sin aliento.

Slanski tomó uno, pero Anna lo rechazó. Slanski acercó la llama de una cerilla al cigarrillo de Zinov y después miró a Anna. La boca de la mujer estaba tirante por la tensión cuando le devolvió la mirada.

Oyeron un vehículo traquetear sobre los adoquines. Slanski estiró el cuello y vio un Zis verde del ejército acercarse al puesto de control desde la dirección opuesta. El coche frenó y de él salió un hombre.

Llevaba un uniforme negro del KGB, gorra de oficial y un grueso abrigo negro con hombreras. Slanski observó que solo llevaba un guante de cuero en la mano izquierda. La mano se veía rígida y supuso que era postiza.

El hombre del KGB se dirigió hasta un oficial uniformado del puesto de control y habló acaloradamente con él. Instantes después, el oficial se volvió y vociferó una orden que hizo que los milicianos a su mando trabajaran con más diligencia.

Unos focos halógenos y unas lámparas de arco voltaico cobraron vida a los pocos segundos, inundando de luz la calle adoquinada. Aparecieron más milicianos, y por su aspecto se diría que algunos habían estado durmiendo en la parte posterior de sus vehículos y los habían despertado bruscamente. El oficial del KGB había impresionado, evidentemente, porque el segundo camión fue registrado más a fondo. Hubo un aumento de la actividad y la oscuridad se llenó de órdenes tajantes y voces que respondían.

El conductor del camión había descendido del vehículo y un miliciano examinaba sus documentos, utilizando una linterna para comparar la fotografía con su rostro, mientras otros subían a la cabina provistos de potentes linternas. La lona que cubría el camión fue retirada y más milicianos subieron detrás, mientras otros examinaban debajo de la carrocería, utilizando un espejo situado al extremo de una larga pértiga de metal y linternas para iluminar la parte baja del vehículo.

Slanski notó que Anna se aferraba a él con fuerza mientras contemplaban la escena. Contó doce milicianos y soldados, más el hombre del KGB con su guante de cuero y el conductor. Pasaron cinco minutos interminables y no

daban muestras de que fueran a dejar pasar el camión. Detrás de ellos se habían unido a la cola otros vehículos.

Finalmente, Zinov dio un puñetazo sobre el volante.

—¡Maldita sea! A este ritmo tendremos suerte si llegamos a Leningrado a medianoche.

De pronto, dejaron pasar el camión y el coche de delante empezó a avanzar. Fue registrado de un modo igualmente concienzudo, los documentos del conductor pasaron el escrutinio y el hombre del KGB lo observó todo con interés, apoyado en una pared mientras fumaba un cigarrillo. Slanski maldijo para sus adentros y notó que un sudor frío brotaba de todos sus poros.

Se desabrochó silenciosamente la funda de la pistola Tokarev y comprobó que el seguro estuviera quitado. Se inclinó para acercarse a Anna, y notó el miedo de la mujer.

—Prepárate por si tenemos que salir corriendo —susurró—. Procura regresar al albergue.

Zinov se volvió en redondo bruscamente.

—¿Decía algo?

Slanski sonrió y dijo:

—Quizá deberíamos haber tomado el tren, coronel.

—Les presento mis excusas, esto es condenadamente ridículo.

—No es culpa suya.

—Es verdad, pero creo que va siendo hora de que tenga unas palabras con el oficial al mando. No podemos esperar todo el día, o todos llegaremos tarde.

De pronto le tocó el turno cuando el coche de delante recibió la señal de seguir. La barrera volvió a bajar mientras Zinov hacía avanzar el Emka, se detenía y bajaba la ventanilla. La luz de los proyectores bañó el coche con un chorro cegador mientras un miliciano corría hacia ellos.

—Bien, salga del coche y prepare sus documentos.

Zinov enrojeció ante la aspereza del miliciano. Exhibió su tarjeta de identificación.

—Está usted hablando con un coronel del KGB. Cuide sus malditos modales. —Hizo un ademán y señaló la barrera—. Déjenos pasar, y dese prisa.

El miliciano miró la identificación de Zinov y negó con la cabeza.

—Hay que comprobar la identidad de todo el mundo y registrar todos los vehículos. Haga lo que le digo y acabaremos lo más rápido que podamos.

Zinov contuvo a duras penas su irritación ante la impertinencia del hombre.

—Eso lo veremos, maldita sea. ¿Quién lleva el mando?

—Eso no cambiará nada, camarada. Es el comandante Lukin, del KGB de Moscú. Mientras, salga del coche.

Slanski y Anna se envararon ante la mención del nombre, pero Zinov pareció perder la cabeza por completo.

—¡Silencio, estúpido insolente! Diga al oficial de mando que quiero verle. ¡Ahora!

El rugido de Zinov hizo brincar al miliciano, que se volvió y alzó una mano para llamar la atención de Lukin, que había estado observando el desarrollo de la conversación.

Se acercó a grandes zancadas.

—¿Hay algún problema?

—Mire, Lukin, o como quiera que se llame —dijo Zinov—, está usted hablando con un coronel del KGB, y mis amigos y yo tenemos prisa. Nos aguardan asuntos importantes en Leningrado.

—Lo siento, pero nadie puede pasar sin que su identidad sea comprobada y su vehículo registrado.

—¿Con qué autoridad? ¡Maldición!

Sacó su tarjeta de identificación y se la mostró a Zinov para que la inspeccionara.

—Con la mía. Estamos buscando agentes enemigos.

Zinov examinó la tarjeta.

—Eso está muy bien —dijo—, pero como puede usted observar, nos está retrasando.

—Estoy retrasando a todo el mundo, coronel, pero estoy seguro de que comprende que tengo un trabajo que hacer. Ahora, por favor, salgan del coche y preparen los documentos.

El rostro de Zinov se volvió del color de la grana, pero salió del coche dando un portazo detrás de él. El miliciano examinó sus documentos en primer lugar, mientras dos hombres se acercaban para registrar el coche. Slanski y Anna salieron de la parte trasera y los ojos de Lukin mostraron un súbito interés. Dio un paso adelante.

—Documentos, capitán, por favor.

Slanski se los tendió. Durante mucho rato, el mayor miró el rostro de Slanski y después examinó los documentos antes de levantar la vista de nuevo.

—¿Quién es esta dama? —preguntó.

—Mi esposa, camarada comandante. Hemos pasado una corta estancia en Tallin.

—¿El motivo de su estancia en Tallin, capitán Petrovsky? Slanski sonrió y señaló a Anna con la cabeza.

—Nuestra luna de miel, camarada.

—¿Dónde se alojaban?

—En casa de un pariente de mi esposa, en el casco antiguo. ¿Hay algún problema, camarada comandante?

Lukin estudió el rostro de Slanski.

—Pues sí. Estamos buscando a un hombre y a una mujer, agentes enemigos que se lanzaron en paracaídas sobre Estonia hace dos noches. Casualmente, nuestra información sugiere que tienen aproximadamente la misma edad que usted y su esposa. —Miró a Anna—. ¿Así dice usted que esta dama es su esposa?

—En efecto, camarada —dijo Slanski con orgullo—. Nos casamos hace tres días. —Sonrió—. Y puedo asegurarle, comandante, que no es un agente enemigo.

Uno de los milicianos que permanecían cerca soltó una carcajada, pero la expresión de Lukin no cambió.

—Les felicito a los dos —dijo con voz monótona—. ¿Puedo ver también sus documentos, señora?

—Por supuesto.

Anna hurgó en su bolso de mano y se los entregó. Lukin examinó los documentos a fondo, iluminando el papel con su linterna, tocándolo y frotando el pulgar contra la página. No se los devolvió a Anna, sino que miró a Slanski; después examinó los documentos del hombre con el mismo procedimiento.

—¿Cuál es su destino, capitán Petrovsky?

—Leningrado.

—¿Con qué motivo?

—Para reincorporarme a mi división.

—¿Y cuál es esa división?

—La Acorazada 14.ª. Son inminentes unas maniobras de invierno en Novgorod y me temo que tendré que participar.

El comandante echó una ojeada a las insignias de la Acorazada 14.ª del uniforme de Slanski.

—¿Le importaría que registrásemos su equipaje?

Slanski se encogió de hombros.

—Claro que no, comandante.

Lukin hizo chascar los dedos y apareció un miliciano.

—Saquen el equipaje del capitán y regístrenlo a fondo. El de su mujer también.

Miró de nuevo a Slanski, y de pronto se adelantaron dos milicianos con las pistolas ametralladoras Tokarev preparadas, como si percibieran algún peligro.

Zinov dio un paso al frente y los interrumpió.

—Mire, mayor, ¿es realmente necesario? Tenemos una prisa de mil demonios. Conozco personalmente a este oficial y también a la joven. Da la casualidad de que me alojo con frecuencia en el albergue de su tío, aquí en Tallin.

—Lo comprendo, y estoy seguro de que tienen prisa, pero todos la tenemos. Esto no durará mucho.

Zinov enrojeció de ira. El miliciano sacó todo el equipaje del portamaletas.

—Por favor, indique cuál es el suyo —dijo Lukin a Slanski.

Slanski señaló sus dos maletas. Lukin las examinó primero por fuera con gran atención, pasando los dedos a lo largo de las costuras. Slanski permaneció inmóvil, notando el sudor que le corría por la nuca, intentando calcular cuántos disparos podría efectuar rápidamente y decidió, allí mismo, matar primero a Lukin.

El comandante alzó la vista.

—Abra las maletas, capitán, por favor.

Slanski obedeció la orden. Lukin se arrodilló y, con la linterna, iluminó sus pertenencias. Examinó las etiquetas de las ropas y palpó el tejido de cada prenda. Finalmente se puso en pie y volvió a estudiar a Slanski. En el rostro del comandante había una expresión indecisa; resultaba evidente que algo le preocupaba.

—Usted me es familiar, capitán. ¿No nos conocemos?

—No, que yo sepa, comandante.

—¿Dónde sirvió durante la guerra?

—En el Quinto de Kursk.

—¿Infantería?

—Sí, señor.

—¿De verdad? ¿Conoció al coronel Kinyatin?

Slanski fingió que intentaba recordar durante unos instantes y finalmente negó con la cabeza.

—Solo estuve en Kursk tres meses antes de ser trasladado. Me temo que nunca oí hablar de ese hombre.

Zinov se estremeció por el frío y volvió a interrumpir.

—Escuche, comandante, este pobre hombre y su mujer han tenido que interrumpir su luna de miel. ¿No ve que es un verdadero oficial? ¿Piensa ponerse en ridículo deteniéndolo o nos vamos a quedar aquí hasta morir congelados?

El comandante fulminó a Zinov con la mirada y después volvió a mirar a Anna y a Slanski como si aún fuera incapaz de tornar una decisión.

—Una pregunta, capitán, ¿en qué mes nació su mujer?

—¿Señor?

—¿En qué mes nació? Una pregunta sencilla.

Slanski sonrió ligeramente.

—En julio. Un hombre difícilmente podría olvidar eso, especialmente cuando acaba de casarse, señor.

—Parece usted algo mayor para ser un recién casado, capitán.

—¿Señor?

—¿Es su primer matrimonio?

Slanski sacudió la cabeza y compuso una expresión de dignidad ofendida.

—No señor, mi primera esposa murió en la guerra. De veras, señor, ¿es necesario todo esto?

Lukin titubeó un largo rato. Después le devolvió lentamente sus documentos.

—Les presento mis excusas por el retraso. Pueden seguir. Que tenga un buen viaje, capitán. Usted también, señora, y usted, coronel.

—Ya era hora, maldición —dijo Zinov, expeliendo una bocanada de aliento humeante.

Volvieron a subir al coche. Cuando Slanski se deslizó al lado de Anna en el asiento trasero y echó la manta de lana por encima de sus piernas, notó que ella buscaba su mano y la aferraba con mucha fuerza; sus dedos se clavaron dolorosamente en la carne del hombre. Notó que ella estaba temblando. Y que había una mancha de sudor en su camisa, a pesar del frío, y que el pulso le martillaba en los oídos.

Mientras el Emka arrancaba y traqueteaba sobre los adoquines, Zinov iba despotricando airadamente para sí mismo en la parte delantera.

—Estos tipos de Moscú se creen que dirigen el tinglado —gruñó rencorosamente—. No te preocupes, comandante Lukin, advenedizo de

mierda, me ocuparé de ti en cuanto llegue a Leningrado. No tienes ningún respeto por el rango, joder.

Mientras Zinov seguía maldiciendo, Slanski volvió la cabeza para mirar por la ventanilla posterior.

El comandante del KGB se había quedado mirando el coche con una ligera expresión de incertidumbre que ensombrecía su rostro.

Slanski volvió a mirar al frente. El comandante había sido hábil haciendo preguntas inofensivas pero que podrían haberle revelado muchas cosas. De algún modo, por la expresión de su rostro, aún no estaba convencido del todo. Slanski estaba tenso y se estremeció cuando el Emka dobló por la siguiente esquina.

—¿Qué ocurre? —susurró Anna en la oscuridad del interior del vehículo.

—Creo que alguien ha andado sobre mi tumba.

Era poco antes de las nueve cuando Lukin volvió a los cuarteles de Tondy.

Kaman le estaba esperando con un fajo de documentos. Parecía agotado.

—Unos cuantos informes más para usted, comandante. Me temo que sigue sin haber señales del hombre y de la mujer. —Depositó los documentos sobre la mesa—. ¿No cree que estamos perdiendo el tiempo con esta fase?

Lukin lo fulminó con la mirada.

—Al contrario, quiero que la operación continúe y se amplíe. Kaman suspiró.

—¿Ha pensado, mi comandante, que esas personas pueden haber muerto cuando se lanzaron en paracaídas sobre Estonia? Los paracaídas fallan a veces. Quizá deberíamos estar buscando sus cadáveres en el campo.

—Puedo aceptar una muerte por un paracaídas que no se abre, pero no dos. La orden sigue en pie. Amplíen la red para incluir un radio de quince kilómetros desde el centro de la ciudad. Hay que registrar concienzudamente cada casa, cada albergue y cada tienda de la ciudad.

—Tardaremos días…

—Tiene doce horas.

—Comandante, lo que usted propone incluiría a una cuarta parte de la población de Estonia.

Lukin se volvió en redondo con expresión irritada.

—Me importa un huevo, hágalo y punto. Y de prisa.

—Sí, mi comandante. —Kaman saludó y se marchó cerrando la puerta.

Lukin se pasó la mano por el cabello en un gesto de exasperación. Se había mostrado desagradable con el capitán, que parecía tan cansado como él, pero había demasiado en juego. Los bloqueos de carretera, los controles y los registros de los hoteles debían haberles proporcionado algún resultado.

Pero no había nada. Ni siquiera un indicio de que el hombre y la mujer estuvieran en Tallin.

Miró por la ventana. A lo lejos pudo distinguir el débil contorno de las murallas del casco antiguo, las cúpulas doradas en forma de cebolla de la iglesia luterana que se alzaban por encima, las viejas casas de color pastel que habían resistido desde el siglo V y habían visto a los invasores ir y venir, todo ello difuminándose en la oscuridad.

El hombre y la mujer tenían que estar en algún lugar, allí afuera. Era absurdo. Con tantos controles, debían haber conseguido algún resultado.

Pensó en el capitán y en su joven esposa, en la Torre del Este. Había algo extraño en el hombre que no acababa de encajar. Estaba seguro de haber visto su rostro antes, en alguna parte. La observación no había sido un cebo, como algunas de las otras preguntas, pero ¿dónde le había visto?

La mujer del capitán era atractiva, pero no guapa. El maquillaje echaba a perder su rostro. Demasiado exagerado. ¿Quizá fuera deliberado? El hombre había dicho que estaban de luna de miel. Ella debía estar contenta, pero no lo parecía demasiado, sino más bien ansiosa. ¿O era la imaginación del comandante?

Sin embargo, el hombre no había mostrado señales de miedo, sino solo de contrariedad. A Lukin le había resultado difícil decidirse acerca de él.

La pregunta que le había hecho acerca del cumpleaños de su esposa había influido en su decisión, pero solo en parte. En cierta ocasión había desenmascarado a una pareja de agentes alemanes en Kiev que viajaban como marido y mujer. Un marido siempre recuerda el cumpleaños de su esposa, y el alemán había titubeado demasiado; finalmente echó a correr, pero fue atrapado. En cambio, el capitán que había visto esa mañana no había dudado.

Sin embargo, la pareja se encontraba en el límite de las sospechas, y Lukin debió comprobar su historia. La afirmación del coronel respecto a que conocía personalmente a sus pasajeros había inclinado la balanza en su favor.

Pero lo que realmente preocupaba a Lukin seguía siendo la cara del hombre. Estaba seguro de que lo recordaba de alguna parte. Había algo en él que le parecía curiosamente familiar, pero tenía demasiados problemas, demasiadas presiones, y la memoria funciona mejor cuando la mente está relajada, no si está cansada y hecha un torbellino. Con el tiempo lo recordaría,

pero en aquel momento, por mucho que se estrujaba el cerebro, el resultado era nulo.

Se retiró de la ventana y cogió las fotografías de la mujer y del hombre conocido como el *Lobo*. Las miró durante un largo rato. La fotografía del *Lobo* estaba en realidad demasiado borrosa para resultar útil y había sido tomada a excesiva distancia. Otra cosa seguía preocupando a Lukin: el hecho de que faltaran dos páginas del expediente del espía. Quizá Beria tenía sus razones para arrancarlas, pero Lukin sintió que no confiaban en él. Era como si alguien, deliberadamente, intentara poner más dificultades en su camino.

Pasha tenía razón. Lo normal era que el investigador tuviera acceso a toda la información referente a un caso.

La fotografía de la mujer la presentaba sin maquillar, con el cabello cortado a cepillo y el rostro demacrado. Bajo sus ojos se veían unos visibles círculos oscuros, producto del estrés o de la falta de sueño… o ambas cosas.

Lukin intentó imaginar qué aspecto tendría con más carne en las mejillas, con el cabello más largo y maquillada. Imposible. Con un maquillaje hábilmente aplicado, una mujer puede cambiar por completo de aspecto. Aun así, el instinto le decía que algo no iba bien. Y en los controles no habían detectado a otros posibles sospechosos.

Descolgó el teléfono y marcó rápidamente la extensión de Kaman.

—Aquí Lukin. Quiero que compruebe inmediatamente la identidad de un tal capitán Oleg Petrovsky. Compruebe si está destinado en la Acorazada 14.ª de Leningrado. Póngase en contacto con su superior directo, quien quiera que sea. Quiero detalles de su expediente personal, familia, matrimonio, etcétera. Y compruebe si la división tiene planeado realizar maniobras de invierno en Novgorod. Haga que me llamen.

—¿Quién es ese Petrovsky? —preguntó Kaman.

—No se preocupe de eso por ahora. Hágalo. Y llame al comandante de las fuerzas aéreas locales para que tenga preparado un helicóptero por si lo necesito. Si se hace el remolón, póngame con él. Y averigüe dónde se alojaba en Tallin un coronel del KGB llamado Zinov.

Lukin colgó el teléfono. Quedaba mucho tiempo para detener al Emka antes de que llegara a Leningrado. El viaje duraba cinco horas, lo que le dejaba a Lukin casi tres de margen.

Consultó el reloj de pulsera. Las nueve de la mañana.

Con un poco de suerte, la información llegaría del cuartel de la división en Leningrado en los siguientes diez minutos.

Sexta parte
27 de febrero de 1953
9:15 a las 18:30 horas

36

Estonia
27 de febrero

Tomaron la principal autopista que conducía a Kivioli y, una vez pasada la ciudad, siguieron la carretera de la costa en dirección a Leningrado.

A lo largo del litoral vieron barcas de pesca de vivos colores pudriéndose y redes abandonadas como gigantescas telarañas. El cielo estaba despejado, pero una amenazadora nube de nieve se cernía sobre el helado Báltico, hacia el oeste.

Había más de trescientos kilómetros hasta Leningrado, cinco horas por la autopista, pero a partir de Kivioli descubrieron que el tráfico militar provocaba retenciones en todas las carreteras. Una larga columna de tanques y camiones levantaba chorros de aguanieve sucia a su paso en dirección al oeste, y Zinov tuvo que conducir despacio hasta que llegaron a la costa.

—Me alegra ver que Stalin aún disfruta haciéndoles saber a los del Báltico que seguimos en activo —comentó Zinov—. ¿Alguien quiere fumar?

Slanski aceptó un cigarrillo y le prestó su encendedor a Zinov, que al devolvérselo comentó:

—Hay que decir que aquel comandante de Tallin parecía tener dudas respecto a usted.

Slanski sonrió.

—Debo de tener una cara sospechosa, coronel.

Zinov rio.

—Si hubieran sido ustedes agentes enemigos, un coronel del KGB habría sido una mala elección como compañero de viaje.

Una hora más tarde el tráfico casi había desaparecido, excepto algunos campesinos ocasionales en carro, tirado por caballos o por burros, y Zinov intentó recuperar el tiempo perdido.

Pasaron por sórdidos pueblos y aldeas estonianos, y de vez en cuando el paisaje estaba salpicado de casas en ruinas, desocupadas desde la guerra, edificios calcinados y mansiones abandonadas cuyo techo se había desplomado. Los oxidados restos del pillaje sufrido por las carrocerías de los

Panzers y las piezas de artillería que los alemanes habían abandonado a campo abierto seguían su proceso natural de descomposición.

Cuando circulaban por un pueblo desierto, Slanski y Anna vieron que las casas de madera habían sido demolidas hasta los cimientos y que el interior de la iglesia estaba consumido por las llamas. Alguien había tachado el nombre del pueblo con dos brochazos de pintura negra.

—Hace un par de meses, este era un pueblo próspero —les hizo saber Zinov—. Hasta que unos partisanos decidieron volar el polvorín de unos cuarteles próximos. El comandante local hizo fusilar a todos los hombres, mientras las mujeres y los niños eran enviados a Siberia. Drástico, pero a veces se requieren medidas drásticas. ¿No está de acuerdo, capitán?

—Por supuesto.

Zinov se volvió y sonrió.

—Esos estúpidos partisanos creen que pueden derrotarnos. Pero se equivocan. Como aquel loco, Hitler, y el otro loco, Napoleón. ¿Conoce el famoso monumento de Riga? En un lado dice: «En 1812, Napoleón pasó por aquí camino de Moscú con doscientos mil soldados». En el otro lado dice: «En 1813, Napoleón pasó por aquí de regreso de Moscú con veinte mil soldados». —Zinov estalló en carcajadas.

Llegaron a Navara media hora después y el coronel sugirió que pararan a estirar las piernas antes de cubrir el último tramo hasta Leningrado.

—Conseguiremos algo de comida y de vodka. Para despejar la cabeza, no hay nada como un refrigerio y el aire fresco.

Slanski miró de reojo a Anna. Su encuentro con el comandante de Tallin les había dejado una sensación de inquietud y no deseaban retrasar su llegada a Leningrado.

—¿No sería mejor seguir hasta el final? —le dijo a Zinov.

—Tonterías, tenemos mucho tiempo. Estaremos en Leningrado antes de dos horas. Conozco un sitio perfecto un poco más adelante. En el transcurso de mis viajes suelo hacer una parada allí.

Aún era de noche y la luna, todavía visible, creaba una penumbra gris cuando, minutos después, Zinov abandonó la autopista por una salida y condujo el vehículo por una pista forestal. A ambos lados de la calzada, estrechos senderos se internaban entre los árboles, y unos centenares de metros más adelante la pista descendía bruscamente para volver a ascender, hasta desembocar en un claro que se abría junto a un pequeño lago helado.

La vista del lago era realmente hermosa, con los altos abedules que crecían a lo largo de la orilla bellamente decorados con una nieve que parecía

de azúcar, y provocaba una sensación de aislamiento tranquilo después del ajetreo de la autopista.

Zinov se apeó del coche.

—Espléndido, ¿verdad? —le dijo a Slanski—. Traiga la comida y el vodka, están en el portamaletas. También encontrará un poco de anguila ahumada y pan que compré en Tallin. Estoy seguro de que su mujer tendrá hambre.

Slanski rodeó el coche hasta el portamaletas y sacó una cesta de comida campestre. Cuando se volvía oyó un grito ahogado de Anna y vio que Zinov la sujetaba cruelmente por el pelo y le apuntaba a la cabeza con su pistola reglamentaria.

—Manos arriba —ordenó a Slanski. La expresión de Zinov era severa. De pronto volvía a ser el militar profesional—. Desabroche el cinturón de su arma, muy despacio. Hablo en serio, despacio. Después láncelo hacia mí. Haga lo que digo o le meto una bala en la cabeza a esta mujer.

—¿Qué ocurre? ¿Es una broma?

—No se haga el inocente conmigo y obedezca.

Slanski obedeció y Zinov, de una patada, alejó el cinturón con la pistolera. Después empujó a Anna hacia Slanski y los encañonó con su pistola.

Sus ojos se estrechaban hasta formar una rendija.

—Hay algo en ustedes que no me gusta. Aquel comandante de Tallin tenía razón. Son agentes enemigos.

—Coronel, eso es una tontería —dijo Slanski en tono conciliador—. Nuestros documentos están en regla, los comprobaron en el control. Guarde su arma. Está asustando a mi mujer.

—Cállese —le cortó Zinov—. Me he estado fijando en su acento. Ninguno de los dos es de Leningrado. Vivo allí desde que nací. Esa mujer es moscovita, pero usted…, a usted no puedo ubicarlo. Hace un rato se me ocurrió algo. Anoche me dijo que estaba destinado en la 17.ª. Acorazada, pero al comandante del puesto de control le ha dicho que está en la 14.ª. ¿Le importaría explicármelo?

—Un error. No sé en qué estaría pensando. Y jamás he dicho que mi mujer fuera de Leningrado.

—¿Un error? Y una mierda.

Slanski cambió de postura, dispuesto a saltar, pero estaba demasiado lejos para alcanzar al coronel.

Zinov sacudió su pistola.

—Yo no intentaría nada. Primero perdería un ojo. Soy un excelente tirador. —Apuntó a Slanski directamente—. Ahora va a decirme quiénes son en realidad o apretaré el gatillo.

Lukin estaba sentado en la helada cabina del helicóptero MIL mientras sus ojos recorrían la cinta de la autopista que serpenteaba por debajo del aparato.

Habían despegado de los cuarteles de Tondy en plena oscuridad una hora antes y volaban apenas a cincuenta metros por encima de la principal carretera de Leningrado. A ambos lados de la autopista se extendían hectáreas de interminables bosques de abedules cubiertos de nieve. Las luces de los pueblos y los faroles brillaban entre la bruma gris invernal que se prolongaba hasta el horizonte.

El piloto del helicóptero se volvió hacia Lukin y gritó para hacerse oír por encima del ruido que atronaba en la cabina.

—No podemos ir mucho más lejos, comandante. Un banco de nubes de nieve avanza hacia aquí procedente del este. El reglamento prohíbe volar a oscuras, y sobre todo con mal tiempo.

Lukin había tenido dificultades para convencer al comandante del piloto para que permitiera al helicóptero despegar a oscuras, hasta que sacó la carta de Beria y el hombre cedió, si bien a regañadientes, advirtiendo a Lukin de los peligros de volar con tan escasa luz. El MIL no estaba equipado para ello y el piloto tendría que mantenerse muy cerca del suelo.

Lukin negó con la cabeza.

—Olvídese del reglamento. Dará media vuelta cuando yo se lo ordene. ¿Tenemos suficiente combustible?

—Para unos doscientos kilómetros, pero…

—Entonces siga volando. Si ve algo, grite.

El piloto empezó a protestar, pero vio la siniestra expresión del rostro de Lukin y volvió a concentrarse en los mandos del aparato.

Lukin consultó el mapa que sostenía doblado sobre una rodilla. Con la mano empuñaba una pequeña linterna de lectura y la usó para iluminar el mapa, sin dejar de echar miradas intermitentes a la autopista. Una columna de tanques avanzaba hacia el sur, y sus grises siluetas, lentas y pesadas, parecían en la penumbra gigantescos caracoles de metal.

La respuesta de Leningrado a su consulta había llegado diez minutos después de su llamada. No existía ningún capitán Oleg Petrovsky en la 14.ª…, y no habría maniobras de invierno en Novgorod. El instinto de Lukin había

dado correctamente la alarma. Pero ¡diablos!, debió haberle hecho caso en el puesto de control.

El KGB había visitado el albergue donde se alojó el coronel Zinov, pero el local estaba cerrado y el propietario en paradero desconocido. Sus hombres habían forzado la puerta, pero la rápida inspección del local no sirvió de nada. Solo había otro nombre inscrito en el registro del albergue, el de un capitán llamado Bukarin. Lukin tendría que esperar a ver si aparecían el capitán o el posadero.

Según sus cálculos, el Emka tenía que estar muy cerca, un poco más adelante. Incluso viajando a ochenta kilómetros por hora, la máxima distancia que podía haber recorrido el coche era de doscientos kilómetros. Teniendo en cuenta el tráfico, lo más probable eran ciento cincuenta kilómetros.

Eso los situaba a cinco minutos por delante del helicóptero.

Lukin consideró la posibilidad de que el coronel que conducía el Emka hubiera tomado una carretera secundaria, pero era poco probable. En la autopista no se estaban realizando obras importantes que entorpeciesen el tráfico, mientras que las carreteras secundarias estaban atestadas de vehículos militares. El piloto ya había descendido sobre varios Emka, situándose junto a ellos en la oscuridad, y el estupor era evidente en los rostros de los pasajeros cuando el helicóptero se mantenía a su lado para que pudieran ser observados de cerca los ocupantes. Pero hasta el momento no había ni rastro del coronel que buscaban. Lukin todavía no estaba seguro de si el hombre era la víctima inocente de un engaño o si formaba parte de él.

Volvió a contemplar la autopista. Nada. Habían dejado atrás la última columna de tanques hacía varios minutos.

—¿Hay un faro debajo del fuselaje? —gritó al piloto. El hombre le miró y asintió con la cabeza.

—Si no vemos nada en los próximos diez minutos —dijo Lukin—, volveremos atrás para inspeccionar las carreteras secundarias, las que se internan en el bosque. El coche pudo detenerse en cualquier parte.

El piloto parecía preocupado. Señaló al frente, hacia el cielo encapotado, y sacudió la cabeza.

—Pronto empezará a nevar. Además, junto a la autopista hay cables de alta tensión. Con esta luz tan débil podríamos dar con uno. Es demasiado peligroso.

—Haga lo que le digo —le ordenó Lukin.

El piloto negó firmemente con la cabeza.

—No, comandante. Yo llevo el mando de esta aeronave. Debo insistir, es demasiado peligroso. Y si nieva, puede ser muy traicionero. Vamos a regresar… El piloto miró hacia un lado y movió la palanca de control. El MIL empezó a virar hacia la derecha y enfiló en la dirección por la que habían venido.

Lukin desenfundó su pistola, la amartilló y apoyó la boca del cañón sobre la cabeza del piloto, que le miró con estupefacción.

—¿Se ha vuelto loco?

—Es posible, pero le mataré si no hace lo que le digo. Encienda el foco, teniente, o le arranco una oreja de un tiro.

—Coronel, comete usted un error.

Zinov seguía apuntando a Slanski con su arma.

—Hable, antes de que caiga en la tentación de disparar.

—No tengo nada que decir, excepto que pienso informar de esto. Su conducta es inexcusable. Por el rostro de Zinov cruzó una fugaz expresión de desconcierto.

—No ponga a prueba mi paciencia —dijo al fin.

—¿Puedo hacerle una sugerencia? Llévenos hasta el próximo cuartel de la milicia y telefonee a mi comandante. Él confirmará mi identidad.

Zinov sonrió.

—Y mientras tanto ustedes intentarán escapar… No soy idiota. Yo seré quien se llevará el mérito de haberlos capturado, y no ese engreído comandante de Tallin. Así que dígame quiénes son.

—Capitán Oleg Petrovsky. 14.ª División Acorazada. Zinov dio un paso hacia él y le apuntó con el arma entre los ojos.

—No me joda o le volaré la cabeza, hijo de…

—Coronel —intervino Anna—, creo que debería saber la verdad.

Slanski fue a hablar, pero Anna le interrumpió.

—No. Tengo que decírselo. —Miró serenamente a Zinov—. Oleg y yo no estamos casados. Mi marido es un oficial del ejército; está destinado en Leningrado. Este hombre es quien dice ser, pero fuimos a Tallin para estar juntos a solas.

Zinov sonrió burlonamente.

—¿Amantes? Buen intento, pero tendrá que pensar en algo mejor.

—En mi bolso encontrará una fotografía mía junto a mi marido.

Zinov titubeó; de pronto se sentía inseguro.

—Sáquela usted. Pero recuerde que, si intenta algo, su amiguito perderá la cabeza.

Anna fue hacia el coche y cogió su bolso del asiento trasero.

Zinov dio un paso hacia ella.

—Échelo hacia aquí —dijo.

Anna le arrojó el bolso y Zinov fue a cogerlo. Ella recorrió rápidamente la distancia que los separaba, y cuando Zinov reaccionó y levantó la pistola, presa del pánico, el canto de la mano de la mujer le golpeó con fuerza en el cuello. Zinov soltó un aullido de dolor; Slanski corría en dirección a él, pero no fue lo bastante rápido.

Zinov disparó y la bala perforó la guerrera de Slanski una fracción de segundo antes de que este le arrancara la pistola de la mano de una patada y su puño se estrellara contra la mandíbula del coronel. Zinov cayó de espaldas sobre la nieve, con la boca ensangrentada. Slanski se apoderó del arma y Zinov, desde el suelo, le miró suplicante, con el miedo reflejado en sus ojos.

—Por favor, no me mate. Por favor, no se lo diré a nadie. Por favor…

Slanski le metió una bala entre las cejas. Anna se cubrió la boca con una mano, horrorizada.

—Vuelve al coche —dijo Slanski.

Ella no se movió; se quedó mirando el cadáver del coronel, De la herida seguía manando sangre. Anna permaneció inmóvil varios segundos, conmocionada, hasta que Slanski le tocó el brazo.

—Anna…

—¡Aléjate de mí!

La mujer le dio un empellón, pero Slanski la sujetó del brazo con irritación y pegó su rostro al de ella.

—Escúchame. Estás en estado de *shock*. ¿Crees que a mí me gusta esto? Es la guerra, Anna. Hay que matar o morir. Él nos habría matado a los dos. Solo tienes que recordar que era del KGB, los que te mandaron al gulag. Los que te arrebataron a tu hija. No olvides eso.

Las palabras de Slanski la hicieron volver bruscamente a la realidad.

—Ayúdame a enterrar el cadáver. Busca en el coche, a ver si hay algo que nos sirva para cavar. Date prisa. No quiero pasarme aquí todo el día.

Anna contempló cómo daba la vuelta al cadáver y empezaba a registrarle los bolsillos. De pronto levantó la vista hacia el cielo: había oído un débil rumor, que enseguida se desvaneció.

—¿Qué ocurre? —El sudor perlaba la frente de Slanski, que miraba a Anna con expresión apremiante.

—Nada. Me pareció oír algo… —Y se dirigió hacia el coche.

Tardaron quince minutos en enterrar el cadáver en una fosa poco profunda que cavaron en la nieve con las manos y empleando una llave fija del coche. Cuando terminaron estaban empapados y sus ropas cubiertas de sangre.

—Será mejor que te cambies —dijo Slanski—. Sacaré las maletas.

Anna empezó a desnudarse y Slanski fue en busca del equipaje al portamaletas del coche, tras lo cual empezó a vestirse. Se puso el traje y la gorra de pana, y cuando Anna acabó de vestirse echó una última ojeada a la zona.

—Dame tu ropa —dijo.

Ella se la tendió y Slanski fue hacia unos arbustos y escarbó en la nieve con las manos desnudas hasta cavar un hoyo lo bastante hondo como para enterrar las ropas. Después cubrió el agujero con tierra y nieve hasta que pareció que nadie hubiera pisado aquel suelo.

—Vayámonos.

Cuando llegaron al coche, Slanski miró la cara de la mujer. Estaba pálida y contraída, y en sus ojos pudo distinguir el miedo.

—Anna, lo que he hecho era necesario, tú lo sabes.

—Sí, lo sé —dijo, pero se estremeció.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes frío?

—Y miedo.

—Podemos estar en Leningrado en menos de dos horas. Con suerte, nadie echará en falta a Zinov por un tiempo.

Le acarició el rostro con la mano, después se quitó la chaqueta y se la colocó suavemente alrededor de los hombros. Anna protestó.

—Te congelarás.

—Acéptala.

Ella le miró.

—Alex…

—¿Qué?

Iba a decir algo, pero pareció cambiar de idea y sacudió la cabeza.

—Nada.

Se volvió y contempló sus pisadas sobre la nieve.

—¿Qué hacemos con eso?

—Por el aspecto del cielo, volverá a nevar. La nieve lo cubrirá todo enseguida. Vayámonos. Cuanto antes nos larguemos de aquí, mejor.

Slanski embutió el equipaje en el portamaletas y ambos subieron al coche. Encendió los faros para iluminar el sendero rodeado de árboles que conducía a la autopista… De pronto oyeron un rumor sordo, que aumentó rápidamente hasta convertirse en un trueno ensordecedor, y vieron un potente haz de luz que barría el bosque por detrás de ellos.

Un helicóptero apareció repentinamente a sus espaldas. La cegadora luz que brotaba de debajo del fuselaje los atrapó en su haz.

En el interior de la cabina eran visibles dos siluetas bañadas en sombras, y una de ellas les apuntaba con una pistola a través de la ventanilla lateral del aparato, que estaba abierta.

Del arma surgió un disparo que hizo añicos una de las ventanillas del Emka.

Anna dejó escapar un grito cuando la bala pasó zumbando ante ella.

—¡Agárrate fuerte!

Slanski puso en marcha el Emka a la desesperada. El motor rugió y las ruedas giraron sobre sí mismas a toda velocidad unos instantes, antes de hacer presa en la nieve y transmitir su impulso al vehículo, que salió disparado por la pista forestal.

37

Lukin se frotó los ojos y miró hacia abajo. El movimiento de las aspas hacía vibrar la cabina, impidiéndole concentrarse, mientras sus ojos recorrían de punta a punta los bosques que se extendían a ambos lados de la autopista.

Estaban sobrevolando los árboles, planeando por encima de hectáreas de tupidos abedules. Llevaban el foco encendido y su dedo plateado sondeaba el follaje que se extendía bajo sus pies, balanceándose a izquierda y derecha cuando el piloto hacía virar el aparato. De vez en cuando, el hombre miraba con nerviosismo a Lukin, que todavía empuñaba la pistola. Si descendían demasiado podían chocar contra los árboles o los cables eléctricos tendidos a lo largo de la autopista.

Llevaban casi diez minutos recorriendo la carretera y desviándose en zigzag hacia los bosques de ambos lados, pero no habían visto nada. Lukin, frustrado, maldecía sin parar.

La frente del piloto estaba perlada de sudor cuando miró una vez más a Lukin.

—Comandante —dijo nervioso, si no damos la vuelta ahora mismo, vamos a tener graves problemas. No nos queda suficiente combustible para volver a Tallin y el tiempo se está volviendo contra nosotros.

Lukin escrutó el exterior a través de la cúpula de vidrio. El piloto tenía razón. Había un banco de nubes de nieve con mal cariz avanzando hacia ellos desde el oeste.

—Siga volando.

—Comandante… Debo protestar.

—Asumo la responsabilidad. Obedezca.

El piloto hizo rechinar los dientes y volvió a concentrarse en los mandos. En la voz de aquel hombre se adivinaba una desesperación cada vez mayor.

Ocurrió en aquel instante.

El foco pasó por encima de una estrecha carretera del bosque y Lukin divisó de repente huellas de neumáticos de un coche.

—¡Por allí! —señaló el lugar y el piloto vio el rastro. Más adelante, Lukin distinguió una pequeña elevación en el bosque, y detrás de ella lo que parecía la orilla de un lago helado.

—¡Descienda!

—Comandante, si nos acercamos demasiado a las copas de esos árboles…

—¡Hágalo!

El piloto sacudió la cabeza, exasperado, pero obedeció la orden e hizo bajar el MIL, mientras el faro rastreaba las serpenteantes huellas paralelas que hendían la pista forestal. El helicóptero siguió las huellas. Remontaron una ladera hasta el lago helado. Cuando se acercaban a la orilla, Lukin vio de pronto el Emka negro y su corazón dio un vuelco. Divisó dos siluetas que se apresuraban a subir al coche.

—¡Deténgase! ¡Quieto! —gritó al piloto.

El ruido se hizo casi ensordecedor en el interior de la cabina cuando el MIL se detuvo súbitamente en pleno vuelo, estremeciéndose mientras se cernía sobre el Emka, batiendo furiosamente los árboles y levantando una nube de nieve en polvo.

Lukin pudo vislumbrar a través del parabrisas las sorprendidas caras de la pareja, inmovilizadas por el foco durante un segundo. La misma pareja que viera en el puesto de control.

Tuvo un momento de furiosa indecisión. Después abrió de golpe la ventanilla lateral del helicóptero, apuntó con su pistola al coche y disparó.

Vio que el cristal de la ventanilla del acompañante se hacía añicos, y el Emka arrancó y se internó en el bosque a toda velocidad.

—¡Persígalos! —rugió Lukin.

El piloto obligó al MIL a describir un arco y se dispuso a perseguir al coche por encima de los árboles.

Slanski sudaba mientras sujetaba con fuerza el volante del coche, que corría velozmente por la estrecha carretera llena de baches. El aire gélido penetraba en el vehículo a través de la ventanilla destrozada, pero él apenas notaba el frío mientras conducía, concentrando sus cinco sentidos en la carretera. De vez en cuando, el coche brincaba violentamente al rodar sobre un surco, y Anna se aferraba a la puerta como si en ello le fuera la vida.

Segundos más tarde, oyeron por encima de sus cabezas el rugido de las aspas del helicóptero. El aparato los adelantó, viró en redondo y se quedó inmóvil en pleno vuelo, hiriendo sus ojos con la intensa luz del foco. Slanski lanzó una maldición cuando la luz le cegó y por un instante perdió el control del vehículo, que dio una sacudida mientras él luchaba por recuperar el control.

El Emka derrapó. Slanski dio un brusco acelerón y salieron del haz del foco. A su derecha se abría una estrecha senda y Slanski giró el volante de un manotazo para tomarla. El helicóptero le siguió y volvió a situarse ante ellos. En ese momento oyeron un impacto metálico, una bala que perforaba el techo del coche, y Anna gritó cuando el proyectil se incrustó en el asiento trasero.

—¡Agárrate fuerte! —Slanski sujetó el volante con una mano, bajó la ventanilla de su lado y desenfundó su Tokarev. Pisó el freno para reducir la velocidad. Segundos después, el helicóptero pasó rugiendo por encima de los árboles y se quedó inmóvil justo delante de ellos, balanceándose a derecha e izquierda mientras intentaba nivelarse. Slanski vio de pronto la cara del comandante en la cabina.

Apuntó, disparó tres veces casi simultáneamente y vio florecer unos orificios en la cúpula de vidrio, al ritmo de los ladridos de su pistola.

El helicóptero cabeceó pero siguió en el aire, y Slanski vio que el comandante le apuntaba a través de la ventanilla lateral. A la izquierda del Emka se levantaron varias nubecillas de nieve.

Slanski pisó el acelerador a fondo y volvieron a ganar velocidad. El helicóptero describió rápidamente un nuevo arco y se puso a su espalda.

De pronto, el Emka salió a una estrecha carretera y Slanski comprendió que habían vuelto a la pista que se internaba en el bosque desde la autopista.

Giró a la derecha bruscamente. El helicóptero se mantenía justo detrás de ellos y su potente foco bañaba el coche con una intensa luz blanca.

Segundos más tarde, Slanski vio la carretera principal a cincuenta metros por delante de ellos. A su izquierda, también delante, había una enorme torre del tendido eléctrico, con gruesos cables metálicos que corrían a ambos lados.

—¡Agacha la cabeza! —gritó a Anna.

Aceleró bruscamente una vez más y el Emka se dirigió en línea recta hacia la torre.

El ronco batir de las aspas era ensordecedor mientras el MIL surcaba el cielo como una exhalación; Lukin soltó una maldición.

El ambiente de la cabina rayaba la desesperación mientras el piloto luchaba por controlar el aparato, al tiempo que efectuaba bruscos virajes para seguir al Emka, que avanzaba entre los bosques culebreando y girando repentinamente al llegar a los cruces.

Lukin no apartaba la vista del coche. Había sacado la Tokarev por la ventanilla lateral del helicóptero e intentaba obtener un buen blanco del

conductor, pero era casi imposible. Cada vez que el MIL se situaba ante el coche, este se desviaba por otra senda y el aparato tenía que hacer un rápido barrido para no aumentar la distancia que los separaba.

—Procure mantener quieto este maldito trasto, ¿quiere? —rugió al piloto.

—¡Hago todo lo que puedo, joder!

El Emka redujo bruscamente la velocidad y volvieron a rebasarlo. Mientras el MIL giraba en redondo y el piloto intentaba enfocar la luz sobre el coche, se oyeron varios disparos casi seguidos y aparecieron tres agujeros en el vidrio de la cabina, por encima de sus cabezas. El MIL se elevó mientras Lukin agachaba la cabeza instintivamente, apuntaba a través de la ventanilla y disparaba dos rápidos tiros, pero ambos fallaron. El Emka empezó a moverse otra vez, giró a la derecha y después retrocedió hacia la pista forestal que conducía a la autopista.

—Siga persiguiéndolos, no los pierda.

El piloto lanzó una maldición, mientras el MIL trazaba un nuevo arco y perseguía ruidosamente al coche.

Estaban a cincuenta metros de la autopista cuando Lukin notó de pronto una sacudida aterradora.

—¡Oh, Dios mío! —aulló el piloto. Lukin vio horrorizado la torre del tendido eléctrico, justo delante de ellos. El piloto intentó frenéticamente desviarse en el último instante, pero un segundo después las aspas cortaron los cables eléctricos y se produjo un destello cegador con un halo azulado y una lluvia de chispas estalló como fuegos artificiales ante sus rostros.

Se oyó un impresionante choque metálico en el momento en que el MIL se estrelló contra la inmensa torre; luego, el ruido de las aspas se extinguió abruptamente, mientras el helicóptero caía convertido en una bola de fuego.

38

Leningrado
27 de febrero

El tren se detuvo en la avenida Nevsky y de él se apearon Anna y Slanski.

El mediodía había quedado atrás hacía poco y en la avenida principal se había formado un atasco. Iban caminando por la larga calle atestada, cogidos de la mano. Había empezado a nevar y el camino fue un caos de ruido del tráfico y de viandantes.

A sus espaldas, en la distancia, se elevaban la columna de Alejandro, en el Palacio de Invierno, y la magnífica cúpula de la catedral de San Isaac. Los edificios zaristas de color arcilla alineados junto a los canales que corrían a ambos lados de la avenida Nevsky reverberaban con la nieve, suavizando la gris y monótona impresión general. Pero en casi todas las calles laterales quedaban aún ruinas de la guerra, esqueletos ennegrecidos de edificios medio demolidos o reforzados precariamente con gruesas riostras de madera, testimonios de un asedio de casi un año, que había destruido casi media ciudad y había costado la vida a más de medio millón de sus habitantes.

Desplegada a lo ancho de la avenida Nevsky había una pancarta gigantesca con un radiante Iósif Stalin que sonreía al ruidoso tráfico: camiones y coches, autobuses, trolebuses y tranvías; BMW, Volkswagen y Opel alemanes, entregados o abandonados por un enemigo nazi derrotado y confiscados de buen grado por la iracunda población de la ciudad.

Slanski contempló la pancarta de Stalin y luego se volvió hacia Anna, que caminaba a su lado entre la multitud. Se la veía cansada y pálida, y en sus ojos había una tensa expresión.

Habían abandonado el Emka en una callejuela de los suburbios de Udelnay, a diez kilómetros de distancia, habían subido a un autobús que los llevó hasta el límite de la ciudad, y después a uno de los tranvías amarillos para completar su viaje. En menos de media hora se plantaron en el centro de Leningrado.

Habían tardado casi tres horas en salir del bosque, ciñéndose a las carreteras secundarias, pero no habían sido detenidos en ningún puesto de

control ni los habían seguido, y nadie les había prestado la menor atención mientras caminaban por la concurrida avenida.

Cuando llegaron a la esquina opuesta de la principal estación de ferrocarril con trenes hacia Moscú, Slanski buscó un teléfono público, introdujo una moneda en la ranura y marcó un número.

El hombre de rostro enjuto depositó tres vasos anchos llenos de vodka sobre la maltratada mesa.

Se bebió uno rápidamente y miró al hombre y a la mujer, antes de limpiarse la boca con la manga y dedicarles una sonrisa.

—Beban. Van a necesitarlo.

Era un hombre de mediana edad, y su oscuro y flaco rostro no mostraba señales de nerviosismo.

Era un nacionalista ucraniano, que después de la guerra había vivido en París como refugiado, trabajando de fotógrafo, hasta que los americanos habían contribuido a que lo mandaran a Rusia con la identidad de un prisionero de guerra soviético que había sido liberado de un campo enemigo por los aliados al avanzar sus líneas en Gotinga. Una vez efectuada la entrega, junto con otros cientos de soldados rusos, se habían sucedido varias semanas de brutal interrogatorio en manos del KGB, y después tuvo que pasar dos años en el gulag por su supuesto error al haberse dejado capturar por los alemanes.

Después de aquello, todo fue fácil.

Consiguió trabajo en un estudio de fotografía próximo al embarcadero de Petrogrado y tomó halagadoras fotografías de los oficiales y jefes de la Academia Naval de Leningrado. Les gustaron tanto que volvieron para presentarle a sus amigos y familiares, y de vez en cuando los fotografiaba con sus camaradas en las ceremonias navales.

Cada mes enviaba copias y biografías de interés a un agente emigrado a Leningrado, que debía pasarlas a sus contactos sucesivos hasta hacerlas llegar a la oficina de París de los emigrados ucranianos y finalmente a los americanos.

Era un trabajo peligroso, pero con ello se vengaba de los rojos por el daño que habían infligido a su país.

Se reunió con la pareja en el parque cercano al Palacio de Invierno una hora después de recibir la llamada telefónica en su estudio. Les hizo tomar varios tranvías, que los llevaron a su casa dando un rodeo por las afueras, y no

se detuvieron hasta que finalmente se sentaron en el cochambroso piso de dos habitaciones ubicado en un callejón perpendicular al canal de Moika, cerca de la avenida Nevsky.

Era un cuchitril inmundo, en el segundo piso de un viejo edificio zarista reconvertido en apartamentos. El papel pintado de las paredes se caía a jirones, los muebles estaban en pésimo estado y había un fuerte olor a comida rancia o podrida. Contaba con una minúscula cocina que se comunicaba con el exterior y una mesa, sobre la que el hombre había depositado gruesas rebanadas de pan tosco y unos platos de gachas espesas, con carne.

Sus huéspedes hicieron caso omiso de la comida, pero aceptaron el vodka.

—¿Por qué? —preguntó Slanski al hombre—. ¿Cuál es el problema?

El hombre sonrió lúgubremente mientras encendía un cigarrillo.

—Todo lo que me has contado sugiere un problema. Están bien jodidos, como me llamo Vladimir Rykov. —Miró a Anna y se encogió de hombros mientras expelía una bocanada de humo y ofrecía la cajetilla a sus huéspedes —. La verdad es que no hay otra manera de exponerlo, querida.

Slanski aceptó el cigarrillo. De pronto, al otro lado del rellano oyeron a una pareja discutiendo acaloradamente, insultándose, dando portazos y levantando la voz. Un alarido paralizó el aire; después se oyó el ruido seco de una bofetada y una voz atronó:

—¡Quítame las manos de encima, cerdo asqueroso!

Vladimir dirigió la vista hacia la puerta y esbozó una sonrisa.

—¡El amor! ¿Dónde estaríamos sin él? A los rusos les gusta discutir y lanzarse objetos. Lo que no pueden hacerle a la autoridad, lo hacen en casa. —Hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta—. No se preocupen por esos dos, siempre están igual, día y noche. En cualquier momento oiréis un portazo, el marido llamará puta a su mujer y después saldrá a emborracharse.

En ese momento se cerró violentamente una puerta y una voz airada gritó: «¡Puta!», y después oyeron unos pasos que bajaban por la escalera.

Vladimir se echó a reír.

—¿Qué les decía? Ojalá todo en esta vida fuera tan predecible como mis vecinos.

—Ibas a contarnos por qué tenemos problemas.

El hombre le miró y dio una calada a su cigarrillo.

—Por dos razones. Primera: por lo que me habéis contado, el KGB y la milicia los estarán buscando, no me cabe la menor duda. Segunda: toméis la ruta que toméis, va a ser difícil.

—Podemos irnos, si estás preocupado —ofreció Slanski—. Pero no tenemos ningún otro lugar adonde ir.

Vladimir meneó la cabeza con resignación.

—No se preocupen por mí. Mis preocupaciones terminaron cuando acabó la guerra. Perdí a mi mujer y a mi familia. Solo quedo yo. ¿De qué hay que preocuparse? —Se puso en pie y alargó el brazo para alcanzar el vodka—. Que esos cabrones me fusilen, si quieren.

Volvió a llenarse el vaso mientras Slanski se levantaba y se dirigía a la ventana para mirar hacia el exterior. A sus pies, entre la casa y la verja de la calle, había un pequeño patio. A uno de los lados había una hilera de puertas de madera atrancadas, con un candado cada una, que guardaban lo que parecían ser los trasteros exteriores de los minúsculos apartamentos. El solar estaba regado de basura y patrullado por escuálidos gatos carroñeros.

Slanski le había contado su incidente con Lukin, el comandante del KGB. No porque lo deseara, sino porque lo que ocurriera a partir de entonces influiría en su viaje y quizá pondría en peligro a Vladimir. Pero este se había mostrado sorprendentemente tranquilo ante la información.

Slanski le miró.

—Tenemos que llegar a Moscú como sea.

Vladimir aplastó la colilla del cigarrillo, arrancó un pellizco del panecillo y lo masticó. Luego lo ayudó a bajar con un buen trago de vodka y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo. En tren, tenemos el expreso Estrella Roja, que efectúa el recorrido nocturno entre Leningrado y Moscú en doce horas. Pero teniendo en cuenta lo que me habéis contado, es probable que la estación de ferrocarril esté vigilada. El avión es el medio de transporte más rápido. Aeroflot tiene vuelos regulares a Moscú cada dos horas. Aunque es difícil conseguir pasaje; probablemente tendríais que esperar un par de días, y eso si hay suerte. Y no cabe duda de que el KGB y la milicia también estarán vigilando el aeropuerto. Naturalmente, siempre podéis robar un coche, pero se tarda un día y medio en llegar, incluyendo las paradas para descansar, y viajar en un coche robado sería buscarse problemas si los paran en un control.

—¿Y si vamos en autobús?

Vladimir negó con la cabeza.

—Existe un servicio de autobuses, por supuesto, pero ninguno va directamente a Moscú. Tendríais que hacer transbordo a menudo y el viaje

podría durar varios días. Además, es muy complicado si no conocéis el camino.

Slanski miró a Anna y suspiró con exasperación. Ella le devolvió la mirada y después dijo a Vladimir:

—Tiene que haber algún otro medio.

El hombre sonrió y escupió un pedazo de tabaco en el suelo.

—Tal vez —dijo; reflexionó durante unos instantes—. Tengo una idea que podría funcionar. Vengan, se mostraré algo.

Se dirigió hacia la puerta, seguido por Slanski y Anna.

Estonia

Era una pesadilla.

Lukin se despertó temblando de frío en la oscuridad. Sus miembros estaban dolorosamente entumecidos y notaba como si tuviera hielo circulando por sus venas.

Estaba aterido, empapado de sudor y febril.

En sus ropas y su cara había escarcha y se sentía como si alguien lo hubiera empotrado en un bloque de hielo. El frío mordía su carne y sus huesos como fuego.

Mientras permanecía tumbado sobre la nieve, medio inconsciente, se dio cuenta de que percibía un fuerte olor a queroseno mezclado con un hedor acre y dulzón.

Recordaba aquel hedor. Nadie que haya estado en un campo de batalla consigue olvidarlo nunca. Parecido al del cadáver de un animal, pero más dulce.

Carne humana quemándose.

Estiró el cuello para mirar a su alrededor y sintió un fuerte dolor que le atravesaba el brazo izquierdo, lo que le hizo gritar como un condenado.

Cerró los ojos lentamente, después los abrió, y con la mirada recorrió su cuerpo hasta donde pudo bajo la débil luz.

Estaba tendido sobre la nieve y tenía la nuca apoyada sobre algo duro. Por la postura comprendió que había aterrizado encima de un tronco de árbol caído. Notaba un dolor sordo en la parte posterior del cráneo y otro palpitante que le recorría el cuerpo en oleadas. Sus ropas habían quedado hechas jirones por la explosión, la tela chamuscada, y pudo oler el combustible y la tela quemados.

Y algo más.

Horrorizado, vio que su mano postiza había sido arrancada, dejando al descubierto el muñón, y que el extremo de carne estaba ennegrecido por el fuego.

Lukin contempló la herida con desesperación y alarma. Intentó mover el brazo, pero el muñón se negó a responder; su cuerpo estaba rígido por el frío o la conmoción, no supo decirlo.

¿Quizá estaba paralizado porque la explosión le había fracturado la espina dorsal?

No consiguió recordarlo, pero debió de recibir una ducha de combustible cuando los depósitos del helicóptero se inflamaron. Lo único que recordaba con certeza era el pavoroso choque del MIL al estrellarse contra el suelo y una erupción de llamas momentos antes. Recordaba vagamente que la puerta de su lado se había abierto de golpe por la fuerza del impacto. Él había salido despedido y su cráneo chocó contra algo duro.

Después de aquello, la oscuridad.

Había aterrizado en la nieve, que debió de apagar las llamas de su ropa y del brazo, evitando que se propagaran. Aun así, el dolor del muñón era una tortura.

Se le ocurrió una idea: si se hubiera roto el espinazo, ¿notaría aquel dolor en la extremidad?

Tal vez sí, tal vez no.

Algún lugar próximo emanaba luz y calor, podía notarlo.

Tardó unos instantes en hacerse una idea de dónde se encontraba; después, su mirada fue atraída por las llamas que ardían a cierta distancia, a su derecha.

De los restos del MIL, una maraña de metal retorcido, se elevaba una columna de humo. El bosque no se había incendiado, pero aún había una pequeña llama entre los restos de la cabina, al pie de una enorme torre del tendido eléctrico. Varios cables metálicos se balanceaban mecidos por el viento, y cada vez que rozaban la torre brotaba una lluvia de chispas.

Las llamas lamían el centro de un amasijo de metal. Vio el cadáver del piloto tendido con medio cuerpo fuera del destrozado aparato. El cadáver estaba medio quemado y aún quedaban rescoldos sobre sus piernas y sus pies, donde la carne se había calcinado hasta el hueso. Del cadáver brotaban diminutos penachos de humo. La mano izquierda del hombre colgaba de una masa de metal retorcido; el miembro cercenado estaba casi consumido por debajo del codo, con los huesos fracturados limpiamente y sujeto solo por los

tendones, que quedaban a la vista. El brazo cortado se balanceaba con la brisa.

Lukin dio un respingo.

Aquel hombre estaba muerto, sin lugar a dudas, y la culpa era de Lukin. Se había empeñado en capturar a Slanski y a la mujer, en evitar que escaparan, pero lo habían conseguido y los había perdido.

Estuvo tan cerca… No sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero supuso que no sería mucho porque el helicóptero aún ardía. Estaba empezando a nevar y los copos silbaban al entrar en contacto con las llamas.

Se mantenía consciente a duras penas, pero sabía que no podía quedarse mucho tiempo expuesto a aquella temperatura tan baja. Su cuerpo estaba disipando el calor rápidamente. Si esperaba mucho más, moriría de frío. Intentó moverse, pero sus miembros seguían sin responder.

De pronto vio que un haz de luz atravesaba los árboles y oyó el ruido de un motor. Recordó la autopista. Quizá había acudido alguien a investigar la explosión o la torre averiada.

—¡Ayuda! —gritó roncamente.

Fue un grito débil, un grito de desesperación, y nadie le respondió.

Segundos después, el ruido y la luz se desvanecieron más allá de los árboles.

Era inútil. De su brazo calcinado ascendían oleadas de dolor. Sus párpados aletearon inconteniblemente.

Quería cerrar los ojos y dormir, olvidarse del sufrimiento. «No te duermas —pensó—: Voy a morir». Por un momento, en su mente febril creyó ver el rostro de Nadia que le sonreía.

Después cerró los ojos y se abandonó al dolor y a la gélida penumbra.

Leningrado

En el cuarto trastero situado al fondo del patio reinaba la más absoluta oscuridad hasta que Vladimir abrió los dos pesados candados y pulsó el interruptor.

La habitación se llenó de luz y Vladimir les hizo señas para que entraran, tras lo cual cerró la puerta. Resultaba evidente que la espaciosa sala había sido en el pasado uno de los varios establos individuales de la casa, en la época zarista, a los que se entraba por el patio. El trastero de Vladimir estaba repleto de muebles antiguos carcomidos, y sobre un estrecho banco de trabajo

había fragmentos de piezas de motor. En un rincón se veía una sábana cubierta de polvo y de manchas de pintura.

Vladimir la retiró para dejar al descubierto una motocicleta BMW de mensajero del ejército alemán con dos alforjas de cuero en la parte trasera. La pintura gris de la moto había sido cubierta por pintura de color verde oscuro y los neumáticos eran anchos, gruesos y con profundas estrías en la goma, ideales para terreno abrupto. Vladimir sonrió y pasó una mano acariciadora sobre el sillín de cuero.

—Puedo decir muchas cosas en contra de los alemanes, pero esos cabrones siguen fabricando las mejores motocicletas. Aún hay muchas de este modelo por aquí, y son mucho mejores que la variedad soviética. Incluso el ejército las utiliza. La saqué a dar una vuelta la semana pasada. El motor aún está en perfecto estado. —Empujó la BMW hasta el centro de la habitación y le dijo a Slanski—: ¿Has montado alguna vez en motocicleta?

—Nunca.

—¡Joder! Entonces lo tienes mal, hermanito.

—Puedo aprender con rapidez.

—¿Por carreteras rusas? Sería como si apuntaras con una pistola a tu cabeza y apretaras el gatillo. Espera. Será mejor que la pongas en marcha y compruebes las medidas. No te preocupes por los vecinos, están acostumbrados a que yo monte en ella.

Slanski empuñó el manillar y se encaramó a la máquina. Le pareció demasiado grande y pesada.

—Naturalmente, en moto se pasa mucho frío —observó Vladimir—. Tendrás que abrigarte bien o se te helarán las pelotas hasta ponerse duras como piedras.

—Intentaré recordarlo.

Vladimir sonrió a Anna.

—Siéntate detrás, querida. Ve acostumbrándote.

Anna se deslizó sobre la máquina, detrás de Slanski, y rodeó la cintura del hombre con sus brazos.

—Bien, arranca —dijo Vladimir—. El pedal de arranque está a tu derecha. Es esa palanca metálica que bascula.

Slanski encontró el pedal de arranque, lo desplegó, lo empujó bruscamente con la suela y la motocicleta arrancó a la primera. Un monótono y tranquilizador ronroneo inundó el trastero.

Vladimir sonrió.

—¿Lo ves? Sigue arrancando a la primera. Bueno, ¿qué te parece?

—Teniendo en cuenta que no puedo opinar, merece la pena probarla.

Cuando estuvieron sentados de nuevo en la cocina, Vladimir les sirvió otro vodka y desplegó un mapa.

—No está mal para ser la primera vez. Lo hiciste muy bien.

Slanski había llevado la moto por el patio durante media hora para acostumbrarse a la conducción. Al principio le había parecido difícil, pero gracias a las instrucciones de Vladimir consiguió mantener la BMW razonablemente bajo control; aprendió a cambiar las marchas, a accionar los distintos interruptores del manillar y a reducir a una marcha más corta si el motor se ahogaba. Un grupo de niños huesudos y curiosos había bajado de los apartamentos para pedir a Vladimir que los llevara a dar una vuelta, hasta que él los echó con cajas destempladas y volvió a guardar la BMW en el trastero.

—Dinos en qué piensas —le propuso Slanski.

—El KGB y la milicia probablemente vigilarán las estaciones de tren y de autobús, el aeropuerto y quizá incluso realicen controles puntuales en el metro. —Señaló sobre el mapa una red de calles que partían del centro de Leningrado en dirección a los cuatro puntos cardinales—. Quizá lleguen a bloquear las principales vías de salida de la ciudad, si aún no han encontrado el coche que abandonasteis. Cuando lo encuentren, empezarán a trabajar para encontraros. Hasta Moscú hay más de seiscientos kilómetros. En motocicleta podréis evitar las carreteras principales que salen de Leningrado, pero la única que probablemente no vigilarán es la de regreso a Tallin.

—No lo entiendo —dijo Anna.

Vladimir sonrió.

—Es muy sencillo. Volvéis a tomar la autopista del Báltico hasta pasado Pushkin, hasta aquí. —Señaló un lugar en el mapa—. Es un pueblo llamado Gatchina, aproximadamente a ochenta kilómetros de la ciudad. En este punto toman cualquiera de las carreteras secundarias que se dirigen hacia el sudeste, hacia Novgorod. Eso los deja con poco más de quinientos kilómetros de recorrido para llegar a Moscú. Pero en cuanto lleguen a Gatchina, y a partir de allí, hay tantas carreteras secundarias a través de bosques y colinas deshabitados que sería necesario desplegar a la mitad del ejército soviético para encontrarlos. De este modo podréis llegar a Moscú sin grandes dificultades, siempre que su medio de transporte no los deje tirados.

Hizo una pausa para tomar otro sorbo de vodka.

—La motocicleta de ahí afuera está diseñada para campo abierto y puede ir por pistas de arena sin ningún problema. La ruta que sugiero es indirecta y más larga, pero probablemente sea la más segura, dadas las circunstancias. No se preocupen por si se pierden: quédense con el mapa y les daré una brújula. Con un poco de suerte podrán estar en Moscú en poco más de doce horas. También hay varios trenes que van hacia allí por un camino indirecto que pasa por las ciudades más pequeñas de la ruta de ustedes, por si tienen que abandonar la moto. Eso significaría cambiar de tren varias veces, por supuesto, pero es inevitable y no se me ocurre una ruta mejor. No se preocupen por cambiar la matrícula de la moto si la dejan en la cuneta. Como la mayoría de las motos alemanas que quedan por aquí, la mía no está registrada. —Sonrió abiertamente—. ¿Cómo les suena todo eso?

Slanski le sonrió a su vez.

—¿Cuándo nos vamos?

—A saber cuánto tardarán en rodear la ciudad de puestos de control. Por su seguridad, cuanto antes se marchen, mejor.

Slanski consultó su reloj de pulsera.

—Digamos esta noche. En cuanto el tráfico empiece a inundar las carreteras principales, las posibilidades de no ser detectados aumentarán.

—Eso sería perfecto.

Estonia

Lukin oyó un ruido, como de un animal llorando, y se despertó. Había luz, una pálida luz invernal amortiguada por la nieve que caía.

El dolor del muñón no había desaparecido y su cuerpo se estremecía convulsivamente.

¿Cuánto tiempo llevaría allí tumbado?

Movió los dedos de la mano izquierda lentamente, con gran esfuerzo. No sentía dolor, y al menos podía mover algo. A continuación probó con la muñeca. Se movió ligeramente, lo suficiente para permitirle ver su reloj de pulsera.

La una y cuarto.

Llevaba más de tres horas tendido en los bosques nevados. Un viento helado azotaba a rachas las copas de los árboles. A Lukin las extremidades le seguían pareciendo de hielo, y los huesos le dolían hasta la médula a causa del intenso frío. Los dientes le castañeteaban. Se lamió los labios y le parecieron

astillas de hielo. Inspiró, y el aire gélido le taladró los pulmones y le obligó a toser.

Volvió a oír el llanto.

Parecía un perro.

Pero no era un perro.

Había oído aquel sonido antes, en su infancia. Un recuerdo se iluminó en su mente: su hermano y él, de pequeños, jugando en un campo, cerca de la casa de sus padres, una noche de invierno. Su padre estaba algo alejado del edificio, cortando madera. Levantó la vista y le saludó con la mano.

Y entonces el sonido los desconcertó. Cuando miraron a su alrededor vieron dos pares de penetrantes ojos amarillos que los miraban fijamente desde un lugar entre los árboles, hasta que salieron del bosque y se convirtieron en cuerpos.

Dos lobos blancos.

Lobos árticos.

Su blanco pelaje era tan brillante que resultaba casi luminoso. Lukin había gritado de miedo y había salido corriendo hacia su padre, mientras este lo hacía en dirección a él. Lo cogió en brazos y Lukin aún recordaba su reconfortante olor, una mezcla de desinfectante, jabón y sudor.

—¡Lobos, papá! —había gritado Lukin.

—¡Bah! Se asusta de cualquier cosa —había protestado su hermano Mischa sonriendo.

Él había mirado a su hermano acusadoramente.

—Entonces ¿por qué corrías tú también?

Mischa sonrió.

—Porque tú corrías, hermanito, y no podía detenerte.

—Los lobos no matan a las personas —había dicho su padre—, a menos que se vean amenazados. Recuérdenlo. Ahora, vamos. Mamá ya tendrá la cena lista.

Su padre los llevó en brazos hasta la alegre y acogedora casa; allí había pan sobre la mesa y sopa caliente que había preparado su madre. Un fuego de leña chisporroteaba en el hogar, proyectando sombras por toda la espaciosa y antigua habitación. Su madre los había abrazado con grandes muestras de nerviosismo, advirtiéndoles que nunca fueran solos al bosque; su vientre estaba hinchado porque esperaba un bebé.

¿Y después? ¿Qué había ocurrido después? Intentó recordar, pero una niebla lo cubría todo. Había transcurrido mucho tiempo. Las caras y los recuerdos eran un borrón que los años habían erosionado. Recordaba tan poco

de aquella época, antes de la muerte de Mischa… El orgulloso y valiente Mischa.

Quizá lo recordaba ahora porque estaba cerca de la muerte; se dice que cuando vas a morir, toda tu vida pasa como un relámpago ante tus ojos. Parpadeó y apartó de su mente los caprichosas recuerdos. Lo importante era el presente, no el pasado.

Enfocó la vista sobre los restos del helicóptero y el cuerpo medio calcinado del piloto. Quizá los lobos habían olido la carne humana asada.

Intentó apartar de su mente esa perspectiva. El fuego aún no se había extinguido y las brasas todavía humeaban. Si podía acercarse al fuego para calentarse, quizá consiguiera desentumecer sus huesos.

Con gran esfuerzo reunió la voluntad necesaria para mover por turnos cada uno de sus miembros: dedos, brazos, piernas… Lento, pero no tan doloroso, más bien un dolor sordo. No se había roto nada. Quizá no se hubiera fracturado la columna. Tal vez su entumecimiento se debía únicamente al frío.

Se arrastró con lentitud hacia el fuego. Le llevó tiempo, toda una eternidad, intentar neutralizar el dolor que sentía en el muñón, pero al final lo consiguió.

El calor de las brasas, que era como un bálsamo, empezó a impregnar su cuerpo.

—Dios mío, qué agradable.

Contempló de nuevo los restos del aparato. El cadáver del piloto ya no humeaba, pero el brazo cortado del hombre seguía colgado de la maraña de metal.

Dos cables chisporroteaban bamboleándose junto a los restos humeantes. Lukin no lograba comprender por qué no había acudido nadie todavía a inspeccionar la torre averiada, hasta que cayó en la cuenta de que en la parte superior había más de media docena de cables intactos. Tarde o temprano llegarían los técnicos de reparaciones, pero ¿cuándo? Para entonces podría haber muerto congelado. La radio del helicóptero habría resultado útil si funcionara, pero una mirada a los restos le bastó para comprender que la idea era una pérdida de tiempo.

Al cabo de cinco minutos intentó ponerse en pie, pero sus piernas parecían de goma.

Lanzó una maldición. Necesitaba más calor. Definitivamente, el fuego le estaba ayudando. Giró sobre sí mismo hasta que sus piernas quedaron más cerca de las brasas.

El *shock* inicial había sido reemplazado por la ira. Tenía que conseguir volver a la autopista como fuera. Si podía alertar a la milicia del pueblo más próximo —aunque sabía que a aquellas alturas el hombre y la mujer podrían estar en Leningrado, o en cualquier otro punto del mapa—, aún tenía una ligera posibilidad de atraparlos. Podía avisar a todos los cuarteles que se encontraban en su ruta y ordenar que instalaran controles a lo largo de la autopista.

Sintió que sus piernas empezaban a calentarse. Intentó incorporarse.

Mientras lo hacía oyó agitarse la maleza, seguido por un sordo gruñido.

Se llevó la mano instintivamente a la pistola. El cinturón y la pistolera habían desaparecido. El rumor se oyó más próximo. Un espléndido lobo blanco apareció entre los árboles. El corazón de Lukin casi dejó de latir.

El animal se quedó mirando los restos del helicóptero; sus ojos relucían como amarillas cabezas de alfiler entre las sombras. Lukin no se movió mientras el lobo avanzaba con precaución, alejándose de los árboles en dirección al helicóptero. No parecía haber advertido la presencia de Lukin. Cuando el animal llegó junto al piloto muerto, olfateó la extremidad medio arrancada y empezó a lamer la carne. Finalmente, hundió los colmillos en el brazo, lo arrancó de su articulación y lo arrojó al suelo con una sacudida de la cabeza.

El lobo masticó vorazmente la carne.

El corazón de Lukin le martillaba impetuosamente en el pecho.

Se supone que los lobos no atacan a las personas vivas a menos que los provoquen, pero supuso que cualquier animal hambriento lo haría, y aquel lobo parecía flaco y muy hambriento.

Oyó otro rumor entre los matorrales y apareció un segundo lobo. Esta vez, Lukin vio que el animal se lo quedaba mirando fijamente.

Intentó no mover la cabeza mientras miraba frenéticamente a su alrededor, buscando algo para defenderse. Vio su cinturón con la pistolera vacía entre los restos esparcidos del helicóptero. Debía de haberse soltado cuando él salió despedido de la cabina del MIL. Horrorizado, se dio cuenta de que la pistola no estaba en la funda. La llevaba en la mano, recordó, estaba disparando a través de la ventanilla del helicóptero.

Entonces vio un objeto metálico en el suelo, a su derecha. La culata de una pistola.

El lobo salió silenciosamente del bosque y se dirigió hacia él.

Lukin gritó, después se encogió y finalmente giró sobre sí mismo para coger la pistola. El lobo mostró los colmillos y lanzó un gruñido. El otro lobo

levantó la cabeza, sorprendido, dejó de mascar y gruñó mirando a Lukin. Con los dedos entumecidos, Lukin consiguió apuntar al animal más cercano a él y apretó el gatillo.

Clic.

La pistola estaba descargada.

Cogió desesperadamente la pistolera. En el cuero había un pequeño bolsillo para la munición de repuesto; lo abrió, después de soltar el corchete. Encontró las balas e intentó cargar de nuevo la pistola con su única mano, de dedos temblorosos.

Los lobos estaban a menos de dos metros de distancia. Podía olerlos. Volvieron a mostrar los colmillos y gruñeron mientras se disponían a saltar.

Lukin amartilló la pistola y disparó al aire.

La explosión retumbó por todo el bosque. Los lobos se sobresaltaron.

Disparó otra vez, y luego otra.

Los animales se internaron en el bosque.

Lukin se secó el sudor frío de la cara. Los lobos no tardarían en volver. Se habían visto amenazados, estaban evidentemente hambrientos y solo era cuestión de tiempo que se arriesgaran a salir de nuevo en busca de comida.

Se puso en pie trabajosamente, sin hacer caso de las oleadas de dolor que le recorrían el brazo. Miró hacia la autopista. Entre los árboles vio los destellos de los faros de un convoy de vehículos que pasaba traqueteando.

La carretera era su única esperanza.

Avanzó a trompicones por el bosque, con las piernas a punto de negarse a sostenerle y los pulmones ardiéndole por el esfuerzo. Tardó más de diez minutos en recorrer los cincuenta metros que le separaban del borde de la autopista.

Estaba desierta. Solo había marcas de neumáticos que surcaban la superficie.

Lukin, sin aliento, lanzó una maldición.

De pronto aparecieron un par de faros; un camión tomó una curva y se materializó ante él entre la nieve que caía. Lukin se situó en el centro de la calzada y agitó su arma.

39

Leningrado

Eran más de las cuatro y la oscuridad era casi completa en el exterior. Vladimir salió de la cocina y le entregó a Anna un fardo envuelto en papel marrón.

—Un poco de comida para el viaje. No es mucho, solo pan con queso y algo de vodka, pero bastará para aplacar el hambre un rato y mantener a raya el frío.

—Gracias. —Anna cogió el fardo en el momento en que Slanski se apartaba de la ventana.

Vladimir le dio al hombre una bolsa de piel enrollada, un par de gruesos guantes de lana, un casco viejo y un abrigo negro y raído que olía como si un perro hubiera dormido sobre él recientemente.

—El abrigo debería mantenerte caliente sobre la moto, si consigues soportar la peste, pero es lo único que tengo lo bastante grueso para protegerte del frío. En la bolsa hay algunas herramientas para reparaciones menores, pero procura no sufrir un pinchazo porque no tienes neumático de recambio.

—¿Hay suficiente combustible en el depósito?

—Está lleno. —Vladimir le tendió a Slanski varios cupones oficiales—. Los necesitarás si tienes que repostar. Pero después de oscurecer no es fácil encontrar una estación de servicio; en las carreteras remotas del campo, no tienes ninguna posibilidad. En el depósito hay suficiente combustible para más de cuatrocientos kilómetros, si no conduces como un loco. Y en las alforjas he puesto un bidón lleno que debería bastarte para otros doscientos kilómetros. Es más o menos lo que necesitas para todo el viaje, pero solo hay un casco y un par de gafas protectoras. Será mejor que se las ponga el conductor, de lo contrario ese frío polar te congelaría los ojos al adquirir velocidad.

Slanski comprobó sus documentos y los de Anna y después miró con inquietud su reloj de pulsera.

—¿Cuánto falta para que podamos partir? —preguntó a Vladimir. El hombre miró por la ventana a la oscuridad y se rascó la rala barba.

—Con una hora habrá suficiente. Para entonces, el tráfico será más denso —desplegó el mapa de nuevo sobre la mesa—. Mientras tanto, repasemos una vez más la ruta. Lo último que les conviene es perderse.

—¿Que necesita qué?

Lukin miró el colorado rostro del coronel que se sentaba al otro lado del escritorio.

—Todos los hombres disponibles a mi disposición —dijo—. Que vigilen todas las estaciones de metro, autobús y ferrocarril, así como el aeropuerto, con patrullas y que registren a todos los pasajeros. Quiero que examinen el registro de todos los hoteles de la ciudad y que verifiquen la identidad de los huéspedes. Eso para empezar. Habrá más, se lo aseguro.

—¡Joder! ¿Ha perdido usted la cabeza, camarada?

—Quizá debería telefonear al Ministerio de Seguridad del Estado y decirle eso a Beria personalmente.

El rostro del coronel enrojeció aún más de ira y después palideció súbitamente.

—Estoy seguro que no será necesario.

—Estoy seguro de que no —replicó Lukin—. Ya ha visto mi autorización. Por favor, sea bueno y cumpla la orden.

Volvió a guardarse la carta en el bolsillo de la pechera mientras el coronel se ponía en pie y suspiraba con frustración. Parecía como si quisiera golpear a Lukin por su impertinencia.

Era un hombre corpulento, con el cabello del color del óxido, cortado al rape. Estaban en su espaciosa oficina, en el sexto piso del edificio de ladrillos rojos de la avenida Liteiny, que alojaba el cuartel general del KGB en Leningrado. Bajo la amplia ventana panorámica refulgían las luces de la ciudad y la nieve se estrellaba a rachas contra el cristal.

De las paredes colgaban varias fotografías, una de ellas de un sonriente Beria, y otras, más personales, tomadas en Berlín, Varsovia y Viena, en las que podía verse a grupos de soldados sonriendo entre las ruinas después de los combates. Lukin reconoció al coronel en todas ellas, con los brazos en jarras, sacando pecho y con la barbilla alzada, jactancioso.

Junto al escritorio del coronel estaba su ayudante, un joven capitán uniformado.

El ayudante miró a Lukin.

—Exige usted mucho, comandante —observó—. Ya hemos alertado a las patrullas de la milicia respecto al coche. ¿Tiene usted noción de la envergadura de una operación como la que pide?

—Tan seguro como que el camarada Beria exigiría sus vidas si no me proporcionaran toda la ayuda que les pido. —Lukin se puso en pie y miró alternativamente a los dos hombres—. Y estoy seguro de que preferirán tratar conmigo que hacerlo con él. —Consultó significativamente su reloj—. Entonces, ¿puedo contar con su ayuda?

El ayudante lanzó una nerviosa mirada a su coronel, que se puso en pie, asintió con la cabeza mirando a Lukin y dejó escapar un hondo suspiro.

—Muy bien, comandante —dijo con renuencia—. Permítame explicarle la situación y actuaremos a partir de ahí.

El coronel se acercó hasta un mapa que colgaba de la pared, junto a la ventana, y Lukin le siguió. Le dolía el brazo y sentía latir su muñón. Todavía olía a combustible y a humo. Habría agradecido una ducha o un baño. En la calle vio a una anciana barriendo la nieve de la parte delantera del edificio; llevaba varias faldas gruesas superpuestas, recias botas y un pañuelo en la cabeza. El río Neva estaba congelado y era visible más allá de los tejados de la ciudad que había sido la capital del zarismo. El acorazado *Aurora*, cuyos cañones habían dado la señal para el asalto al Palacio de Invierno y el inicio de la revolución, estaba anclado en el hielo, y detrás se veía la majestuosa fortaleza de la isla de Pedro y Pablo, iluminada por la luz de potentes focos.

Lukin se volvió cuando el coronel cogió una fina vara de madera y dio unos golpecitos con ella sobre el mapa en colores de Leningrado. Unas banderitas rojas indicaban las instalaciones militares y los cuarteles.

—¿Conoce bien Leningrado, comandante?

—Por desgracia, no.

—Estamos hablando de una ciudad de casi dos millones de habitantes. Hay diez estaciones de ferrocarril, un aeropuerto civil y tres aeródromos militares. Un sistema de transporte público que incluye tranvías, autobuses y un metro. En total, unas ochenta estaciones. Aquí, las principales carreteras… —El coronel señaló varias líneas azules que partían del centro de la ciudad—. Aquí y aquí —le dedicó una leve sonrisa vacilante—. Y esta es la autopista del Báltico, donde le recogió a usted el camión del ejército tras su desafortunado accidente. Hemos enviado una patrulla para recuperar el cadáver del piloto y buscar al coronel desaparecido.

Lukin ignoró la pulla.

—¿Qué hay de los hoteles?

El coronel se encogió de hombros.

—Quizá haya unos cuarenta, grandes y pequeños, en la ciudad. Y más en las afueras. Puedo ordenar a mis hombres que realicen por teléfono una inspección de los recién llegados en las últimas seis horas. Esa es la parte fácil. Lo difícil es bloquear las carreteras secundarias. Hay centenares que entran y salen de la ciudad. ¿Tiene usted idea de la cantidad de tráfico que ello supone? Más de un cuarto de millón de personas en tránsito al mismo tiempo, en cualquier momento, y mucho más durante las horas punta. Si intenta abarcarlo todo, tendrá que aprovechar al máximo los recursos disponibles.

—¿Cuántos hombres puede usted reunir?

—¿En tan poco tiempo? Quizá un millar, incluyendo la milicia. Si necesita más, tendrá que esperar.

—Muy bien —dijo Lukin—. Si esos tipos han encontrado un refugio gracias a algún contacto en la ciudad, como sospecho, nuestra labor será más difícil, por tanto deberá usted instruir a los informadores y a los vigilantes de pisos que mantengan los ojos y los oídos muy abiertos por si llegan forasteros que se parezcan al hombre y a la mujer cuya descripción le he dado; en realidad, cualquier forastero. Y alerte a toda la milicia y a la policía de tráfico. Además, quiero que paren y registren cualquier vehículo militar, no solo los civiles.

El coronel dio un respingo.

—¿Los vehículos militares? Pero eso es ridículo…

—En absoluto. Ese hombre ya ha suplantado a un oficial del ejército. Puede que siga utilizando ese disfraz y que ambos conserven sus nombres falsos, aunque lo dudo. Pero no puedo permitirme correr ese riesgo.

El coronel suspiró.

—Para ahorrar tiempo, ¿hay alguna categoría que podamos eliminar?

—Animales y niños. Quiero que comprueben la documentación de todos los demás. El disfraz es una posibilidad clara. Y recuerde: sospecho que el hombre y la mujer ya han asesinado a un oficial veterano. Van armados y son muy peligrosos. Si existe la menor duda sobre la identidad de alguien o sobre sus documentos, deben ser retenidos o arrestados con mucho cuidado.

—Ya me veo llenando hasta la última cárcel y el último calabozo de la ciudad —dijo el coronel con irritación—. Probablemente estamos hablando de comprobar la documentación de la mitad de los habitantes de Leningrado, ¿comprende, comandante?

—No me importaría aunque se tratara de toda la población. Hay que encontrar a esas personas. ¿Está claro?

Una espuma blanca brotó de los labios del coronel y pareció a punto de sufrir un ataque de apoplejía. No debía de gustarle que le diera órdenes un oficial de graduación inferior, pero al diablo con él, pensó Lukin.

El coronel reprimió su ira con una expresión siniestra y los labios apretados.

—Muy claro.

Lukin se dirigió a la puerta.

—Por favor, dispóngalo todo inmediatamente. En cuanto pueda reunir más hombres, cierre las carreteras secundarias que entran y salen de la ciudad. Le doy una hora, no más. Y necesito una oficina equipada con tantos teléfonos como pueda proporcionarme, y también enlaces de radio con todos los puestos de control de los que hemos hablado. Y asegúrese de que todas las patrullas móviles cuentan con radios portátiles. También quiero un coche rápido y un conductor a mi disposición que conozca la ciudad, con un par de motoristas de la milicia como escoltas. Si hay alguna noticia, quiero que se me informe inmediatamente.

El coronel fustigó el aire con su vara, ostensiblemente enfadado.

—¿Nada más, comandante? ¿Está seguro?

Lukin hizo caso omiso del sarcasmo.

—Sí, hay algo más —dijo—. ¿Hay algún médico en el edificio?

El coronel miró el muñón de Lukin, la manga rasgada y chamuscada de su uniforme y arrugó la nariz por el olor a carne quemada. Sin duda el comandante sufría un fuerte dolor, pero antes se había negado a ver al médico, exigiendo primero ver al oficial de mando.

—No, pero puedo hacer que traigan uno.

—Pues hágalo. Y necesito ropa limpia.

El coronel cogió de nuevo su vara y le miró con insolencia.

—Por cierto, Lukin, para su conocimiento: hemos informado a Moscú de su accidente, una cuestión de cortesía. Después nos llamó un tal coronel Romulka. Pidió que le comunicáramos que viene hacia aquí en un reactor de las fuerzas aéreas. Debería de estar aquí antes de una hora. —El coronel esbozó una sonrisa—. Si es el coronel Romulka que me imagino, parecía muy interesado por sus progresos. Naturalmente no pude decirle nada, ya que usted y yo no habíamos hablado aún.

—Gracias —dijo Lukin sombríamente.

La puerta se cerró. El coronel esperó hasta que los pasos de Lukin se alejaron por el corredor y, en un arrebato, fustigó la pared con la vara. El cuadro de Beria se desequilibró por el golpe y se estrelló contra el suelo.

—Ese engreído de mierda, ¿quién se cree que es? ¡Hablarme a mí de ese modo!

Su ayudante compuso una expresión harto elocuente.

—¿Quién es ese Romulka, señor?

Sonó el teléfono. El coronel lo descolgó y espetó:

—¿Quién coño es? —Escuchó durante varios segundos y después dijo—: Que lo traigan al cuartel general inmediatamente —y colgó el teléfono de un manotazo.

—¿Más problemas? —preguntó el ayudante.

—La milicia ha encontrado un coche que responde a la descripción del Emka abandonado en Udelnay. Traen el vehículo hacia aquí.

El ayudante sonrió.

—Entonces hemos hecho algún progreso.

El coronel le fulminó con la mirada.

—En absoluto, idiota. A estas horas, los pasajeros podrían estar en cualquier parte. El hecho de que ya no viajen en coche no hace más que dificultar nuestra misión, que es encontrarles. Busca a Lukin y cuéntaselo. Y encárgate de todo lo que ha pedido. De prisa, joder. Lo último que necesito es tener a ese mierdecilla de Beria husmeándome el trasero.

Slanski empujó la BMW hasta el centro del trastero y montó en ella. Llevaba el grueso y maloliente abrigo de invierno que Vladimir le había proporcionado; se puso el casco y las gafas protectoras. Anna llevaba dos mudas de ropa debajo de su abrigo para protegerse del frío, y las pequeñas maletas estaban sujetas con correas al portaequipajes.

La mujer subió a la moto y rodeó la cintura de Slanski con los brazos.

—¿Tienes el mapa? —preguntó Slanski.

—En el sujetador.

Él se echó a reír.

—Hagas lo que hagas, no lo pierdas o tendremos problemas. Le hizo una señal con la cabeza a Vladimir, que estaba junto a la puerta.

—Estamos preparados. Cuando quieras.

—No olvidéis seguir la ruta a través de la ciudad. Y tómatelo con calma hasta que lleguéis a la autopista del Báltico. Saltarse el límite de velocidad no

mejoraría las cosas. Lo que menos te conviene es que te persiga un coche patrulla de la milicia con la sirena aullando.

Slanski hizo un gesto de asentimiento.

—Deséanos suerte. —Pisó a fondo el pedal de arranque y la BMW cobró vida con un ronroneo tranquilizador.

Vladimir abrió la puerta. Slanski dio gas y puso una marcha con el pie, pero no soltó el embrague.

Vladimir salió a la calle, miró a derecha e izquierda a fin de comprobar que no hubiera milicianos a la vista y les hizo una señal para que salieran. Slanski salió hasta el pie de la arcada.

Vladimir dio una palmadita a Anna en el hombro.

—Adelante y que el diablo los acompañe.

La BMW se alejó rugiendo hacia la noche. Se oyó el chasquido de los engranajes cuando Slanski redujo la velocidad y puso una marcha más corta. Después se alejaron a una velocidad moderada junto al canal del Moika.

Vladimir se quedó mirando con ansiedad la luz roja del piloto trasero de la moto, que desapareció en dirección a la avenida Nevsky. Después retrocedió, apagó la luz del trastero y cerró los candados de la puerta, antes de regresar a su apartamento.

Nada más entrar, abrió la botella de vodka y se sirvió un gran vaso.

Se preguntó qué iban a hacer en Moscú aquel hombre y aquella mujer.

En realidad, no le importaba.

Después de lo que le habían contado y de la poca habilidad del hombre con la BMW, dudó de que llegaran. Por él, ¡hasta nunca!… siempre que no le implicaran.

Se estremeció ligeramente ante la perspectiva.

Al pensar en la pareja, levantó el vaso para brindar y dijo: «Buena suerte, pobres bastardos» y engulló el vodka de un solo trago.

Una doctora vendó el brazo de Lukin.

Se encontraban en una gran habitación del segundo piso que le había preparado el ayudante y donde varias personas uniformadas habían instalado teléfonos y un potente radiotransmisor.

La doctora le administró una pequeña dosis de morfina; Lukin había insistido en que la inyección no fuera demasiado fuerte para que no le dejara muy drogado e incapaz de concentrarse. La mujer le había untado el muñón con un ungüento verde y apestoso para aliviarle el dolor y, tras vendar la

herida, prendió con un alfiler la manga de la guerrera limpia que había traído un ordenanza.

La doctora era joven y guapa, de manos delicadas.

—Está usted como nuevo, comandante —dijo sonriendo—. La herida no es grave, pero necesitará que un cirujano la examine. La morfina y el vendaje solo son una solución temporal. Quizá haya que extirpar parte de la carne quemada. Ha tenido suerte, no sufre otras heridas aparte de contusiones y un gran chichón en la nuca. El cráneo no parece haber sufrido daños graves, pero me gustaría hacerle una radiografía, solo para estar segura.

Lukin dio un respingo cuando la mujer le examinó nuevamente la parte posterior del cráneo.

—En otra ocasión, pero gracias de todos modos, doctora.

La mujer suspiró y levantó la vista en el momento en que un hombre pasaba rozándola, cargado con varios teléfonos y un rollo de cable en las manos.

—Como usted quiera. Puedo ver que está muy ocupado. ¿Le importaría decirme qué están preparando aquí?

Lukin no respondió; en su lugar, se miró el brazo y la manga doblada. La mano ortopédica era bastante deficiente, pero sin ella parecía realmente un tullido. En su escritorio guardaba un recambio, el descarnado artilugio con un gancho de metal en el extremo que había llevado al principio, pocos meses después de resultar herido, hasta que el muñón cicatrizó lo suficiente para aceptar una prótesis adecuada. Tendría que esperar hasta que volviera a Moscú.

De repente se abrió la puerta y apareció Romulka, que llevaba un largo abrigo echado sobre los hombros y una fusta en las manos cubiertas por guantes de cuero.

—Aquí está, Lukin. Su ayudante me dijo que lo encontraría aquí. Por lo que veo, sigue vivo, después de su desafortunado accidente. —Señaló groseramente a la doctora con el pulgar y dijo—: Tú, largo.

La mujer miró de arriba abajo a Romulka, a pesar de su aterradora presencia y su uniforme negro, recogió su maletín negro y se escabulló de la habitación. Los hombres que estaban instalando el equipo también se dieron por aludidos y la siguieron.

Romulka se acercó una silla y se sentó. Encendió un cigarrillo y paseó la vista por la habitación.

—Al parecer, aquí le tratan bien. He hablado con el coronel. Creo que han encontrado un coche. —Echó una mirada al brazo de Lukin—. Dígame, ¿qué

ocurrió?

Lukin se lo contó. Cuando hubo terminado, Romulka sonrió con malicia.

—No es un principio muy prometedor, ¿verdad, Lukin? Dejó que la pareja se escabullera de entre sus manos. Al camarada Beria no le va a gustar.

—¿A qué ha venido? —preguntó secamente Lukin.

—Este caso también es responsabilidad mía. ¿Lo ha olvidado? Estoy aquí para aconsejarle y asegurarme de que goza de salud suficiente para continuar.

—Y así es. Y si ha venido a ironizar sobre lo ocurrido, no necesito esa clase de ayuda.

Romulka se puso en pie, imponiéndole a Lukin su superior estatura.

—Dejémonos de rodeos, Lukin. Puede que esté aquí por orden de Beria, pero quiero que sepa que también tengo un interés personal en este caso. Especialmente en la mujer. —Dio unos golpecitos en el pecho de Lukin con su bastón—. En cuanto sea capturada, quiero interrogarla. ¿Lo ha entendido?

—Y por si usted lo ha olvidado, yo llevo el mando. Si la atrapan con vida, yo decidiré quién la interroga.

Los ojos de Romulka se estrecharon y le lanzó una gélida mirada.

—Le sugiero que no me contradiga, Lukin. No merecería la pena seguir viviendo.

Lukin contempló la maraña de aparatos diseminados por la habitación e hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta.

—Estoy ocupado, Romulka. Hay trabajo que hacer. ¿Desea decir algo más antes de marcharse?

Romulka sonrió.

—En realidad, sí. Otro aspecto de la investigación que considero que usted debería saber. Por desgracia no me quedaré en Leningrado. Dejo este asunto en sus manos. Después de todo se trata de su especialidad, teóricamente, aunque hasta ahora no he recibido prueba alguna de ello. Tengo otros asuntos apremiantes que resolver.

—¿Qué asuntos?

—Por si no había caído en la cuenta, Lukin, se me ocurrió que los americanos iban a necesitar a alguien en Moscú que los ayudara. Posiblemente una o varias personas que les proporcionaran un medio para huir cuando hubieran acabado el trabajo, lo cual no ocurrirá si usted hace bien el suyo.

—Pues sí, había caído en la cuenta. Pero ¿a qué viene eso?

Romulka sacó de su bolsillo una hoja de papel y se la tendió.

—¿Qué es esto?

—Una lista de nombres. Extranjeros a quienes se permite ir y venir por Moscú prácticamente sin ser vigilados, debido a intereses comerciales de vital importancia para el Estado.

Lukin examinó la lista. Casi todos eran hombres de negocios europeos, con excepción de dos comerciantes de oro turcos y un comprador de petróleo japonés.

Levantó la vista.

—¿Qué me está sugiriendo?

—Me interesa particularmente un nombre de esta lista. Un hombre llamado Henri Lebel. Un comerciante de pieles francés.

—Le conozco.

—Entonces quizá sepa que durante la guerra era miembro dela sección comunista de la resistencia de París.

—No lo sabía, pero prosiga.

—Ese hombre disfruta de una considerable libertad de movimientos en Moscú, debido a su condición de mercader y a su contribución económica al Partido Comunista francés. Pero eso está a punto de cambiar.

—¿Qué pretende?

Romulka sonrió ladinamente.

—Tengo una corazonada acerca de Lebel. No se le espera en Moscú hasta dentro de tres días, pero eso podemos solucionarlo, teniendo en cuenta la urgencia de este asunto.

—¿Cómo?

—Nuestros amigos de París pueden arreglarlo. Le interrogaremos discretamente. Si no sabe nada, le dejaremos seguir su camino.

—Se supone que indemne. Ese hombre es un sospechoso, pero no está acusado de nada.

Romulka hizo una mueca.

—Eso depende de su grado de cooperación. Si es inocente, no tiene nada que temer. Pero hay algo a tener en cuenta que le inculpa.

—¿Qué?

—Sabemos que mantuvo contactos a través de la resistencia con un hombre llamado Massey, que colaboraba en la organización de la misión americana.

Lukin reflexionó unos instantes y finalmente asintió con la cabeza.

—Muy bien. Pero sugiero que no se precipite en este asunto. Sin duda Lebel tiene contactos importantes en Moscú y no queremos ningún incidente embarazoso.

Romulka cogió la lista y volvió a guardársela en el bolsillo.

—Con su aprobación o sin ella, Lukin, la cuestión es que este francés es responsabilidad mía. Ya ha sido acordado con Beria. Además, tengo una corazonada acerca de ese Lebel. Al final se demostrará que tengo razón, se lo aseguro.

Romulka se volvió hacia la puerta. Sus ojos centelleaban cuando dijo:

—Una cosa más, Lukin. Hablaba en serio respecto a la mujer. No lo olvide. Haga un buen trabajo.

Cruzó el umbral de la puerta riendo, justo en el momento en que entraba el ayudante, y casi lo derribó.

—¿Es amigo suyo, señor? —preguntó después a Lukin el sorprendido ayudante.

—En absoluto. Bien, ¿hay alguna noticia?

—Nada positivo de ninguno de los puestos de control. Estamos peinando el vecindario donde fue encontrado el coche y alertando a los vigilantes de bloque. También hemos interrogado a los habitantes de la zona por si han visto a una pareja que se parezca a la que estamos buscando, pero hasta ahora nadie ha visto nada. En cuanto al coche, lo trajeron hace diez minutos, pero no había nada de interés o que pudiera pertenecer a la pareja. Ni tampoco había sangre en la tapicería que sugiera que usted hirió a alguno de ellos. Nuestra patrulla ha recuperado el cadáver del piloto en el bosque, y también el del coronel desaparecido. Estaba enterrado a poca profundidad, no muy lejos. Me temo que le dispararon un tiro en la cabeza.

Lukin suspiró.

—¿Qué hay de los hoteles?

—La mayoría ya han sido inspeccionados y estamos trabajando con el resto. Hasta ahora hemos comprobado minuciosamente la identidad y el pasado de cualquier persona que se parezca aunque sea de lejos a las que estamos buscando.

—¿Y?

Una fugaz sonrisa recorrió el rostro del ayudante.

—Lo único que encontramos fue a un comandante de división que se acostaba con la mujer de su ayudante en el hotel Kremski y a un par de oficiales del ejército homosexuales que fueron sorprendidos en una posición muy comprometedora en un hotel plagado de chinches cerca de la estación de Finlandia. Podría continuar, pero le aburriría con detalles irrelevantes.

Lukin hizo caso omiso del comentario irónico y se dirigió al mapa que colgaba de la pared. El ayudante le siguió.

—Además hemos reclutado a otros dos mil hombres, incluyendo personal militar, y hemos hecho todo lo que usted nos pidió, comandante. Se les proporcionaron radios de campaña, en contacto con el transmisor que hemos instalado aquí y con la centralita telefónica que se encuentra en el sótano. También allí tengo personal que se ocupa de la radio y los teléfonos. Los alfileres del mapa indican la posición de los puestos de control. Ahora lo único que tenemos que hacer es esperar a que ocurra algo.

Lukin se quedó mirando fijamente el mapa de la pared durante varios minutos.

—¿Algo va mal, comandante?

Lukin se volvió con expresión ausente.

—Acaba de ocurrírseme algo. Las carreteras en las que han instalado puestos de control se dirigen todas hacia el norte, el sur o el este de la ciudad.

—En efecto, comandante.

—¿Pero no hacia el este, hacia el Báltico? Da usted por sentado que esa gente no dará media vuelta.

El ayudante esbozó una sonrisa.

—Si dan media vuelta, no habrá nada de qué preocuparse.

—El objetivo es capturarlos —dijo Lukin abruptamente—. No tenemos vigiladas las carreteras que conducen al Báltico. Compruebe el tráfico en ambas direcciones, el que entra y el que sale de la ciudad. —Lukin se quedó mirando al hombre, esperando una respuesta.

—A sus órdenes, pero la cuestión de los efectivos…

—Soluciónelo.

La circulación era densa cuando llegaron al río Neva y Slanski viró a la izquierda y tomó la carretera que se dirigía a Pushkin. Condujo despacio, apreciando la sensación de potencia de la BMW, accionando los interruptores del manillar para familiarizarse con la máquina. Cuando se detuvieron ante un semáforo, en la plaza de Turguéniev, le dijo a Anna por encima del hombro:

—¿Va todo bien ahí atrás?

—Sí, excepto que voy a morir congelada. Slanski sonrió.

—Arrímate a mí. Puede ser una ayuda.

—¿Una ayuda para ti o para mí? El abrigo que llevas huele como si lo hubieran sacado de una pocilga.

Slanski se echó a reír y ella se apretó aún más contra él, mientras el semáforo se ponía en verde. Iba a arrancar cuando oyeron el sonido de un

silbato. Un joven policía que dirigía el tráfico junto a un quiosco habilitado con ese fin en el centro de la plaza los miraba fijamente y les hacía señas con la mano.

—Dios mío… —dijo Anna.

—Relájate. Deja que hable yo.

—¿No podemos seguir sin hacerle caso?

—Hacer eso sería buscarse más problemas. El guardia urbano hizo sonar de nuevo su silbato y Slanski sorteó el tráfico para acercarse a él. El hombre examinó la BMW mientras se golpeaba la palma de la mano con una porra.

—¿Qué diablos cree que está conduciendo, camarada?

—¿Perdón?

—¿Una motocicleta o una misión suicida? —El hombre miró a Slanski con los ojos entornados y después golpeó el faro de la moto con su porra—. Va con las luces apagadas.

Slanski se inclinó hacia adelante para comprobar el faro. Debió de apagarlo cuando intentaba familiarizarse con la máquina y olvidó volverlo a encender. Sonrió inocentemente al policía y empezó a tantear el manillar, buscando el interruptor. Como no pudo encontrarlo, el policía le dijo:

—¿Esta moto es suya, camarada?

—Sí.

—¿Y no sabe dónde está el interruptor de las luces?

Slanski siguió buscando el interruptor, pero el policía extendió el brazo, movió un conmutador del manillar y encendió el faro.

—¿Y bien, camarada? ¿Qué pasa? ¿Es usted tonto, además de ciego?

Slanski intentó parecer apropiadamente temeroso de la autoridad del hombre.

—Gracias, camarada. Lo siento. He comprado esta moto hoy mismo y aún no estoy familiarizado con los mandos.

—¿No está familiarizado con este cacharro y se atreve a conducirlo? Déjeme ver su documentación.

Slanski le dijo a Anna que se apeara, bajó el caballete de la moto y sacó sus documentos. Un segundo policía, un sargento, se acercó procedente del quiosco, picado por la curiosidad.

—¿Algún problema?

—Este *durak* cree que se puede conducir sin luces. El sargento sonrió débilmente.

—Una infracción grave. Si quiere suicidarse, debería hacerlo en su apartamento, donde no pueda hacer daño a nadie. Utilice el gas, como todo el

mundo. —El sargento empezó a examinar la BMW—. Una máquina excelente. ¿Cómo la consiguió, camarada?

—Me la ha vendido un amigo.

—¿Cómo se llama su amigo?

—¿Qué importa eso, sargento?

—Importa si yo lo pregunto. —Alzó el rostro para mirar a Slanski—. El nombre de su amigo.

—Genady Stavinka. De Pushkin.

—¿Y ella es…? —El suboficial miró a Anna.

—Mi esposa.

—¿Su marido es siempre tan temerario? —preguntó el sargento a la mujer.

—Por eso me casé con él. Ahora empiezo a pensar que cometí un error.

El sargento soltó una carcajada y se volvió hacia su colega.

—Por lo menos la chica tiene cerebro. Deja marchar a este individuo con una advertencia, Boris, solo por esta vez. La mujer es más sensata que él. —Volvió a mirar a Slanski—. Haga caso a su mujer, camarada. Vivirá más tiempo.

—Es un verdadero tesoro, amigo.

—Y que lo diga. Y si quiere que también ella siga con vida, aprenda a usar el interruptor de las luces.

—Lo haré, camarada. Gracias.

—Pueden continuar.

Slanski montó en la motocicleta y Anna hizo lo propio. El hombre dio una patada al pedal de arranque y la BMW se puso en marcha con una sacudida.

Los dos policías regresaron al quiosco del centro de la plaza y se encaramaron a él.

—Estaba buena la mujer, ¿no, sargento?

—Debería limitarse a montarla a ella y olvidarse de la moto.

El policía joven soltó una risita. El teléfono del quiosco empezó a sonar. El sargento lo descolgó y contestó.

—Quiosco de tráfico 14, plaza de Turguéniev.

El sargento escuchó la voz cortante que hablaba desde el otro extremo de la línea y finalmente dijo:

—No se preocupe, mantendremos los ojos abiertos.

Colgó lentamente el auricular y lanzó una mirada inexpresiva en dirección al círculo de luces en movimiento que rodeaba el quiosco. El otro policía le miraba fijamente.

—¿Algún problema, sargento?

El rostro del aludido estaba algo pálido; se rascó el mentón.

—No estoy seguro. La llamada era de la centralita telefónica. El cuartel general del KGB quiere que estemos atentos por si vemos a un hombre y a una mujer. La descripción encaja con la de esa pareja de la BMW.

—¿Dijeron por qué los buscan?

—El hombre va armado y es peligroso. Es un agente enemigo. La mujer es rusa y probablemente viaja haciéndose pasar por su esposa. Es imperativo que los detengamos. Ya han matado a un oficial del ejército.

El policía joven soltó un largo silbido.

—¿Cree que podría ser el idiota de la moto?

—Es poco probable. Ese mamón no distinguiría su codo de su culo. Conozco a los de su especie. Tras catorce años en el cuerpo se aprende a leer en las caras, Boris. Ese *durak* no era un asesino. Incluso mi mujer cuando ha trasegado su ración de vodka, parece más peligrosa que él.

—Aun así, podría tratarse de esa pareja. Quizá deberíamos informar.

El sargento miró a su colega como si fuera un completo idiota.

—Piensa un poco, Boris. ¿Y que los de la central nos atosiguen con toda clase de preguntas? —El sargento meneó la cabeza de lado a lado—. Además, según la centralita, la mitad del puto ejército, el KGB y la milicia están buscándolos. Todas las carreteras que rodean la ciudad han sido bloqueadas. Puedes estar tranquilo, no llegarán lejos, vayan donde vayan.

40

Autopista del Báltico. Leningrado

Al tomar una curva de la autopista del Báltico, Slanski vio la hilera de reflectores rojos delante de ellos. Se apartó hacia un lado de la calzada y apagó las luces de la moto.

—¿Qué pasa? —preguntó Anna, alarmada.

—Echa un vistazo.

Mientras los coches pasaban a toda velocidad, Anna atisbó por encima del hombro de Slanski. Pudo ver varios vehículos del ejército y de la milicia que bloqueaban la autopista unos cien metros más adelante. La cola de luces de los pilotos traseros relucía en la oscuridad. Varios hombres uniformados acordonaban la zona, comprobaban la documentación de los conductores y subían a los camiones y coches. El tráfico procedente de la dirección opuesta parecía estar sufriendo el mismo escrutinio.

—Siempre que me pongo suspicaz me da dolor de cabeza —dijo Slanski —. Y ahora mismo tengo una jaqueca de caballo. Me apuesto un rublo a que nos buscan a nosotros.

—¿Qué podemos hacer?

—Había una carretera secundaria un par de kilómetros atrás. Probemos suerte por allí.

Accionó el cambio de marchas con el pie e hizo dar media vuelta a la moto. No encendió la luz hasta que se hubieron alejado unos doscientos metros. Cuando llegaron a la carretera secundaria que quedaba a su derecha, la tomaron. Era una carretera comarcal y estaba cubierta de parches de nieve sucia. Anna se apretó con fuerza contra él, escondiéndose de las gélidas ráfagas de aire que les azotaban el rostro.

Habían recorrido otros cinco kilómetros cuando, al salir de una curva cerrada, vieron el resplandor de unas luces más adelante. Era demasiado tarde.

Dos *jeeps* con capota les bloqueaban el paso. Un sargento del ejército armado con un fusil Kalashnikov y un miliciano que empuñaba un rifle estaban de pie junto a uno de los *jeeps*, en cuyo asiento delantero se sentaba

otro joven miliciano que se ocupaba de una radio portátil; su fusil descansaba cruzado sobre sus rodillas.

El oficial de mando estaba un poco más retirado, fumando un cigarrillo con aire distraído.

Slanski notó que los brazos de Anna se apretaban aún más alrededor de su cintura. Redujo la marcha cuando el oficial, un teniente, alzó la mano para indicarles que se detuvieran.

Slanski frenó la BMW hasta detenerse, pero mantuvo el motor encendido.

El teniente dio un paso al frente y dijo en voz alta:

—Apaga esa maldita luz y el motor.

Slanski obedeció. El teniente les apuntó al rostro con la linterna.

—Vaya, qué tenemos aquí. Dos amantes que han salido a pasear al campo.

Los soldados y el sargento se echaron a reír. Slanski intentó evaluar la situación. De los cuatro hombres, el sargento y el teniente parecían los enemigos más respetables, altos y fuertes, con el cuello más ancho que la frente. Pero los dos milicianos apenas rondaban los veinte años y manoseaban sus fusiles nerviosamente.

El oficial arrojó su cigarrillo y los miró con suspicacia.

—¿Hay algún problema, camarada? —dijo Slanski tranquilamente—. Nos ha dado un susto de mil diablos. Por poco me estrello contra esos *jeeps*.

El teniente miró la motocicleta y después a Anna.

—La documentación, los dos dijo secamente.

Slanski le tendió sus papeles y Anna le imitó. El teniente desplazó el haz de su linterna de los documentos a sus rostros.

—¿Adónde vais? —dijo sin devolvérselos.

—A Novgorod —respondió Slanski.

—Es un largo viaje en una noche tan fría como esta. ¿Cuál es el motivo?

Slanski señaló con el pulgar a Anna por encima de su rostro.

—La madre de mi mujer no se encuentra bien. No creo que la vieja supere esta noche. Ya sabe cómo es esto, teniente. Mi mujer necesita verla antes de que sea demasiado tarde.

—¿De dónde venís?

—De Leningrado. ¿Qué diablos pasa esta noche? Es la segunda vez que nos paran en esta carretera.

El teniente titubeó. La respuesta de Slanski pareció relajar su tensión y lentamente le devolvió los documentos.

—Buscamos a dos agentes enemigos, un hombre y una mujer. Han matado a un oficial del KGB.

Slanski silbó y puso expresión preocupada.

—¿Está bien la carretera a partir de aquí? Quiero decir, espero que no corramos ningún peligro, camarada. Mi mujer ya está bastante alterada.

El oficial sonrió.

—Dudo que los molesten. Pero si veis a alguien actuando de un modo sospechoso, informen a la milicia más cercana. Pueden seguir.

—Eso haremos, camarada. —Volvió la cabeza para mirar a Anna—. Vamos, hagamos lo que ha dicho el teniente.

Montaron en la BMW, pero de pronto el teniente dijo lentamente:

—Un momento.

Se acercó e iluminó de nuevo el rostro de Slanski con su linterna. Después el de Anna. La luz se detuvo sobre la mujer.

—¿Dónde estaba el último puesto de control, donde los pararon a usted y a su marido?

La pregunta pareció quedar suspendida en el aire como una amenaza. Anna vaciló y sintió que el cuerpo de Slanski se ponía rígido bajo sus brazos. Observó que los dos milicianos empuñaban sus rifles siguiendo el ejemplo del sargento, que estaba montando su Kalashnikov.

El teniente no apartaba la vista de Anna.

—Le he hecho una pregunta.

—Unos tres kilómetros atrás. Había un coche y dos milicianos. Las cejas del oficial se elevaron.

—Hemos venido por esa carretera no hace ni media hora. No había ningún puesto de control. —Se dio media vuelta para mirar al joven miliciano del *jeep* que manejaba la radio y le llamó—: Kashinsky, llama a la centralita. Pregúntales si tienen un puesto de control donde dice esta mujer.

El miliciano descolgó el micrófono manual de la radio y empezó a hablar.

—Mire, camarada, mi mujer está muy trastornada… —empezó a decir Slanski al teniente.

—Relájate. No tardará mucho. Si ya hay otro puesto de control en esta carretera, estamos perdiendo el tiempo miserablemente aquí.

El miliciano del *jeep* seguía hablando por la radio, pero Slanski no pudo oír sus palabras. Solo balbuceos y el crepitar de la estática.

Finalmente, el miliciano del *jeep* salió con el rifle en la mano y una expresión de alarma en su rostro; empezó a hablar antes de llegar junto al teniente.

—¡Esa zorra está mintiendo! No hay ningún control en esa parte de la carretera.

Todo ocurrió muy de prisa. Mientras el oficial se llevaba la mano a la pistola y los demás hombres alzaban sus armas, Slanski accionó el interruptor del manillar y el faro de la moto cegó a los hombres por un instante. Empuñó la Tokarev que ocultaba bajo el abrigo y disparó al oficial en el pecho. Después hizo dos nuevos disparos en dirección al sargento, que le alcanzaron en la garganta y en la cara y lo derribaron.

Disparó dos balas más, casi simultáneas, en dirección a los dos jóvenes milicianos, que ya se escabullían para cubrirse detrás del *jeep*.

—¡Agárrate fuerte! —le gritó a Anna por encima del hombro.

Dio una patada a la palanca de arranque y la BMW se revolucionó brutalmente y salió disparada con un rugido; la rueda delantera se separó brevemente del suelo por la brusca aceleración, antes de que Slanski consiguiera pasar por la estrecha abertura que separaba los dos *jeeps*.

Lukin estaba sentado a una mesa de la cantina del cuartel, ante un plato de col y buey adobado con patatas. Sin embargo, a pesar del hambre que sentía, apenas había probado la comida. En la sala había alrededor de una docena de oficiales y soldados sentados a las mesas, comiendo y fumando durante su período de descanso.

Solo había conseguido engullir un par de bocados cuando el ayudante entró apresuradamente, dando un empujón a las puertas basculantes. Lukin dejó el tenedor sobre la mesa y se limpió la boca con la servilleta al ver acercarse al ayudante a grandes zancadas con un mapa en la mano.

—Acaba de llegar un comunicado. Una patrulla móvil de la milicia detuvo a un hombre y a una mujer que iban en una motocicleta BMW y que se parecían a los que estamos buscando. Fue en una carretera secundaria, al oeste de Pushkin, cerca de la autopista del Báltico, a unos tres minutos. Cuando les dieron el alto, el hombre sacó una pistola y mató a un teniente y a un sargento. Dos milicianos que estaban con ellos consiguieron dar la alarma. En este momento están persiguiendo a los asesinos en un *jeep*.

Lukin se puso en pie de un salto, le arrebató el mapa y lo desplegó sobre la mesa.

—Muéstreme dónde.

El ayudante señaló un punto sobre el mapa.

—Aquí, a unos treinta kilómetros. Con un coche rápido se tardaría una media hora, si las carreteras no están muy mal. Pero será difícil alcanzar a una motocicleta, que además nos lleva ventaja. He puesto al corriente de los detalles a la centralita y he ordenado que alerten a las otras seis patrullas de la zona. Algunas ya se están moviendo para acordonar la región. Quizá si podemos cerrarles el paso tengamos alguna posibilidad. Hacerlos ir en círculos cada vez más reducidos hasta acorralarlos como a ratas.

Lukin cogió el mapa y la funda que contenía su pistola.

—Consígame un coche —dijo. ¿Están preparados los dos motoristas?

—Preparados y esperando órdenes en el garaje del sótano, junto con nuestro conductor.

Lukin se dirigió hacia la puerta como un poseído, mientras le gritaba a su ayudante por encima del hombro:

—Usted se quedará aquí a cargo de la radio. Quiero que se mantenga el contacto permanentemente.

Slanski sudaba mientras Anna se apretaba junto a él y la BMW avanzaba rugiendo por la oscura y estrecha carretera comarcal.

Iba a sesenta kilómetros por hora, tomando las curvas a la máxima velocidad que se atrevía, derrapando peligrosamente cada vez que apuraba demasiado.

—¡Reduce o nos mataremos! —gritaba Anna.

—Los milicianos informarán por radio de lo ocurrido —dijo Slanski a voz en cuello por encima del hombro—. Tenemos que alejarnos de aquí volando.

Tomó la siguiente curva sin hacer caso de la advertencia de la mujer, y en el punto más peligroso del giro pudo notar que las ruedas de la motocicleta patinaban bruscamente sobre un charco de aguanieve. Se oyó el chirrido de los neumáticos y derraparon sobre el asfalto hasta una cuneta. Slanski acabó debajo de la moto, cuyo motor seguía encendido y muy revolucionado, y Anna salió despedida y aterrizó sobre unos matorrales.

Slanski lanzó un juramento y se puso en pie trabajosamente.

—¡Maldición! —Apagó el motor de la motocicleta y fue a ayudar a la mujer—. ¿Estás bien?

Ella aceptó la mano que le tendía y se dejó ayudar a salir de la zanja.

—Creo que sí, no lo sé.

La luz del faro de la BMW seguía encendida y Slanski vio un profundo corte en la frente de la mujer. Tenía las ropas cubiertas de aguanieve y de

zarzas y se había arañado las manos. Le frotó la cara con el pañuelo que ella llevaba en la cabeza y después se lo ató alrededor de la frente ensangrentada.

—Me temo que por el momento tendrá que servir.

—¿Y la motocicleta?

—Voy a ver.

Cuando iba a levantar la moto miró hacia atrás y vio el resplandor de unos faros que se aproximaban a gran velocidad por la carretera, a sus espaldas.

—La milicia debe de habernos seguido, o habrán avisado a otra patrulla.

Enderezó rápidamente la BMW y, como pudo, comprobó que funcionaba. No parecía haber nada roto, pero la rueda delantera estaba cubierta por un amasijo de hierbas y zarzas.

Se puso a trabajar frenéticamente para despejarla; después montó en la máquina y pisó la palanca de arranque.

El motor tosió entrecortadamente y se ahogó.

—¡Joder!

—Prueba otra vez.

Así lo hizo, pero con el mismo resultado.

Ambos miraron hacia atrás. Las luces se acercaban cada vez más a gran velocidad. Slanski sacó su pistola y se la tendió a Anna.

—Si se acercan lo suficiente, intenta destrozarles los faros. Intentó una vez más arrancar la BMW, pero el motor seguía sin responder.

—¡Maldita sea!

De pronto, Anna señaló con un dedo y gritó:

—¡Mira!

Slanski vio varias luces que se aproximaban en la otra dirección por la carretera. Tal vez fueran tres vehículos, aproximadamente a un kilómetro de distancia, tal vez menos. Se volvió desesperadamente con el rostro cubierto de sudor.

Al otro lado de la carretera, a unos veinte metros de distancia, había una verja que se abría a un campo cubierto de nieve. Una larga pendiente arrancaba de la verja y se perdía en la oscuridad.

—¡Ábrela! —gritó Slanski señalando la verja.

—¿Qué?

—La verja. Ábrela, de prisa.

Anna cruzó corriendo el asfalto y empujó la verja para abrirla, pero esta se negó a ceder. Volvió a intentarlo. Estaba atascada.

Slanski corrió hasta ella y empezó a dar puntapiés a la verja como un loco, aporreándola hasta que se abrió de golpe.

—¡Quédate aquí! —gritó a la mujer.

Corrió hasta la BMW, montó en ella y descargó todo su peso sobre la palanca de arranque con una fuerza terrible. Finalmente, el motor se puso en marcha con un estampido.

El convoy estaba casi sobre ellos, pero en aquel momento oyeron el rugido de un motor procedente de la dirección opuesta: un *jeep* con la capota echada dobló la curva a gran velocidad y frenó hasta detenerse patinando.

Slanski condujo la moto hacia la verja, y cuando llegaba junto a Anna, ambos fueron atrapados por el repentino fulgor de los faros del *jeep*.

De pronto sonaron disparos procedentes de ambas direcciones y las balas se incrustaron en la nieve, acribillando la carretera, mientras unas voces ladraban órdenes y los neumáticos de varios coches y camiones chirriaban al detenerse, al tiempo quede ellos saltaban grupos de hombres armados.

Slanski cogió a Anna del brazo y tiró de ella para que montara en la moto. Revolucionó el motor y pasaron velozmente junto a la verja, ya abierta, se internaron en el campo y descendieron por la pendiente, al tiempo que las ráfagas de las ametralladoras y los fusiles tableteaban a sus espaldas.

El corazón de Lukin martillaba salvajemente. El aullido de las sirenas retumbaba en la noche mientras el Zis devoraba la carretera; el conductor tenía que esforzarse por evitar que el gran coche patinara.

Habían recorrido treinta kilómetros en veinte minutos. Los dos motoristas con casco y gafas protectoras que flanqueaban el vehículo se adelantaban de vez en cuando para despejar el tráfico del camino. Al pasar velozmente por un pueblo rústico, la radio crepitó y Lukin cogió el micrófono de mano.

—Habla Lukin.

Le respondió la voz del ayudante.

—Aquí base, señor. Hemos vuelto a tropezar con ellos en la misma carretera, a unos seis kilómetros al este.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lukin, apremiante.

—Siguen en la moto. Cuando las patrullas los alcanzaron, se internaron en un campo y desaparecieron.

—¡No los pierda! —rugió Lukin al micrófono—. ¡Córteles el paso! ¡Córteles el paso!

—Eso estamos haciendo, señor. Las patrullas han ido tras ellos a pie. Según uno de los milicianos, el campo hace pendiente y llega hasta un valle y

un tramo de bosque. Sus únicas entradas o salidas son cuatro pistas sin asfaltar. Las están bloqueando mientras hablamos.

—Hagan lo que hagan, no dejen que se escapen. Voy hacia allí. —Lukin soltó el micrófono y dijo al conductor—: Ya le ha oído, la misma carretera. Y no levante el pie del acelerador. No tenemos todo el día.

La BMW descendió rugiendo por la pendiente; cuando llegaron al fondo, Slanski frenó. Se encontraban junto a un estrecho arroyo congelado, al otro lado del cual empezaba un bosque tupido.

Anna volvió la cabeza para mirar hacia atrás. Vio luces y linternas en movimiento. Varias figuras corrían por la ladera en dirección a ellos y las balas arrancaron astillas de los árboles que había a su lado.

—Sujétate lo más fuerte que puedas —le gritó Slanski por encima del hombro—. Esto empieza a ponerse feo.

Una vez cruzado el arroyo helado, el faro de la motocicleta iluminó una senda irregular que se internaba en el cavernoso bosque.

Los neumáticos resbalaban y botaban sobre el sendero. El olor a pino del bosque era casi abrumador. Varios minutos después salieron a una pista más ancha y trillada, que evidentemente había servido a los vehículos de exploración forestal. No muy lejos había pilas de árboles recién talados.

—¿Nos han seguido? —preguntó Slanski.

—No he visto a nadie desde que nos alejamos del campo. El hombre detuvo la moto y se subió las gafas hasta la frente. Tenía el rostro cubierto de mugre.

—Dame el mapa.

Anna lo sacó del interior de su blusa y Slanski encendió un fósforo para intentar orientarse bajo aquella luz chisporroteante.

—¿Dónde estamos?

—Al parecer nos encontramos en un lugar llamado Bosque del Valle del Oso, pero no sé cómo diablos podremos salir de aquí. En este mapa no figura ninguna carretera.

Slanski la miró directamente a la cara. Estaba pálida y congestionada por el frío. En sus ojos, Slanski pudo ver la terrible tensión y el miedo.

—Anna, si nos metemos en problemas, ten a punto la píldora, ¿comprendes?

—Creí que ya estábamos metidos en problemas.

Slanski sonrió tristemente.

—Esperemos que no empeore. De acuerdo, veamos si encontramos la manera de salir de aquí.

Dio gas a la moto y giró hacia la derecha, tomando la carretera del bosque.

El coche de Lukin se detuvo, y él vio más adelante las luces y la actividad. Media docena de vehículos bloqueaban el paso en la estrecha carretera, acordonada por hombres uniformados.

Salió del coche y corrió hasta un capitán que parecía tener el mando.

Le mostró su identificación.

—Comandante Lukin, del KGB de Moscú. Yo ordené esta persecución. ¿Qué ha ocurrido?

El capitán le saludó militarmente.

—Han escapado, señor. Esos locos se metieron en un bosque que hay más abajo. He enviado a una docena de hombres en su persecución, pero no disponemos de transporte adecuado para seguir.

Lukin observó una verja abierta y que una única huella de neumático surcaba el campo —tan blanco que parecía almidonado— que había tras ella. Vio varias siluetas al final de la pendiente provistas de linternas cuyos haces barrían los árboles, y hasta él llegaron voces procedentes de la oscuridad.

Se volvió hacia el capitán y le ordenó:

—Póngase a la radio y asegúrese de que todas las carreteras que salen de ahí están bloqueadas. Quiero que todos los hombres disponibles peinen el bosque. Hágalo ahora mismo.

—Lo estamos haciendo, señor.

—Entonces póngase a la radio otra vez y asegúrese de que es así. Le hago responsable personalmente. Informe a las patrullas de la zona que voy de camino. —Lukin miró a su alrededor frenéticamente, sabiendo lo que tenía que hacer. Vio a un sargento que empuñaba un fusil Kalashnikov y dijo al capitán—: Quiero el arma de ese hombre.

—¿Señor?

—El Kalashnikov. Tráigamelo.

El capitán se escabulló hacia el sargento y Lukin corrió hacia los motoristas que ya habían desmontado de sus vehículos. Agarró el manillar de una de las máquinas, se subió a ella y puso en marcha el motor de un solo golpe.

—¡Fuera de mi camino! —rugió Lukin al ver que uno de los sorprendidos conductores empezaba a protestar.

Condujo la moto hasta el capitán, le arrebató el Kalashnikov de las manos y se pasó la correa de sujeción por el cuello.

El capitán contempló con expresión de duda a Lukin, que se aferraba al manillar con su única mano útil, y dio un paso para ponerse ante la motocicleta.

—Señor, tal vez fuera mejor que esperase. Perseguir a esos dos solo es buscarse problemas. Además…

—Además ¿qué? ¿Que soy un lisiado? La ventaja de tener una sola mano, capitán, es que enseguida reúne la fuerza de dos. ¡Fuera de mi camino!

La máquina rugió y el capitán dio un salto hacia atrás a tiempo mientras Lukin cruzaba la carretera, atravesaba el paso de la verja y se precipitaba pendiente abajo.

Slanski estaba perdido. El bosque era un laberinto de senderos estrechos y en la oscuridad era imposible adivinar adónde conducía cada uno de ellos. No había indicadores y en más de una ocasión tuvo que detenerse para consultar el mapa y la brújula.

El sudor resbalaba por su rostro y cada vez que miraba hacia atrás, a Anna, veía el miedo en sus ojos.

De pronto la carretera se ensanchó antes de formar una curva; un cartel rezaba: *Precaución. Salida a la carretera de Kolimka. Ceda el paso*.

Al tomar la curva tuvo que pisar con fuerza el freno y se detuvo después de un patinazo.

Media docena de *jeeps* y camiones, junto a una fila de soldados y milicianos, bloqueaban la carretera, aguardando estos silenciosamente en la oscuridad con las armas preparadas.

—¡Alto! —gritó una voz—. Desmonten y arrojen sus armas.

Slanski aceleró e hizo dar la vuelta en redondo a la BMW.

El bosque pareció estallar con una terrible descarga de disparos que surcaron el aire y perforaron el suelo. Slanski enfiló el camino por el que habían llegado hasta allí.

Era casi imposible.

Lukin tenía que usar los pies para equilibrarse, pues le resultaba difícil controlar la moto con una sola mano.

Se detuvo al llegar al camino lleno de baches que se internaba en el bosque. El brazo útil le dolía a causa del esfuerzo realizado sujetando el manillar, y el sudor brotaba de cada uno de sus poros.

Había seguido las huellas de neumáticos a través del bosque. Apagó el motor y se puso a escuchar por si oía algún ruido en el bosque o el sonido de un motor. Pero lo único que oyó fue su propio corazón que le martillaba los oídos.

Y entonces… Una nutrida descarga de disparos brotó como un trueno en algún lugar no muy lejano y el corazón le dio un vuelco.

Puso en marcha nuevamente la motocicleta y se dirigió en dirección al ruido. Apenas había recorrido cincuenta metros cuando salió a un camino más ancho.

Vio el faro que centelleaba entre los árboles a su derecha, avanzando hacia él, y casi se le paró el corazón.

Retrocedió hasta llegar al camino por el que había venido y montó el Kalashnikov que llevaba colgado al cuello.

La BMW pasó rugiendo frente al camino y Lukin pudo ver claramente al hombre y a la mujer.

Puso una marcha y arrancó dispuesto a perseguirlos.

Se encontraba a tan solo veinte metros por detrás de la BMW cuando la mujer miró hacia atrás. Lukin vio su rostro iluminado por el faro de su motocicleta. La mujer abrió la boca y una terrible expresión de miedo y sorpresa le descompuso el rostro.

Se volvió, y golpeó en el hombro al conductor y gritándole para advertirle.

El hombre miró hacia atrás brevemente, con el rostro oculto por el casco y las gafas protectoras.

De pronto la BMW cobró velocidad y se precipitó peligrosamente por el camino del bosque.

A Lukin le resultaba casi imposible mantener el control de la motocicleta y tenía que apoyar los pies en el suelo para mantener el equilibrio. Solo con que pudiera apuntar el Kalashnikov al neumático trasero tendría una oportunidad de frenarlos, pero con una sola mano era imposible, y apenas conseguía mantener la velocidad.

El hombre y la mujer empezaban a distanciarse de él. Cuando la BMW tomó una curva en medio del bosque, Lukin vio de pronto una hilera de faros: varios camiones y *jeeps* del ejército se apiñaban junto a la carretera, unos cien metros más adelante, y otra barricada impedía el paso.

La BMW redujo la velocidad, giró bruscamente hacia la derecha y ascendió por una pendiente coronada por árboles. Lukin comprendió que Slanski intentaba sortear a la patrulla.

La BMW desapareció al final de la pendiente y Lukin fue tras ella.

Apenas había ascendido un par de metros cuando la moto hizo un extraño, culebreó violentamente bajo su cuerpo, y le lanzó por los aires.

Aterrizó, y al levantar la cabeza vio que la BMW daba un brusco acelerón para remontar la cuesta, pero justo antes de llegar a la cima pareció encabritarse repentinamente y volverse hacia un lado, como si un caballo que en el último momento decidiera no saltar una valla.

La mujer salió despedida, chocó con fuerza contra el suelo y rodó cuesta abajo.

Lukin se puso en pie trabajosamente y corrió hacia ella.

Sobre la cima de la pendiente vio que el conductor forcejeaba por controlar la máquina, conseguía enderezarla y cuando los neumáticos hicieron presa en el terreno, consiguió llegar sano y salvo hasta arriba. Lukin vio que el conductor miraba hacia abajo, horrorizado al ver que el cuerpo de la mujer caía rodando y se detenía al pie de la cuesta.

Tras un momento de indecisión, soltó un grito desesperado.

—¡Anna! —Lukin empuñó el Kalashnikov y disparó ciegamente. La andanada arrancó astillas de madera que cayeron sobre el hombre como una ducha, pero este se volvió y corrió a ocultarse entre las sombras.

De los camiones salieron varios soldados corriendo y disparando hacia los árboles, remontando la pendiente en pos de la BMW.

Lukin arrojó a un lado el Kalashnikov y se precipitó hacia la mujer, en el momento en que ella intentaba introducirse algo en la boca. Cuando se le echó encima, ella gritó de dolor. Lukin introdujo violentamente sus dedos en la boca de Anna.

Séptima parte
27 de febrero - 2 de marzo de 1953

41

París

Era un poco más de las diez de aquella noche cuando el esbelto Citroën negro se detuvo en el bulevar Montmartre y de él descendió Henri Lebel.

Llovía a cántaros y el chófer le tendió un paraguas.

—Puedes irte, Charles —dijo Lebel—. Recógeme en Maxim's a medianoche.

—Muy bien, señor.

Lebel se quedó mirando el Citroën, que desapareció en la brumosa calle antes de cruzar el bulevar y girar por una estrecha callejuela que desembocaba en un callejón lleno de basura. Un gato salió de la oscuridad, pasó junto a él y se escabulló; cuando Lebel llegó al final del mugriento callejón vio a su derecha una puerta pintada de azul. Un letrero luminoso sobre ella indicaba *Club Malakoff. Unicamente socios*.

Lebel golpeó con los nudillos en la puerta. Se abrió una mirilla y apareció el rostro sin afeitar de un hombre.

—*Oui?*

—*Monsieur* Clichy me está esperando.

Un cerrojo se abrió con un sonido metálico y el hombre abrió la puerta para asomarse al empapado callejón antes de dejar entrar al visitante.

Lebel descendió por una escalera de caracol metálica hasta llegar a una habitación llena de humo y abarrotada de gente. Las mesas estaban ocupadas por hombres con aspecto de duros obreros, que bebían cerveza y vino barato. Un anciano que llevaba un delantal y gafas de pulidor sonrió al ver a Lebel desde detrás de un mostrador de zinc y se acercó a él.

—Por aquí, *monsieur* —dijo—. Sígame.

Lebel lo siguió a través de unas cortinas que había detrás de la barra hasta un tramo de estrechos escalones que subían hasta una puerta situada al final de un destartalado pasillo. El viejo llamó a la puerta y una voz respondió:

—Entra, si eres guapo.

—Soy Claude. Su visita ha llegado —dijo el hombre, y abrió la puerta.

Lebel entró en una minúscula habitación llena de humo, iluminada por una única bombilla desnuda que colgaba del techo hasta muy abajo; el resto

de la habitación estaba en sombras y un espejo antiguo rayado cubría una pared. En el centro de la habitación, un hombre que rondaría la treintena estaba sentado a una mesa, frente a una botella de pastís y dos vasos. Era menudo pero fibroso y algo cargado de espaldas. Le faltaban los dos incisivos superiores, y el raído traje negro que llevaba lucía rastros de ceniza de cigarrillo.

Mientras encendía un Gauloise le hizo un guiño al camarero.

—Déjanos, Claude.

Cuando la puerta se cerró, el hombre que estaba sentado señaló la silla que tenía enfrente.

—Henri, mi querida flor, siempre me alegra verte.

Lebel se sentó al otro lado de la mesa y se quitó sus exquisitos guantes de ante.

—Por desgracia, Bastien, no puedo decir lo mismo.

—Siempre tan diplomático. Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Sabes que solo bebo champán. Cualquier otra cosa me altera el estómago.

Bastien sonrió forzadamente.

—Qué duro. Lo único que tengo es pastís barato. Ni siquiera el presidente del partido puede permitirse lo más refinado de la vida, Henri.

—Siendo así, rehusaré.

Bastien se encogió de hombros y se sirvió un trago para él. Se entretuvo en examinar a Lebel, que vestía un traje caro y una corbata de seda con un alfiler de diamante; el cuello de su hermoso abrigo de pelo de camello a la medida estaba forrado de pelo de marta.

Bastien sonrió, mostrando un enorme agujero negro donde debían estar sus incisivos.

—Tienes muy buen aspecto, Henri, como siempre. ¿Los negocios van bien?

—Supongo que no me has pedido que viniera para hablar de un asunto tan repugnante como mis finanzas. Tal vez quieras dignarte ir al grano. ¿De qué se trata esta vez? ¿Otra contribución al partido?

Pierre Bastien se puso en pie. Lebel siempre había pensado que aquel hombre no habría estado fuera de lugar balanceándose en la torre del campanario de Notre Dame. Quizá no fuera muy amable por su parte, pero el hombre que tenía ante él era un elemento particularmente desagradable, detrás de la bonachonería fingida.

—En realidad se trata solo de una charla amistosa, Lebel. No es necesario ser tan irascible, camarada.

—No soy tu camarada.

—Así debo entender que combatir juntos contra los alemanes durante dos años no cuenta en absoluto. ¿Es eso?

—Dejemos claro quién libró los combates. Te encanta contarle a la gente que la Gestapo te arrancó los dientes a golpes y te lesionó la espalda, cuando ambos sabemos que en realidad fue tu exesposa quien lo hizo. Te arrojó por las escaleras como recompensa por haberla dejado sola con sus hijos para que se enfrentara a la Gestapo cuando hicieron la redada en tu casa. Es una vileza, Bastien, especialmente cuando algunos de nosotros tuvimos que soportar penurias y torturas muy reales mientras tú te escabullías de un piso franco a otro, sin disparar jamás un arma contra los alemanes, hasta que los aliados hubieron tomado París y te sentiste seguro. Sin embargo, obtuviste la Cruz de Guerra del propio De Gaulle. De verdad, deberías hacer algo con los dientes que te faltan. Llevas demasiado tiempo luciendo ese agujero en tu boca como si fuera una condecoración de honor.

Una mirada de desprecio deformó el rostro de Bastien.

—No me menosprecies, Lebel. Hice tanto como cualquier otro. Además, era importante que yo no fuera capturado: por la seguridad del partido, para continuar la lucha después de la guerra.

—Sí, claro. Y recuerda que esta es la misma escoria que contribuye tan generosamente a su causa. Ve al grano, tengo una cita para cenar en Maxim’s.

—Sin duda con alguna apetitosa modelo, ¿no? —dijo Bastien con una sonrisa lasciva.

Lebel suspiró.

—La envidia no te servirá de nada. Sobrevivir en el infierno de un campo de concentración con la muerte pendiendo sobre mi cabeza me enseñó dos cosas: una, solo puedes confiar en ti mismo, y dos, disfruta de la vida mientras puedas. Hago ambas cosas cada día y mi vida privada no es asunto tuyo. De modo que ¿de qué quieres hablar?

Bastien sonrió maliciosamente.

—Es un asunto delicado, por eso te he pedido que vinieras personalmente. ¿Has tomado las precauciones habituales?

—Naturalmente. Por tu expresión puedo intuir que tienes alguna noticia desagradable que comunicarme.

Bastien apuró su bebida y estampó el vaso sobre la mesa.

—Un hombre llamado Jake Massey. ¿Lo conoces?

Lebel alzó la vista con cierta vacilación, sorprendido por la pregunta, y procuró por todos los medios no demostrar su alarma.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Te he hecho una pregunta. ¿Lo conoces?

Lebel suspiró y miró ociosamente su reloj de pulsera intentando no demostrar su intranquilidad.

—Mira, Bastien, ¿podemos ir al grano?

—Ahí está el grano. ¿Conoces a ese Massey?

—El nombre me suena. Era un oficial americano de la OSS que trabajó con nuestra resistencia durante la guerra. ¿Por qué?

—¿Lo has visto recientemente?

Lebel observó que en el rostro de Bastien se apuntaba una leve sonrisa, lo cual era siempre peligroso. Decidió contar la verdad.

—En realidad, sí. Estuvo en París no hace mucho y vino a verme a mi *suite* para saludarme. Pero ¿qué tiene que ver con esto? ¿Estás investigando mi agenda social, Bastien?

—De modo que solo fue una visita amistosa, ¿no, Henri?

—Por supuesto. Oye, ¿qué sentido tiene esto? Ya te lo he dicho, tengo una cita.

—¿Por qué quería verte Massey?

—Por nada en particular, ya te lo he dicho. Pasó a saludarme y a charlar sobre los viejos tiempos. Le pedí que cenara conmigo, pero dijo que tenía un compromiso.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y ahora, Bastien, a menos que tengas algo más… Lebel iba a ponerse en pie, pero la mano de Bastien cayó sobre su hombro.

—Siéntate. Aún no he terminado. Algunas personas importantes han estado haciendo preguntas sobre ti.

—¿Quién?

—No es asunto tuyo. Pero como somos viejos camaradas de la resistencia, te he pedido que vinieras para prevenirte. No quisiera verte sufrir ningún daño. ¿Qué ganaríamos con eso? Tus contribuciones a nuestra causa son muy generosas, Henri.

Lebel se alzó de hombros.

—Hago lo que puedo. Pero ¿quién quiere hacerme daño y cómo? ¿De qué quieres prevenirme?

—Cuida con quién tratas. Y puedes ahorrarte toda esa mierda. Contribuyes porque no tienes otro remedio, porque eso te asegura que Moscú

mire con buenos ojos tus negocios y tu persona.

—No has respondido a mis preguntas. ¿Quién querría hacerme daño? ¿Cómo iban a hacérmelo? ¿Por qué motivo?

—Es mejor que no preguntes. Pero hazte un favor: la próxima vez que Massey se ponga en contacto contigo, avísame. Era de la OSS. Ahora es de la CIA. Tu vida privada puede que no sea asunto mío, pero sí lo es de Moscú. Si te mezclas con alguien como él, la gente puede sacar una conclusión equivocada.

Lebel fingió alarmarse.

—¿Massey de la CIA? No tenía la menor idea…

—Pues ya lo sabes. ¿De acuerdo?

Lebel asintió con la cabeza.

—Si tú lo dices…

—Lo digo.

—¿Eso es todo? —dijo Lebel.

Bastien asintió.

—Eso es todo. Pero recuerda lo que te he dicho.

Cuando Lebel se puso en pie, Bastien sonrió socarronamente y dijo:

—Por cierto, hay alguien a quien me gustaría que conocieras. —Se volvió hacia el espejo.

—Ya puede entrar, coronel.

En algún lugar entre las sombras se abrió una puerta y entró un hombre. Era corpulento y de aspecto brutal; su rostro era una maraña de marcas de viruela y cicatrices y le faltaba parte de la oreja izquierda.

—Coronel Romulka, del KGB de Moscú, le presento a Henri Lebel —dijo Bastien—. El coronel Romulka me ha dicho que tenías que ir a Moscú dentro de dos días. Quiere reorganizar tus planes de viaje y tenerte allí un poco antes.

—¿Qué significa esto? —dijo Lebel ahogadamente.

Romulka hizo chascar los dedos y de detrás de la puerta aparecieron dos hombres, que sujetaron a Lebel sin contemplaciones y le arremangaron un brazo; Romulka se adelantó y le clavó una jeringuilla.

Washington
27 de febrero, 8:30 de la tarde

La lluvia martillaba con fuerza contra las puertas de los balcones del Despacho Oval y el fogonazo de un relámpago iluminó el oscuro cielo

vespertino, por detrás del obelisco de Washington.

Eisenhower suspiró mientras se sentaba pesadamente frente a su escritorio y miraba a los otros tres hombres que había en la habitación.

—A ver si lo he entendido. ¿Me están diciendo que es imposible detener la operación?

Allen Dulles, el jefe de la CIA, se sentaba junto al presidente; Karl Branigan y Jake Massey, enfrente del escritorio de nogal.

Bajo los ojos del presidente había sombras oscuras y su famosa sonrisa brillaba por su ausencia. Las condiciones atmosféricas del exterior parecían conjugarse con su lúgubre estado de ánimo.

Branigan se adelantó en su asiento.

—Me temo que esto tiene mal aspecto, señor presidente. Como ha explicado Massey, la única forma que teníamos de hacerle llegar algún mensaje a Slanski en Moscú era a través de Lebel. Pero Lebel se ha evaporado.

—Cuénteme qué ha ocurrido —dijo Eisenhower sombríamente.

—Como usted sabe, señor, Lebel tenía previsto volar a Moscú dentro de dos días. Pedimos a nuestra oficina de París que intentara ponerse en contacto con él, pero no han logrado encontrarlo. Su chófer afirma que debía recogerlo del club Maxim's a medianoche, hora de París, donde Lebel tenía una cita de negocios. Nuestros agentes le estuvieron esperando en el club, pero Lebel no apareció. Y ocurrió algo más.

—¿Qué?

—Nuestra oficina de París tuvo noticias de que un avión diplomático soviético, que no estaba programado, abandonó el aeropuerto de Le Bourget con un plan de vuelo hasta Moscú, no mucho después de que el chófer de Lebel lo dejara en el bulevar Montmartre. Cerca del bulevar hay un club, el Club Malakoff, utilizado por conocidos miembros del Partido Comunista francés. También sabemos por nuestros contactos en el contraespionaje francés que Lebel ha sido visto en ocasiones visitando el club. El chófer de Lebel dice que su jefe recibió una llamada telefónica aquella tarde, y le dijo que tenía que asistir a una reunión privada, pero no le dijo dónde. Solo que quería que lo llevara al bulevar Montmartre.

»Pero hay algo mucho más preocupante a tener en cuenta. Poco antes de que el avión soviético despegara, había a bordo varios pasajeros vendados; uno de ellos iba en una camilla y le acompañaba un médico. Según los franceses, los soviéticos declararon que era un funcionario de su Embajada de París al que llevaban a Moscú para que recibiera tratamiento médico de

urgencia. Sin embargo, tras hablar con las autoridades francesas que comprobaron la lista de pasajeros entregada por los soviéticos y obtener sus descripciones de las personas que subieron al avión, sospechamos que el hombre de la camilla podría ser Lebel.

—¡Demonios!

—Lo que me hace creer que Moscú ha deducido que Lebel está en conexión con Massey y quieren interrogarlo.

Eisenhower se pasó la mano por la cara y se frotó los ojos.

—Esto empeora a cada minuto.

—Señor presidente, el hecho de que se hayan llevado a Lebel a Moscú sugiere que todavía no ha cooperado con ellos, pero en mi opinión, sin importar lo que le hubiéramos ordenado a Slanski que hiciera a estas alturas, estoy convencido de que haría caso omiso de nuestra orden.

Eisenhower levantó la vista.

—¿Incluso una orden directa mía?

—Incluso una orden directa suya, señor, si fuera posible hacérsela llegar.

Eisenhower volvió a suspirar y se revolvió en su asiento.

—Señor Massey, ¿quiere usted añadir algo?

Massey levantó la vista. En su rostro se reflejaba la preocupación. Apenas había dormido durante las últimas cuarenta y ocho horas, pues al largo viaje de Helsinki a Washington había seguido un extenuante interrogatorio de cuatro horas a cargo de Branigan, el director adjunto, y de Allen Dulles, durante el cual repasaron hasta el último detalle de la operación. En todo aquel tiempo no lo había abandonado una sensación de vértigo en la boca del estómago. Las noticias sobre Lebel solo habían contribuido a acrecentarla, y en la estancia se respiraba un ambiente de desesperación.

Eisenhower le estaba mirando fijamente y Massey le devolvió la mirada.

—No sé qué decir, señor presidente.

Eisenhower enrojeció de ira.

—Considerando que usted es en parte responsable de esta situación, me parece que sería mejor que aportara algo a esta conversación. Lleva aquí sentado diez minutos como si fuera alguien que se hubiera perdido y no supiera cómo volver a casa. ¿No tiene ninguna sugerencia?

—Si Lebel ha sido secuestrado y conducido a Moscú, no tenemos ninguna manera de detener a Slanski, como no sea enviando a alguien allí para que razone con él. En cuanto al secuestro de Lebel, no tiene solución, a menos que considere usted la posibilidad de derribar el avión en el que viaja.

—Sería imposible, aunque considerara esa posibilidad —respondió Eisenhower cortante—. Ya estará volando sobre territorio soviético. Y en respuesta a su primera sugerencia, ya ha oído lo que ha dicho Branigan. Slanski no obedecería. ¿Cuál es su opinión sobre Lebel? ¿Cree usted que se hundirá fácilmente en el interrogatorio?

—Lebel estuvo en un campo de concentración tras ser capturado y torturado por la Gestapo, de modo que ya ha pasado por ese infierno. Probablemente se negará a hablar y negará su implicación, aunque eso dependerá de las pruebas que Moscú pueda presentar. Aunque deben de tener alguna, y deben de tener prisa, de lo contrario ¿por qué secuestrarlo, en especial si tenía que llegar dentro de dos días? No obstante, también puede ocurrir que Lebel se lo cuente todo a Moscú. No tengo forma de saberlo.

—Usted conoce a ese hombre, ¿no es cierto? Dígame su opinión sincera. ¿Hablará?

Massey reflexionó unos instantes.

—Creo que Lebel aguantará todo lo que pueda. No es ningún tonto, y al principio es probable que intente negarlo todo. Pero si tenemos en cuenta cómo han refinado los del KGB el arte de la tortura, yo no esperaría que aguantase más de un par de días. Tal vez un poco más.

Allen Dulles estaba limpiando los cristales de sus gafas con un paño y levantó la vista lentamente.

—Se me ocurre que si podemos contar con que Lebel aguante, eso nos proporciona un poco de tiempo y quizá una manera de salir de este embrollo.

—¿Cómo? —preguntó Eisenhower.

—Matando a Slanski y a Khorev. Por insensible que pueda sonar, es prácticamente la única solución que se me ocurre.

El silencio se adueñó de la habitación. Massey miró a Dulles y dijo con vehemencia:

—Estamos hablando de dos personas que arriesgan su vida por nosotros. Dos personas que han tenido las agallas de llevar a cabo esta operación, ¿y usted quiere matarlos?

Dulles fulminó a Massey con la mirada.

—No vivimos en un mundo perfecto, Massey, pero es la única solución que se me ocurre y quizá el único cartucho que nos queda en la recámara. —Dirigió la vista de nuevo hacia el presidente—. Branigan y yo hemos estado haciendo los deberes intentando encontrar una solución a este asunto.

Extrajo un informe del maletín que tenía a su lado.

—En este momento tenemos cuatro agentes en Moscú. Cada cuatro semanas enviamos a cada uno un breve mensaje codificado para mantener el contacto y hacerles saber que no nos hemos olvidado de ellos. Las transmisiones se realizan en el transcurso de programas de radio regulares de la Voz de América, a horas acordadas de antemano. Para un oyente cualquiera, la transmisión parece innocua, pero cuando nuestros agentes decodifican ciertas frases transmitidas a determinadas horas, obtienen un mensaje nuestro.

Se inclinó y le tendió el informe a Eisenhower.

—Estos son dos de nuestros agentes en Moscú que creemos que pueden ayudarnos. —Cuando el presidente lo cogió, Dulles añadió—: Son saqueadores, de las antiguas SS ucranianas. De hecho, el propio Massey los mandó lanzarse en paracaídas sobre Ucrania hace seis semanas. Llegaron a Moscú una semana después.

Eisenhower leyó rápidamente el informe y lo dejó sobre el escritorio.

—¿Qué propone?

—El siguiente mensaje que teníamos programado enviar a esos hombres debía emitirse mañana por la noche, pero en lugar del mensaje de rutina les hablaremos del hombre y la mujer que queremos que localicen. Massey nos ha hablado de la amiga de Lebel con quien debe reunirse Slanski en Moscú. Esa mujer tiene una dacha que Slanski va a utilizar como piso franco. Si podemos confirmar que Slanski y la mujer se presentarán en el lugar acordado, bueno, entonces supongo que puede imaginarse el resto. Pero me parece que necesitaremos contar con alguien en Moscú para asegurarnos de que el plan se lleva a cabo. No tenemos margen de error y tiene que hacerse de prisa. Como ha dicho Massey, tarde o temprano obligarán a hablar a nuestro amigo Lebel y entonces el KGB se enterará de la existencia de la dacha.

—¿Existe alguna posibilidad de que Moscú pueda decodificar nuestro mensaje de radio?

Dulles negó con la cabeza.

—Es muy improbable, señor presidente. El mensaje se decodifica mediante plantillas de un solo uso y es imposible descifrarlo.

—Está olvidando algo crucial. ¿Cómo diablos conseguiremos enviar a alguien a Moscú?

—Estamos trabajando en ello, señor presidente —dijo Dulles—. El Mossad parece la opción con más posibilidades. Ellos tienen contactos a través de su liga judía en Rusia y Europa oriental. Sabernos que tienen varios

agentes e informadores situados en puestos clave de Moscú, en el KGB y en las Fuerzas Armadas soviéticas. Si usted nos da permiso, pediremos ayuda al Mossad sin revelar nuestros motivos. Creo que aceptarán. Como usted sabe, tenemos un mutuo acuerdo formal sobre temas de seguridad.

—¿De verdad cree que podría funcionar?

—Será arriesgado y difícil, señor —dijo Dulles—, y es necesario que se haga con gran celeridad, pero también con mucho cuidado. No tenemos ningún margen de error. Por mi parte creo que es una posibilidad que tenemos que aprovechar. Sin embargo, creo que Massey es quien tiene que responder a esa pregunta. Él envió allí a esas personas.

Todos los rostros se volvieron hacia Massey.

—Bien, señor Massey —dijo finalmente Eisenhower—. Dígame si es posible. ¿Podría funcionar?

Massey se quedó pensando un momento y al cabo dijo llanamente:

—No lo sé.

El rostro de Eisenhower se volvió del color de la grana.

—Responda a mi pregunta, maldita sea.

Massey le miró y el presidente pudo advertir la ira en su voz cuando respondió:

—Por lo que a mí respecta, no quiero tomar parte en esto.

Eisenhower montó en cólera.

—La pregunta que le he hecho es si podría funcionar. Y no olvidemos por qué estamos aquí, señor Massey. Usted es en parte responsable de lo que ha ocurrido. Responda a mi pregunta.

Massey iba a levantarse airadamente, pero Eisenhower dijo:

—Quédese donde está. —Miró hacia Dulles y Branigan—. Vayan a dar un paseo, caballeros. Déjennos.

Dulles y Branigan se pusieron en pie y abandonaron el Despacho Oval.

Massey permaneció sentado mientras Eisenhower encendía un cigarrillo con mano temblorosa, todavía encolerizado; el presidente se puso en pie y caminó hasta la puerta del balcón. Abrió la doble hoja y salió a un pequeño porche. Soplaba un viento frío racheado y la lluvia repiqueteaba insistentemente más allá del patio cubierto.

—Salga aquí afuera, Jake —dijo Eisenhower por encima del hombro.

Massey salió al patio. La lluvia caía como una sábana ondulante, más allá de su techado, y Eisenhower se quedó mirándola fijamente.

—¿Tiene usted familia? —dijo.

—Un hijo.

—¿Y su mujer?

—Estamos divorciados.

Eisenhower se volvió para mirarlo.

—¿Se consideraría usted un patriota, Jake?

—Señor presidente, amo a mi país. No me dedicaría a este trabajo si no lo amara. Pero no puedo seguir con esto. Alex Slanski es un hombre valiente, un hombre que está haciendo lo que nadie más se atrevería a hacer. En cuanto a Anna Khorev, únicamente aceptó seguir adelante con el fin de recuperar a su hija, pero aun así sigue siendo una mujer de gran coraje y tal vez la hayamos manipulado. Pero no podemos asesinarla. Es inmoral y no está bien.

Eisenhower suspiró y sacudió su cigarrillo para que cayera la ceniza.

—Voy a contarle una historia que no he contado a nadie en mucho tiempo. Cuando era joven serví en Panamá como oficial. En mi compañía había un muchacho al que conocía de mi pueblo natal. Era un chico pelirrojo muy agradable. Un buen camarada para salir a emborracharse y que siempre tenía a punto una canción. Estaba loco por una chica que le esperaba en el pueblo.

»Una noche, nuestra compañía fue enviada a la jungla, donde unos guerrilleros habían instalado varias piezas de artillería que traían a nuestro batallón por el camino de la amargura. Nuestro objetivo era silenciar aquellos cañones. A mitad de camino fuimos sorprendidos en la oscuridad por un intenso fuego de ametralladora que nos dejó clavados en el sitio. El chico que yo conocía se adelantó para silenciar una de las ametralladoras y recibió un impacto en el vientre. Retrocedió a rastras por la jungla hacia nosotros con los intestinos colgándole y gritando hasta desgañitarse que alguien lo ayudara. El problema era que estaba revelando nuestra posición.

»Yo era posiblemente el mejor tirador de la compañía. Mi comandante me ordenó que matara al muchacho. No tuve valor para hacerlo y erré el tiro deliberadamente. Lo intentó alguien más y falló. Diez minutos después, los guerrilleros asaltaron nuestra posición y mataron a diez de nuestros hombres.

En el rostro de Eisenhower apareció una expresión de remordimiento.

—Si yo hubiera tenido agallas para matar al chico, quizá aquellos hombres no hubieran muerto. Pero la cosa no acabó ahí. Después de que nos retirásemos, los cañones siguieron disparando y diezmaron nuestro batallón. Les había fallado, a mi comandante y a mis compañeros de armas. Le había fallado a mi país.

El presidente contempló la lluvia con una mirada sombría.

—Ahora no se trata de la jungla de Panamá con la vida de diez hombres en juego, ni siquiera las vidas de todo un batallón. Ahora estamos hablando de una guerra. No se trata de veinte vidas o más en juego, sino quizá de veinte millones. Si aprendí algo aquella noche en la jungla es que hay que reducir las bajas cuando no hay más remedio y soportar el dolor. Sin duda son decisiones crueles, pero estamos hablando de hechos crudos: dos vidas a cambio de muchas otras, incluyendo tal vez la de su propio hijo. Porque, no lo dude, si no conseguimos detener esta operación habrá una guerra. Moscú tendrá pruebas y motivos suficientes para empezarla si Slanski y la mujer son atrapados con vida. Y América no está preparada para la guerra, no podríamos ganarla. Nos llevan seis meses de ventaja con la bomba de hidrógeno y Stalin se muere de ganas de utilizarla si le damos cualquier pretexto. Y con esa clase de poder puede borrarnos de la faz de la tierra.

Massey estudió el rostro del presidente. En los ojos azules de Eisenhower había una expresión inflexible de resolución, y alrededor de su boca había una dureza que Massey no había visto en ninguna de sus fotografías.

Eisenhower aguantó su mirada.

—La pregunta que le he hecho era si el plan que Dulles sugirió podía funcionar. Me gustaría que me respondiera. Massey suspiró.

—Es posible, pero se trata solo de una posibilidad remota. Slanski no es tonto. Es el mejor agente que nunca hayamos entrenado. Acabar con él no será fácil.

—Entonces, aunque solo exista una remota posibilidad, tenemos que aprovecharla. Solo puedo pensar en un hombre capaz de identificar a Slanski y a la mujer y de detenerlos, y ese hombre es usted. Sé que no quiere matarlos, pero usted y yo sabemos por qué tiene que hacerlo. No cometa el error que yo cometí hace muchos años. No salve dos vidas pudiendo perder millones.

Eisenhower miró a Massey directamente a los ojos.

—Jake, le estoy pidiendo que no le falle a su país o que no me falle a mí en esta ocasión.

42

Plaza Dzerzhinsky. Moscú

El eco de un grito resonó en la distancia y Anna despertó empapada en sudor.

Una bombilla desnuda brillaba sobre su cabeza de forma casi cegadora.

Se encontraba tumbada sobre un duro camastro de madera, en una minúscula celda sin ventanas. El agua rezumaba por las relucientes paredes de granito y el lugar olía a humedad y a orines. En la pared más lejana a ella había una puerta de metal y Anna pudo oír débilmente al otro lado el sonido metálico de otras puertas al abrirse y cerrarse.

Supuso que se encontraba en alguna prisión, pero no tenía ni idea de dónde y ni siquiera si era de día o de noche o cómo había llegado hasta allí.

Por un momento parecía que iba a ser asfixiada por el hombre del KGB, y al momento siguiente se encontraba aquí. Pero entre ambos sucesos todo era nebuloso. ¿Dónde estaría Slanski? ¿Muerto? ¿Vivo? ¿En otra celda?

La angustia la consumía. Recordó el grito que había oído al otro lado de la puerta de la celda. ¿Lo había soñado o el grito había sido real? ¿Podría ser Slanski? Se sentía por completo confundida e indefensa; un miedo terrible le roía el estómago hasta provocarle náuseas.

Notaba rígido el hombro izquierdo, la boca seca y una gran debilidad por todo el cuerpo. Se miró el hombro.

Le habían aplicado un vendaje tan apretado que se clavaba dolorosamente en la carne. Intentó mover el brazo y notó una aguda puñalada de dolor que le atravesaba el hombro hasta la base de la espalda. Soltó un alarido de dolor.

Supuso que se habría dislocado el hombro cuando el hombre del KGB se le había echado encima en el bosque. Recordaba el agudo dolor cuando cayó sobre ella como si le hubiera roto un hueso. Entonces advirtió un pequeño cardenal en la blanda carne del brazo, donde una jeringuilla había perforado la piel. Le habían suministrado un narcótico.

Cuando fue a arrastrar las piernas hasta el borde de la cama para incorporarse, volvió a oír el grito, seguido por un aullido desgarrador que resonó por el corredor exterior.

Anna se estremeció y el dolor volvió a recorrer su cuerpo como una descarga eléctrica.

¿Dónde se encontraba? ¿Qué había ocurrido? ¿Quién gritaba?

Oyó el taconeo de unas botas al otro lado de la puerta, una llave al ser introducida en la cerradura y después el chirrido de la puerta de metal al abrirse sobre sus bisagras.

Ante el quicio había dos hombres del KGB uniformados. Avanzaron hasta la cama y la sujetaron sin contemplaciones por los brazos para ponerla en pie de un tirón. El dolor le atravesó el hombro con violentas oleadas.

Se desmayó mientras la arrastraban fuera de la celda.

Cuando abrió los ojos estaba sentada en una silla, en una habitación con ventanas provistas de negros barrotes de acero.

La habitación era funcional y estaba desprovista de elementos superfluos: las paredes estaban pintadas de verde y había una mesa de madera con dos sillas frente a frente. La mesa estaba asegurada al suelo con abrazaderas de acero. En la puerta de metal de la pared opuesta había una pequeña rejilla y una diminuta mirilla.

Sentía náuseas producidas por el miedo, y el dolor de su hombro seguía en oleadas.

Por la ventana entraba a raudales una brumosa luz solar. Al otro lado del vidrio pudo oír ruido de motores al arrancar y avanzar, estentóreos cambios de marcha, y, en la lejanía, el débil zumbido del tráfico.

Se levantó de la silla con gran esfuerzo y se dirigió a la ventana.

Pudo ver abajo un gran patio adoquinado. Contó siete pisos en el ala del edificio que tenía enfrente y todas las ventanas tenían barrotes. En un rincón del patio había más de una docena de camiones y coches aparcados y bajo un cobertizo de uralita había media docena de motocicletas. Varios hombres cruzaban el patio con diligencia, algunos con ropas de paisano y llevando manojos de papeles, y otros con el uniforme negro del KGB.

El corazón le dio un vuelco. Cuando se retiraba de la ventana, la puerta se abrió bruscamente.

Entró el hombre del KGB. Llevaba el uniforme negro con galones de comandante en las hombreras y llevaba una carpeta bajo el brazo, pero esta vez su mano postiza tenía un aspecto distinto. En lugar del guante de cuero había un gancho de metal. El hombre cerró la puerta con una llave sujeta a una cadena que sacó del bolsillo y depositó la carpeta sobre la mesa.

—¿Cómo se siente?

La voz era suave, interrogativa, y como ella no respondiera, Lukin sacó del bolsillo de su guerrera una cajetilla de cigarrillos y el encendedor y los dejó sobre la mesa. Retiró la silla más próxima y se sentó.

—Por favor, siéntese. ¿Un cigarrillo?

Anna tampoco respondió y Lukin encendió un cigarrillo y miró el hombro de la mujer.

—Me temo que es culpa mía. Ha sufrido usted una seria dislocación, que un médico tuvo que recomponer. No tiene nada roto, pero el dolor tardará un par de días en desaparecer. —Sonrió débilmente y se dio un golpecito en su brazo—. Los dos estamos hechos unos zorros, ¿verdad, Anna?

Ahora que lo veía de cerca, aquel hombre parecía agotado. Bajo sus ojos hinchados se veían círculos oscuros y la tensión y el agotamiento le hacían parecer más viejo.

—Siéntese, por favor.

Ella se sentó frente a él.

—Aunque nos hayamos visto antes, tal vez debería presentarme formalmente. Soy el comandante Yuri Lukin. Lamento que haya sufrido algún daño. Confiaba en que no tendría que llegar hasta ese punto. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Té? ¿Café? ¿Agua? ¿Algo de comer?

—No tengo hambre ni sed.

—Eso es imposible. No ha comido ni bebido nada en casi doce horas. Si cree que aceptar mi oferta sería mostrar algún signo de debilidad está siendo una estúpida, se lo aseguro. —Como ella no respondía, Lukin añadió—: Como guste.

Se oyó otro grito procedente de algún lugar en la distancia, seguido por un sordo crujido como si un cráneo humano se hubiera estrellado contra una pared. Lukin miró fugazmente hacia la puerta con expresión de disgusto. Suspiró y se puso en pie.

—Sé lo que siente en estos momentos, Anna: miedo, ansiedad, confusión. —Sus ojos se posaron brevemente en su hombro y después de nuevo en su rostro—. El dolor es la parte más pequeña y menos importante. ¿Sabe dónde está usted ahora? En la plaza Dzerzhinsky, en Moscú. Se desmayó cuando la obligué a escupir esto. —Lukin sacó la píldora de cianuro del bolsillo de su pechera y la sostuvo en alto—. Conseguí impedir que la mordiera.

Anna miró la píldora y después apartó el rostro.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un transporte militar la trajo ayer, a altas horas de la noche. Me temo que no es el más agradable de los lugares; su mala reputación es más que

merecida. —Hizo una pausa y añadió, sin el menor atisbo de humor en su voz —: Algunos lo llaman el Primer Círculo del Infierno, y tal vez tengan razón.

Dejó caer al suelo su cigarrillo y lo aplastó con la suela de la bota; después abrió la carpeta que había sobre la mesa y hojeó sus páginas.

—He estudiado su expediente. Ha llevado una vida muy agitada, Anna Khorev. Ha sufrido mucho dolor y mucho pesar. Demasiadas tragedias: la muerte de sus padres, el juicio de su marido. —Hizo una nueva pausa—. Por no hablar de lo que ocurrió después. Y ahora esto.

Anna miró a Lukin con asombro.

—¿Cómo sabe quién soy? —dijo de pronto.

—Hace tiempo que sabemos que está mezclada en este asunto. Incluso antes de que aterrizara sobre territorio soviético. Usted y Slanski, los dos.

Anna iba a hablar, pero estaba tan conmocionada que no consiguió articular palabra.

—Anna, si me ayuda contando todo lo que sabe será más fácil para ambos —dijo Lukin.

Anna lo miró con firmeza.

—No tengo nada que decirle.

—Anna, aquí hay personas que pueden hacerla hablar. Personas para las cuales sería un placer hacerle daño. Encontrarían placer en oír sus gritos, en violarla y torturarla. Yo no soy uno de ellos, pero he visto su trabajo y no es agradable. Si usted no habla conmigo, ellos la harán hablar. Por favor, créame.

Anna no respondió.

—Sé que Slanski ha venido a matar a Stalin —dijo Lukin.

Anna miró a Lukin con incredulidad; su rostro estaba mortalmente pálido.

Lukin siguió mirándola.

—Creo que usted ha sido utilizada por los americanos para ayudarlo a él a llegar a Moscú, fingiendo ser su esposa y evitando así que despertara sospechas. Pero la misión de Slanski ha fracasado. Anoche consiguió escapar, pero no puede haber ido lejos. Con toda certeza, una de nuestras patrullas lo rastreará y lo encontrará. Mientras tanto, usted puede ayudarme diciéndome todo lo que sabe, quiénes fueron sus contactos cuando aterrizaron en Estonia, quiénes debían ser sus contactos en Moscú y durante el camino. Quiero saber cómo fue entrenada y por quién y todo lo que pueda decirme acerca de los planes de Slanski para matar a Stalin. Ayúdeme a responder a estas preguntas y a cambio haré todo lo que pueda por ayudarla.

Durante mucho rato, Anna se quedó mirando fijamente a Lukin; la magnitud de lo que acababa de oír todavía resonaba en sus oídos: *Sé que Slanski ha venido a matar a Stalin*.

—Puedo ayudarla suplicando clemencia para usted cuando su caso llegue a juicio —dijo Lukin.

Una expresión resignada se apoderó del rostro de la mujer, pero no respondió.

—Anna, o es usted muy valiente o bien muy obstinada —dijo Lukin pausadamente—. Pero yo tengo un trabajo que hacer. Encontrar a Slanski vivo o muerto y detener a cualquier otra persona que esté implicada en esa misión.

Recogió la carpeta y se la colocó bajo el brazo.

—Voy a concederle un poco de tiempo para reconsiderarlo. Por su bien, espero que hable conmigo antes que con los otros. De verdad, no quiero ver cómo le hacen más daño del que ya ha sufrido.

Cogió los cigarrillos y el encendedor de la mesa. Permaneció inmóvil un momento y Anna alzó la vista para mirarlo. En los ojos marrón claro del hombre había algo que parecía sugerir compasión, su forma de mirarla y de llamarla por su nombre de pila. Pero apartó de su mente aquel pensamiento.

Lukin cruzó la habitación y abrió la puerta con su llave. Cuando iba a salir, se volvió para mirarla.

—Haré que le manden algo de comida y agua. Tenemos mucho que hablar y necesito que conserve sus fuerzas. —Hizo una pausa—. ¿Puedo hacerle una pregunta personal, Anna?

—¿Qué?

—¿Está usted enamorada de Slanski?

Ella no respondió.

Lukin se quedó mirándola unos instantes y después la puerta se cerró con un sonido metálico.

Solo cuando oyó que los pasos del hombre se alejaban de la puerta enterró Anna el rostro entre sus manos.

En su despacho había un mensaje: que llamara a la oficina de Beria en el Kremlin urgentemente. Lukin hizo caso omiso del mensaje y lo apartó a un lado.

Había enviado un informe aquella mañana. Sin duda, Beria querría hacerle algunas observaciones agudas sobre su forma de dejar escapar al

Lobo, pero en aquel momento estaba demasiado agotado para preocuparse de ello.

El dolor del muñón iba y venía en breves y salvajes acometidas. Se miró la mano: el primitivo gancho de metal tendría que servirle, de momento. Descolgó el teléfono y marcó la extensión de la sala de operaciones. Le respondió Pasha Kokunko.

—¿Cómo ha ido el interrogatorio? —La voz del mongol parecía cansada. Había pasado la noche en vela atendiendo a los teléfonos y al equipo de comunicaciones.

—No muy bien. ¿Puedes acercarte por aquí, Pasha? —Ahora mismo.

Lukin colgó el auricular. Se frotó los ojos y notó que el cansancio se apoderaba de su cuerpo progresiva e imparablemente. La mujer no había recuperado la conciencia durante el viaje a Moscú en el avión de transporte militar, aún bajo los efectos del sedante que le habían administrado, a pesar de que el Ilyushin había tropezado con mal tiempo. Él había dormido menos de diez horas en casi tres días. Se sentía exhausto y las palabras del informe eran cada vez más borrosas. Sobre el escritorio había una taza de café humeante y la cogió, bebió un sorbo y lo engulló.

La captura de la mujer había sido una pequeña victoria, pero en realidad todo el asunto había sido una derrota. El *Lobo* había escapado. Y a Lukin no le había gustado la mirada que vio en el rostro de la mujer cuando la interrogaba. Conocía por experiencia a la clase de personas que hablan cuando son sometidas a un interrogatorio y ella no era una de esas. En su rostro había una lúgubre resignación que era casi un deseo de muerte.

Estaba asustada, naturalmente, pero cualquiera que fuera encarcelado en la Lubyanka estaba asustado. Lukin intuyó que si intentaba persuadirla amablemente para que hablase, no lo conseguiría. Decidió que el mejor enfoque con una mujer como aquella era la sinceridad. Había otra manera de obligarla a hablar, y Lukin se estremeció al pensar en ella.

Pero tenía que encontrar al *Lobo*.

¿Dónde estaría? Allí afuera, en alguna parte. Pero ¿dónde? Se había cursado una orden para los comandantes del ejército, la milicia y el KGB en un radio de doscientos kilómetros del bosque para que montaran patrullas y puestos de control por si hubiera conseguido saltarse el cerco. Pero hasta el momento no habían conseguido ningún resultado positivo a pesar de que la búsqueda había durado toda la noche. Si el *Lobo* había escapado y se dirigía a Moscú, eso dificultaría enormemente el trabajo de Lukin. Se trataba de una

ciudad densamente poblada, y había demasiados lugares donde un hombre podría esconderse.

Sentado en su despacho volvió a pensar en las dos páginas que faltaban en el expediente del *Lobo*. ¿Por qué Beria no le había permitido verlas? ¿Qué podía haber en ellas que fuera tan secreto? Se le ocurrió una idea. Era bien sabido en la plaza Dzerzhinsky que Beria despreciaba secretamente a Stalin y, en última instancia, deseaba sucederle en el puesto. Si el *Lobo* conseguía su objetivo tal vez se debiera a los intereses de Beria. ¿Acaso lo que deseaba en realidad era obstaculizar los esfuerzos de Lukin? Si en las páginas que faltaban hubiese alguna pista que pudiera ayudarle, entonces estaba atrapado en un juego muy peligroso. La manera más fácil de averiguarlo era preguntarle a Beria por las páginas y ver qué ocurría, pero incluso eso podría resultar una temeridad.

Se abrió la puerta y entró Pasha. Llevaba el uniforme arrugado y tenía los ojos inyectados en sangre.

—Parece que hayas dormido en una zanja —dijo Lukin.

Pasha se frotó el cuello y sonrió tristemente.

—No, solo en una de esas literas que nos endilgan los almacenes de la División. Una zanja probablemente habría sido más cómoda.

—¿Hay alguna noticia de las patrullas y los controles?

—Todavía no lo han encontrado, pero tiene que ocurrir algo pronto. No puede haber desaparecido de la faz de la tierra. ¿Así que la mujer no ha hablado?

—Todavía no. Quiero que te ocupes de algo en mi lugar. —Escribió un número de teléfono en un trozo de papel, se lo tendió y le explicó lo que quería que hiciera.

A Pasha no le hizo ninguna gracia.

—¿Estás seguro de lo que haces, Yuri?

—Me temo que sí. Beria quiere verme y me pedirá resultados rápidos.

Pasha se encogió de hombros y se marchó. Sonó el teléfono y Lukin lo descolgó.

—Aquí Lukin.

—¿Yuri? —Era la voz de Nadia—. ¿Todo va bien?

En aquel momento Lukin sintió deseos de tumbarse en brazos de su mujer y dormir, exprimir el agotamiento de su cuerpo. Llevaba tres días fuera de casa. Tres días que a él le parecían horas, pero que a Nadia debieron de parecerle semanas porque no se había puesto en contacto con ella.

—Sí, todo va bien, mi amor.

—Te llamé ayer. No quisieron decirme nada. Ni dónde estabas ni cuándo volverías a casa.

—Es este caso en el que estoy trabajando. Se va a alargar más de lo que pensé. ¿Cómo estás?

—Te echo de menos. Ven a cenar esta noche. Te conozco, cuando te pones así te obsesionas demasiado. Por favor, Yuri, te ayudará a relajarte.

—No puedo asegurártelo, Nadia, será mejor que no me esperes. La línea permaneció en silencio un buen rato.

—Te quiero, Yuri.

—Yo también te quiero.

Después se oyó un chasquido y nada más.

Eran casi las dos en punto cuando Lukin pasó en su coche bajo la verja principal del Kremlin y aparcó en el patio de armas.

Cinco minutos después un capitán de la guardia lo introducía en el suntuoso despacho que Beria tenía en el tercer piso. De las paredes colgaban tapices de seda y sobre el suelo había varias alfombras de Bujará; todos los muebles eran de caro roble finlandés. Beria estaba sentado detrás de su escritorio y levantó la vista de unos documentos cuando entró Lukin.

—Siéntese, comandante.

Lukin retiró una silla.

Beria lo miró.

—Creo que va usted a recibir alguna clase de felicitación.

—Gracias, camarada.

Beria alargó el brazo hasta una caja de puros que había sobre el escritorio y seleccionó uno. Frunció el entrecejo.

—Pero dejó que el hombre se escurriera de entre sus dedos. Eso no está nada bien. Me decepciona, Lukin. ¿La mujer ha hablado?

—Aún no, camarada.

Las cejas de Beria se alzaron aún más mientras encendía el cigarrillo.

—Pero ¿la ha interrogado?

—Esta mañana.

—Teniendo en cuenta la gravedad de este asunto, creo que a estas alturas ya debería haber hecho algún progreso, por minúsculo que fuera. En los viejos tiempos éramos capaces de quebrar a una mujer en pocas horas. Son mucho más sensibles a la tortura, especialmente con la amenaza de violación.

Lukin reprimió una urgente necesidad de apartar la vista, asqueado.

—Requerirá un poco de tiempo. Resultó herida, como explica mi informe…

—He leído el informe —le interrumpió tajantemente Beria—. El americano se le ha escapado, y no una vez ni dos, sino tres veces. Esperaba más de usted, Lukin.

—Puedo asegurarle que lo encontraré, camarada Beria.

—Para eso debe tener alguna idea de dónde se encuentra. ¿La tiene?

Lukin titubeó.

—Creo que aún está en la zona del bosque, oculto en alguna parte. Con un terreno y una climatología semejantes no puede haber ido muy lejos. Tengo a más de un millar de hombres registrando el área mientras hablamos. También he alertado a los comandantes regionales del KGB y he solicitado que bloqueen todas las carreteras principales y secundarias de la zona. Todos los transportes públicos y privados están siendo registrados. Es solo cuestión de tiempo que capturemos al *Lobo*, vivo o muerto.

—Espero que sea así, Lukin, por su bien. —Beria jugueteó con una pluma que había sobre el escritorio con sus finos dedos durante un instante y después dijo—: Pero hasta ahora usted no inspira confianza, precisamente. Quizá debería interrogar yo mismo a la mujer. Creo que es hora de sacarse los guantes, ¿no cree usted? Un poco de violencia para ablandarla. Sé que usted opina que es más fácil atrapar moscas con miel que con vinagre, pero verá, nosotros los veteranos tenemos nuestro estilo en estos asuntos.

Lukin lo miró. Pudo ver un destello en los ojos de Beria, mientras en su rostro se dibujaba una extraña sonrisa. Las imágenes que Lukin había visto en la pantalla relampaguearon en su mente y sintió náuseas.

—Con todo respeto, no creo que la tortura física vaya a funcionar en este caso. No creo que ella responda. Solo necesito un poco de tiempo para ganarme su confianza. La mejor manera de conseguirlo es tratar con ella a solas. Solo ella y yo.

—¿Hablará entonces?

—Así lo creo.

Beria hizo rodar su pluma, como si le costara decidirse. Finalmente suspiró.

—Muy bien. Lo haremos a su manera por el momento. Le concedo cuarenta y ocho horas. Cuarenta y ocho horas para hacerla hablar y encontrar al hombre. Después, si no ha tenido éxito, me la entregará y Romulka se encargará de ella y llevará el caso. Puede retirarse, eso es todo.

Como Lukin vacilara, Beria lo miró fijamente.

—¿Qué pasa, Lukin? ¿Qué le ronda por la cabeza?

—Tengo una petición que hacer.

—¿De qué petición se trata?

—No pude dejar de advertir que faltaban dos páginas en el informe del *Lobo*. Estoy seguro de que el camarada Beria tenía una buena razón para no incluir esas páginas en el ejemplar que me proporcionó. Sin embargo, me choca que no se haya puesto a mi disposición toda la información relacionada con el *Lobo*. Podría ayudarme a capturarlo.

Beria esbozó una sonrisa.

—Tiene usted razón respecto a las páginas, Lukin. Pero ya ha tenido la oportunidad de atrapar al *Lobo* y ha fracasado tres veces sin la supuesta ayuda de las páginas de las que me habla. Pero, créame, dispone de toda la información relevante para su misión. Petición denegada. Puede retirarse.

Lukin se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Lukin… Se volvió. Los negros ojos porcinos lo miraban fijamente.

—Creo que usted y Romulka tuvieron un pequeño desacuerdo ayer. Intente no olvidar que trabajan juntos, no son adversarios. Que no vuelva a ocurrir. Y hay algo más que usted debería saber. Romulka ya está en camino hacia Moscú con el francés, Lebel. Llegará esta tarde. Considero que lo mejor será que Romulka trate con él a solas. Tiene mucha más experiencia en estos asuntos. —Hizo una pausa y dio una chupada a su puro—. Cuarenta y ocho horas, ni un segundo más. No me falle, Lukin.

43

Moscú
28 de febrero, 8:30 a. m.

El metro entró como una exhalación en la estación de Kiev con el ruido de mil martillos aporreando el metal y se detuvo con un chirrido. Cuando las puertas se abrieron, Slanski salió del vagón y se quedó inmóvil en el andén.

Como la mayoría de estaciones de metro de Moscú, la de Kiev era una construcción absurdamente ornamentada: un palacio subterráneo con arañas centelleantes en el techo y paredes de mármol decorado con relieves de bronce y banderas rojas que colgaban del techo.

La estación estaba abarrotada, con los viajeros habituales de primera hora de la mañana, y en el aire flotaba un hedor a comida rancia, humo de tabaco y cuerpos sudorosos. Slanski intentaba orientarse cuando notó un golpecito en el hombro y se volvió en redondo.

Ante él vio a un joven tártaro que llevaba un abrigo azul de la milicia sobre el uniforme. Sostenía un cigarrillo en la mano y sus ojos almendrados miraban fijamente a Slanski.

—¿Tienes fuego, camarada?

Slanski titubeó y después negó con la cabeza.

—*Niet*.

El tártaro se alejó refunfuñando y se mezcló con la multitud.

El miliciano le había sobresaltado. Permaneció allí varios segundos, sudando e intentando recuperar la compostura, mientras la gente pasaba junto a él como una marea. Se encontraba en un territorio poco familiar y el ruido y la muchedumbre aumentaban su intranquilidad. Vio que había escaleras mecánicas a ambos extremos del andén y tomó las que ascendían.

Cuando llegó al nivel del suelo la multitud le pareció una riada incesante. El vestíbulo de la estación estaba abarrotado de cuerpos arremolinados. Principalmente oficiales del ejército con maletines que, apresurados, iban de un lado a otro, pero que no le prestaron ninguna atención.

Al otro lado del vestíbulo había unos lavabos públicos y Slanski entró en ellos. El lugar estaba asqueroso y olía a rayos, pero había un lavamanos y un espejo resquebrajado en la pared. Slanski se contempló el rostro.

Estaba hecho una pena.

Tenía los ojos hinchados y rojos por la falta de sueño. Sin peinar, sin afeitar y cubierto de mugre, aún llevaba el abrigo que le había dado Vladimir. Pero había abandonado la motocicleta en un bosque solitario antes de llegar al suburbio de Tatarovo, había enterrado su maleta y la de Anna junto con el casco y los guantes a cierta distancia, utilizando las manos para cavar en la compacta y dura nieve. Se había puesto las ropas de repuesto para abrigarse porque tenía que ir en moto, pero ahora las prendas se pegaban a su cuerpo debido al sudor. Había andado un kilómetro hasta la siguiente estación de ferrocarril, en Tatarovo, antes de hacer transbordo al metro. Necesitaba desesperadamente dormir. Había conducido durante casi quince horas seguidas a través del bosque por carreteras secundarias, teniendo que evitar al menos media docena de puestos de control durante las primeras dos horas en que estuvo solo.

Mientras dejaba correr el agua, pensó: «Tengo un aspecto horrible». El miedo por lo que pudiera haberle ocurrido a Anna le había dejado deprimido; intentó impedir que aquellos lúgubres pensamientos le abrumaran, pero se negaban a abandonarlo. ¿Seguiría con vida? ¿La habría atrapado Lukin? Slanski esperaba por el bien de la mujer que hubiera mordido la píldora, aunque aquello le dejaba aún más abatido, pero recordaba haber mirado hacia atrás en el último momento, haber reconocido a Lukin y verlo abalanzarse sobre Anna. De algún modo, el comandante había sobrevivido al estrellarse el helicóptero. ¿Cómo? No tenía importancia. Lo único que importaba era que aquel hombre seguía vivo y estaba decidido a atraparlos.

Si Anna todavía estaba viva, temía pensar en lo que Lukin podría hacerle. De repente le asaltó una oleada de odio. Quería matar al comandante Lukin, quería matarlo para vengarse.

La puerta del lavabo se abrió. Entró un sargento del ejército uniformado y utilizó el urinario. Al cabo de unos instantes, la mirada del hombre recorrió ociosamente el recinto.

Slanski terminó de asearse y salió al vestíbulo de la estación. Echó una mirada hacia atrás, pero el sargento no le había seguido. Observó a varios milicianos y personal militar entre la multitud, pero ninguno parecía ni remotamente interesado en su presencia.

Abandonó a paso vivo la estación y anduvo dos manzanas, hasta la avenida Kutuzovsky; la riada de transeúntes y el bullicio del tráfico a aquella hora punta de la mañana eran absolutamente abrumadores.

Tardó casi diez minutos en encontrar en la avenida la parada de autobús que le convenía, y miró hacia atrás antes de montar en él, pero no vio a nadie que le estuviera observando o que le siguiera.

En el cartel que había sobre la alta verja de hierro forjado podía leerse:

ORFANATO ESTATAL NÚMERO 57
DISTRITO DE SABUROVO

Lukin mostró su pase al guarda de la entrada y condujo el BMW a través de la verja. Pasha estaba sentado junto a él en el coche, con expresión incómoda.

—¿Te importaría entrar solo, Yuri? Estos lugares me ponen la carne de gallina.

—A mí también, pero haz como quieras.

Cuando Lukin se detuvo frente al sórdido edificio de cuatro pisos de ladrillo rojo y salió del coche, vio que las enormes puertas principales estaban abiertas. Una mujer de mediana edad que llevaba una bata blanca de médico bajaba lentamente los escalones. Su rostro era la viva imagen de la autoridad severa y sus ojos lo estudiaron atentamente antes de tenderle una mano fláccida.

—El comandante Lukin, supongo. Soy la directora del orfanato.

Lukin ni siquiera miró la mano de la mujer y le mostró su identificación. La mirada de la directora se endureció, acusando la afrenta, y examinó con atención las credenciales de Lukin antes de mirarlo de nuevo a la cara.

—Debo decirle que la petición que hizo su camarada teniente era inusual. No dudo de que tendrá la necesaria autorización por escrito.

—Creo que con esto bastará para cubrir sus necesidades. Lukin le tendió la carta firmada por Beria. El tono de voz de la mujer se transformó.

—Naturalmente, camarada comandante.

—Mi tiempo es muy limitado. La niña, por favor.

—Sígame.

La directora volvió a subir los escalones, abrió una de las enormes puertas y entró. Una vaharada de jabón fénico y comida rancia salió del edificio.

Lukin empezó a seguir a la directora escalera arriba, pero algún instinto le hizo levantar la vista.

Desde una ventana del segundo piso dos niños de rostro demacrado miraban con los ojos abiertos de par en par el BMW verde que había aparcado abajo y a Pasha, que seguía sentado en su interior. Los niños tenían la expresión aterrorizada de los animales enjaulados. Al ver que Lukin los había descubierto se retiraron apresuradamente de la ventana.

Lukin notó que un escalofrío le recorría el espinazo y siguió a la directora hasta el interior.

La dacha estaba situada en el distrito de Ramenki, a ocho kilómetros de Moscú.

Slanski se bajó del autobús dos paradas antes y anduvo los últimos cinco minutos por un camino solitario flanqueado por abedules hasta que encontró la dirección. Era una casa de madera, grande, de dos pisos y pintada de verde. Había sido construida en un extenso solar rodeado de altos abedules. En las proximidades había otras dachas alineadas a ambos lados de la carretera; a juzgar por las persianas cerradas que protegían las ventanas, todas estaban deshabitadas.

Un estrecho sendero ascendente conducía hasta la dacha, y a la derecha, hacia la parte de atrás, había un gran cobertizo de madera.

Slanski estudió el lugar durante cinco minutos mientras recorría de arriba abajo la calle vacía. A causa de lo que había ocurrido llegaba con dos días de antelación y se preguntó si la mujer estaría en casa. Las persianas estaban descorridas, pero no se detectaba ningún movimiento detrás de las ventanas provistas de cortinas. Decidió arriesgarse llamando a la puerta principal.

Remontó el sendero y llamó a la puerta con los nudillos. Instantes después, la puerta se abrió y apareció una mujer. La reconoció por la descripción que le había dado Massey.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Sí?

—¿*Madame* Dezov?

—Sí.

—Soy amigo de Henri. Me estaba usted esperando.

La mujer se puso visiblemente pálida. Escrutó a Slanski unos momentos y después miró hacia la calle nerviosamente.

—Entre.

Lo condujo hasta una gran cocina, situada al fondo. En un rincón había un fogón y por la ventana Slanski pudo ver un amplio jardín salpicado de árboles

frutales marchitos y parterres desnudos.

—Llega dos días antes de lo acordado —dijo la mujer, con preocupación —. Y suponía que debían ser dos, ¿no? Esperaba a un hombre y a una mujer.

Slanski la miró. Era atractiva, aquello era innegable: una mujer de figura rotunda, de caderas y pechos generosos. Se había aplicado una capa de barniz sobre sus largas uñas, fruto de una manicura perfecta, y se había depilado y oscurecido las cejas. Slanski se fijó en que no llevaba anillo de casada.

La verdad es que tuvimos un problema. Mi compañera no consiguió llegar.

—¿Qué ocurrió? —dijo la mujer con desconfianza.

Slanski se lo contó, pero no entró en detalles ni mencionó a Lukin.

—No se preocupe —dijo al verla expresión de miedo que asomó al rostro de la mujer—. Ella no sabe nada acerca de usted.

—¿Está seguro?

—Tiene usted mi palabra de que está a salvo.

Contempló a la mujer y se dio cuenta de que él estaba más nervioso de lo que creía y que eso le convertía en sospechoso. Advirtió que la mujer llevaba el número de un campo de concentración tatuado en la muñeca con tinta azul; paseó la vista por la habitación y vio una fotografía enmarcada en una pared. En ella se veía a un hombre vestido con un uniforme de coronel, un rostro duro y feo como si hubiera sido brutalmente golpeado con la culata de un fusil.

—¿Quién es?

—Mi marido, Victor. Lo mataron durante la guerra.

—Lo siento.

La mujer se echó a reír. Después miró la fotografía con desdén.

—No lo sienta, ese hombre era un cerdo. Yo no habría cortado la soga si le hubiera visto ahorcarse. Lo único que obtuve de él fue tras su muerte: una pensión por viuda de guerra y este lugar. No quise retirar de ahí su fotografía para que me recordase lo afortunada que soy sin él. Cada aniversario me emborracho y le escupo. ¿Tiene hambre?

—Estoy famélico.

—Siéntese, le prepararé algo.

La mujer se afanó a cortar varias rebanadas gruesas de pan y queso de cabra oleoso. Mientras Slanski comía vorazmente, la mujer calentó una cacerola de sopa sobre el fogón y después sirvió un vaso de vodka para cada uno y se sentó con él a la mesa.

—Parece que haya estado usted en el infierno y haya conseguido salir.

—Supongo que se le parece bastante.

—Coma y beba un poco más. Después le calentaré un poco de agua para que se lave y se afeite. —La mujer arrugó la nariz—. Huele peor que un tren lleno de ganado. Para empezar, deme la chaqueta y la camisa. En algún lugar tiene que haber ropa vieja de Victor que más o menos será de su talla.

—Si el KGB trajo a mi amiga a Moscú, ¿dónde cree que la habría llevado?

La mujer se estremeció al oír la pregunta.

—A la prisión de Lubyanka o a Lefortovo. Aunque es más probable la primera, ya que forma parte del cuartel general del KGB. ¿Por qué?

Slanski no respondió mientras se quitaba la chaqueta y la camisa; permaneció en pie con el pecho desnudo y le tendió sus ropas.

—¿Está segura de que aquí estoy a salvo? ¿Y los vecinos?

—Perfectamente a salvo. La mayoría de las dachas de los alrededores no las utilizan en invierno. Sus propietarios son oficiales del ejército y funcionarios del partido. —La mujer sonrió—. Si alguien pregunta, usted es mi primo que ha venido a visitarme. Que se lo crean o no es otra cuestión, pero no nos molestarán.

—Necesitaré algún medio de transporte.

La mujer fue hasta el fogón y vertió la densa sopa de *solivanka* en un cuenco que colocó frente a Slanski; cortó más pan y le sirvió otro vaso de vodka.

—En el cobertizo, bajo una lona, hay un viejo Skoda. Victor se lo trajo de Polonia en el cuarenta y uno, junto con una amante y una sífilis de campeonato. El coche sigue funcionando a la perfección y el depósito está lleno.

—¿Sabe usted conducir?

La mujer asintió con un gesto.

—Durante la guerra era conductora del ejército. A veces me desplazo con el Skoda a la ciudad.

—¿Puede llevarme a dar una vuelta por Moscú?

—¿No resultará peligroso?

—Lo dudo. Un simple viaje de placer para ayudarme a orientarme. ¿Tiene un plano de la capital?

—Uno muy viejo, de antes de la guerra.

—Será suficiente.

La mujer se puso en pie.

—Traeré el mapa. Tómese la sopa antes de que se enfríe.

—Una cosa más.

La mujer lo miró a la cara.

—¿Cómo debo llamarla? —preguntó Slanski—. ¿*Madame* Dezov?

Ella pareció medir con los ojos las dimensiones del pecho desnudo de Slanski y se echó a reír.

—¿Usted? Puede llamarme como quiera. Por el momento, Irina servirá.

44

Moscú
28 de febrero, 2:00 p. m.

El pequeño parque próximo a la avenida Marx estaba vacío aquella tarde.

Con sus estanques y jardines artísticamente cuidados y sus pabellones de madera, el parque había sido en otro tiempo el lugar preferido del zar Nicolás hasta que el KGB decidió adquirirlo para su uso privado. Unos altos abedules lo protegían de la mirada curiosa de los transeúntes y la verja de hierro forjado estaba custodiada permanentemente por un miliciano armado. Lukin estaba sentado al volante de su BMW fuera del parque cuando vio que el Emka se detenía frente a la verja.

Dos hombres del KGB de paisano salieron de la parte trasera del vehículo. Anna Khorev iba esposada a uno de ellos. Alguien le había dado un abrigo de hombre que caía holgadamente sobre sus hombros.

Lukin salió del BMW y fue hasta los dos hombres.

—Pueden quitarle las esposas. Eso es todo. Ya no los necesito.

Tras obedecer la orden, los dos hombres se marcharon.

Lukin vio la confusión en el rostro de Anna. Con el desproporcionado abrigo parecía vulnerable. Lukin indicó con un movimiento de cabeza a los milicianos que abrieran la verja y después volvió a mirar a Anna.

—Venga, caminemos.

Los estrechos senderos del parque estaban flanqueados por abedules plateados y el lugar parecía tranquilo, excepto por el débil zumbido del tráfico. Mientras avanzaban en dirección al estanque, Lukin señaló uno de los bancos de madera.

—Sentémonos, ¿quiere?

Apartó con la mano la capa de nieve que se había depositado sobre el banco y se sentó.

—¿Cómo se encuentra? —dijo mirando a Anna.

—¿Por qué me ha traído aquí?

—Anna, le dije que mi trabajo consiste en encontrar a Slanski vivo o muerto. Voy a ser sincero con usted y a decirle que hasta ahora nuestra búsqueda ha resultado infructuosa. Es un tipo con muchos recursos. A estas

horas podría incluso estar en Moscú. Usted es la única persona que puede ayudarme a encontrarlo. Le dije que le concedería el tiempo que necesitara para reconsiderar su situación, pero tengo que serle franco y decirle que mis superiores se están impacientando. Quieren respuestas y las quieren de prisa. Si no puedo obligarla a hablar, utilizarán a alguien que sí pueda, a la clase de bruto de la que le hablé.

—Está perdiendo el tiempo, ya se lo dije, no puedo ayudarle.

—¿No puede o no quiere? Conoce a las personas que le ayudaron durante el trayecto hasta Moscú y tal vez sepa otras cosas que puedan ofrecerme alguna pista que me ayude a encontrar a Slanski.

—No tengo nada que decir.

—Anna, le pido que vuelva a pensarlo. Aunque Slanski estuviera vivo y en Moscú, es imposible que tenga éxito. No se puede llegar al Kremlin o a la dacha de Stalin. No se engañe, tarde o temprano Slanski será capturado. Sería mejor, por su bien, que usted tomara parte en ello ayudándome. Sé que no se hundirá fácilmente por la presión. Cualquiera que haya sufrido tanto como usted debe de tener nervios de acero. Sin embargo, en los calabozos de la Lubyanka, incluso una mujer fuerte acaba hablando. Esa gente tiene drogas, aparatos de tortura. Han obligado a personas más valientes y obstinadas que usted a confesar crímenes que no habían cometido. —Titubeó y enseguida sacudió la cabeza—. No quiero que usted tenga que sufrirlo, no merece la pena, Anna, por alguien que finalmente va a ser capturado.

En el tono de voz de Lukin había algo que hizo que Anna levantara la vista. En los ojos marrón claro del hombre se distinguía la misma mirada de compasión.

—¿Habla en serio cuando dice que no quiere que me hagan daño?

—Por supuesto, no soy un animal, Anna. No obstante, si no tengo éxito la torturarán y le harán daño. Será más terrible de lo que se imagina.

—Entonces, si le pido que me mate para evitarme ese daño, ¿lo hará?

—Sabe que no puedo hacer eso.

—¿Sabe lo que pienso? Que usted solo quiere que crea que es medio humano y de ese modo piensa que confiaré en usted y hablaré.

Lukin suspiró y se puso en pie. Inspiró profundamente antes de bajar la cabeza para mirarla.

—¿Sabe lo que solía decir mi padre? Empieza con la verdad. Era un hombre de principios. Quizá estaba demasiado orgulloso de sus principios para esta vida. He intentado empezar con la verdad, he intentado decirle lo

que ocurrirá si se niega a hablar. Usted sabe que su posición es insostenible, pero tal vez haya un futuro para usted si me ayuda.

—Sabe que no me dejarán en libertad.

—Es cierto, pero cualquier alternativa a la muerte es siempre bienvenida.

—¿Qué alternativa?

—Si me ayuda, cuando su caso llegue a juicio pediré al fiscal que considere una condena a trabajos forzados en el gulag en lugar de la pena de muerte.

Anna no dijo nada durante un largo rato. Se quedó contemplando los árboles y la nieve que cubría el suelo antes de mirar a Lukin de nuevo.

—¿Alguna vez ha estado en un gulag, comandante Lukin?

—No.

—Entonces nunca ha visto lo que ocurre allí. Creo que si así fuera sabría que la muerte es una alternativa mejor. Allí no hay sino brutalidad, hambre y muerte lenta. Te tratan peor que a un animal. No puedo decirle lo que usted quiere saber porque en realidad no sé dónde puede estar Slanski si es que sigue con vida. Que me crea o no es asunto suyo, pero es la verdad. Y aunque lo supiera, no se lo diría. Sus amigos de los calabozos pueden hacer lo que quieran, pero la respuesta seguirá siendo la misma. En cuanto a las personas que nos ayudaron, no conocen los planes de Slanski. Revelarle a usted sus nombres no le ayudaría a encontrar a Slanski, simplemente los expondría a ellos al sufrimiento y la muerte.

—Pero sí puede revelarme lo que planearon que harían cuando llegaran a Moscú. Aún puede decirme sus nombres. —Solo le diré una cosa: ¡váyase al infierno!

Lukin vio la ira y el desafío en su rostro cuando la mujer apartó la mirada.

—Lamento llegar a este punto. Admiro su valor, pero creo que comete una estupidez, porque su valor es estéril y porque tiene una elección. Ayúdeme y yo intentaré ayudarla. Eso quizá signifique tener que afrontar una condena a cadena perpetua en un campo de concentración, y eso no es agradable, estoy de acuerdo, pero sin duda es mejor que la alternativa. —Hizo una pausa—. Pero sea cual sea su decisión, quiero que disfrute de este momento.

Anna alzó la vista y frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir?

Lukin hizo una señal con la cabeza a los milicianos que esperaban junto a la verja. Instantes después apareció Pasha llevando de la mano a una niña. Era

muy guapa. Llevaba un abrigo rojo de invierno, unos guantes, un gorro de lana y unas diminutas botas azules. Miró a su alrededor con inseguridad.

Lukin se volvió a tiempo de ver la reacción espontánea en el rostro de Anna Khorev: incredulidad y desconcierto, una mirada al mismo tiempo de dicha y de dolor. Su grito hizo añicos el silencio del parque.

—¡¡¡Sasha!!!

La niña se sobresaltó al oír su nombre; su rostro era la viva imagen de la confusión. Miró fijamente a su madre con labios temblorosos y después se echó a llorar.

Pasha la soltó. Anna corrió hacia su hija y la levantó del suelo. La cubrió de besos, le acarició el rostro y el cabello, tranquilizando a la confusa niña, hasta que finalmente esta dejó de llorar y su madre la abrazó con fuerza.

Durante un largo rato, Lukin permaneció observándolas hasta que no pudo soportarlo.

Miró a Anna. Los ojos de la mujer se encontraron con los suyos.

—Dispone de una hora —dijo Lukin—. Después volveremos a hablar.

Slanski desplegó el plano de calles y miró a través del parabrisas del Skoda mientras Irina conducía. Las anchas avenidas de Moscú estaban repletas de trolebuses amarillos y camiones con toldo que vomitaban oscuras nubes de humo por los tubos de escape. Los pequeños taxis Emka pasaban zumbando en manada, y unas cuantas limusinas negras y relucientes se apresuraban a conducir a su destino a los oficiales soviéticos que se sentaban junto al conductor muy erguidos y con el rostro severo.

Irina conducía el pequeño Skoda gris de modo errático, sin preocuparse por el aguanieve que cubría las calles, mientras serpenteaba entre el caótico tráfico. Era cualquier cosa menos un paseo tranquilo, pero Slanski observó que la mayoría de los demás vehículos parecían conducir de un modo igualmente despreocupado.

Irina le explicó que como la mayoría de los coches no tenían calefacción, los conductores bebían vodka a menudo para ahuyentar el frío.

Las aceras parecían atestadas con un millón de caras diferentes: rusos y eslavos, georgianos de ojos oscuros y tártaros y mongoles amarillos de nariz achatada. Cuando llegaron al Arbat, el antiguo centro comercial de la ciudad, Slanski vio las cúpulas doradas del Kremlin a lo lejos. A ambos lados del río Moscova, más allá de los suburbios, se alzaban hileras de bloques de apartamentos enlucidos con yeso basto.

Dieron una vuelta por la ciudad durante otra media hora, mientras Slanski iba identificando las calles sobre el mapa.

—¿Y ahora qué quiere que haga? —dijo finalmente Irina.

—Lléveme hasta el cuartel general del KGB, en la plaza Dzerzhinsky, y déjeme allí.

Irina lo miró con incredulidad.

—¿Se ha vuelto loco?

—Recójame frente al teatro Bolshoi dentro de una hora. Irina sacudió la cabeza, horrorizada.

—Está claro. No tiene seso, es la única explicación.

El KGB lo está buscando y usted quiere que lo deje frente a su puerta principal.

—Es el último lugar donde me buscarían. Un coche hizo sonar el claxon cuando Irina se cruzó desconsideradamente en su camino. Ella le devolvió el bocinazo y alzó el brazo en un gesto obsceno. —¡Idiota!

—¿Qué conducía usted durante la guerra, Irina? ¿Un tanque?

Ella se volvió hacia él y le sonrió.

—Un camión Zis. No se ría, era una buena conductora. Ya se lo he dicho, la mayoría de los locos que hay por las carreteras están bebidos. Por lo menos yo estoy sobria.

—La guerra ha terminado, así que tómeselo con calma con el acelerador. Lo último que necesitamos es que un miliciano nos cree problemas por exceso de velocidad.

—Bah, mira quién habla de problemas. Es usted el que quiere que lo deje en la plaza Dzerzhinsky. El Skoda había abandonado bruscamente la avenida Arbat y en ese momento Slanski vio los muros rojos y los edificios de color amarillo mostaza del Kremlin.

Enfrente, en una amplia calle adoquinada, se alzaba la catedral de San Basilio, con sus torres de color de caramelo elevándose hasta el cielo. Minutos después, Irina había tomado una serie de callejuelas adoquinadas cerca del teatro Bolshoi y finalmente salió a una enorme plaza.

En el centro había una gigantesca fuente de metal; el agua estaba cortada debido a la gélida temperatura, por si se congelaba y reventaba las tuberías de metal.

Los vehículos y los trolebuses pasaban a su alrededor con gran bullicio. Justo al otro lado de la plaza se alzaba un enorme edificio de arenisca amarillo de siete pisos. Irina señaló hacia él.

La plaza Dzerzhinsky. El cuartel general del KGB. El local pertenecía a una compañía de seguros antes de que Felix Dzerzhinsky, jefe de la policía secreta, lo ocupara. Slanski vio un par de grandes puertas de roble marrones en la entrada principal. Unos focos coronaban el tejado y por las aceras que rodeaban el edificio patrullaban milicianos uniformados.

—La entrada a la prisión de Lubyanka es por la parte de atrás —dijo Irina —. Hay un par de grandes verjas de metal negras y la seguridad es muy férrea. Nadie ha escapado de allí. Cualquiera en Moscú puede decírselo. — Miró el rostro de Slanski mientras este estudiaba el edificio—. Aunque su amiga esté ahí dentro, pierde el tiempo si cree que va a poder rescatarla. Sería cometer un suicidio intentarlo siquiera.

—Déjeme allí.

Señaló a una enorme arcada de hierro forjado situada a la izquierda de la plaza, a la altura del edificio del KGB. Sobre la arcada, un cartel rezaba: ARCADA DE LUBYANSKY. La acera estaba atestada de gente que entraba y salía bajo los arcos y más allá Slanski vio hileras de tiendas de aspecto cochambroso a ambos lados del portal.

Irina condujo el vehículo hasta allí y se detuvo, pero no apagó el motor.

—Solo al KGB se le ocurriría tener un paseo comercial público junto a una casa de tortura. Slanski abrió la puerta del acompañante. —Dentro de una hora, en el Bolshoi.

Irina le tocó el brazo.

—Tenga cuidado.

Él le sonrió mientras salía y cerró la puerta de golpe, tras lo cual se internó entre la muchedumbre que se apiñaba en la acera.

Lukin miró el rostro de Anna Khorev mientras permanecían sentados en el banco del parque.

La mujer parecía muy desdichada y tenía los ojos enrojecidos por haber llorado. El parque volvía a estar desierto. Pasha se había llevado a la niña. Lukin vio la pena reflejada en el rostro de Anna cuando se negaba a soltar a su hija. Se había aferrado a la pequeña como si su vida dependiera de ella. La niña estaba confundida y trastornada. Empezó a llorar de nuevo y los milicianos que aguardaban junto a la verja tuvieron que ayudar a Lukin a sujetar a la madre mientras Pasha se llevaba a la niña al coche.

Anna Khorev estalló en sollozos al ver alejarse el coche. Después se dejó caer en el banco, llorando desconsoladamente en su desesperación.

Lukin se sintió abrumado por una terrible sensación de culpa. Había provocado un terrible trauma a la mujer, que llevaba más de un año sin ver a su hija. Le había entregado la niña y después se la había arrebatado otra vez. Se imaginó a Nadia en una situación semejante teniendo que sufrir aquel trauma y sintió náuseas. Comprendía el dolor de la mujer y quería decírselo, pero sabía que ella no le creería. No serviría de nada.

Además, estaba empezando a afectarse emocionalmente y eso no era bueno. Sacó un pañuelo del bolsillo y enjugó las lágrimas del rostro de la mujer.

Ella le apartó la mano.

Lukin le tocó el brazo.

—Anna, antes de llevarla de vuelta a la Lubyanka tenemos que hablar.

Ella volvió a apartarle el brazo.

—No me toque.

Las lágrimas habían cesado, pero Anna parecía conmocionada. Tenía los ojos vidriosos y Lukin se preguntó si la habría empujado más allá del límite.

Había algo profundamente perturbador en la expresión de la mujer y Lukin pensó que quizá debería llevarla a un médico.

—Anna, míreme.

Ella no le obedeció, pero empezó a hablar. Sus ojos miraban al vacío y en su voz se detectaba su dolor.

—¿Por qué me ha hecho esto? ¿Por qué me ha obligado a pasar por esto?

—Porque, ocurra lo que ocurra, pensé que le gustaría volver a ver a Sasha.

—¿Porque voy a morir?

—Ya le he dicho cuál es la alternativa. Si me ayuda haré todo lo que pueda para asegurarme de que le permiten llevarse a su hija con usted.

Ella lo miró con el rostro compungido.

—¿Y qué clase de vida le esperaría a mi hija? Vivir en el infierno de un campo de concentración, en un desierto congelado. ¿Cree que lograría sobrevivir? —Por lo menos estarían juntas.

—En el orfanato sobreviviría. En un campo de concentración, moriría antes de un año.

Lukin suspiró sin saber qué decir viendo la desolación en el rostro de la mujer.

—Anna, si usted no habla, no solo morirá usted.

Sasha podría morir también.

Lukin vio que el rostro de la mujer palidecía mientras lo miraba fijamente.

—No… No se atreverán. Solo es… Solo es una niña.

Lukin se puso en pie y la miró desde arriba.

—No depende de mí, Anna, pero conozco a Beria y también conozco a Romulka, el hombre que la interrogará si yo fracaso. Si no consiguen hacerla hablar, lo harán. Voy a ser sincero con usted. Beria me ha dado de plazo hasta mañana por la noche. Si fracaso, debo entregarla a él y puede estar segura de que conseguirá lo que se propone. Cuando esté en sus manos, yo ya no tendré parte en este asunto. Lukin la miró a los ojos, todavía húmedos por el llanto.

—Ayúdeme, Anna. Por el bien de Sasha, ayúdeme a encontrar a Slanski.

Mientras Slanski caminaba por la atestada arcada de Lubyansky, los cuerpos se oprimían contra él, la gente pasaba apresuradamente y entraba a empujones en las abarrotadas y diminutas tiendas deslustradas que se alineaban bajo los arcos.

Cuando salió por el extremo opuesto de la arcada, se encontró en una estrecha calle adoquinada. Giró hacia la derecha y fue a salir a la calle que daba a la entrada lateral del ala oeste del cuartel general del KGB. Vio otro par de altas puertas de roble como las de la parte delantera, pero en estas no había guardia. Veinte metros más allá de las puertas distinguió una calle adoquinada, al fondo del edificio del KGB. Estaba abarrotada de camiones militares aparcados, más un par de coches civiles.

Vio un par de enormes verjas negras entre los muros de piedra y supuso que era la entrada a la prisión de Lubyanka. Dos guardias uniformados permanecían de pie junto a una garita, con los fusiles colgando del hombro. Unos potentes proyectores recorrían toda la longitud del tejado del edificio y en todas las ventanas había barrotes de hierro.

El lugar parecía impenetrable.

De pronto, los guardias se retiraron a un lado y las verjas se abrieron para dejar paso a un camión Zis con el toldo echado que salió con gran estruendo y giró a la izquierda para internarse en el tráfico.

Antes de que las puertas volvieran a cerrarse, Slanski divisó un patio en el interior, con varias hileras de camiones y coches aparcados.

Mientras permanecía allí, uno de los guardias de la verja reparó en él. Slanski se volvió y se alejó caminando por la plaza.

Uno de los lados de la plaza parecía estar ocupado únicamente por restaurantes y cafés venidos a menos. Cuando pasaba ante el escaparate de un café, vio a varios hombres con uniforme azul oscuro sentados en el interior.

Por su aspecto y los distintivos de los uniformes supuso que eran guardias de la prisión que se tomaban un descanso.

Entró en el café y se puso a la cola para pagar por una taza de té. Después llevó el comprobante de caja a una mujer de complexión robusta que servía detrás del mostrador. La mujer le sirvió el té en una taza de metal que él llevó hasta una mesa próxima a la que ocupaban los guardias de la prisión.

Tomó nota mentalmente de la graduación y las insignias de los guardias. Formaban un grupo de hombres de aspecto endurecido y hablaban en susurros. Slanski se preguntó si alguno de ellos sería el carcelero de Anna, si es que seguía con vida.

A sus espaldas estalló un coro de carcajadas.

Cuando Slanski se volvió en redondo vio un fogonazo de color. Media docena de hombres pequeños y fibrosos, con el rostro oscuro y arrugado típico de los uzbecos, abandonaban la mesa y se dirigían hacia la puerta. Todos lucían una rala barba en el mentón, tenían el pelo cortado al rape y se cubrían la cabeza con una gorra sin visera de vivos colores. Algunos vestían una especie de túnica de seda o algodón teñida sobre los hombros y conversaban en un dialecto que Slanski no conocía. En aquel ambiente sórdido, parecían una bandada de aves exóticas.

Volvió a mirar el edificio del KGB, al otro lado de la calle. De pronto oyó una algarabía y vio que dos de los uzbecos se abrían paso a empujones hasta la ventana y atisbaban hacia la calle. Un BMW de color verde oliva se había detenido en un semáforo, frente al café. Los uzbecos señalaban con excitación el coche y parloteaban entre ellos.

Slanski vio que en el BMW iban sentados un hombre y una mujer y la sangre se le heló en las venas.

Lukin ocupaba el asiento del conductor y Anna estaba a su lado.

Slanski no podía creer lo que veían sus ojos. Sin lugar a dudas era Lukin. La mano postiza era inconfundible, pero en esta ocasión llevaba un gancho de metal. A través del parabrisas vio claramente el rostro de Anna.

De pronto, el semáforo se puso verde y el BMW empezó a avanzar. Slanski se levantó frenéticamente y se abrió paso entre los uzbecos, derribando a uno de ellos en su carrera por alcanzarla puerta.

Cuando salió, el BMW ya se alejaba en dirección hacia el fondo de la plaza Dzerzhinsky, donde se encontraba la entrada de la Lubyanka.

Slanski echó a correr. Apenas era consciente de que los transeúntes se quedaban mirándolo. Corría tras el BMW como un poseso, ansioso por sacar a Lukin a rastras del coche, matarlo de un tiro, coger a Anna y salir corriendo.

Más adelante, el BMW se había detenido en el centro de la calzada y el intermitente de la derecha parpadeaba; evidentemente estaba esperando un hueco en el tráfico que venía en la otra dirección para girar hacia la calle adoquinada que conducía a la Lubyanka.

Slanski siguió corriendo por la acera, empujando a la multitud y con los ojos fijos en el coche.

Cincuenta metros.

Cuarenta.

Vio que los dedos de Lukin tamborileaban sobre el volante con impaciencia.

Tamborileaban.

Tamborileaban.

Treinta metros.

Veinte.

Bajó de la acera mientras corría sin apartar los ojos de Lukin, observando los dedos que seguían tamborileando sobre el volante, mientras esperaba a que el tráfico le permitiera pasar.

Diez metros.

Lo bastante cerca para acertar con un disparo.

Extrajo la Tokarev del bolsillo interior.

Se aproximaba al BMW en un ángulo que solo le permitía ver la parte posterior de la cabeza de Anna, pero distinguía con toda claridad el rostro de Lukin y el odio crecía en su interior.

Cinco metros.

Lukin todavía no se había girado y no podía verlo. Slanski amartilló la Tokarev y apuntó.

De pronto un camión que venía en dirección opuesta frenó con un chirrido. Slanski vio que el conductor del camión miraba su arma con incredulidad.

Justo cuando llegaba junto al BMW, Lukin pisó el acelerador pensando que el conductor del camión se detenía para cederle el paso. El BMW avanzó con un chirrido y ganó velocidad tras girar a la derecha, en dirección a las enormes verjas negras de la prisión.

Uno de los guardias dio unos golpes en las verjas, estas se abrieron, y el coche desapareció en el interior.

Slanski pudo ver fugazmente el rostro de Anna antes de que los guardias volvieran a cerrar las verjas.

Lanzó una maldición mientras guardaba rápidamente el arma.

Demasiado tarde.

Las puertas del infierno se habían abierto, después se habían cerrado y se la habían tragado.

48

Henri Lebel abrió los ojos.

No es que importara mucho porque estaba oscuro.

Durante un rato se quedó inmóvil, con el cuerpo tan rígido que ni siquiera se dio cuenta de que el duro camastro de madera sobre el que estaba tendido no tenía colchón. Lo que quiera que hubiese en la jeringuilla le había puesto fuera de circulación durante mucho tiempo. De pronto pareció encenderse un interruptor en su cabeza y le embargó una terrible intranquilidad.

Se puso en pie temblorosamente, dio un cauteloso paso hacia adelante y chocó contra una pared de piedra. Retrocedió y se volvió, dio tres pasos con los brazos extendidos y notó otra pared. Cuatro pasos vacilantes a la izquierda lo llevaron hasta una puerta de metal.

Se encontraba en una celda, sin duda.

Regresó a tientas hasta la cama de madera y se sentó, abrumado por una ominosa sensación de irremediabilidad. Los sentimientos lúgubres que había sentido en Auschwitz volvieron de golpe.

Recordó lo que había ocurrido en el club. ¿Qué quería aquel coronel llamado Romulka? Pero Lebel lo sabía, y aquel pensamiento le provocaba un miedo aún mayor. Jamás debió mezclarse en aquel asunto. Jamás. Había firmado su sentencia de muerte. O algo peor que la muerte: el penoso confinamiento en un campo de trabajos forzados.

Mientras su cuerpo temblaba de miedo, oyó de pronto unas voces al otro lado de la puerta, unos pies que raspaban sobre el hormigón y una luz se encendió bruscamente sobre su cabeza, cegándole, mientras la puerta de la celda se abría.

Parpadeó y vio que Romulka entraba en la celda.

—De modo que nuestra bella durmiente ha despertado.

—¿Dónde estoy? ¿Qué significa este atropello? —exigió saber Lebel.

—En respuesta a su primera pregunta, se encuentra en la prisión de Lubyanka.

Lebel miró a Romulka con incredulidad.

—En cuanto a lo segundo, creo que la razón de su presencia debería ser obvia.

Lebel sacudió la cabeza.

—Yo… No sé de qué me está hablando.

—Lebel, está perdiendo el tiempo, créame. Lo sé todo acerca de su relación con Massey. Así que dejemos a un lado el fingimiento y vayamos al grano, ¿de acuerdo? Mi tiempo es limitado.

Se acercó aún más a él. En la mano izquierda empuñaba una fusta de montar y colocó la punta bajo el mentón de Lebel.

—Su intención al venir a Moscú era ayudar a cierta pareja. Quiero saber cómo, cuándo y dónde debía usted encontrarse con ellos y quiénes son sus cómplices.

—¿Ha perdido el juicio?

—Me preocupa algo más que he descubierto en el transcurso de mi investigación. Un hombre llamado Braun, que trabajaba para nosotros, ahora está muerto, desafortunadamente. Usted hizo ciertas preguntas sobre él a un empleado de la Embajada soviética de París a cambio de una considerable suma de francos. ¿Lo niega?

A pesar de su mejor esfuerzo, Lebel palideció perceptiblemente.

—En realidad no sé de qué me está hablando. Esto es una conspiración… La fusta de montar subió y azotó dolorosamente en el rostro a Lebel. Este gritó y se llevó la mano a la mejilla. Palpó una brecha y vio sangre entre sus dedos.

—¿Cómo se atreve? No tiene ningún derecho a tratarme así. Tengo conexiones importantes en Moscú. Exijo ver al embajador francés.

La fusta de Romulka se clavó en su pecho.

—Cállate, asqueroso judío, y escúchame. Puedes exigir todo lo que gustes, pero yo quiero respuestas y las quiero pronto. Habla y haré que te devuelvan a París en un avión antes de que puedas decir adiós. Niégate y te reduciré a polvo. ¿Entendido? Y ahora, ¿vas a hablar?

—Ya se lo he dicho… No sé de qué me está hablando… Está cometiendo un terrible error.

—Muy bien, jugaremos a tu modo. —Romulka se volvió y chascó los dedos—. Aquí.

Dos hombres de rostro brutal que vestían uniformes del KGB entraron en la habitación. Cada uno sujetó a Lebel por un brazo.

—Llévenlo a los calabozos —dijo Romulka—. Un poco de la hospitalidad de Lubyanka debería ablandarlo.

—¡Le digo que comete un error!

Antes de que Lebel terminara de protestar, Romulka le estrelló un puño en la cara y los hombres se lo llevaron a rastras de la celda.

Lukin estaba de pie junto a la ventana de su apartamento.

En la orilla opuesta del río se veían las luces del tráfico de última hora de la tarde cruzando el puente Kalinin, con los faros perforando la tenue niebla helada que había caído sobre Moscú.

Las nueve de la noche.

Había llegado a casa una hora antes. Necesitaba alejarse del cuartel general y de la angustiosa sensación de desesperanza que lo estaba haciendo pedazos.

Y necesitaba ver a Nadia.

Su esposa había preparado la cena para ambos, sopa y salchichas frías con medio litro de vino georgiano. El vino lo había animado un poco, pero sus efectos se habían desvanecido y volvía a sentirse muy desdichado.

Para empeorar las cosas, apenas había hablado con Nadia durante la cena.

Veía en la ventana el reflejo de su mujer mientras retiraba los platos de la cena. Se volvió para mirarla un momento, y ella se dirigió a la cocina. Cuando volvió a salir, Lukin seguía en pie junto a la ventana.

—Yuri.

Se volvió con aire ausente. Ella se lo quedó mirando. Vestía una chaqueta de lana echada sobre los hombros.

—Apenas has probado la comida —dijo mientras se retiraba de la cara un mechón de cabello.

Lukin sonrió débilmente.

—La sopa estaba buena, pero no tenía hambre. Lo siento, cariño.

—Ven, siéntate a mi lado.

Ella fue a sentarse en el sofá. Tenía la frente poblada por arrugas de preocupación y las comisuras de su boca estaban curvadas hacia abajo por la tensión. Él no la había ayudado a mejorar su estado de ánimo ya que se sentía aún peor: desesperado y completamente perdido.

Anna Khorev no había hablado y ya no podía hacer nada para salvarla. Aquella perspectiva lo perturbaba.

Los bloqueos de carretera y los registros para encontrar al *Lobo* no habían dado ningún resultado positivo. Si aquel hombre seguía con vida, Lukin tenía la certeza de que se encontraba en Moscú. Pero ¿dónde? ¿Y cómo se registra con rapidez una ciudad en la que viven cinco millones de almas?

La voz de Nadia le devolvió a la realidad.

—Siéntate a mi lado, Yuri.

Lukin fue a sentarse junto a su mujer en el sofá. Ella le tocó el brazo.

—Esta es la primera vez que te veo en cuatro días, pero en realidad tu espíritu no está aquí, ¿verdad, Yuri? ¿Hay algo de lo que necesites hablar?

Lukin alargó el brazo para tomar su mano y se la besó. Nunca hablaba con su esposa de su trabajo, era una regla que se había autoimpuesto. Pero en aquel momento sentía el urgente impulso de contárselo todo y aliviar el terrible peso que lo estaba aplastando.

—Lo siento, cariño, no es algo de lo que pueda hablar.

—Lo comprendo, pero me inquietas, Yuri.

—¿Por qué?

—Porque lo que te preocupa, sea lo que sea, te está haciendo pedazos. Nunca te había visto así, estás abstraído, perdido, desalentado. Pareces otra persona.

Lukin dejó escapar un profundo suspiro de frustración y se puso en pie. Le dolía todo el cuerpo, había pasado tres noches seguidas casi sin dormir. Miró a su mujer y sacudió la cabeza.

—Por favor, ahora no, Nadia.

—¿A qué hora tienes que irte?

—A las seis de la mañana.

Ella se levantó y le tocó suavemente el rostro con la mano, pero después la retiró.

—Estás agotado, necesitas dormir. Vayámonos a la cama.

Lukin fue al dormitorio, se desvistió y se metió en la cama.

Nadia fue tras su marido, se quitó la ropa y se tumbó junto a él. Lukin notó la calidez del cuerpo de su mujer cuando ella se acurrucó apretándose contra él; sus diminutos pezones estaban duros y se frotaban contra su pecho desnudo.

—El bebé está dando patadas. ¿No lo notas, Yuri?

Lukin colocó la mano sobre el vientre de su mujer y palpó su abultada curva. Pronto notó un repentino movimiento. Apoyó la cabeza sobre el estómago de Nadia y besó su tersa piel.

Durante un largo rato permaneció tumbado en silencio mientras Nadia le acariciaba el pelo; pensaba en Anna Khorev aquella tarde en el parque. En sus gritos cuando se llevaron a su hija. El recuerdo se repetía una y otra vez en su mente hasta resultar insoportable y una oleada de remordimientos lo asfixiaba. Dejó escapar un largo suspiro de preocupación.

Nadia también suspiró.

—Cuéntamelo, Yuri, por el amor de Dios. Dime qué te preocupa antes de que te parta el corazón.

Lukin no habló durante un largo instante y finalmente dijo:

—No puedo. Por favor, no me preguntes.

Lukin oyó la angustia de su propia voz y notó que los brazos de su mujer le rodeaban la nuca mientras se apretaba contra él.

En aquel momento, algo pareció quebrarse en su interior, como si el dique de una presa cediera en su mente. Todo su cuerpo se estremeció y sus hombros empezaron a temblar, sacudido por unos sollozos irrefrenables.

En la oscuridad se oyó llorar por Anna Khorev, por Nadia, por su niño aún no nacido, por sí mismo.

Slanski estaba sentado en la cocina, al fondo de la dacha. Irina se sentaba frente a él. Había regresado de Moscú en el Skoda minutos antes con una gran bolsa de la compra y evidentemente agotada.

—Bien, veamos qué me traes —dijo Slanski.

Ella rebuscó en su bolsillo y depositó una tira de papel sobre la mesa.

—Primero lo más importante. Echa un vistazo a esto. Slanski cogió la tira de papel, leyó lo que había escrito en ella y sonrió.

—¿Has tenido algún problema?

—Hay más de una docena de Yuri Lukin en la guía telefónica de la ciudad que tienen en la oficina de correos de la calle Gorki. Los he llamado a todos solo para asegurarme, pero cuando hablé con el último me convencí de que seguramente había dado con el correcto.

—¿Por qué?

—Respondió una mujer. Pregunté por el comandante Yuri Lukin. Me dijo que no estaba en casa y preguntó quién llamaba. Le dije que trabajaba para la oficina de pensionistas del ejército, que se habían extraviado algunos de nuestros archivos y estaba intentando localizar a un comandante llamado Yuri Lukin que había servido con la Tercera División de Caballería de la Guardia durante la guerra. Me dijo que no podía tratarse de su marido, que era ciertamente comandante, pero no había servido en el ejército. Me disculpé por haberme equivocado de número y colgué. En las demás llamadas que hice solo me tropecé con otro comandante Yuri Lukin, pero estaba destinado a un batallón de artillería de Moscú.

—¿Qué ocurrió después?

—Fui a la dirección que decía el listín telefónico. Es un apartamento de la avenida Kutuzovsky. Hablé con uno de los niños del vecindario. Debe de

tratarse del mismo Lukin. Conduce un BMW alemán verde, y para resumir está casado y no tiene hijos. Su apartamento se encuentra en el segundo piso.

—Bien. ¿Conseguiste ver a su mujer?

—¿Estás de guasa? No iba a llamar a su puerta y dejar que me viera la cara. Habría sido tentar demasiado a la suerte. —Irina titubeó—. Eres un hombre muy valiente, pero algo me dice que por culpa de esto podrían matarnos a los dos.

Slanski negó con la cabeza.

—Relájate, Irina. Tú no vas a correr ningún peligro.

—Lo que pretendes hacer es una locura y estás jugando con fuego. Dijiste que tu amiga no sabía nada. ¿Por qué intentar rescatarla de la Lubyanka?

—Porque el plan es sencillo y con un poco de suerte puede salir bien. Limítate a abrir la bolsa, Irina. ¿Tienes todo lo que te pedí?

Ella abrió la bolsa y esparció su contenido sobre la mesa.

—No fue fácil, pero en el mercado negro puedes conseguir todo lo que desees, siempre que tengas dinero.

—Déjame echar un vistazo.

Lo examinó todo cuidadosamente. Había una linterna militar de gran alcance, con dos juegos de baterías, varias sogas finas y una navaja militar. Una jeringuilla hipodérmica y dos frasquitos de vidrio, uno transparente y otro de color marrón opaco. Cogió los dos. Contenían un líquido transparente. Los examinó y volvió a dejarlos sobre la mesa.

—Lo has hecho mejor de lo que esperaba. ¿Tuviste algún problema para conseguirlo?

—La adrenalina y la jeringuilla fueron bastante fáciles. —Cogió la botella de líquido marrón—. Pero esto fue más difícil. No resulta fácil encontrarlo, me costó doscientos rublos. Con eso podría vivir todo un mes.

Slanski sonrió.

—Te recordaré en mi testamento. ¿Te preguntó alguien para qué necesitabas estos productos?

Ella se echó a reír.

—¿Estás de broma? Los gángsteres del mercado negro de Moscú harían negocios con el mismísimo diablo si tuviera una billetera llena de rublos. Y mantendrían la boca cerrada. Una lengua suelta significa un viaje al gulag o el pelotón de fusilamiento.

—¿Y el resto de las cosas?

—He ajustado el antiguo uniforme de Victor y debería quedarte bien. Los distintivos de la División probablemente estén anticuados, pero tendrás que

aguantarte. Teniendo en cuenta lo que vas a hacer, Victor probablemente se estará revolviendo en su tumba en estos momentos. Se lo tiene merecido el cabrón.

—Tu marido no te merecía. Gracias, Irina.

—Debo de estar loca por ayudarte en esto.

Slanski se lo había explicado todo a Irina aquella tarde porque necesitaba que la mujer lo ayudase. No había aprovechado la oportunidad que se le había presentado para rescatar a Anna Khorev, pero ahora tenía un plan. Un plan sencillo. Cuando se lo contó a Irena, ella palideció.

—¿Qué? Ahora sé que estás realmente loco. —Se había negado resueltamente—. No pienso mezclarme en eso. Si quieres arriesgar tu vida, adelante. Por mi parte ya me arriesgo lo suficiente. No quiero más problemas.

—No habrá problemas si haces lo que te digo.

Como la mujer siguiera negándose, Slanski añadió:

—Esa mujer es tu pasaporte para salir de aquí. ¿Crees que a Lebel le gustará que te presentes sin ella?

Irina había vacilado en aquel punto, con la duda reflejada en su rostro. Slanski había necesitado otra media hora para convencerla y repasar todos los detalles del plan, pero aunque a ella seguía sin gustarle, finalmente accedió, aunque a regañadientes.

—Con una condición —exigió—. Si falla, te olvidarás de ella y yo me iré de Moscú sola.

—Acepto.

El plan se le había ocurrido mientras regresaba al Bolshoi. La imagen que le venía una y otra vez a la cabeza era la de Lukin sentado en el asiento del conductor mientras sus dedos tamborileaban con impaciencia sobre el volante. Entonces Slanski recordó el anillo, una alianza de boda que llevaba en la mano derecha. El comandante Yuri Lukin estaba casado. Tenía un punto débil que podía explotarse. Si el plan funcionaba, Anna estaría libre y Lukin muerto.

Si funcionaba.

Consultó su reloj de pulsera y miró a Irina de nuevo.

—Será mejor que duermas un poco. Mañana tendremos un día muy atareado. —Observó el miedo y la tensión del rostro de la mujer—. Gracias por ayudarme.

—¿Sabes lo que creo?

—¿Qué?

—Creo que estás enamorado de esa mujer.

46

Moscú
1 de marzo

Lukin llegó a la plaza Dzerzhinsky a las seis de la mañana siguiente.

Mientras tomaba el primer café del día, desplegó el mapa de Moscú y colocó varias hojas de papel sobre su escritorio. Estudió el plano. Si el *Lobo* se encontraba en Moscú como sospechaba, alguien tenía que estar ayudándole. Quizá Romulka estaba en lo cierto respecto al francés, Lebel. Había llamado a la oficina de Romulka la noche anterior, pero hasta ahora no le había devuelto la llamada. Más tarde se ocuparía de aquello. En aquel momento tenía otras vías que explorar.

Esparció las hojas de papel ante sí. Eran listas de nombres de disidentes, en su mayoría judíos, que prestaban ayuda a los grupos de emigrados que espiaban para las potencias occidentales. Si algún colectivo tenía posibilidades de estar implicado, el principal sospechoso era este. Ocho páginas que contenían 312 nombres y direcciones. Era una tarea mastodóntica verificarlos todos, registrar sus domicilios y detenerlos para interrogarlos, pero había que hacerlo. Algunas de las personas de la lista ya habían soportado duras condenas de cárcel. A otros se les permitía seguir en libertad, pero eran espiados secretamente por el KGB y por informadores de la policía.

Naturalmente, siempre existía la posibilidad de que quienquiera que estuviera ayudando a Slanski ni siquiera estuviese en la lista, y Lukin suspiró ante esa idea. Había que registrar todos los hoteles de la ciudad, pero dudaba de que Slanski fuera tan tonto como para alojarse en un hotel. Era demasiado notorio; en un hotel hay que registrarse; además, no había tantos en Moscú donde esconderse. Pero habría que eliminarlos uno a uno. Consideró la posibilidad de volver a visitar la celda de la mujer, pero pensó que sería inútil. Mientras tanto tenía que hacer algo.

Necesitaría por lo menos cincuenta hombres para comprobar los hoteles y detener a todos los de la lista.

Cuando alargó el brazo para descolgar el teléfono y llamar a la oficina de personal, la puerta se abrió y entró un Pasha de aspecto cansado. Había pasado la noche en vela por si llegaba alguna noticia de Leningrado. Lukin

colgó el auricular mientras Pasha se sentaba en la silla de enfrente, ponía los pies sobre la mesa, se quitaba la gorra de un manotazo y bostezaba.

—¿Alguna noticia? —preguntó Lukin.

Pasha negó con la cabeza y se pasó la mano por la cara.

—Ni un suspiro. En la tumba no habría estado tan tranquilo. Es decir, si exceptuamos una visita de Romulka.

Lukin se incorporó en su asiento.

—¿Qué ocurrió?

—Se presentó a última hora. Quiso que te dijera que tiene a un francés llamado Lebel. ¿Quién diablos es ese?

Lukin se lo explicó.

—¿Quién sabe? —dijo Pasha—. Romulka podría tener razón. Dijo también que quería ver a la mujer.

—¿Y?

—No lo dejé. Le dije que antes tenía que hablar contigo. Dijo que me iba a meter un paquete, pero yo le dije que se jodiera, con el humor que traía probablemente habría hecho daño a esa mujer. Dejemos que Romulka se arrastre hasta Beria para gimotearle todo lo que quiera. ¿Qué pueden hacer? ¿Enviarme a un campo de trabajos forzados? Donde yo me crie hace mucho más frío y la comida no es mucho peor.

—Gracias, Pasha. —Lukin intuyó que Romulka no había hecho caso de sus llamadas telefónicas debido a la negativa de Pasha—. ¿Cómo está ella?

—Despierta, la última vez que miré.

—¿Y qué aspecto tiene?

—Es como si alguien hubiera apagado las luces en su corazón.

—¿Has intentado hablar con ella?

Pasha asintió con la cabeza.

—Claro, como me pediste. Le llevé algo de comida y café anoche y esta mañana, pero ella se limita a permanecer allí sentada sin decir nada y mirando fijamente las paredes. —Pasha suspiró—. ¿De verdad crees que hablará?

—Solo Dios lo sabe, pero por alguna razón lo dudo. Tengo la sensación de que no sabe dónde está Slanski, como asegura. El problema es que ello significa que tendremos que entregársela pronto a Beria. No sería impropio de él hacerle daño a la niña para obligar a la madre a hablar. Tenemos que encontrar a Slanski aunque solo sea por el bien de la niña.

Pasha se levantó.

—Ocurra lo que ocurra, la mujer está muerta de todos modos. Y tú lo sabes, Yuri. Beria no la mandará a un campo de trabajo, la matará.

—Lo sé —dijo Lukin gravemente.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó Pasha.

Lukin le contó lo que pretendía.

—Podría servirnos de algo, pero yo no contaría con ello.

—He estado pensando en las páginas que faltan en el archivo del *Lobo* —dijo Pasha—. Si pudiéramos ver el original, tal vez encontraríamos algo que pudiera ayudarnos, como los parientes que tenía en Moscú, amigos de su familia a los que pueda sentirse tentado a acudir si está desesperado.

—Se lo pedí a Beria y me lo denegó. Si Beria no quiere que veas todo lo que hay en un archivo, no lo ves.

Pasha sonrió pícaramente.

—Es verdad, pero hay muchas maneras de despellejar un gato.

—¿Cómo? La sala de los archivos es zona restringida y no se puede acceder sin autorización. Allí guardan archivos muy delicados, alto secreto. Si pillan a alguien dentro, puede perder la cabeza.

—El jefe de los archivos es mongol. Bebe como hace un camello después de un mes sin agua. Podría emborracharlo y usar sus llaves para echar un vistazo al original.

—Olvídalo, Pasha, es demasiado arriesgado y no es probable que el *Lobo* utilizase a esas personas en Moscú. Lleva mucho tiempo fuera.

—¿Qué te parece si me limito a pedírselo al jefe?

Lukin negó con la cabeza.

—Ya te he contado lo que dijo Beria, y su palabra es ley. Además, probablemente no haya nada relevante para el caso. No merece la pena que te pillen husmeando en los archivos sin autorización. Olvídalo.

Pasha se encogió de hombros.

—Si tú lo dices…

Cuando el Skoda salió a la avenida Kutuzovsky aún era de noche; faltaban pocos minutos para las siete de la mañana. Slanski salió del coche vestido con el uniforme de comandante.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo a Irina—. Iré lo más rápido que pueda.

—Buena suerte.

Observó a Irina alejarse con el coche y después retrocedió por la calle. Apenas había tráfico, pero los trolebuses ya funcionaban y sus chispas azules iluminaban la oscuridad de la mañana mientras pasaban atronando por la

avenida. Podía distinguir los números de las grandes y viejas casas de apartamentos bajo las luces de los porches y los fue contando a medida que caminaba.

El número 27 se parecía mucho a sus vecinos. Era una gran residencia de granito de cuatro pisos de la época del zar, que evidentemente había sido en el pasado el hogar de una familia acomodada, pero que se había reconvertido en apartamentos. No había ni rastro del BMW verde oliva en la calle.

Slanski vio que la puerta de la entrada, pintada de azul, estaba abierta y recorrió el sendero del jardín frontal. Vio los nombres y los números de los inquilinos escritos en pequeñas tarjetas blancas insertadas en unos pequeños buzones que había en el vestíbulo.

El apartamento 14 lucía el nombre de Lukin. Abrió la puerta delantera empujándola suavemente y entró en un largo y oscuro corredor.

Al final de aquella especie de vestíbulo había una escalera y uno de los descansillos estaba iluminado por el débil haz de una bombilla. El corredor olía a barniz de lavanda. Slanski vio dos bicicletas apoyadas contra una pared y oyó voces ahogadas en algún lugar no muy próximo, pero en el interior del edificio.

Subió por la escalera del segundo piso. La luz de aquel descansillo también estaba encendida y vio la puerta con el número 14 grabado sobre la madera. Ningún nombre, solo el número. Examinó las cerraduras. Dos, una arriba y otra abajo. Pegó la oreja a la puerta, pero no oyó ningún sonido en el interior y supuso que la mujer de Lukin estaría durmiendo.

Volvió a bajar la escalera y dio la vuelta al bloque de apartamentos hasta llegar a la parte de atrás. La nieve del sendero lateral había sido apartada recientemente. En la parte de atrás había un largo jardín comunal cubierto por una sábana de nieve. Un farol encendido iluminaba una acera asfaltada. Bajo unos cerezos desprovistos de hojas había un par de bancos sin respaldo, de hierro forjado, y en el interior de un pequeño invernadero parcialmente cubierto de nieve crecían melones de un tamaño descomunal.

Slanski examinó la parte de atrás del edificio. Había algunas luces encendidas, pero las cortinas seguían echadas. Al final del jardín vio una puerta de madera montada en un muro de granito que empezaba a desmoronarse. Imaginó que conducía a un callejón trasero. Siguió el sendero y vio que la puerta estaba casi completamente podrida. La empujó. Apenas se movió, y tuvo que apartar a patadas la nieve que se amontonaba al pie antes de que la madera cediera. La puerta se abrió a un callejón que había detrás de la casa, como Slanski esperaba. Estaba oscuro y al parecer desierto. Pero a

ambos extremos del callejón, a izquierda y derecha, vio las luces de las farolas de la calle. Calculó que el callejón desembocaba en dos calles perpendiculares a la avenida Kutuzovsky.

Retrocedió hasta el jardín y fue hasta la mitad del sendero.

Miró hacia arriba, al segundo piso, y contó las ventanas hasta calcular que el número 14 estaba situado a la derecha de la ventana central. No había luces detrás de la cortina y Slanski volvió a dar la vuelta al edificio para entrar por la puerta principal.

Pero cuando aún iba por el sendero de la entrada, oyó de pronto una voz a sus espaldas.

—¿Puedo ayudarle, camarada?

Slanski se volvió y se quedó petrificado. Justo al borde del porche había un viejo. Lucía una grasienta gorra negra de campesino y un abrigo muy remendado. Alrededor de la cintura llevaba un cordel y al cuello una gruesa bufanda de lana.

Parecía que se hubiese levantado hacía poco rato; tenía los ojos inyectados en sangre y en las manos sostenía una escoba de jardinería y varias ramitas y hojas muertas.

Slanski le sonrió.

—Estoy buscando a un viejo amigo mío.

—¿De verdad? ¿Y quién es si puede saberse?

Slanski conjeturó que aquel hombre debía de ser el vigilante del bloque. Un par de ojos cautelosos le miraron con suspicacia.

—El comandante Lukin, creo que vive en el apartamento 14.

—Es amigo suyo, ¿verdad? —El viejo echó una mirada a las insignias que lucía en las hombreras del uniforme.

—De la guerra, camarada. No lo he visto desde hace años. Estoy de permiso en Moscú. Acabo de llegar de Kiev esta mañana en el tren nocturno. ¿El comandante está en casa?

—Supongo que se fue temprano; su coche no está. Seguramente lo encontrará en la plaza Dzerzhinsky. Pero su esposa debe de estar a punto de regresar. Normalmente va a la compra a primera hora los sábados por la mañana al mercado de verduras. Suele llegar antes de las ocho.

—Claro, la mujer de Yuri, me temo que no recuerdo su nombre.

El viejo soltó una risa cascada y se apoyó sobre el mango de la escoba.

—Nadia, una pelirroja de muy buen ver.

Slanski volvió a sonreírle.

—Es ella. Lukin se hizo un gran favor. —Consultó su reloj de pulsera—. Volveré más tarde. Pero hágame un favor, si ve a Nadia no le diga que he venido, me gustaría darle una sorpresa. Ya sabe cómo son estas cosas.

El viejo le hizo un guiño y se llevó la mano a la gorra.

—Como desee mi comandante.

Slanski le dio una palmadita en el hombro y miró el sendero recién barrido.

—Está usted realizando un buen trabajo, camarada. Siga así.

Slanski descendió el camino y cruzó hasta la acera opuesta. Unos cincuenta metros más allá había un café con las luces encendidas y entró en él.

Era un lugar de aspecto deprimente, lleno de obreros madrugadores: conductores de taxi y de tranvía y dependientas de las tiendas de la avenida Kutuzovsky con cara de sueño, que tomaban café o desayunaban. Olía a comida rancia y a humo de cigarrillo, y los parroquianos parecían muertos de aburrimiento o de sueño.

Le costó casi diez minutos conseguir una taza de té. Localizó una mesa libre junto a la ventana.

Se sentó a fumar un cigarrillo. Las farolas de la calle aún estaban encendidas y la luz era razonable, de modo que tenía una buena vista del bloque de apartamentos, al otro lado de la calle. El viejo portero seguía barriendo los residuos del jardín delantero, pero diez minutos más tarde desapareció en el interior del edificio.

Encontrarse con el viejo había sido muy útil. Ahora sabía el nombre de la mujer de Lukin y tenía su descripción. Pero también podía ser un problema. Si no se mantenía al margen, Slanski tendría que encargarse de él, y esperaba evitar que las cosas se complicaran.

Habían pasado quince minutos cuando vio a la mujer en la otra acera. Al principio no se percató de su cabello pelirrojo porque llevaba un gorro de piel, pero cuando enfiló por el sendero vislumbró una llamarada roja asomando sobre su nuca. Llevaba una pesada cesta de la compra y se cubría con un abrigo de cuello peludo y botas hasta las rodillas. Por la breve ojeada que pudo echarle a su rostro parecía guapa. La vio entrar por la puerta principal.

Permaneció sentado en el café otros cinco minutos esperando por si volvía a aparecer el portero. No lo hizo y Slanski aplastó la colilla del cigarrillo y se levantó.

Cruzó la calle a paso vivo y cuando dio la vuelta a la esquina más próxima al bloque de apartamentos vio el Skoda aparcado y a Irina sentada en él con el

rostro cubierto parcialmente por una bufanda de lana. Las matrículas del Skoda estaban embarradas y resultaban indescifrables.

Dio unos golpecitos en la ventana opuesta a la del conductor, sobresaltando a la mujer, que se giró en redondo, y después le abrió la puerta para que entrara.

Irina estaba congelada.

—¿Qué te ha retenido? Empezaba a preocuparme por si no volvías.

—La mujer de Lukin había salido. Creo que acaba de volver. Me parece que está sola.

—¿Y si no es así?

—Deja que yo me preocupe por eso. Tendré que jugar las cartas tal como vengan. Hay un callejón al volver la próxima esquina que conduce a la parte trasera del bloque de apartamentos.

Irina asintió con la cabeza.

—Sí, lo vi.

—Del jardín se sale por una puerta que queda hacia la mitad del callejón. Espérame en la esquina más próxima a donde nos encontramos ahora.

—¿Y si alguien pregunta qué estoy haciendo allí?

—Diles que el coche se ha averiado y que estás esperando a un amigo. No dejes de taparte la cara con la bufanda. —Vio la expresión de duda de la mujer, y sonrió—. Confía en mí.

—Estás loco; y no sé por qué, pero lo haré.

—Nos veremos pronto.

Salió del Skoda y dio la vuelta hasta la parte delantera del número 27.

Recorrió el sendero sin ver señales del portero. Subió la escalera hasta el rellano del segundo piso.

Sacó la botella de éter del bolsillo y la descorchó. Desdobló un pañuelo y lo roció con un chorro del líquido. El acre vapor le produjo mareos y volvió a meterse la botella y el pañuelo en el bolsillo rápidamente. Comprobó que la solapa de su pistola no estuviera abrochada a la funda y quitó el seguro del arma. Llamó a la puerta con los nudillos.

La mujer apareció casi enseguida. Era la misma que había visto en el sendero, pelirroja y guapa. Se había quitado el abrigo y llevaba un vestido y una chaqueta de lana bajo un delantal de cocina. Cuando abrió la puerta, frunció ligeramente el entrecejo al ver el uniforme, pero cuando Slanski le sonrió, le devolvió la sonrisa y se secó las manos en el delantal.

—¿Sí?

Slanski miró por encima de su hombro al interior de la casa. No parecía haber nadie en el estrecho recibidor.

—¿Señora Lukin? ¿Nadia Lukin?

—Sí.

En ese momento, Slanski empujó la puerta con fuerza y se abalanzó sobre la mujer.

Ella iba a gritar, pero él le cubrió la boca con la mano y cerró la puerta a su espalda con el pie.

Lukin estaba de pie junto a la ventana de su despacho poco antes del mediodía fumando un cigarrillo cuando vio que las puertas del patio se abrían y entraban dos camiones Zis que se detuvieron sobre el pavimento. De ellos saltaron varios hombres del KGB de paisano y milicianos uniformados que empezaron a obligar a un grupo de civiles prisioneros a bajar de los camiones, golpeándolos con la culata de sus fusiles.

Contempló la escena unos instantes hasta que oyó que llamaban a la puerta.

—Pase.

Entró Pasha con los ojos inyectados en sangre por la falta de sueño.

—Pensé que te gustaría saber lo que han sacado los muchachos de los hoteles de la ciudad.

—¿Ha habido suerte?

—Ya han revisado la mitad de la lista, pero hasta ahora no hay nada.

Lukin miró hacia el patio donde los camiones depositaban su cargamento.

—¿Qué ocurre ahí abajo?

Pasha se acercó a la ventana y miró.

—Más trabajo para los matones de los calabozos. Tiene todo ese aspecto. Son personas que están en la lista de disidentes; los han traído para interrogarlos. Aún están reuniendo a los demás. Los equipos de interrogatorio nos lo dirán si sacan algo. Todos los de la lista deberían haber sido convocados antes de la noche. Nuestros hombres están trabajando a galope tendido.

Lukin suspiró y asintió con la cabeza.

—No es lo bastante rápido. Bien, que sigan registrando los hoteles. Cuando hayas terminado quiero que los hombres comprueben todas las pensiones cooperativas en un radio de veinte kilómetros de Moscú.

—Yuri, deben de ser centenares.

—Quiero que lo comprueben todo, Pasha. Y otra cosa… —Lukin señaló hacia el patio—. Dile a quien esté al mando ahí abajo que se lo tome con calma con los prisioneros. Son ciudadanos, no reses que van al matadero.

—Como tú digas. —Pasha inclinó la cabeza y salió.

Lukin consultó su reloj de pulsera. Dentro de doce horas se habría agotado el tiempo de Anna Khorev. Si no hablaba pronto, tendría que entregarla a Beria y enfrentarse a él personalmente. Tenía que intentar interrogarla otra vez.

La puerta se abrió de golpe sin llamada previa.

Entró Romulka sonriendo ampliamente.

—Sabía que lo encontraría aquí. ¿Qué, Lukin, algún progreso?

—Todavía no. ¿Qué quiere?

—Solo charlar amistosamente.

—¿Dónde está el prisionero, Lebel?

—Es curioso, pero por eso he venido a verle. En este momento está en uno de los calabozos; lo estamos ablandando.

—Le dije que tuviera cuidado, Romulka, ese hombre tiene buenos contactos. Quiero verlo.

Romulka negó con la cabeza.

—Me temo que no es posible, Lukin. El francés es mío y Beria se lo dirá si se molesta en preguntárselo.

—Como oficial al mando, lo exijo.

Romulka se acercó aún más y se golpeó la palma de la mano con la fusta de montar.

—Puede exigir todo lo que quiera. Naturalmente, siempre podemos llegar a un acuerdo. Déjeme interrogar a la mujer y a cambio tendrá acceso a Lebel.
—Váyase al infierno.

Romulka sonrió fríamente.

—Qué lástima. Habría disfrutado divirtiéndome un poco con ella. Aun así, dentro de doce horas será mía.

—Es usted la forma de vida más baja que existe, Romulka.

—Seguramente es cuestión de opiniones. Piense en la oferta, Lukin. Y recuerde: no es mi vida la que está en juego, sino la suya.

Tras decir aquello se echó a reír y se dirigió hacia la puerta. Lukin volvió junto a la ventana y se tragó su ira.

Oyó el ruido de más vehículos que entraban al patio. Eran otros dos camiones Zis, y esta vez, una pareja de milicianos desataron los pliegues de lona y saltaron de cada vehículo. Mientras se descolgaban los fusiles del

hombro, un grupo de hombres y mujeres de aspecto aterrorizado empezaron a bajar de los camiones. Una de las mujeres cayó de rodillas y un miliciano le golpeó en la cara con el fusil.

En el momento en que Lukin iba a volverse con impotencia vio que Pasha cruzaba el patio y tenía unas palabras con el sargento que tenía el mando.

Mucha gente iba a sufrir innecesariamente por culpa del *Lobo*. Muchos acabarían en prisión o en los gulags. Algunos morirían.

Sacudió la cabeza y se frotó los ojos. Había dormido fatal la noche anterior, dando vueltas en la cama durante horas, y su estado de ánimo había preocupado a Nadia. Quería olvidar que alguna vez había participado en aquella pesadilla, pero tenía que conseguir que la mujer hablara.

Fue a coger su gorra y en aquel momento sonó el teléfono. Lo descolgó.

—¿Comandante Lukin? —dijo una voz de hombre.

—Sí, aquí Lukin.

Hubo una pausa.

—Comandante, tenemos que hablar —dijo la voz.

47

Lukin vio los muros encalados del convento de Novodevichy a la luz de los faros del BMW. Mientras giraba para tomar el camino de entrada y frenaba hasta detenerse, su corazón martillaba con fuerza en su pecho.

Apagó el motor y las luces y salió del coche. Las cúpulas doradas en forma de bulbo del convento abandonado se alzaban bajo la luz del crepúsculo. Al fondo había un río helado y Lukin fue hacia él. La sangre se agolpaba en sus sienes y su cuerpo estaba empapado de sudor.

Cuando llegó al río encontró el banco que buscaba cerca de la orilla y se sentó. A sus espaldas había un bosquecillo de abedules y atisbó ansiosamente por encima del hombro, pero no vio nada excepto el oscuro contorno de árboles y matorrales.

Su mente ardía.

Convento de Novodevichy, —decía la nota—. *Vaya al muro este, segundo banco junto al río, a las tres en punto. Vaya solo y desarenado o no volverá a ver con vida a su mujer*.

La nota no estaba firmada, pero no le cabía la menor duda de que era de Slanski.

Ya eran casi las tres y empezaba a oscurecer.

Dos minutos después de la llamada a su despacho, Lukin había conducido frenéticamente hasta su apartamento.

«Tenemos que hablar», había dicho la voz del hombre por teléfono.

«¿Quién es?». «Un amigo suyo de Tallin, comandante Lukin. He dejado un mensaje para usted en su casa». Después se oyó un chasquido y la línea enmudeció.

Al principio, Lukin se quedó desconcertado, pero pronto comprendió la terrible realidad y sintió que le recorría un frío mortal: era Slanski, tenía que ser él. Sintió una oleada de rabia y de miedo.

No, era imposible.

Nadia.

Si Slanski hacía algún daño a Nadia… Había salido de su oficina completamente aturdido. Diez minutos más tarde subía a toda prisa la escalera que conducía a su apartamento. Cuando abrió la puerta con su llave captó un

olor acre en el recibidor. Un pañuelo yacía olvidado en el suelo y a su lado había una botellita marrón.

Gritó el nombre de Nadia, y al no recibir respuesta sintió que se le encogía el estómago.

Recogió el pañuelo y recorrió las habitaciones. Habían derribado una maceta con su pedestal. Sin duda, señales de lucha. De eso no le cabía la menor duda. Lukin temblaba de rabia y miedo, consumido de preocupación por Nadia.

Dios mío, no dejes que le hagan daño.

Se llevó el pañuelo a la nariz y olió la sustancia acre. Éter.

Registró la habitación —estaba vacía— y después entró en la cocina. Vio la nota sobre la mesa. La leyó y palideció aún más; su cuerpo se estremecía. Se precipitó escalera abajo para buscar al comisario de bloque. Lo encontró en la sala de calderas bebiendo vodka.

«Sí, un hombre ha venido a primera hora de la mañana. Alto, rubio, sonreía mucho. Dijo que lo conocía, que eran amigos de la guerra. Como su mujer no estaba en casa dijo que volvería para darle una sorpresa. ¿Por qué? ¿Toda va bien, comandante Lukin? Está usted muy pálido, comandante». Lukin había mirado distraídamente al viejo y le había mentido.

«Sí… Sí, bien, gracias. Imagino que habrán ido juntos a alguna parte». Volvió al piso y se sentó ante la mesa de la cocina durante casi una hora preguntándose qué debía hacer a continuación. Nada.

No podía hacer nada hasta que se reuniera con Slanski. Sintió un impulso irresistible de matar a aquel hombre. Si le tocaba un solo cabello a Nadia, lo haría pedazos.

¿Y si ya estaba herida? ¿Y si Slanski le había hecho daño? Dios mío… Que esté sana y salva, es lo único que tengo. Y después otro pensamiento: ¿cómo se había enterado Slanski de dónde vivía él? ¿Lo había estado observando, o sencillamente había encontrado su dirección en la guía telefónica? Lukin estaba demasiado confuso para pensar correctamente. Dejó a un lado la pregunta. Lo único que le importaba era la seguridad de Nadia.

Imaginó a Nadia herida, Nadia enferma, Nadia aterrorizada y encerrada en alguna parte, y casi se volvió loco de preocupación.

Tenía que detenerlo. Fue al cuarto de baño y se salpicó la cara con agua helada, pero su estado de ánimo no varió. Quería destruir a Slanski.

¿Por qué se había llevado a Nadia?

¿Por qué?

Y de pronto lo comprendió.

Slanski quería negociar un intercambio: Nadia por Anna Khorev.

Era tan evidente que, en su turbación, no había caído en la cuenta.

Pero eso era imposible.

Lukin abandonó el apartamento dos horas más tarde. Slanski había elegido bien el lugar de reunión. El convento de Novodevichy estaba abandonado; las monjas habían sido fusiladas o deportadas a campos de concentración mucho tiempo atrás.

Cuando Lukin vio el río helado se esforzó por controlarse. ¿Vendría solo el *Lobo* o enviaría a otra persona?

Oyó un rumor a sus espaldas y se volvió.

Un hombre salió de entre las sombras. Llevaba un largo abrigo oscuro y su rostro era visible en la penumbra. Slanski. Empuñaba una pistola Tokarev con la mano derecha.

La rabia estalló como un volcán dentro de Lukin. Sintió la imperiosa necesidad de abalanzarse sobre Slanski y arrebatarle el arma de la mano.

—¿Dónde está mi mujer?

—Quédese donde está. No se mueva y no hable.

Slanski extendió el brazo y registró el cuerpo de Lukin con la mano libre.

—Voy desarmado —dijo Lukin.

—Cállese.

Cuando Slanski terminó el registro retrocedió unos pasos.

—¿Dónde está mi mujer? —repitió Lukin.

—Está a salvo, por ahora. En realidad su seguridad depende de usted.

—¿Qué quiere?

—Quiero a Anna Khorev. Y la quiero esta noche.

Lukin notó que el sudor corría por su espalda y negó con la cabeza.

—Eso es imposible. No puedo liberarla, no tengo la autoridad necesaria. Debería saberlo.

—No me mienta, Lukin, usted puede hacer todo lo que quiera.

—No podría liberarla sin autorización, es imposible.

—Imposible o no, la traerá aquí esta noche a las ocho en punto. Usted y ella solos. No le diga a nadie lo que va a hacer. Mi gente estará vigilando cada paso que dé. Igual que lo hemos visto llevarla a la Lubyanka esta tarde. Estas son las reglas: si me falla o intenta alguna estupidez, no volverá a ver a su esposa. ¿Lo ha comprendido?

Lukin estaba embotado por la conmoción. Slanski lo tenía vigilado. En el centro de Moscú, y aquel americano lo tenía a él vigilado. Sintió que la ira llameaba en su interior y apretó los dientes.

—Con una condición…

—Sin condiciones.

—Traiga aquí a mi esposa esta noche. Me la entregará cuando yo le entregue a la prisionera. Si no está de acuerdo, no traeré a la mujer.

—Me lo pensaré.

Lukin sacudió la cabeza.

—No, nada de pensar. ¿Está de acuerdo o no? No me fío de usted.

—Muy bien. Pero recuerde las reglas, si hace alguna estupidez, no tendrá una segunda oportunidad.

—Y usted entiéndalo: cuando esto termine, lo encontraré y lo mataré.

Slanski sonrió fríamente.

—Antes tendrá que atraparme. —Apuntó la Tokarev al rostro de Lukin—. Cierre los ojos con fuerza. Cuente hasta veinte, lentamente.

Lukin cerró los ojos. Silencio. Frío. Pero no notaba el aire gélido porque la ira hervía como un horno en el interior de su cabeza. El viento silbaba entre las ramas.

Contó hasta veinte.

Cuando abrió los ojos, el *Lobo* había desaparecido.

Las colinas de Lenin estaban cubiertas por una pátina blanca cuando Lukin aparcó el BMW en la cima de una colina y se apeó. Corrió el resto del camino, hasta el punto más alto de la loma.

En el valle que se extendía a sus pies, Moscú era un millón de luces titilantes. Cuando llegó a la cima, se arrodilló jadeando sobre la nieve. Su cuerpo se agitaba. Había estado tan cerca de Slanski… Tan cerca y no pudo matarlo. Tenía la sensación de estar perdiendo el juicio. Su mente se bamboleaba en confusión y la imagen de Nadia se superponía violentamente a todas las demás.

Se sintió irremediablemente perdido.

El *Lobo* era muy listo, listísimo.

Estrelló un puño en la nieve. Quería gritar, pero en su lugar cerró los ojos. Volvió a abrirlos y parpadeó varias veces. De cualquier forma que lo mirara era hombre muerto. Liberar a Anna Khorev era firmar su propia sentencia de muerte y quizá también la de Nadia.

¿Cómo podría explicárselo a Beria? ¿Cómo? Aquel hombre jamás lo escucharía.

Tenía que haber un modo de salir de aquel embrollo. Tenía que haberlo, pero no conseguía encontrarlo.

¿Cómo se había enterado Slanski de dónde vivía él? ¿Cómo sabía que había sacado a la mujer de la Lubyanka? Slanski debía de contar con ayuda en Moscú. Aquel hombre era mucho más competente de lo que había imaginado Lukin.

Inspiró profundamente y dejó salir el aire de golpe. Intentó pensar, pero notaba su cabeza como un bloque de hielo. No respondía.

Piensa.

¡Piensa!

Se obligó intensamente a pensar hasta que aquel acto era como un dolor en la parte superior del cráneo. El viento azotaba la colina. El frío polar se clavaba en sus ojos, pero su mente funcionaba a toda velocidad a medida que empezaba a formarse un plan en su mente.

Era peligroso, muy peligroso, pero era su única esperanza. Si salía mal, él y Nadia morirían. Y si liberaba a la mujer, morirían de todos modos.

Pero tenían alguna posibilidad. No le quedaba más remedio que arriesgarse.

Consultó el reloj. Las cuatro de la tarde. Tenía tiempo suficiente para hacer lo necesario antes de llevar a Anna de la Lubyanka al convento.

Se volvió y empezó a descender corriendo la colina.

Austria

Las empinadas calles de la vieja villa vinícola de Grinzing, en los bosques de Viena, estaban muy concurridas aquel sábado por la tarde. Los acogedores restaurantes y tabernas estaban abarrotados de tropas de ocupación aliadas fuera de servicio y parejas vienesas que disfrutaban del primer fin de semana de primavera.

Gratchev se apeó del tranvía 38 y cruzó la calle. La nieve cubría apenas el suelo, pero el aire era seco y muy frío. Caminó varios minutos hasta llegar a la taberna más próxima al límite del pueblo. En cuanto se convenció de que no lo habían seguido, entró en el local.

La taberna estaba atestada, y un conjunto de tres músicos provistos de acordeones y una cítara tocaban animadamente música popular austriaca mientras deambulaban por el ruidoso local. Gratchev hizo una mueca.

Detestaba aquella jodida música y su sonido no contribuyó a mejorar su mal humor.

Reconoció a la atractiva mujer de pelo oscuro que estaba sentada sola en un banco de madera. Había pasado un año desde que se vieran por última vez y su esbelto y firme cuerpo volvió a despertar un impulso en su interior. Ella sonrió cuando lo vio, pero Gratchev no le devolvió la sonrisa.

Fue hasta ella y acomodó su voluminoso cuerpo en la silla que había enfrente de la mujer. Era bajo y robusto. Tenía las cejas muy pobladas y, como la mayoría de los hombres acostumbrados a llevar uniforme militar toda la vida, vestía la ropa de paisano con incomodidad.

—Me alegro de verte, Volya —dijo la mujer. Gratchev la miró y gruñó:

—Ojalá pudiera decir lo mismo.

—¿Qué va a ser? ¿Vodka?

—Últimamente prefiero *bourbon* americano, con hielo y agua.

La mujer llamó al camarero y pidió las bebidas.

Cuando el empleado se hubo marchado encendió un cigarrillo y ofreció uno a su acompañante.

Gratchev aceptó el cigarrillo.

—¿Qué te ha hecho elegir este lugar?

La mujer sonrió.

—Todo el mundo está muy ocupado emborrachándose como para prestar atención a dos viejos amigos que están charlando. Además, tu gente vigila la ciudad.

—Es verdad. Bien, ¿de qué se trata?

El camarero regresó con las bebidas, y mientras la mujer encendía el cigarrillo de Gratchev, estudió su rostro. Era un rostro que reflejaba una vida de acción: profundas líneas parecidas a cicatrices en las mandíbulas y la frente y estrechos ojos eslavos, oscuros e impredecibles. Una cara rusa, sin lugar a dudas, ancha y cuadrada, pero con un toque de humor y arrugas en las comisuras de la boca de tanto sonreír. Pero ahora no sonreía.

—¿Recibiste mi mensaje? —preguntó la mujer.

—¿Estaría aquí si no lo hubiera recibido? —Miró con impertinencia su reloj—. Supongo que no has venido para decir agudezas, Eva. Oficialmente estoy en un estreno de la ópera. Acaba a las cinco y tengo que estar de vuelta en la base a las seis. He tenido que decirle a mi conductor que iba a ver a cierta dama que conozco. Me ha costado una botella de vodka mantenerle la boca cerrada e incluso eso resulta comprometedor. De modo que dime por qué has venido.

La mujer se inclinó hacia adelante.

—Tengo que pedirte un favor, Volya.

—Hasta aquí, me lo imaginaba. —El ruso dejó su *bourbon* sobre la mesa casi con enfado—. ¿Cuándo me dejaréis en paz tú y tus judíos?

—El Mossad te ha pedido muy poco, Volya, pero si haces esto borraremos la pizarra y nunca volveremos a ponernos en contacto contigo. Nunca.

Las cejas de Gratchev se alzaron.

—¿Es una promesa?

—Tienes mi palabra.

Gratchev suspiró.

—Entonces debe de ser importante. Dime qué quieres. ¿Que envíe a más amigos tuyos a Viena en avión?

La mujer recorrió el local con la mirada. En la taberna solo se oía un zumbido de conversaciones confusas y la melodía de los tres músicos que iban de mesa en mesa. Nadie prestaba la menor atención a ella y a su acompañante. Volvió a mirar al ruso.

—Esta vez no. Queremos introducir secretamente a un hombre en Moscú y sacarlo de allí si es necesario.

Queremos que lo hagas tú y que le proporciones los documentos necesarios para el viaje.

Los ojos de Gratchev se abrieron como platos.

—¿Moscú? Imposible.

—No tanto. Eres coronel de las Fuerzas Aéreas soviéticas. Una cosa así no está por encima de tus posibilidades.

—Puede que sea coronel, pero lo que me pides es peligroso e impracticable. ¿Quién es el hombre?

—Uno de los nuestros.

—¿Del Mossad?

—Sí, y necesitamos que se haga esta noche. El ruso parpadeó repetidamente; después se recostó en su silla y se echó a reír.

—Mi querida Eva, te hace falta enfriar un poco esa preciosa cabecita. Se ha estado friendo demasiado tiempo al sol de Oriente Medio.

—No estoy bromeando, Volya.

El ruso jugueteó nerviosamente con su vaso.

—Entonces será que estás loca.

La mujer titubeó.

—Si no estás dispuesto a ayudarme, tu expediente será entregado en la Embajada soviética de Tel Aviv esta misma noche.

El rostro de Gratchev enrojeció; aferró su vaso con tanta fuerza que la mujer pensó que lo iba a hacer añicos.

—Qué putita eres. Y pensar que en un tiempo te amé.

—Modérate, Volya, solo soy un mensajero.

El trío con los acordeones y la cítara se acercaron a su mesa tocando y con una sonrisa arrolladora esculpida en el rostro. Gratchev los miró fríamente.

—¿Por qué no se van a tocar los cojones a otro? —dijo.

Las sonrisas se convirtieron en una expresión ofendida en los tres rostros y los músicos siguieron su camino.

La mujer se echó a reír.

—Veo que no has perdido tu encanto y tu diplomacia.

Gratchev resopló.

—¿Recuerdas que aquellos cabrones boches tocaban siempre la misma música cerca de la línea del frente?

Aún me vuelve loco.

La expresión de enfado desapareció del rostro de Gratchev. Su mente retrocedió en el tiempo casi diez años. Siendo capitán, había sido derribado sobre el sur de Polonia en 1943 y capturado por los alemanes.

Durante cuatro días y sus noches había permanecido en una celda de aislamiento, aterrorizado, después que la Gestapo lo interrogara en las dependencias de la policía local y casi lo mata a golpes durante el proceso. Al quinto día, un grupo de partisanos asaltó la comisaría para rescatar a uno de sus camaradas.

Eran en su mayoría judíos que habían escapado de la purga de Varsovia y no mostraron ninguna piedad hacia los hombres de la Gestapo que capturaron: los ejecutaron allí mismo. Eva Bronski tenía el mando. Esta había preguntado a Gratchev si quería unirse a ellos; agradecido por haberse librado en el último momento de una muerte segura, él no dudó en responder afirmativamente. Combatieron juntos a los alemanes durante más de un año. Él la amaba por su valor y su belleza como no había amado a ninguna otra mujer, ni siquiera a su esposa.

Cuando los rusos empujaron finalmente a los alemanes hacia el sur y rompieron sus líneas, Eva llevó a Gratchev ante el comisario de distrito del Ejército Rojo y explicó que había sido derribado sobre territorio partisano. Contó al comisario que Gratchev había contribuido a dirigir y organizar a los partisanos, y por la manera en que lo dijo era un verdadero héroe, el hombre

más valiente que ella había conocido nunca. No mencionó su captura e interrogatorio por parte de la Gestapo, ya que eso podría haberle costado una condena de cárcel, los galones y tal vez incluso su vida. Se despidieron aquel mismo día y hacia el final de la guerra él ya era comandante de escuadrilla. Había sido condecorado por Stalin y dos años más tarde era todo un coronel.

El primer mes estuvo destinado en la base aérea soviética de Viena. Tres años más tarde estaba sentado en una cafetería pensando en sus cosas cuando una mujer se sentó frente a él. El rostro de Gratchev se iluminó.

—Hola, Volya —dijo Eva.

Antes de que él pudiera responden la mujer le deslizó un sobre por encima de la mesa y le dijo que lo abriera. Cuando lo hizo, vio una copia del informe de su arresto por la Gestapo y una transcripción del interrogatorio; algunas de las respuestas que había dado bastarían para destruirlo definitivamente.

En definitiva: se trataba de un simple chantaje. La mujer le había salvado para utilizarlo. Fue obligado a introducir furtivamente en los vuelos a Viena de las Fuerzas Aéreas soviéticas a judíos que se dirigían al nuevo Estado de Israel. No muy a menudo, pero sí lo suficiente para hacerle pasar noches en vela. Ahora, sentado en la taberna, Gratchev suspiró y se puso en pie.

—Vamos a dar un paseo.

—¿Adónde?

—Afuera, a la calle.

Gratchev arrojó unos billetes sobre la mesa y salieron. Anduvieron hasta que encontraron un lugar desde donde se dominaban las luces de Viena. Gratchev se detuvo.

—¿Hablabas en serio respecto a lo de dejarme en paz?

—Si nos ayudas en esto, será la última vez.

—Evidentemente, su hombre habla ruso.

—Evidentemente.

Gratchev suspiró y reflexionó unos instantes.

—A las seis de esta tarde un transporte militar sale de Viena hacia Moscú. Por otra parte, en el número cuatro de Mahler Strasse hay una casa donde tengo una amiga. Que tu hombre esté en esa casa a las cinco en punto, ni un minuto más tarde.

Miró a la mujer.

—Entonces esta es la última vez que nos vemos.

Tienes mi palabra.

Siguió contemplando su rostro casi con añoranza. Iba a besarla, pero de pronto pareció cambiar de idea y se limitó a seguir con la mano el contorno de

su cara.

—*Shalom*, Eva. Piensa en mí alguna vez.

—*Shalom*, Volya.

El hombre se volvió y se alejó en dirección hacia el pueblo y a la parada del tranvía.

Momentos más tarde, un Opel negro se detuvo junto al bordillo y la mujer subió en él. El hombre que se sentaba al lado del conductor se giró hacia ella.

—¿Y bien? —dijo Branigan—. ¿Cómo ha ido? La mujer señaló con la barbilla a Massey, que estaba sentado a su lado.

—Su amigo saldrá esta noche.

En el rostro de Branigan apareció una expresión de alivio mientras miraba a Massey.

—Supongo que estás de suerte, Jake.

Massey no replicó. Branigan dio una palmada en el hombro del conductor y el coche arrancó, alejándose del bordillo.

48

Moscú

El guardia abrió la cerradura de la puerta de la celda y Lukin entró.

Anna Khorev apenas lo reconoció. Estaba sentada al borde del camastro de madera.

—¿Anna? —dijo Lukin en cuanto la puerta se cerró a sus espaldas con un estruendo metálico.

Ella levantó la vista lentamente para mirarlo, pero no habló. Sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar y su rostro se veía demacrado y pálido. Lukin pensó que parecía estar en trance. Lo que había sucedido en el parque parecía haberla dejado profundamente traumatizada.

—Anna, quiero que escuche lo que tengo que decirle —dijo—. Voy a ponerla en libertad.

Ella lo miró y el desconcierto se apoderó de su rostro.

—No es ningún truco —dijo él—. Ha ocurrido algo y necesito que usted lo sepa.

Le contó lo que le había ocurrido a su mujer, y cuando terminó vio la reacción conmocionada de Anna, pero siguió sin recibir respuesta.

—Voy a intercambiar su vida por la de ella. Eso es lo que quiere Slanski. Si no accedo dice que matará a mi esposa. —Como ella seguía sin parecer convencida, añadió—: Anna, no se trata de un truco elaborado, debe creerme. Tiene que venir conmigo ahora mismo. No queda mucho tiempo, por favor.

—¿Adónde me lleva?

—A una cita cerca de Moscú. Al convento de Novodevichy. Por lo que respecta al oficial de guardia, le diré que voy a transferirla a la prisión de Lefortovo, pero necesito su cooperación. Por favor, no cometa ninguna imprudencia cuando salgamos del edificio y no hable con nadie excepto conmigo. Cuando nos reunamos con Slanski quiero que me haga un favor.

—¿Qué?

—Convénzalo para que no haga daño a mi mujer, está embarazada. Slanski puede hacer lo que quiera conmigo, pero si le hace daño a mi mujer, lo mataré. Lo que haya entre Slanski y yo nada tiene que ver con ella. ¿Hará lo que le pido?

Anna Khorev seguía mirándolo como si no creyera lo que estaba pasando. Parecía estar estudiando su rostro.

La voz de aquel hombre había sonado como si estuviera a punto de morir de desesperación. Ella veía las sombras debajo de sus ojos y la tensión que envaraba su cuerpo, y él era consciente de lo absurdo de la situación; ya no la estaba interrogando, sino que le suplicaba. No sabía si ella lo odiaba o no, o si sentía una siniestra satisfacción por su dilema, pero de pronto la mujer asintió con un gesto.

—Sí.

—Gracias. —Lukin se dirigió hacia la puerta—. Será mejor que nos vayamos.

—¿Qué le ocurrirá a usted?

—¿A causa de esto? ¿Tiene alguna importancia? En última instancia, todos estamos muertos. Usted y Slanski, porque dudo que consigan salir de Moscú con vida después que Beria se entere de esto, y mi mujer y yo, por lo que he permitido que ocurriera.

—¿Y qué le sucederá a mi hija?

—Anna…

—Dígamelo…

Lukin vio una extrema desolación en los ojos de la mujer. Se encontraba al borde de las lágrimas, pero no lloraba. Él movió la cabeza.

—No puedo responder a eso, Anna. Sinceramente, no puedo.

Vio que el dolor anegaba el rostro de la mujer, y a pesar de su propia desesperación, sintió un gran pesar.

Le tocó en el hombro con suavidad.

—Será mejor que nos vayamos. No nos queda mucho tiempo.

Lukin conducía y Anna iba sentada a su lado, mirando las luces de Moscú a través del parabrisas.

Lukin había firmado los documentos de excarcelación y traslado delante de un guardia, antes de ponerle las esposas a la mujer. Cinco minutos más tarde salían del patio de la Lubyanka en coche. Se detuvo junto al bordillo para quitarle las esposas.

Después permanecieron en silencio. A ella no le importaba si él hablaba o no. En lo único que podía pensar era en Sasha. Casi se le había roto el corazón al volverla a ver. Abrazar a la niña le había traído una marea de

recuerdos y pensó que se volvería loca de angustia. Se sentía como si alguien le hubiera clavado un puñal en el corazón.

Su hija había cambiado en muchos aspectos, pero aun así seguía siendo Sasha. Recordaba su olor, la tersura de su piel, y de pronto sintió una oleada de pesar cuando cayó en la cuenta de los momentos que hubieran podido estar juntas y que se habían perdido en sus vidas.

Y Lukin se la había llevado y nunca volvería a verla.

En aquel instante había deseado morir, allí, en el parque, porque solo la muerte podría poner fin a su sufrimiento. Ahora se consumía por la incertidumbre. ¿Qué sería de su hija?

A pesar de lo que Slanski había hecho, de algún modo a ella no parecía importarle. Contempló a Lukin mientras este conducía. Lo odiaba. Lo odiaba por lo que era y por lo que le había hecho.

Quería matarlo.

Al mirar su rostro se dio cuenta de que estaba al borde de la ruptura. Durante un breve instante, en la celda, había sentido compasión por él, pero al pensar de nuevo en Sasha su ira había vuelto.

Finalmente no pudo soportar el silencio por más tiempo.

—Deme un cigarrillo.

Lukin volvió la cara para mirarla.

—¿Se encuentra bien?

—Limítese a darme un cigarrillo.

Él detuvo el coche junto a la acera y rebuscó en sus bolsillos. Le ofreció su tabaco y su encendedor y arrancó para alejarse del bordillo. Anna encendió un cigarrillo y vio que sus manos estaban temblando.

—¿Quiere encender uno para mí?

Ella lo hizo y se lo tendió. Lukin la miró de reojo.

—Slanski debe de quererla mucho.

—¿Por qué?

—Por hacer lo que ha hecho. O bien es un hombre muy osado o la ama tanto que se ha vuelto imprudente. —Como Anna no respondía, Lukin añadió —: ¿La ama o no?

—No hace esto por amor.

—Entonces ¿por qué lo hace?

—Porque no quiere ver cómo me hacen daño o me matan unos cabrones como usted.

Lukin se quedó mirándola con firmeza.

—Anna, déjeme decirle algo. No he matado ni he hecho daño a una mujer en toda mi vida. Y no pedí el trabajo de encontrar a Slanski, me lo ordenaron. Pero le diré una cosa, si le hace daño a Nadia, lo mataré.

Lukin apagó el motor y los faros del coche.

—Por favor, espere aquí, sin salir del coche —le dijo a Anna mientras se apeaba.

Empezó a caminar en dirección al convento abandonado. A mitad de camino se volvió y miró el BMW. Anna Khorev seguía sentada. Oyó el ulular de una lechuza.

En la fachada había un arco que daba entrada al convento. Al llegar a la arcada se detuvo. Una oxidada verja de enrejado se alzaba en un extremo. Se acercó a la verja. Estaba atrancada con una gruesa cadena. Al otro lado vio una colección de ruinosos edificios encalados distribuidos alrededor de un pequeño patio con una fuente en el centro.

Oyó una voz a sus espaldas.

—Dese la vuelta lentamente.

Lukin se volvió con el pulso acelerado y Slanski avanzó hacia él, saliendo de las sombras con la pistola Tokarev en la mano.

—Póngase contra la pared y separe las piernas. Lukin se tragó la rabia y obedeció.

—¿Dónde está Anna? —dijo Slanski cuando hubo terminado de cachearlo.

—En el coche.

—¿Ha venido solo?

—Solamente con la mujer. ¿Dónde está mi esposa?

—Más tarde.

Lukin fue empujado para que girara hacia la derecha y después para que avanzara.

—Vaya hacia el coche.

—Mi esposa… Hemos hecho un trato, Slanski.

Lukin iba a volver la cabeza, pero notó que el cañón de un arma se apoyaba en su nuca.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Lo sabíamos todo acerca de usted y de la mujer antes de que se lanzaran en paracaídas sobre territorio soviético.

—¿Qué más sabe usted?

—Ha venido a matar a Stalin.

Se produjo un silencio y después Lukin notó que el arma se apoyaba con más fuerza en su nuca.

—Siga mirando hacia adelante y camine. Si intenta algo, disparo.

—O es usted un hombre muy valiente o un loco de remate. Después de esta noche no tendrá ninguna posibilidad de acercarse a Stalin. El ejército entero registrará Moscú para encontrarlo. Acepte mi consejo y olvídese de lo que ha venido a hacer a Moscú. Está desperdiciando su vida y la de Anna.

Recibió un brusco y fuerte golpe en la parte posterior del cráneo y el dolor le hizo dar un respingo.

—¿Por qué no cierra el pico y sigue andando?

Llegaron junto al BMW y Slanski encendió una linterna eléctrica para enfocar el rostro de Anna.

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿Te han seguido?

—Yo… No he visto a nadie.

Slanski iluminó con la linterna el interior del coche.

—De acuerdo. Sal despacio. —Cuando ella lo hizo, Slanski ordenó—: Al fondo del convento empieza una carretera que corre junto al río. Verás un coche aparcado y alguien que está esperando en el asiento del conductor. Ve hacia allí, de prisa.

De pronto, Slanski disparó a la rueda delantera derecha del BMW, que se desinfló con un silbido. Hizo lo mismo en el lado del conductor.

Se volvió hacia Lukin y le apuntó en la cabeza con la Tokarev, pero sus palabras se dirigían a Anna.

—¿Qué diablos estás esperando? ¡Vete!

Anna no se movió y miró a Slanski.

—¿Y la mujer de Lukin?

—Empieza a andar, déjame esto a mí.

—No la mates.

—Haz lo que te digo. Vete. Ahora mismo.

—No lo haré hasta que sueltes a la mujer y me prometas que no les harás daño. No pienso hacerlo hasta que hagas lo que digo.

Slanski se quedó mirándola con incredulidad.

—¿De qué lado estás? ¡Por todos los diablos! ¡Muévete!

Anna no se amilanó.

—Hablo en serio, no pienso moverme hasta que sepa que su mujer está a salvo y que no les harás ningún daño.

Slanski tenía una expresión salvaje en el rostro y por un momento Anna pensó que los mataría a los dos, a ella y a Lukin.

—Por favor, Alex.

—Ve al coche —dijo él, furioso—. La mujer está dentro. Tráela aquí. De prisa, no tenemos toda la noche.

—¿No lo matarás?

—No. Anda, muévete. Trae a su mujer.

Ella se dirigió corriendo en dirección al convento. Slanski hizo un gesto a Lukin agitando el arma.

—Póngase de rodillas y después túmbese de bruces.

Lukin palideció.

—¿Va a matarme?

—Hágalo o le vuelo la cabeza ahora mismo.

Lukin se arrodilló y después se tumbó sobre la nieve boca abajo.

—Si va a matarme hágalo ahora, antes de que llegue mi mujer. No quiero que ella lo vea.

Slanski apoyó la boca del cañón contra la parte posterior del cráneo de Lukin y amartilló el percutor.

Por un largo instante se quedó titubeando.

—Es tentador —dijo finalmente—. Pero esta vez no, Lukin. Creo que acaban de salvarle la vida. No se me ocurre la razón, pero déjeme decirle una cosa. Si vuelvo a verlo después de esta noche, considérese hombre muerto.

Slanski oyó un ruido y se volvió. Anna salía corriendo de las sombras que proyectaban los muros del convento llevando del brazo a la mujer de Lukin.

Habían recorrido la mitad de la distancia cuando Slanski gritó:

—Hasta ahí es suficiente. Que siga hasta el final sola.

Anna soltó el brazo de la mujer. Slanski estaba retrocediendo hacia el convento sin dejar de apuntar a Lukin con la Tokarev.

Cuando pasó junto a la mujer de Lukin, le gritó a Anna por encima del hombro:

—Vuelve al coche.

Por un segundo ella titubeó, como si quisiera asegurarse de que Lukin y su mujer estaban a salvo, y después se volvió y echó a correr. Slanski empezó a seguirla retrocediendo de espaldas y manteniendo a Lukin en su punto de mira hasta que finalmente se volvió y corrió hacia los muros del convento.

Cuando Slanski estuvo a unos veinte metros de distancia, Lukin se incorporó de la nieve y cogió a Nadia.

—Sube al coche.

Vio el miedo en el rostro de su esposa y la empujó hacia el BMW.

—Yuri, por favor… ¿Qué ocurre…?

—Arranca el coche. Conduce hasta el final de la calle y espera allí. Ve con cuidado, las ruedas delanteras están pinchadas. Pero lárgate de aquí de prisa. Hazlo, Nadia, y no hagas preguntas.

Cerró el coche dando un portazo y al instante se agachó para palpar el interior de la aleta de la rueda delantera izquierda.

Buscó a tientas febrilmente hasta que encontró el cordel anudado y tiró de un extremo. Notó que el revólver Tokarev se soltaba cuando el nudo se deshizo. Dejó el revólver sobre la capota del motor y volvió a introducir la mano bajo la aleta del coche. Tiró del segundo cordel y la pistola lanzabengalas de grueso cañón, una Negev, cayó sobre la nieve con un sonido blando.

Se movía como un poseído. El sudor le resbalaba por el rostro. Se colocó la Tokarev bajo el brazo y empuñó la pistola lanzabengalas. Después miró a través del parabrisas y vio que Nadia lo estaba mirando horrorizada al ver las armas.

—¡Vete, Nadia! ¡Lárgate de aquí de una vez!

Por un momento ella pareció titubear, pero él golpeó la capota con la culata de la Negev y soltó un rugido.

—¡De prisa, mujer! ¡Vete!

El BMW cobró vida con una explosión.

El coche empezó a moverse, al principio lentamente, hasta que los neumáticos deshinchados hicieron presa en la nieve, y después ganó velocidad.

Mientras el BMW se alejaba, Lukin volvió a mirar el convento. Alcanzó a ver la silueta de Slanski que se dirigía hacia el río protegido por las sombras del muro, a unos sesenta metros de distancia.

Por un instante, Slanski pareció volverse al oír el motor del BMW que se alejaba muy revolucionado. Lukin dejó caer la Tokarev sobre la nieve, amartilló la pistola lanzabengalas Negev, la alzó por encima de la cabeza y apretó el gatillo.

Se oyó un estampido ensordecedor al tiempo que una nube de brillantes chispas anaranjadas estallaba en la oscuridad por encima de sus cabezas y la bengala convirtió la noche en día.

Bajo el resplandor de la bengala, Lukin vio que Slanski se detenía; su silueta se recortaba nítidamente contra el muro del convento. Reaccionó y se volvió inmediatamente.

En aquel preciso instante, un Emka negro surgió de la nada con el motor rugiendo como si fuera un animal salvaje. El coche patinó hasta detenerse frente a Lukin y Pasha salió por la puerta del conductor empuñando una pistola ametralladora.

Lukin soltó la pistola lanzabengalas y se agachó para coger la Tokarev. Con un solo movimiento, se arrodilló, apoyó el codo sobre la rodilla, amartilló el revólver y apuntó. Situó a Slanski claramente en el punto de mira y apretó el gatillo.

El disparo falló y la bala rebotó en el muro del convento. Mientras volvía a apuntar, Pasha abrió fuego repentinamente con la pistola ametralladora; las llamas brotaron del cañón al tiempo que el plomo levantaba nubecillas de nieve frente a Slanski. Los proyectiles formaron un reguero sobre el muro del convento. Lukin apenas pudo creer lo que ocurrió a continuación.

Slanski se arrodilló tranquilamente, apuntó y disparó dos veces.

El primer disparo se estrelló en la nieve, pero el segundo alcanzó a Pasha, que gritó y cayó al suelo rodando.

Antes de que Lukin pudiera volver a apuntar, la luz anaranjada empezó a parpadear y un zarcillo de humo se precipitó hacia el suelo. La llama se extinguió y la escena se sumió en tinieblas. Lukin oyó que un motor tosía cobrando vida.

Se puso en pie y corrió como un poseído olvidándose del cuerpo de Pasha tendido sobre la nieve y disparando ciegamente su Tokarev hacia la oscuridad por la que había desaparecido Slanski.

Llegó a la carretera del río a tiempo para oír que un coche se alejaba rugiendo.

49

Distrito Rauienki, Moscú

El Skoda se detuvo frente a la dacha y de él salieron Slanski y Anna, acompañada de Irina.

Irina los condujo al interior, y cuando hubo encendido la estufa de madera y las lámparas de petróleo fue a la cocina y regresó con una botella de vodka y tres vasos. Sirvió una ración a cada uno con mano temblorosa y se bebió la suya rápidamente.

Su rostro estaba blanco de ira y miró fijamente a Slanski.

—Nos podían haber matado a todos esta noche. Creí que habías dicho que no habría ningún problema.

Slanski le puso una mano sobre el hombro.

—Tómatelo con calma, Irina. Todo ha terminado y estás a salvo.

—¿A salvo? Cuando vi encenderse aquella bengala y oí los disparos creí que iba a morir. Somos afortunados por no tener a la mitad del ejército en los talones, después de lo que ha ocurrido. Y dudo que haya terminado. Mírame, aún estoy temblando.

Slanski alzó su vaso.

—Pero sigues con vida, Anna está libre y nadie nos ha seguido. A fin de cuentas, no es un mal fin para la noche, creo yo.

Irina vio la ligera sonrisa que se dibujaba en el rostro de Slanski y movió la cabeza con exasperación.

—Si intentas ser gracioso, desperdicias tu talento. Tengo los nervios muy alterados. —Se sirvió otro vodka y se lo bebió; después le dijo a Anna—: No sé a quién preferiría enfrentarme, si a este lunático amigo suyo o al KGB. Este hombre está más loco que Rasputin. —Dejó el vaso sobre la mesa y tocó el brazo de Anna—. ¿Y usted? ¿Se encuentra bien?

—Sí.

—Pues no lo parece, más bien parece un cadáver. Beba un trago, le calmará los nervios. Por mi parte, estoy tan alterada que voy a beber hasta que no me sienta las piernas. Ustedes van a necesitar un baño y cambiarse de ropa. Tengo algunas en la habitación del fondo. Iré a por ellas y calentaré un poco de agua.

Cuando Irina hubo salido, Slanski le dijo a Anna:

—Bebe, Irina tiene razón. Por tu aspecto, lo necesitas.

Anna hizo caso omiso del vodka.

—¿Dónde estamos?

Slanski se lo contó. Ya le había hablado de Irina, pero en el coche el ambiente estaba muy cargado y lleno de ansiedad mientras se dirigían a la dacha, como si hubieran esperado tropezarse en cualquier momento con un control de carreteras o una sirena de la policía, y apenas habían hablado.

—Algo va mal, ¿verdad? —dijo Slanski.

Ya te lo he dicho, estoy bien.

—Entonces, ¿por qué tengo esa sensación de que hay algo diferente en ti? Me había imaginado que sacarte de la Lubyanka sería motivo suficiente para una celebración. Por el contrario, parece como si alguien acabara de estropearte la velada.

Mientras ella permanecía inmóvil, Slanski vio una expresión inanimada en sus ojos e insistió:

—Dime qué va mal.

—Lukin me dijo que has venido a Moscú a matar a Stalin. ¿Es verdad?

Slanski no respondió.

Por unos momentos ella se quedó mirándolo.

—Si es verdad, estás loco —dijo finalmente.

—Te equivocas de hombre. Quien está loco es Stalin, y sí, he venido a matarlo.

—Jamás lo conseguirás. Es imposible. No harías más que desperdiciar tu vida.

—Deja que sea yo quien decida eso.

Anna iba a seguir, pero titubeó.

—Hay algo más, ¿verdad? —dijo Slanski—. ¿Te hizo daño Lukin? ¿Es eso?

—No me puso ni un dedo encima.

—Sabes que casi consigues que nos maten esta noche. No puedes confiar en Lukin. ¿Cómo has podido ser tan ingenua? Debiste dejarme que lo matara cuando tuve la oportunidad.

—No merecía morir así.

Slanski la miró y soltó una ruda carcajada.

—No puedo creer que hayas dicho eso. Ese hombre intenta matarnos y tú lo defiendes.

—Lukin me llevó a ver a Sasha.

Slanski vio que el dolor afloraba a su rostro y dejó bruscamente su vaso sobre la mesa.

—Háblame de eso.

Ella le contó lo que había ocurrido desde que se separaron en el bosque.

—¿Por eso estabas con él en el coche? —dijo Slanski cuando ella hubo terminado—. Escúchame, Anna, solo hay una razón por la que Lukin te permitió ver a tu hija y es para hacerte hablar.

—No podía decirle nada que lo ayudara a encontrarte. Creo que Lukin lo sabía, incluso cuando me llevó a ver a Sasha. Lo que ha hecho esta noche es lo que en su situación haría cualquier hombre que amase a su mujer. Lukin cree que ella también será castigada por lo que tú has hecho. Tenía que intentar detenerte.

—Escúchame, Anna. Lukin no es distinto de los demás hijos de puta del KGB. Intentó camelarte con una historia lacrimógena, confiando en que picarías. Y así fue. Debiste dejarme que le metiera una bala en el cuerpo cuando tuve ocasión. —Sacudió la cabeza—. Estaba jugando contigo, Anna. Jugando para ganarse tu confianza. Y aunque dijera sinceramente lo de salvarte del pelotón de fusilamiento, ¿qué vida le habría esperado a tu hija, encarcelada en un campo de concentración?

Slanski vio que la mujer luchaba por contener las lágrimas. Extendió la mano y le tocó el rostro.

—Anna, lo siento. Si hubiera algo que yo pudiese hacer para recuperar a Sasha, lo haría. Pero es demasiado tarde para eso y demasiado peligroso. Incluso si yo supiera dónde se encuentra, puedes estar segura de que después de esta noche Lukin la tendrá estrechamente custodiada. No puedo arriesgarme a intentar un rescate. Eso solo comprometería mi misión, y hemos llegado demasiado lejos para permitir que eso ocurra.

Anna volvió la cabeza y una oleada de pena la invadió. Slanski fue a tocarla otra vez, pero ella le apartó el brazo, y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—No puedo rendirme ahora, Anna, estando tan cerca. Y si Lukin cree que estoy acabado, le espera una sorpresa. Anna le devolvió la mirada.

—Eres imprudente. Sabes que tu empeño es imposible. Detente antes de que sea demasiado tarde.

Sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Definitivamente, es demasiado tarde, Anna. Irina te llevará hasta una estación de tren de las afueras de Moscú antes de que amanezca. Hay un tren de mercancías que sale hacia la frontera finlandesa y ambas viajarán en él. Un

hombre llamado Lebel se ocupará de ustedes. Irina te lo contará todo cuando llegue el momento. Sinceramente, lo lamento por Sasha.

La miró a la cara y ella comprendió que hablaba sinceramente. Se volvió para darle la espalda y se quedó mirando la cortina de la puerta.

—¿Adónde vas?

—Tal vez necesites estar sola.

—¿Sabes que si te quedas en Moscú eres hombre muerto? —dijo Anna mientras él abría la puerta.

Slanski se alzó el cuello de la chaqueta.

—Dicen que en todos nosotros están las semillas de lo que haremos. Tal vez sea mi destino. Tengo la intención de acabar lo que empecé y nadie va a detenerme. Nadie. Y menos aún Lukin.

Tras estas palabras, se volvió y salió por la puerta.

El hombre había recorrido la mitad de la calle a oscuras en la camioneta y se detuvo bajo un árbol. No se veía un alma y las dachas que flanqueaban las carreteras estaban sumidas en sombras. Sacó unos binoculares de debajo del asiento y salió del vehículo, enfrentándose a la nieve que había empezado a caer.

Tardó casi diez minutos en encontrar la dirección en la oscuridad. Cinco minutos después encontró la manera de rodear la finca y llegó a la parte posterior de la dacha a través de una arboleda. Vio el resplandor amarillento de una lámpara de petróleo que ardía detrás de la ventana de la planta baja, cubierta por cortinas, y sonrió.

Se sentó en mitad del bosque. Los binoculares eran completamente inútiles sin luz y forzó la vista escrutando la dacha, examinando las ventanas en busca de algún movimiento.

Mientras permanecía allí sentado, vio que la puerta trasera se abría. Bajo el chorro de luz que inundó la entrada, un hombre salió al patio y cerró la puerta.

El observador alzó los binoculares. Estaba demasiado oscuro para ver el rostro del hombre con claridad y soltó una maldición silenciosa; de pronto, una luz llameó en la oscuridad, cerca de un cobertizo de madera, cuando el hombre encendió un cigarrillo y el observador enfocó la silueta y vio el rostro con claridad por un instante; se quedó petrificado.

El hombre bajó los binoculares y retrocedió cautelosamente a través del bosque hasta la camioneta. En solo cinco minutos condujo hasta el pueblo

más cercano y buscó un teléfono público.

Fue a situarse bajo un herrumbroso techado de metal e insertó una moneda antes de marcar el número. Pasó un tiempo antes de que alguien descolgara el teléfono en el otro extremo de la línea.

—¿Boris?

—*Da*.

—Soy Sergei. Creo que los hemos encontrado.

50

Moscú

Nadia salió de la cocina con una botella de vodka y dos vasos. Las manos le temblaban ostensiblemente.

—¿De verdad crees que debes beber? —preguntó Lukin.

—Lo necesito, y tú también.

—Quizá debería llamar a un médico.

Ella negó con la cabeza.

—Un paciente es suficiente por una noche. Siéntate, Yuri.

En su voz había una firmeza que Lukin no había oído antes. Se sentó en el sofá y ella sirvió dos vasos y se acercó para reunirse con él.

Mientras estaba allí sentado, Lukin se sentía embotado. Lo que había ocurrido era una pesadilla. Habían dejado a Pasha en el dispensario de un médico mongol que conocía. Una bala le había arrancado una esquirla de hueso del hombro, pero la herida no representaba una amenaza para su vida. El médico le había administrado una inyección de morfina y había limpiado la herida; después, Pasha había pedido hablar con Lukin en privado.

—Vete a casa, Yuri. Te llamaré cuando salga de aquí. Cuida de Nadia. Parece muy trastornada.

—¿Seguro que estás bien?

Pasha alzó un brazo y compuso una mueca de dolor.

—Tendré que aprender a conducir con la izquierda.

Lukin sabía que su humor era fingido. Consultó con el médico.

—Ha perdido bastante sangre —dijo el médico—, pero conozco a este lunático. Sobreviviría a lo que fuera. En cuanto a usted y su mujer, parecen muy agitados.

Lukin no quería complicar más las cosas. Cuanto menos supiera el médico, mejor. Aunque hizo que examinara a Nadia en la sala contigua.

—Su mujer está muy angustiada. A causa de su embarazo le he administrado un sedante muy suave para ayudarla a relajarse. Asegúrese de que lo toma. ¿Quiere contarme lo que ha ocurrido?

Lukin negó con la cabeza.

—¿No está herida? —dijo.

—No hay señales de lesiones físicas, solo necesita descansar. ¿Y usted?

—Asegúrese solo de que Pasha esté bien atendido, y si alguien pregunta, lo único que le dijeron a usted es que la herida fue un accidente.

Lukin, en el sofá de su casa, apoyó la cabeza en una mano. Se sentía extenuado; el agotamiento y la tensión enturbiaban su cerebro.

—Bébete esto.

Levantó la vista. Nadia le tendía el vaso de vodka.

Cuando hubo engullido un trago, ella se sentó a su lado.

—Dime qué ocurre. Dime por qué me secuestró ese hombre. —Nadia lo miró—. ¿Qué le ha pasado a tu mano?

Lukin detectó ira en la voz de su mujer, que le estaba mirando fijamente.

—Será mejor que me lo cuentes todo, Yuri, porque si no lo haces, haré mi equipaje y me marcharé. Alguien ha puesto en peligro mi vida y la vida de nuestra hija.

—Nadia… —Fue a tocarla, pero ella le apartó el brazo.

Lukin lo comprendió. Al principio, la reacción de su mujer fue de miedo y de conmoción. Ahora era de ira porque había puesto en peligro sus vidas.

Movió la cabeza en señal de impotencia.

—Nadia… El reglamento no me permite…

—Hablo en serio, Yuri. Después de lo de esta noche, me lo debes. Tienes que contármelo todo. Y al diablo con tu reglamento. ¿Y si ese loco no me hubiera soltado cuando lo hizo?

—Pasha habría intentado seguirlo.

—Eso seguía siendo poner mi vida en peligro.

—Nadia, no había otra forma…

—Dime toda la verdad, o, te lo juro, Yuri, por mucho que te quiera, te abandonaré. ¿Quién era aquel hombre?

Lukin vio la expresión de su rostro y comprendió que hablaba en serio. Depositó su vaso sobre la mesa con lentitud, inspiró profundamente y lo soltó.

—Un asesino americano. Se llama Alex Slanski, conocido también como el *Lobo*. Ha venido a Moscú para matar a Iósif Stalin.

Nadia palideció y dejó su vaso con una expresión de incredulidad esculpida en el rostro.

Lukin se lo contó todo.

Cuando hubo terminado, Nadia se puso en pie.

—Oh, Dios mío —dijo.

—Después de lo de esta noche, la situación parece irremediable. Cuando Beria se entere de que he liberado a la mujer, me hará detener y me fusilarán.

No importará que lo haya hecho porque tu vida estaba en peligro. Para Beria, eso no es excusa, lo primero es el deber. Y te considerará un cómplice que debe ser castigado. —Vio la expresión de angustia de su mujer y añadió—: Nadia, querías saber la verdad y te la he contado.

—Yo… No puedo creer que esto sea cierto.

Lukin notó que la transpiración le descendía por la camisa.

—Escúchame, Nadia. Lo mires como lo mires, yo soy hombre muerto y tú corres peligro. No pasará mucho tiempo antes de que Beria se entere de la verdad. Mañana, a más tardar. Quiero que abandones Moscú. Ve a alguna parte donde tengas una posibilidad de que no te encuentren. Algún lugar muy alejado. Los Urales, el Cáucaso. Te conseguiré documentación falsa. Llévate hasta el último rublo que tenemos, es tu única esperanza. Si te quedas, serás fusilada o te enviarán a un campo de trabajo. Si huyes, al menos tendrás una oportunidad.

—No pienso dejarte solo.

—Tienes que hacerlo, aunque solo sea por el bien de nuestra hija.

—¿Y qué harás tú?

—Me quedaré en Moscú. Si nos marchásemos juntos no tendrían la menor compasión. Si yo me quedo, existe la posibilidad de que Beria no se moleste en buscarte.

En aquel momento Nadia pareció hundirse y Lukin vio el río de lágrimas que afloró a sus ojos antes de que le rodeara el cuello con los brazos y lo atrajera hacia ella.

—Nada de lágrimas, Nadia, por favor…

—No me iré sin ti.

—Piensa en nuestra hija.

Ella se apartó sollozando. Lukin se quedó rígido. Verla de aquel modo lo hacía sufrir.

—Cuéntame qué ha ocurrido esta mañana, qué te hizo Slanski.

Nadia se enjugó los ojos.

—Llamó a la puerta y entró a empujones. Me puso algo sobre, la boca y me desmayé. Cuando recuperé el sentido, me apuntaba con una pistola a la cabeza. Dijo que nos mataría a los dos si no hacía lo que me decía. Pensé que era un loco que se había fugado del manicomio.

—¿Te hizo daño?

—No.

—Dime qué ocurrió después de que te sacara de casa.

Ella se lo contó y Lukin dijo:

—Cuando Slanski te llevó hasta el coche, ¿estaba solo?

—No, alguien le esperaba en el asiento del conductor.

—¿Quién?

—No pude verlo. Aún estaba mareada. En cuanto me instalé en el asiento del coche, me vendaron los ojos. Lo siguiente que recuerdo es que me encontraba en una habitación, no sé dónde. Y no recuerdo nada más.

—¿Recuerdas qué modelo de coche era?

—No estoy segura.

—Piensa, Nadia. ¿Qué modelo era? ¿De qué color?

—Todo ocurrió demasiado de prisa. No consigo recordar el modelo.

—¿Recuerdas el color?

—Gris, o tal vez verde, no estoy segura.

—¿Qué me dices de la matrícula? ¿No viste el número de la matrícula?

—No.

Lukin suspiró.

—¿Recuerdas algún detalle del conductor?

—Me daba la espalda.

—Piensa, Nadia, por favor.

—Cuando se disiparon los vapores de la droga, olí algo más.

—¿Qué?

—Un olor agradable, como perfume, pero no estoy segura.

—¿El conductor podía ser una mujer?

Nadia sacudió la cabeza.

—No lo sé. Supongo que sí, pero en realidad no lo sé. ¿No podemos dejarlo? Por favor, Yuri.

Lukin vio la tensión y el esfuerzo reflejados en su rostro. Estaba al borde de su resistencia pero él necesitaba alguna pista, algo que pudiera ayudarle.

—Háblame de la habitación en la que te retuvieron.

—Ya te lo he dicho, me vendaron los ojos.

Colocó la mano sobre el rostro de su mujer y le tapó los ojos. Ella fue a apartarse, pero él la sujetó para inmovilizarla.

—Nadia, esto es importante. Imagínate que estás otra vez en aquella habitación. Imagina que tienes los ojos vendados. ¿Qué olores percibes? ¿Qué sonidos?

—No se oía… El sonido del tráfico. Oí unos pájaros en el exterior, pero todo estaba muy tranquilo y silencioso. Parecía algún lugar en el campo, pero era Moscú, estoy segura de ello.

—¿Por qué estás segura?

—Cuando me llevaron al convento seguía con los ojos vendados, pero no debimos de estar en el coche más de media hora. De dónde veníamos… Eso no lo sé. Pudo haber sido de cualquier sitio.

—Piensa. ¿Qué más recuerdas?

Nadia intentó apartarle la mano, pero él la mantuvo firme.

—Yuri, por favor… No lo aguanto más… Lukin retiró la mano. Nadia estaba llorando y las lágrimas corrían por su rostro. La rodeó con sus brazos y la abrazó con fuerza.

—Todo va bien, mi amor, todo va bien. Vamos a la habitación e intenta dormir.

Ella se secó las lágrimas y se apartó de su lado.

—¿Cómo puedo dormir después de lo que me has contado?

—Porque lo necesitas. Tómate una de las píldoras que te dio el doctor. — Se puso en pie y vio la alarma en el rostro de la mujer.

—¿Adónde vas?

—Nadia, tengo que intentar encontrar a Slanski. Él no volverá aquí, no se arriesgará. Pero si has de sentirte mejor, ordenaré a uno de mis hombres que venga. Pero no le digas nada y cierra la puerta con llave mientras yo esté fuera.

Cogió la botellita marrón.

—Esto es lo que utilizó Slanski para dormirte, éter. Es una sustancia controlada, un analgésico y disolvente. Eso significa que solo puede comprarse a través de los conductos legales. Necesito comprobar si alguno de los nombres de la lista de disidentes es químico o médico o si trabaja en un hospital donde pueda tener acceso a esos suministros. Incluso si han informado de algún robo en uno de ellos. No tengo gran cosa, pero es lo único que se me ocurre. Si llama Pasha, dile que me he ido. Enviaré a uno de mis hombres para hacerte compañía en cuanto llegue a mi despacho.

—Yuri, por favor, ten cuidado.

Él la besó en la frente.

—Por supuesto. Ahora intenta descansar.

Lukin la contempló mientras se dirigía hacia la puerta del dormitorio. Ella le devolvió la mirada con una expresión de terror que casi le parte el corazón a Lukin y después entró en el dormitorio.

Lukin se llevó la mano a la frente y permaneció sentado en medio de un torbellino de ideas. Todo había salido mal. El éter era una pista muy endeble, pero tenía que darle alguna esperanza a Nadia. Debía encontrar a Slanski, encontrarlo de prisa, antes de que Beria descubriera que la mujer no estaba.

Le resultaba difícil concentrarse mientras intentaba estrujarse el cerebro en busca de alguna pista.

La información de Nadia no había aportado gran cosa. Quizá una casa en las afueras de Moscú, un lugar tranquilo en el campo, sin tráfico. Tal vez una dacha. Quizá hubiera una mujer implicada. No era mucho para iniciar una investigación. Nada.

Necesitaba pistas sólidas. Bajó la vista hasta la botella de éter. En aquel momento era lo único que tenía.

Eran casi las diez de la noche cuando el transporte de tropas Tupolev IV procedente de Viena se posó sobre la pista de aterrizaje cubierta de nieve del aeródromo Vnukovo de Moscú.

Entre los pasajeros, todos ellos militares, aquella noche había un hombre corpulento de unos cuarenta años, con el cabello gris al rape. Vestía uniforme de comandante de las Fuerzas Aéreas soviéticas y apenas había hablado en todo el accidentado viaje de cuatro horas, fingiendo dormir en su asiento de la cola del aparato mientras los demás pasajeros, todos militares, bebían o jugaban a las cartas o paseaban por los pasillos a fin de matar el aburrimiento.

Mientras cargaba su petate y bajaba los escalones de metal, un imponente Zis negro se detuvo junto al avión y un joven teniente con uniforme de las Fuerzas Aéreas se presentó y condujo al comandante hasta el coche que aguardaba.

Tardó casi diez minutos en salir del aeropuerto. Los documentos que presentó el teniente fueron inspeccionados concienzudamente cuando llegaron a una puerta especial reservada para el pasaje militar. Los documentos estaban en orden y el Zis fue autorizado a seguir.

Media hora más tarde, el coche se detuvo junto a la cuneta de una oscura carretera comarcal en las afueras de Moscú. El joven oficial se volvió hacia el pasajero y sonrió.

—Aquí es donde me dijeron que debía dejarlo, señor.

El comandante miró por la ventana la nieve que caía.

—¿Está seguro de que este es el lugar? —preguntó.

—Seguro, camarada comandante.

Massey se apeó silenciosamente sin olvidar su petate. El teniente contempló cómo desaparecía en la oscuridad mientras la nieve caía suavemente sobre el parabrisas.

51

Lukin se detuvo junto a la acera, delante de un pequeño parque próximo a la estación de metro de Kiev. Cuando salió del coche, observó que había luces encendidas en el parque. Vio a una docena o más de hombres de aspecto peligroso apiñados al otro lado de los árboles desprovistos de hojas, a unos veinte metros de distancio. La mayoría tenían el aspecto cetrino de los sureños: uzbecos, turcos, georgianos, gitanos de Crimea con feos y complicados tatuajes en las manos y en los brazos. Delincuentes empedernidos que dirigían el mercado negro de Moscú, arriesgándose a pasar cinco años en Siberia por tráfico ilegal.

Vio un oxidado Emka gris aparcado en la otra acera, pero no había ni rastro de Rizov.

Observó que algunos de los hombres que había bajo los árboles estaban cerrando sus maletas y sacos de lienzo y cargándolos en la parte trasera de sus bicicletas o metiéndolos en el portamaletas de sus camionetas y coches desvencijados a la salida del parque. Dentro de diez minutos, el lugar quedaría desierto.

A través de los árboles desnudos de hojas, Lukin vio a un mercader que lucía un poblado bigote negro. Era un hombre grueso, de pecho abombado y una pierna más corta que la otra; vestía unos pantalones muy holgados y tenía una tupida barba negra. Oleg Rizov, Rizov el Oso.

Estaba discutiendo con una mujer que llevaba una bolsa de la compra. La mujer sostenía en alto una lata abollada de melocotones en conserva e intentaba regatear. Rizov no dejaba de sonreír, mostrando su diente de oro, y negaba enérgicamente con la cabeza. Por fin, la exasperada mujer arrojó la lata entre unos matorrales con evidentes muestras de asco y prorrumpió en una retahíla de insultos antes de girar sobre sus talones. Los demás hombres que permanecían en pie bajo los árboles se echaron a reír y Rizov soltó un exabrupto. Después se alejó cojeando para recuperar la lata de melocotones y fue tras la mujer lanzando maldiciones.

Lukin observó que momentos después Rizov recogía dos usadas maletas y cruzaba la verja del parque en dirección al Emka herrumbroso, contoneándose como un hombre que tuviera las piernas de caucho. Rizov encerró las maletas en el compartimiento de su vehículo y lo rodeó para dirigirse a la parte

delantera. Sacó dos limpiaparabrisas del bolsillo interior de su abrigo y los encajó en los soportes articulados. Después se introdujo en el Emka.

El coche arrancó expulsando una bocanada de humo azul por el tubo de escape y se apartó del bordillo. Lukin también puso en marcha su vehículo y lo siguió.

El bloque de apartamentos situado en el extremo sur de la avenida Lenin había sido construido después de la guerra. A pesar de su corta vida, parecía destartalado. Sobre sus balcones era visible la estructura de ladrillos de ceniza sin enlucir y líneas colgantes de revestimiento congelado.

El Emka se detuvo y Lukin vio que Rizov descendía, recuperaba sus dos maletas y volvía a extraer los limpiaparabrisas, tras lo cual cerró el coche con llave. Recorrió una fila de tablones de madera que cubrían los retazos de aguanieve que quedaban ante el edificio, antes de entrar cojeando en el edificio de apartamentos.

Lukin cerró con llave el BMW y lo siguió. Subió al tercer piso y llamó a la puerta de Rizov. Se oyó un rumor de llaves y cerrojos y apareció Rizov. Al ver a Lukin se quedó boquiabierto.

—Comandante… Qué sorpresa… Lukin lo empujó a un lado y entró. En la sórdida habitación reinaban el desorden y la suciedad, pero era un almacén de productos de lujo. Las dos maletas que Rizov había sacado del coche estaban abiertas y su contenido esparcido sobre una mesa: tarros de mermelada holandesa, latas de melocotón en almíbar y caviar rojo. De unos ganchos que había en el techo colgaban largas tiras de salmón ahumado y manojos de arenques salados y secos. Lukin vio sobre una mesa media docena de botellas de champán ucraniano y un par de envases de kilo de huevas de esturión en salmuera.

—¿Ibas a dar una fiesta, Oleg, o acaso interrumpo tu cena?

Rizov cerró la puerta y se pasó la lengua por los labios nerviosamente.

—¿Qué puedo decir, comandante?

—Que te he pillado con las manos en la masa, eso no estaría mal. Solo por este pequeño lote te podrían caer cinco años. —Lukin revolvió en una de las maletas y extrajo un par de bragas encarnadas—. ¿Son tuyas?

—Se las estoy guardando a una amiga.

—La mujer del embajador francés, sin duda.

Rizov sonrió con nerviosismo.

—Considérelas un regalo.

Lukin dejó caer la prenda.

—Siéntate, Rizov.

Rizov apartó varias prendas de ropa sucia de encima de la cama y se sentó.

—Tal vez el comandante quiera explicarme a qué debo el placer de su visita. ¿Puedo ofrecerle una bebida, mi comandante?

—¿Sabes? Nunca dejarás de sorprenderme, Rizov. —¿Qué?

—Seguramente tenemos las fronteras y los puertos mejor vigilados del planeta, y aun así, la gente como tú consigue introducir de contrabando prácticamente cualquier cosa.

Rizov se encogió de hombros con una sonrisa amistosa.

—El comandante sabe que si puedo proporcionar un servicio a los buenos ciudadanos de Moscú, eso me hace sentir bien. Lo considero una labor social, no un delito.

—Estoy seguro de que un juez lo vería de otro modo. Venderías a tu abuela si fueras a sacar algún beneficio, Rizov. Eres un truhán incorregible. —Sacó de su bolsillo una botella marrón y la depositó sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—Éter. Habrás oído hablar del éter, Rizov. Una sustancia química que se utiliza como anestésico.

—Ya sé lo que es el éter. —Rizov señaló la botella—. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—¿Sabes cómo conseguir éter en Moscú?

—No, pero tengo la sensación de que mi comandante me lo va a decir.

—A menos que seas médico o administrador de un hospital o que trabajes en determinadas industrias, es imposible adquirirlo. La compra está estrictamente controlada.

Rizov se encogió de hombros.

—Cada día se aprende algo nuevo. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Si alguien quisiera una pequeña cantidad de éter, no dudo de que tus amigos del mercado negro encontrarían la forma de complacerlo a cambio de un precio.

Rizov frunció los labios y señaló la botella con un movimiento de cabeza.

—¿Eso fue comprado en el mercado negro?

—Es posible. O robado de un hospital o de un dispensario.

Rizov se encogió de hombros.

—He oído decir que algunas de las clínicas que se dedican a practicar abortos ilegales lo compran en el mercado negro.

—Entre tus amigos, ¿quién tendría valor suficiente para robarlo?

Rizov sacudió la cabeza.

—De verdad, comandante, no sé nada sobre esas cosas. Comida y bebida lo que quiera, pero suministros médicos, olvídelo. Cinco años en un campo de trabajo es una cosa, y una bala en la nuca por robar productos químicos restringidos es otra muy distinta.

—Responde a la pregunta, Rizov. No estoy de humor para jueguecitos. Esto es importante. ¿Quién tendría las agallas necesarias para robar éter?

Rizov suspiró y se llevó la mano a la frente, reflexionó unos instantes y después levantó la vista.

—Quizá los gitanos crimeanos o los turkmenistanos. Son un hatajo de cabrones atolondrados que trafican con drogas y esas cosas. Robarían la comida del plato a un policía si creyeran que podían obtener algún beneficio.

—Dame nombres. Rizov negó con la cabeza y se echó a reír.

—Comandante, como que Stalin es mi juez, yo no me meto con esa pandilla. No solo están locos, además son peligrosos. No los asusta ni siquiera la posibilidad de ser enviados a un campo de trabajo. Son como la mala hierba, capaces de echar raíces sobre la puta mierda.

La palma de la mano de Lukin golpeó con fuerza la mesa.

—Nombres, Rizov, quiero nombres. Tú los conoces, trabajáis juntos en el mercado negro.

—Lo juro sobre la tumba de mi difunta madre, no conozco a ninguno de ellos. Pero aunque los conociera, si los delatase se comerían mis pelotas para desayunar.

Lukin aferró al hombrecito por el cuello de la camisa.

—Eres un mentiroso, Rizov. Tu difunta madre está vivita y coleando en Kiev.

—Yo no me asocio con esos individuos, comandante. Las drogas y esa clase de cosas son un riesgo demasiado grande. Yo me limito a la comida y a la ropa.

Lukin paseó la vista por la habitación.

—¿Te gusta vivir aquí?

Rizov lanzó una rápida ojeada por el cochambroso y diminuto apartamento.

—Claro que sí —dijo con petulancia—, lo adoro. —Vio la expresión amenazadora de Lukin y su tono se volvió más respetuoso—: Podría ser peor.

—¿Peor que una cabaña de madera en algún rincón helado de Siberia?

—Aquí no hace menos frío, créame. La calefacción casi nunca funciona. No es que me queje, entiéndame, solo que en invierno las pelotas se me vuelven como bolas de granizo.

—Rizov, métete esto en la cabeza, no he venido a jugar.

—Usted no me mandaría a Siberia, comandante Lukin, es usted demasiado buena persona. Además, ¿qué he hecho?

Lukin señaló con la barbilla las maletas que había sobre la cama.

—Por eso te caerán cinco años si te denuncio. Diez si el fiscal está de mal humor. Y aún más tiempo si yo lo recomiendo. Y, créeme, lo recomendaré si no cooperas.

La sangre abandonó el rostro de Rizov.

—Comandante…

—Piénsalo. Un perro viejo como tú no necesita ir a las malas. Habla con tus amigos del mercado negro. Utiliza todo tu encanto y tu astucia. Si alguien ha comprado éter en los últimos días quiero saberlo. —Vio que Rizov, desconcertado, fruncía el entrecejo, y añadió—. Alguien lo ha utilizado para perpetrar un grave delito. No me falles en este asunto o te juro que estarás a bordo de un tren con rumbo a la prisión de Arcángel mañana por la mañana. —Soltó al hombrecito y dejó la botellita vacía sobre la mesa—. Llévate esto, quizá ayude a tus amigos turkmenistanos a recordar. Diles de mi parte que si no aportan respuestas, te harán compañía a bordo de ese tren. —Sacó una tira de papel del bolsillo y la estampó sobre la mesa—. Tienes una hora, ni un minuto más. Llámame a este número. —Se dirigió hacia la puerta y sus acerados ojos taladraron a Rizov—. Hablo en serio, no me falles. Tienes una hora. Es cuestión de vida o muerte.

La habitación apestaba como una cloaca, al igual que Lebel. Una luz cegadora brillaba en el techo y el cuerpo del francés estaba empapado de sudor.

Cuando se despertó en la mugrienta celda y forcejeó para incorporarse, descubrió que no podía. Estaba tumbado sobre una mesa de metal y atado con correas de cuero.

Había recobrado la conciencia escuchando el sonido de gritos lejanos; no hacía falta mucha imaginación para saber dónde se encontraba.

Los calabozos de la Lubyanka.

Le dolía todo el cuerpo y notaba que tenía la boca deformada; percibió el sabor de la sangre en sus labios. Dos hombres le habían golpeado hasta

dejarlo sin sentido, dándole puñetazos y patadas en los riñones y el estómago hasta que el dolor le resultó insoportable y vomitó.

Después empezaron a trabajar su rostro a puñetazos y golpes que provocaron un torbellino en su cabeza y que hicieron que volviera a desmayarse. Cuando recobró el sentido, volvieron a empezar, esta vez con porras de goma, hasta que, una vez más, perdió el conocimiento.

Gimió y se miró todo el cuerpo. La camisa y la camiseta habían desaparecido, al igual que sus zapatos y sus calcetines, si bien conservaba los pantalones. Se había orinado encima a causa de los dolorosos golpes que había recibido en los riñones.

Se dejó caer pesadamente sobre la mesa. Ya había pasado por todo aquello antes, con la Gestapo, y lo que le preocupaba era que sabía que la verdadera tortura aún no había empezado. Aquellos hombres solo le estaban ablandando; lo peor aún estaba por llegar.

Mientras permanecía tumbado, retorciéndose de dolor, intentó examinar sus opciones. En realidad no tenía ninguna, excepto contarlo todo a Romulka. Y después ¿qué? Aquel hombre probablemente lo mataría. Se preguntó qué sabría Romulka. Muy poco. De lo contrario, ¿por qué lo había llevado allí? Lo estaba sondeando, intentaba encontrar respuestas.

Podía entretenerlo haciéndose el tonto y confiar en que Romulka se cansaría del interrogatorio y lo soltaría, pero adivinó que Romulka no era de la clase de personas que se cansan. Además, aquel cabrón parecía disfrutar infligiendo dolor.

Lebel tenía contactos en Moscú. Alguien intervendría, pero ¿cuándo? Para entonces tal vez fuera demasiado tarde. Confesar no ayudaría a Massey y tampoco a los amigos de Massey. Pero por encima de todo no ayudaría a Irina.

Aquel pensamiento le preocupó. Encarcelado, no tenía ninguna forma de avisarla.

Pero no iba a hablar. No la iba a traicionar. Además, Romulka no podía matarlo. No, no le quedaba más remedio que mantenerse firme y negarlo todo.

Una puerta se abrió con un sonido metálico. Vio que Romulka entraba en la habitación flanqueado por los dos hombres que le habían dado la paliza.

—¿Has reconsiderado tu postura, Lebel?

El sudor corría por el rostro del prisionero.

—Ya se lo he dicho —dijo con voz ronca—. Está cometiendo un terrible error… Soy inocente… Sus superiores tendrán noticias de esto.

Romulka se le acercó y su mano se cerró alrededor de la cara de Lebel como una mordaza.

—Escúchame, judío, no tengo paciencia ni tiempo para jugar. O hablas o te juro que lo que te hizo la Gestapo no será nada comparado con el tratamiento que te reservamos. De hecho, Lebel, puedo prometerte que no volverás a ver la luz del día.

—Se lo juro por mi vida, no sé de qué me está hablando.

—Entonces procuraremos cambiar eso.

Romulka se dirigió hacia una mesa que había en una esquina. Lebel estiró el cuello y vio horrorizado una colección de instrumentos y herramientas de tortura que le heló la sangre en las venas.

—Siempre he pensado que la mejor manera de abordar estas situaciones es concentrarse en las debilidades de un hombre.

Romulka seleccionó un utensilio de extraño aspecto con dos pequeñas cucharitas de metal con la parte cóncava forrada de cuero y un tornillo de apriete en un extremo.

—Un cacharrito que pedimos prestado a la policía secreta del zar. Ellos lo consideraban de lo más eficaz. Es una pinza genital. ¿Sabes lo que hace? Si das las vueltas suficientes a este tornillo, aplasta los testículos de un hombre, los raja como una castaña. Pero lentamente, muy lentamente, y muy dolorosamente. Vamos a probarlo, ¿te parece?

Romulka se volvió hacia sus hombres e hizo un gesto de asentimiento. Uno de ellos ató una mordaza alrededor de la boca de Lebel mientras el otro le bajaba los pantalones y los calzoncillos mojados.

Romulka se adelantó y Lebel vio horrorizado cómo rodeaba su escroto con el instrumento y lo cerraba.

Le rechinaban los dientes mientras forcejeaba detrás de la mordaza.

Romulka hizo girar el tornillo de apriete y el utensilio se cerró alrededor del testículo derecho de Lebel.

El dolor fue abominable, enloquecedor. Lebel sintió como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica en la espina dorsal. Su cerebro estalló en agonía; vio las estrellas y sintió arcadas en la boca del estómago. Gritó detrás de la mordaza y se desmayó.

La gran casa situada en el distrito Degunino, al norte de Moscú, estaba hecha de madera y de ladrillo, y en otro tiempo había sido el hogar de un acaudalado

funcionario del zar, pero ahora estaba muy descuidada y había goteras en el tejado.

Massey estaba sentado en la habitación delantera de un destartalado apartamento del segundo piso, amueblado espartanamente con una mesa y dos sillas. En el pequeño dormitorio contiguo se encontraban los otros dos únicos muebles del piso, una cama de hierro y un armario. Aunque sobre una caja que había junto a la cama reposaba un aparato de radio de válvulas nuevo.

La casa olía a humedad y podredumbre y hacía un frío brutal, pese a la estufa de leña que había en la esquina.

Massey se había quitado el uniforme y vestía una gorra de tela y un raído traje de paño basto debajo del abrigo. Frente a él, sobre la mesa, había una cacerola llena de sopa de cebolla y un poco de pan tierno, pero no hizo caso de la comida y se concentró en el plano de Moscú que tenía a su lado.

El hombre que se sentaba frente a él sirvió vodka en dos vasos y dijo rudamente en ruso:

—¿Quieres explicarme qué coño está pasando, *amerikanski*?

Massey levantó la vista. El hombre era un pelirrojo corpulento y musculoso. Llevaba una sucia bufanda de lana alrededor del cuello y su traje negro se veía muy usado y reluciente.

Se trataba del excapitán de las SS ucranianas que Massey había enviado desde Munich seis semanas atrás. Ese tiempo le había parecido tan largo a Massey que tuvo dificultades para recordar el rostro cuando el hombre le franqueó la entrada al apartamento. Parecía más viejo, no se había afeitado y sus estrechos ojos lucían la expresión nerviosa de un hombre sometido a una gran presión.

—Ya has recibido la señal con las instrucciones —dijo Massey llanamente.

—Por la Voz de América. Decía que debo proporcionarte asistencia total, máxima prioridad.

—Entonces es todo lo que necesitas saber. Háblame de la dacha.

Toda una guerra librada vistiendo el uniforme de las SS había enseñado al ucraniano a no discutir una orden. Inclinó la cabeza y señaló un lugar sobre el mapa.

—Sergei está allí vigilando la casa. Hasta ahora no parece que sus ocupantes se hayan movido.

—¿Cuántas personas hay?

—Sergei vio dos. Cree que son el hombre y la mujer que estás buscando, pero su mensaje decía que hay otra mujer. Él aún no la ha visto, pero podría

estar en la casa.

—¿Podemos ponemos en contacto con Sergei por teléfono?

El ucraniano se echó a reír.

—Escucha, esto es Moscú, no Munich. Tuve suerte en conseguir este asco de sitio hace un mes, después de encontrar trabajo. Ni siquiera tiene un jodido cuarto de baño y tengo que mear en el fregadero para no tener que bajar al retrete de la planta baja. La única manera que tenemos Sergei y yo de ponernos en contacto es un teléfono público de pago que hay en el corredor. Sergei tiene que acercarse con el coche hasta un quiosco que hay en el pueblo más cercano, a cinco minutos de la dacha, si quiere ponerse en contacto conmigo. —El ucraniano se encogió de hombros—. Es una situación muy precaria que no ayuda en nada a la vigilancia, pero es lo que hay.

Massey vio la tensión que dominaba el rostro del hombre. Vivía con los nervios a flor de piel temiendo constantemente ser atrapado.

—¿Qué tal lo estáis pasando?

El ucraniano compuso una mueca.

—Lo de Munich parece que haya ocurrido en otra vida, pero tuvimos suerte de llegar hasta aquí. El piloto finlandés lisiado amigo tuyo nos hizo saltar a tres kilómetros de nuestro objetivo, en medio de un pantano; nos costó la mitad de la noche vadearlo para salir. Creo que ese bastardo lo hizo a propósito. —Se encogió de hombros—. Pero aún estamos vivos y eso es lo que cuenta. Ambos hemos encontrado empleo. Por suerte para ti, Sergei trabaja como conductor de reparto. Así es como consiguió la camioneta. Hasta ahora, los documentos que nos proporcionó tu gente han colado y nadie nos ha molestado.

Massey volvió a concentrarse en el mapa.

—Háblame de la dacha.

El ucraniano tardó varios minutos en describir la ubicación y el trazado de la propiedad.

—¿A qué distancia está de aquí? —preguntó Massey finalmente.

—En taxi, a más de media hora. Pero sugiero que tomemos un transporte público. Es más fiable y menos notorio. Con una hora debería bastarnos. Sergei puede traernos de vuelta.

—¿Y si telefonea mientras no estamos?

El ucraniano se encogió de hombros.

—Me temo que no hay solución. Tendremos que correr el riesgo y esperar que tus amigos se queden quietos. Si se mueven, he dado órdenes a Sergei de

que los siga. —Titubeó—. Aún no me has dicho por qué estamos vigilando a esa gente.

Massey se levantó y fue hasta donde había dejado el petate, un gran fardo envuelto en una gruesa tela de algodón, y lo depositó sobre la mesa. Desplegó la tela y en su interior aparecieron dos pistolas Tokarev con silenciador y cargadores de repuesto. También había un fusil de asalto automático Kalashnikov AK47 y un peine de municiones.

El ucraniano contempló las armas y después miró a Massey con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Vamos a matarlos?

—Ambos habéis sido entrenados como tiradores, de modo que no tengo que enseñaros a utilizar estos cacharros.

El ucraniano se acercó al Kalashnikov y montó con mano experta sus piezas. Examinó el cargador y lo insertó en su posición con un chasquido.

—Es mi tipo de arma preferido: mortal. No has respondido a mi pregunta, *amerikanski*, ¿vamos a matar a los ocupantes de la dacha?

—Sí.

—La idea no parece hacerte muy feliz.

Massey hizo caso omiso de la observación y cogió una Tokarev con el silenciador. Mientras depositaba el arma y un cargador de repuesto en el bolsillo, el ucraniano no dejaba de mirarlo.

—No tengo que saber por qué van a morir, pero esto es Moscú. ¿Qué pasará si surgen problemas y nos atrapan?

Massey sostuvo la mirada insolente del hombre.

—La dacha está tan aislada que es muy improbable que se presente la milicia. Deberíamos haber terminado con este asunto y estar de vuelta a esta casa dentro de un par de horas. Si surgen problemas porque se presente la milicia, acabaremos el trabajo cueste lo que cueste. Después nos largaremos de aquí a toda prisa. Tengo preparado un transporte aéreo para salir de aquí; tú y tu amigo vendréis conmigo. Después de esta misión, ambos seréis libres.

El ucraniano sonrió abiertamente.

—Eso suena mucho mejor. Esto podría acabar resultando interesante. Un poco de acción no me vendrá mal después de un mes de tener el culo cuadrado de estar sentado en este vertedero. Tengo la sensación de que esto va a ser como en los viejos tiempos para Sergei y para mí, cuando matábamos *ruskis*.

Massey no respondió y se limitó a mostrar una expresión sombría. Después cogió la otra Tokarev con el silenciador y el cargador de repuesto y

los entregó al ucraniano.

—Para tu amigo. No perdamos más tiempo.

El teléfono sonó sobre el escritorio de Lukin. Cuando este descolgó, oyó la voz de Rizov.

—¿Comandante Lukin?

—Al habla Lukin. —He hecho lo que me pidió. Uno de los turkmenistanos afirma que vendió una botella de éter a una mujer hace dos días en el mercado de Kazán.

Lukin cogió un lápiz y se acercó el bloc de notas de sobremesa.

—¿Te dio una descripción de la mujer?

—Rozando los cuarenta, con pinta de matrona, atractiva, cabello oscuro, razonablemente bien vestida. El hombre con el que hablé vende algunas veces anestésicos y drogas a las clínicas que practican abortos ilegales. Pero esa mujer no era uno de sus clientes habituales y al parecer no iba escasa de rublos.

—¿Qué me dices del nombre de la mujer?

—¿Está de broma?

Lukin suspiró.

—Vamos, Rizov, tiene que haber algo más. Con esa descripción encaja una cuarta parte de las mujeres de Moscú.

—Ese hombre no la había visto nunca, eso fue lo que le hizo recordar. Recuerda haberla visto entrando en un Skoda checo que estaba aparcado en la otra acera de la calle. Además, la mujer compró otra droga, adrenalina, y también una jeringuilla hipodérmica, una sola. A mi conocido le pareció raro. Es lo único que sé.

Lukin reflexionó unos instantes. Sabía que una inyección de adrenalina podía utilizarse para proporcionar a una persona un chorro de energía para superar el agotamiento. Había visto sus efectos durante la guerra. Alguien que estuviera en la situación de Slanski tal vez necesitara una droga semejante para combatir el cansancio. Su pulso se aceleró.

—¿Había alguien más en el Skoda?

—Dijo que no se había fijado.

—¿De qué color era el coche?

—Gris.

—¿Y el número de la matrícula?

Rizov resopló.

—Comandante, esos turkmenistanos del mercado negro saben comprar y vender como nadie en todo el negocio, pero apenas saben leer ni escribir. En cuanto a los números de las matrículas, ni se fijan.

—¿Tu amigo no recuerda nada más?

—Nada, lo juro.

Lukin arrancó la hoja de papel del bloc. Sabía que Rizov le estaba diciendo la verdad, pero seguía siendo muy poco para avanzar. Podía no ser siquiera la conexión que estaba buscando, pero tenía que investigarlo, y de prisa. Suspiró con cansancio y frustración.

—No es gran cosa, pero te debo un favor.

—Supongo que un visado de salida sería demasiado pedir.

—No bromees, Rizov, no estoy de humor.

Lukin colgó el teléfono de un manotazo y ya estaba en movimiento, dirigiéndose hacia la puerta, cuando el teléfono sonó nuevamente. Retrocedió y descolgó el auricular. Era la voz de Pasha.

—Yuri, tenemos que hablar.

—Tendrás que esperar. Creí haberte dicho que descansaras.

—No, no puede esperar, es importante. —Se produjo una pausa y luego Pasha dijo en tono apremiante—: Se trata del *Lobo*, se trata de Slanski.

—¿A qué te refieres? ¿Qué sucede?

Hubo otra pausa.

—Reúnete conmigo en la casa de baños de Sandunov dentro de diez minutos. Pregunta por mí en la puerta.

—¿No puedes venir hasta aquí?

Pasha no se dignó a responder.

Se oyó un clic y la línea enmudeció.

52

El desteñido cartel de madera que coronaba el edificio de granito ennegrecido rezaba: BAÑOS PÚBLICOS SANDUNOV.

Las dobles puertas de roble estaban cerradas con llave, pero Lukin vio una rendija de luz que asomaba por el umbral. Llamó con fuerza y esperó.

Echó una mirada hacia atrás, al callejón adoquinado, que estaba desierto. Había dejado el coche aparcado cerca del hotel Berlín, al volver la esquina más próxima, y había seguido a pie.

¿A qué diablos estaba jugando Pasha?

¿Y por qué le había pedido que se reunieran allí a esta hora? Sandunov era una de las casas de baños públicos más antiguas de Moscú. Pasha acudía allí hacía casi veinte años, habitualmente al anochecer, cuando las salas de vapor estaban tranquilas y podía disfrutar de cierta intimidad.

Lukin oyó el traqueteo de los cerrojos al descorrerse al otro lado de las puertas de roble y se volvió.

Una mujer de mediana edad que se cubría con una bata azul estaba de pie en el portal. Llevaba el pelo atado en un moño y sus enormes pechos parecían desequilibrarla.

—Hemos cerrado. Vuelva mañana.

—Creo que Pasha Kokunko me esta esperando.

La mujer titubeó. Lo estudió atentamente unos momentos y después se asomó al callejón, lo recorrió de punta a punta con la mirada y después indicó con un gesto a Lukin que entrara.

El hombre entró en un cálido recibidor alicatado. La mujer cerró la puerta y volvió a correr los cerrojos.

La mayoría de las luces del vestíbulo estaban apagadas, pero al otro lado del corredor Lukin vio unos escalones de piedra agrietados que descendían hasta la zona de baños y las saunas.

La mujer fue hasta una garita acristalada que había en el vestíbulo y regresó con una gruesa toalla blanca de algodón y un manojo de ramas de abedul atadas con un cordel.

—Baje la escalera y siga por la primera puerta de la derecha. Encontrará a Pasha en la sauna.

Lukin cogió la toalla y las ramitas de abedul. La mujer fue a sentarse detrás de la garita de vidrio y empezó a contar un montoncito de calderilla, apilando las monedas prolijamente.

Lukin descendió los escalones de piedra.

Se detuvo a medio camino e inspiró profundamente. Pudo notar el cálido vapor mezclado con una penetrante fragancia a menta que llegó hasta el fondo de sus pulmones y se sintió despejado al instante. Al llegar al pie de los escalones observó que a su derecha había una puerta de vidrio entreabierta.

La abrió del todo y entró.

Se encontraba en unos vestuarios en cuyas paredes se alineaban varias taquillas de metal. Alrededor del centro había unos bancos de madera dispuestos formando un cuadrado. Hacia la izquierda, otra puerta con una luna de cristal empañada por el vapor conducía hasta una de las saunas. Detrás del vidrio empañado vio una silueta borrosa que se movía y oyó un débil sonido de azotes.

En la casa de baños, el ritual para limpiarse constaba de tres etapas. Primero se pasaba a la sauna, donde uno se cocía al vapor y azotaba su cuerpo con las ramas de abedul hasta que enrojecía por el calor y se abrían los poros. Después había que lavarse el cuerpo con esponjas para limpiar la piel. Cuando el calor resultaba excesivo, había que zambullirse en las piscinas de agua helada. Finalmente, uno se relajaba en la sala de refresco.

Lukin notó una oleada de calor procedente de la habitación contigua, agradable después del gélido aire de las calles nevadas. Sobre uno de los bancos de madera vio las ropas de Pasha. Sobre otro había una jofaina esmaltada llena de agua caliente, que evidentemente habían dejado para Lukin.

Se desnudó y dejó sus ropas pulcramente dobladas sobre uno de los bancos, pero conservó el gancho de metal atado a su brazo con correas; tenía un aspecto desmañado. Se cubrió la cabeza con la toalla de algodón y empapó las hojas de abedul en la jofaina de agua caliente.

Después abrió la puerta de vidrio y se internó en la aromática niebla.

Pasha yacía desnudo sobre un banco de piedra húmedo. Estaba muy pálido y se cubría los hombros con una toalla de algodón blanca; sobre su herida vendada destacaba una mancha de sangre.

Un uzbeco viejo y barbudo, que llevaba una toalla arrollada a la cintura, estaba de pie a su lado. El uzbeco azotaba enérgicamente las piernas y las nalgas sudorosas de Pasha con un manojo de hojas de abedul empapadas.

En el suelo había una pequeña bañera esmaltada con agua caliente y, amontonadas sobre una bandeja, varias esponjas naturales y una pila de hojas de menta. Junto a la bandeja había una botella de vodka y dos vasos y a su lado el usado maletín de cuero de Pasha. El uzbeco dejó de azotarlo y se volvió para mirar a Lukin. Sus ojos bizqueaban sobre su reservado rostro amarillo. Pasha se desperezó y se incorporó penosamente sobre el banco de piedra. Al ver a Lukin se volvió hacia el uzbeco.

—Déjanos, Itzkan.

El uzbeco inclinó la cabeza y salió. Pasha aguardó hasta que oyó que se cerraba la puerta exterior; entonces hizo un gesto señalando uno de los bancos de piedra.

—Siéntate, Yuri.

En el tono de su voz había algo extraño, pero Lukin retiró la toalla que le cubría la cabeza y se la arrolló a la cintura; a continuación se sentó en el banco que había frente a Pasha. En la sauna hacía mucho calor. Dejó en el suelo las hojas de abedul: estaba demasiado cansado para flagelarse. Contempló a Pasha mientras el mongol cogía una de las esponjas, la empapaba en agua caliente y empezaba a frotarse el cuerpo. Su rostro se contraía en una mueca de dolor, aunque no parecía tener prisa por terminar.

—Has dicho que era algo importante, Pasha —dijo Lukin con impaciencia.

Pasha estudió su rostro.

—Parece que no hayas dormido en una semana.

Lukin se sentía al borde del colapso, pero consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Supongo que no me vendría mal una buena noche de sueño. ¿Cómo te sientes?

—Podría ser peor. Los efectos de la morfina que me dio el médico para calmar el dolor se están desvaneciendo. Pero este lugar me ayuda a relajarme.

Dejó de frotarse el cuerpo con la esponja y se puso de pie. Fue hasta un rincón donde había un grifo de agua caliente, llenó de agua humeante una jofaina esmaltada y trituró un puñado de hojas de menta dentro de la jofaina. Retrocedió y sujetó con la mano abierta el mentón de Lukin. Estudió su rostro durante unos momentos con una curiosa expresión, como si fuera un médico que examina a su paciente, y después le tendió la jofaina y una esponja limpia.

—Tu adrenalina fluye como el sudor. Toma, empápate bien y procura inhalar el vapor. Como decimos los saunistas veteranos: «La sauna te hace

sudar para ser fuerte y esbelto, te limpia el cuerpo por fuera y los diablos por dentro». —Sonrió débilmente por la antigua rima moscovita. La sonrisa desapareció y su rostro adoptó una expresión más grave—. Pareces tener muchos diablos en el alma, Yuri.

Lukin alzó la jofaina e inhaló. La fragancia de la aromática agua caliente fue como un bálsamo. Sumergió la esponja en la jofaina humeante, cerró los ojos y se la pasó lentamente por la cara. El olor a menta inundó sus fosas nasales y el aromático líquido tuvo la virtud de suavizar su piel. Dejó de frotarse, abrió los ojos húmedos y vio que Pasha lo estaba mirando fijamente.

—¿La menta te ayuda?

—Un poco. Dime a qué viene esto. Cuéntame qué es tan importante.

Pasha se puso en pie y recogió su maletín de cuero. Hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta que conducía a los vestuarios.

—Ven, vayamos adentro. Quiero mostrarte algo.

Cuando entraron en los vestuarios, Pasha cerró la puerta. Fue hasta el banco de madera y desató las correas del maletín, extrajo una carpeta de tapas rojas y volvió a cerrarlo.

Lukin frunció el entrecejo.

—¿No te ha parecido extraño nada de lo referente al *Lobo*? Lukin arrugó la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Para empezar, sabemos que faltaban varias páginas de la copia de su expediente. Como ya te dije, lo normal es que un investigador tenga acceso a toda la información del caso en el que está trabajando.

—Escucha, Pasha, ¿a qué viene esto?

Pasha hizo una pausa.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Yuri.

Siempre me has gustado y te he admirado. Juntos hemos pasado buenos y malos tiempos.

—¿Piensas decirme a que viene todo esto? —dijo Lukin casi con irritación.

Durante un prolongado momento los ojos de Pasha parecieron examinar el rostro de Lukin.

—Hacías bien cuando dijiste que no te fiabas de Beria. Tenías razón al dudar de por qué te había elegido. Esta noche he descubierto por qué.

—No te comprendo.

—Eres un buen hombre, Yuri Lukin, y un buen investigador. Sin embargo, te han engañado.

—¿Quién?

—Stalin y Beria.

Lukin puso ceño, desconcertado.

Pasha se sentó en el banco junto a él. Se quedó unos momentos con la mirada perdida y después lo miró nuevamente. Lukin escrutó el rostro del mongol. Lo que vio en él era miedo. Pasha no estaba vacilando para retrasar el contárselo. Parecía sinceramente asustado. Sus manos temblaban cuando le tendió la carpeta.

—Quiero que veas esto.

—¿Qué es?

—Parte del expediente original de Alex Slanski. —¡Pasha, estás loco!

—No me sermonees, Yuri, estamos desesperados. Habíamos llegado a un callejón sin salida y por eso fui a la sección de archivos, robé la llave y eché una ojeada al expediente original. Uno de los funcionarios entró y me vio, pero no antes de que consiguiera el archivo.

—Pasha…

—Escúchame, las cosas no se me pondrían peor si me atrapan. No podrían ponerse peor para ninguno de los dos. Estamos hasta el cuello de problemas. Por mi parte, me da igual que me ahorquen por una oveja que por un cordero.

—Pasha, te has puesto en serio peligro.

—No más de lo que ya estoy. —Pasha titubeó—. Yuri, en ese expediente hay algo que deliberadamente no te permitieron ver. Y aún hay más, pero antes deberías examinar lo que te entrego.

Pasha se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. La abrió con suavidad y se volvió para mirar a Lukin con una expresión melancólica.

—Ahora voy a dejarte solo. Mira y lee atentamente, Yuri. Hablaremos después.

La puerta se cerró detrás de Pasha.

Lukin abrió la carpeta.

Había una única fotografía y una sola página de papel cebolla amarillento.

Lukin miró primero la fotografía. Era antigua y los bordes estaban raídos. En ella se veía a un hombre y a una mujer que reían mirando la cámara. El hombre era atractivo, bien rasurado, y tenía un rostro bien proporcionado y una mirada benévola en sus ojos oscuros. La mujer era rubia y bastante guapa,

con altos pómulos y un rostro firme y decidido. Estaba sentada sobre las rodillas del hombre y le pasaba los brazos alrededor del cuello. Ambos parecían felices y muy enamorados.

Por el estilo y el corte de las ropas de la pareja Lukin adivinó que la fotografía había sido tomada a fines de los años veinte o principios de los treinta.

La desplegó y vio un sello estampado con tinta azul en la esquina inferior derecha, donde se leía el nombre de un estudio de fotografía situado en la avenida Marx. En los rasgos de la pareja había algo familiar y Lukin imaginó que serían los padres de Slanski. Pero tuvo la extraña sensación de que había visto antes aquellos rostros en alguna parte. Supuso que debían de haber sido conocidos miembros del partido.

Dejó a un lado la fotografía.

La hoja de papel proporcionaba una breve semblanza de los antecedentes familiares de Slanski. Su patronímico verdadero era Stefanovich y su padre era un médico rural que vivía en Smolensk. El informe afirmaba que la OGPU, precursora de la policía secreta del KGB, había ido a detenerlo junto con toda su familia, pero no se explicaba la razón.

Según el informe, el médico se había resistido a la detención y lo habían abatido cuando intentaba escapar. Su mujer había intentado ayudarle en su huida y fue fusilada. Sus tres hijos fueron detenidos y la orden especificaba que debían ser fusilados. La sentencia de muerte para el médico y su esposa la había firmado personalmente Iósif Stalin.

Aquello no tenía sentido. ¿Cómo había sobrevivido Slanski si era uno de los tres niños?

Lukin leyó de nuevo el informe atentamente. En muchos aspectos, la información parecía irrelevante. La tragedia le permitía comprender mejor los poderosos motivos que tenía Slanski para vengarse, pero poco más. Sin embargo, allí no había nada que pudiera ayudarlo realmente en su investigación. Nada que señalase un camino que pudiera seguir.

No había nombres de amigos de la familia con los que Slanski pudiera intentar conectar en Moscú. Y no explicaba cómo había sobrevivido Slanski mientras los demás miembros de su familia perecían.

Aquello intrigó a Lukin, que permaneció sentado largo rato, encendió un cigarrillo y contempló el humo que ascendía en volutas frente a su rostro.

En todo aquello tenía que haber algo más que él no veía. Tenía que haberlo.

Pero ¿qué?

Y ¿por qué? Esa era la cuestión.

¿Por qué le había dado Pasha el informe?

Poco después la puerta se abrió suavemente. Era Pasha. Traía la botella de vodka y los dos vasos. Sirvió una generosa ración para cada uno antes de dejar la botella sobre el banco y tenderle uno de los vasos a Lukin.

—Bebe.

—¿Intentas emborracharme?

—No, pero creo que vas a necesitarlo.

—¿Por qué?

Pasha estudió el rostro de Lukin.

—¿No te ha resultado familiar nada de lo que acabas de leer y de ver?

—¿Familiar en qué sentido?

Pasha sostuvo su mirada sin pestañear.

—Me refiero al modo como la información de este informe encaja como si se tratara de un rompecabezas. Lukin negó con la cabeza, confuso.

—Me temo que no lo entiendo.

Pasha se sentó frente a él. Depositó el vaso a su lado y suspiró.

—¿No te ha extrañado nada de lo que dice el informe sobre los padres de Slanski? ¿Quiénes eran? ¿Qué les ocurrió?

—Lo que les ocurrió a su padre y a su madre lo sufrieron muchos niños durante las purgas. Lo que no entiendo es cómo sobrevivió Slanski. El informe dice que toda la familia murió.

Pasha negó lentamente con la cabeza.

—No es eso a lo que me refiero, Yuri. Permíteme recordarte algo sobre Stalin, algo que todos los miembros del KGB sabemos. Tiene una vena maléfica que disfruta infligiendo una forma de castigo muy personal. Eso fue así especialmente durante las purgas de los años treinta. Cuando las víctimas de Stalin tenían hijos, mataban a los que superaran los doce años de edad.

»Los más pequeños eran enviados a los orfanatos que controlaba el KGB. Muchos de los niños, cuando llegaban a la pubertad, eran incitados a alistarse en el KGB y así se convertían en lo que sus padres probablemente nunca habrían deseado que fueran: policías consagrados a Stalin, la espada y el escudo del partido, miembros de su policía secreta. Lo más probable es que se convirtieran en la misma clase de hombres que los que habían detenido y asesinado a sus padres. A Stalin le resulta cruelmente entretenido. —Hizo una pausa—. Verás, hay otra razón por la que te eligió a ti para encontrar y matar

a ese americano, pero aún no has caído en la cuenta. Una razón que explica por qué faltaban la página y la fotografía del expediente del *Lobo*.

—¿Por qué?

Una expresión preocupada cruzó por el rostro de Pasha.

—Probablemente Stalin le diría a Beria que no te dejara verlas porque en cuanto lo hicieras, descubrirías su broma enfermiza. No dudo que fue idea de Stalin elegirte a ti para que localizaras y mataras a Slanski.

Tenía una perversa razón que le divertía. Recuerda, Yuri: eres un huérfano, igual que yo. Lo que les ocurrió a mis padres pudo ocurrirles a los padres de Slanski.

Recuerda tu propia vida, antes de que fueras enviado al orfanato, recuerda a tu familia.

—Yo… No consigo recordarla.

—Podrías, pero no quieres. Has intentado borrar de tu mente todo lo que tiene que ver con tu pasado, y fue en el orfanato donde te indujeron a hacerlo, lo mismo que a mí. ¿No es cierto?

Pasha sacó del bolsillo de su guerrera otra hoja de papel cebolla con una fotografía. Le tendió primero la foto.

—Esto estaba también en el expediente de Slanski.

Es la fotografía de unos niños. —Sostuvo el papel en alto—. Esto también: es la segunda página que faltaba.

En ella se dice que la orden de matar a los niños fue anulada en el último momento. En lugar de morir fueron enviados a un orfanato de Moscú. Dice que dos de ellos, un chico y una chica, recibieron más tarde nombres distintos. Tú conoces muy bien uno de los nombres. Estudia la fotografía, Yuri, estúdiala atentamente.

Yuri miró la fotografía. Vio dos niños y una niña muy pequeña de cabello rubio. Estaban en un trigal y reían mirando a la cámara. El mayor de los tres, el del centro, era evidentemente Slanski de niño. Sus brazos rodeaban con aire protector a los dos pequeños. De pronto, las otras dos caras de la fotografía sobresaltaron a Lukin. La chica no tendría más de cuatro o cinco años y su pálido rostro era angelical. El rostro del segundo niño le resultó de pronto aterradoramente familiar.

Lukin se sintió abrumado por la conmoción y levantó la vista.

—El nombre de la niña era Katia —dijo Pasha—. Era tu hermana. La pareja de la fotografía eran tus padres.

El niño de la derecha eres tú, Petia Stefanovich, antes de que te cambiaran el nombre por el de Yuri Lukin. Tenías siete años.

Lukin palideció intensamente. Cuando volvió a mirar a Pasha no se movía un solo músculo de su rostro y su cuerpo estaba entumecido por la conmoción.

—Alex Slanski es tu hermano —dijo Pasha.

53

Al llegar al vestíbulo del club de oficiales, en la plaza Dzerzhinsky, Lukin firmó en el libro de registro y subió por la sinuosa escalera de mármol hasta el segundo piso.

La espaciosa habitación en la que entró parecía un palacio en miniatura, con sus columnas de mármol, sus arañas de luces doradas y la alfombra roja que cubría el suelo. El ambiente estaba cargado de humo de tabaco y las conversaciones eran confusas.

Lukin se abrió paso entre la muchedumbre hasta la barra y pidió un vodka doble.

—He cambiado de idea —dijo cuando el camarero vestido de blanco se lo sirvió—. Déjeme la botella.

Se llevó la botella y el vaso hasta una mesa vacía situada junto a la ventana.

Apenas era consciente del ruido que reinaba en el bar, mientras se llenaba el vaso hasta el borde y se lo bebía de un trago. Había engullido tres vasos enteros y se estaba sirviendo el cuarto cuando notó que estaba temblando.

Estaba muerto de frío y el sudor corría por sus sienes. Sentía rabia y una terrible sensación de confusión. Sentía… No sabía lo que sentía.

Miró a través de la ventana. La maciza estructura del cuartel general del KGB se alzaba en la esquina más alejada de la plaza, iluminada por el suave resplandor de los focos voltaicos de seguridad. Durante largo rato se quedó mirando fijamente el edificio, aturdido.

De pronto notó que las lágrimas se agolpaban en sus ojos y una intensa sensación de desánimo se apoderó de él. No podía creer lo que Pasha le había contado.

El hombre y la mujer de la fotografía eran sus padres. La niña era su hermana Katia.

Alex Slanski era su hermano Mischa.

El nombre verdadero de Lukin era Petia Iván Stefanovich.

Sin embargo, después de leer la segunda página que faltaba del expediente, supo que era verdad. Se estremeció, y lo embargó una oleada de rabia que casi lo consume. Engulló el cuarto vodka de un solo trago y se sirvió otro.

Una espesa niebla enturbiaba su mente. De pronto se aclaró. Se estrujaba el cerebro intentando recordar el pasado, un pasado que siempre se había visto obligado a reprimir mientras estuvo en el orfanato de Moscú. Se exprimió los sesos hasta dolerle la cabeza. En un tiempo solo había intentado olvidar. Ahora lo único que podía hacer era recordar.

El día en que fue a recoger a la hija de Anna Khorev y vio los rostros de aquellos golfillos en la ventana del hospicio, se había estremecido a causa de su propio pasado. Recordó que después de que su hermano escapara, siempre miraba por la ventana sin perder la esperanza. No perdía la esperanza de que Mischa volviera, de que Mischa seguía con vida. Pero le dijeron que Mischa había muerto.

No había muerto.

Estaba vivo.

Le habían mentido. Habían mentido a Katia.

Lukin estaba tan abrumado por las emociones que pensó que iba a estallarle una vena del cerebro.

Recordaba vagamente al hombre que fuera su padre, pero tenía un recuerdo más vivo de su madre. Lukin era un niño. Ella caminaba a su lado por un bosque. Era verano. Ella iba a recoger flores. De una mano llevaba a Lukin y de la otra a su hermano. La mujer les sonreía desde su mayor estatura… Piensa.

Recuerda.

Entonces vio claramente el rostro de su hermano como si en el interior de su cabeza se hubiera levantado el telón. El mismo rostro de la fotografía.

Slanski.

Lukin comprendió que en aquel rostro había visto algo extrañamente familiar ya en el puesto de control de Tallin.

La bruma pareció levantarse. Recordó el día en que llegaron los lobos y él huyó a refugiarse en los brazos de su padre.

—¡Los lobos, papá!

—Bah, se asusta de todo. —Mischa se había echado a reír.

—¿Y por qué corrías tú también?

—Porque tú corrías, hermanito, y no podía detenerte. Su padre los llevó hasta el interior de la cálida y acogedora casa y su madre los recibió con gran alegría. Después, aquella misma noche, mientras yacía en su cama se desató una tormenta y volvió a oír a los lobos aullando en el bosque.

—¿Tienes miedo? —había dicho la voz de Mischa en la oscuridad de la habitación.

Detrás de la ventana del dormitorio estalló un relámpago y poco después se oyó retumbar un trueno.

Lukin había empezado a llorar, asustado por el ruido y el resplandor y por los animales salvajes que aullaban en el bosque bajo una terrible tormenta.

—No tengas miedo, hermanito, Mischa te protegerá. Ven, duerme conmigo.

Se había acurrucado junto a su hermano sin dejar de llorar y los brazos de Mischa lo habían rodeado para abrazarlo estrechamente.

—No llores, Petia. Mischa siempre te protegerá. Y si alguien intenta hacerte daño alguna vez, lo mataré. ¿Lo entiendes, hermanito? Cuando mamá tenga el niño, Mischa lo protegerá también.

Y durante toda la noche Mischa había permanecido a su lado dándole calor, seguridad y consuelo.

Mischa…

—Me sorprende que tenga tiempo para relajarse. Disfrútelo mientras puede, Lukin.

Se sobresaltó al oír la voz a sus espaldas y se volvió sin darse cuenta de que las lágrimas asomaban a sus ojos.

Ante él estaba Romulka con una sonrisa burlona en el rostro y un vaso de coñac en la mano.

Lukin se secó el sudor de la frente y dio la espalda al coronel.

—Váyase al infierno.

Romulka sonrió con petulancia.

—Esa no es forma de hablarle a un camarada de armas. Debería ser más respetuoso. ¿Qué le pasa, Lukin? ¿Le preocupa lo que pueda ocurrirles a usted y a su mujer cuando Beria se entere de que ha fracasado? Pensé que le gustaría saber que el francés aún no ha hablado. Está aguantando notablemente bien. —Alzó su vaso y sonrió—. Esta tarea da mucha sed y necesitaba refrescarme un poco antes de empezar a trabajarlo de verdad. Pero si no basta con un poco más de tortura, le reservo algo a Lebel que sin duda le aflojará la lengua. Y eso solo puede significar una cosa, Lukin. En cuanto yo haya encontrado al americano, usted estará acabado y la mujer será responsabilidad mía.

—Ya me ha oído, váyase al infierno.

—Pero hay algo que me preocupa. Me he enterado de que ha hecho trasladar a la mujer esta noche a la prisión de Lefortovo. Pero ¿sabe lo más curioso? En la prisión no consta que haya llegado. ¿Cómo se lo explica, Lukin?

Como Lukin no respondiera, Romulka se inclinó sobre él y dijo en tono amenazador:

—Si intenta escamoteármela le costará la cabeza. ¿Dónde está la mujer, Lukin? ¿Dónde diablos está?

Lukin se quedó mirando fijamente su rostro y en ese momento sintió una rabia terrible y abrumadora.

—¿Sabe cuál es su problema, Romulka? Usted y los de su calaña son la escoria del KGB, unos cobardes sanguinarios. Y como todos los cobardes, disfruta infligiendo dolor. No hay en usted ni un gramo de compasión, ¿verdad, cabrón? ¿Quiere saber dónde está la mujer? Aquí tiene la respuesta.

Arrojó su bebida al rostro de Romulka.

El coronel estrelló su vaso contra una pared en un arrebato y extendió el brazo para sujetar a Lukin por el cuello de la camisa y lo empujó hacia un lado para desequilibrarlo. Un puñetazo estalló sobre el rostro de Lukin, que salió despedido hacia atrás.

Cayó pesadamente al suelo y Romulka se dispuso a rematar la faena. Para ser tan corpulento se movió con rapidez, pero no lo suficiente.

Lukin se incorporó torpemente y se agachó hacia un lado en el momento en que Romulka descargaba su puño, que solo hendió el aire. Aprovechando la oportunidad, Lukin hizo un molinete con el brazo y el gancho de metal se clavó en el antebrazo de Romulka.

El coronel abrió los ojos desorbitadamente y gritó de dolor.

Lukin tiró de él como si fuera un pez enganchado en el anzuelo y su rodilla se hincó en la ingle de Romulka. Después retiró el gancho y Romulka aulló de dolor mientras la sangre salpicaba la alfombra.

Romulka cayó al suelo sin dejar de gritar, y dos capitanes del ejército se abalanzaron sobre ellos para separarlos.

—¡Déjenlo! —rugió Lukin.

Los oficiales captaron la rabia de Lukin y se detuvieron en seco.

Romulka lo miró fijamente desde el suelo. Sus ojos prometían la muerte y el dolor le desfiguraba el rostro.

—Entiende una cosa, Lukin, voy a encontrar al *Lobo*, ¿me oyes? Voy a encontrarlo, y entonces habrás fallado. Estarás acabado, Lukin. Ya estás muerto.

Lukin sacó un pañuelo del bolsillo y frotó el gancho de metal.

—Y tú entiende esto: si vuelvo a verte a dos pasos de distancia, por mi alma que te mataré.

De pronto fue consciente de que en la habitación reinaba un silencio mortal. Todos lo miraban boquiabiertos y varios oficiales ya maduros de rostro severo lo miraban ceñudamente para expresarle su desaprobación. Pero nadie se movió, y por la expresión de sus rostros era evidente que creían que se había vuelto loco.

Lukin se volvió hacia los dos oficiales.

—Sugiero que llamen a un médico antes de que el coronel les eche a perder la alfombra.

Después dio media vuelta y salió por la puerta a grandes zancadas.

Cuando Lebel recuperó el conocimiento, se echó a llorar.

El dolor en el testículo era insoportable y la sensación de náusea no lo había abandonado.

De pronto le arrojaron un balde de agua a la cara y oyó la voz de Romulka que rugía:

—¡Despierta, judío! ¡Despierta!

Lebel farfulló algo detrás de su mordaza empapada y Romulka se inclinó sobre la mesa. Estaba pálido y de un pésimo humor. Lebel observó que una venda ensangrentada le cubría el antebrazo.

—Eres un estúpido, Lebel, ¿no crees? Solo tienes que responder a una pregunta. ¿Quién está cobijando a tus amigos en Moscú? Dime cómo encontrarlos y te soltaré. No solo te soltaré, sino que además te haré un favor. Te prometo que tus amigos no sufrirán ningún daño. El que me interesa es el americano. El americano y esa zorra amiga suya. Los demás no me interesan.

El sudor y el agua corrían por el rostro de Lebel y volvió a mascullar algo detrás de la mordaza. Romulka se la arrancó de un manotazo.

—¿Tienes algo que decir?

—Cabrón… estás…, cometiendo…, un error… Romulka le lanzó una mirada asesina.

—Tú lo has querido.

Lebel sintió que volvían a aplicar el utensilio de tortura alrededor de su escroto. Lo tensaron y el dolor volvió a recorrer su espinazo, solo que esta vez era más intenso. Sus alaridos resonaron en las paredes y las lágrimas acudieron a sus ojos.

Era demasiado… Nadie podía soportar tanto. Su torturado grito retumbó en la celda.

—¡No!…

—¡Trae la escopolamina! —gritó Romulka a uno de sus hombres.

El hombre regresó de la mesa con una jeringuilla llena de un líquido amarillo.

—El suero de la verdad —dijo Romulka a Lebel—. Vas a hablar de una manera o de otra, Lebel. Pero veamos cuánto dolor más puedes soportar, ¿de acuerdo?

Romulka hizo girar el tornillo y el dolor aumentó hasta invadir a Lebel de pies a cabeza.

Volvió a gritar.

Era demasiado.

No podía soportarlo más. Le parecía que el testículo estaba a punto de estallarle. Intentó decirle a Romulka que hablaría, que se lo diría todo, que le diría cualquier cosa con tal de detener el dolor; y entonces se desmayó de nuevo.

Cuando llegaron a la calle eran las once y media.

Las farolas de la calle estaban apagadas y Massey tuvo que forzar la vista para ver la camioneta aparcada al final del camino. La escarcha cubría los cristales, pero vio que la habían apartado en algunos puntos para que el conductor pudiera ver el exterior. El ucraniano dio unos golpecitos en la ventanilla del conductor.

—Abre, Sergei, soy yo.

La puerta del coche se abrió y por ella asomó un joven; de su boca brotó una columna de vapor. Parecía estar a punto de morir por congelación a pesar de que llevaba un grueso abrigo, un gorro y una bufanda que le cubría la mitad inferior del rostro.

—*Kapitan!* Ya iba siendo hora, coño.

Massey y el ucraniano se deslizaron al interior de la fría furgoneta.

—¿Qué diablos…? —exclamó el conductor al reconocer a Massey. Cuando se hubo recuperado de la sorpresa le dijo—: ¿Vas a decirme qué está ocurriendo?

—Más tarde. ¿Cuál es la situación?

—Aún siguen ahí dentro. Hasta ahora no se han movido, que yo haya visto. Es la tercera dacha empezando por la izquierda.

Massey frotó la ventanilla en círculo para desempañarla. Vio el oscuro contorno de las casas que se alzaban al otro lado de la calle y fue contando hasta localizar la tercera; frente a ella había una arboleda. Se volvió hacia el

conductor y le explicó todo lo que le había contado a su compañero. Massey entraría primero y solo. Si no había salido al cabo de media hora, o si oían disparos, debían entrar en la casa por la parte delantera y la trasera a la vez y acabar el trabajo.

—Quiero que tú cubras la parte de atrás —dijo Massey al conductor mientras este comprobaba el mecanismo de su arma y le enroscaba el silenciador.

El joven sonrió con suficiencia.

—No hay problema. Lo que sea con tal de largarme de Moscú.

Massey miró al hombre pelirrojo.

—Tú ve a la parte de delante y ponte a cubierto en el jardín principal. Si sale alguien que no sea yo, ambos sabemos lo que tienes que hacer.

—¿Estás seguro de que no necesitarás ayuda ahí dentro?

Massey negó con la cabeza.

—Solo quiero que entiendan una cosa. Ese hombre está armado y es peligroso, muy peligroso. De modo que tengan cuidado.

El hombre sonrió.

—Lo que tú digas, *amerikanski*, pero éramos de las SS, ¿recuerdas? Sabemos cómo cuidar de nosotros. ¿No es cierto, Sergei?

—Como diga mi *Kapitan*.

—Por su bien espero que tengan razón —dijo Massey.

Volvió la vista en dirección a la dacha. No había salida para Slanski si intentaba escapar. Y si Massey fallaba, sus hombres acabarían el trabajo.

Comprobó la Tokarev con silenciador. Le temblaban las manos y una repentina arcada en la boca del estómago le hizo sentir ganas de vomitar.

—¡Eh! ¿Te encuentras bien, *amerikanski*? —dijo el conductor.

Massey asintió con la cabeza e inspiró profundamente.

—Sincronicemos los relojes —dijo Massey; cuando lo hubieron hecho añadió—: De acuerdo, vamos allá. Los tres hombres se apearon del coche.

Lukin estaba sentado en la sala de operaciones hojeando las listas de coches registrados. Hacerle aquello a Romulka había sido una estupidez, pero la rabia le había desbordado hasta tal punto que fue incapaz de reprimirse. Intentó concentrarse en los documentos que tenía ante sí.

Por ley y por seguridad interna, todos los vehículos de transporte privados de la Unión Soviética eran registrados en los archivos de la milicia y del Segundo Directorio del KGB. Los permisos de circulación y los documentos

de los coches eran controlados estrictamente y les eran negados de forma sistemática a los convictos de delitos políticos y penales, por lo que Lukin había podido descartar las listas de disidentes.

Había acudido a la oficina de registro y había mostrado al oficial la carta firmada por Beria; diez minutos más tarde el hombre había regresado con una lista de diez páginas con todos los propietarios de un Skoda que vivían en Moscú.

Lukin había tardado otros quince minutos en encontrar un par de sospechosos posibles. Había una media docena de Skodas grises registrados a nombre de mujeres. Lukin tuvo en cuenta que también era probable que el coche estuviera registrado a nombre del marido de la mujer, si estaba casada, pero en la lista destacaban dos propietarias femeninas.

Una se llamaba Olga Prinatin. Lukin sabía que era una famosa bailarina del Bolshoi y su descripción no tenía nada que ver con la descripción que le había proporcionado Rizov.

La otra mujer, llamada Irina Dezov, también tenía un Skoda gris registrado a su nombre. Su dirección correspondía al distrito de Ramenki, al suroeste de Moscú. Lukin conocía la zona. Allí tenían su dacha de fin de semana muchos oficiales veteranos del ejército. Era la clase de lugar donde podían haber mantenido a Nadia retenida. Mientras Lukin repasaba los demás detalles del informe, notó que su pulso se aceleraba. Irina Dezov era viuda, tenía treinta y ocho años y la fotografía que se adjuntaba mostraba a una atractiva mujer de cabello oscuro. Lukin podía seguir investigando sus antecedentes en la sección de archivos del Segundo Directorio y ver si encontraba algo que sugiriera los motivos que pudiera tener la mujer. Pero un instinto le dijo que estaba sobre la pista correcta.

Cuando se ponía en pie enérgicamente, la puerta se abrió. Entró Pasha. Su rostro aún estaba pálido y macilento.

—¿Cómo es que no estás en casa? —preguntó Lukin—. Quiero que te mantengas al margen de esto. Ya tienes bastantes problemas.

—Quería ver si estabas bien. —Vaciló—. Y tengo que hablar contigo, ha ocurrido algo. —Vio la libreta que sostenía Lukin en la mano—. ¿Qué tienes ahí?

Cuando Lukin le habló de la mujer, Pasha sonrió.

—Quizá hayas dado con un filón. ¿Crees que Slanski podría estar utilizando la casa de esa mujer como piso franco?

—Es lo único que tengo, Pasha.

—Hay algo que deberías saber. Acabo de ver a Romulka subir a un Zis que estaba en el patio. Parecía tener mucha prisa y le seguía otro coche en el que iban varios tipos de aspecto desagradable armados hasta los dientes. Telefoneé a los calabozos. Al parecer el francés está muy mal y el médico de la prisión ha tenido que administrarle una inyección de morfina.

Lukin palideció notoriamente.

—Parece que Romulka tenía razón y Lebel se ha hundido —dijo Pasha—. O bien lo han drogado hasta las cejas con escopolamina para hacerlo hablar. ¿Qué vas a hacer?

Lukin alargó la mano para coger su cinturón con la pistolera y se lo abrochó apresuradamente.

—Seguirlos y ver en qué dirección van. Si es hacia Ramenki, como sospecho, intentaré llegar a la casa de la mujer antes que Romulka. En caso contrario, tendré problemas. No hay tiempo de seguir comprobando sus antecedentes. Dame las llaves del coche, de prisa.

—¿Vas a ir solo?

—No, me llevaré a un par de hombres —mintió Lukin.

—¿Y qué ocurrirá si Anna Khorev está allí? ¿Cómo explicarás eso?

—Es problema mío, pero tú quédate al margen, Pasha. Es una orden.

—¿Has olvidado que estoy de baja por enfermedad? No tengo que obedecer órdenes.

—Pasha, por una vez haz lo que te digo.

—No me perdería esto por nada del mundo. —Pasha titubeó y su rostro se endureció de repente—. ¿Qué hacemos si encontramos a Slanski?

—Solo Dios lo sabe.

—Si Romulka les echa el guante a él y a la mujer, están acabados y también nosotros.

Una terrible sensación de pánico y confusión invadió de pronto a Lukin. Todo aquel asunto era un embrollo y no sabía exactamente lo que iba a hacer cuando llegara al domicilio de la mujer, si era la que estaba buscando. No quería que Pasha lo acompañara, pero sabía que sería inútil discutir y no tenía tiempo para ello. Aquel hombre le desobedecía más por lealtad que por falta de respeto.

—Tengo una idea mejor —dijo Lukin—. ¿Dónde está ahora Lebel?

—En la enfermería de la prisión. El médico sigue intentando remendarlo.

—Ve a buscar a Lebel y súbelo al patio. Nos lo llevamos con nosotros. Yo podría estar equivocado respecto a Irina Dezov. Veamos si nos cuenta a nosotros lo que le ha dicho a Romulka.

—Según uno de los guardias, casi no puede andar.

—Entonces pídele al médico más morfina. Haz lo que sea, pero trae al francés. —Le tendió a Pasha la carta de Beria—. Y si alguien pone objeciones, le muestras esto.

Cogió las llaves de su coche de encima del escritorio y se dirigió hacia la puerta.

—En marcha. Romulka nos lleva ventaja.

54

Massey tardó cinco minutos en abrirse paso entre los árboles hasta la parte posterior de la dacha, y cuando salió de la arboleda se encontró al final de un gran jardín con frutales agostados y cubiertos de nieve.

Las contraventanas de la dacha estaban abiertas, pero las ventanas estaban cerradas y no se veía ninguna luz detrás de las cortinas. Pudo distinguir lo que parecía un cobertizo de madera abierto a cierta distancia, a su izquierda, con un coche aparcado en su interior.

Avanzó sin dejar las sombras y se dirigió hacia un pequeño patio adoquinado que había al fondo. Intentó abrir la puerta trasera haciendo girar suavemente el tirador. No estaba cerrada con llave y la empujó. La puerta crujió un poco, pero basculó silenciosamente sobre sus bisagras y se abrió.

La habitación estaba oscura como boca de lobo. Massey permaneció allí varios segundos, preparado para reaccionar y consciente del sudor que bañaba su rostro, mientras escuchaba en busca de cualquier sonido dentro de la casa o esperando que ocurriera algo.

Nada.

El silencio retumbaba en sus oídos como un trueno. Entró en la habitación. Había un fuerte olor a comida rancia. Por la situación de la estancia y el olor adivinó que se encontraba en la cocina.

Encendió la linterna. La habitación era grande y apenas estaba amueblada: una mesa con varias sillas, algunas cacerolas y demás utensilios de cocina. Frente a él vio un corredor, y hacia el centro del mismo había una puerta. Por debajo de ella se vislumbraba una rendija de luz amarilla. Avanzó con cautela hacia la luz, con el corazón latiéndole impetuosamente bajo las costillas.

Cuando llegó a la puerta, titubeó y volvió a escuchar. Silencio. Amartilló la Tokarev.

Clic.

En medio del silencio, el débil ruido sonó como una explosión.

De nuevo, esperó cualquier reacción.

Nada.

Inspiró profundamente y luego empujó la puerta y entró en la habitación.

Mientras buscaba un blanco, notó la fría boca de un arma apoyada en su nuca. Se inmovilizó y después intentó volver la cabeza mientras alguien salía

de detrás de la puerta.

—Yo no lo haría, Jake —dijo la voz de Slanski—. Ahora, ¿qué te parece si sueltas la pistola? Creo que necesitamos hablar.

El BMW cruzó el puente Lutznikovski en dirección a la plaza de Octubre. Lukin se secó el sudor que cubría su rostro y consultó su reloj de pulsera.

Las once y media.

Se oyó un gemido procedente del asiento trasero, donde se encontraba Lebel. El francés estaba inconsciente y tenía los ojos cerrados. Lukin le había puesto las esposas, aunque el hombre no pensaba ir a ningún lado, puesto que seguía bajo el efecto de la droga. El doctor le había administrado una dosis adicional de morfina, pero, por su aspecto, Lebel estaba drogado hasta las órbitas oculares. Según el médico, la combinación de escopolamina y morfina actuaba como un potente analgésico pero provocaba mareos, y Lukin se preguntó si conversar con el francés había sido una pérdida de tiempo.

Pasha miró por la ventanilla.

—A esta velocidad, tendremos suerte si llegamos a Ramenki antes del amanecer.

Por alguna razón, el tráfico de altas horas de la noche era lento y poco fluido por el puente. De pronto se había convertido en un atasco en ambas direcciones.

—Algo va mal ahí delante.

La plaza de Octubre se encontraba en el extremo opuesto del puente. Parecía que se trataba de un embotellamiento de tráfico y los conductores salían de sus vehículos para comprobarlo. El vehículo de Lukin no tenía sirena y Romulka les llevaba una ventaja de cinco minutos.

Pisó el freno y Pasha se dispuso a salir del coche, pero Lukin se lo impidió.

—Quédate aquí. Averiguaré qué está ocurriendo.

Lukin corrió hacia el atasco. Más adelante vio que una furgoneta de reparto había derrapado de través por el puente y el tráfico estaba interrumpido en dirección a la plaza de Octubre. Sobre la nieve sucia se marcaban las huellas de numerosos neumáticos; el escenario era caótico. Lanzó una maldición.

Vio a un peatón que pasaba por la pasarela con la cabeza gacha para protegerse del frío.

—¿Qué diablos pasa ahí delante? —rugió para llamar la atención del hombre.

El hombre volvió la cabeza hacia la maraña de tráfico y se encogió de hombros.

—Una camioneta bloquea el camino. Dos coches pasaron a demasiada velocidad por el puente y la camioneta tuvo que girar bruscamente para esquivarlos.

Lukin no veía señales del Zis de Romulka. Aquel cabrón debía de haber provocado el embotellamiento a sus espaldas. Volvió corriendo al coche. Cuando entró, dio un puñetazo sobre el volante para descargar su frustración.

—¿Qué pasa? —preguntó Pasha.

Lukin se lo contó.

—Lo último que nos faltaba —dijo Pasha—. Ya no alcanzaremos a Romulka.

Lukin se pasó la mano por la cara intentando pensar. Por debajo del arco del puente se encontraba la entrada al parque Gorki, que se extendía a lo largo de la orilla del helado río Moscova. Más lejos, en la hondonada que salvaba el puente, vio la empinada silueta del hotel Varsovia. Había un estrecho sendero a la derecha del hotel y Lukin sabía que iba a dar a la avenida Lenin. Aquello le apartaría de su rumbo unos minutos, pero era la única manera de escapar del embotellamiento.

—Agárrate fuerte —le dijo a Pasha—. Ahora es cuando empieza a ponerse interesante.

Embragó para poner una marcha, se apartó de la fila de vehículos y subió a la pasarela, con las luces largas encendidas y haciendo sonar la bocina mientras bajaba el talud en dirección al parque.

Massey estaba sentado en una silla mientras la Tokarev le apuntaba.

Miró a Slanski sin inmutarse.

—Todo ha terminado, Alex, lo mires como lo mires. Lebel ha sido capturado por el KGB y no pasará mucho tiempo antes de que hable. Y eso solo puede significar una cosa: los chicos del traje negro vendrán a este lugar a hacerte una visita.

—Si crees que voy a rendirme ahora, Jake, estás loco.

—Te lo he dicho, todo ha terminado. ¿Por qué quieres hacer una idiotez?

En el rostro de Slanski se dibujó una leve sonrisa, pero en su voz no había ni rastro de humor:

—Por instinto, si lo prefieres. Toda una vida de malas costumbres. Además, sería desperdiciar una oportunidad condenadamente buena.

Massey meneó la cabeza.

—Estás echando a perder tu vida y las vidas de Anna y de Irina.

—Washington no te ha enviado hasta aquí simplemente para charlar. Has venido a meterme una bala en el cuerpo, ¿verdad, Jake?

Massey guardó silencio, pero Slanski vio la reacción que asomó a su rostro.

—¿Podrías hacerlo, Jake? ¿Matarnos a Anna y a mí?

—Si no tengo otro remedio… —dijo Massey llanamente.

—La expresión de tus ojos dice lo contrario. No deseas hacerlo, Jake.

—Hay en juego algo mucho más gordo. No se trata solo de nuestras vidas. Moscú los quiere a ambos con vida. Y en cuanto tengan las pruebas que buscan, podrán justificar plenamente el inicio de una guerra.

—Lo que quieres decir es que en Washington rodarán cabezas si esto sale mal. —Slanski se puso en pie—. No has venido aquí tú solo, ¿verdad?

—La dacha está rodeada por delante y por detrás —dijo Massey pausadamente—. No hay escapatoria.

Slanski reflexionó un instante.

—¿Qué pruebas tiene Moscú de que he venido a matar a Stalin? —dijo al final.

—Tienen pruebas, ya te lo he dicho. Y las utilizarán en cuanto te capturen.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Además, nunca me dejaría atrapar con vida. ¿Crees que Moscú contaría al mundo entero que alguien se acercó lo suficiente a Stalin como para matarlo? En eso se equivoca. Sería la mayor pérdida de prestigio que jamás hubiera afrontado el Kremlin. No, mantendrían la boca cerrada y fingirían que no había ocurrido nada, y si yo lo consiguiera, algunos incluso me estarían agradecidos.

Massey hizo ademán de ponerse en pie.

—Quédate donde estás —dijo Slanski.

—¿Te importa si fumo?

—Adelante, pero despacio y sin movimientos bruscos. Y enciende uno para mí, ya que te pones.

Massey le tendió el cigarrillo y Slanski volvió a sentarse.

—Nunca pensé que llegaríamos a esto, Jake, tú y yo, como en *Duelo al sol*.

—No tiene por qué ser así. Si me das tu palabra de que no seguirás adelante, te llevaré de vuelta conmigo, a ti y a la mujer. Estaré contraviniendo las órdenes, pero estoy dispuesto a correr el riesgo. Como has adivinado, no deseo que ninguno de los dos acabe perdiendo la vida.

—Muy considerado por tu parte, Jake. Pero ¿cómo planeas sacarnos de aquí ahora que Lebel está fuera de juego?

—Mañana por la mañana sale un vuelo de transporte de tropas hacia Viena. Puedo conseguir documentos para todos nosotros.

—¿Y si no acepto?

—No saldréis de aquí con vida. Tú, Anna e Irina.

—¿De verdad matarías también a Anna?

Como Massey no respondiera, Slanski prosiguió:

—¿Qué tal si te limitas a llevártela junto con Irina y me dejas acabar esto?

Massey sacudió la cabeza.

—No hay trato, Alex. Tiene que ser todos o ninguno. Por ello, supongo que tienes sus vidas en tus manos. ¿Qué vas a hacer?

Slanski esbozó una sonrisa.

—Vivimos en un mundo terrible, Jake. Éramos amigos y ahora estás dispuesto a matarme. Y también a Anna. Eso me parte el corazón, pero es así. —Alzó una mano, con el pulgar y el índice extendidos, indicando una corta distancia entre las yemas de sus dedos—. Estoy así de cerca de meterle una bala en la cabeza al peor loco que ha conocido jamás el mundo y quieres que me olvide de ello. Estás más loco aún que yo.

—Te he contado las razones. Washington no puede arriesgarse.

—¿Y siempre haces lo que dice Washington?

—Algo me dice que estoy perdiendo el tiempo —dijo Massey con impaciencia.

Mientras extendía el brazo para aplastar la colilla de su cigarrillo, su otra mano subió de pronto para empuñar la pistola con silenciador.

Pero Slanski fue más rápido. Disparó una vez, la pistola escupió y la bala mordió la muñeca de Massey, quien cayó hacia atrás retorciéndose de dolor.

—Estás perdiendo facultades, Jake. Podía haberte reventado un ojo. Quizá debería matarte y acabar de una vez.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo arrojó. La sangre rezumaba entre los dedos de Massey y se cubrió la herida con el pañuelo.

—Alex, estás cometiendo un gran error… Escúchame… Hazlo por Anna.

En la voz de Slanski había un repentino tono cortante:

—¿Qué diablos te importa a ti Anna? Lo siento, Massey, ya he dejado de escucharte. Levántate.

Mientras Massey intentaba ponerse en pie trabajosamente, se oyó un ruido procedente de la escalera y apareció Anna en el portal.

Al ver a Massey abrió la boca para hablar, pero no pronunció palabra; en su lugar, una expresión de incredulidad absoluta apareció en su rostro.

Slanski se volvió hacia ella.

—Te lo explicaré después. Trae agua y atiende a Massey. Después, despierta a Irina; nos vamos de aquí.

Cinco minutos más tarde, Lukin había conseguido llegar por el atajo a la avenida Lenin y se dirigía hacia el distrito de Ramenki.

Pasha había intentado despertar a Lebel abofeteándolo con fuerza y gritándole a la cara, pero el francés seguía inconsciente.

—¡Maldición! —exclamó el mongol con frustración—. No sirve de nada. Ha sido una pérdida de tiempo traerlo con nosotros.

—¡Vuelve a intentarlo!

Volvió a intentarlo, pero el francés se limitó a gemir, profundamente dormido.

Lukin lanzó un juramento.

—Déjalo.

El tráfico que salía hacia el campo era fluido y las carreteras estaban cubiertas de nieve apisonada. Cuando llegaron a la intersección con la avenida Lomonosov y giraron a la derecha, Lukin vio los reflectores traseros de otro vehículo, unos cien metros más adelante.

Al reducir la distancia que los separaba vio que era un Zis negro y que frente a él había otro coche de grandes dimensiones.

—Creo que estamos de suerte —dijo Pasha.

Los dos coches de delante corrían a gran velocidad sobre la nieve, pero el BMW de Lukin tenía un potente motor e iba provisto de cadenas. Apretó el acelerador y se desplazó hacia un lado para obtener una visión más completa. El coche que iba al frente era también un Zis.

—Si es Romulka y lo adelantas —dijo Pasha—, le sentará como una patada.

—¿Qué más puedo hacer?

Pasha sonrió de oreja a oreja.

—Nada, pero me gustaría ver la cara de ese cabrón cuando nos vea. Hagámoslo.

Lukin pisó a fondo el acelerador. Durante una fracción de segundo tuvieron la sensación de que frenaban, mientras los neumáticos del BMW hendían la nieve apisonada, hasta que las cadenas que rodeaban los neumáticos hicieron presa y el potente motor rugió al tiempo que Lukin giraba el volante hacia la izquierda.

Adelantó al coche que tenía delante. En el interior había cuatro hombres corpulentos con ropas de civil; la mirada que lanzaron al BMW cuando pasó junto a ellos rugiendo era furibunda.

Y de pronto, Lukin corría junto al Zis que encabezaba la marcha.

Volvió la cabeza hacia la derecha en el mismo momento que Pasha y pudo ver brevemente al conductor y a Romulka, que iba sentado al lado de aquel. Dio otro acelerón y el BMW tomó la cabeza.

Tanto el conductor como Romulka volvieron la cabeza en el momento en que Lukin los adelantaba.

Por un instante, el rostro de Romulka quedó iluminado por la luz de una farola. Su expresión era de estupefacción al ver el coche de Lukin.

Pasha bajó la ventanilla y le mostró a Romulka el dedo corazón levantado.

—Siéntate aquí, tonto del culo.

Romulka reaccionó ante el gesto, y su rostro, desfigurado por la ira, desapareció de la vista cuando el BMW siguió adelantándose.

Instantes más tarde, Lukin volvió a la calzada, pero mantuvo la misma velocidad.

Pasha se echó a reír.

—¿Tienes que ser siempre tan diplomático? —preguntó Lukin.

—Que se joda. Me preocuparé por las consecuencias después.

—Los mongoles no tenéis remedio.

—Lo llevamos en la sangre. Con un antepasado como Gengis Khan, ¿qué se podría esperar?

Lebel gimió desde el asiento de atrás. Pareció recuperar la conciencia, pero permaneció en silencio.

Lukin lo miró a través del espejo retrovisor.

Los vehículos que lo seguían habían aumentado la velocidad y se le echaban encima. Notó que el sudor brotaba de su frente y le dijo a Pasha:

—¿Cuánto falta?

—Calculo que unos cuatro kilómetros. Si mantenemos la velocidad, con suerte tendremos tiempo de ocuparnos de lo nuestro en la dacha antes de que

ese bastardo venga a tocarnos las pelotas.

Slanski apagó la lámpara de petróleo de un soplido y la habitación quedó sumida en la oscuridad.

Encendió la linterna y se cambió de mano la Tokarev. Apuntó el haz de luz hacia un rincón de la estancia.

Massey estaba sentado en el suelo, con las manos atadas a la espalda. Anna e Irina estaban sentadas y acurrucadas a su lado. Se habían vestido y el rostro de Irina estaba blanco de miedo.

—¿Y si dejas irse a las mujeres y me arriesgo yo solo? —dijo Slanski a Massey.

Massey evitó mirar a Anna al responder:

—Ya te lo he dicho, no puedo hacer eso, Alex.

—Eres un cabrón, Massey. De todos modos, ellas no seguirán adelante. ¿Qué daño podría hacer eso?

—He recibido órdenes… Massey vio que Anna lo miraba fijamente con una expresión dolida en el rostro. Slanski le había contado a qué había venido Massey y este pudo ver que la mujer reaccionaba con incredulidad.

—Anna, lo siento —dijo Massey de pronto—. Esto no depende de mí. Si Alex sigue adelante, todos moriremos. Tiene que detener esta locura.

En el rostro de Anna apareció una expresión de desesperación y apartó la mirada.

—No creo que eso importe ya, ¿no crees, Jake? Ya nada importa.

—Dile que se detenga porque es la única manera de que todos salgamos de esto con vida… Ya no les queda ningún sitio al que huir.

—Cállate, Massey —dijo Slanski antes de que Anna pudiera responder—. Haz cualquier otro ruido y será el último.

Apagó la linterna y se dirigió hacia la ventana. Aguardó hasta que los ojos se adaptaron a la oscuridad y después retiró ligeramente la cortina para atisbar hacia el exterior a través de una rendija. El jardín delantero parecía lúgubremente tranquilo a la luz de la luna. Creyó ver una silueta moverse cerca de la verja, pero desapareció de repente. Soltó la cortina, volvió a encender la linterna y enfocó a Massey.

—¿Cuánta gente hay ahí fuera?

Massey no respondió. Slanski amartilló la Tokarev y apuntó a la cabeza de Massey.

—Si vuelves a titubear, te vuelo la cabeza. ¿Cuántos?

—Dos hombres.

—¿Quiénes son?

—Agentes que lanzamos en paracaídas hace unos meses.

—Cuéntame más.

—Antes formaban parte de las SS ucranianas.

—Vas con malas compañías, Jake, me sorprende.

—Debían elegir entre un juicio por crímenes de guerra o trabajar para nosotros. —En la voz de Massey había una sombra de pánico—. Por el amor de Dios, déjame hablar con ellos, Alex.

Slanski negó con la cabeza.

—¿Estás seguro de que son dos? ¿No quieres reconsiderarlo?

—Ya te lo he dicho, son dos.

—Será mejor que no me mientas. —Lanzó el arma de Massey hacia Anna —. Si se mueve, dispara. Si no lo haces, te matará. Le tendió la linterna a Irina.

—Apágala y no la enciendas hasta que yo vuelva. Dame las llaves del coche.

Irina lo miró como una loca.

—Nunca saldremos de aquí con vida. ¡Ya estamos muertos! ¡Oh, Dios mío!

La mujer temblaba de miedo y Slanski le dio una bofetada.

—Cállate y haz exactamente lo que te digo —ordenó con firmeza—. De este modo quizá consigamos salir de aquí de una pieza. Las llaves. Después apaga la maldita linterna.

Irina buscó las llaves a tientas y se las tendió a Slanski. Después apagó la linterna. La habitación volvía a estar sumida en las tinieblas.

Oyeron crujir la puerta débilmente y Slanski se fue.

En la cocina reinaba la oscuridad y hacía un frío polar.

Cuando Slanski penetró en la estancia, vio que la puerta que conducía al exterior solo estaba entornada. Cruzó silenciosamente la habitación y atisbó en dirección al patio, con la Tokarev preparada para disparar.

El jardín cubierto de nieve tenía un color gris claro bajo la difuminada luz de la luna. Escudriñó durante largo rato el cobertizo de madera y el coche intentando captar algún movimiento, pero solo vio sombra y oscuridad.

No sabía si Massey le había dicho la verdad. Tal vez hubiera más de dos hombres allí afuera, y podían estar en cualquier parte, pero solo había una

manera de averiguarlo.

Amartilló el arma, se tumbó de bruces y salió arrastrándose por la puerta. Segundos más tarde culebreaba por el patio helado cubierto de adoquines hasta que llegó al cobertizo.

Aguardó por si se producía algún movimiento o algún sonido, pero al no percibirlos se puso en pie, abrió la puerta del lado del conductor e introdujo la llave en el contacto, aunque dejó la puerta entornada. Estaba a punto de avanzar, cuando oyó un débil chasquido a sus espaldas y una voz que le decía en ruso:

—Suelte el arma y mantenga las manos levantadas. Después, vuélvase despacio.

Dejó caer la Tokarev, que se estrelló contra el suelo con un ruido metálico. Se volvió y vio a un joven que permanecía en pie entre las sombras, a unos dos metros de distancia.

El joven avanzó un paso. Era de complexión robusta y empuñaba una pistola. Sonrió abiertamente.

—Debo decir en su honor que se mueve muy silenciosamente, pero no lo suficiente. ¿Dónde está mi amigo americano?

—En la casa.

—¿Muerto?

—Me temo que rebosa salud. —Slanski señaló con la cabeza en dirección al jardín—. Se supone que debían ser dos. ¿Dónde está su camarada?

—Pronto lo averiguará. Vuélvase y avance hacia la casa. Le prevengo, no intente nada. Soy un excelente tirador.

—Como usted diga, excepto que ha olvidado algo.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

—De esto. —El Nagant con silenciador subió y escupió una vez. El joven no tuvo ninguna oportunidad. El único disparo le acertó justo sobre el puente de la nariz y cayó de espaldas contra el coche, para deslizarse seguidamente hasta el suelo.

Slanski se agachó y se preparó para la presumible reacción al disparo de su arma, pero al no producirse, recuperó la Tokarev y después arrastró el cuerpo hasta el fondo del cobertizo.

El segundo ucraniano estaba en cuclillas entre los arbustos del jardín delantero. Aguzó el oído: sin lugar a dudas, había oído algo.

Pero no estaba seguro de qué había sido. ¿Voces o el viento entre los árboles? Se movió para cambiar de postura y se incorporó ligeramente. Dejó el Kalashnikov en el suelo, a su lado, y se frotó las piernas para activar la circulación. ¿Qué coño pasaba? El americano ya debía haber salido.

Consultó el reloj.

La manecilla luminosa indicaba que faltaba un cuarto de hora para la medianoche. Le concedería otro par de minutos y después avanzaría hacia la casa. Mientras tanto, cualquiera que saliera por la puerta era hombre muerto, sin ninguna duda.

Curiosamente, la situación le producía una extraña sensación de regocijo. Era como en los viejos tiempos, cuando perseguía partisanos comunistas en el Cáucaso. Lo único que le faltaba era el uniforme de las SS y una pistola ametralladora alemana MP40 decente.

Sonrió, recogió el arma, se volvió a agachar y esperó.

—Enciende la linterna.

Irina obedeció y vio a Slanski ante ella, mirando a Massey.

—Al parecer tenías razón en cuanto al número, Jake.

Pero ahora pierdes por uno a cero. Háblame del hombre que hay delante de la casa.

Como Massey no contestara, Slanski apoyó la Tokarev en su cabeza.

—Dímelo o quizá sucumba a la tentación. —Se llama Boris Koval. Era capitán de las SS ucranianas.

—¿Es bueno?

Massey asintió con la cabeza.

—¿Hasta qué punto?

—Es uno de los mejores que hemos entrenado. No es que necesitara mucho entrenamiento. Ya era bueno cuando empezamos.

—¿Va armado?

Massey guardó silencio.

—O me lo dices o te echo a la calle por la puerta principal y me entero por las malas —dijo Slanski.

—Un Kalashnikov.

Slanski dejó escapar un suave silbido.

—Entonces supongo que tenemos problemas. —Se volvió hacia Irina y Anna—. Vamos a salir por la parte de atrás. Massey también. Cuando dé la

señal, te metes en la parte de atrás del coche y mantenéis la cabeza agachada. Dejadme el resto a mí.

Cuando Anna se puso en pie, Massey levantó la vista para mirarla. Sus ojos se encontraron durante un instante y vio la expresión de su rostro: toda la confianza que había existido entre ellos estaba destruida.

Iba a hablar, a explicarse, pero ella ya se había ido, avanzando en dirección a la puerta. Irina caminaba detrás temblorosa. Después, Slanski obligó a Massey a levantarse y lo empujó en la misma dirección.

Pasha consultó el plano de calles mientras Lukin conducía.

—¿Cuánto falta? —preguntó Lukin.

—Tuerce a la izquierda por la próxima y habremos llegado.

—Eso dijiste hace un minuto.

—Todas estas calles parecen iguales cuando nieva, joder.

Lukin giró y entraron en una calle larga y ancha, flanqueada por árboles y dachas a ambos lados. Se detuvo en la intersección. Los edificios parecían estar a oscuras y abandonados.

Pasha cogió la pistola ametralladora del asiento trasero y la depositó sobre su regazo.

—¿Cuál es el plan?

Lukin apagó los faros del vehículo. Solo la luz que se reflejaba sobre la nieve ante ellos proporcionaba alguna claridad y la carretera parecía mortalmente tranquila.

—Ojalá lo supiera.

—¡Maldición, Yuri! Romulka llegará en cualquier momento.

—Necesito hablar con Slanski.

—Espero que te escuche, porque en caso contrario eres hombre muerto.

—Voy a ir solo. Quiero que esperes fuera.

—¿Qué vas a hacer? ¿Llamar a la puerta y decir que pasabas por aquí casualmente? Slanski te volará la cabeza en cuanto te vea. Tiene que haber otra manera.

—No hay tiempo para pensar en ello.

De pronto, por el espejo retrovisor, Lukin vio el destello de unos faros que barrían la noche hasta situarse en el extremo opuesto de la calle, a su espalda.

Pasha miró hacia atrás.

—Esos cabrones ya están aquí. Al parecer, el lugar es el adecuado —dijo.

Lukin contempló los faros que avanzaban hacia ellos.

—¿Crees que podrías retenerlos un rato más? —preguntó.

—¿Quieres que dispare sobre Romulka?

—En la oscuridad no sabrá qué diablos ocurre ni quién está disparando. Reviéntales los neumáticos, eso los frenará, y después reúnete conmigo en la dacha.

—Suponiendo que sigas con vida. De acuerdo.

—Ten cuidado —dijo Lukin.

Pasha salió del coche sinuosamente y desapareció al doblar la esquina, empuñando la pistola ametralladora.

Lebel, el francés, seguía desmadejado en el asiento trasero.

Lukin puso el coche en marcha y giró para regresar a la calle. Fue contando las casas a medida que las dejaba atrás hasta que finalmente vio la dacha.

Las luces estaban apagadas. Condujo otros cincuenta metros hasta la dacha siguiente, en la misma acera de la calle. El lugar parecía abandonado. La entrada estaba desierta, todas las luces apagadas y las contraventanas atrancadas para el invierno. Redujo la marcha y después puso marcha atrás para entrar reculando por el sendero de entrada. Cuando iba a salir del coche, Lebel gimió. Por un momento parecía ebrio, pero de pronto su cabeza se desplomó hacia un lado y volvió a perder el sentido.

Lukin abrió una de las esposas que sujetaban las muñecas del francés y la cerró alrededor del tirador de la puerta. Después salió del coche.

Lo que iba a hacer a continuación aún no lo sabía, pero fuera lo que fuese tenía que hacerlo rápido. En cualquier momento Romulka doblaría la esquina como una exhalación y Pasha empezaría a disparar. Si Slanski estaba en la dacha, oiría el tiroteo y eso no iba a ayudarle.

El archivo que Pasha había robado estaba ahora bajo la guerrera de Lukin.

Alzó la solapa de su pistolera y quitó el seguro del arma, pero no la desenfundó. No tenía intención de utilizarla, aunque tampoco pensaba correr riesgos. Fue apresuradamente hacia la parte trasera del coche y abrió el portamaletas. Tanteó entre las herramientas y la rueda de recambio hasta que encontró un trapo grasiento, el resto de una camisa blanca. Estaba cubierto de grasa y manchas de gasolina. Encontró la llave de tuercas de las ruedas y ató el trapo blanco a su extremo.

Era una burda bandera de paz, pero tendría que servir para lo que tenía en la mente. Al pensar en ello se sintió ridículo. Iba a llamar a la puerta principal, preguntar por Slanski y esperar que su respuesta fuera cooperadora.

Era arriesgado, casi una invitación a una muerte certera, pero no se le ocurría otra cosa.

Avanzó con rapidez después de cerrar de nuevo el portamaletas.

De pronto oyó el estampido de un arma seguido por el chirrido de unos neumáticos al otro extremo de la calle.

El ruido pareció expandirse por el aire y una fracción de segundo más tarde se oyó otra ráfaga de disparos. Después, la noche pareció estallar con el tableteo de las armas.

Pasha había abierto fuego sobre el convoy de Romulka y, por el ruido, Romulka y sus hombres estaban devolviendo los disparos.

Con el sudor brotándole de todos los poros, Lukin lanzó una maldición y corrió hacia la dacha.

55

El ucraniano husmeó el peligro. No le gustó. No le gustó ni pizca. Ya hacía media hora que el americano se había ido y aún no había dado señales de vida.

¿Qué ocurría? ¿Estaba muerto o seguía persiguiendo su empeño en el interior de la casa?

El ucraniano era un hombre de infinita paciencia y podía haber aguardado en el jardín helado toda la noche, pero esta vez reaccionaba por instinto. Y el instinto le decía que había problemas. Poco antes, un coche había parado en la calle, frente a la casa. Él había tensado todos los músculos de su cuerpo, repentinamente alerta y preparado para la acción. Atisbó en dirección ala calle a través de los matorrales y vio un BMW alemán que pasaba lentamente, provisto de cadenas para la nieve que hacían crujir la helada superficie de la calzada. Qué curioso, un BMW. Su pintura oscura resplandecía bajo la vaporosa luz de la luna. Un bonito coche. No pudo distinguir los rasgos del conductor, pero la silueta miraba sin duda alguna hacia la dacha; en la parte de atrás parecía haber otra persona.

¿Qué coño pasaba?

Estaba preparado para disparar, pero el coche había pasado de largo. Vio que el vehículo se metía por un callejón, un poco más adelante, y oyó apagarse el motor. Esperó, oyó la puerta del coche al abrirse, después otra puerta, que resonó en la oscuridad, pero ya no oyó nada más.

Todas las dachas estaban desiertas y supuso que solo eran utilizadas durante los fines de semana. Quizá uno de los propietarios había decidido salir de Moscú para pasar la noche fuera. Tal vez el hombre iba con una mujer en la parte trasera del coche. Apenas había podido echar un fugaz vistazo a la silueta de atrás y no estaba seguro de si era una mujer. Mierda. Siguió escuchando, intentando captar algún sonido, pero no oyó nada y se puso en pie silenciosamente. ¿Quizá debería ir a comprobarlo? Lo mirara como lo mirase, no debería quedarse sin hacer nada. Amartilló el Kalashnikov y salió de la protección de las sombras. Al hacerlo oyó el tableteo de un arma de fuego que ladraba en la calle. Se quedó inmóvil.

Junto a la puerta de la cocina, Slanski atisbó hacia el jardín trasero iluminado por la luz de la luna. A su espalda, Anna e Irina aguardaban con expectación. Massey iba ante ellos con las manos atadas y Slanski apoyándole el arma contra la base del cráneo.

—Tú primero, Massey —susurró, y se volvió hacia las mujeres—. Nos dirigiremos hacia el coche tranquilamente. Guarden silencio y recuerden lo que les he dicho.

Empujó a Massey hacia el patio adoquinado. Se encogió casi esperando un disparo, pero como este no se produjo, avanzaron apresuradamente hacia el cobertizo de madera y el Skoda. Abrió la puerta trasera y empujó a Massey rápidamente hacia el interior. Después, Anna se deslizó a su lado. Irina ocupaba el asiento delantero, y cuando Slanski saltó al asiento del conductor junto a ella le dijo:

—Hasta ahora todo va bien.

Bajó la ventanilla silenciosamente; sus dedos encontraron la llave de encendido y se puso tenso. Puso la primera marcha, pero siguió pisando con firmeza el pedal del embrague. Titubeó y empezó a salir por el sendero asfaltado en dirección a la calle cubierta de nieve en la que desembocaba. Parecía desierta; no había tráfico a la vista. La distancia era de unos treinta metros y podía recorrerla en cuestión de segundos si conseguía ganar velocidad rápidamente. Hizo girar la llave de encendido. El motor tosió y volvió a quedar mudo. El corazón de Slanski dejó de latir. En aquel preciso instante se desató un verdadero infierno. De algún punto de la oscuridad brotó un tableteo de disparos seguido por un chirrido de neumáticos y frenos. Los ocupantes del Skoda se pusieron en tensión y Slanski se quedó inmóvil.

—¿Qué diablos…?

Se oyó otra ráfaga de disparos algo más lejos. Slanski hizo girar de nuevo la llave de encendido y esta vez el motor cobró vida tras una explosión. Accionó un interruptor y los faros bañaron el sendero con su luz. Al mismo tiempo, soltó suavemente el embrague, pisó el acelerador y el Skoda arrancó bruscamente; sus ruedas mordieron el sendero.

Lukin se inquietó al aproximarse a la dacha.

La sangre martillaba furiosamente en sus venas mientras el ruido de disparos seguía atronando en la distancia. Llevaba el trapo blanco en la mano y mientras avanzaba agachado en dirección al sendero, divisó una silueta que salía de los matorrales en la parte delantera del jardín.

Era un hombre corpulento, de aspecto rudo. Empuñaba un Kalashnikov y avanzaba hacia la puerta principal de la dacha. Lukin se detuvo. El hombre estaba parcialmente oculto por las sombras y no podía ver si se trataba de Slanski. Antes de que pudiera reaccionar, un motor cobró vida bruscamente y dos potentes focos iluminaron el sendero. Lukin, desconcertado, se quedó inmóvil. El hombre del Kalashnikov también se quedó inmóvil, y después un coche salió rugiendo de la oscuridad, sendero abajo, alumbrando el camino con sus faros. Lukin se quedó estupefacto cuando el hombre del jardín giró en redondo y disparó una ráfaga hacia el Skoda mientras pasaba ante él. Lukin se arrojó al suelo cuando el arma empezó a disparar y oyó el sonido del plomo desgarrando el metal cuando una andanada de balas respondió desde la ventanilla del conductor.

El Skoda salió precipitadamente a la calle y el hombre del Kalashnikov corrió tras él, sin cesar de disparar. Las ventanillas del vehículo se hicieron añicos mientras este patinaba y derrapaba sobre la nieve, pero de pronto se enderezó y giró hacia la izquierda para enfilar la calle por el centro. Mientras giraba, una de las puertas traseras se abrió repentinamente debido a la violencia del giro y una silueta salió despedida y cayó rodando sobre la nieve que cubría la calle. Lukin observó con incredulidad que el hombre del Kalashnikov seguía disparando al Skoda. De pronto pudo ver claramente que era Slanski quien estaba al volante.

El hombre del Kalashnikov había vaciado el cargador y sacó otro del bolsillo apresuradamente; recargó con celeridad el arma y la amartilló. Lukin empuñó su pistola en el momento en que el hombre se volvía; el horror se dibujó en el rostro del ucraniano al verlo. Iba a levantar el Kalashnikov, pero Lukin le disparó dos veces y lo alcanzó en el pecho y en el cuello; el hombre cayó de espaldas sobre la nieve. Lukin corrió hacia la calle y vio los reflectores traseros del Skoda desaparecer a gran velocidad sobre la nieve.

—¡No! —bramó.

A su espalda oyó un gemido de dolor, y cuando se volvió, Lukin vio arrastrándose sobre la nieve la silueta que había salido despedida del coche. Era un hombre, tenía una herida en el pecho y su rostro estaba deformado por un dolor insoportable. Entonces vio que llevaba las manos atadas a la espalda.

—¡Por Dios, ayúdeme!

Aquel hombre hablaba en inglés. Por unos instantes, Lukin se quedó inmóvil intentando ordenar sus pensamientos. De pronto oyó gritos y vio a un grupo de hombres que bajaban por la calle con linternas encendidas en la

mano, avanzando hacia él. Romulka encabezaba el grupo con la pistola en la mano.

—¡Alto! ¡Quédese donde está!

¿Dónde diablos estaba Pasha?

Lukin se volvió y vio que los reflectores traseros del Skoda habían desaparecido. Se arrodilló y cogió por el cuello del abrigo al hombre herido y lo arrastró hacia el BMW. Al cabo de diez segundos, Lukin estaba casi sin aliento. Surgió una nueva ráfaga de disparos que levantó nubecillas de nieve frente a él. Miró hacia atrás. Romulka y sus hombres estaban a menos de cincuenta metros.

—¡Alto! ¿Me oye? ¡Alto!

Lukin no se detuvo; aquel hombre pesaba como el plomo. Cuando llegó al sendero, abrió de un manotazo la puerta del BMW y deslizó al hombre hacia el interior; después fue corriendo hacia el asiento del conductor, hizo girar la llave de contacto y el motor se puso en marcha.

Mientras salía hacia la calle en marcha atrás, a gran velocidad, dos hombres corrieron hacia él disparando sus armas. Lukin pudo comprobar que los disparos perforaban el metal y el vidrio, mientras la ventanilla posterior saltaba en pedazos. Cuando miraba hacia atrás, Lebel recuperó la conciencia y Lukin oyó un gemido y una voz pastosa que decía:

—¿Dónde estoy?

—Agache la cabeza.

No esperó a ver si Lebel le obedecía. Cambió de marcha a toda prisa y, mientras agachaba la cabeza, pisó a fondo el acelerador y el coche aumentó su velocidad con un rugido. Las balas acribillaron la carrocería a su paso. Lo último que vio Lukin por el espejo retrovisor fue el rostro de Romulka, deformado por la ira, que corría tras él por el centro de la calle, disparando con frenesí.

56

Lukin sudaba mientras conducía.

No había encendido las luces de posición por si alcanzaba al Skoda, pero la carretera no estaba iluminada y le resultaba difícil mantener el BMW en la calzada.

De vez en cuando se acercaba demasiado a la cuneta y la rueda delantera chocaba contra la parte derecha de la carretera y tenía que girar bruscamente el volante.

Lo que había hecho era una locura, pero sabía que no le quedaba otro remedio que seguir a Slanski. Sin embargo, lo único que veía ante sí era la noche y las nevadas calles desiertas.

El Skoda llevaba una ventaja de quizá solo un minuto, pero el BMW era más rápido, por lo que no podía alejarse mucho. Además, Lukin podía distinguir, aunque a duras penas, el rastro de unos neumáticos sobre la nieve virgen y sabía que solo podían ser del Skoda.

Llegó a una bifurcación de la carretera. Vio que las huellas de los neumáticos giraban hacia la izquierda y las siguió acelerando todo lo que se atrevía en la oscuridad.

¿Qué le habría ocurrido a Pasha? Lukin supuso que en cuanto el fuego se hizo demasiado nutrido, intentó replegarse en dirección a la dacha.

A menos que Romulka lo hubiera matado. Y con aquel pensamiento, Lukin se hundió en la desesperación. Pero conocía bien a Pasha. Era un cabezota, pero contaba con la astucia innata de su sangre mongol. Lukin supuso, esperó mejor, que de algún modo hubiera conseguido salir del apuro.

El francés había recuperado la conciencia en la parte de atrás del vehículo; los efectos de la droga se desvanecían progresivamente. Era evidente que el tiroteo lo había despertado de golpe. Cuando finalmente vio al hombre herido en el asiento delantero, pareció cobrar vida repentinamente y en su rostro apareció una expresión perpleja.

—Jake… —empezó a decir.

Lukin no tenía ni idea de qué significaba esa palabra, ni si era en francés o en inglés. El hombre que había a su lado apenas estaba consciente. Tenía la cabeza hundida sobre el pecho y la sangre manaba a borbotones por su boca, asfixiándolo y obligándolo a toser.

El francés se inclinó hacia delante temblorosamente y buscó el pulso del pasajero.

—¿Qué ocurre? —dijo confuso—. Por el amor de Dios, ¿no ve que se está muriendo?

En su voz y en su actitud había algo que sugería que Lebel conocía a aquel hombre. El coche dio un brinco al rozar contra el bordillo, pero Lukin lo enderezó y siguió el rastro de los neumáticos en la nieve. El hombre del asiento delantero gimió y su cabeza se inclinó blandamente hacia la derecha.

—¿Lo conoce? —preguntó Lukin apremiantemente.

—Sí.

—¿Quién es? —exigió.

Lebel lo miró desconcertado.

—¿Quién es usted? ¿Cómo he llegado aquí?

—Comandante Lukin, del KGB. Le saqué de la Lubyanka.

La confusión llenó el rostro del francés y guardó silencio. Lukin supuso que aún estaba demasiado desorientado por la morfina para recordar que se habían visto en el hotel, y el francés parecía sufrir fuertes dolores. Antes de que Lukin pudiera hablar de nuevo, vio de pronto las luces traseras rojas de un coche varios centenares de metros más adelante y su corazón dio un vuelco. Casi había llegado al río Moscova, y más adelante vio un puente que lo cruzaba hasta Novodevichy. Cuando el coche que iba delante pasó traqueteando sobre el puente y las luces de posición avanzaron en línea recta, Lukin comprendió que el vehículo se dirigía hacia el antiguo convento.

Tenía que ser Slanski.

Las únicas huellas que había en la nieve eran las que Lukin llevaba viendo todo el camino, desde la dacha. Era evidente que Slanski estaba desesperado y no podía huir hacia otro lugar. El convento abandonado le ofrecería una breve protección.

Lukin redujo la velocidad y escrutó a través del parabrisas. Entonces vio el principio de los muros del convento a la izquierda de la carretera. Notó que su corazón latía de nuevo aceleradamente contra sus costillas al ver que el coche reducía la marcha y giraba hacia la izquierda, en dirección a la entrada del convento. Había mantenido una distancia de seguridad y seguía con las luces apagadas, por lo que supuso que los ocupantes del otro vehículo no se habían dado cuenta de su presencia. Incluso a aquella distancia pudo ver que el coche era un Skoda de color claro.

Al acercarse a la curva hacia la izquierda, Lukin aumentó la velocidad, encendió las luces bruscamente y pasó de largo. Se volvió para mirar y vio

que el Skoda se detenía frente a la entrada del convento, a cincuenta metros de distancia. Pudo divisar la ventanilla trasera destrozada y suspiró con alivio. Unos cien metros más adelante, apagó nuevamente los faros, hizo dar media vuelta al BMW para encararlo hacia el convento y después pisó el freno y apagó el motor. Permaneció sentado. Luego pudo distinguir una figura que se movía hacia la entrada porticada. Momentos después, la figura volvió, subió al coche por la puerta del conductor y el Skoda penetró por la arcada y desapareció.

Lukin esperó. A los pocos minutos puso de nuevo en marcha el coche y se acercó aún más al convento. Apagó el motor a cincuenta metros de la entrada y dejó que el BMW se deslizara silenciosamente hasta detenerse frente al portal. Pudo ver que la verja del interior estaba abierta.

El ocupante del asiento delantero gimió una vez más.

—Se está muriendo —dijo el francés—. Por el amor de Dios, haga algo, de prisa.

—Escúcheme, Lebel, y escúcheme bien. No quiero hacerle daño. Si hace lo que le digo, saldrá libre. ¿Quiere quedar libre?

Lebel le devolvió la mirada con incredulidad.

—¿Sería alguien tan amable de decirme qué diablos está ocurriendo? He sido secuestrado y he pasado dos días en una celda apestosa donde un maníaco peligroso casi me aplasta un huevo mientras afirmaba que yo nunca vería de nuevo la luz del sol. Y ahora usted me pregunta si quiero ser libre, como si todo esto no hubiera sido más que un lamentable error.

Lukin le tendió la llave de las esposas.

—Tome, quíteselas usted mismo.

El gesto pareció asombrar al francés, que rápidamente se liberó las manos.

—¿Quién es su amigo? —preguntó Lukin.

Lebel titubeó.

—Un americano —dijo finalmente—. Se llama Jake Massey, y si quiere saber algo más, pregúntele a su camarada el coronel Romulka.

—Ya habrá tiempo para las explicaciones. Y Romulka no es amigo mío. Si yo no lo hubiera sacado de los sótanos, él hubiera empleado con usted trucos peores que aún guarda en la manga, puedo asegurárselo. Pero ahora lo que quiero es que lleve un mensaje hasta el convento.

En el rostro de Lebel, contraído por el dolor, apareció una mirada de desconcierto.

—No lo comprendo.

—Sus amigos de la dacha acaban de entrar ahí, en el coche. Con ellos va un hombre llamado Slanski. Dígale que quiero hablar con él. Dígale que es importante y que no quiero hacerle daño.

Lukin vio el desconcierto reflejado en el rostro del francés.

—Dudará de usted, Lebel, pero asegúrele que no se trata de un truco. Tome, quiero que le dé esto. —Sacó el informe de su guerrera y se lo tendió —. Dígale que lea atentamente el contenido. Dígale que el comandante Yuri Lukin ha descubierto la razón por la que fue elegido para que encontrara al *Lobo*. Cuando lo haya leído, necesito hablar con él.

Lebel frunció el entrecejo sin convicción.

—Por favor, confíe en mí y haga lo que le pido —dijo Lukin—. No me han seguido y no quiero hacerle daño a ninguno de ustedes. Asegúrele eso a Slanski. Coja mi pistola si no me cree.

Sacó la Tokarev de la funda y se la tendió a Lebel. Como el francés no aceptara el arma, le cogió la mano y lo obligó a empuñarla cerrándole los dedos alrededor de la culata.

—Cójala. ¿Sabe conducir?

Lebel lo miró con desconcierto, pero asintió con la cabeza.

—Coja mi coche y vaya hasta el convento —dijo Lukin—. Dígale a Slanski que lo espero junto al río. Lleve con usted a su amigo. Los otros quizá puedan ayudarle.

Salió del coche y ayudó a Lebel a pasar de la parte de atrás al asiento del conductor; el francés no pudo reprimir una mueca de dolor.

—Despacio —gruñó.

Lukin metió la Tokarev y el informe en los bolsillos de Lebel.

—¿Cree que lo conseguirá?

—*Mon ami*, con tal de no tener que volver a la Lubyanka, conseguiré cualquier cosa.

—¿Cómo se siente?

Lebel soltó un gruñido.

—Como si alguien le hubiera pegado fuego a mi testículo derecho.

Lukin encontró el trapo blanco en el coche y bajó la ventanilla.

—Coja esto. No pare de agitarlo antes de salir.

El francés le miró alarmado.

—¿Cree que habrá disparos?

—Por su bien, espero que no.

—Creo que es hora de salir de Moscú por asuntos de negocios. Me iré a algún lugar más tranquilo y seguro, por ejemplo La Cocina del Diablo, en un

barrio de Nueva York. Deséeme suerte.

—Vaya, por favor, de prisa. Y recuerde lo que le he dicho.

Lebel condujo haciendo eses en dirección hacia la verja del convento. Mientras Lukin lo veía desaparecer al entrar en el oscuro patio, oyó el distante sonido de un reloj que daba las doce y media de la noche.

Fue caminando hacia el río. El lugar estaba desierto y el agua helada parecía de plata bajo la luz de la luna. Encontró un banco y se sentó. Sacó del bolsillo la cajetilla de cigarrillos, encendió uno con mano temblorosa y esperó.

Massey volvió a recuperar la conciencia y se sentó en el coche.

Una ráfaga de viento helado penetró por la ventanilla y lo abofeteó en la cara. Después, oleadas de dolor recorrieron su cuerpo. Gimió atormentadamente y notó el sabor de la sangre en los labios. Tenía la sensación de que sus pulmones y su pecho estaban ardiendo, aunque tenía la frente fría como el hielo. Tosió y escupió sangre sobre su abrigo.

«Dios mío, voy a morir», pensó.

«Tómatelo con calma, Jake», dijo una voz. «Ya casi hemos llegado, maldito, hijo de perra. No te mueras ahora». Massey era vagamente consciente de que había una luz plateada al final de una estancia, una verja de celosía abierta con un patio ajardinado al fondo. El coche cruzó la verja lentamente y finalmente se detuvo y el motor cesó de roncar. Después, el hombre que había junto a él agitó algo por la ventana.

—¡Hay un herido aquí! —gritó—. Por el amor de Dios, ayúdenme.

La voz resonó en los muros del patio.

En el gélido silencio que siguió, los segundos parecieron horas. Después, Massey oyó otra voz distante, demasiado distante para oírla claramente.

—¡No dispare! —gritó después la voz que había junto a él—. Massey está conmigo, está malherido.

Saliendo de la oscuridad apareció Slanski empuñando una pistola.

Massey intentó moverse, pero todos sus sentidos parecieron desenfocarse, una extraña niebla empezó a envolverlo y se desplomó hacia delante.

57

Los edificios que se elevaban alrededor del patio del convento llevaban mucho tiempo en decadencia, y la sacristía que se encontraba al fondo de la vieja iglesia no era una excepción. No había electricidad, apestaba a excrementos y a orina, y las paredes de escayola estaban desconchadas.

Anna sostuvo la linterna mientras Irina ayudaba a Lebel y Slanski a transportar a Massey hasta el interior. El francés caminaba con dificultad, pero cuando enfocó la luz sobre Massey tuvo que llevarse una mano a la boca para ahogar un grito horrorizado. La sangre que brotaba de sus heridas le empapaba la ropa y tenía el rostro mortalmente blanco.

Una vez en el interior de la habitación, Slanski soltó a Massey.

—Quítale el abrigo —le dijo a Irina—. Tan de prisa como puedas.

Irina fue a hacer lo que él decía, pero cuando le hubo desabrochado un par de botones y vio las heridas se detuvo.

—Pierdes el tiempo —dijo—. No lo conseguirá, ha perdido demasiada sangre. —Se volvió hacia Lebel con la ira llameando en sus ojos, después de rehacerse de la conmoción de volver a verlo—. ¡En qué lío me has metido!

—Podría decir lo mismo respecto a mí.

—Lebel, matarte me proporcionaría una gran satisfacción, bastardo.

—No es culpa mía, cariño. A veces las cosas parecen destinadas a salir mal. Demos gracias de que ambos seguimos con vida.

Algo pareció estallar en el interior de Irina en aquel momento, y alzó la mano para abofetear el rostro de Lebel, pero él desvió el golpe.

—No, *chérie* —dijo—. ¿No ves que ya sufro bastante?

Slanski estaba buscando el pulso de Massey y se volvió para gritarles:

—Se pueden zurrar más tarde. Irina, a ver si encuentras un poco de agua por ahí afuera. Necesitamos limpiar estas heridas.

Irina iba a protestar, pero cuando vio la expresión del rostro de Slanski se apresuró a abandonar la habitación.

—Me dijeron que te diera esto —dijo Lebel a Slanski, tendiéndole el informe y la Tokarev—. Con los saludos del comandante Lukin. Supongo que ya se conocen.

Slanski se quedó inmóvil y su rostro se endureció.

—Lukin nos trajo hasta aquí —dijo Lebel—. Estaba solo y me pidió que te dijera que no quiere hacerte daño. Me pidió que te asegurara que no se trata de una añagaza y que nadie lo ha seguido.

Vio la mirada de confusión total que cruzó el rostro de Slanski y se apresuró a añadir:

—Acepta mi palabra. No sé de parte de quién estará ese comandante, pero te aseguro que no del KGB. Acaba de rescatarme. Por cierto, el arma que empuñas es de Lukin, él está desarmado.

—¿Te importaría decirme qué significa eso?

—Esos son exactamente mis sentimientos. Este asunto es cada vez más confuso. De pronto estoy en París y al momento siguiente me están torturando en una apestosa celda de Moscú, donde consiguen remodelarme uno de los testículos. Después, para rematarlo, me libera un comandante del KGB renegado, con un solo brazo, y que actúa como ángel salvador. La vida da sorpresas, no cabe duda.

—¿Dónde está Lukin?

—Fuera, junto al río, esperando a que se reúna usted con él. Dice que quiere hablarle y que es importante. —Lebel señaló el informe—. Pero antes debe leer esto. Es algo que me pidió que le dijera. El mayor Yuri Lukin ha descubierto la razón por la que él fue el elegido para encontrar al *Lobo*. Aunque no tengo ni idea de qué significa eso.

Slanski encendió su linterna con la confusión pintada en el rostro y abrió la carpeta.

Lebel se volvió hacia Anna.

—Usted debe de ser uno de los pasajeros que debía llevar. Después de esta noche, tendré suerte si consigo salir de Moscú. Y no hablemos de llegar a Finlandia. Parece algo imposible.

Antes de que Anna pudiera hablar, Massey gimió y se volvió hacia el otro hombre. Estaba perdiendo sangre con rapidez. Anna le puso una mano sobre la frente; la tenía ardiendo.

—No te mueras, Jake… —susurró inclinándose sobre él.

De pronto, los párpados de Massey se abrieron y su voz gorgoteó:

—Anna…

—No te muevas ni intentes hablar, Jake. Tómatelo con calma.

—Anna… Perdóname…

—No hables, Jake, por favor.

Massey tosió y escupió sangre, que le resbaló por el mentón. Cerró los ojos y su cabeza se inclinó blandamente hacia un lado. Había lágrimas en los

ojos de Anna cuando se volvió hacia Slanski.

—Por el amor de Dios, ¿no puedes hacer algo?

Pero Slanski no la escuchaba. Mientras permanecía de pie sosteniendo el informe, apareció una extraña expresión en su rostro, al principio de aturdimiento, y de pronto palideció como Anna no lo había visto nunca antes, y no movía ni un músculo. Sostenía una fotografía en la mano y la miraba fijamente en silencio.

—¡Haga algo! —gritó Anna a Lebel.

Lebel se acercó a Massey y le tomó el pulso en el momento en que Irina llegaba con un balde de zinc abollado, lleno de líquido.

—Es lo único que he podido encontrar. Un poco de agua helada de un barril rebosante.

Lebel alzó la vista y dejó caer la fláccida muñeca de Massey.

—Estamos perdiendo el tiempo. Ha muerto.

La nieve empezó a caer mecida por el viento y el río, helado, lucía un blanco espectral en la oscuridad.

Más allá de los álamos plateados de la orilla opuesta, Lukin podía ver las luces de Moscú. A aquella distancia, la estrella roja que corona el Kremlin se encendía y se apagaba como un faro a través del velo creado por la nieve que caía mansamente.

Slanski estaba sentado junto a él. La situación tenía un halo de a temporalidad del que ambos hombres eran conscientes. La expresión atónita no había abandonado a Slanski, que aún sostenía el informe en la mano. Había ido hasta la orilla del río, al principio desconfiado, hasta que vio el desgarro interior que se reflejaba en el rostro de Lukin cuando sus ojos se encontraron, una mirada que le reveló que no debía temer nada. Los dos hombres permanecieron allí sentados largo tiempo. Ninguno de los dos hablaba, hasta que finalmente, como para romper la tensión y el silencio, Lukin dijo:

—Tu amigo ¿sobrevivirá?

—Ha muerto.

—Lo siento.

—Tiene que ocurrirnos a todos. No se podía hacer nada. Lukin miró a Slanski.

—¿Has leído el informe?

—Sí.

—¿Y crees todo lo que has leído?

—Al principio tenía mis dudas, pero ahora… Ahora que te veo de cerca, sí, lo creo. Por lo que me ha dicho Lebel, tú salvaste su vida y la nuestra. No te habrías buscado tantos problemas si no fuera verdad.

Lukin paseó la mirada por la oscuridad.

—¡Quién lo habría imaginado! Ahora ya sabes por qué fui elegido para encontrarte y acabar contigo. Una broma enfermiza típica de Stalin, enfrentar a hermano contra hermano, sangre contra sangre. —Inspiró profundamente y expelió una bocanada de vapor mientras sacudía la cabeza—. Aún no puedo creerlo.

La voz de Slanski se suavizó.

—Dime qué ocurrió la noche en que me fui del orfanato. ¿Qué ocurrió después?

Lukin lo miró. Había lágrimas en sus ojos y su voz estaba teñida de emoción.

—¿Tengo que hacerlo?

—Necesito saberlo, Petia.

—Ha pasado mucho tiempo desde que alguien me llamaba así. Me suena raro, como si perteneciera a otra vida. He encerrado bajo llave gran parte de lo que ocurrió en mi pasado. Me parecía una horrible pesadilla. Hasta que leí el informe creía que había conseguido enterrarlo todo.

—Tienes que contármelo.

Lukin movió la cabeza.

—No serviría de nada. Durante más de veinte años he intentado olvidarlo y quizá sería mejor que tú no lo supieras.

Slanski extendió el brazo y tocó la mano de Lukin.

En ese momento, Lukin se sintió abrumado por la emoción. Slanski apoyó suavemente la mano sobre el hombro de su hermano.

—Tómatelo con calma, Petia —dijo.

Permanecieron sentados sin hablar durante varios minutos, hasta que finalmente Slanski dijo:

—Estar contigo y con Katia parecía la única realidad que conocía. Cuando os dejé atrás aquella noche, en el orfanato, sentí que lo había perdido todo. Nunca supe qué os había ocurrido. Y después me parecía que el dolor era mayor que si supiera que estabais muertos. Era como si alguien me hubiera arrancado el corazón y quedara un vacío donde antes estabais vosotros. Necesito saberlo.

Lukin apartó la mirada. En dirección a la ciudad, vio las luces del tráfico que se movían más allá de la bruma de la nieve. La escena parecía normal, y sin embargo el torbellino de su alma era extraordinario. Sintió una punzada de angustia en el pecho y volvió la cabeza.

—La noche en que escapaste, Katia y yo te observábamos desde la ventana. Fue como perder a papá y a mamá de nuevo, el mismo dolor, la misma pena. Katia estaba inconsolable. Te quería, Mischa. Eras para ella como un padre y una madre a la vez.

»Debían de ser alrededor de las cuatro de la madrugada cuando escapaste. A Katia se le partió el corazón y la sacudían las convulsiones. No podía detenerla. Una de las celadoras entró en el dormitorio y nos encontró. Cuando descubrió que te habías ido, dio la alarma y nos encerró en una de las celdas del sótano. Vinieron dos hombres de la policía secreta. Querían que les dijéramos dónde habías ido. Nos amenazaron con matarnos si no respondíamos. —Su voz tembló por la ira—. Katia tenía cinco años, pero le pegaron y la martirizaron, igual que hicieron conmigo.

»Al cabo de tres o cuatro días nos dijeron que no volverías nunca, que habían encontrado tu cuerpo en la vía del tren, cerca de la estación de Kiev, aplastado por una locomotora. Después de eso, algo le ocurrió a Katia. Fue como si se hubiera apagado una luz en su interior. Cuando la miraba a la cara, no veía ninguna expresión en sus ojos. No quería comer ni beber. Llamaron a un médico, pero a los que acudían al orfanato no podía importarles que viviera o muriera. Había muchos huérfanos. Uno más no importaba.

Titubeó.

—Al día siguiente me enviaron a un correccional. La policía secreta recluta a menudo a sus agentes en esas instituciones. Katia fue enviada a un orfanato de Minsk y ya no volví a verla. —Alzó la mirada—. Pero no era exactamente un orfanato, era un hospital especial para niños especiales.

—¿Qué quieres decir?

—Era un asilo para retrasados. Mantenían a los casos más graves encerrados en celdas, encadenados a la cama como animales. Katia estaba tan ausente que la encerraron en una celda individual. No tenía nada, excepto que le habían roto el corazón y nadie podía llegar hasta ella. —Lukin hizo una pausa—. Cuando estalló la guerra y los alemanes avanzaron, Stalin ordenó que los locos de todos los hospitales especiales fueran liquidados para no malgastar los suministros de alimentos. Llevaban a los pacientes en grupos hasta un bosque y los fusilaban. Katia fue uno de ellos.

Tras un largo silencio, Slanski dijo con voz queda:

—Entonces, Katia murió por mi culpa.

—No, por tu culpa, no. Tú no fuiste el responsable. Hiciste lo que debías.

—Si me hubiera quedado, ella seguiría con vida.

—No importa lo que pienses ahora. Hiciste bien en escapar. Haberte quedado te habría destruido también a ti, como me destruyó a mí. No físicamente, pero sí mi espíritu. Por mi parte, me convertí en lo que nuestros padres jamás hubieran querido que fuera.

Slanski se puso en pie, inspiró hondamente y apretó con fuerza los párpados, como si el dolor que le producía lo que había oído fuera algo insoportable. Al cabo de un largo rato abrió los ojos.

—Y a ti, ¿qué te ocurrió? ¿Cómo supiste la verdad? ¿Cómo se enteraron de mi misión?

Lukin se lo contó. Slanski lo escuchó de pie y sin interrumpirlo.

—Ahora ya sabes que es imposible matar a Stalin —dijo Lukin finalmente.

—Quizá me atraiga lo imposible. Además, todavía puede hacerse.

—¿Cómo?

—Primero necesito que me des tu palabra de que no me traicionarás —dijo precavido Slanski—. Necesito saber que puedo confiar en ti.

—Nunca te traicionaría, Mischa, jamás. Tienes mi palabra. Confiaste en mí viniendo aquí. Confía en mí ahora.

Slanski reflexionó unos instantes.

—Uno de los antiguos túneles de escape del zar conduce desde el teatro Bolshoi hasta la tercera planta del Kremlin y desemboca cerca de las habitaciones de Stalin. Esa será mi vía de acceso.

Lukin sacudió la cabeza.

—Perderías el tiempo. Stalin se ha trasladado a su dacha de Kuntsevo debido a la amenaza que pesa sobre su vida. Y a causa de esa amenaza la dacha está vigilada más estrechamente que el Kremlin. Además, han reforzado la guardia en todos los túneles secretos del Kremlin. Te matarían antes de llegar a tu destino.

Slanski esbozó una sonrisa.

—Cuando las cartas vienen malas, hay que barajar de nuevo. Tengo un plan alternativo. Un tren subterráneo secreto comunica el Kremlin con la villa de Kuntsevo. Solo es utilizado cuando Stalin tiene que viajar con rapidez o en caso de emergencia. Puede abordarse cerca del Kremlin y conduce directamente a un punto debajo de la villa.

—Estoy enterado de la existencia del tren subterráneo, pero puedes estar seguro de que la vía también está fuertemente custodiada, en especial ahora. Te matarían antes de que consiguieras acercarte a la villa de Stalin. Además, hay guardias armados en todas partes y los bosques que la rodean están minados. Sería un suicidio.

—Eso lo sabía desde el principio, pero es un riesgo que voy a tener que correr.

—Suponiendo que consiguieras acercarte lo suficiente, ¿cómo lo matarías?

—Me temo que ni siquiera tú puedes saber eso, hermano. Pero si me acerco lo suficiente me aseguraré de que el castigo de Stalin esté a la altura de sus crímenes.

Lukin reflexionó un momento con el entrecejo arrugado por la concentración.

—Quizá haya otra forma de entrar en la dacha que tenga alguna posibilidad. Pero hay que pagar un precio.

—¿Cuál?

—Nuestras vidas, la tuya y la mía.

Slanski titubeó y después sacudió la cabeza negativamente.

—Por mi parte ya me había hecho a la idea de morir, pero esta no es tu guerra.

—Te equivocas. Es tan mía como tuya. Tú y yo somos dos caras de la misma moneda. Podemos resarcirnos de todo lo que ha ocurrido. Stalin tiene una cita con la muerte. Es una cita que lleva mucho tiempo aguardando. Me aseguraré de que acude a ella.

—¿Y tu mujer? ¿Y el niño que está esperando? No puedes hacer eso.

—Debo hacerlo. Y tú no puedes hacer sin mí lo que yo estoy pensando. Tus amigos quizá consigan llegar hasta la frontera con Lebel. El coronel del que te he hablado, Romulka, quizá sospeche que quieran utilizar el tren de Lebel e intente detenerlo, pero si todo va como lo estoy planeando, todo el KGB de Moscú será un caos y tus amigos quizá consigan escabullirse durante la confusión. Es la única posibilidad que tienen, por remota que sea. Me ocuparé de que suban a bordo sanos y salvos. Nadie puede acompañarlos. A partir de ahora soy hombre muerto, de todos modos. Si se queda en Rusia, Nadia está sentenciada. Marchándose con Lebel, quizá logre cruzar la frontera.

Slanski lo miró inquisitivamente.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro de algo en toda mi vida. —Lukin hizo una pausa. Su voz era más firme cuando dijo—. Pero con una condición: es mejor que Nadia no sepa lo que vamos a hacer ni el porqué. Ya estará bastante confusa sin saberlo. Ella debe creer que te atrapé, pero que hemos llegado a un acuerdo mutuo. Yo he dejado escapar a tus amigos y a Anna y a cambio tú has aceptado que ella los acompañe porque su vida corre peligro. Tus amigos le dirán que yo me reuniré con ella más tarde, en Finlandia. Asegúrate de que se lo dicen, estará menos preocupada. Pero no le cuentes a ninguno de ellos nada de nuestro pasado. No lo creerían, y todo es ya bastante confuso para ellos tal como está.

—Entonces ¿qué les digo?

—Que le he fallado a Beria y mi vida corre peligro. Y que hemos llegado a un acuerdo a cambio de permitir escapar a tus amigos.

—¿Crees que se lo tragarán?

—¿Por qué no? Anna y Lebel saben que, después de liberarlos, estoy acabado. Saben de lo que es capaz Beria y que la vida de Nadia estaría en peligro por lo que he hecho. —Titubeó—: Hay algo más que quiero hacer antes de que salga el tren. Algo importante.

—¿Qué?

Lukin se lo contó. La frente de Slanski se arrugó mientras permanecía sentado bajo la fría noche como si intentara asimilarlo todo.

—Entonces, ¿estás de acuerdo, hermano? —preguntó Lukin finalmente.

—¿Sabes? Nunca pensé que me alegraría de no haberte matado cuando tuve la oportunidad.

Lukin sonrió tristemente.

—Quizá fue el destino.

De pronto, Slanski pareció hundirse y sus hombros se agitaron convulsivamente. Toda una vida de angustia solidificada fue cayendo capa a capa como si quisiera dejar el alma al descubierto.

—Dios mío, Petia —dijo—, me alegro de volver a verte. Lukin le puso una mano en el hombro y después lo abrazó.

58

Henri Lebel estaba sentado junto a la ventana de la oficina de la estación de las afueras de Moscú, fumando ávidamente un cigarrillo y lanzando miradas de preocupación hacia el exterior, a través de los densos copos de nieve que caían.

El hombre que había junto a Lebel era escuálido y de la comisura de su boca colgaba un cigarrillo encendido. Llevaba una gorra grasienta y un mono de conductor de locomotora debajo de un mugriento abrigo, y en su rostro había una expresión preocupada mientras se frotaba las manos con un trapo sucio.

En la vía principal aguardaba un tren, con la pintura negra cubierta de barro; una tenue columna de humo se elevaba con lentitud de su chimenea.

—Me has tenido preocupado, Henri —dijo el hombre—. Al no recibir ayer tu llamada, como habíamos quedado, te telefoneé a tu hotel. Me dijeron que no habías llegado todavía a Moscú. En el último minuto me llamas y me dices que todo sigue como acordamos. Y ahora te encuentro balbuciendo no sé qué sobre que necesitas unas muletas. ¿Te importaría decirme qué sucede?

Lebel intentaba disfrutar de su primer cigarrillo en tres días. Lukin le había dado otra inyección de morfina y el dolor en la ingle había remitido, sustituido por una sensación de entumecimiento; pero apenas era capaz de andar, y lo que necesitaba realmente era descanso y un buen médico. Sin embargo, por el momento ambas cosas tendrían que esperar. Se sacudió una mota de ceniza de su abrigo de marta y miró al hombre.

—Olvídalo, Nicolai. Digamos que he tenido una experiencia muy desagradable, pero ahora estoy aquí. —Miró con desagrado el cigarrillo ruso barato—. Podías haberme conseguido algo mejor que este petardo bolchevique.

—A mí me gustan.

—Con el dinero que ganas conmigo deberías fumar habanos. ¿Qué hora es?

El hombre consultó su reloj.

—Casi la una. Tus amigos se están retrasando, ¿no crees? ¿Estás seguro de que vendrán? Si no se presentan, nos ahorrarán muchas molestias.

Lebel lo fulminó con la mirada.

—Vendrán. No te olvides de nuestro acuerdo.

—Oye, ¿te he fallado alguna vez? Aparezcan o no, yo recibiré mi dinero. Eso es lo que acordamos.

—Nicolai, tendrás tu recompensa en cuanto se entregue la mercancía.

En ese momento, los faros de un coche aparecieron detrás de una esquina, a la derecha del edificio de la estación, y el corazón de Lebel dio un vuelco. Slanski salió rápidamente del BMW, seguido por Lukin, que aún llevaba el uniforme del KGB.

Cuando Nicolai vio el uniforme, el cigarrillo se le cayó de los labios.

—Por vida de Lenin… —dijo horrorizado—. Nos han descubierto. ¿Qué coño pasa?

—Nada que deba preocuparte. Relájate, Nicolai. Han llegado tus pasajeros.

—¿Que me relaje? Por si no te habías dado cuenta, lo que viste tu amigo es el uniforme del KGB.

—Ayúdame a levantarme —dijo Lebel cansadamente. Nicolai lo ayudó a ponerse en pie y el francés le dijo—: Espera aquí.

Abrió la puerta de la caseta y salió trastabillando. No había llegado muy lejos cuando Slanski cruzó el andén para reunirse con él.

—¿Todo en orden? —le preguntó.

—Todavía no le he hablado al conductor sobre nuestro nuevo acuerdo. Pensé que era mejor esperar a que llegaran. Algo me dice que a Nicolai no le va a gustar. ¿Cómo se ha tomado la noticia la mujer del comandante Lukin?

Slanski volvió la cabeza para mirar el coche; en aquel momento, Lukin ayudaba a salir a los demás pasajeros. Su mujer se aferró a su brazo temblorosamente al salir del automóvil, abrazando una maleta pequeña por todo equipaje, completamente desorientada.

—Lo menos que puedo decir es que está aturrullada y trastornada, pero eso era de esperar.

En aquel momento oyeron un portazo y vieron al conductor del tren que avanzaba por el andén a paso vivo en dirección a Lebel.

—Henri, ¿qué coño pasa aquí?

—Cambio de planes —dijo Slanski enérgicamente—. Llevarás dos pasajeros más.

El rostro del conductor enrojeció de ira y miró a Lebel con ojos centelleantes.

—Ese no era el trato. El límite son dos. ¿Quieres que acabe ante el paredón?

—Nicolai, la situación ha cambiado.

—Puedes estar seguro de ello. El trato queda anulado. No pienso seguir adelante con esto.

—Escúchame, Nicolai —dijo Lebel—. La única manera de conseguir tu dinero es llevar dos personas más. Además, me encargaré de que haya una prima para ti.

—Eso no fue lo que acordamos; nuestras vidas ya corrían suficiente riesgo tal como estaba. Ahora quizá no llegue a poder gastarme el dinero. No me jodas, Henri, no tengo tiempo ni paciencia. El tren ya va con retraso. Llevaré dos personas, ni una más. Lo tomas o lo dejas. ¿Qué crees que es esto? ¿El maldito caballo de Troya?

—Diez mil rublos más en cuanto lleguen todos sanos y salvos al otro lado de la frontera. Te lo garantizo. Eso significa mucho champán y mucha ropa interior para tu amiguita de Karelia.

Nicolai pareció vacilar; después miró más allá de Lebel, en dirección al BMW verde, mientras el comandante del KGB ayudaba a salir a los demás pasajeros de la parte trasera; sin embargo, la nieve que los obligaba a todos a entornar los ojos impidió que Nicolai pudiera verles las caras.

—¿Quiénes son?

—Los pasajeros. Es todo cuanto necesitas saber. Tres mujeres y una niña.

—Esto empieza a parecer una excursión de viudas y huérfanos. Los críos traen problemas. ¿Qué pasaría si los guardias fronterizos decidieran echar una ojeada a los vagones y la cría empezara a llorar?

—Si has hecho tu trabajo y los has sobornado como de costumbre, no tienen por qué mirar. Además, administrarán un sedante a la niña y dormirá todo el camino.

Nicolai parecía indeciso y sacudió la cabeza.

—Sigue siendo un gran riesgo. —Señaló a Slanski con un vivo gesto del mentón—. ¿Quién es este individuo?

Slanski sacó del bolsillo una tarjeta de identificación del KGB y la desplegó para mostrársela al conductor.

—Alguien que está a punto de salvarle la vida, camarada —miró en dirección al BMW en el momento en que Lukin conducía a los demás hasta el andén—. El hombre que ve allí es mi colega, el comandante Lukin. —Slanski hizo una pausa para que sus palabras surgieran el efecto deseado—. Está al corriente de todo su pequeño montaje de contrabando. De hecho, hasta que *monsieur* Lebel y yo intervinimos, estaba dispuesto a detenerlo.

Nicolai palideció aún más y miró a Lebel con expresión de alarma.

—Eres un cerdo. Dijiste que no tenía que preocuparme de nada.

—Y es verdad, siempre que obedezca —le interrumpió Slanski—. Entre las pasajeras hay una de nuestras agentes y queremos que sea transportada al oeste. Si no es así, le garantizo personalmente que se encontrará ante un paredón de fusilamiento antes de mañana.

El color desapareció por completo del rostro de Nicolai, que miró a Lebel con desesperación.

—Me temo que es verdad —dijo Lebel.

—Entonces cuéntenme de qué va la cosa.

—Es una cuestión de seguridad del Estado y no es asunto suyo —dijo Slanski—. Deberá proceder de modo habitual con el transporte y no hará ningún comentario respecto a su cargamento adicional, como de costumbre. Si nos traiciona, sufrirá las consecuencias. ¿Cree que podrá hacerlo?

Nicolai se derrumbó y exhaló un suspiro.

—No tengo elección, ¿verdad?

Slanski dio media vuelta y cruzó el andén con paso marcial en dirección a los demás.

—Relájate, Nicolai —dijo Lebel—. Míralo por el lado bueno.

—¿Cuál es el lado bueno?

—Que ahora trabajas para el KGB…

Slanski se detuvo en el andén junto a Lebel y ambos vieron cómo Nicolai abría la puerta corredera de uno de los vagones de mercancías y entraba en él con una palanqueta de acero y una bolsa de herramientas en la mano.

—No debería llevarle mucho tiempo aflojar las tablas del suelo —dijo Lebel—. Ya ha practicado agujeros de ventilación en la madera para que no se asfixien por falta de oxígeno. Sus amigas podrán salir cuando estén en marcha, en dirección a la frontera, pero deberán volver a esconderse antes de que lleguemos al puesto de control. Suponiendo, claro, que lleguemos tan lejos.

—Deme un cigarrillo.

Lebel tendió un cigarrillo a Slanski y miró en dirección al grupo que permanecía en el andén junto al vagón abierto, fundidos en estrechos abrazos. Lukin abrazaba a su mujer y Lebel pudo ver que esta estaba llorando. A su lado, Anna Khorev rodeaba a su hija con los brazos, mientras Irina le hacía carantoñas a la niña.

—Ya he oído hablar de la señorita amiga suya, pero ¿quién es la niña?

Slanski rascó un fósforo contra una de las columnas de la estación y encendió el cigarrillo.

—Su hija. La niña estaba en un orfanato del KGB. El comandante Lukin tuvo que falsificar la firma de Beria para que la soltaran.

—Dios mío —exclamó Lebel palideciendo—. Esto empeora a cada minuto que pasa.

Después de lo ocurrido anoche, difícilmente podría importar demasiado.

—Esperemos que tenga razón.

—¿Me ha hecho el favor que le pedí?

Lebel sacó del bolsillo un juego de llaves de un vehículo y se las tendió a Slanski.

—Lo único que pude conseguir fue una camioneta Emka azul. Uno de mis contactos del Ministerio de Industria me debía un favor y la dejó aparcada donde usted dijo. No informará de que se la han robado hasta mañana por la mañana.

—Gracias. ¿Qué me dice del tren? ¿Podrá arreglar también eso?

—Es algo más arriesgado. Nos detendremos en una estación llamada Klin, a una hora de Moscú, para incorporar un cargamento de carbón con destino a Helsinki. Eso no debería llevarnos más de una hora. Nicolai podría seguramente alargarlo hasta dos horas cargando, agua para el motor y solucionando algunos fallos imaginarios, pero no podrá retrasarlo mucho más. De lo contrario, las autoridades del ferrocarril podrían sospechar. Por eso, si pretende reunirse con nosotros, sugiero que no se demore.

—Intente forzar la pausa todo el tiempo que pueda.

—Pienso que ya hemos forzado las cosas lo suficiente hasta ahora, ¿usted no lo cree? —dijo Lebel sombríamente. Slanski arrojó el cigarrillo.

—Alégrese, Henri. Todavía respira. Podría haber sido mucho peor.

—Después de esto no volveré a Moscú. Supongo que existe cierta compensación en el hecho de que Irina sea libre, si vivimos lo suficiente para disfrutarlo. ¿De verdad cree que conseguiremos llegar a Helsinki?

—Es una posibilidad que merece la pena intentarse, teniendo en cuenta las alternativas.

Lebel frunció el entrecejo.

—Si me permite una observación, después de cuatro años en la resistencia francesa, un hombre aprende a darse cuenta cuando le largan una bola, y en todo este cambalache hay algo turbio. Supongo que no serviría de nada preguntar qué se traen entre manos usted y Lukin.

—De nada en absoluto.

Lebel se encogió de hombros y señaló el tren con un movimiento de cabeza.

—Al parecer aún le queda a usted una despedida, amigo mío. Será mejor que yo vaya a ver qué retiene a Nicolai.

En aquel momento, Anna dejaba a su hija con Irina y se acercaba a ellos. Pero Lebel se escabulló en dirección al tren. Instantes después, los brazos de Anna rodeaban el cuello de Slanski mientras este la atraía hacia él en un estrecho abrazo.

—No sé cómo agradecerle a Lukin lo que ha hecho.

—Cuida de su mujer, será una buena manera de hacerlo. Ella lo miró a la cara.

—Tú y Lukin no vais a reuniros con nosotros más tarde, ¿verdad?

—Oh, no lo sé.

Ella lo estudió con ojos húmedos.

—Eso es mentira, Alex, y tú lo sabes. Por favor… Aún tienes tiempo para cambiar de idea.

—Me temo que es demasiado tarde.

Y de pronto los labios de la mujer se apretaban contra los suyos y la oyó sollozar. Finalmente se separó. La miró a la cara durante un momento y después le acarició la mejilla con la mano.

—Cuídate, Anna Khorev. Te deseo larga vida y felicidad con Sasha.

—Alex… ¡Por favor…! Ven con nosotros.

El tren soltó un repentino pitido y Lebel se acercó a ellos.

—Un minuto más y yo también seré un torrente de lágrimas. Nicolai está listo para partir. Pongámonos en marcha, amigos, esto no es la Gare du Nord.

La locomotora de vapor pareció cobrar vida con un estallido, soltó otro agudo pitido y Slanski tomó de la mano a Anna y tiró de ella en dirección al tren.

Lukin ayudó a Lebel a subir al lado del conductor y después a los demás a subir al vagón. Todos intercambiaron una última mirada: Slanski y Anna, Lukin y Nadia; después, Irina cerró la puerta corredera del vagón y corrió el cerrojo.

Lebel le saludó con la mano desde la locomotora.

—Hasta la vista, camaradas. Con suerte, quizá vivamos para descorchar una botella de champán en Helsinki.

Slanski vio una mirada de angustia en el rostro de Lukin mientras contemplaba con expresión lúgubre el convoy, cuyo silbato volvió a sonar y después empezó a moverse. Lukin tocó la puerta del vagón con la mano

mientras avanzaba junto al andén, como si se mostrara reacio a dejarlo marchar. Pero la locomotora fue ganando velocidad rápidamente y el vagón se alejó.

—¿Ya te has despedido? —preguntó Slanski.

—Lo mejor que he podido, dadas las circunstancias.

—¿Cómo se lo ha tomado Nadia?

—Me parece que no me creyó cuando le dije que volveríamos a vernos —dijo Lukin sombríamente—. Pero sabe que lo que hace es lo mejor, tanto para ella como para nuestra hija. De camino cuando iba a recoger a la hija de Anna, me detuve en la estación de Leningrado. Mostré la carta de Beria al oficial de servicio encargado de las líneas que conectan con Helsinki y le dije que tenía que dejar el camino expedito para el tren de Lebel. Bajo ninguna circunstancia debía ser detenido o retrasado deliberadamente o de lo contrario se enfrentaría a la ira de Beria y a un pelotón de fusilamiento. Esperemos que obedezca. Lo único que podemos hacer es esperar que sobrevivan por algún milagro. —Miró a su alrededor con una expresión atormentada en el rostro—. Vivimos en un mundo terrible, hermano, pero es el único que hay. ¿Y Anna? Ocurrió algo entre tú y ella, ¿verdad?

Slanski se encogió de hombros.

—En otro tiempo, en otro lugar y en circunstancias diferentes quién sabe en qué podría haber desembocado. Pero es demasiado tarde. —Hizo una pausa y después volvió a hablar con una sombra de remordimiento en la voz —. Pero aún no es demasiado tarde para que tú cambies de idea.

Lukin negó con la cabeza.

—Esto lo hago por Katia, por nuestros padres, por nosotros.

Slanski le tocó el brazo.

—Será mejor que nos vayamos. No nos queda mucho tiempo.

58

Seguía nevando cuando Lukin aparcó el vehículo al otro lado de la calle, donde se encontraba la entrada lateral del cuartel general del KGB.

Mientras apagaba el motor, se volvió hacia Slanski.

—Dame quince minutos —dijo—. Si para entonces no he aparecido, lárgate de aquí lo más rápido que puedas. Abandonas el coche y ve a la estación de metro más próxima. A partir de ahí tendrás que arreglártelas como puedas para llegar a Kuntsevo, como planeaste.

Slanski señaló con la cabeza el edificio del KGB.

—Te arriesgas mucho entrando ahí. ¿Es realmente necesario?

—Necesito saber si Pasha está a salvo. Quiero que abandone Moscú. De lo contrario, cuando se descubra lo que hemos hecho será culpable de complicidad y sin duda lo fusilarán. Hay un tren que sale hacia los Urales dentro de menos de dos horas y quiero que él esté a bordo con documentación falsa. Entre su gente nunca lo encontrarán.

Lukin recorrió el edificio con la mirada. Las dobles puertas de roble estaban abiertas y se veía un corredor detrás de otra puerta de vidrio. Las luces estaban encendidas y el guardia uniformado de servicio estaba sentado tras un escritorio, en el vestíbulo.

—Necesitarás un uniforme del KGB para lo que planeamos hacer. También hay que hacer una llamada telefónica importante, ¿recuerdas?

Slanski asintió con la cabeza.

—Buena suerte.

Lukin salió del coche, cruzó la calle y entró por las puertas laterales. Slanski observó al guardia mientras comprobaba la documentación antes de que Lukin entrara en el ascensor del vestíbulo. Slanski permaneció sentado en el coche y buscó ansiosamente un cigarrillo, lo encendió, y después contempló el cadáver que yacía sobre el asiento trasero.

Los ojos sin vida de Jake Massey le devolvieron una mirada vidriosa.

El cuarto piso estaba desierto y la oficina a oscuras. Lukin entró en la habitación y cerró la puerta. Accionó el interruptor de la luz de un manotazo. Cuando la habitación se iluminó, oyó una voz y se volvió de golpe.

—Bienvenido a casa, Lukin. Es muy amable al reunirse con nosotros.

Junto a la ventana estaba Romulka con una Tokarev en la mano. Frente al escritorio de Pasha había dos hombres del KGB, de rostro brutal y vestidos de paisano, que empuñaban porras de goma. Pasha estaba atado a una silla con correas de cuero sujetándole los brazos y las piernas; tenía el rostro hinchado y ensangrentado hasta resultar casi irreconocible. Uno de los hombres le tapaba la boca con la mano, y cuando lo soltó, Pasha gorgoteó por el dolor y sus ojos amoratados rodaron en sus órbitas.

A Lukin le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué significa esto?

Romulka dio un paso al frente.

—No me joda, Lukin, ya es demasiado tarde para eso. Saque lentamente su pistola y déjela sobre la mesa. No haga tonterías o sucumbiré a la tentación de volarle la cabeza antes de que el camarada Beria tenga el placer de tratar con usted.

Lukin sacó su Tokarev y la dejó sobre el escritorio. Romulka le hizo un gesto, flexionando el dedo índice.

—Acérquese. Retírese de la puerta.

Cuando Lukin dio un paso, Romulka le lanzó un puñetazo a la mandíbula. Lukin salió despedido y chocó contra la pared, pero Romulka avanzó rápidamente y le dio un salvaje rodillazo en la ingle.

Mientras Lukin se desplomaba, Romulka se plantó ante él con las manos en las caderas.

—No lo entiendo, Lukin. Le había atribuido más juicio. ¿Realmente esperaba salirse con la suya después de lo que hizo anoche? ¿Después de evitar que atrapara al americano? ¿Después de liberar a la mujer y llevarse a la niña del orfanato? Debe de creer que soy tonto.

Un reguero de sangre descendía por el mentón de Lukin.

—No, solo duro de mollera, bestia inmunda.

Romulka le dio un puntapié y su bota se estrelló en el muslo de Lukin.

—De pie, traidor.

Como Lukin no se moviera, Romulka le agarró del pelo y lo arrastró hasta una silla. Acercó el rostro a pocos centímetros del de Lukin para decirle:

—¿Sabe lo que no entiendo, Lukin? El motivo. Pero debe de haber una explicación, siempre la hay. Y usted me la va a dar.

Volvió a meter la pistola en la funda y sacó la fusta de montar. Sin previo aviso, la fusta hendió el aire y le cruzó la cara a Lukin, dejándole una dolorosa marca.

El dolor le hizo dar un brinco, pero Romulka volvió a cogerle del pelo.

—Una pequeña deuda saldada. Pero no es nada comparado con la deuda que está a punto de saldar con Beria. Es interesante saber que su mujer no está en casa, Lukin. Mandé a mis hombres a hacerle una visita a su apartamento hace media hora. Sin duda cree que ella debe estar segura en alguna otra parte. Pero no se preocupe, la encontraremos. ¿Y sabe lo que le haré a esa puta que tiene por esposa cuando la arrojemos a una celda? Jodérmela hasta que no pueda caminar. —En su rostro apareció una lasciva sonrisa—. Por supuesto, si usted coopera, quizá me muestre un poco más considerado. ¿A qué ha estado jugando, Lukin?

—¡Váyase al infierno! —le espetó Lukin.

Los músculos del rostro de Romulka se tensaron.

—Ordenó a su amiguito amarillo aquí presente que nos entretuviera mientras usted escapaba, ¿verdad? Por desgracia, tampoco nos ha servido de gran cosa. Pero quizá no hayamos intentado aflojar su lengua con el empeño suficiente. —Hizo una seña a los dos hombres que permanecían junto a Pasha —. Mostradle a Lukin lo que les espera a él y a la zorra de su esposa en los sótanos.

Uno de los hombres sonrió aviesamente y descargó la porra de goma sobre la palma de su mano. Luego la blandió en el aire y golpeó salvajemente a Pasha en la cara. El mongol gritó de dolor mientras la porra de goma caía una y otra vez, proyectando su cabeza de lado a lado por la fuerza de los impactos hasta que su cara era una masa sanguinolenta.

—¡No! —gritó Lukin.

La paliza prosiguió hasta que finalmente Romulka dijo:

—Ya basta. —Empuñó la pistola de Lukin y presionó con la boca del cañón la sien de Pasha.

—He descubierto algo más. Este cabrón amarillo fue visto husmeando por la oficina de archivos. No se puede estar en esa zona sin un permiso. —Sonrió duramente—. Un hombre podría morir fácilmente por meter la nariz donde no debe. Me pregunto qué se traía entre manos. Una última oportunidad, Lukin. O habla o le vuelo los sesos aquí mismo a este cabrón amarillo.

Pasha apenas parecía consciente; sus ojos eran incapaces de enfocar y de su boca brotaba una espuma sanguinolenta. De pronto, un gorgoteo salió de su garganta y el hombre cobró vida con un estallido de rabia.

—No les he dicho nada, Yuri. —Su rostro ensangrentado miró fijamente a Romulka; su voz era un ronco susurro—. Tú, jódete.

El rostro de Romulka enrojeció por la rabia y la Tokarev subió tan de prisa que Lukin apenas pudo reaccionar. El arma se apoyó sobre la sien de Pasha, el percutor chascó y el arma detonó.

La cabeza de Pasha fue proyectada bruscamente hacia un lado por el impacto y su cuerpo quedó repentinamente lacio como una muñeca de trapo. La sangre salpicó las paredes cuando la bala le reventó el cráneo.

—¡No! —rugió Lukin. Cuando intentó levantarse de la silla, los dos sicarios lo sujetaron.

Romulka se volvió hacia él y alzó el arma con rapidez para golpearle debajo de la mandíbula, lo que lo envió trastabillando hacia atrás. Entonces Romulka apoyó el cañón en su frente, ejerciendo una fuerte presión.

—Ahora es su turno, Lukin. Va a hablar aunque sea lo último que haga. —Bajó la pistola, recogió la fusta de montar y dijo a sus hombres—: Colóquenlo sobre la mesa y bájenle los pantalones. Sacó del bolsillo lo que parecían unos alicates.

—Un pequeño artilugio que ni siquiera el francés pudo resistir —dijo a Lukin—. Solo que en su caso le aseguro que nunca volverá a caminar. No sabe cuánto voy a disfrutar con esto.

Mientras los dos hombres arrastraban a Lukin hacia la mesa, se oyó una voz.

—Yo que ustedes no lo haría.

Romulka y sus hombres se volvieron. Ante la puerta abierta estaba Slanski con el Nagant con silenciador en la mano.

Todo ocurrió muy de prisa. Uno de los hombres de Romulka fue a sacar su pistola y Slanski le disparó en un ojo. Mientras el hombre caía, un segundo disparo le alcanzó en el cuello, destrozándole la tráquea y cortando de raíz el grito que iba a proferir. Mientras giraba sobre sí mismo, el otro hombre se lanzó hacia Slanski y este disparó dos veces, alcanzándole en el cuello y en el pecho.

Slanski iba a reaccionar cuando Romulka intentó sacar su arma, pero Lukin gritó:

—¡No! Este es mío.

Se abalanzó sobre Romulka en el momento en que este empuñaba el arma. Lo empujó contra la pared. El brazo de Lukin subió y la garra de metal se enterró en el pecho de Romulka. Los ojos de este se abrieron desorbitadamente por el horror mientras Lukin le tapaba la boca con la mano para ahogar un grito.

Lukin lo miró fijamente a pocos centímetros de su cara.

—Pásatelo bien en el infierno, cabrón.

Retiró la garra y dio un paso atrás mientras Romulka se deslizaba hasta el suelo; un chorro de sangre brotaba del enorme boquete que tenía en el pecho.

Lukin miró a Slanski con incredulidad.

—¿Cómo diablos has llegado aquí?

—En cuanto entraste en el edificio, el guardia de la puerta no esperó para coger el teléfono. Por eso decidí buscar tu compañía.

—Te has arriesgado mucho.

—Por suerte para ti, el edificio está casi vacío a esta hora de la noche.

—Gracias, Mischa.

Slanski señaló el cadáver de Pasha con un movimiento de cabeza.

—Pero demasiado tarde para ayudar a tu amigo.

Lukin contempló el cadáver. Durante unos instantes no habló y después dio media vuelta con una expresión de dolor grabada en el rostro.

—Era un buen hombre, un buen hombre que llevaba un mal uniforme. —Tardó varios segundos en reponerse—. ¿Qué le ha ocurrido al guardia?

—Está muerto en una de las oficinas del fondo del vestíbulo. ¿Has hecho la llamada?

—No tuve tiempo.

—Pues hazla ahora.

Lukin se dirigió al escritorio mientras Slanski se colocaba junto a la puerta y la dejaba abierta apenas una rendija, mientras mantenía el Nagant alzado y amartillado.

Lukin tardó menos de un minuto en efectuar la llamada y después colgó el auricular con el rostro cubierto de sudor.

—Ya está hecho —dijo mirando a Slanski.

—Entonces salgamos de aquí antes de que alguien dé la alarma. No te olvides del uniforme.

Lukin fue hasta su taquilla, situada en una esquina, y sacó su uniforme de repuesto, unos guantes, unas botas y una gorra.

Slanski salió y se detuvo para comprobar que no hubiera nadie en el vestíbulo.

Lukin dirigió una larga y triste mirada al rostro ensangrentado de Pasha y después siguió a Slanski.

Llegaron a la carretera de Kuntsevo diez minutos más tarde. Apenas había tráfico.

—Para a un lado —dijo Slanski en cuanto hubieron dejado atrás los suburbios—. Quiero repasar el plan una vez más. No puede haber ningún error, Petia.

Lukin negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo. No pasará mucho tiempo sin que alguien descubra que el guardia de la puerta no está. Después se va a desencadenar un infierno.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—La guardia se cambia dentro de media hora, pero alguien echará en falta al guardia antes.

—¿Y cuánto nos falta para llegar a la dacha de Stalin?

—Diez minutos, la carretera es siempre recta. Y otros diez para entrar, eso con suerte. Estamos apurando mucho.

Slanski miró hacia delante a través de la nieve que caía. Cerca de la cuneta derecha de la carretera de Kuntsevo había una zona intensamente iluminada, una especie de complejo industrial de ladrillos rojos con enormes verjas; en aquel momento vio que una ambulancia salía lentamente por las verjas y comprendió que aquello era un hospital. A la izquierda de la carretera, una estrecha senda se internaba en la oscuridad. A la derecha de la senda, se alzaba un edificio en ruinas cuadrado, con azotea, del mismo ladrillo rojo que el hospital.

Slanski lo señaló a través del parabrisas.

—¿Qué es eso?

—Un refugio antiaéreo de la guerra.

—Párate al lado.

—Pero…

—Solo tenemos una oportunidad de que esto salga bien. Repasemos de nuevo el plan, no quiero errores. Para el coche.

Lukin hizo girar el volante y se detuvo frente al refugio. La azotea estaba cubierta de nieve y unos escalones descendían por la oscura boca de la entrada cuya puerta colgaba fuera de su quicio.

Mientras Lukin apagaba el motor vio aparecer el Nagant con silenciador en la mano de Slanski. Antes de que pudiera hablar, Slanski le apuntó con el arma.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lukin, alarmado.

—Escúchame, Petia. Puedo hacer esto yo solo. Tienes una esposa y una hija en quien pensar. No hay necesidad de que desperdicies tu vida. Quiero que vivas. Por lo menos uno de nosotros debería vivir. Hazlo por mí. Hazlo por Katia y por nuestros padres.

Entonces Lukin lo comprendió. El color desapareció de su rostro y miró a Slanski fijamente.

—Nunca pensaste que esto lo hiciéramos entre los dos, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Mischa… Por favor… No conseguirás entrar en la villa solo.

—En eso te equivocas. Tú hiciste la llamada y te esperan. Yo puedo pasar con tu tarjeta de identificación.

—Si ni siquiera te pareces a mí…

—Aparte del color del pelo, tenemos una constitución física parecida. En cuanto al resto, deja que yo me ocupe de eso. Lukin sacudió la cabeza con desesperación.

—Mischa, esto es una locura. Juntos tenemos alguna posibilidad. Tú solo, no tienes ninguna.

—No será tan difícil como tener que explicar que soy uno de tus oficiales. Con una seguridad tan extrema, quizá ni siquiera me dejen entrar. —Sacudió la cabeza—. Como te he dicho, no quiero que mueras. Si vienes conmigo, tarde o temprano nos matarán a los dos. No dejaré que te maten. No dejaré que nos destruyan a ambos. Si hubiera tenido tiempo te diría cuántas veces te he echado de menos. Cuánto te quería, y a Katia también. Cuánto he deseado estar con vosotros otra vez. Pero no hay tiempo.

De pronto, la sombra de una lágrima apareció en los ojos de Slanski. Rápidamente sacó un juego de llaves de su bolsillo. Después señaló el refugio antiaéreo.

—Te dejaré aquí. Lebel te espera en el tren, en una estación llamada Klin, al noroeste de Moscú. Medio kilómetro más atrás hemos pasado ante una camioneta Emka azul aparcada junto a la carretera con el depósito lleno de combustible. Aquí tienes las llaves. Si te das prisa, puedes conseguirlo. —Metió las llaves en el bolsillo de la pechera de Lukin—. Vive tu vida, hermano. Vívela por toda nuestra familia.

—Mischa, no…

—Adiós, hermano.

Los dedos de Slanski subieron con rapidez y se cerraron alrededor del cuello de Lukin como una soga, mientras el pulgar apretaba con fuerza un punto situado bajo el oído. Lukin pugnó por liberarse dando manotazos y contorsionándose salvajemente, pero Slanski era más fuerte.

En cuestión de segundos, Lukin se desplomó sobre el asiento y perdió el conocimiento. Slanski salió del coche a la gélida noche y bajó los escalones que conducían al interior del refugio.

El edificio estaba a oscuras y olía a cerrado. Tuvo que volver al coche y coger la linterna, con la que iluminó las paredes y vio que el lugar estaba atestado de basura. Despejó una esquina y después arrastró a Lukin rápidamente desde el coche y lo dejó apoyado contra una pared.

Tardó otros quince minutos en hacer lo que se había propuesto, moviéndose con rapidez, y después extrajo el espejo retrovisor del coche y lo utilizó para aplicarse aceite de motor en el pelo. Solo cuando hubo terminado se puso el guante de cuero reglamentario, el único que usaba Lukin. Encontró la tarjeta de identificación con la fotografía en el bolsillo de la pechera de Lukin. El resto de lo que necesitaba estaba ya en el coche.

Tras mirarse ante el espejo, iluminó con la linterna la figura inconsciente apoyada contra la pared del refugio. Con aquel frío recuperaría el conocimiento en poco más de cinco minutos.

Slanski contempló el rostro de Lukin durante un buen rato, hasta que la emoción amenazó con desbordarlo; entonces se arrodilló y lo besó con fuerza en la mejilla, súbitamente consciente de su esfuerzo por contener las lágrimas, antes de obligarse a retroceder y salir remontando nuevamente los escalones.

Cuando volvió a entrar en el BMW, miró por encima del hombro el cadáver de Massey, que estaba tumbado sobre el asiento trasero.

—Bueno, supongo que después de todo te mereces verlo todo hasta el final, Jake. Si existe un cielo y tú estás allí, deséanos suerte, vamos a necesitarla.

Consultó su reloj. Era la una y quince de la madrugada. Puso el coche en marcha.

60

Los guardias oyeron llegar el coche mucho antes de verlo.

Uno de ellos abrió una portilla de la verja de metal pintada de verde y atisbó el otro lado a través de la nieve que caía. Unos faros segaron el velo de blancura y cuando el BMW se paró ante la verja y sus luces se apagaron, los focos de la torre de vigilancia que se elevaba por encima de la verja cobraron vida repentinamente, inundando la zona con una intensa luz blanca.

El hombre comprobó minuciosamente el número de la matrícula en una lista que llevaba, antes de salir a través de una portezuela y acercarse al vehículo. No dejó de observar los orificios de bala en la carrocería y que una parte de la ventanilla trasera estaba destrozada.

—Documentación.

El comandante del KGB uniformado, que llevaba una mano enguantada, bajó la ventanilla y le sonrió mientras se la entregaba.

—Comandante Lukin. Me esperan.

—Este vehículo parece que haya pasado varias guerras.

—Creo que podría decirse así.

El guardia examinó la tarjeta de identificación y después estudió atentamente el rostro del comandante.

—Las llaves del coche, camarada.

Cuando el comandante se las tendió, el guardia encendió una linterna y rodeó el coche hasta la parte posterior para abrir el portamaletas. Instantes después lo cerró de golpe y enfocó con la linterna el interior del coche. Al ver el cuerpo tumbado en el asiento trasero retrocedió horrorizado.

—¿Qué diablos…? —exclamó.

El mayor sonrió con frialdad.

—Me parece que si lo comprueba con el oficial de guardia que esté de servicio verá que todo está en orden. —Miró de reojo el cadáver con evidente disgusto—. Un agente enemigo, americano, capturado por el Segundo Directorio. El camarada Stalin desea ver el cuerpo personalmente, de modo que no me entretenga.

Al guardia le costó unos segundos recuperar la compostura.

—Espere aquí —dijo con expresión severa.

Volvió a cruzar la portezuela y Slanski oyó el sonido discordante de un teléfono de campaña. Momentos después, el guardia reapareció y echó una furtiva mirada de disgusto al cadáver de la parte trasera mientras devolvía los documentos a Slanski.

—Parece ser que todo está correcto, camarada comandante. Siga la carretera durante medio kilómetro hasta que llegue a la dacha. No se detenga hasta llegar a la entrada principal.

Mientras el guardia retrocedía hacia la portezuela de la verja, Slanski puso en marcha el motor y los faros del BMW se iluminaron.

Las verjas de metal pintadas de verde se abrieron de par en par. En el interior, junto a la entrada, media docena de guardias de élite del Kremlin con una cinta azul en la gorra jugueteaban con sus armas. Los faros del coche, con su haz que sondeaba la oscuridad nevada, iluminaron los bosques que se extendían al otro lado de la verja. Una estrecha carretera serpenteaba entre los árboles; habían apartado la nieve, que se elevaba en altos montículos a ambos lados de la calzada, y de trecho en trecho las sombrías figuras de otros guardias del Kremlin armados patrullaban el bosque con perros alsacianos sujetos con correas.

Slanski cambió de marcha y soltó el embrague; el sudor le brotaba de la frente. Vio que los guardias del Kremlin contemplaban con curiosidad el cadáver de la parte trasera del coche mientras este avanzaba lentamente.

Al acercarse a la parte exterior de la entrada de la dacha vio un imponente edificio de dos plantas, construido con granito claro y que le recordaba una casa señorial de Boston.

Los muros estaban cubiertos de enredaderas con sus zarcillos sin hojas, aferrados al granito como huesos mondos. En las habitaciones de la planta baja, las luces estaban encendidas y el césped cubierto de nieve quedaba iluminado frontalmente. Un pabellón de madera en miniatura se alzaba a la izquierda; de su cúpula en forma de cebolla colgaban enormes carámbanos de hielo.

Slanski se enjugó el sudor de la frente antes de apagar el motor y salir del BMW. Mientras lo hacía, dos guardias salieron de detrás de la puerta de roble de doble hoja que cerraba la entrada de la dacha.

Tras ellos, en el portal iluminado, apareció un enorme coronel de la guardia. Rondaría los dos metros y era de complexión robusta, su uniforme aparecía inmaculado y sus botas estaban relucientes por el betún. Se detuvo

con los brazos en jarras y miró fijamente a Slanski con expresión desconfiada antes de avanzar por el sendero en dirección al coche.

—El comandante Lukin, supongo.

Slanski saludó y el coronel le devolvió parcialmente el saludo. Contempló el deteriorado BMW y después fijó la vista en el rostro de Slanski.

—Coronel Zinyatin, jefe de seguridad. La documentación, comandante.

—Ya la han comprobado en la entrada, señor.

El coronel sonrió fríamente.

—Y ahora la van a comprobar de nuevo. Nunca se es demasiado cuidadoso, ¿no cree? Soy el oficial de servicio responsable de la seguridad personal del camarada Stalin. Nadie entra sin mi permiso. —Extendió la mano rígidamente y Slanski le entregó los documentos.

El coronel los examinó concienzudamente, mirando primero la fotografía y después el rostro de Slanski, comprobando el sello que había estampado sobre la tarjeta de identificación y frotando vigorosamente la impresión con el pulgar. Después echó un vistazo al guante de cuero negro que cubría la mano de Slanski. Parecía titubear, como si no estuviera seguro de algo, antes de devolverle la documentación y atisbar el interior de la parte trasera del coche.

—No es una visión agradable, camarada coronel. Era un agente americano —dijo Slanski. Señaló los orificios de bala del BMW—. Demostró ser un gran adversario. Por desgracia, no pude capturarlo con vida.

—Eso he oído.

—Entonces no dudo que sabrá que el camarada Stalin desea ver el cadáver.

El coronel devolvió la mirada a Slanski sin expresión, y después abrió la puerta trasera para examinar el cuerpo, sujetar la rígida mandíbula de Massey y mirar de cerca el rostro cerúleo y sin vida.

—Creo que lo encontrará absolutamente muerto, señor —dijo solícito Slanski.

—No se haga el listo, Lukin, no estoy ciego.

El coronel contempló detenidamente el cadáver antes de dar media vuelta.

—Estoy seguro de que no será necesario llevar el cadáver adentro. El camarada Stalin aceptará mi palabra de que el americano está muerto. —El coronel sonrió sin humor—. Si le queda alguna duda, haré que le envíen el cuerpo para que lo examine personalmente. Creo que le esperan muchas felicitaciones, Lukin.

—Gracias, señor.

La sonrisa del coronel fue sustituida por una fría mirada.

—Una cosa más.

—¿Sí, camarada?

—Su arma reglamentaria. El procedimiento prohíbe que los visitantes de Kuntsevo lleven armas. —El coronel extendió enérgicamente su mano.

Slanski titubeó, pero desenfundó la Tokarev y se la entregó.

—Ahora, si quiere seguirme, el camarada Stalin le está esperando.

Las pulimentadas puertas de roble se abrieron silenciosamente sobre sus bisagras y el coronel entró primero.

Slanski lo siguió y entraron en una habitación deslumbrante. En una esquina ardía la leña de una chimenea. En el centro se alzaba una larga mesa de nogal con más de una docena de sillas dispuestas a su alrededor. Del techo colgaba una recargada araña de cristal cuya luz bañaba toda la habitación. El suelo estaba cubierto casi en su totalidad por alfombras de Bujará y ricos tapices envolvían las paredes decoradas con pan de oro.

Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, Stalin, secretario general del Partido Comunista, generalísimo de la Unión Soviética, estaba de pie en la cabecera de la mesa. Fumaba en pipa y tenía un vaso en la mano; a su lado, sobre la mesa, había una botella de vodka medio llena. Iba vestido con una simple guerrera corta de color gris y su tupido cabello canoso estaba peinado hacia atrás, sobre un rostro marcado por la viruela; la boca le quedaba medio oculta bajo un poblado bigote gris. Unos ojos helados y brumosos observaron con prevención a los visitantes.

El coronel cruzó la habitación y le susurró algo al oído. A los pocos segundos, el coronel dio un paso atrás. Stalin dejó sobre la mesa la pipa y el vaso e hizo un ademán con el índice flexionado.

—Camarada comandante Lukin, acérquese.

Mientras Slanski avanzaba en dirección a él, Stalin se volvió hacia el coronel.

—Déjenos, Zinyatin.

El coronel pareció titubear y sus ojos recorrieron de arriba abajo a Slanski, pero saludó y salió de la habitación, cerrando suavemente la doble puerta detrás de él.

Una fina sonrisa tensó los labios de Stalin, pero los ojos grises miraban a Lukin con frialdad.

—Acérquese más, comandante. Deje que lo vea bien.

Arrastraba las palabras al hablar. Hizo un ademán con los dedos de la mano derecha y Slanski pudo observar que tenía el brazo izquierdo rígido. Se aproximó lo suficiente para percibir el olor corporal de aquel hombre. Una fuerte mezcla de alcohol y tabaco rancio. Había estado bebiendo mucho, era evidente.

De pronto, Stalin se inclinó hacia adelante y besó a Slanski en ambas mejillas. Después retrocedió y estudió el rostro de Slanski. Sus ojos se nublaron por un momento al no reconocerlo con claridad.

—Así que me ha traído el cadáver del americano —dijo finalmente.

—Sí, camarada Stalin.

—¿Y qué hay de la mujer?

—Encerrada bajo llave en la prisión de Lefortovo. Los ojos grises sonrieron fríamente.

—Ha superado usted las expectativas, comandante Lukin. Le felicito. Tome una copa.

—No, gracias, camarada.

Stalin frunció el entrecejo.

—Insisto. Nadie rechaza un trago con Stalin.

El viejo se desplazó hasta el carrito de las bebidas y sirvió vodka en un ancho y corto vaso. Regresó, se lo tendió a Slanski y levantó su vaso.

—Bebo por su éxito, camarada Lukin, y por su ascenso. Cuenta con mi gratitud y con la recompensa prometida. Desde este momento es usted coronel.

—No sé qué decir, camarada Stalin.

—Tal vez, pero yo sí. Ojalá todos mis oficiales fueran tan competentes. Beba, Lukin. Es buen vodka de Armenia. Slanski alzó el vaso y dio un sorbo.

Stalin apuró su bebida de un solo trago, dejó el vaso sobre la mesa y dio unos pasos para rodearla, de modo que se interpusiera entre él y Slanski. Y miró a este con suspicacia.

—¿Sabe una cosa? Hay algo que me preocupa.

—¿Qué es, camarada Stalin?

—Un pequeño detalle, aunque importante. A usted no le pareció conveniente seguir el protocolo e informar al camarada Beria sobre su visita aquí, ni sobre la captura del americano. Acabo de hablar por teléfono con él. Está tan sorprendido como yo por su éxito. Según él, usted ha evitado responder a sus llamadas y ha entorpecido deliberadamente a uno de sus oficiales, el coronel Romulka, en el cumplimiento de su deber. El camarada Beria piensa que su conducta ha sido inusual y poco ortodoxa. Y yo estoy de

acuerdo. De hecho, antes de informarle de su llegada, él quería que lo arrestaran. Se dirige hacia aquí en este momento para pedir explicaciones. Afirma que le ha escamoteado a la mujer. —Los fríos ojos se clavaron en el rostro de Slanski—. ¿Por qué, Lukin? ¿Quería toda la gloria para usted o es que guarda algún secreto? Al camarada Stalin no le gusta que haya secretos para él.

Slanski dejó su vaso cuidadosamente sobre la mesa.

—Hay un asunto que necesito comentarle en privado. Se refiere al complot americano. Tengo información de vital importancia que solo usted debe oír.

Las pobladas cejas se alzaron ligeramente.

—¿Y de qué información se trata?

Slanski se desprendió del guante de cuero negro y en su mano apareció un pequeño revólver Nagant. Se produjo el más suave de los chasquidos cuando amartilló el percutor y apuntó el arma a la cabeza de Stalin.

El horror se reflejó como la luz de una linterna en los ojos del viejo. Slanski se inclinó sobre él y susurró:

—No es algo que vayas a disfrutar, pero me escucharás o te vuelo la cabeza. Siéntate en la silla que hay a tu derecha. Si haces algún ruido, te mato.

El rostro de Stalin enrojeció de ira.

—¿Qué significa esto…?

—Siéntate o te meto una bala en la cabeza.

Stalin se sentó tembloroso en la silla. Slanski se quitó la gorra de oficial. Stalin miró aquel rostro y después la mano sin el guante.

—Usted… ¿Usted no es Lukin? ¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Estoy seguro de que la respuesta a las dos primeras preguntas debería ser evidente. En cuanto a la última, te quiero a ti.

En el rostro de Stalin apareció una terrible mirada de miedo paralizador, como si la bruma alcohólica se hubiera levantado de repente y todo estuviera perfectamente claro para él.

Slanski sonrió de manera estremecedora.

—Pero antes, camarada, tengo que contarte una historia.

Lukin abrió los ojos en medio de la fría oscuridad del refugio antiaéreo y se estremeció violentamente.

Un frío polar lo había calado hasta los huesos y el cerebro parecía latirle. Sacudió la cabeza y un millón de estrellas estallaron en el interior de su

cráneo.

Permaneció unos segundos sentado, con una conciencia brumosa, frotándose el cuello antes de reunir las fuerzas para ponerse en pie con dificultad.

Encontró una pared húmeda y fría en la que apoyarse, y mientras se ponía en pie temblorosamente percibió el olor de la basura y vio que más allá de la puerta abierta estaba nevando. El latido de su cráneo tardó varios segundos más en mitigarse y solo entonces avanzó trastabillando hasta la puerta y subió los escalones del refugio, parpadeando por el dolor, respirando en profundas bocanadas y expulsando una humareda de vapor ante su rostro.

De pronto cayó en la cuenta de dónde se encontraba y qué había ocurrido.

En ese momento, un infierno se desencadenó en el interior de su cabeza y se le aceleró salvajemente el corazón. ¿Cuánto tiempo llevaría inconsciente? Consultó su reloj e intentó enfocarla vista con la débil luz.

La una y veinte de la madrugada.

Debía de haber estado inconsciente más de cinco minutos.

De pronto recordó la camioneta. A medio kilómetro de distancia. Cinco minutos si corría. El rostro de Nadia relampagueó ante sus ojos. Volvió a invadirle la tristeza, pero se obligó a expulsar la imagen y la emoción, quedándose solo con la ira, una ira poderosa y unas ansias terribles de venganza. Sabía lo que tenía que hacer y que no le iban a escamotear aquel momento.

Aún podía llegar a la villa de Stalin.

Como un poseso, buscó a tientas las llaves; las encontró, y después, con pasos vacilantes, avanzó entre los árboles, en dirección a la carretera.

—Mi padre se llamaba Illia Iván Stefanovich. ¿Te acuerdas de él?

Stalin negó con la cabeza.

—Piénsalo mejor.

Un reloj sonaba rítmicamente en algún lugar y más allá de las puertas de roble se oían débiles sonidos y voces distantes; el taconeo de unas botas sobre la madera se acercó y después se desvaneció. Stalin miró furtivamente la puerta con nerviosismo y después volvió a mirar a Slanski.

—No lo recuerdo. —Slanski presionó con fuerza el cañón del Nagant contra su sien.

—¡Piensa!

—Yo… No sé de quién me está hablando.

—Yuri Lukin es mi hermano. Illia Iván Stefanovich era mi padre. Tú lo mataste. Tú mataste a su mujer y a su hija, nuestra hermana. Tú los mataste a todos. A toda nuestra familia.

Slanski miró a Stalin directamente a los ojos y pudo ver el terror reflejado en ellos.

—Y has intentado matarnos a nosotros. Tú azuzaste a mi hermano contra mí.

—No, está equivocado. ¿Quién le ha dicho eso? ¿Quién le ha dicho que yo soy el responsable? Todo eso es mentira.

El viejo empezó a pasarse una mano temblorosa por el cuello de la guerrera. Slanski la apartó de un manotazo.

—Muévete otra vez y te arranco el corazón.

Una ráfaga de viento arrojó una oleada de nieve contra la ventana e hizo vibrar los cristales. Por el rostro de Stalin se deslizaban relucientes gotas de sudor. Respiraba rápida y entrecortadamente.

—Por favor, un poco de agua… Sobre el carrito de las bebidas, al otro lado de la habitación, había una jarra de agua, pero Slanski ni siquiera la miró.

—Entonces déjame recordarte las mentiras de las que hablas. Mi padre era un médico rural. Vivíamos cerca de Smolensk. Un día llegó al pueblo la policía secreta. Exigieron la cosecha del verano. Fue en la época de las guerras con los kulaks y había una hambruna galopante. Una hambruna que tú provocaste deliberadamente. Los aldeanos apenas tenían lo suficiente para alimentar a sus hijos y estaban muriéndose de hambre. Hombres, mujeres y niños, flacos como cadáveres, murieron por decenas. Por eso la gente se negó. La mitad de los hombres del pueblo fueron fusilados en represalia y el grano fue robado. No quedó nada que comer. Las mujeres y los niños murieron de hambre. A mi padre no lo mataron, pero no podía creer que el camarada Stalin permitiese que a su aldea le ocurriese algo así. Por eso decidió hacer algo. —Slanski sacó el informe del interior de la guerrera y lo depositó sobre la mesa—. Ábrelo. Mira y lee.

Como Stalin titubease, Slanski repitió:

—¡Ábrelo!

Stalin abrió el informe con manos temblorosas. Echó una ojeada a las páginas, miró las fotografías y después levantó la vista.

—No recuerdo a este hombre.

—Lo que ves estaba en mi expediente. Todo esto lo habías leído antes de enviar a mi hermano a buscarme.

Stalin tragó saliva con el rostro del color de la ceniza.

—Quiero que recuerdes lo que le ocurrió a mi familia —dijo Slanski—. Permíteme que te refresque la memoria. Illia Iván Stefanovich, mi padre, se presentó ante el comisario local y le dijo que quería hablar con Stalin para denunciar lo que había ocurrido en su aldea en nombre de Stalin. Estaba en su derecho como ciudadano. Le dieron un lápiz y un papel y le dijeron que escribiera su queja y que esta sería remitida a Moscú. Escribió contando lo que había ocurrido en el pueblo. Expresó su repulsa y se borró del partido. Tú leíste la carta, pero la respuesta no fue la que esperaba mi padre.

»Le sentenciaste a muerte acusándole de traidor. La policía secreta se presentó en la clínica. Decidieron añadir un poco de interés a la muerte de aquel problemático doctor y no se limitaron a fusilarle, sino que obligaron a su mujer a mirar mientras le sujetaban y le inyectaban una dosis mortal de uno de sus fármacos: adrenalina. ¿Sabes los efectos que produce en el cuerpo una cantidad de adrenalina semejante? No es una manera agradable de morir. El corazón se acelera, el cuerpo se debilita y empieza a temblar. Los pulmones se hinchan, el estómago vomita. Una dosis letal puede provocar que estallen los vasos sanguíneos del cerebro. Aun así, la muerte puede tardar bastante en llegar. En el caso de mi padre, así fue.

»Obligaron a mi madre a contemplar aquello hasta el último momento y después la violaron. La violaron uno tras otro. Hasta que uno de ellos tuvo compasión y le metió una bala en la cabeza. Pero no la mató. La dejaron allí tendida, desangrándose durante horas hasta morir lentamente. Yo oí cómo sucedía porque uno de los hombres me retenía en la habitación contigua. La oí gritar y más tarde la vi morir. Todo lo que ocurrió después está en el informe, pero tú ya lo sabes, ¿verdad? Lo sabías cuando seleccionaste a Yuri Lukin. Le elegiste porque hacer que me matara él sería otro de tus chistes enfermizos. Una carcajada más a expensas de tus víctimas.

Slanski se inclinó para acercarse más a Stalin, con los ojos húmedos y su voz convertida casi en un susurro.

—Dices que no recuerdas a mi padre, pero lo recordarás. Illia Iván Stefanovich. Recuerda ese nombre. Es el último nombre que oirás antes de que vayas aullando al infierno.

Slanski dejó el revólver Nagant sobre la mesa y sacó una jeringuilla del bolsillo. Expulsó la funda de metal con un dedo, dejando al descubierto la aguja. La hipodérmica de cristal estaba llena de un líquido transparente.

—Adrenalina pura. Voy a matarte como tú mataste a mi padre. Cuando Slanski avanzó, el viejo se incorporó y se abalanzó sobre él como un toro.

—¡No! —Stalin aferró el Nagant y el arma se disparó. La detonación resonó en la habitación. Slanski golpeó en el cuello con fuerza a Stalin y este se desplomó sobre la silla.

Después, todo pareció ocurrir al mismo tiempo.

La dacha enloqueció; por todas partes se oyeron gritos y voces.

Las puertas se abrieron bruscamente y el coronel fue el primero en entrar estruendosamente en la habitación como un animal enfurecido, contemplando la escena horrorizado.

Slanski clavó la aguja en el cuello de Stalin y el émbolo descendió.

—Por mi padre… Acto seguido alzó rápidamente el arma y apoyó el cañón sobre la sien de Stalin.

—Y esto por mi madre… Y mi hermana… Disparó, y la cabeza de Stalin se inclinó bruscamente hacia atrás.

Mientras el coronel se disponía frenéticamente a empuñar su arma, vio con incredulidad que el comandante sonreía ante la muerte cierta, volvía el Nagant hacia sí y se introducía el cañón en la boca.

El revólver disparó una vez más.

Los limpiaparabrisas del Emka apartaban la nieve, pero esta seguía cayendo incesantemente.

A unos cien metros de la entrada de la dacha, Lukin oyó sonar las sirenas y el corazón le dio un vuelco. El agudo sonido se propagó por los bosques como los chillidos de un millar de animales salvajes que aullaran de dolor.

Los proyectores Kileg iluminaron los bosques y los potentes haces de luz barrieron la oscuridad, proyectando un baño plateado sobre los abedules cubiertos de nieve. Los perros ladraban. Se oían voces gritando órdenes. El bosque pareció cobrar vida de luz y sonido.

A través del parabrisas, Lukin pudo distinguir a lo lejos las verjas pintadas de verde de la dacha, los focos que barrían alocadamente las copas de los árboles y oyó las sirenas que ululaban sin cesar.

Redujo la velocidad del Emka. A su derecha vio un camino lleno de surcos de neumáticos y giró el volante para tomarlo, tras lo cual apagó el motor. Su cuerpo se estremecía violentamente y su corazón latía desbocado.

Había llegado demasiado tarde.

Notó una bola que subió hasta su garganta y casi le asfixió. Salió trastabillando del coche y se llenó de aire los pulmones; después cayó de rodillas y vomitó.

Durante largo rato permaneció arrodillado en el bosque helado, sin oír ya el ulular de las sirenas ni los ruidos del bosque. Solo sus propios sollozos y el salvaje latido del pulso en sus oídos, mientras una dolorosa angustia le embargaba con una intensidad casi física.

Tenía una extraña sensación de atemporalidad, pero de pronto pareció como si una presa estallara en el interior de su cabeza, y cuando finalmente salió el grito, este lo hizo desde lo más profundo de su alma.

—¡Mischa!

El grito pareció prolongarse eternamente en la blanca oscuridad.

EL PRESENTE

61

Había empezado a llover otra vez.

El cielo se había oscurecido sobre Moscú como si cayera el crepúsculo, cuando de repente un relámpago de múltiples brazos iluminó las nubes, el trueno retumbó y los cielos se abrieron. Anna Khorev estaba junto a la ventana, contemplando la cortina de lluvia que enturbiaba la visión de los distantes muros rojos del Kremlin. Cuando finalmente se volvió, sonrió fugazmente con tristeza.

—Esta es su historia, señor Massey. No tiene un final del todo feliz, pero la vida raramente nos sorprende con finales felices.

—Es una historia extraordinaria.

La mujer encendió un cigarrillo.

—No solo es extraordinaria, sino verídica. Usted es una de las pocas personas que sabe lo que ocurrió aquella noche en Kuntsevo. Stalin tardó casi cuatro días en morir, pero finalmente murió. El fármaco le provocó una hemorragia y la bala se aseguró de que moriría. Sus médicos no pudieron hacer nada por salvarle. Por supuesto, la ironía fue que tenían miedo de mover un dedo después de lo que les había ocurrido a sus colegas del Kremlin.

—Entonces, la versión oficial sobre la muerte de Stalin es mentira.

—El Kremlin declaró que había muerto por causas naturales, de hemorragia cerebral, pero en algunos libros de historia se puede leer que los cadáveres de dos hombres fueron retirados del recinto de la dacha la noche en que Stalin cayó mortalmente enfermo. No es un hecho del dominio público, pero es un granito de verdad que apunta a que aquella noche ocurrió algo fuera de lo corriente. Los cadáveres eran el de su padre y el de Alex. Naturalmente, nunca se hizo la menor alusión a ello. Algunos secretos es mejor guardarlos así: secretos.

Yo no respondí durante unos instantes. Finalmente dije:

—¿Por qué me ha contado esta historia? ¿Se sentía obligada a hacerlo?

Anna Khorev le sonrió.

—En parte es por eso, supongo. Tal vez necesitaba contársela a alguien, y me alegro de que finalmente nos conozcamos. Lo que ocurrió hace tantos años ha sido una parte muy secreta de mi vida. Quizá era un secreto

demasiado grande para guardarlo para mí sola hasta el día de mi muerte. Para ser sincera, ahora que se lo he contado me siento aliviada.

Volvió a sonreír y después una expresión triste y distante apareció en su rostro.

—¿Qué ocurrió después? —pregunté.

Ella se arrellanó en su asiento.

—¿Se refiere a qué les ocurrió a los demás? Oh, estoy segura que ya sabe qué fue de Beria. Después de la muerte de Stalin estuvo maquinando para hacerse con el poder, pero fracasó. Irónicamente, fue acusado de haber sido un espía occidental. En realidad se había creado demasiados enemigos que le deseaban la muerte. Lo arrestaron en el Kremlin y fue fusilado poco después. Así obtuvo su justa recompensa. Hay quien dice que lo mataron porque él sabía lo que realmente le había sucedido a Stalin y sus camaradas del Kremlin querían correr un tupido velo.

—¿Y qué ocurrió después de que usted escapara de Moscú?

—Rusia fue un caos durante varios días después de aquello. Tras la muerte de Romulka, nuestra escapatoria no fue tan difícil. Pudimos llegar a Finlandia, aunque allí tuvimos problemas, por supuesto. Naturalmente la CIA pensó que tanto yo como los demás seríamos testigos muy embarazosos si alguna vez se filtraba o se descubría algo referente a la misión. Y Henri Lebel temió por su vida cuando cayó en la cuenta de que había participado, siquiera de manera marginal, en la muerte de Stalin. Pero Henri fue muy listo. Después de que Massey, su padre, hubiese cerrado un trato con él en París, hizo transcribir todos los pormenores y los envió a su abogado dentro de un sobre lacrado con instrucciones de que se hiciera público el contenido si Henri lo ordenaba o si él o Irina sufrían algún daño en el futuro. De este modo se procuraba una póliza de seguros por si la CIA intentaba chantajearlo alguna vez para que volviera a trabajar para ellos o intentaban venderlo. Por eso la CIA mantuvo la promesa que había hecho su padre. De común acuerdo con el Mossad israelí, dispusieron que Sasha y yo, junto con Henri e Irina, viviéramos en Israel con nueva identidad. Pensaron que estaríamos más seguros allí, apartados del posible peligro de que el KGB quisiera algún día ejecutar su venganza sobre nosotros, pero doy gracias de que eso no ha ocurrido.

La anciana apartó la vista y miró hacia la ventana.

—El Mossad celebró las consecuencias de todo aquello. Tras la muerte de Stalin, la purga de judíos fue interrumpida. Los campos no se terminaron y los médicos supervivientes fueron liberados. Los americanos dispusieron un

bonito apartamento para Sasha y para mí en Tel Aviv y se encargaron de nosotros en materia económica. Me advirtieron que no revelara nunca mi verdadera identidad ni que divulgara nada sobre la misión porque eso podría poner nuestras vidas en peligro. Pero los nuevos gobernantes del Kremlin no hicieron público el hecho de que la misión había tenido éxito, ni siquiera de que había existido alguna vez. Eso habría sido muy embarazoso para ellos y tal vez habría provocado una guerra que nadie deseaba realmente, y menos aún los soviéticos, que en aquel momento no tenían líder, y eso convenía a Washington. Con el tiempo, Jruschov sucedió a Stalin y más tarde denunció sus crímenes. Sin embargo, nadie quedó por completo sin castigo por su muerte. Poco después, el KGB asesinó sistemática y brutalmente a varios emigrados rusos y ucranianos, dirigentes extremistas exiliados en Europa, quizá creyendo, erróneamente, que eran responsables en parte. Pero si la CIA los acusó o no, es algo que no puedo saber.

—¿Por qué la CIA declaró que mi padre se había suicidado?

—En aquella época, la muerte de su padre era un problema para Washington. Tenían que disimularla de alguna manera y sin despertar sospechas en ninguno de sus colegas. La explicación oficial fue que se había suicidado mientras viajaba por Europa. Dijeron que, tras haber sido llamado a Washington cuando estaba en Munich, lo habían rebajado del servicio por razones de salud. Aseguraban que estaba deprimido y que era inestable. La fecha declarada de su muerte es anterior al inicio de nuestra misión, de modo que nadie pudiera relacionarlo con lo que ocurrió más tarde. Fue algo injusto con tu padre, por supuesto, pero había que hacerlo por el bien de la seguridad. Y, naturalmente, no se enterró ningún cadáver, solo un ataúd lleno de piedras.

—¿Qué les ocurrió a Lebel y a Irina?

Anna Khorev sonrió.

—Henri abrió una tienda de ropa en Tel Aviv; se casaron y vivieron felices hasta que Henri murió, hace diez años. Irina le siguió poco después.

—¿Y Yuri Lukin?

Por un largo instante, Anna Khorev miró silenciosamente la cortina de lluvia del exterior. En su rostro había una expresión de tristeza. Después volvió a mirar a Massey.

—Consiguió llegar al tren aquella noche, con gran alivio de su esposa, pero estaba destrozado, como puede usted imaginarse. Había encontrado a su hermano después de muchos años y había vuelto a perderlo. Cuando llegamos a Helsinki fuimos interrogados durante varios días por Branigan. No volví a

ver a Yuri Lukin después de aquello. Me habría gustado mucho. Era un hombre extraordinario, señor Massey.

—¿Sabe qué fue de él?

Ella aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—¿De verdad quiere saberlo? —preguntó.

—Es la pieza final del rompecabezas —aseguré.

—Solo puedo decirle lo que me contaron los de la CIA. Después de Helsinki, él y su mujer fueron conducidos en avión a Estados Unidos. Recibieron nuevas identidades y fueron a vivir a California, donde su mujer dio a luz un hijo. Tres meses más tarde me dijeron que Yuri había muerto en un accidente de automóvil.

—¿Cree que lo mató el KGB?

—No, no lo creo. Fue un accidente casual, señor Massey. Estoy segura de que la CIA tampoco lo hizo. En muchos sentidos, de no haber sido por él, la misión no habría tenido éxito. Pero supongo que su muerte fue muy conveniente, tanto para el Kremlin como para Washington. Una persona menos que sabía la verdad.

—¿Qué les ocurrió a su mujer y a su hijo?

—No tengo la menor idea, lo siento.

Me quedé sentado unos momentos intentando asimilarlo todo. Detrás de los cristales había dejado de llover. El sol aparecía por detrás de las plomizas nubes moscovitas, arrancando destellos de las doradas cúpulas del Kremlin y de las volutas de vivos colores de la catedral de San Basilio.

Miré a Anna.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal?

Ella sonrió.

—Eso depende de hasta qué punto sea personal.

—¿Volvió usted a casarse?

Ella se echó a reír educadamente.

—Santo Dios, qué pregunta más extraña. La respuesta es no. Con el tiempo, Sasha se casó con un joven ruso emigrado a Israel. Tienen un hijo al que pusieron el nombre de Iván Alexei Yuri. Y una hija, Raquel, la que usted ha conocido al llegar. —Anna sonrió—. He amado a dos hombres extraordinarios en mi vida, señor Massey, a mi marido y a Alex. Y la verdad es que ha sido suficiente.

—Entonces ¿amaba a Alex Slanski?

—Sí, lo amaba. No del mismo modo que amé a Iván, pero lo amaba. Mi destino no fue nunca tener un final feliz, creo que ambos lo sabíamos. ¿Cómo

se dice? Un alma perdida. Eso describía a Alex a la perfección. Creo que sabía que iba a morir en la misión. Tal vez incluso lo deseara. Creo que siempre supo que su destino era morir en Moscú. Por matar a Stalin creyó que merecía la pena sacrificar su vida y vengarse así definitivamente de lo que le había ocurrido a su familia. Al pagar aquel precio, Alex prestó al mundo un gran servicio, señor Massey. Hubo muchos suspiros de alivio en Moscú, como los hubo en Washington, cuando Stalin murió.

La puerta se abrió suavemente y apareció la chica del cabello oscuro. Se había cambiado de ropa; ahora llevaba una blusa y una falda y estaba preciosa, con sus largas piernas bronceadas y el cabello suelto cayéndole sobre los hombros.

—Nana, el coche de la Embajada ha llegado para llevarnos al aeropuerto.

La chica sonrió hacia mí y yo le devolví la sonrisa. Tenía los rasgos de su madre, los mismos ojos marrones y su misma presencia. Imaginé que debía de parecerse mucho a como era Anna Khorev hacía más de cuarenta años. Podía entender que Alex Slanski e incluso mi padre se enamorasen de ella.

—Gracias, Raquel, casi hemos terminado. Dile al conductor que estaremos con él en un minuto.

La chica volvió a sonreírme.

—Prométame que no entretendrá a mi abuela mucho tiempo más.

—Lo prometo.

Se marchó cerrando la puerta a sus espaldas.

Anna Khorev se puso en pie.

—Y eso es todo, señor Massey. Le he contado todo lo que puedo. Me temo que ahora deberá disculparme. Raquel y yo tenemos que tomar el avión hacia Israel. Espero que lo entienda. Ha sido una visita breve, pero deseaba hacerla desde hace mucho tiempo.

—¿Puedo hacerle una última pregunta?

—¿De qué se trata?

—¿Cree que mi padre los hubiera matado a usted y a Alex?

Ella reflexionó unos instantes y finalmente dijo:

—No, no creo que lo hubiera hecho, aunque Dios sabe cuál hubiera sido el resultado si Yuri Lukin no hubiera hecho lo que hizo. Su padre vino a Moscú porque se lo ordenaron, pero yo creo que si hubiera llegado el caso, no nos habría matado. Sin duda nos hubiera detenido, pero ideando alguna manera de sacarnos de Moscú. Era un buen hombre, señor Massey. Era un padre del que usted habría estado orgulloso. Para ser sincera, quizá yo también estaba un poco enamorada de él.

Finalmente echó una mirada a su reloj de pulsera antes de recoger el ramo de orquídeas blancas que yo le había llevado.

—Aún nos queda un poco de tiempo. ¿Por qué no nos acompaña en el coche, señor Massey? Podemos dejarlo en su hotel de camino hacia el aeropuerto. Y si a usted no le importa, me gustaría hacer una visita a Novodevichy.

El sol estaba en el ocaso mientras caminábamos entre las tumbas, uno junto al otro.

Raquel nos esperaba en el coche, y con el sol filtrándose a través de los nogales el cementerio apenas parecía el mismo lugar. El cielo estaba azul y despejado y el seco calor de la tarde aún podía sentirse bajo los árboles. Entre los senderos sombreados caminaban ancianas con ramos de flores y botellas de vodka, que habían venido a sentarse para charlar y beber con sus difuntos.

Cuando llegamos junto a las dos lápidas, Anna Khorev depositó una lluvia de orquídeas sobre cada una de ellas.

Yo permanecí retirado para permitirle rezar una oración final. No lloraba, pero pude ver el dolor en sus ojos cuando finalmente se volvió.

—Hace mucho tiempo decidí que este sería mi lugar de descanso final cuando llegue mi hora, señor Massey. Sé que Iván, mi marido, lo habría entendido.

—Estoy seguro de ello. —La miré buscando algo que decir y observando la distante mirada de sus ojos amarronados—. Todo lo que ocurrió aquella noche debe de parecerle un sueño —fue lo único que conseguí articular.

—A veces dudo si ocurrió en realidad y me pregunto quién lo creería.

—Yo.

Ella esbozó una sonrisa y empezó a decir algo lanzando una mirada a las dos tumbas, como si hubiera algo más que yo debiera saber. Pero de pronto pareció cambiar de opinión y se estremeció.

—¿Está preparado, señor Massey? Me temo que los cementerios no son uno de mis lugares favoritos. Incluso en un día cálido y soleado de Moscú.

Asentí con la cabeza y la tomé del brazo para regresar caminando hasta el coche.

Seis meses más tarde me enteré de que Anna Khorev había muerto.

En los periódicos no dijeron nada, pero Bob Vitali me telefoneó desde Langley y me dijo que pensaba que me gustaría saber que había fallecido en

el Sharet Hospital de Jerusalén. Sufría cáncer de pulmón. El funeral iba a celebrarse en Moscú cuatro días después.

Obtuve los pasajes desde Washington porque, por alguna razón, quería formar parte del final del asunto.

Estaba nevando cuando aterricé en Sheremetyevo; los campos y las estepas de Rusia estaban helados como si estuvieran cubiertos por una alfombra espectral, y la nieve azotaba a ráfagas las calles de Moscú. El país estaba sometido al férreo abrazo de otro crudo invierno y se me antojó que debió de haber sido parecido mucho tiempo atrás, cuando Alex Slanski y Anna emprendieron su viaje a través de Rusia.

El funeral en Novodevichy fue una ceremonia discreta; ya había empezado cuando llegué. Alrededor de la fosa abierta se arracimaban media docena o más de funcionarios de la Embajada israelí mientras un sacerdote ortodoxo entonaba oraciones por los muertos y la nieve se arremolinaba a nuestro alrededor.

Vi a la nieta de Anna Khorev del brazo de una atractiva mujer de unos cuarenta años y supuse que se trataba de Sasha; ambas estaban pálidas por la pena. Abrieron el ataúd, y cuando me llegó el turno besé el rostro marmóreo y frío de Anna Khorev y le di mi último adiós. Por un instante, la miré pensando en lo hermosa que estaba incluso muerta. Después me retiré para situarme en un extremo de los deudos mientras los sepultureros iniciaban su tarea.

En aquel momento ocurrió algo extraordinario.

Mientras contemplaba el ataúd que en aquel momento estaba siendo bajado hacia la tierra congelada, observé a una pareja de ancianos que estaban en pie, cogidos del brazo, entre los familiares de la difunta. El rostro de la mujer estaba surcado de arrugas, pero por debajo del pañuelo que le cubría la cabeza pude ver un esquivo tono rojizo en su cabello gris. El hombre era muy viejo y su cuerpo casi se doblaba a causa de su avanzada edad.

Llevaba un guante de cuero negro en la mano izquierda, que mantenía rígida.

Sentí que un escalofrío recorría mi cuerpo.

La pareja esperó hasta que bajaron el ataúd hasta el fondo; entonces el anciano dio un paso al frente y arrojó un manojo de rosas de invierno a la tumba. Cuando retrocedió, se quedó en pie unos instantes y vi que sus ojos miraban en dirección a la lápida de Alex Slanski. Durante un largo rato, el

viejo permaneció inmóvil, como perdido en sus pensamientos, hasta que la mujer le cogió del brazo y lo besó en la mejilla. Después se lo llevó de allí.

Mientras pasaban ante mí con paso cansino, mi mente, excitada, ardía.

Mi corazón martillaba en mi pecho cuando le toqué en el hombro y le hice la pregunta en ruso.

—¿Comandante Lukin? ¿Comandante Yuri Lukin?

El viejo se sobresaltó y sus ojos nebulosos se abrieron para estudiar mi rostro.

Por un momento pareció indeciso por algo, pero después echó una mirada en dirección a su mujer antes de responder con voz cascada a mi pregunta.

—Lo siento, señor, se equivoca. Mi nombre es Stefanovich.

La pareja siguió caminando. Fui a decir algo al recordar el nombre, el patronímico de Slanski, pero me quedé atónito. Vi que la pareja entraba en uno de los coches negros que había aparcados en la calzada y se alejaba por el estrecho sendero del cementerio, antes que los reflectores traseros del vehículo desaparecieran entre un velo de niebla.

¿Era Yuri Lukin?

Tal vez.

Prefiero pensar que no había muerto, como dijo Anna Khorev.

Pero había pasado mucho tiempo. Había encontrado mi propia verdad. Había resucitado mis espíritus y era momento de enterrarlos.

Eché una última mirada a las tumbas, después me volví y me alejé caminando en dirección a las puertas del cementerio.

NOTA DEL AUTOR

Aunque la fecha y la hora exactas no pueden confirmarse, la historia consigna que Iósif Stalin cayó enfermo de muerte la noche del 1 al 2 de marzo de 1953. Murió casi cuatro días después.

Hasta hoy, las circunstancias concretas de su muerte siguen siendo un misterio.

Algunas fuentes aseguran que fue envenenado por Lavrenti Beria, cuyo deleite junto al lecho de muerte de Stalin se recuerda perfectamente, pero esta aseveración nunca ha sido probada.

La familia directa de Stalin declaró que, casi con toda certeza, había sido asesinado, que no murió a causa de una hemorragia cerebral, como se informó en todo el mundo, y que las verdaderas circunstancias de su muerte fueron encubiertas por motivos de seguridad del Estado.

Son varios los hechos históricos registrados que apuntan hacia una respuesta que apoya esta teoría.

Varios meses antes de la muerte de Stalin, la CIA había recibido informes acerca del empeoramiento de la salud mental del dirigente soviético.

Stalin mostraba cada vez más síntomas de un profundo trastorno mental, y la CIA también estaba al tanto del deseo casi maniático de Stalin de perfeccionar la bomba de hidrógeno antes que Estados Unidos, conscientes de que los soviéticos les llevaban ventaja en las investigaciones y de que Stalin pretendía aplicar una «solución final al problema judío» comparable a la de Hitler.

Todos estos signos eran graves y preocupantes, en especial en la época de una peligrosa guerra fría. Y la posibilidad de la guerra, como recordarán aquellos que vivieron durante ese período, tanto en Estados Unidos como en la Unión Soviética, era muy real y amenazadora.

¿Fue asesinado Stalin para evitar que la situación empeorara?

Hubo numerosos complots para acabar con su vida. Hasta ahora, tal como lo registra la historia, algunos de ellos fallaron y otros nunca se intentó llevarlos a cabo. Pero la historia rara vez tiene constancia de los verdaderos

secretos, o al menos no los revela. Lo que sí es cierto es que la CIA, en las fechas en que murió Stalin, ya había enviado a Moscú a varios agentes con entrenamiento militar. También parece probable que la CIA hubiera estudiado al menos la viabilidad de un plan semejante. Y casi inmediatamente después de la defunción, el KGB desencadenó un salvaje programa de asesinatos, nunca explicado, contra los líderes de los emigrados antisoviéticos que trabajaban para la CIA.

Los exfuncionarios de la CIA responsables en aquella época de este tipo de misiones, curiosamente siguen sin soltar prenda, incluso con ser hombres muy ancianos que se jubilaron hace muchísimo tiempo. Tampoco —hasta la fecha— han revelado la identidad de las personas que enviaron, invocando el hecho de que ciertos detalles de la época siguen siendo secretos de Estado y afirmando que algunos de los agentes aún no han muerto y en la actualidad viven en Rusia.

Así, lo que ocurrió exactamente la noche del 1 al 2 de marzo de 1953 en la dacha de Stalin parece condenado a seguir siendo un misterio.

Se sabe que los últimos días anteriores a aquella noche llena de acontecimientos los pasó recluido y fuertemente protegido, al parecer temeroso por su vida, y que sus guardias tenían instrucciones estrictas de que mantuvieran encendidas las grandes chimeneas de leña de la dacha, del mismo modo que los cazadores y pastores rusos del pasado mantenían ardiendo sus hogueras para ahuyentar a los lobos. Y Stalin dibujaba obsesivamente sobre trozos de papel imágenes de un lobo con afilados colmillos.

Pero un incidente notable, nunca explicado por completo, es un hecho confirmado.

A primeras horas del día 2 de marzo, después de que se informara de que Stalin estaba gravemente enfermo, varios miembros de su guardia de la villa de Kuntsevo fueron testigos de que se llevaban de la finca los cadáveres de dos hombres, al parecer muertos —los dos— por heridas de bala.

En el seno del propio KGB circularon los rumores sobre el misterioso incidente, pero hasta muchos meses más tarde no se dio ninguna explicación oficial interna.

Los dos hombres, según afirma el informe del KGB, eran guardaespaldas de Stalin, tan apesadumbrados por la inminente muerte de su jefe que se habían suicidado.

Sin duda Stalin inspiraba respeto y admiración en muchos de sus paisanos, ignorantes de su verdadera personalidad, pero los más próximos a él

y que fueron testigos de sus arrebatos y su increíble maldad, quienes conocían demasiado bien sus horrendos crímenes, vivían temiéndole y dejaron escapar un profundo suspiro de alivio colectivo cuando murió.

Los nombres de los dos supuestos guardaespaldas nunca fueron divulgados, ni tampoco se ofreció ninguna otra explicación. El asunto fue enterrado y el informe sobre el incidente fue destruido.

Los dos hombres que murieron están enterrados en el cementerio de Moscú.

Sus tumbas siguen allí hasta el día de hoy.

Curiosamente, hay una lápida sin nombre en cada una de ellas.



GLENN MEADE (Dublín, Irlanda. 1957). Trabajó como piloto instructor de vuelo y como periodista en The Irish Times y The Irish Independent. Comenzó escribiendo teatro, que él mismo dirigía, y posteriormente novela. En 1994, publicó la primera, *Brandenburgo* (*Brandenburg*), que obtuvo gran éxito de crítica. Le siguió *Operación Lobo Ártico* (*Snow wolf*, 1996) y *Las arenas de Saqqara* (*The sands of Sakkara*, 1999). *Unquiet Ghosts* (2017), es su última obra publicada.

ÍNDICE

Agradecimientos

El presente
- Capítulo 1

El pasado

Primera parte 1952
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Segunda parte 13 - 27 de enero de 1953
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

Tercera parte 1 - 22 de febrero de 1953
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Cuarta parte 23 - 24 de febrero de 1953
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29

Quinta parte 25 - 27 de febrero de 1953
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Sexta parte 27 de febrero de 1953 9:15 a las 18:30 horas
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Séptima parte 27 de febrero - 2 de marzo de 1953
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 48
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 58
Capítulo 60

El presente
Capítulo 61

Nota del autor

Sobre el autor